HERÓDOTO

HISTORIA

VIII-IX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS SCHRADER

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 130

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por BEATRIZ CABELLOS ÁLVAREZ.

Depósito Legal: M. 31919-1989.

ISBN 84-249-1399-X.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1989. — 6280.

LIBRO OCTAVO

URANIA

SINOPSIS

SEGUNDA GUERRA MÉDICA: FIN DE LAS OPERACIONES MILITARES DEL AÑO 480/479 A. C. (1-144).

Batalla naval de Artemisio (1-25).

Enumeración de los efectivos griegos. La cuestión del generalato (1-3).

Intervención de Temístocles para evitar la retirada de la flota griega (4-5).

Maniobra envolvente de la escuadra persa mediante el envío de un contingente a circunnavegar Eubea (6-7).

Escilias de Escione informa a los griegos del plan persa (8).

Primer enfrentamiento naval, con victoria griega (9-11).

Violenta tempestad que destruye el contingente persa destacado para rodear a los griegos (12-13).

Segundo enfrentamiento naval, con victoria griega (14).

Tercer enfrentamiento naval, que termina con resultado indeciso (15-17).

Retirada de la flota griega, informada del triunfo persa en las Termópilas. Artimaña de Temístocles para intentar conseguir que jonios y carios abandonen a Jerjes (18-22).

La flota persa alcanza Eubea (23).

Jerjes exhibe los cadáveres de los griegos caídos en las Termópilas, ocultando a la flota la magnitud de sus propias bajas (24-25).

Avance persa por Grecia Central (26-39).

Nuevo ejemplo del talante de los griegos (26).

Excurso sobre la ancestral enemistad entre tesalios y focenses (27-30).

Los persas conquistan Dóride y Fócide, penetrando en Beocia (31-34).

Delfos se salva milagrosamente del ataque persa (35-39).

La flota griega fondea en Salamina (40).

Evacuación del Ática (41).

Enumeración de las fuerzas navales griegas, con datos étnicos sobre los diversos contingentes (42-48).

Los generales griegos celebran consejo, decidiendo, inicialmente, abandonar Salamina y dirigirse al Istmo de Corinto (49).

Jerjes ocupa Atenas, donde sólo la Acrópolis resiste por un tiempo (50-55).

Pánico en la flota griega (56).

Temístocles, a instancias de Mnesífilo, persuade a Euribíades para que convoque una nueva reunión de los generales griegos (57-58).

Pese a la oposición de Adimanto, Temístocles convence a los aliados para librar batalla naval en aguas de Salamina (59-63).

Batalla de Salamina (64-96).

- Antecedentes inmediatos de la batalla (64-82).
  - Los griegos se encomiendan a los dioses (64).
  - Prodigio, favorable a los helenos, acaecido en Eleusis (65).
  - La flota persa llega a Falero (66).
  - Jerjes celebra consejo con sus almirantes y, pese a la oposición de Artemisia, decide presentar batalla en Salamina (67-69).
  - Primeros movimientos de la flota persa (70).
  - Los peloponesios fortifican el Istmo de Corinto ante un posible ataque del ejército persa (71-73).
    - Digresión etnológica sobre el Peloponeso (73).
  - Descontento entre parte de la flota griega por la decisión de librar batalla en Salamina (74).
  - Estratagema de Temístocles para evitar que la flota aliada se retire al Istmo (75).
  - La flota persa inicia una maniobra envolvente y ocupa Psitalea (76).
  - Oráculo de Bacis favorable a los helenos (77).
  - Aristides informa a los generales griegos de la maniobra persa (78-82).
- Desarrollo de la batalla (83-96).
  - Temístocles arenga a las dotaciones (83).
  - Maniobra griega para romper la formación enemiga (84).
  - Bravo comportamiento de los jonios (85).
  - Victoria griega (86).
  - Artemisia sobrevive al acoso adversario (87-88).
  - Desorden entre las naves persas (89).
  - Calumnias de los fenicios contra los jonios (90).

Huida persa (91).
Incidente entre Polícrito y Temístocles (92).
Los griegos más destacados (93).
Comportamiento de los corintios (94).
Aristides, al frente de hoplitas atenienses, aniquila a los persas desembarcados en Psitalea (95).
Los griegos, vencedores, regresan a Salamina (96).
Jerjes proyecta huir de Grecia (97).
Excurso sobre el sistema de correos empleado en Persia (98).
Impresión causada en Susa por la derrota (99).
Jerjes, ante los consejos de Mardonio y Artemisia, decide retirarse dejando al primero en Grecia al frente de parte de las tropas (100-103).
Digresión sobre el eunuco Hermotimo (104-106).
La escuadra persa zarpa de Falero (107).
La flota griega en persecución de la persa. Campaña de los aliados en las Cícladas (108-112).
Mardonio decide invernar en Tesalia. Retirada de Jerjes (113-120).
Los griegos se reparten el botín obtenido en Salamina. Temístocles es homenajeado en Esparta (121-125).
Ante la sublevación de Palene, Artabazo toma Olinto y asedia Potidea (126-129).
Preparativos persas y griegos para proseguir la guerra: la flota persa apareja en Samos y la griega en Egina (130-132).
Mardonio, desde Tesalia, manda consultar los oráculos (133-135).
Mardonio envía a Atenas, en calidad de embajador, a Alejandro de Macedonia para entablar negociaciones de paz (136).
Origen de los reyes de Macedonia (137-139).
Atenas rechaza la oferta de Mardonio (140-144).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
3, 1	μέγα πεποιημένοι	μέγα τε ποιεύμενοι (con. Stein)
15, 1	τὰς αὐτὰς ταύτας ἡμέρας	τὰς αὐτὰς [ταύτας] ἡμέρας (secl. Stein)
24, 2	τὴν τάξιν [καὶ] ἐλθόντα	τὴν τάξιν καὶ ἐλθόντα (A B C P)
25, 2	ἐφαίνοντο νεκροὶ κείμενοι	ἐφαίνοντο [νεκροὶ] κείμενοι (secl. Stein)
32, 2	πεδίου οἰκεομένην	πεδίου οἰκημένην (con. Stein)
36, 1	θεός σφεας	θεός σφεα (con. Stein)
41, 3	αὕτη δ' ἡ	αὕτη δὴ ἡ (con. Stein)
53, 1	τις ἔσοδος	τις ἔξοδος (con. Gomperz. Vide quae ad versionem adnotavi)
60, γ	ἐθέλει γίνεσθαι	ἐθέλει ⟨εὖ⟩ γίνεσθαι (add. Krüger)
63	τοὺς 'Αθηναίους [ἀνεδιδάσκετο]	τούς 'Αθηναίους ἀνεδιδάσκετο
67, 2	ὁ Σιδώνιος [βασιλεὺς]	ὁ Σιδώνιος βασιλεύς
68 α, 1	τὴν δὲ ἐοῦσαν	τήν γε ἐοῦσαν (con. Legrand)
68 β, 1	πρὸς γῇ μένων	πρὸς γῇ, μένων (interpunxit Powell)
70, 1	παρήγγελλε ἀναπλέειν	παρηγγέλθη ἀναπλέειν (con. Legrand)

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
77, 1	ἀνά πάντα πιθέσθαι	ἀνᾰ πάντα πίεσθαι (con. Düntzer. Vide quae ad versionem adnotavi)
81	μόγις ἐκπλῶσαι	μόγις διεκπλῶσαι (con. Naber. Vide quae ad versionem adnotavi)
83, 1	ἠώς τε διέφαινε	ἠώς τε δὴ διέφαινε (con. Wesseling coll. VII 217, 1)
90, 2	ἅτε δὴ ἐόντες	ἅτε δὲ ἐόντες (P marg.)
95	ἐς τὴν Ψυττάλειαν νῆσον ἀπέβησε	ἐς τὴν Ψυττᾰλειαν [νῆσον] ἀπέβησε (secl. Cobet)
99, 1	ἦσαν ἐν θυσίῃσί τε	ἦσαν ἐν θαλίῃσί τε (con. Valckenaer coll. III 27. Vide quae ad versionem adnotavi)
100, 1	προσέφερε τὸν λόγον	προσέφερέ ⟨οἱ⟩ τὸν λόγον (add. Stein)
100, 2	ἐκ τῆς ἠπείρου τῆσδε	ἐκ τῆς ἠπείρου τῆσδε ⟨οὐδεί⟩ (add. Powell)
113, 1	ἀνωρίη εἶναι	ἀνωρίην εἶναι (P R S V D^2)
120	πρῶτον ἐλύσατο	πρῶτον ⟨αὐτοῦ⟩ ἐλύσατο (add. van Herwerden)
123, 2	οἱ στρατηγοὶ διέφερον	οἱ στρατηγοὶ ἔφερον (*d.* Vide quae ad versionem italicam adnotavit Masaracchia)
123, 2	κρίνοντες ἐκ πάντων	κρινέοντες ἐκ πάντων (con. van Herwerden)
126, 2	οὐδέν κω κατεπείγων αὐτός	οὐδὲν κω κατεπείγοντος (codd. pl.)
138, 1	ποιήσειε ὁ παῖς	ποιήσειε [ὁ παῖς] (secl. Stein)
140 β, 3	ἐξαίρετον μεταίχμιόν τε	ἐξαίρετόν τι μεταίχμιον (con. Aldus)
142, 2	οὔτε γε ἄλλοισι Ἑλλήνων	οὔτε [γε] ἄλλοισι Ἑλλήνων (om. D R S V)
144, 1	οὔτε χώρη κάλλεϊ	οὔτε χώρη ⟨οὕτω⟩ κάλλεϊ (add. Legrand)

Batalla naval de Artemisio. Enumeración de los efectivos griegos. La cuestión del generalato

Los griegos[1] que integraban la flota 1
eran los siguientes[2]: ante todo, los atenienses, que aportaban ciento veintisiete naves[3] (pese a su inexperiencia marinera, los plateos[4], haciendo gala de su valor y de su entusiasmo, figuraban entre las dotaciones de los navíos atenienses). Los corintios, por su parte, aportaban cuarenta naves, y los megareos, veinte.

---

[1] El texto griego, en realidad, dice: «Por otro lado, los griegos...», ya que, entre los libros VII y VIII, no había, originariamente, solución de continuidad (la división de la *Historia* en libros fue obra de la filología alejandrina y aparece atestiguada por vez primera en la *Crónica de Lindos*, II c, 38 [cf. C. Blinkenberg, *Lindos. II. Inscriptions*, Berlín-Copenhague, 1941, pág. 173], y en Diodoro, XI 37, 6). No obstante, como el comienzo de este libro no guarda relación temática con el capítulo que cierra el libro VII, hay que suponer que se ha perdido el texto que servía de transición entre VII 239 y este capítulo, o que el final del libro VII es una interpolacion (cf., *supra*, nota VII 1099; y R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth books*, I, Nueva York, 1973 [= Londres, 1908], pág. 357).

[2] Heródoto, que va a pasar a narrar los enfrentamientos navales en las inmediaciones de Artemisio (sobre la topografía de la zona, cf. VII 176, 1, y notas *ad locum*), utiliza una convención literaria propia de la épica, según la cual el relato de una batalla viene precedido por el 'catálogo' de las fuerzas combatientes; en este caso enumera sólo las griegas, ya que de los efectivos persas ya ha hablado en VII 89-96. También es destacable el hecho de que, pese a la absoluta relación existente entre las operaciones militares desarrolladas en las Termópilas y el Artemisio (cf. nota VII 856), el historiador, al igual que ocurre en el *epos* (cf. T. Krischer, *Formale Konventionen der homerischen Epik*, Munich, 1971, págs. 91 y sigs.), no las temporaliza simultáneamente.

2 Los calcideos también equipaban veinte (quienes les facilitaban las naves eran los atenienses [5]); los eginetas, dieciocho; los sicionios, doce; los lacedemonios, diez; los epidaurios, ocho; los eretrieos, siete; los trecenios, cinco; los estireos, dos; y los de Ceos, dos trirremes y dos penteconteros. Además, los locros opuntios acudieron en su ayuda con siete penteconteros [6].

---

[3] Las fuerzas griegas son enumeradas en orden decreciente de acuerdo con su potencial (a diferencia, por ejemplo, de lo que ocurre con la descripción de la flota jonia en Lade [cf. VI 8], donde se adopta un criterio posicional, o de la flota aliada en Salamina [cf. VIII 43 y sigs.], donde el historiador se atiene a un orden geográfico). El poderío naval ateniense, muy superior al de cualquier otro Estado griego, había tenido como origen la proposición de Temístocles, citada en VII 144, de emplear la plata de las minas de Laureo para la construcción de doscientos trirremes (dicha cifra de navíos atenienses debió de ser utilizada en las operaciones de Artemisio: a los ciento veintisiete aquí aludidos hay que sumar los veinte prestados a los calcideos y los cincuenta y tres [cf. VIII 14] que montaban guardia en el Euripo). Cf. J. Labarbe, *La loi navale de Thémistocle*, París, 1957, págs. 61 y sigs.

[4] Dada la afirmación de Heródoto, es presumible que los plateos figuraran en los navíos atenienses en calidad de *epibátai*; es decir, de soldados de cubierta (lo habitual, en la táctica naval de la época, era atacar a un navío adversario con el espolón de proa, para, acto seguido —si el navío embestido no se hundía rápidamente—, abordarlo con los *epibátai*). Sobre las relaciones de amistad entre Atenas y Platea, puestas ya de relieve con ocasión de la batalla de Maratón, cf. VI 108, y nota VI 539.

[5] Es posible que esos calcideos fueran los *clerucos* (cf. nota V 365) atenienses instalados en Calcis (cf. V 77; VI 100, 1), que ascendían a unos cuatro mil, ya que la dotación de un trirreme se componía de doscientos hombres, de los que ciento setenta eran remeros. Cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion of Greece*, Oxford, 1963, pág. 156.

[6] En ayuda de la flota aliada, se entiende, y no de los de Ceos. Sobre las características y diferencias entre los trirremes y los penteconteros, cf. notas VII 145 y 218. Corinto, tras Atenas y Egina, constituía por estas fechas la tercera potencia naval de Grecia (cf. Ed. Will, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 653 y sigs.), de ahí el importante contingente que

Estas eran, en definitiva, las fuerzas presentes en Artemisio [7] (ya he indicado la cantidad de naves que aporta- 2

aportaba. Puede resultar sorprendente el escaso número de naves suministrado por Egina, teniendo en cuenta el poderío marítimo de la isla (cf. nota V 383), pero posiblemente el grueso de la flota egineta se hallaba por entonces protegiendo sus propias costas (cf., no obstante, C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 157). Sición se encontraba en el Peloponeso nororiental, próxima al Golfo de Corinto, y formaba parte de la Liga Peloponesia desde el año 510 a. C., aproximadamente, fecha en que fue depuesto el último de los Ortagóridas (cf. *Papiro Rylands* 18 = F. Jacoby, *Die Fragmente der griech. Historiker* [= *Fr. Gr. Hist.*], Berlín-Leiden, 1922-1958, 105, fr. 1). Las naves lacedemonias debían de estar tripuladas por periecos (cf. nota VII 1087), siendo espartiatas (cf. nota VII 513) los oficiales y los *epibátai*. La presencia de siete trirremes de Eretria (localidad occidental de Eubea) implica que no fue esclavizada toda la población con ocasión de la Primera Guerra Médica (cf., *supra*, VI 101, 3; 119), o que la ciudad había concedido la ciudadanía a extranjeros para paliar su déficit de población (cf. F. Grosso, «Gli eretriesi deportati in Persia», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 86 [1958], páginas 350 y sigs.). Epidauro estaba situada en la Argólide, a orillas del golfo Sarónico; y Trecén se hallaba a unos 20 km. al SE. de Epidauro, también a orillas del golfo Sarónico. Estira era una localidad emplazada en la costa Oeste de Eubea, en la zona suroccidental de la isla. Ceos es la más occidental de las Cícladas, distante unos 15 km. de la costa sudoriental del Ática (tanto Estira como Ceos fueron tributarias de Atenas en la Liga delo-ática; cf. G. F. Hill, *Sources for Greek History* (revisado por R. Meiggs y A. Andrewes), Oxford, 1962, págs. 422-423). Sobre los locros opuntios, que ocupaban la costa meridional del Golfo de Eubea, al E. de las Termópilas, cf. nota VII 626.

[7] La flota griega debía de estar fondeada en la actual bahía de Pevki, a unos 10 km. al oeste del cabo Artemisio propiamente dicho (cf. Plutarco, *Temístocles* 8, 3-6). La razón de que los efectivos navales aliados se apostasen tan lejos de las Termópilas (unas 40 millas náuticas), cuando podían haberse internado aguas adentro del canal de Oreo, se debía a que había que evitar a toda costa un desembarco enemigo en el norte de Eubea, ya que ello hubiera permitido a los persas cortar la retirada de la escuadra griega, bloqueando el Estrecho del Euripo (que, a la altura de Calcis, sólo tiene unos 30 m. de anchura), y, por otra parte, hubiesen

ba cada Estado [8]), siendo el número de los navíos allí reunidos, sin contar los penteconteros, doscientos setenta y
2 uno [9]. Por otra parte, fueron los espartiatas [10] quienes proporcionaron el general que poseía la autoridad suprema (se trataba de Euribíades [11], hijo de Euriclides), pues los aliados habían manifestado que, si los laconios [12] no ejercían el mando, no obedecerían las órdenes de los atenien-

---

podido pasar a la otra orilla y atacar a Leónidas y sus hombres por el Este (cf. G. B. Grundy, *The Great Persian War and its Preliminaries,* Londres, 1901, págs. 269-270). El 'catálogo' de las naves griegas se cierra mediante una *Ringkomposition* inclusoria; cf., en general, I. Beck, *Die Ringkomposition bei Herodot und ihre Bedeutung für die Beweistechnik,* Hildesheim, 1971.

[8] Sigo la lectura de los manuscritos, a pesar de que el texto plantea problemas y se han propuesto diversas correcciones. Vid. A. Masaracchia, *Erodoto. La battaglia di Salamina. Libro VIII delle Storie,* Verona, 1977, pág. 156.

[9] Las cifras precisas que da el historiador sobre la flota griega deben proceder de documentos oficiales. No se incluyen los penteconteros (cosa que sí hace Diodoro, en XI 12, al atribuir un total de 280 unidades a la flota griega), pues, como navíos de guerra, se habían quedado ya anticuados con respecto a los trirremes. Cf. J. Labarbe, «Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque à l' Artémision et à Salamine», *Bulletin Correspondence Hellénique* 76 (1952), págs. 384 y sigs.

[10] Cf. nota VII 513.

[11] Que desempeñaba el cargo de *navarco* de Esparta —es decir, de jefe de la flota—, magistratura de carácter anual para la que había sido elegido por la *apélla* (la asamblea popular espartiata) para el año 481/480 a. C. Vid. más datos sobre Euribíades en G. Strasburger, *Lexikon zur frühgriechischen Geschichte,* Zurich-Munich, 1984, págs. 144-145.

[12] Porque el número más elevado de aliados venía constituido por los miembros de la Liga peloponesia (integrada por Esparta, Corinto, Sición, Mégara, Egina, Epidauro, Trecén, Hermíone, Tirinto, Micenas, Fliunte, Orcómeno, Tegea, Mantinea, Élide y Lépreo), cuya cabeza indiscutible era Esparta; cf. W. G. Forrest, *A History of Sparta, 950-192 B. C.,* Londres, 1968, págs. 85 y sigs. En el texto griego (que dice «si el laconio...») aparece un singular colectivo.

ses, sino que renunciarían a la expedición que iba a organizarse.

Resulta que, en un principio [13], antès incluso de enviar 3
emisarios a Sicilia para conseguir apoyo militar [14], se había hablado [15] de que convendría confiar la dirección de la flota a los atenienses. Pero, ante la disconformidad de los aliados, los atenienses transigieron, porque su principal deseo era que Grecia se salvase [16] y porque comprendían —siendo su apreciación correcta— que, si se producía un altercado a propósito del mando, la Hélade sucumbiría, pues una disensión intestina es peor que una guerra que responda a un común objetivo, de la misma manera que la guerra es peor que la paz [17].

Pues bien, en ese firme convencimiento, transigieron 2
sin oponerse, al menos [18] —como luego demostraron—

---

[13] Probablemente en la reunión mantenida, en otoño del año 481 a. C., por los delegados de los Estados griegos que iban a oponerse a los persas, en el templo de Posidón, en el Istmo de Corinto (cf. VII 145, 1), donde debieron de aprobarse las líneas maestras de la defensiva griega. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chaeroneia,* III, 2.ª ed., Gotha, 1904, pág. 654.

[14] Cf., *supra,* VII 157 y sigs.

[15] Del texto griego se infiere que la proposición tuvo un origen ateniense. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth...,* I, pág. 360.

[16] El tema de la generosidad de Atenas, al renunciar al mando de la flota en la Segunda Guerra Médica (medida que Plutarco, *Temístocles* 7, atribuye al estadista ateniense), se convirtió en un *tópos* panegirista en la oratoria ática. Cf. Isócrates, *Panegírico* 72; Licurgo, *Contra Leócrates* 70; Elio Aristides, *Panatenaico* 217; y M. Nouhaud, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques,* París, 1982, pág. 186 y sigs.

[17] La afirmación constituye una sentencia, en la línea de la tradición gnomológica (cf. Teognis 51), y se ha apuntado que Heródoto puede estar parafraseando una expresión hexamétrica (cf. C. Verrall, *Classical Review* 17 [1903], pág. 99).

[18] Sigo la interpretación de A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...,* págs. 156-157, en contra de la hipótesis de M. Pohlenz (*Herodot, der

mientras necesitaron imperiosamente a los aliados; de hecho, después de rechazar al Persa —cuando, a partir de entonces, pasaron a luchar por el control de sus dominios [19]—, privaron a los lacedemonios de la hegemonía so pretexto de los excesos de Pausanias [20]. Pero eso ocurrió posteriormente.

---

erste Geschichtsschreiber des Abendlandes, Leipzig, 1937, págs. 150 y sigs.; 170 y sigs.), quien, considerando que Heródoto no podía imputar a los atenienses una actitud egoísta, tras haber hecho alusión a su desinterés sobre el mando, estimaba que en el texto se produce un cambio de sujeto («... [los atenienses] transigieron ... hasta que [los aliados] necesitaron imperiosamente [a los atenienses]»). Aceptando, sin embargo, la traducción propuesta, tenemos una buena prueba de la imparcialidad del historiador (cf. H. Strasburger, «Herodot und das perikleische Athen», *Historia* 4 [1955], pág. 20).

[19] Concretamente, por la zona costera de Asia Menor, a partir del año 478/477 a. C. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, página 69; y H. B. Mattingly, «The Growth of Athenian Imperialism», *Historia* 12 (1963), págs. 257 y sigs.

[20] El hecho aludido (aunque Heródoto no creía en las acusaciones espartanas contra la pretendida *hýbris* de Pausanias; cf., *supra,* V 32, y A. Lippold, «Pausanias von Sparta und die Perser», *Rheinisches Museum* 108 [1965], págs. 320 y sigs.) se produjo en primavera del año 477 a instancias de los jonios (cf. Tucídides, I 95-96; Aristóteles, *Constitución Atenas* 23, 5; Diodoro, XI 45); en general, cf. D. Lotze, «Selbstbewusstsein und Machtpolitik. Bemerkungen zur machtpolitischen Interpretation spartanischen Verhaltens in den Jahren 479-477 v. Chr.», *Klio* 52 (1970), págs. 255 y sigs.

Intervención de Temístocles para evitar la retirada de la flota griega

Entretanto, en aquellos momentos, 4
cuando los efectivos griegos que, a la sazón[21], habían acudido hasta Artemisio vieron que, en Áfetas[22], habían atracado numerosas naves, y que todo estaba lleno de soldados, se aterrorizaron (dado que la situación de los bárbaros[23] se les antojaba bien distinta de lo que

[21] Traduzco así, de acuerdo con W. W. How, J. Wells (*A commentary on Herodotus,* Oxford, 1928, II, pág. 236), el *kaí* que aparece en el texto griego, aunque también podría traducirse por «de nuevo», aludiendo a la segunda llegada de la flota griega al Artemisio (cf. VII 192, 2), tras haberse guarecido, de la borrasca que se abatió sobre la zona (cf. VII 188, 2), en el Golfo de Edepso, en la zona Norte del canal de Eubea, una acción que Heródoto interpretó erróneamente como una retirada (cf. VII 183, 1); vid., en general, H. Hoerhager, «Zu den Flottenoperationen am Kap Artemision», *Chiron* 3 (1973), págs. 43 y sigs. Sea como fuere, la traducción de *kaí* presenta problemas (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Histoires. Livre VIII,* París, 1953, pág. 10, nota 3).

[22] Cf. nota VII 928. El que el historiador afirme, en VII 193, 1, que la flota persa penetró en el Golfo de Págasas puede deberse a que consideraba que el canal que separa Magnesia de Eubea, y el Golfo de Págasas, constituían un mismo golfo, o a que fueran los navíos auxiliares persas los que penetraron en el Golfo de Págasas (cf. nota VII 926), ya que, como, en VIII 8, 2, Heródoto dice que Áfetas distaba 80 estadios de Artemisio, si este último lugar puede responder a la bahía de Pevki, Áfetas tenía que estar en la costa Sur de Magnesia, frente a las posiciones griegas (cf., además, VIII 4, 1 y 6, 1, donde se implica que persas y griegos se veían mutuamente). Una posibilidad alternativa —que conciliaría la situación que Heródoto atribuye a Áfetas (en el Golfo de Págasas) con el desarrollo de la batalla— sería suponer que Áfetas era el cuartel general de los almirantes persas, así como el centro de reparaciones de sus naves, mientras que la flota persa se hallaba diseminada por diversos puntos de la costa Sur de Magnesia; cf. A. J. B. Wace, «The Topography of Pelion and Magnesia», *Journal of Hellenic Studies* 26 (1906), pág. 146.

[23] Cf. nota VII 155.

esperaban [24]) y proyectaron huir del Artemisio rumbo a
2 Grecia Central [25]. Entonces los eubeos, al tener conocimiento de lo que proyectaban, rogaron a Euribíades que aguardase cierto tiempo, hasta que ellos pudiesen evacuar a sus hijos y a sus familiares. Pero, en vista de que no lograban persuadirlo, recurrieron a Temístocles, el general de los atenienses, y, mediante el pago de treinta talentos [26],

---

[24] Porque, después de la tormenta que se había abatido sobre los persas en la costa oriental de Magnesia, los griegos estaban «en la creencia de que se iban a encontrar sólo con unas cuantas naves enemigas» (cf. VII 192, 2).

[25] La afirmación del historiador (el texto griego dice literalmente: «hacia el interior de Grecia») no puede responder a la realidad, ya que ello hubiera supuesto abandonar a su suerte a los griegos de las Termópilas. Es posible que, si la flota helena inició una aparente maniobra de retirada, fuera para atraer a los persas a las estrechas zonas del canal de Oreo, donde los navíos persas no habrían podido sacar partido de su mayor número y de su superior capacidad de maniobra (cf. S. Sidebotham, «Herodotus on Artemisium», *Classical World* 75 [1982], págs. 177 y sigs.). O bien, como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 180-181), «Herodotus may be correct in his assertion that the Greeks were much disappointed when they realized how many Persian ships had survived the storm, even though his next statement, that they thereupon contemplated an immediate retreat southwards, is a fabrication, invented to introduce the story that Themistokles was bribed by the Euboians to keep the fleet at Artemision».

[26] Unos 777,5 kg. de plata. Heródoto volverá a hacer alusión a la codicia de Temístocles en VIII 111-112, y la imputación pasó a convertirse en un rasgo etopéyico del político ateniense (cf. Plutarco, *Temístocles* 7; y H. Barth, «Das Verhalten des Themistokles gegenüber den Gelde», *Klio* 43 [1965], págs. 34-36). La historia, sin embargo, debe de ser falsa, tratándose probablemente de una invención surgida en los círculos aristocráticos atenienses, que sentirían escasas simpatías por Temístocles, la máxima figura del 'partido' democrático en Atenas. Cf. M. B. Wallace, «Herodotus and Euboia», *Phoenix* 28 (1974), págs. 22 y sigs.

lo convencieron [27] para que permaneciesen donde estaban y libraran la batalla naval al norte de Eubea [28].

Por su parte, Temístocles consiguió retener a los grie- 5 gos de la siguiente manera: de la citada suma entregó a Euribíades cinco talentos [29], como si, en realidad, se los diese de su propio peculio.

Una vez que Euribíades quedó convencido por su gesto, como quiera que Adimanto (hijo de Ocito), el general corintio, era el único estratego [30] que se resistía, afirmando que iba a zarpar del Artemisio y que no se quedaría, Temístocles, en esa tesitura, le dijo solemnemente: «Tú, 2

---

[27] O, según otra interpretación que permite el texto, «... adoptaron otra táctica y, mediante el pago de treinta talentos, convencieron a Temístocles, el general de los atenienses, para que...».

[28] Literalmente, «ante Eubea».

[29] Casi 130 kg. de plata (1 talento = 25,92 kg., de acuerdo con el sistema euboico, el empleado en Atenas, tras la reforma atribuida a Solón, para los pesos monetarios). Para las conversiones a nuestro sistema métrico decimal de los pesos y medidas utilizados por el historiador, me atengo, en lo fundamental, a la obra de F. Hultsch, *Griechische und römische Metrologie*, Graz, 1971 (= 1882).

[30] Es decir, el único jefe militar (en este caso de un contingente naval). Adimanto es el mismo personaje citado, en VII 137, 3, como padre de Aristeas (cf. nota VII 656). La versión que da Plutarco (*Temístocles* 7, 5) del soborno difiere significativamente de la de Heródoto (la versión plutarquea proviene del discípulo de Aristóteles Fanias de Ereso; cf. F. Wehrli, *Die Schule des Aristoteles*, 9, Basilea, 2.ª ed., 1969, 9 y sigs.): Temístocles recibe el dinero de un eubeo y se lo entrega a Euribíades (con lo que Temístocles no es el principal encausado en el soborno). Por otra parte, su mayor oponente no es, como aquí, el corintio Adimanto (que reaparecerá en VIII 59 y 61 como el principal opositor a la táctica naval propugnada por Temístocles en Salamina), sino su adversario político Arquiteles, *trierarco* de la nave sagrada ateniense. La fuente de Plutarco, por sus rasgos antiaristocráticos, es, pues, más favorable a Temístocles.

desde luego, no nos vas a abandonar, porque yo te daré más presentes de los que te podría enviar el rey de los medos si abandonaras a los aliados [31]». Y, al tiempo que pronunciaba esas palabras, hizo que llevaran a la nave de
3 Adimanto tres talentos de plata. Ambos, en suma, se dejaron convencer, seducidos por sus regalos, y los eubeos quedaron satisfechos, pero fue Temístocles quien, personalmente, salió ganando, pues, sin que se supiera, tenía en su poder el resto del dinero; es más, quienes recibieron parte de esa suma creían que [el dinero] había llegado, procedente de Atenas, con esa finalidad.

Maniobra envolvente de la escuadra persa, mediante el envío de un contingente a circunnavegar Eubea

6 Así fue, en definitiva, como los griegos se quedaron en Eubea y presentaron batalla naval, que se desarrolló de la siguiente manera: tras haber arribado a Áfetas a primera hora de la tarde [32], los bárbaros, que ya se hallaban informados de antemano de que, en las inmediaciones del Artemisio, montaba guardia un pequeño contingente

---

[31] Pese a lo que opina PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 11, nota 3), no se trata de una exageración de Temístocles. Hay, sí, una desproporción entre la solemne promesa de Temístocles y la cantidad que le envía a Adimanto (3 talentos = 77,5 kg. de plata), pero con ello se subraya el desprecio de aquel por éste: Jerjes, pese a sus enormes riquezas, le habría dado a Adimanto —que se hubiera dejado sobornar por esa cifra— menos de tres talentos.

[32] La flota persa debió de arribar a Áfetas dieciséis días después de que Jerjes abandonara Terme (cf. VII 183, 2). Y los enfrentamientos navales en la zona del Artemisio no comenzaron el mismo día de la llegada al canal de Eubea de las naves persas, sino dos días después, coincidiendo con el primer ataque de los efectivos de Jerjes a las Termópilas (cf. Apéndice XI al libro VII, y C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, páginas 384-385). Como indica A. R. BURN (*Persia and the Greeks: the Defence of the West, c. 546-478 B. C.*, Londres, 1962, nota de la pág. 396), «the

de naves griegas [33], y que en aquellos instantes pudieron divisarlas con sus propios ojos [34], estaban ansiosos por pasar al ataque, para intentar capturarlas.

Ahora bien, consideraban que, en aquellos momentos, no convenía abordarlas frontalmente, pues, en concreto, temían que, si los griegos advertían su maniobra, con- 2

discrepancy [entre la cronología de las operaciones del ejército y flota persa] is clearly due to H. having failed to distinguish the days, in his narrative of the sea operations, between the arrival at Aphetai and the first battle at sea. The reorganization ('numbering') after the catastrophe of the storm may well have occupied the whole of D. 17; and the destruction of the detached squadron off the Hollows... must have taken place before the night of DD. 18-19, to give time for news of it to reach the 53 Athenian ships and then for the ships to reach Artemision within the forenoon of D. 19 It *may* even have taken place, as many scholars have thought, in the first storm; and the last échelon of the Athenian reserve fleet, after confirming the reports and perhaps dealing with any survivors who escaped to leeward of Euboia, would then be free to come north».

[33] Pese a que G. Giannelli, *La spedizione di Serse da Terme a Salamina,* Milán, 1924, pág. 15, nota 3, apuntaba que esta observación de Heródoto había que entenderla en el sentido de que, a la llegada de los persas a Áfetas, en la zona de Artemisio sólo se encontraba una avanzadilla griega, ya que el grueso de la flota aliada se había resguardado en el Golfo de Edepso para evitar la tormenta (cf. nota VIII 21), parece indudable (cf. VII 192; VIII 4, 1) que todos los efectivos griegos habían regresado al Artemisio, por lo que las palabras del historiador han de entenderse como su convicción personal de que la flota persa seguía contando con una aplastante superioridad a pesar de las pérdidas sufridas en la costa de Magnesia.

[34] Los persas debieron de obtener informaciones sobre la flota griega de las tripulaciones del navío trecenio y del egineta que habían capturado (cf. VII 179 y sigs.). E, indudablemente, vieron los efectivos griegos mientras navegaban por el canal de Eubea rumbo a Áfetas, a donde los helenos les permitieron arribar porque, para evitarlo, hubieran tenido que combatir en mar abierto, cosa que en absoluto les convenía (cf. nota VII 856).

siguieran darse a la fuga, y que la noche encubriese su retirada —con lo que, indefectiblemente, lograrían escapar—, cuando, según sus palabras, ni siquiera el portador del fuego debía escapar con vida [35].

7 De ahí que, a tal efecto, tomaran las siguientes medidas: del total de la flota escogieron doscientas naves [36]

---

[35] En el ejército espartano (cf. Jenofonte, *República lacedemonios* 13, 2-3), el 'portador del fuego' (en griego, *pyrphóros*), tenía por misión tomar fuego del altar de Zeus *Agētōr* (= «Caudillo») en el instante en que las tropas abandonaban la ciudad para entrar en campaña, sirviendo ese fuego —que debía permanecer constantemente encendido— para la realización de los sacrificios mientras el ejército estuviese ausente de Lacedemonia. La persona del *pyrphóros* era inviolable, y de ahí la frase transmitida por los paremiógrafos (cf. Zenobio, V 34): «no se salvó ni el portador del fuego», para aludir a una destrucción total. Pese a que también es posible que Heródoto esté aludiendo al portador del fuego en el ejército persa, lo más probable es que estos últimos supieran de la existencia del *pyrphóros* en Esparta gracias a las informaciones que, sobre las costumbres de los espartiatas (cf., por ejemplo, *supra,* VII 209), les habría facilitado Demarato.

[36] El envío de estas 200 naves para realizar una maniobra de tenaza contra la flota griega plantea serios problemas de autenticidad. Como ya señaló K. J. Beloch (*Griechische Geschichte,* II, 2, Estrasburgo, 1916, págs. 87-90), en el consejo de guerra mantenido tras la victoria persa en las Termópilas (es decir, teóricamente tras la pretendida destrucción de este contingente de naves), Aquémenes reconoce (cf. VII 236, 2) que se habían perdido 400 naves, cifra que respondía a las pérdidas sufridas con ocasión de la tormenta desencadenada sobre los navíos persas en la costa de Magnesia (cf. VII 190). Además, los persas podrían haber intentado lograr evitar la posible huida de la flota griega a través del Euripo evolucionando desde Áfetas con su ala derecha, algo que, si no hicieron, quizá se debía a que la superioridad naval persa ya no era tan aplastante. Por eso, G. B. Grundy, *The Great Persian War...,* pág. 330, suponía que las 200 naves fueron enviadas a rodear Eubea antes de la tormenta de Magnesia; es decir, durante la travesía de la flota persa de Terme al cabo Sepíade, lo que permitiría admitir que la tormenta que, según Heródoto, destruyó esas 200 naves fue la misma que afectó al grueso

y, a fin de que no pudiesen ser avistadas por el enemigo mientras costeaban Cafareo y doblaban Geresto [37], circunnavegando Eubea, las enviaron a rodear Escíatos por el Norte [38], rumbo al Euripo [39], al objeto de cercar a los grie-

---

de la flota en Magnesia. Como indica A. MASARACCHIA, *Erodoto. Libro VIII...*, págs. 159-160, «è meglio comunque pensare a una tradizione nata in margine ai fatti: o per atribuire ai persiani una manovra di accerchiamento analoga a quella delle Termopili, o per atenuare la differenza tra il numero delle navi atribuito alla flota persiana originaria e il loro numero all' Artemisio».

[37] Los cabos Cafareo y Geresto constituyen, respectivamente, las extremidades sudeste y sudoeste de la isla de Eubea; cf. PLINIO, *Hist. Nat.*, IV 63.

[38] Literalmente «por fuera» (con relación al continente). Sobre Escíatos, cf., *supra*, nota VII 858. Presumiblemente la maniobra persa tuvo que haber sido descubierta por los griegos (que tenían vigías en las alturas de Eubea; cf. VII 192, 1), si las 200 naves partieron cuando dice el historiador (a no ser que los navíos persas pasaran el resto del día en Escíatos y prosiguieran su viaje de noche, algo que no parece probable, pues la navegación entre Escíatos y Pepareto —isla situada al este de aquélla, de la que dista unos 3 km.— es peligrosa). Como de Áfetas a Geresto, incluyendo el rodeo por Escíatos, hay unas 130 millas náuticas (cf. N. G. L. HAMMOND, *A History of Greece*, Oxford, 1959, pág. 232), los persas no habrían podido alcanzar la costa Sur de Eubea cuando Heródoto data su destrucción —la noche que siguió al primer enfrentamiento naval—, ya que la velocidad media de una nave en la Antigüedad (variable, sin embargo, según los vientos y las corrientes; cf. ESCÍLAX, *Periplo* 69, quien consideraba que la media de navegación diaria, contando el día y la noche, era de mil estadios [= 177,5 km.]) era de unos 5 nudos por hora (cf. R. VAN COMPERNOLLE, «La vitesse des voiliers grecs à l'époque classique», *Bulletin Institut Historique Belge de Rome* 30, 1957), por lo que el viaje habría durado más de 26 horas. Y, aun teniendo en cuenta la errónea cronología que Heródoto facilita para las operaciones de la flota persa, el viaje hubiese resultado tan agotador, para las dotaciones de las 200 naves persas, que antes de tres o cuatro días, desde el momento de su partida, no habrían estado en condiciones operativas. En general, cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 386-392.

[39] Cf. nota VII 841.

gos: los navíos llegados por esa ruta les cortarían la retirada, en tanto que ellos se lanzarían en su persecución, hostigándolos [40] de frente.

2 Tras haberse decidido por ese plan, hicieron que las naves encargadas de esa cuestión zarpasen, pues el grueso de la flota no tenía el propósito de atacar a los griegos ese día [41], ni antes de que los expedicionarios estuviesen en condiciones de transmitirles la señal de su llegada [42]. Así pues, enviaron esas naves a rodear Eubea; y, en Áfetas, procedieron al recuento del resto de la flota [43].

---

[40] Traduzco así *epispómenoi,* ya que la forma empleada en griego tiene valor praegnans y designa tanto la idea del ataque frontal con efectivos superiores como la subsiguiente persecución del enemigo que se da a la fuga.

[41] Es decir, el día de la llegada de la flota persa a Áfetas.

[42] Como Eubea se hallaba bajo el control de los griegos, la señal de la llegada del contingente persa al Euripo sólo podría haberse realizado por tierra firme. De ahí que R. W. MACAN (*Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 367) considerara que el objetivo de los 200 navíos persas no era el Estrecho del Euripo, sino las Termópilas, a fin de desembarcar al este de la posición de Leónidas y atacar por ambos lados del desfiladero a los griegos allí apostados.

[43] Operación en la que los persas debieron de invertir todo el día siguiente al de su llegada a Áfetas. El objetivo de este segundo recuento de la flota (para el primero, celebrado en Dorisco, cf. VII 89 y sigs.) habría sido establecer un balance de las pérdidas sufridas en la costa magnesia, y quizá proceder a una reorganización de la flota (cf. VIII 67; y H. HAUBEN, «The chief commanders of the Persian fleet in 480 B. C.», *Ancient Society* 4 [1973], págs. 23 y sigs.). Si admitimos, como cifra aproximada de sus efectivos navales, que los persas contaban en Dorisco con unas 600 naves (cf., *supra,* Apéndice VII al libro VII), a las que se sumarían unos 120 trirremes reclutados en Tracia y las islas adyacentes (cf. VII 185, 1), y aceptamos que las pérdidas en Magnesia afectaron a casi un tercio de la flota, los persas contarían en Áfetas con unas 500 naves.

Escilias de Escione informa a los griegos del plan persa

Entretanto, mientras los persas procedían al recuento de sus naves, se encontraba en su campamento Escilias de Escione [44], a la sazón el mejor buzo del mundo (este personaje, con ocasión del naufragio que se produjo a la altura del Pelión [45], ya había rescatado para los persas numerosos tesoros, aunque, personalmente, se había apropiado de otros muchos), quien, por lo visto, tenía el propósito, desde hacía ya tiempo, de pasarse a los griegos, pero resulta que, hasta aquel momento, le había sido imposible. 8

Pues bien, no puedo indicar con exactitud cómo acabó 2
llegando finalmente al bando griego, pero me pregunto, lleno de perplejidad, si lo que se cuenta es cierto, porque, según dicen, se zambulló en el mar en Áfetas y no emergió hasta que llegó al Artemisio, tras haber recorrido bajo el agua los ochenta estadios [46], poco más o menos, que hay de distancia. Con respecto a ese sujeto, se cuentan, asi- 3
mismo, otras hazañas que parecen falsas, y algunas que son ciertas [47]; acerca de este episodio, sin embargo, he de

---

[44] En la costa meridional de la Península de Palene, la más occidental de la Calcídica. Cf. VII 123, 1; y G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 414.

[45] Sobre el Pelión, cf. nota VII 616. Para la tempestad y las pérdidas persas, cf. VII 188 y 190, donde el historiador alude al botín con que se hizo Aminocles de Magnesia.

[46] Algo más de 14 km. Pese al criticismo que Heródoto manifiesta al final del capítulo, es posible que Escilias cubriese la distancia a nado y que, para escapar a la vigilancia de los centinelas persas que sin duda habría apostados en las orillas, buceara sólo unos cuantos metros desde que se lanzó al agua, ya que dirigirse a las posiciones griegas en una barca hubiese resultado más peligroso.

[47] Heródoto, entre otras, debía de considerar falsa la noticia (cf. PAUSANIAS, X 19, 1; PLINIO, *Hist. Nat.*, XXXV 139; ATENEO, VII 296e; *An-*

manifestar que, en mi opinión, Escilias llegó al Artemisio en una barca. Y, a su llegada, informó inmediatamente a los estrategos sobre el alcance del naufragio y sobre las naves enviadas a circunnavegar Eubea [48].

---

tología Palatina, IX 296) según la cual Escilias, ayudado por su hija Hidna, a la que había enseñado a bucear, cortó las amarras de los navíos persas durante la tormenta que se abatió sobre la flota persa en Magnesia, lo que hizo que las pérdidas de los bárbaros fuesen aún mucho mayores. No obstante, como en Delfos los Anfictiones (es decir, los delegados de los pueblos que integraban la asamblea de la anfictionía pileodélfica, una confederación religiosa que reunía a jonios, dorios y pueblos de Grecia Central, y que tenían a su cargo la organización de los Juegos Píticos, la gestión de los bienes del templo de Apolo, y la defensa de los intereses de la divinidad; cf., *supra,* Apéndice XII al libro VII, y V. Ehrenberg, *Der Staat der Griechen,* Leipzig, 1958, págs. 108 y sigs.) le habían dedicado una estatua (cf. Pausanias, *l.c.*), de ahí, quizá, que el historiador admitiera algunas de las hazañas que sobre Escilias debían de circular en Grecia.

[48] Como se desprende de la narración de Heródoto, los persas estaban interesados en pasar al ataque lo antes posible (cf. VIII 6, 1), cosa que no habían podido hacer hasta entonces por falta de tiempo el día de su llegada a Áfetas, y por haber reorganizado y reparado las averías de la flota al día siguiente (medida que quizá se prolongó por espacio de dos jornadas). La táctica griega, en cambio, se basaba en una resistencia lo más prolongada posible en las Termópilas y en una batalla naval defensiva al amparo de la costa de Eubea. Debió de ser, pues, el mensaje de Escilias lo que indujo a los griegos a atacar al día siguiente (presumiblemente Escilias llegaría al campamento griego ya avanzado el día de su deserción). Pese a que los argumentos de C. Hignett (*Xerxes' invasion...,* págs. 181-183) son acertados, al apuntar que Temístocles (suponiendo que la estrategia se debiese a él) tuvo que comprender que los griegos no podían atacar frontalmente a los persas, porque tendrían que haberlo hecho en plenas aguas del canal norte de Eubea, donde la mayor capacidad de maniobra de las naves de sus adversarios se habría impuesto, la iniciativa griega en los dos primeros enfrentamientos en Artemisio pudo deberse a que Escilias informó a los helenos que la flota persa se hallaba diseminada por diversos lugares, y no concentrada en un único puerto.

Primer enfrentamiento naval, con victoria griega

Al oír su declaración, los griegos mantuvieron un cambio de impresiones. Las intervenciones fueron numerosas, pero prevaleció la tesis de permanecer aquel día donde estaban anclados [49], para, acto seguido —pasada la medianoche—, zarpar a fin de salir al encuentro de las naves que estaban rodeando la isla [50]. Pero, posteriormente, en vista de que nadie arrumbaba contra ellos, aguardaron hasta bien entrada la tarde y se hicieron a la mar para atacar a los bárbaros [51], con ánimo 9

[49] O bien, «quedarse aquel día donde estaban y permanecer acampados», que es la interpretación que sugieren la mayoría de los críticos (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 238: «they bivouacked on shore to deceive the enemy as to their intentions»).

[50] El relato del historiador vuelve a ser confuso e incoherente (después de haber adoptado una decisión, los griegos cambian bruscamente de parecer y atacan a los persas). La flota aliada no podía abandonar Artemisio mientras las Termópilas resistieran y, aun suponiendo que los persas hubiesen enviado las 200 naves a rodear Eubea, los 53 navíos áticos a que se alude en VIII 14 se habrían bastado para defender el Euripo (incluso si los griegos temían que las pretendidas 200 naves pudiesen atacar posiciones al sur de Eubea —como Falero o el Istmo de Corinto, por ejemplo—, el escaso número de naves eginetas destacadas en Artemisio [cf. VIII 1, 2] implica que las aguas del golfo Sarónico estaban protegidas por navíos griegos de reserva; cf. E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes*, Leipzig, 1914, pág. 119). Quizá nos encontramos, pues, ante una confusa e incompleta repetición del *tópos* del capítulo 4 (los griegos quieren huir y Temístocles acaba consiguiendo que se queden), que volverá a reaparecer en vísperas de Salamina; cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 161.

[51] Esta medida debió de ser la que se adoptó en el consejo que mantuvieron los generales (Diodoro, XI 12, se la atribuye a Temístocles): aguardar hasta la tarde y atacar a algún contingente no demasiado numeroso de la flota bárbara (quizá al chipriota, según parece desprenderse de VIII 11), para regresar a sus posiciones, al anochecer, antes de que todos los efectivos persas pudieran agruparse. Cf., sin embargo, J. La-

de poner a prueba su manera de combatir y de maniobrar[52].

10 Al verlos lanzarse al ataque con pocas naves, los soldados de Jerjes, incluidos sus generales, pensaron que se habían vuelto completamente locos[53], y, por su parte, también hicieron que sus naves ganaran mar abierto, considerando —consideración perfectamente lógica— que iban a derrotarlas con facilidad, pues veían que los navíos griegos eran realmente escasos, mientras que los suyos eran mucho más numerosos y más veleros[54]. En ese convencimiento, intentaron rodearlos formando un círculo.

BARBE, «Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque...», página 397, para un intento de justificar la narración de Heródoto en este capítulo.

[52] Literalmente, «... y de efectuar el *diékploos*». Sobre esta maniobra, cf. nota VI 44. Como el *diékploos* se empleó por vez primera con eficacia por los atenienses durante la Guerra del Peloponeso (cf. TUCÍDIDES, II 83; VII 36, 4), y, en tiempos de la Segunda Guerra Médica, esta táctica no estaba todavía generalizada, sino que lo normal era que los navíos abordaran al enemigo y que luego la infantería de a bordo pasara a la acción, se ha supuesto que la alusión de Heródoto es anacrónica; cf. H. FRENCH, «Topical Influences on Herodotus' Narrative», *Mnemosyne* 25 (1972), pág. 20.

[53] Al igual que habían pensado las tropas persas al ver cargar a la carrera a los hoplitas atenienses y plateos en Maratón (cf. VI 112, 2), lo cual es un indicio (aunado a la importancia que, al final del capítulo, se concede a los atenienses entre los efectivos persas) de que la fuente de Heródoto para su relato sobre los enfrentamientos en Artemisio era ateniense.

[54] Porque, como el propio Temístocles reconoce en VIII 60α, los navíos griegos eran más pesados que los de los persas, debido sobre todo a que el tonelaje que desplazaban los trirremes griegos (que se atenían a la técnica corintia de construcciones navales) y los de los bárbaros (que se atenían, en su mayoría, a los modelos fenicios) difería. Cf. L. BASCH, «Phoenician Oared Ships», *The Mariner's Mirror* 56 (1969), págs. 139 y sigs., 227 y sigs.

Pues bien, todos los jonios [55] que abrigaban simpatía 2
hacia los griegos, y que figuraban a la fuerza entre los expedicionarios, se sentían sumamente apenados al verlos a punto de ser cercados, convencidos de que ninguno de ellos lograría regresar a sus bases (tan precaria se les antojaba la situación de los griegos). En cambio, todos y cada 3
uno de quienes se alegraban por lo que estaba sucediendo rivalizaban por ser los primeros en capturar personalmente una nave ática, para recibir del rey una recompensa; pues, entre la flota persa, el prestigio de los atenienses era enorme.

Cuando los griegos recibieron la señal, lo primero que 11
hicieron fue orientar sus proas hacia los bárbaros y, con las popas reunidas, formar un círculo [56]. Posteriormente, al recibir una segunda señal, entraron en acción, a pesar de que habían sido encerrados en un reducido espacio y tenían que atacar de frente [57]. Acto seguido, apresaron 2

[55] Que no debían de ser muchos (cf. VIII 85). Hasta la batalla de Mícala, los jonios no se sublevaron contra los persas (cf. IX 103, y J. Hart, *Herodotus and Greek History*, Londres, 1982, págs. 181 y sigs.).

[56] Teóricamente, para evitar que los persas pudieran realizar la maniobra del *diékploos*, pero resulta difícil admitir la afirmación de Heródoto, ya que en el capítulo anterior el historiador simplemente ha mencionado el intento persa de rodear a los griegos, no que la maniobra envolvente se hubiese completado; además, mantener en perfecto orden circular a los 271 navíos griegos hubiese comportado serios problemas (como los que sufrieron los navíos peloponesios, en 429 a. C., al intentar evitar el ataque de las naves atenienses mandadas por Formión; cf. Tucídides, II 84). No hay que olvidar, por otra parte, que en este primer enfrentamiento naval cerca de Artemisio los griegos no debieron de luchar contra toda la flota persa (cf. nota VIII 51). Lo más probable, en suma, es que los griegos atacasen a un contingente naval persa formando un semicírculo; cf. J. Kromayer, G. Veith, *Schlachten-Atlas zur Antiken Kriegsgeschichte*, IV, 1, Leipzig, 1926, col. 5.

[57] Es decir que persas y griegos se enfrentaban «Bug gegen Bug» (cf. H. Stein, *Herodotos. Buch VIII*, Dublín-Zurich, 1969 (= 5.ª ed., 1893),

treinta naves [de los bárbaros], así como a Filaón, hijo de Quersis, que era hermano de Gorgo, rey de los salaminios [58], y que en la flota persa gozaba de prestigio. El primer griego que capturó un navío enemigo fue Licomedes de Atenas [59], hijo de Escreo, por lo que este personaje
3 recibió el premio al valor. Finalmente, la caída de la noche hizo que quienes libraban esta indecisa batalla naval se retiraran; así que los griegos pusieron rumbo al Artemisio, y los bárbaros a Áfetas tras haberse batido con un desenlace totalmente imprevisto.

En el transcurso de esta batalla naval, Antidoro de Lemnos fue el único griego al servicio del rey que se pasó a

pág. 11), lo cual impedía a los adversarios emplear los espolones. Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 162), «il principale motivo di confusione della narrazione erodotea è que, date queste premesse [i.e., el presunto círculo que los griegos habían formado con sus naves], non si capisce la vittoria successiva, con la cattura (o distruzione) di ben trenta navi nemiche. Bisogna supporre una fase intermedia di passaggio della difensiva all' offensiva, che Erodoto ha oscuramente indicato, senza spiegarla, con *deútera dè sēmḗnantos* [= 'al recibir una segunda señal'].»

[58] Esto es, de la ciudad de Salamina, localidad emplazada en la costa oriental de Chipre. Sobre Gorgo, cf., *supra*, V 104 (y nota V 517). Respecto a la actitud de los Eveltónidas a propósito de la dominación persa en Chipre (Onésilo, el otro hermano de Gorgo citado por Heródoto [cf. V 108 y sigs.], apoyó decididamente la sublevación de la isla, coincidente con la rebelión jonia), cf. F. G. Maier, *Cypern, Insel am Kreuzweg der Geschichte*, Munich, 2.ª ed., 1982, especialmente cap. II: «Zwischen Perserreich und Poliswelt», págs. 46 y sigs.

[59] Como ocurre otras veces en la *Historia* (cf. VIII 84; IX 62), nos encontramos ante un ejemplo de la llamada *Prôtos-Formel*, o «fórmula de desencadenamiento», una reminiscencia épica (cf. *Il.* IV 457), que atiende a la indicación del personaje o personajes que principian un combate. De Licomedes (a quien Plutarco, *Temístocles* 15, atribuye esta iniciativa en Salamina) no tenemos ulteriores noticias.

los helenos; de ahí que, por esa acción, los atenienses le concedieran una propiedad en Salamina [60].

Violenta tempestad que destruye el contingente persa destacado para rodear a los griegos

Había ya oscurecido cuando, pese a 12
que era pleno verano [61], se desencadenó una lluvia torrencial, que duró toda la noche, acompañada de estruendosos truenos procedentes del Pelión. Los cadáveres y los pecios eran arrastrados a Áfetas [62], de manera que se amontonaban en las proas de los navíos
e inmovilizaban las palas de los remos [63]. Por su parte, 2

[60] La isla del golfo Sarónico, a poca distancia de la costa del Ática. Lemnos, isla del Egeo septentrional, quizá había sido conquistada por Atenas hacia el año 555 a. C. (cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen,* Munich, 1967, I, págs. 66 y sigs.), como punto de apoyo para la política pisistrática del control del Helesponto. La isla había sido, a su vez, conquistada por los persas en 512/511 a. C., con ocasión de la campaña de Ótanes (cf. V 26). Lo que sí parece seguro es que Milcíades II (el 'Maratonomaco'), en su calidad de tirano del Quersoneso, vasallo de los persas, incluyó la isla entre sus dominios (cf. VI 140), en una fecha indeterminada de los años 510-500, cediéndola a los atenienses entre 496-493, sin duda para tratar de involucrar a Atenas en la sublevación jonia (cf. E. Lanzillotta, «Milciade nel Chersoneso e la conquista di Lemno», *Miscellanea greca e romana* 5 (1977), págs. 65 y sigs.). Sobre Antidoro, vid. M. Moggi, «L'insediamento a Salamina di Antidoro Lemnio», *Annali Scuola Normale Superiore Pisa* 8 (1978), págs. 1301 y sigs.

[61] A finales de agosto del año 480 a. C. Cf. nota VII 228, y G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* II, pág. 674.

[62] Parece un contrasentido que, si la tormenta se desencadenó en el Pelión (es decir, al norte de Eubea), los restos humanos y materiales de la batalla librada aquella tarde fueran arrastrados por el oleaje a Áfetas, en vez de haberlo sido al Artemisio. Ello puede explicarse por la dirección de las corrientes marinas en el canal norte de Eubea, o bien porque el viento —independientemente de la zona en que se producían los truenos— soplaba del S. o del SW. (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...,* pág. 19).

[63] Pese a lo que opinan W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...,* II, pág. 239 («the ships lay ashore with their prows pointing

los soldados que allí se encontraban [64], al oír todo esto, eran presa del pánico, pensando, ante la gravedad de su situación, que iban a morir irremediablemente; pues, antes de haberse podido recuperar de los efectos del naufragio y de la tempestad desatada en las inmediaciones del Pelión, se habían visto inmersos en una encarnizada batalla naval, y, concluida la misma, los había sorprendido un tremendo diluvio, acompañado de torrentes, que afluían al mar con una furia incontenible [65], y de estruendosos truenos [66].

13 Así transcurrió la noche para esos contingentes persas; pero, para los efectivos encargados de circunnavegar Eubea [67], esa misma noche resultó todavía mucho más terrible, por cuanto los sorprendió mientras navegaban por alta mar, y tuvieron un fatal desenlace: al desencadenarse el temporal y la lluvia cuando, en plena travesía, se encontraban a la altura de las «Ensenadas» de Eubea [68], se vie-

seaward»), esta afirmación del historiador permite suponer que, al llegar a Áfetas, los persas habían dejado sus navíos anclados en el agua.

[64] Es decir, los integrantes de la flota persa.

[65] Y que anegarían las posiciones persas diseminadas por la costa.

[66] Sobre el estado de estupor (o *embróntēsis*) producido por los truenos, cf. nota VII 93.

[67] Cf., *supra*, VIII 7, 1, y notas VIII 36 y 38.

[68] Un paraje de localización controvertida, ya que hay testimonios antiguos (cf. Estrabón, X 1, 2; Valerio Máximo, I 8, 10) que lo sitúan en la costa sudoccidental de Eubea, entre la localidad de Caristo —al sur de la isla— y un punto situado frente a la localidad ática de Ramnunte, a unos 40 km. al noroeste de Caristo, mientras que otros testimonios (cf. Tolomeo, III 14, 22) lo sitúan en la costa sudoriental de Eubea, entre los cabos Quersoneso y Cafareo. Se trataba, en cualquier caso, de una zona de la costa de la isla formada por una serie de ensenadas (lo que permite suponer que estaba en la costa sudoccidental), salpicadas de promontorios rocosos que entrañaban gran peligro para la navegación (cf. Eurípides, *Troyanas* 84; Livio, XXXI 47). Vid. G. B. Grundy,

ron arrastrados por el viento y, como no conocían la zona a la que eran empujados, acabaron chocando contra los escollos. Todo esto sucedía por voluntad divina, para que la flota persa se equilibrara con la griega y no gozase de una neta superioridad numérica [69].

Segundo enfrentamiento naval, con victoria griega

Así pues, esos efectivos persas resultaron aniquilados [70] en las inmediaciones de las «Ensenadas» de Eubea. Por su parte, los bárbaros que se encontraban en Áfetas, cuando —para su satisfacción— rayó el día, mantuvieron sus navíos inactivos, ya que, en 14

Great Persian War..., pág. 335, nota 3. No obstante, y pese a que una identificación de las «Ensenadas» en la zona apuntada permitiría aceptar que el viento que arrastró a los persas hacia las rocas de la costa soplaba del S o del SW, con lo que su destrucción habría estado motivada, como pretende el historiador, por la segunda tormenta sufrida por la flota persa, lo más probable es que esta nueva tempestad constituya uno de los dobletes narrativos que con frecuencia aparecen en la obra herodotea; cf. R. LATTIMORE, «The second storm at Artemisium», *Classical Review* 53 (1939), págs. 57 y sigs.

[69] La afirmación de Heródoto (que, inicialmente, atribuye a la flota persa una cifras exageradas; cf. VII 89, 1) se debe a su creencia en la existencia de un principio rector del universo que vela por el mantenimiento del equilibrio. Cf. H. PAGEL, *Die Bedeutung des aitiologischen Momentes für Herodots Geschichtsschreibung*, Berlín, 1927, págs. 23 y sigs. No obstante, el historiador incurre en contradicciones, ya que considera en todo momento que la flota persa superaba con amplitud a la griega (cf. VIII 66, 2, sobre los refuerzos persas que paliaron sus bajas hasta ese momento), cuando, desde el punto de vista estratégico, esa presunta superioridad no se evidencia a lo largo de su obra (cf., por ejemplo, VII 236, 2-3).

[70] Como resulta difícil admitir que todos los navíos persas hubiesen sido destruidos, W. W. TARN, «The Fleet of Xerxes», *Journal Hellenic Studies* 28 (1908), pág. 215, admitiendo la veracidad de la circunnavegación de Eubea por el contingente naval persa, suponía que esas 200 naves se habían visto afectadas por la primera tormenta en la costa sudoriental de Eubea, y por la segunda en la costa sudoccidental.

medio de sus desgracias, se contentaban con mantenerse de momento a la expectativa [71].

Entretanto, arribaron en socorro de los griegos cincuenta
2 y tres naves áticas [72]. Su presencia, entonces, aunada a la noticia —que coincidió con su llegada— de que todos los bárbaros que estaban circunnavegando Eubea habían resultado aniquilados a consecuencia de la tempestad que se había desencadenado, elevó la moral de los helenos. En consecuencia, aguardaron hasta la misma hora que la víspera y zarparon para atacar a unos navíos cilicios [73]. Y, tras haberlos destruido, en vista de que estaba oscureciendo, pusieron de nuevo rumbo al Artemisio.

---

[71] Dado que el día a que alude Heródoto debe de ser el decimonoveno de la «Cronología de las operaciones del ejército y flota persa» (cf., *supra,* Apéndice XI al libro VII), es presumible que los persas esperaran de Jerjes la noticia de la caída de las Termópilas antes de pasar al ataque.

[72] Si la maniobra persa de rodear Eubea es cierta, estas naves debían de haber sido destacadas del grueso de la flota griega para custodiar el Euripo (cf. J. B. Bury, «The campaign of Artemisium and Thermopylae», *Bulletin School Athens* 2 (1895-96), pág. 88), aunque el número de naves destacado para semejante misión resulta excesivo. No obstante, también se ha pensado que podían proceder directamente de Atenas; cf. A. Köster, *Studien zur Geschichte des antiken Seewesen,* Klio, 32, 1934, pág. 76.

[73] Resulta imposible poder identificar a este contingente cilicio (no debía de tratarse de la totalidad de los efectivos navales cilicios en la flota de Jerjes, que ascendían a 100 navíos; cf. VII 91). Ciertos críticos que admiten la circunnavegación persa de Eubea piensan en la posibilidad de que se tratara de los supervivientes de la primera, y única, tormenta, a su regreso a Áfetas. Sin embargo, lo más probable es que los griegos, en este segundo enfrentamiento naval en Artemisio, se atuvieran a la táctica del día precedente, atacando a un contingente de naves aislado del grueso de la flota persa debido a la morfología de la costa magnesia frente a Eubea, que ofrece puertos alejados entre sí.

Tercer enfrentamiento naval, que termina con resultado indeciso

Al tercer día [74], sin embargo, los al- 15
mirantes [75] bárbaros consideraron algo inadmisible que un número tan exiguo de naves les creara problemas y, temerosos al mismo tiempo de la reacción de Jerjes, no esperaron ya a que los griegos iniciaran las hostilidades, sino que realizaron los oportunos preparativos y, hacia el mediodía [76], hicieron que sus naves ganaran mar abierto.

Y se dio la coincidencia de que estos enfrentamientos navales, y los librados por tierra en las Termópilas, tuvieron lugar en las mismas fechas [77]. (El supremo objetivo 2
de las fuerzas navales lo constituía la defensa del Euripo, al igual que la salvaguardia del desfiladero [78] lo era para

---

[74] Es decir, el mismo día en que se produjo el definitivo ataque persa contra las Termópilas. Los persas ya se encontrarían en su totalidad en condiciones operativas, tras su llegada a Áfetas (cf. nota VIII 43), y, además, habrían recibido órdenes concretas de pasar al ataque en ese día por parte del Estado Mayor de Jerjes (la alusión al temor que reinaba entre los jefes de la flota, ante eventuales represalias por parte del monarca, debe considerarse parte integrante de la leyenda negativa sobre Jerjes que existía en Grecia; cf., *supra,* nota VII 216, y, en general, E. Hermes, *Die Xerxesgestalt bei Herodot,* Kiel, 1951.

[75] Cf. VII 97 y notas *ad locum.*

[76] Coincidiendo, pues, con el momento del asalto final de los persas contra Leónidas y los suyos. Cf. VII 223, 1. No obstante, vid. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VII...,* pág. 198; y J. Labarbe, «Chiffres et modes de répartition...», pág. 398.

[77] Heródoto, en consecuencia, consideraba un hecho fortuito la simultaneidad de los enfrentamientos navales y terrestres, cuando la interdependencia de las operaciones desarrolladas en las Termópilas y el Artemisio era absoluta. Cf. nota VIII 2, y W. K. Pritchett, «New Light on Thermopylae», *American Journal Archaeology* 62 (1958), págs. 203 y sigs.

[78] Sobre la topografía de las Termópilas, cf. VII 176, 2-3, y nota VII 862.

Leónidas y sus hombres.) Los griegos [79], en definitiva, se daban mutuos ánimos para impedir que los bárbaros penetrasen en la Hélade [80], y éstos, por su parte, lo hacían para destrozar a la flota griega y adueñarse del control del Estrecho.

16 Cuando los efectivos de Jerjes arrumbaron contra ellos en formación de combate, los griegos se mantuvieron a la expectativa en los aledaños del Artemisio [81]. Pero los bárbaros desplegaron sus naves en forma de media luna y trataron de efectuar una maniobra envolvente para rodearlos, por lo que, en esa tesitura, los griegos zarparon a su encuentro y trabaron combate [82].

En esa batalla naval ambos bandos se batieron con pa-
2 reja fortuna [83], pues la flota de Jerjes se veía perjudicada

---

[79] Los integrantes de la flota, se entiende.

[80] Es decir, en la Grecia Central propiamente dicha; cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 154, nota 5.

[81] Los griegos se mantienen próximos a la orilla, en la bahía de Pevki, para que la propia costa proteja sus flancos. Este tercer enfrentamiento naval en el Artemisio constituyó, por el número de naves y de hombres que en él tomaron parte, la batalla más importante que hasta entonces se había librado en el Mediterráneo. Cf. W. W. TARN, «The Fleet of Xerxes...», pág. 219.

[82] Como puede advertirse, la información que facilita el historiador es, poco más o menos, una repetición de la batalla librada el primer día en lo que a las maniobras de ambas flotas se refiere; la única diferencia estriba en el bando que inició las hostilidades. Cf. A. MASARACCHIA, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 165.

[83] Estratégicamente la batalla puede considerarse una victoria persa (los griegos no consiguieron su propósito de detener a los persas en el Artemisio; cf. W. K. PRENTICE, «Thermopylae and Artemisium», *Transactions American Philological Association* 51 (1920), págs. 14-15), aunque tácticamente el éxito se decantó del lado griego (cf. PÍNDARO, fr. 77, B. SNELL, *Pindari Fragmenta*, Leipzig, 3.ª ed., 1964 [citado por PLUTARCO, *Temístocles* 8, 2], quien, refiriéndose al Artemisio, dice: «donde las gentes de Atenas pusieron un glorioso cimiento a la libertad»).

por el importante número de sus propios navíos, que se estorbaban y chocaban entre sí. No obstante —y pese a ello—, los persas resistían sin retroceder, ya que consideraban una afrenta [84] darse a la fuga ante unas pocas naves. Pues bien [85], los griegos sufrieron numerosas bajas en naves y hombres [86], pero todavía mucho mayores fueron las bajas entre los bárbaros. Finalmente, ante el resultado del combate, ambas flotas se retiraron a sus posiciones.

En esa batalla naval destacaron, entre los efectivos de 17
Jerjes, los egipcios [87], quienes, entre otras proezas que llevaron a cabo, capturaron cinco navíos griegos con dotaciones y todo. Por parte griega ese día destacaron los atenienses [88], especialmente Clinias, hijo de Alcibíades [89], que

[84] Heródoto concibe aquí la ética militar de manera similar a la que manifiestan los guerreros homéricos, impregnados de los valores de una «cultura de vergüenza» (cf. E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational* = *Los griegos y lo irracional* [trad. de M. Araujo], Madrid, 1980, páginas 39 y sigs.).

[85] O «como es lógico», dado que «ambos bandos se batieron con pareja fortuna».

[86] Las estimaciones de J. Labarbe (*La loi navale de Thémistocle...*, pág. 182) ascienden a 71 naves griegas hundidas o fuera de combate (con las bajas humanas que ello implica) y por lo menos mil prisioneros hechos por los persas en los trirremes capturados (cf. VIII 17).

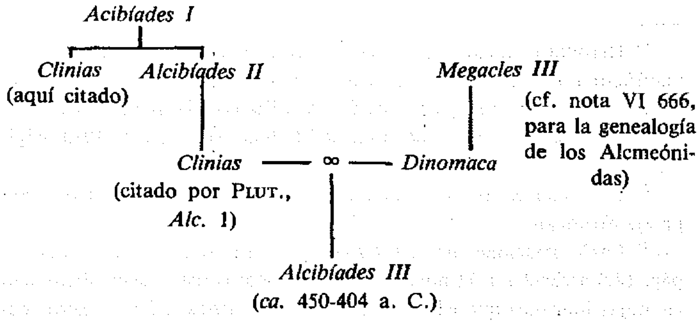
[87] Sorprende, inicialmente, esta preeminencia de los egipcios, que quizá se debió al hecho de ir provistos de armas pesadas (cf. VII 89, 3). Diodoro, XI 13, da una versión diferente, al citar, como los efectivos más destacados de la flota persa en la tercera batalla del Artemisio, a los sidonios, cuya pericia marinera resalta Heródoto en otras ocasiones (cf. VII 44; 100, 2; 128, 2).

[88] Plutarco, *Temístocles* 8, menciona que, en una estela erigida cerca del santuario de Ártemis *Proseóa* (cf. nota VII 859), figuraba un epigrama, atribuido a Simónides (fr. 24, D. Page, *Supplementum Lyricis Graecis*, Oxford, 1974), que incidía en la destacada actuación de los atenienses:

tomaba parte en la contienda con un navío de su propiedad, incluida una tripulación de doscientos hombres, cuyos gastos sufragaba de su propio peculio [90].

En estas aguas las gentes de Atenas, cierto día,
vencieron en naval batalla a la ingente hueste de Asia
venida, y en honor de la virginal Ártemis, por haberse
impuesto su flota a los medos, erigieron esta estela.

[89] Tradicionalmente, y a partir de PLUTARCO, *Alcibíades* 1, 1, se ha considerado que el Clinias aquí citado era el padre del famoso Alcibíades (cf. J. HATZFELD, *Alcibiade*, París, 2.ª ed., 1951, pág. 12-13). Pero, como ese personaje murió peleando contra los beocios en la batalla de Coronea, librada en 447 a. C., resulta difícil aceptar esta identificación. Es más verosímil pensar que se trataba de un hermano del abuelo de Alcibíades, con lo que la genealogía quedaría de la siguiente manera:



[90] Prueba de su gran riqueza y patriotismo. Una manera de contribuir a sufragar los gastos del Estado consistía en una serie de prestaciones en especie (las llamadas *liturgias* = griego *leitourgíai)*, entre las que figuraban el mando de los buques de guerra, o *triērarchía*. Los estrategos nombraban cada año 400 *trierarcos* entre los ciudadanos más ricos y, al iniciarse una campaña naval, el Estado fletaba el casco del buque de guerra, generalmente con sus correspondientes pertrechos (cf. ARISTÓFANES, *Caballeros* 911; TUCÍDIDES, VI 31), y facilitaba el sueldo de la tripulación más los fondos para su manutención. El *trierarco* tenía la obligación de costear todo el material restante necesario para poner la nave en condiciones de zarpar y debía mantenerla durante ese año, al cabo del cual tenía que entregarla en buen estado a su sucesor.

Retirada de la flota griega, informada del triunfo persa en las Termópilas. Artimaña de Temístocles para intentar conseguir que jonios y carios abandonen a Jerjes

Al retirarse, ambos bandos se apresuraron, jovialmente, a regresar a sus bases [91]. Entonces los griegos, al alejarse del escenario de la batalla, lo hicieron en formación abierta [92] y fueron apoderándose de los cadáveres y los pecios [93]; pero, como habían sufrido un serio revés (sobre todo los atenienses, la mitad de cuyas naves se encontraban averiadas), decidieron finalmente replegarse con rumbo a Grecia Central [94]. 18

[91] Literalmente «a su fondeadero»; es decir, los griegos a la costa de Eubea y los persas a Áfetas.

[92] O «lo hicieron en grupos», sin guardar la formación con la que inicialmente se habían enfrentado a los persas. Traduzco así *diakrithéntes*, pese a que la mayoría de los críticos lo interpretan redundantemente con *ek tês naumachíēs apēllháchthēsan*.

[93] Pese a que, tras una batalla, pedirle permiso al adversario (cosa que, en esta ocasión, no hacen los griegos) para retirar y enterrar los cadáveres era reconocer que se había perdido el combate, y aunque Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 18, nota 2), refiriéndose a los griegos, opina que «ils étaient donc restés maîtres du champ de bataille et pouvaient se considérer comme vainqueurs», lo más probable es que la información de Heródoto esté piadosamente distorsionada, o que, aprovechando la corriente, los griegos recogieran los cadáveres y pecios que pudieron, mientras regresaban al Artemisio.

[94] La decisión de retirarse la debieron de tomar los griegos sólo después de haber recibido la noticia (cf. VIII 21, 2) de que las Termópilas habían caído, cuando la presencia de la flota aliada en el Artemisio ya no tenía ninguna razón de ser (cf. nota VIII 25; Isócrates, *Panegírico* 92; Diodoro, XI 12; Plutarco, *Temístocles* 9; *De Herodoti malignitate* 34). El permanente impulso a huir, que aparece citado en varias fases de la campaña (cf. VII 183, 1; 207; VIII 4, 1), vuelve a ser un *tópos*, a partir probablemente de las fuentes de información del historiador —sin duda, atenienses— sobre este episodio de la guerra. Cf. G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 324.

19 No obstante, Temístocles se había percatado de que, si al Bárbaro se le sustraían los contingentes de raza jonia y de raza caria [95], los griegos estarían en condiciones de imponerse al resto de sus adversarios; y, mientras los eubeos arreaban sus rebaños a la orilla del mar [96], reunió en dicho paraje a los generales y les dijo que creía tener un plan que, en su opinión, propiciaría la defección de los mejores aliados del rey.

2 Lo cierto es que no les reveló más detalles del plan, pero añadió [97] que, en aquellos momentos, lo que debían hacer era sacrificar, del ganado de los eubeos, todas las cabezas que quisiesen (pues era preferible que las disfrutaran sus tropas a que lo hiciesen los enemigos), e instó a cada general a que ordenara a sus hombres que encendie-

[95] Aunque Heródoto no lo especifica, además de los jonios y los carios (Temístocles, al intentar inducirlos a abandonar la armada invasora, tendría presente su decidida participación en la sublevación jonia contra los persas; cf. V 103; 118-121), cabe suponer que hay que incluir a los dorios de Asia Menor, a los eolios, a los helespontios y quizá a los isleños, que en total habían aportado inicialmente a la flota persa (pues, entre las bajas sufridas hasta entonces por los persas, sin duda se contaban navíos de esos Estados) 427 naves (cf. VII 93-95), una cifra que habría desequilibrado, de pasarse a los aliados, las fuerzas en juego.

[96] No resulta claro a qué se debía esta acción de los eubeos. Dado que el episodio transcurre al final de la jornada, puede referise a que, como de costumbre, y después de haber llevado sus rebaños a pastar a los valles de las montañas próximas, los habitantes de la zona estaban recogiendo su ganado en los establos (pero cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 18, nota 4). Quizá los eubeos se habían enterado de que la flota iba a retirarse (tras producirse el final de Leónidas en las Termópilas) y pretendían ser evacuados de la isla, en un tardío intento por seguir los dictados del oráculo citado en el capítulo siguiente.

[97] Se produce ahora un paréntesis en la narración del plan de Temístocles, para intentar la defección de los griegos y carios integrantes de la flota persa, que no será retomado hasta el capítulo 22.

sen hogueras [98]; respecto a la retirada de la flota —concluyó—, él personalmente se encargaría de fijar la hora, de manera que pudiesen regresar sanos y salvos a Grecia [99]. Los generales decidieron seguir sus indicaciones y, sin pérdida de tiempo, mandaron a sus hombres encender hogueras y ocuparse del ganado.

Resulta que los eubeos habían hecho caso omiso del 20
oráculo de Bacis [100], como si careciera de importancia, y no habían evacuado nada de nada, ni se habían pertrecha-

[98] Con un doble objetivo: engañar a los persas, haciéndoles creer que las tripulaciones habían bajado a tierra y pensaban pasar la noche en la costa de Eubea, y poder guisar los animales que servirían de alimento a las dotaciones.

[99] Cf. nota VIII 80. Parece poco verosímil la iniciativa de Temístocles a este respecto, ya que no le competía a él hacerlo, sino a Euribíades. Por otra parte, en el relato del historiador no tiene lugar el cumplimiento de la promesa de Temístocles.

[100] Un profeta legendario (cf. ARISTÓFANES, *Paz* 1071; PAUSANIAS, IV 27, 4; X 12, 11, para su inspiración por las Ninfas), a quien se atribuía una colección de oráculos, similar a los que se consideraban emitidos por Orfeo y Museo (cf. nota VII 37), que fue recopilada en Atenas en tiempos de los Pisistrátidas (para el impulso que dieron los Pisistrátidas a las corrientes religiosas misticistas, cf. nota VII 39). En Eleón, una localidad de Beocia, cercana a Tanagra, existía un oráculo regido por los «Bácidas» (también había oráculos relacionados con Bacis en el Ática y en Arcadia; cf. TEOPOMPO, fr. 77, *F. Gr. Hist.* 115), una casta de profetas (pese a que aquí Heródoto habla de Bacis como si se tratara de un nombre propio, originariamente Bacis pudo haber significado «profeta», relacionándose con el verbo βάζειν, que significa «hablar»; cf. ARISTÓTELES, *Problemas* 30, 1), que ganaron fama con el auge de la religión extática en los siglos VII y VI a. C. Cf. E. ROHDE, *Psyche. Seelencult und Unsterblichkeitsglaube der Griechen = Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos* [trad. S. FERNÁNDEZ RAMÍREZ], Barcelona, 1973, págs. 329 y sigs.; y O. KERN, s.v. *Bakis, Real Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* [= *R.E.*], II, 2, 1896, cols. 2801-2802.

do ante una guerra que se les avecinaba, por lo que se
2 labraron su propia ruina [101]. El oráculo de Bacis al respecto reza así [102]:

Mira, cuando un hombre de extraño idioma al mar arroje
un yugo de papiro [103], *aleja de Eubea a tus cabras de*
[constantes balidos.

Al no haber sacado partido alguno de estos versos, tuvieron que sufrir las mayores desdichas en las calamidades que a la sazón se cernían sobre ellos y en las que les aguardaban [104].

21 Pues bien, mientras los integrantes de la flota procedían a realizar esas operaciones, se presentó el vigía procedente de Traquis [105]. Resulta que, en Artemisio, se hallaba

---

[101] La veracidad de un oráculo, y su errónea interpretación por los hombres (o, como en este caso, la indiferencia humana), es un tema que aparece con frecuencia en la obra de Heródoto (cf., por ejemplo, I 91; III 124 y sigs.) y responde a niveles de pensamiento típicamente griegos, procedentes de la religión popular de su tiempo: la sobreestimación de las facultades humanas para interpretarlos es una fuente de errores. No obstante, este oráculo debía de hacer referencia únicamente a los habitantes de la Histieótide, la zona septentrional de Eubea (que fue saqueada por los persas; cf. VIII 23, 2), ya que no tenemos noticias de que el resto de la isla sufriera especiales daños.

[102] Para este oráculo, cf. J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots,* Gotinga, 1965, págs. 101 y sigs.

[103] Una referencia a los puentes del Helesponto (cf. VII 25, 1; 34; 36, 3). Sobre el papiro, cf. notas II 335 y 336.

[104] El texto griego presenta un juego de palabras intraducible (quizá con sentido irónico), al aparecer un doble políptoton (*chrēsámenoi* ... *pareoûsi* ... *parēn* ... *chrâsthai)* en expresiones lexicalizadas.

[105] Naturalmente se refiere a la región situada al S. de Mélide, en la orilla occidental del golfo Maliaco (donde estaban las Termópilas), y no a la capital de la comarca, que tenía su mismo nombre, dado que

destacado un vigía (se trataba de Polias, un natural de Anticira [106]), quien, si la flota se veía derrotada, había recibido la orden —para lo cual disponía de una embarcación preparada a tal efecto [107]— de notificárselo a los que se encontraban en las Termópilas. Asimismo, entre las fuerzas de Leónidas, se hallaba destacado el ateniense Abrónico [108], hijo de Lisicles, quien, si al ejército de tierra le ocurría algún contratiempo, también estaba preparado para, a bordo de un triecontero [109], informar a los que se encontraban en Artemisio.

Como es natural, a su llegada, el tal Abrónico les 2
notificó la suerte que habían corrido Leónidas y sus tropas. Al tener noticia de lo ocurrido, los griegos no pospusieron más la retirada [110] y se hicieron a la mar conservan-

---

la ciudad había sido ya conquistada por los persas (cf. VII 201). Los griegos debían de haber establecido, entre las Termópilas y el Artemisio, algún procedimiento para intercomunicarse, quizá mediante señales de humo, y poderse advertir mutuamente del inicio del ataque persa a las respectivas posiciones. Los dos mensajeros a que se alude en este capítulo habían sido mantenidos en reserva, para ser empleados en una situación límite. Cf. G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 265.

[106] En Mélide. Cf. nota VII 952.

[107] Sigo la interpretación de J. E. Powell, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= Cambridge, 1938), s.v. *katērēs*, aunque H. G. Liddell, R. Scott, *Greek-English Lexicon with supplement* (revisado por H. S. Jones), Oxford, 9.ª ed., 1940, *s.v.*, traducen «had a rowing boat ready».

[108] El mismo personaje que, en 479/478, integró, junto a Temístocles y Arístides, la embajada ateniense enviada a Esparta para negociar la reconstrucción de los muros de Atenas. Cf. Tucídides, I 91, 3.

[109] Nave ligera de 30 remos (quince en cada flanco), muy apropiada para cortas travesías debido a su rapidez (aunque, por su escaso tonelaje, se empleaban casi únicamente en singladuras de cabotaje). Cf. J. Rougé, *La marine dans l'antiquité*, París, 1975, págs. 92 y sigs.

[110] Cf., *supra*, nota VIII 94.

do su posición respectiva: los corintios iban a la cabeza y cerraban la formación los atenienses [111].

22 Entonces Temístocles escogió las naves atenienses más veleras y recorrió los lugares donde había agua potable [112], haciendo grabar en las piedras [113] unas inscripciones que pudieron leer los jonios cuando, al día siguiente, arribaron al Artemisio. Las inscripciones decían lo siguiente [114]: «Jonios, no estáis actuando con rectitud al atacar a vuestros antepasados [115] y pretender sumir a Grecia en la esclavi-

---

[111] Heródoto, probablemente, se refiere a que los navíos griegos conservaron el orden en que habían anclado en la costa de Eubea, dando a entender que la retirada de la flota se produjo de manera ordenada. Si esto es así, los corintios habrían ocupado en Pevki el ala izquierda y los atenienses la derecha, dado que los griegos se retiraron hacia el Sur a través del canal de Oreo y del Euripo.

[112] En la costa septentrional de Eubea, a donde los persas se trasladaron al día siguiente (cf. VIII 23, 1). Heródoto pasa a relatar ahora el plan de Temístocles apuntado en VIII 19, 1.

[113] Presumiblemente las piedras que jalonaban los pozos y los manantiales.

[114] Resulta difícil poder admitir que el contenido de las inscripciones que Temístocles mandó grabar fuera tan extenso. Desde el punto de vista de su factura técnica, la grabación hubiera llevado cierto tiempo, los lugares de aguada serían varios y debía de ser ya bastante tarde (en esa jornada se había celebrado, a partir del mediodía, una dura batalla naval [cf. VIII 15-18]; los generales griegos, a su conclusión, habían recibido la noticia de la caída de las Termópilas [cf. VIII 21]; y habían mantenido una reunión en la que decidieron dirigirse hacia el Sur [cf. VIII 19, 1]). El historiador debe de estar haciéndose eco de un testimonio oral ateniense (cf. Justino, II 12, 3), cuando en las inscripciones simplemente se habría incitado a jonios y carios a hacer defección.

[115] Pues el ateniense Neleo, hijo del mítico rey de Atenas Codro (cf. nota V 303), pasaba por haber sido el fundador de Mileto. A diferencia de lo que ocurría en época arcaica (cf. Solón, fr. 4, E. Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca* (fasc. 1, 'Poetae elegiaci'), Leipzig, 3.ª ed., 1954), cuando Atenas no desdeñaba sus relaciones étnicas con los jonios de Asia,

tud. Así pues, poneos decididamente de nuestra parte; 2
y, si os resulta imposible hacerlo, en lo sucesivo manteneos al margen y, de paso, pedidles personalmente a los carios que os imiten. Ahora bien, si no podéis hacer ni lo uno ni lo otro, por estar sometidos a una coacción [116] demasiado grande como para poder rebelaros, cuando trabemos combate mostraos en plena acción deliberadamente remisos, teniendo presente que descendéis de nosotros y que nuestro antagonismo con el Bárbaro se originó por vuestra causa [117]».

En mi opinión, Temístocles mandó redactar esas ins- 3
cripciones con un doble propósito: para que las mismas indujeran a los jonios a cambiar de actitud y a ponerse de parte de los griegos, si el rey no se enteraba de su existencia, o a fin de que su contenido —cuando, con calumniosos comentarios, llegase a oídos de Jerjes— hiciera sospechar de los jonios [118] y propiciase su exclusión de los enfrentamientos navales.

---

el siglo V ateniense muestra un desprecio generalizado hacia ellos (aunque, por razones propagandísticas, Atenas siguiera atribuyéndose el liderazgo de los jonios; cf. TUCÍDIDES, III 86, 3-4; VI 82), por haber sido esclavizados por los persas y por su carácter orientalizante (cf. TUCÍDIDES, V 9, 1; VI 77, 1; VIII 25, 5). Sobre las críticas antijonias en la *Historia*, cf. nota V 519, y J. HART, *Herodotus and Greek History...*, págs. 181 y sigs.

[116] Ya que habían dejado en Asia a sus familiares y sus propiedades (cf. VII 52, 2).

[117] Por el apoyo prestado por Atenas a la sublevación jonia (cf. V 99 y sigs.).

[118] Cf., *infra*, VIII 90.

23 *La flota persa alcanza Eubea*

Eso fue lo que Temístocles mandó inscribir. Poco después se presentó a los bárbaros, a bordo de una embarcación, un natural de Histiea [119] con la noticia de que los griegos habían huido de Artemisio. Entonces los bárbaros, incrédulos [120], mantuvieron al informador bajo vigilancia y enviaron unas naves ligeras para cerciorarse. Una vez que los tripulantes de las mismas confirmaron lo que sucedía fue cuando, al rayar el sol,
2 toda la flota zarpó en masa rumbo al Artemisio. En dicho paraje hicieron escala hasta mediodía y, acto seguido, zarparon con destino a Histiea [121]. A su llegada, tomaron la citada ciudad y efectuaron correrías por todas las aldeas costeras de la comarca de Elopia [122], concretamente por las del territorio de Histiea.

24 *Jerjes exhibe los cadáveres de los griegos caídos en las Termópilas, ocultando a la flota la magnitud de sus propias bajas*

Mientras sus efectivos navales estaban en esa zona, Jerjes, tras tomar una serie de medidas relativas a los caídos, envió un heraldo a la flota. Y las medidas que, previamente, había tomado fueron las siguientes: dejó sin enterrar unos mil cadáveres de entre todas las bajas de su ejército habidas en las Termópilas (que, en concreto, ascendían a veinte mil), e hizo sepultar a los de-

---

[119] Cf. nota VII 855.

[120] Quizá porque todavía no habían recibido noticias de la victoria de Jerjes en las Termópilas, y por la estratagema de Temístocles al hacer que las fuerzas griegas encendieran hogueras (cf. VIII 19, 2).

[121] Es decir, pusieron rumbo al Oeste, ya que la bahía de Pevki se halla a unos 10 km. al E. de Histiea.

[122] El antiguo nombre de la mitad norte de Eubea (cf. ESTRABÓN, X 1, 3-5), de la que era parte integrante la Histieótide, en la costa septentrional de la isla.

más en unas fosas que mandó cavar, y luego cubrir de tierra y tapar con hojas [123], para que los soldados de la fuerza naval no pudiesen verlas [124].

Cuando el heraldo hubo cruzado a Histiea, convocó 2
a todos los integrantes de la flota y les dijo lo siguiente: «Aliados [125], el rey Jerjes autoriza a todo el que lo desee a que abandone su puesto y vaya a ver cómo pelea contra las insensatas criaturas [126] que creyeron poder imponerse a sus fuerzas».

---

[123] En el texto griego aparece una histerología, ya que primero se alude a las hojas y luego a la tierra.

[124] Como señala R. W. MACAN (*Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 388), «the figures and the farce are alike incredible: 20.000 men cannot have fallen at Thermopylai, still less could 19.000 have been so speedily interred; nor is it by any means certain that the Persian king would have caused them to be interred at all. [El zoroastrismo prohibía mancillar el agua, la tierra y el fuego, ya que eran elementos divinos —y un cadáver pasaba al control de *Ahrimán*, el principio del mal—, por lo que los muertos, entre los Magos, eran presa de las bestias carroñeras, como ocurre en la actualidad en la India con los Parsis de la zona de Bombay; los persas, por su parte, practicaban una especie de embalsamamiento; cf. I 140, y J. DUCHESNE-GUILLEMIN, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, págs. 159 y sigs.] Nor, had the king attempted such a fraud, could he have hoped to silence men's tongues, or befool their eyes... The anecdote seems to be part of the comic Nemesis which Greek anecdote-mongers inflicted upon Xerxes».

[125] Heródoto, según su habitual *interpretatio graeca* (cf. C. SCHRADER, «La investigación histórica en Heródoto», *Estudios en homenaje a A. Beltrán*, Zaragoza, 1986, pág. 676), está utilizando un término típicamente griego. El aliado (en griego, *sýmmachos*) debe entenderse, en este caso, en el sentido de que el Estado que ha capitulado (y todos los integrantes de la flota eran vasallos de los persas) tiene que aportar un determinado número de tropas como apoyo militar cuando el vencedor al que estaba sometido lo solicitaba.

[126] La base teológica de la realeza persa hacía que su poder fuese considerado como la emanación de la potencia cósmica de *Ahuramazda*

25 Tras esta proclama, nada escaseó acto seguido tanto como las embarcaciones; tan numerosos eran los que deseaban contemplar el espectáculo. Transportados a la otra orilla [127], pasaron por entre los cadáveres y los estuvieron contemplando; y todos creían que la totalidad de los caídos [128] eran lacedemonios [129] y tespieos [130], aunque tam-
2 bién estaban viendo a los hilotas [131]. Sin embargo, los que habían cruzado el estrecho no dejaron de advertir, ni mucho menos, lo que Jerjes había hecho con los cadáveres de sus soldados. Es más, el panorama resultaba realmente cómico: por parte persa se veían mil cadáveres [132], mien-

---

(cf. nota VII 61), por lo que el monarca se creía el dueño del mundo. Cf. A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, pág. 231.

[127] Es decir, desde Eubea a la orilla del golfo Malíaco, a través del canal de Oreo (el estrecho a que se alude más adelante).

[128] De los caídos por parte griega.

[129] Dado que lacedemonios eran todos los habitantes de Lacedemonia, la región del Peloponeso sudoriental, incluidos los periecos (cf. nota VI 288) y los hilotas, hay que entender aquí una referencia a los espartiatas, los ciudadanos de pleno derecho, miembros de la clase dominante y descendientes de los antiguos inmigrantes dorios. Cf. V. Ehrenberg, «Spartiaten und Lakedaimonier», *Hermes* 59 (1924), págs. 23 y sigs.; y F. Gschnitzer, *Griechische Sozialgeschichte von der mykenischen bis zum Ausgang der klassischen Zeit*, Wiesbaden, 1981, págs. 96-99.

[130] Tespias, localidad de Beocia, en el valle del río Asopo, había enviado a las Termópilas 700 hoplitas (cf. VII 202).

[131] Cf. nota VII 1071, y M. I. Finley, *Economy and Society in Ancient Greece*, Nueva York, 1982, págs. 123 y sigs.

[132] H. Stein, *Herodotos. Buch VIII...*, pág. 19, consideraba que en el texto griego falta algún término relativo a los cadáveres persas (como, por ejemplo, «diseminados»). La comicidad puede, pues, interpretarse en dos sentidos: o que todos los cadáveres griegos estaban agrupados en un mismo lugar, mientras que los de los persas se hallaban diseminados a lo largo del paso, o que resultaba absurdo poder admitir que mil persas hubiesen dado muerte a un número muy superior de griegos.

tras que los griegos —en número de cuatro mil [133]— se encontraban todos juntos, al haber sido reunidos en el mismo lugar [134]. Durante aquel día los persas se dedicaron 3
a contemplar el espectáculo; y, al día siguiente, los unos zarparon en dirección a Histiea para embarcarse, en tanto que Jerjes y sus tropas se dispusieron a emprender la marcha [135].

Avance persa por Grecia Central. Nuevo ejemplo del talante de los griegos

Entonces salieron a su encuentro unos 26
desertores; se trataba de unos pocos arcadios que carecían de medios de vida y que deseaban que les diesen trabajo [136]. Los persas, por su parte, los condujeron a presencia del rey y les preguntaron qué era lo que estaban haciendo los griegos (un único portavoz persa fue quien les formuló esa pregunta). Los arcadios les dijeron que 2

[133] Dado que en las Termópilas hallaron la muerte casi todos los 700 tespieos y los 300 espartiatas que habían acudido a defender el desfiladero (cf. VII 202), pues el resto de los peloponesios se había retirado (cf. VII 222), y los tebanos se pasaron a los persas (cf. VII 233), habría que pensar que la cifra de hilotas que acompañaba a los espartiatas era de tres millares. Pero, como esto está en contradicción con lo que indica el historiador en VII 229, 1, pasaje del que se deduce que a cada espartiata lo acompañaba un solo hilota (a diferencia de lo que ocurrió en Platea; cf., *infra*, IX 29, 1), hay que suponer que esta cifra retoma la del epigrama citado en VII 228, 1.

[134] Probablemente en la colina a donde se retiraron los griegos antes de ser aniquilados (cf. VII 225, 2-3).

[135] En dirección a Atenas. El avance persa por Grecia Central es relatado a partir del capítulo 31.

[136] Como mercenarios y guías cuando Jerjes lograra invadir el Peloponeso, en cuya zona central se encuentra Arcadia. Dado lo montañoso de la región, en la que las condiciones de vida eran duras, tenemos otros testimonios de la actuación de arcadios como mercenarios (cf. TUCÍDIDES, III 34; VII 57-58). No obstante, en la Segunda Guerra Médica, la mayoría de los arcadios se opuso a los persas (cf. VII 202, y nota VII 970).

los griegos estaban celebrando los Juegos Olímpicos [137]; es decir, que debían de estar asistiendo a unos certámenes atléticos y ecuestres [138]. Y, al preguntar acto seguido el persa que cuál era el premio que tenían establecido en sus competiciones, los arcadios le respondieron que al vencedor se le concedía una corona de olivo [139].

Fue en aquellos momentos cuando Tritantecmes, hijo de Artábano [140], fue tachado de cobarde por el monarca

[137] Cf. VII 206, 2 y nota VII 989.

[138] Los festivales de Olimpia duraban siete días, celebrándose las competiciones del segundo al sexto (en el primero y el último tenían lugar las ceremonias rituales y los sacrificios). Durante el segundo día se celebraban los concursos infantiles; en el tercero comenzaban las carreras de adultos (velocidad, medio fondo, y fondo, equivalentes a un estadio en línea recta [= 192 m.]; al doble estadio, o *díaulo* [= 384 m.]; y a veinticuatro veces un estadio, o *dólico* [= 4.608 m.]); y por la tarde de esa jornada, y la mañana de la siguiente, tenían lugar las pruebas de lucha, pugilato y pancracio (una especie de lucha libre); por la tarde del cuarto día se celebraba la carrera con armas pesadas (al principio con una panoplia completa y luego sólo con el escudo hoplítico); en el quinto día se desarrollaban las pruebas del pentatlo (un conjunto de cinco disciplinas: salto de longitud, luchas, lanzamientos de disco y jabalina, y carrera de velocidad); el sexto día tenían lugar las carreras de carros, las pruebas que más interés despertaban, y las de caballos. Cf. C. Durantez, *Las Olimpíadas griegas* [s.l.], 1977, págs. 231 y sigs.

[139] Como los otros grandes juegos panhelénicos, los Juegos Olímpicos eran *agônes stephanîtai;* es decir, certámenes en que la recompensa para el vencedor de cada prueba no era material, sino que consistía en una rama de olivo sagrado (cf. Píndaro, *Ol.* III 27) que se les entregaba el último día de los festivales (cf. Pausanias, V 15, 3). No obstante, los vencedores solían recibir grandes recompensas por parte de sus ciudades natales (sumas de dinero, el derecho a ser mantenidos de por vida en el *pritaneo* de la ciudad, etc.). Cf. Platón, *Apología* 36d; *República* 465d; Plutarco, *Solón* 23; y C. Durantez, *o.c.*, págs. 188 y sigs.

[140] Tritantecmes era uno de los seis generales en jefe del ejército persa (cf. VII 82, y Apéndice VI al libro VII). Sobre Artábano, que era tío de Jerjes, cf. nota VII 76.

al expresar una opinión que denotaba gran nobleza. Resulta 3
que, al enterarse de que el premio consistía en una corona
y no en dinero, no pudo guardar silencio y exclamó delante de todos: «¡Ay, Mardonio, contra qué clase de gente nos has traído a combatir! ¡No compiten por dinero, sino por amor propio[141]!»

Excurso sobre la ancestral enemistad existente entre tesalios y focenses

Eso fue, en definitiva, lo que mani- 27
festó Tritantecmes.

En el ínterin —inmediatamente después del desastre acaecido en las Termópilas—, los tesalios enviaron un heraldo a los focenses, ya que abrigaban hacia ellos un odio inveterado[142], que se había visto particularmente acrecentado a
raíz de su último desastre. Resulta que, no muchos años 2
antes de la expedición de Jerjes que nos ocupa[143], los te-

[141] Literalmente, «por *aretḗ*» (cf. nota VII 504). Al igual que su padre Artábano (cf. IV 83; VII 46, 4), Tritantecmes se manifiesta aquí como un sabio consejero (cf. D. Fehling, *Die Quellenangaben bei Herodot,* Berlín-Nueva York, 1971, págs. 145 y sigs.), si bien la anécdota es típicamente griega, al exaltar la *aretḗ,* frente al dinero, un tema típico de la cultura aristocrática arcaica (cf. Hesíodo, *Trabajos,* 320 y sigs.; Solón, fr. 1 Diehl; etc.). La alusión a Mardonio (cf. notas VI 203, y VII 27) está motivada porque había sido un decidido partidario de la expedición contra Grecia (cf., *supra,* VII 9). Su figura presenta, en la obra de Heródoto, rasgos negativos por la helenofobia que le atribuyeron los griegos, recordando su primera incursión contra Grecia (cf. VI 43 y sigs.) y su permanencia en la Hélade, tras la partida de Jerjes, hasta el año 479. Cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* II, pág. 634, nota 1.

[142] De esa enemistad tradicional, motivada por la vecindad de ambas regiones, daba buena prueba el «muro focense», erigido en las Termópilas (cf. VII 176, 3-5), para evitar las correrías de los tesalios por la Fócide.

[143] No puede establecerse la cronología de esta guerra, pero, dado que, en VII 145, 1, no se alude explícitamente a un estado de beligerancia entre focenses y tesalios, se ha supuesto que las hostilidades aquí narradas (respecto a las cuales Plutarco, *Moralia* 244, y, sobre todo, Pausa-

salios, en unión de sus aliados [144], habían invadido Fócide con todos sus efectivos y habían sido derrotados por los focenses, sufriendo un serio revés.

3 Los focenses, que tenían consigo al adivino Telias de Élide [145], habían sido bloqueados en el Parnaso [146], cuando, en esa tesitura, el tal Telias los salvó con la siguiente estratagema [147]: hizo que los seiscientos soldados focenses más valerosos se embadurnasen el cuerpo, así como las armas, con yeso, y los lanzó de noche contra los tesalios después de haberles ordenado que matasen a todo el que
4 no vieran pintado de blanco. Pues bien, los centinelas tesalios, que fueron los primeros en verlos, creyeron que se trataba de un extraordinario prodigio y huyeron aterrorizados; y, tras los centinelas, hizo lo propio el ejército, de manera que los focenses se apoderaron de cuatro mil cadáveres [148] y otros tantos escudos, la mitad de los cuales

---

NIAS, X 1, dan una información más detallada, aunque no exenta de problemas) tuvieron lugar a finales del siglo VI a. C.

[144] Posiblemente los pueblos mencionados en VII 132, 1: dólopes, enianes, perrebos, locros, magnesios, melieos y aqueos de Ftiótide (cf. nota VII 629). A no ser que el término haga, simplemente, referencia a la actuación unitaria de las diferentes ciudades tesalias en política exterior tras reunirse sus delegados (cf. J. A. O. LARSEN, *Greek Federal States*, Oxford, 1968, págs. 12-26; 281-294).

[145] Región noroccidental del Peloponeso. Telias pertenecía a la familia de los Telíadas, un clan de afamados adivinos (cf., *infra*, IX 37). Sobre la importancia y el prestigio de la mántica en Élide, cf. nota V 191, y G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 190.

[146] Macizo montañoso de Fócide, de 2.459 m. de altitud en su punto más elevado.

[147] Que tuvo lugar en una noche de luna llena, con lo que se conseguía el efecto deseado. Cf. POLIENO, *Strategemata*, 6, 18; PAUSANIAS, X 13, 7; y P. ELLINGER, «Sur les mythes de la guerre d'anéantissement», *Quaderni Urbinati Cultura Classica* 29 (1978), págs. 7 y sigs.

[148] Lo cual debe de ser un indicio de que, una vez desatado el pánico

los consagraron en Abas [149], y la otra mitad en Delfos. (Por cierto que la décima parte del botín obtenido en esa batalla sirvió para esculpir las grandes estatuas que, delante del templo de Delfos, están agrupadas alrededor del trípode, así como otras similares que se hallan consagradas en Abas [150].)

Esto fue, en suma, lo que hicieron los focenses con 28
la infantería de los tesalios mientras esta última los estaba asediando. Por lo que se refiere a la caballería tesalia [151] (que había invadido su territorio), le infligieron una terrible derrota [152]: justo en el desfiladero que se halla en las inmediaciones de Hiámpolis [153] abrieron una gran zanja, depositaron en su interior unas ánforas vacías y, tras recubrirlas de tierra y nivelar la excavación a la altura del terreno circundante, aguardaron el ataque del enemigo. Y,

---

entre las filas tesalias por la irrupción de los 600 soldados embadurnados de yeso, el resto del ejército focense atacó en masa.

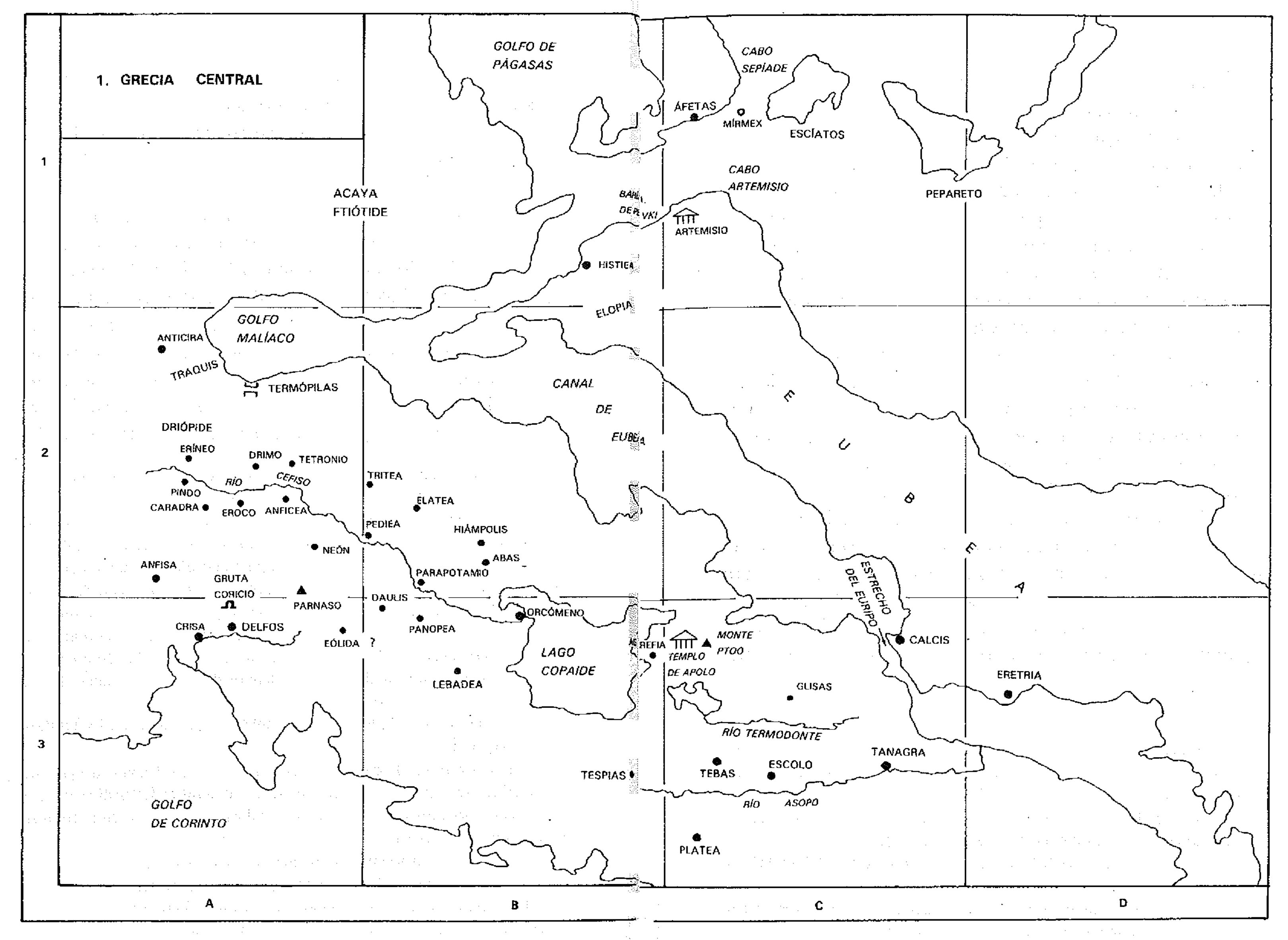
[149] Localidad de Fócide nororiental, próxima a la frontera beocia, donde existía un santuario consagrado a Apolo y un oráculo (cf. I 46, 2).

[150] Según Pausanias, X 13, 7, el grupo escultórico ofrendado en Delfos representaba a Heracles y Apolo porfiando por la posesión del trípode sagrado (el sitial desde el que emitía sus respuestas la Pitia), a quienes intentaban calmar Leto, Ártemis y Atenea. Dado que el santuario de Abas fue saqueado por los persas (cf., *infra,* VIII 33), las estatuas que Heródoto contempló en dicho lugar debían de ser unas copias de las originales.

[151] La fuerza de choque más importante con que contaban los tesalios (cf. V 63, 3-4).

[152] Literalmente, «la dañaron irremediablemente». En el texto griego, el adverbio que aparece *(anēkéstōs)* tiene un significado médico y hace referencia a las consecuencias, en los caballos del enemigo, de la trampa ideada por los focenses.

[153] Localidad nororiental de Fócide (a unos 2 km. al oeste de Abas), en la ruta que, desde Lócride oriental, atravesaba aquella región hasta el valle del río Cefiso. Cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description of Greece,* Nueva York, 1965 (= 1898), V, págs. 442 y sigs.



1. GRECIA CENTRAL
GOLFO DE PÁGASAS
CABO SEPÍADE
ÁFETAS
MÍRMEX
ESCÍATOS
CABO ARTEMISIO
PEPARETO
ACAYA FTIÓTIDE
ARTEMISIO
HISTIEA
ELOPIA
GOLFO MALÍACO
ANTICIRA
TRAQUIS
TERMÓPILAS
CANAL DE EUBEA
E U B E A
DRIÓPIDE
ERÍNEO
DRIMO
TETRONIO
RÍO CEFISO
TRITEA
PINDO
CARADRA
EROCO
ANFICEA
ELATEA
PEDIEA
HIÁMPOLIS
NEÓN
ABAS
ANFISA
GRUTA CORICIO
PARNASO
PARAPOTAMIO
DAULIS
ESTRECHO DEL EURIPO
ORCÓMENO
CRISA
DELFOS
PANOPEA
EÓLIDA ?
MONTE PTOO
TEMPLO DE APOLO
CALCIS
LAGO COPAIDE
LEBADEA
ERETRIA
GLISAS
RÍO TERMODONTE
TANAGRA
TESPIAS
TEBAS
ESCOLO
RÍO ASOPO
GOLFO DE CORINTO
PLATEA
1
2
3
A
B
C
D

cuando los tesalios se lanzaron a la carga, convencidos de que iban a aniquilar a los focenses, cayeron en las ánforas, donde los caballos se rompieron las patas.

29 Como es lógico, los tesalios estaban resentidos con ellos debido a esas dos estratagemas; así que enviaron un heraldo y les dijeron lo siguiente: «Focenses, reconoced de una vez por todas que [154] no podéis compararos con
2 nosotros: hasta ahora, mientras los intereses de la Hélade nos resultaban atractivos, en Grecia hemos sido superiores a vosotros absolutamente siempre [155]; y, en estos momentos, tenemos tanta influencia ante el Bárbaro [156] que está a nuestro alcance que os veáis despojados de vuestra tierra y reducidos, incluso, a la condición de esclavos. Todo depende de nosotros, pero, no obstante, no os guardamos rencor; mirad, como desagravio, facilitadnos cincuenta talentos de plata [157] y nos comprometemos a alejar la amenaza que se cierne sobre vuestro país».

30 Esto fue lo que les exigieron los tesalios. Resulta que los focenses eran el único pueblo de la zona [158] que no había abrazado la causa de los medos, sin más razón para ello (de acuerdo con los resultados a que me han llevado
2 mis deducciones) que su odio hacia los tesalios. En mi opinión, si los tesalios se hubiesen alineado con los grie-

---

[154] O bien, como sugieren W. W. How, J. Wells (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 243), «cambiad de una vez por todas de actitud y reconoced que...».

[155] Posible alusión a la supremacía de los tesalios sobre los focenses en la Anfictionía pileo-délfica (cf. nota VIII 47).

[156] Ya que los tesalios se habían sometido a Jerjes (cf. VII 174; 233, 2).

[157] Algo más de 1.295 kg.

[158] De la zona de Grecia Central que comprendía las regiones de Dóride, Fócide, Lócride y Beocia.

gos, los focenses habrían abrazado la causa de los medos[159].

Ante esa exigencia de los tesalios, los focenses respondieron que no iban a entregarles dinero, ya que, si sus intenciones fuesen otras, también ellos podían abrazar —como habían hecho los tesalios— la causa de los medos; sin embargo, no iban a traicionar a Grecia por propia iniciativa.

Los persas conquistan Dóride y Fócide, penetrando en Beocia

Al serles transmitida esa respuesta, los 31
tesalios, indignados con los focenses, decidieron guiar al Bárbaro en su avance. Desde la región de Traquis, pues, irrumpieron en Dóride[160] (por esa zona se extiende una estrecha franja de tierra de la Dóride —de

[159] Por la habitual enemistad reinante en Grecia entre pueblos vecinos. PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 35, critica duramente esta afirmación del historiador, pero, como observa A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 171), «è usuale in Erodoto un atteggiamento volutamente dissacratorio, che egli usa quasi come una difesa contro le troppo alte tensioni retoriche e le prese di posizione unilaterali. Cosi, degli spartani egli esalta l' *aretê*, ma anche sottolinea con insistenza atti o modi ispirati a viltà; degli ateniesi esalta la dedizione alla causa patriottica, ma rileva meschinerie e avidità di capi e improvvida cecità di popolo. Quello che appariva a Plutarco frutto di un' accanita malignità, sorgeva da una volutamente disincantata e severa visione della storia, aliena dalle deformazioni propagandistiche».

[160] Región de Grecia Central, al sur de Mélide. Pese a que Heródoto parece considerar que todo el ejército persa avanzó por la ruta que enlazaba Traquis con el curso alto del Cefiso, la invasión de Grecia Central no debió de realizarse por una única vía (si Jerjes hubiera pasado con todas sus fuerzas por Dóride, carecería de sentido la lucha por la posición de las Termópilas). Es probable que los contingentes persas progresaran divididos en tres cuerpos de ejército, como hasta la fecha había ocurrido, desde el cruce del Helesponto, por todas aquellas zonas de dudosa lealtad o que había que someter (cf. VII 121, 2-3, y nota VII 582,

unos treinta estadios de anchura [161], poco más o menos—, que, situada entre Mélide y Fócide, constituía antaño la Driópide; y por cierto que esa región es la patria originaria de los dorios del Peloponeso [162]). Pues bien, al irrumpir en Dóride, los bárbaros no saquearon su territorio, pues los habitantes habían abrazado la causa de los medos y, además, a los tesalios no les pareció oportuno [163].

32 Desde Dóride irrumpieron acto seguido en Fócide [164], pero no pudieron capturar a los focenses propiamente dichos: parte de ellos había ascendido a las zonas altas del Parnaso (la cima del Parnaso, que se alza en solitario en las inmediaciones de la ciudad de Neón, y que recibe el nombre de Titórea [165], es particularmente apropiada para

---

para el avance por Tracia; y nota VII 614, para el paso de Macedonia a Tesalia). Un cuerpo de ejército, en el que presumiblemente figuraría el propio Jerjes, debió de seguir la ruta costera que, desde las Termópilas, bordeaba el canal de Eubea hasta el Golfo de Atalanta y luego torcía hacia el SW., en dirección a Hiámpolis (la única vía de acceso que permitía el avance de contingentes de caballería y de una considerable caravana de bagajes); un segundo cuerpo de ejército seguiría la ruta aquí indicada por el historiador; y el tercero progresaría por la ruta intermedia que, desde las Termópilas, llevaba a Elatea. Cf., para una pormenorizada descripción de la invasión persa de Grecia Central, E. W. Case, G. J. Szemler, «Xerxes' march through Phokis», *Klio* 64 (1982), págs. 353 y sigs.

[161] Unos 5,3 km. La franja aquí aludida constituía la zona nororiental de Dóride.

[162] Cf., *supra,* I 56, 3. Tenemos en la *Historia* (cf. VI 52, 1) una nueva mención a la invasión doria; cf. nota VI 249, y M. B. Sakellariou, *Peuples préhelléniques d'origine indo-européenne,* Atenas, 1977, págs. 255 y sigs., para la población de la Driópide en el segundo milenio a. C.

[163] Dado que Jerjes no debía de acompañar a este cuerpo de ejército, es presumible que hubiese ordenado a los generales del mismo que siguieran las indicaciones de los guías tesalios.

[164] Siguiendo el curso del río Cefiso.

[165] A unos 6 km. al sur de Neón, en Fócide Central (cf. Pausanias, X 32, 8). El macizo del Parnaso cuenta con dos cimas próximas entre

albergar a mucha gente; de ahí que los focenses subieran a ella sus pertenencias y luego ascendieran ellos), mientras 2
que la mayoría [166] se habían trasladado a la ciudad de Anfisa [167], en territorio de los locros ózolas [168], que se halla emplazada al norte de la llanura de Crisa [169].

Los bárbaros realizaron correrías por toda la Fócide, pues los tesalios guiaban a las tropas con ese propósito; y todas las zonas que fueron ocupando las incendiaron y las talaron, haciendo que tanto las ciudades como los santuarios fuesen pasto de las llamas.

---

sí y de similar altitud (cf. nota VIII 146); de ahí que en la Antigüedad se lo llamara *biceps* (cf. OVIDIO, *Metamorfosis,* I 316; II 221; LUCANO, *Farsalia,* V 72). PLUTARCO (*Sila* 15) afirma que en Titora (así llama a la cima aquí citada por Heródoto) había existido antiguamente una fortaleza, donde debieron de refugiarse los focenses ante la invasión persa. Neón fue destruida en el año 354 a. C., con ocasión de la «Guerra Sagrada» contra los focenses (cf. PAUSANIAS, X 2, 4; M. SORDI, «La terza guerra sacra», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 86 (1958), págs. 134 y sigs.), y, al ser reconstruida, pasó a llamarse como la cima del Parnaso que dominaba la zona; cf. J. G. FRAZER, *Pausanias' Description...,* V, páginas 402 y sigs.

[166] Probablemente las mujeres, los niños y los hombres que no podían empuñar las armas.

[167] A unos 12 km. al NW. de Delfos.

[168] Los habitantes de la llamada Lócride occidental, en la costa septentrional del Golfo de Corinto (cf. nota VII 972, y PAUSANIAS, X 38, 1-4). Sobre los diferentes locros que menciona Heródoto a lo largo de su obra, cf. G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...,* pág. 263.

[169] Antigua localidad de Fócide, a unos 3 km. al W. de Delfos, que fue destruida con ocasión de la «Primera Guerra Sagrada», un conflicto que se desarrolló, entre 596-590 a. C. (es decir que la ciudad no existía en tiempos de Heródoto), por la acusación, lanzada por los delfios, de que Crisa cobraba una exacción a todos los peregrinos que se dirigían por mar al santuario. El territorio de Crisa fue dedicado a Apolo Delfio. Cf. H. BENGTSON, *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit,* Munich, 4.ª ed., 1969, pág. 87, nota 5.

33 En su avance por Fócide siguieron el curso del río Cefiso [170] y lo devastaron todo, reduciendo a cenizas la ciudad de Drimo, así como las de Caradra, Eroco, Tetronio, Anficea, Neón, Pediea, Tritea, Elatea, Hiámpolis, Parapotamio y Abas [171], donde había un rico santuario de Apolo provisto de *tesoros* [172] y de abundantes ofrendas (por cierto que allí había entonces —y lo sigue habiendo todavía— un oráculo [173]). También saquearon ese santuario y luego lo quemaron. Asimismo, persiguieron a algunos focenses, capturándolos cerca de las montañas, y causaron la muerte de algunas mujeres al violarlas en masa.

34 Después de pasar por Parapotamio, los bárbaros llegaron a Panopea [174]. A partir de allí, el ejército persa se dividió en dos grupos que, en lo sucesivo, siguieron rutas diferentes [175]. El grueso de las tropas, incluidos los mejo-

---

[170] Que nace en Dóride (cf. PAUSANIAS, X 33, 4), sigue un curso de W. a E., y desembocaba en el lago Copaide (desecado desde el año 1886), en Beocia, en territorio de Orcómeno.

[171] Las doce ciudades aquí mencionadas se encontraban todas en el valle del río Cefiso. Las ocho primeras, y la penúltima, se hallaban en la ruta más occidental de las tres que debió de seguir el ejército persa (aunque se ignora la situación exacta de Pediea y Tritea, que, entre las fuentes antiguas, sólo aparecen citadas en este pasaje de Heródoto). Por su parte, Elatea, Hiámpolis y Abas se encontraban en la ruta que, presumiblemente, siguió el cuerpo de ejército central (cf. nota VIII 160). Para el emplazamiento concreto de la mayoría de estas ciudades, cf. R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh, eighth...*, I, págs. 402-404; y J. G. FRAZER, *loc. cit.* en nota 165.

[172] Edificios destinados a albergar las ofrendas de una ciudad, o de un particular, a la divinidad.

[173] Cf., *supra*, I 46, 2; VIII 134, 1.

[174] En la margen derecha del río Cefiso, junto a la frontera con Beocia (cf. PAUSANIAS, X 4, 1).

[175] Según Heródoto (vid. el cap. siguiente), la división del ejército persa tuvo por objeto enviar un destacamento a tomar Delfos (pero cf.

res efectivos, se dirigió hacia Atenas, en unión del propio Jerjes, e irrumpió en Beocia, concretamente en territorio de Orcómeno [176]. Y por cierto que toda la población de Beocia abrazaba la causa de los medos [177]; de ahí que soldados macedonios, enviados por Alejandro [178], se hubiesen distribuido por sus ciudades para protegerlas: su pro-

---

nota VIII 182). Suponiendo que los tres cuerpos de ejército que habían avanzado por Grecia Central se reunieran en Panopea, esta nueva división debía de responder al deseo de ocupar cuanto antes Falero, a fin de que la flota persa (cuyas operaciones hasta entonces habían estado coordinadas con las del ejército; cf. nota VII 1094) pudiera fondear allí (las naves de Jerjes aguardaron tres días en Histiea —cf. VIII 66, 1—, tras la visita de las dotaciones a las Termópilas, narrada en VIII 25, y llegaron a Falero tras tres días de navegación). Como esta estrategia sólo permite fijar un margen de cinco o seis días para que el ejército alcanzara Atenas (lo que supondría un promedio de más de 30 km. diarios, ya que de las Termópilas a Atenas [cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 51] hay más de 220 km.), cabe pensar que la columna que había seguido la ruta costera hasta Atalanta, y en la que figuraría el propio Jerjes, llegara a Panopea antes que las otras dos (que se habrían retrasado mientras devastaban Fócide), y que, desde allí, y mientras esperaba al resto de las fuerzas, el monarca destacara tropas de élite, incluida caballería, para ocupar Atenas (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, pág. 43). Aunque puede admitirse que estas tropas avanzaran por rutas —y con cronologías— diferentes (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 200), esta última afirmación del historiador hay que entenderla por su convencimiento de que un contingente persa marchó sobre Delfos.

[176] Localidad situada a unos 14 km. al E. de Panopea y emplazada a orillas del lago Copaide (cf. Tucídides, IV 76, 3; Pausanias, X 4, 1).

[177] Salvo Tespias y Platea, que fueron incendiadas por los persas (cf., *infra,* VIII 50, 2).

[178] Alejandro I, Rey de Macedonia de 495 a 450 a. C., aproximadamente. Cf. nota VII 847, y A. Daskalakis, *The hellenism of ancient Macedonians,* Tesalónica, 1965, págs. 149 y sigs.

tección consistía en [179] demostrarle expresamente a Jerjes que los beocios eran partidarios de los medos.

Delfos se salva milagrosamente del ataque persa

35 Mientras esos efectivos del ejército bárbaro avanzaban, pues, por esa ruta, los demás contingentes, dejando a la derecha el Parnaso [180], se dirigieron contra el santuario de Delfos acompañados de unos guías. Y también ellos devastaron todas las zonas de Fócide que fueron ocupando (concretamente, incendiaron las ciudades de Panopea, Daulis y Eólida [181]).

2 La razón de que siguieran esa ruta, tras haberse separado del resto del ejército, se debía a que querían saquear el santuario de Delfos para mostrarle sus tesoros al rey Jerjes [182], porque, según tengo entendido, el monarca, de-

---

[179] Traduzco así, considerando catafórico el adverbio que aparece en el texto griego. De interpretarlo con valor anafórico, podría traducirse «...para protegerlas: lo hacían con su presencia, al objeto de demostrarle a Jerjes que...».

[180] Es decir, marchando por la ruta que, a través del famoso *schistè hodós* (donde, según la tradición, Edipo mató a Layo; cf. Sófocles, *Edipo Rey* 730), unía Panopea con Delfos, y que bordeaba el Parnaso por su vertiente meridional.

[181] Daulis se encontraba a unos 4 km. al W. de Panopea (cf. Pausanias, X 4, 7). Se ignora el emplazamiento de Eólida, que no es mencionada por ninguna otra fuente (la conjetura de Valckenaer, proponiendo Lilea [a partir de Estrabón, IX 2, 19; 3, 16; 4, 10; y Pausanias, IX 24, 1; X 3, 1; 8, 5; 33, 2], es adecuada paleográficamente, pero, dado que esta última localidad se hallaba a unos 20 km. al NW. del Parnaso, debe rechazarse por razones geográficas). Cf. P. Hoyle, «The old road to Delphi», *Illustrated London News* 257 (1970), pág. 24.

[182] El relato sobre la pretendida incursión persa contra Delfos es tendencioso (cf. J. E. Powell, *Herodotus. Book VIII*, Cambridge, 1939, *ad locum*) y tiene un origen delfio, en un intento de los sacerdotes de Apolo para paliar (como ocurrió con una serie de vaticinios exculpatorios; cf. VII 141, 3-4) la imagen propersa que habían dado durante la

bido a los incesantes comentarios que le hacía mucha gente, estaba mejor informado de todos los objetos destacables existentes en el santuario —y, especialmente, de las ofrendas de Creso [183], hijo de Aliates— que de lo que había dejado en su palacio.

Al enterarse de sus intenciones, los delfios fueron 36
víctimas del pánico más absoluto y, presas de un terror cerval, formularon al oráculo una consulta relativa a los tesoros sagrados, para saber si debían sepultarlos bajo tierra o trasladarlos a otro país. Sin embargo, el dios les prohibió cambiarlos de sitio, indicándoles que él, personalmente, se bastaba para proteger sus bienes. Entonces los 2
delfios, al oír esta respuesta, se preocuparon de su propia seguridad, por lo que enviaron a sus hijos y a sus mujeres

Segunda Guerra Médica (cf. las respuestas del oráculo a los atenienses [VII 140, 2-3], a los argivos [VII 148, 3], y a los cretenses [VII 169, 2]). Políticamente habría sido una inconsecuencia que Jerjes (a quien las fuentes antiguas, pese a tratarlo desfavorablemente, en ningún caso presentan como un personaje codicioso; cf. K. H. WATERS, *Herodotus on Tyrants and Despots,* Wiesbaden, 1971, pág. 82) hubiese ordenado semejante medida, dada la actitud mostrada hasta entonces por el santuario y la sumisión que, salvo los focenses, le habían mostrado los pueblos de Grecia Central, integrantes de la Anfictionía pileo-délfica (cf. ED. MEYER, *Geschichte des Altertums,* III, Stuttgart, 1901, págs. 383 y sigs.). Lo más que podría aceptarse (cf. H. W. PARKE, D. E. W. WORMELL, *The Delphic Oracle,* Oxford, 1956, pág. 173) es que, de haberse producido, la incursión persa la hubiesen llevado a cabo elementos incontrolados, deseosos de pillaje, que habrían sido rechazados por los focenses del Parnaso (para otras hipótesis, cf. W. W. HOW, J. WELLS, *Commentary Herodotus...,* II, págs. 246-247). Parece, sin embargo, más consecuente admitir con C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...,* pág. 447) que «the whole story may easily have been invented by the Delphic priests without any foundation in fact».

[183] Cf., *supra,* I 50-51.

a la otra orilla del golfo [184] —a diferentes puntos de Acaya [185]—, mientras que la mayoría de ellos ascendieron a las cumbres del Parnaso, subiendo sus enseres a la gruta Coricio [186], y los demás buscaron asilo en la ciudad locra de Anfisa [187]. Todos los delfios, en suma, abandonaron su ciudad a excepción de sesenta hombres [188] y del profeta [189].

---

[184] A la otra orilla del Golfo de Corinto; es decir, al Peloponeso.

[185] Región septentrional del Peloponeso.

[186] Así llamada por el nombre de la ninfa a la que amó Apolo, el dios de Delfos (cf. PAUSANIAS, X 6, 3). La gruta (denominada en la actualidad *Sarandavli*, «las cuarenta salas», por la cantidad de estalactitas y estalagmitas que la dividen) se halla a 1.360 m. de altitud y dista de Delfos unos 3 km. en dirección NW. Consagrada a Pan y a las Ninfas (como revelan las inscripciones grabadas a la derecha y encima de la entrada), consta de una serie de cavidades, la primera de las cuales tiene 60 m. de longitud, por casi 30 de anchura y 12 de altura. En sus inmediaciones las mujeres de la zona celebraban, cada 5 años, fiestas nocturnas en honor de Dioniso (cf. ESQUILO, *Euménides* 22). Esta gruta ha servido, desde la Antigüedad hasta la última Guerra Mundial, de refugio a las gentes de la región en caso de invasión extranjera.

[187] Cf. nota VIII 167.

[188] Como sugiere D. FEHLING, *Die Quellenangaben bei Herodot...*, pág. 159, debe de tratarse de un número sexagesimal tópico, propio de tradiciones carentes de rigor histórico (cf. IV 87, 1; VI 9, 1; 95, 2; VII 148, 2; VIII 138, 2). No obstante, vid. R. W. MACAN, *Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 410, para otra posible interpretación.

[189] Es decir, el sacerdote que «habla en nombre» del dios, de Apolo. Su cometido en Delfos era el de dar coherencia lingüística a los vaticinios emitidos por la Pitia, la mujer que, en el santuario de Apolo Pitio —de ahí su nombre, en recuerdo de la serpiente Pitón, a la que el dios dio muerte en el lugar en que luego se erigió el templo—, en Delfos, pronunciaba los oráculos mediante los cuales Apolo manifestaba a los hombres la voluntad de Zeus; sobre sus orígenes y procedimientos de éxtasis en la expresión de los oráculos, cf. K. LATTE, «The coming of the Pythia», *Harvard Theological Review* 33 (1940), págs. 9 y sigs.

Cuando los bárbaros, en el curso de su avance, se 37 encontraban cerca (en concreto, podían divisar el santuario), justo entonces el profeta, cuyo nombre era Acérato, vio depositadas delante del templo las armas sagradas [190], que ningún ser humano podía tocar sin incurrir en sacrilegio y que habían sido trasladadas allí desde el interior del *mégaron* [191]. El sacerdote fue, pues, a informar del pro- 2 digio a los delfios que se habían quedado con él; y, entretanto, cuando los bárbaros, que avanzaban a marchas forzadas, se hallaban a la altura del santuario de Atenea Pronaya [192], les sucedieron una serie de prodigios aún más formidables que el que acababa de producirse. Realmente lo ocurrido (que unas armas de combate aparezcan por sí solas depositadas fuera del templo) ya constituye algo sumamente sorprendente. Pero no hay duda de que los fenómenos que se produjeron inmediatamente después son susceptibles de provocar una admiración superior, incluso, a la de cualquier otro portento. Resulta que, cuando en 3

[190] Las armas con las que Apolo había matado a la serpiente Pitón (cf. Ovidio, *Metamorfosis,* I 445-447; Plutarco, *Quaest. Graec.* 12; *De Delf. Orac.* 15; Eliano, *Historias Varias,* III 1; Pausanias, II 30, 3; Higinio, *Fab.* 140), fundamentalmente el carcaj, el arco y las flechas, que adornaban la estatua de oro de la divinidad situada en el *manteîon* de su templo.

[191] Cf. nota VII 669. Se trata del *manteîon,* el lugar en el que la divinidad dictaba a la Pitia sus vaticinios, donde se alzaba la imagen áurea de Apolo, el trípode en el que tomaba asiento la Pitia y el *omphalós,* la piedra sagrada donde se habían posado dos águilas enviadas por Zeus para señalar el centro de la Tierra (por eso Delfos era el «ombligo» del mundo), el único objeto que se ha conservado hasta nuestros días.

[192] Es decir, de Atenea *Guardiana del templo* (aunque Pausanias, X 8, 6, para darle al nombre un sentido moral, presenta la forma *Prónoia,* «Providente»), a unos 2,5 km. al E. del templo de Apolo. Cf. R. Demangel, *Le sanctuaire d' Athéna Pronaia,* París, 1926.

el curso de su avance, los bárbaros se encontraban ya a la altura del santuario de [Atenea] Pronaya, de repente unos rayos procedentes del cielo [193] cayeron sobre ellos, mientras que del Parnaso se desprendieron dos peñascos [194], que, en medio de un gran estruendo, se precipitaron sobre ellos, aplastando a gran cantidad de soldados, y del santuario de la Pronaya surgió un clamor acompañado de un grito de guerra.

38 La concurrencia de todos esos prodigios había hecho que el terror se apoderara de los bárbaros. Además, los delfios, al percatarse de que sus enemigos se daban a la fuga, bajaron en su persecución [195] y mataron a un buen número de adversarios, en tanto que los supervivientes huyeron en dirección a Beocia [196].

---

[193] Presumiblemente, estando el cielo despejado, con lo que el fenómeno adquiriría carácter sobrenatural. Cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote*, París, 1956, pág. 84.

[194] Éforo (= Diodoro, XI 14, 2-4), racionalizando la historia, consideraba que la causa de que se desprendieran rocas de la falda del Parnaso (concretamente de la peña Hiampea; cf. nota VIII 201) estuvo motivada por una tempestad. El 26 de mayo de 1905 una violenta tormenta volvió a producir otro desprendimiento, cayendo tres rocas que destrozaron doce columnas y la zona Este del peristilo del templo.

[195] ¿Desde el *témenos* de Apolo, donde presumiblemente estarían refugiadas las 60 personas citadas en VIII 36, 2? Pese a lo que opina Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 52, nota 1: «il s' agit de la soixantaine d' hommes restés dans l' enceinte du sanctuaire, sur la terrasse que supportait le temple. Pour traquer et pourfendre des fuyards terrifiés, pas n' était besoin d' une forte troupe»), de haber sido cierto lo que cuenta Heródoto, es inverosímil pensar que el contraataque delfio se hubiera realizado por tan pocas personas (pero cf. nota VIII 188).

[196] Presumiblemente por la misma ruta que habían seguido desde Panopea. Según Justino, II 12, 8, los efectivos persas que marcharon sobre Delfos ascendían a 4.000 hombres. Que el historiador no mencione la cifra exacta de caídos es un indicio más de la ahistoricidad del episodio

Esos efectivos bárbaros que lograron regresar de esta misión relataron, según tengo entendido, que, además de los citados, pudieron observar, asimismo, otros fenómenos sobrenaturales; concretamente, que dos hoplitas de una estatura sobrehumana [197] se lanzaron a por ellos y estuvieron matándolos y persiguiéndolos.

Por cierto que, al decir de los delfios, esos dos ho- 39
plitas eran Fílaco y Autónoo, unos héroes de la región [198], cuyos recintos sagrados se hallan en las inmediaciones del santuario; el de Fílaco al lado mismo del camino, encima del santuario de la Pronaya [199], y el de Autónoo cerca de
Castalia [200], al pie de la peña Hiampea [201]. Por su parte, 2
los bloques de piedra que cayeron del Parnaso todavía en mi época se conservaban intactos [202]: se hallaban en el re-

que narra, ya que los delfios no habrían dejado de erigir en el santuario una estela votivo-conmemorativa.

[197] Cf., *supra*, nota I 175.

[198] Sus nombres —algo típico de la tradición heroica délfica— son parlantes, ya que Fílaco significa «custodio», y Autónoo «persistente». También durante la invasión de los galos, en 279 a. C. (cf. PAUSANIAS, X 23, 1-2), se produjeron fenómenos de idéntica índole (terremotos, rayos), y apariciones de héroes, para rechazar a los enemigos.

[199] Al este del templo de Atenea Pronaya se ha encontrado una terraza con ruinas de dos edificios, el más occidental de los cuales puede tratarse del *hērōion* (cf. nota V 204) de Fílaco.

[200] La famosa fuente, a unos 700 m. al este del *témenos* de Apolo. Su agua se empleaba en los ritos lustrales, y su cauce, procedente de una estrecha garganta, separa las rocas Fedríadas. El *hērōion* de Autónoo no ha sido satisfactoriamente identificado (cf., no obstante, G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 216).

[201] La más oriental de las rocas Fedríadas (las «brillantes»), dos contrafuertes escarpados del Parnaso que bordean Delfos por el Norte, formando un ángulo obtuso, y que se elevan entre 200 y 300 m. por encima del santuario.

[202] En la actualidad aún pueden verse sus restos. Cf. E. BOURGUET, *Les ruines de Delphes*, París, 1914, págs. 10-11.

cinto sagrado de [Atenea] Pronaya, a donde fueron a parar al precipitarse por entre los bárbaros. Así fue, en definitiva, como esos contingentes se alejaron del santuario.

La flota griega fondea en Salamina

40 Entretanto la flota griega, que había abandonado el Artemisio [203], arrumbó sus naves a Salamina [204] a petición de los atenienses. La razón por la que los atenienses solicitaron a los aliados que fondeasen en Salamina tenía por finalidad poder evacuar personalmente a sus hijos y a sus mujeres del Ática, y, de paso, planear la estrategia a seguir, pues, dado que sus previsiones habían resultado erróneas, tenían la intención de mantener, en aquellos momentos, un cambio de impre-
2 siones sobre la situación [205]. Resulta que creían que iban a encontrar a los peloponesios apostados en Beocia con todos sus efectivos a la espera del Bárbaro, pero se encontraron con que no había el menor contingente [206]; más aún

[203] El historiador, tras la narración del avance persa por Dóride y Fócide, vuelve a ocuparse del relato de las operaciones de la flota griega, interrumpido en VIII 22.

[204] Cf. nota VIII 60. La flota griega pudo llegar a la isla en algo más de 36 horas (cf. nota VIII 38); es decir, por la mañana del segundo día que siguió a su abandono nocturno de la costa norte de Eubea.

[205] No parece verosímil que los griegos tuvieran que improvisar en estos momentos un nuevo plan estratégico. La posición de Salamina como lugar para librar batalla contra la flota persa, en el supuesto de que el enfrentamiento de Artemisio no resultara decisivo, había debido de ser escogida con bastante antelación. Cf. nota VIII 13, y J. F. Lazenby, «The strategy of the Greeks in the opening campaign of the Persian War», *Hermes* 92 (1964), págs. 264 y sigs.

[206] Esta suposición ateniense parece un doblete de la desilusión de la que se habla en IX 6 y sigs., o bien una idea —la de enfrentarse a los persas por tierra en Beocia— que sólo se planteó después de la batalla de Salamina (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III,

tenían noticias de que estos últimos, preocupados sobre todo por la salvación del Peloponeso —y con ánimo de mantenerlo a buen recaudo—, estaban construyendo un muro en el Istmo [207], sin cuidarse del resto de Grecia. Al tener noticias de ello fue por lo que solicitaron a los aliados que fondeasen en Salamina [208].

Evacuación del Ática

Todos los aliados, pues, pusieron rumbo a Salamina, en tanto que los atenienses se dirigieron a su propia ciudad [209]. Y, a su llegada, lanzaron un bando según el cual cada ateniense debía poner a salvo a sus hijos y a sus familiares donde pudiera [210]; 41

§ 222). En estos momentos, y tras la caída de las Termópilas, resultaba impensable poder detener a Jerjes en esa zona.

[207] Cf., *infra*, VIII 71, 1.

[208] Heródoto tiende a presentar (sin duda por el carácter de sus fuentes) toda la estrategia griega como el resultado de una serie de decisiones rápidas tomadas por iniciativa ateniense ante los hechos que se iban produciendo, con lo que se da una contraposición entre el carácter resuelto de los atenienses y la conducta egoísta y poco sensata de los aliados. Además, y como señala A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 176), «il modo di presentare i fatti da parte di Erodoto provoca però più di un interrogativo sul piano storico. Prima di tutto appare improbabile che gli spartani, una volta cadute le Termopili, abbiano pensato di concentrare la flotta a Salamina se non nella prospettiva, concordata con gli ateniesi, di uno scontro nelle acque dell' isola; diversamente la protezione dello sgombero ateniese a Salamina sarebbe avvenuta al prezzo di lasciare scoperte le coste del Peloponneso di fronte agli attacchi della flotta barbara... Tutto lascia pensare che esistesse un piano concordato, che prevedeva appunto una battaglia navale a Salamina».

[209] Al puerto de Falero, situado al sur de Atenas (los trabajos de fortificación del nuevo complejo portuario del Pireo no se acometieron hasta después de las Guerras Médicas, terminándose en la década de los setenta).

[210] En el «Decreto de Trecén» (cf. apéndice VIII al libro VII) la evacuación del Ática se sitúa con anterioridad a la batalla del Artemisio,

de ahí que la mayoría los enviasen a Trecén, otros a Egina
2 y otros a Salamina [211]. Y por cierto que se apresuraron a evacuarlos al objeto de obedecer al oráculo [212] y, muy en especial, por el siguiente motivo: los atenienses aseguran que, en el interior del santuario [213], vive una gran ser-

pero los testimonios literarios coinciden en fecharla inmediatamente antes de la de Salamina (cf. Lisias, II 30, 33 y 34; Isócrates, IV 93; VI 83; VIII 43; XII 50; XV 233; Andócides, I 107; Hipérides, VI 37; Demóstenes, XVIII 204; XIX 303; Licurgo, *Contra Leócrates* 68; Diodoro, XI 13, 4; Plutarco, *Tem.* 10, 4; *Cimón* 5, 2; Elio Aristides, XIII 46; Frontino, I 3, 6; Libanio, IX 38; Justino, II 12). Pese a que K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 51, rechazó la cronología propuesta por Heródoto al considerar que la población del Ática (que en esta época ascendería a unas ciento cincuenta mil personas; cf. A. W. Gomme, *The population of ancient Athens in the fifth and fourth centuries B. C.*, Chicago, 1967 (= Oxford, 1933), págs. 1-35, en particular pág. 26 y gráfico 1) no pudo haber sido evacuada en el corto plazo de ocho días (el tiempo que tardó la flota persa en arribar a Atenas, una vez concluidos los enfrentamientos de Artemisio), el traslado de los atenienses pudo haberse realizado de manera escalonada en ese plazo, sin que comenzara concretamente a la llegada de la flota ateniense a Falero, sino cuando en el Ática se conoció la caída de las Termópilas. Cf. A. Daskalakis, *Problèmes historiques autour de la bataille des Thermopyles*, París, 1962, págs. 189 y sigs.

211 Es decir a tres lugares que, en caso de necesidad, podían ser abordados por la flota ateniense. Trecén se hallaba situada en la Argólide, en la costa sudoriental del golfo Sarónico (en el que también se encuentran las islas de Salamina —que constituía una *cleruquía* [cf. nota V 365] ateniense— y Egina), y, según la tradición, había sido la ciudad natal de Teseo, el héroe nacional ateniense (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, págs. 357 y sigs.); de ahí los estrechos vínculos que mantenía con Atenas. Según Plutarco, *Tem.* 10, 5, los refugiados atenienses fueron acogidos calurosamente en Trecén (vid., además, F. J. Frost, *Plutarch's Themistocles*, Princeton, 1980, págs. 118-119).

212 Al oráculo de Delfos, que había aconsejado a los atenienses abandonar su ciudad ante la invasión persa (cf. VII 140, 2; 141, 4).

213 Probablemente el primitivo Erecteo (cf. Filarco, fr. 72, *F. Gr. Hist.* 81), templo en honor del héroe ateniense Erecteo-Erictonio, una

piente [214] en calidad de guardiana de la Acrópolis; eso es lo que aseguran y, es más, todos los meses le hacen entrega de una ofrenda, como si realmente existiese (la ofrenda mensual consiste en una torta de miel). Pues bien, esa 3
torta de miel, que hasta entonces había sido consumida siempre, quedó a la sazón intacta. Cuando la sacerdotisa informó de lo ocurrido, los atenienses abandonaron la ciudad con mucho mayor empeño todavía, convencidos de que también la diosa había dejado la Acrópolis [215]. Y, tras haberlo puesto todo a salvo, zarparon para reunirse con la flota.

---

divinidad de carácter ctónico (cf. nota V 391), y de Atenea *Políade* (es decir, «protectora de la ciudad»), situado en la parte N. de la Acrópolis.

[214] Esta serpiente personificaba a Erecteo-Erictonio (cf. Pausanias, I 24, 7; Higinio, *Fab.* 166), que había nacido de la germinación del semen de Hefesto, al tratar de forzar a Atenea, con la tierra. Como la serpiente era el símbolo ctónico de Atenea, Erecteo-Erictonio —al que crió la diosa en su templo— constituía su imagen teriomórfica (la serpiente había sido el atributo de la diosa minoica protectora de la casa, de la que se desarrolló la diosa guerrera protectora de la ciudad; cf. M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion*, I, Munich, 2.ª ed., 1955, págs. 348 y sigs.).

[215] Según Plutarco, *Temístocles* 10, 1-2, fue el estadista ateniense quien sugirió esa interpretación. El tema del abandono de una ciudad, a punto de caer en manos enemigas, por parte de las divinidades tutelares de la misma es tópico (cf. Esquilo, *Siete* 304 y sigs.; Eurípides, *Troyanas* 25; Virgilio, *Eneida*, II 351 y sigs.; Horacio, *Odas*, II 1, 25; Tácito, *Historias*, V 13).

42 *Enumeración de las fuerzas navales griegas, con datos étnicos sobre los diversos contingentes*

Cuando los efectivos procedentes de Artemisio hubieron arrumbado sus naves a Salamina, el resto de la flota griega, al tener noticias de ello, hizo lo propio, acudiendo en bloque desde Trecén (pues, con antelación, había recibido la orden de reunirse en Pogón [216], el puerto de Trecén). Así se reunió un número de naves muy superior al que había combatido en Artemisio, procedentes, además, de un número superior de ciudades [217].

2 Por cierto que el *navarco* [218] que estaba al mando de la flota era el mismo que en Artemisio: Euribíades, hijo de Euriclides, un espartiata que, sin embargo, no era de sangre real [219]; no obstante, eran los atenienses quienes, con mucho, aportaban las naves más numerosas y veleras.

---

[216] A unos 2 km. al NE. de Trecén, frente a la isla de Calauria. Como en otros pasajes (cf. nota VIII 205), Heródoto no precisa la autoría de los planes operativos referentes a la campaña.

[217] En Salamina se alinearon por parte griega 54 navíos más de los que combatieron en Artemisio (378 frente a 324; aunque, para la primera cifra, cf. nota VIII 236, y A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques*, París, 1894, págs. 390-395). En Salamina participaron contingentes navales de Estados que no lo habían hecho en Artemisio (Hermíone, Ampracia, Léucade, Naxos, Citnos, Serifos, Sifnos, Melos y Crotón), en tanto que sólo los locros opuntios, que combatieron en Artemisio junto a los griegos con 7 penteconteros (cf. VIII 1, 1), se habían pasado a los persas.

[218] Cf. nota VIII 11. El término podía aplicarse al comandante de una sola nave, de una flotilla o de una escuadra. El empleo de dos tecnicismos diferentes aplicados a Euribíades, para reflejar su posición de almirante supremo en Artemisio (cf. VIII 2, 2) y Salamina, puede deberse al distinto carácter de las fuentes del historiador.

[219] Cf., *supra*, nota VII 846, y K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, págs. 271-272.

La flota la integraban los siguientes efectivos [220]: del 43
Peloponeso figuraban los lacedemonios, que aportaban dieciséis naves, mientras que los corintios aportaban la misma cifra que en Artemisio [221].

Los sicionios aportaban quince naves; los epidaurios, diez; los trecenios, cinco; y los hermioneos, tres [222] (estos pueblos, a excepción de los hermioneos, son de raza doria y macedna, y, en última instancia, habían emigrado desde Eríneo, Pindo y la Driópide [223]; los hermioneos, por su

---

[220] El «Catálogo» de la flota griega se atiene en esta ocasión (cf. notas VIII 2 y 3) a un orden geográfico: Estados del Peloponeso (VIII 43); de la península, al norte del Peloponeso (VIII 44-45); de las islas (VIII 46); y del sur de Italia (VIII 47). Se ha pensado, pues, que esta enumeración puede deberse a una fuente peloponesia; pero, como observa A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 178), «il fatto che Atene avesse potuto contestare l' egemonia spartana non cancella la realtà che la flotta greca si presentava formalmente come strumento della lega peloponnesiaca, della quale probabilmente, dopo l'era tirannica, faceva parte anche Atene. Anche per una fonte ateniese doveva essere quindi ovvio seguire l' ordine che qui è osservato».

[221] Es decir, 40 navíos (cf. VIII 1, 1). No obstante, hay que suponer que ese número no estaba integrado estrictamente por las mismas naves, ya que los griegos habían sufrido pérdidas en Artemisio (cf. VIII 16; 17). Los diferentes Estados reemplazaron las pérdidas (como en el caso de los corintios), o incluso potenciaron sus efectivos (los lacedemonios combatieron en Salamina con seis naves más que en Artemisio; cf. VIII 1, 2).

[222] Hermíone (localidad situada en la extremidad sudoriental de la Argólide, a unos 15 km. al SW. de Trecén) no había enviado navíos al Artemisio. Sición y Epidauro combatieron, respectivamente, en Salamina con 3 y 2 naves más que en Artemisio. La cifra de los efectivos trecenios era la misma que en la batalla precedente.

[223] Cf. I 56, 3, y nota VIII 162. Eríneo (cf. Tucídides, I 107, 2) se hallaba en Dóride, y ya es mencionada por Tirteo (fr. 2 Diehl) como el punto de partida de los lacedemonios en dirección al Peloponeso. Pindo debía de ser una antigua localidad de Dóride (cf. Estrabón 427),

parte, son dríopes que fueron expulsados, por Heracles y por los melieos, de la región que en la actualidad se denomina Dóride [224]).

44 Estos eran, en definitiva, los peloponesios que figuraban en la flota, mientras que los expedicionarios procedentes del continente, al norte del Peloponeso, eran los siguientes: ante todo, los atenienses, que aportaban ciento ochenta naves, un número equivalente al de todos los demás griegos juntos [225]; y ello por sí solos, pues los plateos no combatieron en Salamina al lado de los atenienses [226] debido, poco más o menos, al siguiente motivo: cuando los griegos, al retirarse del Artemisio, se encontraban a

---

aunque hay críticos que suponen que hace referencia a las estribaciones meridionales de la cadena montañosa de ese nombre (cf. Píndaro, *Pít.* I 63 y sigs.). Sobre la Driópide, cf. VIII 31. El término «macedno», aplicado a los dorios, plantea problemas interpretativos, y quizá estamos ante una tradición que relacionaba a los dorios, cuando estaban asentados en Tesalia, con sus vecinos del Norte, los macedonios (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, I, pág. 78), o bien (dado que *makednós* en griego significa «alto») se refiere a una distinción gentilicia entre los dorios asentados al sur y al norte de la cadena del Pindo (cf. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París, 1974, págs. 659-660).

[224] Los hermioneos, pues, constituían, según el historiador, un núcleo de población predoria en el Peloponeso. La expulsión de los dríopes por Heracles y los melieos (sobre la relación del héroe con Mélide, cf. nota VII 863) se debió a que habían profanado el santuario de Delfos (aunque la leyenda presenta variantes; cf. Diodoro, IV 37; Apolodoro, II 7, 7; Pausanias, IV 35, 6). En general, vid. Y. Béquignon, *La vallée du Spercheios*, París, 1937, págs. 158 y sigs.

[225] Que alinearon en Salamina 198 naves. Las fuentes posteriores asignaron a los atenienses dos tercios del total de la flota (cf. Tucídides, I 74; Demóstenes, *Sobre la corona* 238, y nota 258 de la traducción, en esta misma colección, de A. López Eire, *Demóstenes. Discursos políticos*, I, Madrid, 1980).

[226] Cosa que sí habían hecho en Artemisio (cf. VIII 1, 1).

la altura de Calcis [227], los plateos desembarcaron en la otra orilla —en Beocia— y se dedicaron a evacuar a sus familiares; de ahí que, por ponerlos a salvo, se quedaran rezagados.

Y por cierto que, en la época en que los pelasgos ocupaban el país que hoy en día se denomina Grecia, los atenienses eran pelasgos y recibían el gentilicio de cránaos [228]; en el reinado de Cécrope [229] recibieron el apelativo de ce- 2

[227] La ciudad más importante de Eubea, a orillas del Estrecho del Euripo. El desembarco de los plateos es una buena prueba de que la evacuación de la ciudad (como, presumiblemente, se hizo en Atenas) se decidió tras la caída de las Termópilas (cf. nota VIII 210). Sobre las levas extraordinarias que debieron de efectuarse en Atenas para que ese número de naves pudiera ser tripulado, cf. F. J. Frost, *Plutarch's Themistocles...*, págs. 120-121.

[228] Es decir, «habitantes de la altura», con probable referencia a la Acrópolis (cf. Píndaro, *Ol.* VII 82; Aristófanes, *Acarnienses* 75; *Lisístrata* 481). Como en I 57, 3, volvemos a encontrarnos con la afirmación de que los atenienses fueron en sus orígenes pelasgos (para los griegos, los pelasgos eran los primitivos habitantes de Grecia y del Egeo antes de la llegada de los helenos; así, por ejemplo, Heródoto habla de pelasgos en el Peloponeso [I 146; II 171; VII 94], en el Ática [I 56; II 51; IV 145; VI 137], en Grecia septentrional [II 52; 56], en las islas del Egeo [II 51; IV 145; V 26; VI 136; 140], y en Asia Menor [VII 42; 95]; sobre las teorías relativas a su origen, que es controvertido, cf. F. Lochner-Hüttenbach, *Die Pelasger,* Viena, 1960 [con la reseña de G. Neumann, *Gnomon* 34 (1962), 370-374]), lo cual está en contradicción con la pretendida autoctonía sustentada por las tradiciones de origen ateniense (cf. Tucídides, II 15; Pausanias, I 2, 6). Es posible, por lo tanto, que Heródoto esté siguiendo al respecto una fuente escrita (quizá a Hecateo, en sus *Genealogías,* obra de la que sólo se nos han conservado fragmentos; cf. *F. Gr. Hist.* 1, frs. A 1-35), que disentía de las leyendas áticas.

[229] Según la genealogía mítica ateniense (cf. Apolodoro, III 14, 1), el primer rey de Atenas; cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 352 y sigs. Como es natural, el mayor obstáculo con que se topaba Heródoto, a la hora de abordar las tradiciones del pasado, era el de la cronología, ya que el problema que suponía datar hechos acaecidos

crópidas; cuando Erecteo heredó el trono, pasaron a llamarse atenienses [230]; y, cuando Ión, hijo de Juto, se convirtió en su caudillo, recibieron, en su memoria, el nombre de jonios [231].

45 Los megareos aportaban el mismo número de navíos que en Artemisio [232], en tanto que los ampraciotas acudieron en auxilio de los griegos con siete naves, y los leucadios con tres [233] (estos tres pueblos son de raza doria y originarios de Corinto [234]).

46 Por lo que a los isleños se refiere, los eginetas apor-

---

en época mítica era insuperable. Cf. V. Hunter, *Past and Process in Herodotus and Thucydides*, Princeton, 1982, págs. 331-332.

[230] Sería de esperar el gentilicio «erecteidas» (cf. Píndaro, *Ist.*, II 19). El apelativo «atenienses» es debido a que Erecteo (cf. nota V 391) había sido criado por Atenea.

[231] Nos encontramos ante una tradición panjonia insertada en la genealogía ateniense, ya que se introduce a Ión (nieto de Erecteo por parte de madre y epónimo de los jonios) en una línea de reyes atenienses que se había mantenido ininterrumpida de Cécrope a Teseo. Cf. Aristóteles, *Const. Atenas* 3, 2; Pausanias, I 31, 3; y W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 249. Sobre Juto, cf. nota VII 468.

[232] Es decir, 20 naves (cf. VIII 1, 1).

[233] Tanto Ampracia (región de Grecia occidental, al S. del Epiro), como Léucade (isla del mar Jonio, al SW. de Ampracia) no habían combatido en Artemisio.

[234] No es seguro que esta precisión se refiera también a los megareos (de hecho, Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 55, la interpreta referida únicamente a los leucadios), ya que, en V 76, el historiador se hace eco de una tradición que sostenía el carácter jonio de Mégara (cf. Pausanias, I 39; G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, I, págs. 219 y sigs.). No obstante, los Baquíadas de Corinto, un clan aristocrático que gobernó esa ciudad desde 750 hasta 650 a. C. (cf. nota V 435), aspiraron a la soberanía sobre Mégara (cf. Ed. Will, *Korinthiaka*, París, 1955, págs. 295 y sigs.). Léucade y Ampracia fueron colonizadas por hijos de Cípselo (cf. nota V 450, y J. Ducat, «Note sur la chronologie des Kypsélides», *Bulletin Corresp. Hellénique* 85 (1961), págs. 418 y sigs.).

taban treinta navíos [235] (los de Egina contaban con más naves equipadas [236], pero con ellas custodiaban su propio territorio, y en Salamina combatieron con las treinta más veleras). Por cierto que los eginetas son dorios originarios de Epidauro, y su isla antaño se llamaba Enone [237].

Después de los eginetas figuraban los calcideos, que 2 aportaban sus veinte naves de Artemisio, y los eretrieos, con sus siete navíos (ambos pueblos son jonios [238]).

Inmediatamente después figuraban los de Ceos, un pueblo de raza jonia, originario de Atenas, que aportaban los

---

235 Doce más que en Artemisio (cf. VIII 1, 2).

236 Dado que el total de naves griegas que enumera Heródoto, entre los diversos Estados que participaron en las operaciones de Salamina, asciende a 366 unidades, cuando, en VIII 48 y 82, 2, el historiador afirma que los helenos contaban con 378 navíos, se ha pensado que el texto presenta aquí omisión de la cifra que integraba esta flotilla egineta de reserva. Por razones paleográficas podría suponerse que, tras *állai*, se ha omitido, en la transmisión textual, *i'* (= diez), teniendo además en cuenta que Esquilo (*Persas* 340) alude a una flotilla de diez naves de reserva. Como, aún así, no se obtiene el total facilitado por Heródoto, habría que integrar, tras *állai*, ⟨*dyokaídeka*⟩ (= doce), con lo que los eginetas habrían dispuesto de 42 naves, conciliándose así esta cifra con el testimonio de Pausanias, II 29, 5, según el cual el contingente naval egineta era, tras el ateniense (superando, pues, al corintio, que contaba con 40 naves), el segundo en importancia. En cualquier caso, también puede pensarse que Heródoto no indicó el número exacto de esta flotilla por ser fácilmente colegible una vez establecida la cifra total de navios griegos. Cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 209.

237 Este topónimo es, en realidad, un epíteto descriptivo, relacionado con *oînos*, «vino» (cf. Píndaro, *Íst.*, VII 21; *Nem.*, IV 46; V 16; VIII 7). Sobre la dependencia de Egina con respecto a Epidauro, cf., *supra*, V 83 (y nota V 394), y Pausanias, II 29, 5.

238 Aunque Calcis y Eretria, en Eubea, eran localidades jonias, si los calcideos que tripulaban las 20 naves que les había prestado Atenas eran en realidad *clerucos* atenienses (cf. nota VIII 5), la precisión étnica del historiador habría que aplicarla explícitamente a los eretrieos: «estos últimos son un pueblo jonio».

3 mismos navíos que en Artemisio [239]. Los naxios, por su parte, aportaban cuatro naves, pues, pese a que —al igual que los demás isleños [240]— habían sido comisionados por sus compatriotas para unirse a los medos, hicieron caso omiso de sus órdenes y, a instancias de Demócrito, un personaje que gozaba de prestigio entre sus conciudadanos y que, a la sazón, capitaneaba un trirreme, se pasaron a los griegos [241] (los naxios, por cierto, son jonios origina-
4 rios de Atenas). Los de Estira aportaban las mismas naves que en Artemisio [242], y los de Citnos un trirreme y un pentecontero (estos dos pueblos son dríopes [243]). En la flota

[239] Es decir, dos trirremes (cf. VIII 1, 1), pues el historiador no incluye en el total a los penteconteros (cf. VIII 48). Sobre las migraciones griegas a las islas del Egeo y a Jonia, cf. nota VII 471.

[240] Todas las islas importantes del Egeo (salvo las cinco Cícladas más occidentales mencionadas en este capítulo: Ceos, Citnos, Serifos, Sifnos y Melos) habían prestado sumisión a Jerjes; cf. VIII 66, 2. Naxos (cf. nota V 122), que había gozado, a comienzos del siglo v a. C., de hegemonía política sobre el resto de las Cícladas (cf. V 31, 2), fue conquistada por los persas con ocasión de la campaña de Datis y Artáfrenes de 490 (cf. VI 96).

[241] Antes de la conquista persa, Naxos había sido regida por un gobierno democrático (cf. R. Herbst, *s.v.* «Naxos» (5), *R.E.*, XVI, 2 (1935), cols. 2087-2090); de ahí, posiblemente, la simpatía de sus habitantes por la causa griega. Demócrito aparece citado en un epigrama que nos ha transmitido Plutarco, *De Herodoti malignitate* 869c, atribuyéndolo a Simónides (fr. 19a Page).

[242] Dos trirremes (cf. VIII 1, 2).

[243] Citnos se halla situada a unos 40 km. al SE. del cabo Sunio, la extremidad meridional del Ática, y no participó en las operaciones de Artemisio. La isla fue tributaria de Atenas en la Liga delo-ática (cf. G. F. Hill, *Sources Greek History...*, págs. 422-423; y B. D. Meritt, «Tribute Assessments of the Athenian Empire from 454 to 440 B. C.», *American Journal of Archaeology* 29 (1925), págs. 247 y sigs.). Sobre la población de la Driópide en el segundo milenio a. C. (aunque Tucídides, VII 57, afirma que los de Estira eran jonios, y no dríopes), cf. nota VIII 162.

también figuraban los de Serifos, Sifnos y Melos [244], pues eran los únicos isleños que no le habían entregado al Bárbaro la tierra y el agua [245].

Todos estos pueblos que integraban la flota residen al este de Tesprotia y del río Aqueronte [246], pues los tesprotos son vecinos de los ambraciotas y de los leucadios, que constituían los aliados procedentes de las regiones más occidentales. Por lo que a los pueblos residentes al oeste de esos límites respecta, los crotoniatas [247] fueron los únicos que, ante el peligro que corría, acudieron en socorro de la Hélade, y lo hicieron con un solo navío que capitaneaba Faílo, un personaje que obtuvo tres veces la victoria en los Juegos Píticos [248] (por cierto que los crotoniatas son de raza aquea [249]). 47

244 Respectivamente, a unos 15, 40 y 65 km. al S-SE. de Citnos. Tanto Serifos como Sifnos fueron tributarias de Atenas (cf. HILL, *l.c.*). Los efectivos navales de estas tres islas los enumera Heródoto en VIII 48.

245 La típica señal de sumisión a Persia (cf. nota V 65).

246 Para Heródoto, la Hélade propiamente dicha comprendía el Peloponeso, la Grecia continental hasta Tesprotia (la zona sudoccidental del Epiro; cf. II 56, 1; TUCÍDIDES, I 46, 3), y las islas del Egeo. Es evidente que, fuera de esos límites, había Estados griegos (como los crotoniatas, citados a continuación), pero para el historiador se trataba de grupos helénicos establecidos en territorios bárbaros. Sobre el Aqueronte, río que atraviesa Tesprotia, desembocando en el mar Jonio, cf. nota V 457.

247 Habitantes de Crotón, localidad de la Magna Grecia emplazada en la extremidad occidental del Golfo de Tarento. Es posible que la participación del trirreme crotoniata en Salamina se hiciera a título individual por parte de sus ocupantes, sin que su presencia respondiera a una decisión estatal.

248 Las celebraciones panhelénicas que tenían lugar en Delfos en honor de Apolo. En un principio eran competiciones exclusivamente musicales, pero más tarde se incluyeron certámenes gimnásticos e hípicos. Desde el año 582 a. C. se celebraron cada cuatro años (el tercero después de cada año olímpico). Su escenario era la llanura de Crisa, junto al Parnaso, y el recinto sagrado de Delfos. Las victorias de Faílo (un personaje que en Atenas gozaba de gran fama; cf. ARISTÓFANES, *Acarnienses* 215

48 Todos los pueblos que integraban la flota aportaban, en definitiva, trirremes, a excepción de los melios, los sifnios y los serifios, que proporcionaban penteconteros [250]. Los melios (que son de origen lacedemonio [251]) aportaban dos, en tanto que los sifnios y los serifios (que son jonios originarios de Atenas [252]) aportaban uno cada uno.

La cifra total de navíos, sin contar los penteconteros [253], ascendía a trescientos setenta y ocho [254].

---

y sigs.; *Avispas* 1206) se produjeron dos veces en el pentatlo y una en la carrera del estadio (cf. PAUSANIAS, X 9, 2; y, *supra,* nota VIII 138).

[249] Crotón fue fundada, según la tradición (cf. ESTRABÓN 378), a finales del siglo VIII a. C. por colonos aqueos procedentes del Peloponeso (para Heródoto los aqueos constituían la población helénica predoria de dicha península; cf. V 72, 3), principalmente de Acaya. Cf. V. MERANTE, «Sulla date di fondazione di Sibari, Crotone e Siracusa», *Klearchos* 29-32 (1966), págs. 105 y sigs.

[250] Cf. nota VIII 6.

[251] Cf. TUCÍDIDES, V 84, 2, quien insiste en el mismo origen, y fecha la colonización de Melos (donde se hablaba dorio y se utilizaba alfabeto dorio) hacia 1100 a. C.

[252] Cf. nota VII 281.

[253] Que eran 7: dos de Ceos, dos de Melos y uno de Citnos, Serifos y Sifnos, lo cual puede ser una prueba del atraso económico de las Cícladas occidentales con relación al resto de Grecia.

[254] Cf. nota VIII 236. Los efectivos en trirremes de la flota griega se atienen al siguiente desglose (cf. A. HAUVETTE, *Hérodote historien des guerres médiques...,* págs. 390-391):

FLOTA GRIEGA EN ARTEMISIO (VIII 1-2)		FLOTA GRIEGA EN SALAMINA (VIII 43-48)
	PELOPONESO	
10	Esparta	16
40	Corinto	40
12	Sición	15
8	Epidauro	10
5	Trecén	5
	Hermíone	3

Los generales griegos celebran consejo, decidiendo, inicialmente, abandonar Salamina y dirigirse al Istmo de Corinto

Cuando se reunieron en Salamina, los 49
generales de las ciudades que he citado estudiaron la situación[255], pues Euribíades había propuesto que el que quisiera manifestase su opinión sobre qué lugar, que estuviera en su poder, parecía más idóneo para presentar batalla naval (como quiera que el Ática había sido ya abandonada, su proposición se refería a
las demás zonas de Grecia). Entonces la mayoría de las 2

FLOTA GRIEGA EN ARTEMISIO (VIII 1-2)		FLOTA GRIEGA EN SALAMINA (VIII 43-48)
	GRECIA CONTINENTAL	
127	Atenas	180
20	Mégara	20
	Ampracia	7
	Léucade	3
	ISLAS DEL EGEO	
18	Egina	42 (30 + 12)
20	Calcis	20
7	Eretria	7
2	Ceos	2
	Naxos	4
2	Estira	2
	Citnos	1
	MAGNA GRECIA	
	Crotón	1
271	TOTAL	378

[255] Incluida Crotón, las ciudades enumeradas en el «catálago» naval son 21, pero no es probable que todos los generales fuesen admitidos en las deliberaciones militares. Pese a lo que apunta PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 57, nota 3: «il ne s' agit pas des délibéra-

opiniones de quienes intervinieron [256] coincidieron en que había que zarpar con rumbo al Istmo y librar batalla ante el Peloponeso, aduciendo la siguiente observación: que, en el caso de resultar derrotados en la batalla, si se encontraban en Salamina, se verían bloqueados en una isla, donde no se les presentaría oportunidad alguna de recibir socorros, mientras que, en las inmediaciones del Istmo, podrían alcanzar territorios bajo su control [257].

Jerjes ocupa Atenas, donde sólo la Acrópolis resiste por un tiempo

50 Mientras los generales naturales del Peloponeso aducían esas consideraciones, se presentó un ateniense con la noticia de que el Bárbaro había llegado al Ática y de que toda la zona estaba siendo pasto de las llamas.

2 Resulta que Jerjes y sus tropas, después de haber atravesado Beocia, donde habían incendiado la ciudad de Tespias [258] (cuyos habitantes la habían abandonado, refu-

---

tions d' un *synédrion* comme il en sera convoqué à la nouvelle de la prise de l' Acropole (VIII 56), mais de discussions que l' évacuation de la Béotie par l' armée de terre et l' imminence de l' entrée des Barbares en Attique ne pouvaient manquer de provoquer, de discussions où l' on examinait la situation au jour le jour sans prendre encore de décision»), esta reunión del Estado Mayor griego no debe de ser histórica. Es el preludio de los titubeos y temores de los aliados, que pondrán de mayor relieve el decisivo papel de Atenas para la consecución de la victoria. Cf. nota VIII 206.

[256] En una reunión en que se tratara semejante cuestión, es indudable que Atenas, Egina y Mégara se habrían opuesto. Cf. VIII 74, 2, y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 201.

[257] Pues librar la batalla en aguas de Salamina suponía, por vez primera en la campaña, que la flota y el ejército no actuasen combinadamente (cf. nota VII 856, y C. N. Rados, *Les guerres médiques: la bataille de Salamine*, París, 1915, pág. 268).

[258] Localidad de Beocia, en el valle del río Asopo, a unos 12 km. al NW de Platea (cf. Pausanias, IX 26).

giándose en el Peloponeso), así como la de Platea [259], habían llegado a Atenas [260] y lo estaban devastando todo. Y por cierto que incendiaron Tespias y Platea al saber, gracias a los tebanos, que dichas ciudades no habían abrazado la causa de los medos [261].

A partir del cruce del Helesponto, desde donde los 51 bárbaros, después de haber permanecido en la zona por espacio de un mes —que emplearon en pasar a Europa—, comenzaron su avance, los persas llegaron al Ática en el plazo de otros tres meses [262], durante el arcontado de Calíades en Atenas [263].

---

[259] Los plateos también debían de haberse dirigido al Peloponeso.

[260] Heródoto (cf., *infra*, VIII 113, 1) creía que los persas habían invadido el Ática, desde Beocia, por una sola ruta, pero, como es presumible que Jerjes dividiera sus tropas en tres cuerpos de ejército (cf. nota VIII 160), los persas debieron de irrumpir en el Ática por tres puntos diferentes: la columna de la derecha por el valle del Cefiso, en dirección a Eleusis; la de la izquierda por el valle del Asopo, bordeando el Parnés por el N., en dirección a Decelía; y la del centro (aunque es un ruta de difícil acceso) a través del Citerón, en dirección a Acarnas.

[261] Cf., *supra*, VII 132, 1.

[262] A comienzos de septiembre del año 480 a. C. De la información cronológica de Heródoto hay que deducir que el historiador consideraba que la campaña de Jerjes había comenzado *efectivamente* desde que los persas pasaron a Europa, sin incluir, por tanto, en el cómputo, el trayecto de Sardes a Abido (cf. VII 37, 1), ya que ambas ciudades estaban en Asia, en los dominios de su imperio. Es destacable, por otra parte, que en este pasaje se aluda a que los persas tardaron un mes en pasar de Asia a Europa, cuando, en VII 56, 1, el historiador afirma que el cruce del Helesponto se efectuó en una semana. Hay que pensar, pues, que los persas se detuvieron en Abido durante varios días (quizá esperando a que en la zona se concentrasen todos los efectivos navales), o bien que esos días de demora fueran los que pasaron en Dorisco (que no se encontraba en la zona del Helesponto), mientras procedían al recuento de sus contingentes navales y terrestres (cf. VII 59 y sigs.). Sobre la cronología de la invasión persa, cf. nota VII 228.

[263] Tenemos atestiguada aquí por vez primera la norma de datar

2 El caso es que se apoderaron de la ciudad [264], que se hallaba desierta, si bien se encontraron, refugiados en el santuario [265], con unos cuantos atenienses (se trataba de tesoreros del santuario [266] y de personas pobres), que

---

un año mediante la indicación del arconte *epónimo* (así llamado porque su nombre encabezaba las diversas listas oficiales, y por eso prestaba su nombre al año de su administración). La institución de los arcontes representó la sustitución del poder de los reyes por el de las familias nobles (en un período que abarcó de los siglos X al VII a. C.). En Atenas (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 3, 2 y sigs.) el proceso se llevó a cabo gradualmente. Los poderes militares y civiles del monarca pasaron, respectivamente, al arconte *polemarco* (= jefe del ejército) y al *epónimo*, mientras el *basileús* conservaba sus atribuciones religiosas; finalmente fueron instituidos seis *thesmothétai*, con atribuciones judiciales. La lista de arcontes anuales (que los atenienses creían segura) se remontaba al año 683/682 a. C. En esa fase inicial sólo los nobles (eupátridas) eran elegibles (por el Areópago, órgano que, además, supervisaba su gestión) para el cargo de arconte. En tiempos de Solón la magistratura se hizo accesible a las dos clases superiores de ciudadanos, y, con Clístenes, pasaron a ser elegidos por la Asamblea. Sin embargo, y desde el año 500 a. C., aproximadamente, la elección de diez estrategos empezó a debilitar la autoridad del *polemarco* (cf. nota VI 551), y, en 487/486 (cuando se instituyó la designación de los arcontes por sorteo entre 500 candidatos previamente elegidos), los arcontes perdieron sus funciones más importantes y en sus atribuciones administrativas fueron reemplazados por los estrategos. En general, cf. C. HIGNETT, *A History of the Athenian Constitution*, Oxford, 1952. Calíades fue arconte *epónimo* en el año ático de 480/479 a. C.

[264] El término griego (*ásty*) hace referencia a la ciudad baja, por oposición a la Acrópolis. Sobre el amurallamiento de Atenas en esa época, cf., *infra*, IX 13, 2; TUCÍDIDES, I 89, 3; VI 57, 3; y U. VON WILAMOWITZ, *Philologische Untersuchungen*, Berlín, 1898, I, págs. 97 y sigs.

[265] El primitivo Erecteo (cf. nota VIII 213), aunque también se ha pensado que pudiera tratarse del *Hecatompedon*, un antiguo santuario situado entre el nuevo Erecteo y el Partenón —construidos en la segunda mitad del siglo V a. C.—, y que, junto al primitivo Erecteo, fue incendiado por los persas al tomar la Acrópolis (cf. VIII 53, 2).

[266] Los tesoreros (= *tamíai*) del santuario de Atenea *Políade* estaban

habían fortificado la Acrópolis con una barricada de planchas [267] y troncos de madera para intentar rechazar a los invasores. No se habían trasladado a Salamina tanto por su falta de recursos como porque creían que sólo ellos habían comprendido el significado del oráculo que les había vaticinado la Pitia (que el muro de madera sería inexpugnable [268]); es decir, consideraban que, según el oráculo, el refugio lo constituía justamente la empalizada, y no las naves.

Por su parte, los persas tomaron posiciones en la colina 52 que se encuentra frente a la Acrópolis, y a la que los atenienses denominan Areópago [269], y llevaron a cabo el ase-

encargados de custodiar las riquezas depositadas en el templo (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 47, 1). Su título completo era el de «tesoreros de los tesoros sagrados de Atenas», y aparece mencionado en numerosas inscripciones.

[267] Concretamente con puertas arrancadas de las casas. La barricada debió de levantarse en el flanco occidental de la Acrópolis (donde, posteriormente, se construyeron los Propíleos), la única zona por la que el promontorio rocoso (de 156 m. de altura) presenta una pendiente accesible.

[268] Cf., *supra*, VII 141, 3-4; y J. A. S. EVANS, «The oracle of the 'wooden wall'», *Classical Journal* 78 (1982), págs. 24 y sigs.

[269] La colina, de 115 m. de altura, se halla a unos 150 m. al NW. de la Acrópolis. En época clásica se consideraba que la colina hacía referencia a Ares, ya que en la falda de la vertiente NW. de la misma había un templo en su honor (cf. PAUSANIAS, I 8, 4). Sin embargo, parece, más bien, que su significado era el de «colina de las diosas de las maldiciones», como demuestra el santuario consagrado a las *Erinis* que había en sus proximidades (cf. ESQUILO, *Euménides, passim;* EURÍPIDES, *Electra* 1271). En esta colina celebraba sus sesiones el tribunal de exarcontes (que acabó siendo designado con el mismo nombre) que, tras la reforma de Efialtes, en 462/461 (aunque, antes de la misma, su importancia en la rección de la política ateniense había sido capital; cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 25; FILÓCORO, fr. 141b, *F. Gr. Hist.* 328; PLUTARCO, *Pericles* 7 y 9; *Cimón* 10, 15; PAUSANIAS, I 29, 15), quedó circunscrito a la persecución de los homicidios no denunciados por parte interesada y de los crímenes de sacrilegio.

dio de la siguiente manera: por lo regular, envolvían sus flechas con copos de estopa, les prendían fuego y las lanzaban hacia la barricada. Con todo —y en esa tesitura [270]—, los atenienses que se hallaban sitiados se iban defendiendo, a pesar de que se encontraban en una situación desesperada y de que la barricada no les había dado resultado.
2 Es más, se negaron a aceptar las ofertas de capitulación que les hicieron los Pisistrátidas [271], y, entre otros medios que urdieron para defenderse de los asaltantes, se dedicaron a arrojar bloques de piedra cada vez que los bárbaros se acercaban a las puertas [272], de manera que Jerjes se vio sumido en un aprieto durante largo tiempo, pues no conseguía reducirlos.

53 Pero, al cabo de cierto tiempo, los bárbaros descubrieron finalmente un medio para salir del atolladero [273], pues, de acuerdo con el vaticinio [274], todo el Ática continental [275] debía caer en manos de los persas.

---

[270] Traduzco así *enthaûta*, atribuyéndole valor temporal. De considerarlo con valor local (cf. M. F. Galiano, *Heródoto*, Barcelona, 1951, pág. 189), habría que traducir: «con todo, los atenienses que se hallaban sitiados en el interior...».

[271] Los parientes de Hipias, refugiados en Susa (cf. VII 6, 2), que, en unión de partidarios suyos (cf. VIII 65), habían acompañado a Jerjes en su expedición.

[272] Que se encontraban en el flanco occidental de la Acrópolis, donde los sitiados habían levantado la barricada.

[273] Sigo la conjetura de Gomperz (*éxodos*). De mantener la lectura de los manuscritos (*ésodos*), la traducción sería: «...una vía de entrada para superar el atolladero».

[274] El mismo en el que se aludía al «muro de madera» (cf. VII 141, 3). El indefectible cumplimiento de los óraculos es constante en la obra del historiador; cf. nota VIII 101, y P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), págs. 31 y sigs.

[275] La precisión de Heródoto resulta extraña. Podría suponerse que Salamina constituía el Ática no continental, pero la isla era una *cleruquía*

Por la parte frontal de la Acrópolis (concretamente, detrás de las puertas y de la rampa de acceso [276]), justo en una zona en la que nadie montaba guardia, ni se hubiera pensado que por allí —por las proximidades del santuario de Aglauro [277], hija de Cécrope— pudiese subir alguna vez un ser humano, fue precisamente por donde subieron algunos soldados, a pesar de lo escarpado del terreno. Cuando los atenienses vieron que los enemigos habían 2 subido [hasta la Acrópolis], unos se arrojaron muralla abajo, pereciendo, y otros se refugiaron en el templo [278]. En-

(un tipo de colonización, utilizado principalmente por Atenas en tiempos de su expansión imperial, en la que los colonos conservaban la ciudadanía originaria y no formaban comunidades independientes, estando sujetos a los deberes militares de los ciudadanos, aunque para su administración local disponían de un consejo, asamblea, tribus y magistrados de tipo ateniense; cf. J. BÉRARD, *L'expansion et la colonisation grecques jusqu' aux guerres médiques*, París, 1960, pág. 4).

[276] Es decir, en el mismo frente de la entrada (al Oeste, donde luego estuvieron los Propíleos), pero a la izquierda de la misma. El paraje a que alude el historiador se halla en la zona NW de la Acrópolis, donde hay una serie de grutas desde las que, mediante escalas, es posible acceder a la ciudadela. Como los sitiados no ignorarían esa posibilidad (aunque sean unos 6 m. de pared rocosa los que hay que salvar desde la gruta de Aglauro), cabe pensar que los persas llevaran a cabo una maniobra de diversión para que los atenienses descuidaran la vigilancia.

[277] Situado en una anfractuosidad de la pared rocosa, a unos 30 m. al W. del antiguo templo de Atenea. Aglauro, con sus hermanas, recibió de Atenea la cesta en que había escondido la diosa a Erictonio (cf. nota V 391), con la prohibición de que la abrieran; pero, al hacerlo, movidas por la curiosidad, y ver al niño-serpiente, enloquecieron de terror y se arrojaron Acrópolis abajo por ese lugar (cf. OVIDIO, *Met.* II 553-561; 755-757; APOLODORO, III 14, 6; PAUSANIAS, I 18, 2; HIGINIO, *Fab.* 166; y A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...*, págs. 353-354). Sobre Cécrope, vid. nota VIII 229.

[278] Cf. nota VIII 265. Traduzco así el término *mégaron* de acuerdo con J. E. POWELL, *A Lexicon to Herodotus*, Hildesheim, 1977 (= Cam-

tonces los persas que habían subido se dirigieron ante todo hacia las puertas [279], las abrieron y mataron a los suplicantes [280]; y, tras haber acabado con todos, saquearon el santuario e incendiaron toda la Acrópolis [281].

54 Una vez dueño absoluto de Atenas, Jerjes despachó a Susa [282] a un emisario a caballo para que notificara a Artábano [283] su éxito de entonces. Y, un día después de haber enviado al heraldo, convocó a los exilados atenienses que lo acompañaban [284] y les mandó que subieran a la Acrópolis y que realizasen sacrificios con arreglo a sus ritos (ya fuera porque había tenido alguna visión en sueños, o porque sintió remordimientos por haber hecho incendiar el santuario, lo cierto es que esa fue la orden que dio [285]). Los exilados atenienses, pues, cumplieron su orden.

---

bridge, 1938), *s.v.* Con este término, sin embargo, se alude en otras ocasiones (cf. I 47, 2; 65, 2; VII 140, 1; VIII 37, 1) a la sala en que se alzaba la imagen de la divinidad a la que estuviera consagrado el santuario.

[279] Cabe suponer que Heródoto se refiere a las puertas del templo de Atenea *Políade,* aunque Ph. E. Legrand opina que alude a las de la Acrópolis (*Hérodote. Livre VIII...,* pág. 59, nota 3: «par où affluèrent en foule les assiégeants, pour collaborer au massacre, au pillage et à l' incendie»).

[280] Los atenienses se habían acogido a sagrado.

[281] En venganza por el incendio de Sardes con ocasión de la sublevación jonia (cf. V 102; VII 8, 3; 11, 2). Sobre las huellas de este incendio, cf. V 77, 3.

[282] Cf. nota VII 18.

[283] A quien había nombrado regente en su ausencia (cf. VII 52, 2, y nota VII 12). Sobre Artábano, cf. VII 10, y nota VII 76. Por lo que cuenta el historiador en VIII 98, acerca del sistema de postas establecido en Persia para los correos, no sería el emisario partido de Atenas quien entregaría el mensaje en Susa.

[284] Cf. nota VIII 271.

[285] Heródoto considera factibles las dos posibilidades porque, con arreglo a los rasgos psicológicos que se atribuyen a Jerjes en la *Historia,*

Y voy a explicar por qué he hecho alusión a estos 55
pormenores. En la Acrópolis de Atenas hay un templo dedicado a Erecteo (quien, según dicen, nació de la tierra [286]), donde se encuentran un olivo y un pozo de agua salada, que, de acuerdo con una tradición de origen ateniense, dejaron Posidón y Atenea en testimonio de su disputa por el patronazgo de la región [287]. Pues bien, resulta que dicho

---

resultan coherentes ambas: en el monarca se dan tanto repentinos cambios de decisión como actitudes motivadas por signos premonitorios (cf., especialmente, VII 12-19, y A. Masaracchia, *Studi erodotei*, Roma, 1976, págs. 47 y sigs.). G. Giannelli (*La spedizione di Serse...*, pág. 45) apuntó, sin embargo, la posibilidad de que Jerjes ordenara realizar sacrificios en la Acrópolis, al objeto de reparar su sacrilegio, tras el terremoto a que alude el historiador en VIII 64, 1, pues el monarca debió de permanecer en Atenas (aunque ello no lo indique claramente Heródoto) entre dos y tres semanas.

[286] Cf., *supra*, nota V 391, y A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, págs. 109-110. De las palabras del historiador, y dado que el antiguo templo de Erecteo había sido incendiado por los persas, y que el nuevo se construyó entre 421 y 406 a. C. (cuando, presumiblemente, Heródoto ya había muerto), hay que deducir que en la Acrópolis había, en sus días, alguna capilla donde se seguía celebrando el culto del héroe ateniense.

[287] La diosa Atenea era la epónima y patrona de Atenas, patronazgo que tuvo su origen (cf. Apolodoro, III 14, 1) en la disputa que mantuvo con Posidón (y que se veía representada en el frontón Oeste del Partenón, construido por iniciativa de Pericles entre 447 y 432 a. C.), que es mencionada aquí por vez primera en las fuentes griegas. Ambos dioses aspiraban a la posesión del Ática y cada uno otorgó un don: Posidón golpeó con su tridente una roca de la Acrópolis (donde se alzaba el Erecteo) e hizo brotar un pozo de agua salada («un mar», dice el texto griego), mientras que Atenea hizo brotar un olivo. Para dirimir el pleito (aunque las versiones de la leyenda varían), Zeus nombró jueces a los doce dioses olímpicos, que fallaron a favor de Atenea (cf. Ovidio, *Met.*, VI 70-82; Plutarco, *Temístocles* 19). Tanto el pozo de agua salada (que se hallaba en el interior del nuevo Erecteo), como el olivo (al oeste del templo; cf. Filócoro, fr. 67, *F. Gr. Hist.* 328) se conservaban todavía en el siglo II d. C. (cf. Pausanias, I 24, 5; 26, 5). El mito se interpreta,

olivo fue presa, con el resto del santuario, del incendio provocado por los bárbaros. Sin embargo, un día después del incendio, cuando los atenienses comisionados por el monarca para ofrecer sacrificios subieron al santuario, comprobaron que del tronco había brotado un retoño de cerca de un codo [288]. Eso es, en definitiva, lo que contaron esos sujetos.

Pánico en la flota griega

56 Entretanto, los griegos que se encontraban en Salamina se quedaron tan desconcertados, cuando recibieron la noticia de la suerte que había corrido la Acrópolis de Atenas [289], que algunos generales ni siquiera esperaron a que se resolviese la cuestión objeto del debate [290], sino que se lanzaron hacia sus naves y man-

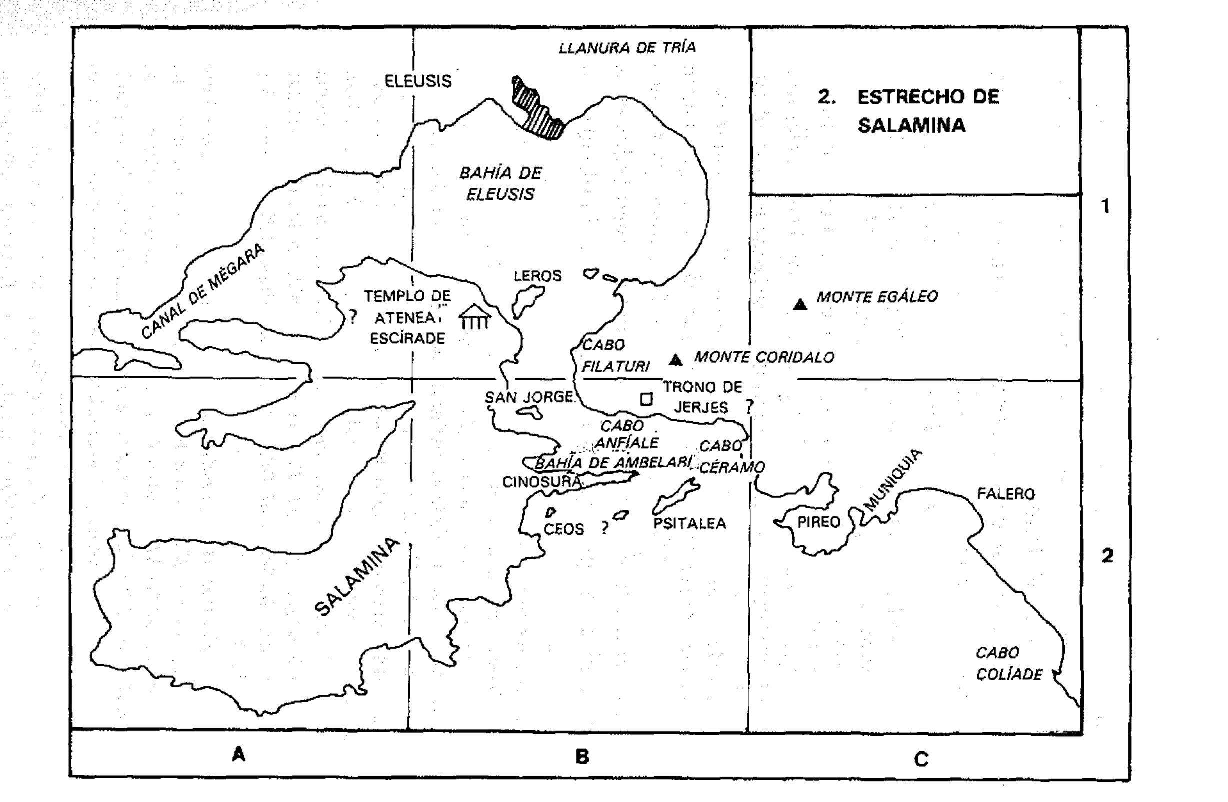
---

etiológicamente, como una pervivencia del culto de una divinidad prehelénica de carácter agrario (de ahí que su símbolo sea el olivo, árbol que en el Ática tenía carácter sacrosanto; cf. nota V 390); cf. L. R. Farnell, *The Cults of the Greek States*, Londres, 1896, I, pág. 270.

[288] Unos 45 cm.

[289] Esta afirmación del historiador (cf., sin embargo, nota VIII 50) hizo que algunos críticos (cf. J. B. Bury, «Aristides at Salamis», *Classical Review* 10 [1896], pág. 416; y, más recientemente, R. Sealey, «Again the siege of the Acropolis, 480 B. C.», *California Studies in Classical Antiquity* 5 [1972], págs. 183 y sigs.) pensaran que, en realidad, la Acrópolis había sido defendida por una guarnición de hoplitas, lo que explicaría el pánico en la flota griega. No obstante, y de ser ello así, cabría haber hallado una mención a este hecho en las fuentes atenienses, alabando a los defensores. La cuestión, sea como fuere, no es transcendente, porque los persas podían haber mantenido asediados a esos presuntos defensores sin que su presencia hubiera alterado sus planes.

[290] Heródoto, pues, implica que el debate a que alude en VIII 49 todavía no había concluido. Como la Acrópolis resistió (cf. VIII 52, 2) durante bastante tiempo (G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, página 695, estimaba, quizá exageradamente, que el asedio se prolongó por espacio de dos semanas), el historiador debió de haber fundido en una


2. ESTRECHO DE SALAMINA
LLANURA DE TRÍA
ELEUSIS
BAHÍA DE ELEUSIS
CANAL DE MÉGARA
LEROS
TEMPLO DE ATENEA ESCÍRADE
CABO FILATURI
MONTE EGÁLEO
MONTE CORIDALO
SAN JORGE
TRONO DE JERJES
CABO ANFÍALE
CABO CÉRAMO
BAHÍA DE AMBELARI
CINOSURA
CEOS
PSITALEA
PIREO
MUNIQUIA
FALERO
SALAMINA
CABO COLÍADE
1
2
A
B
C

daron izar velas con ánimo de escapar de allí [291]. Por su parte, los generales que se quedaron decidieron presentar batalla ante el Istmo.

El caso es que cayó la noche [292] y levantaron la sesión, embarcándose en sus respectivas naves.

Temístocles, a instancias de Mnesífilo, persuade a Euribíades para que convoque una nueva reunión de los generales griegos

57 Pues bien, en el preciso momento en que Temístocles llegó a su nave, Mnesífilo, un natural de Atenas [293], le preguntó que cuál era la decisión que habían tomado [294]. Y, al saber por Temístocles que se había acordado trasladar la flota al Istmo y presentar batalla ante el Peloponeso,
2 exclamó: «A fe que, si los griegos hacen zarpar sus naves de Salamina, ya no podrás librar batalla naval por patria alguna, pues todos ellos se dirigirán a sus respectivas ciudades, y ni Euribíades, ni

---

sola dos sesiones distintas del Estado Mayor griego. Cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 378.

[291] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 203), «it seems better to dismiss the panic as mythical, the necessary introduction to the next stage in the Herodotean story». Volvemos a encontrarnos con el *tópos* del pánico que experimentan los griegos —en este caso los peloponesios—, una constante en Salamina, y que carece de historicidad.

[292] El tema de la noche, como alivio de las preocupaciones cotidianas, es de origen épico (cf. *Il.*, VII 282; VIII 502; IX 65; *Od.*, XII 291; A. B. Lord, *The Singer of Tales*, Cambridge, Mass., 2.ª ed., 1964, págs. 68 y sigs.).

[293] Según Plutarco (*Temístocles* 2, 6), natural de Frearrio, el mismo *demo* (cf. nota V 330) en que había nacido Temístocles. Pese a que R. Lattimore («The Wise Adviser in Herodotus», *Classical Philology* 34 [1939], págs. 24 y sigs.) consideraba que la figura de Mnesífilo responde a la del *practical adviser*, el «consejero práctico», que aparece en otros pasajes de la *Historia* (cf., por ejemplo, I 27, para Biante y Pítaco; III 36, para Creso; o VII 10, para Artábano), por lo que podría haber sido creada por el historiador, a partir de sus fuentes de información,

ninguna otra persona, conseguirá detenerlos e impedir que la flota se disperse, de manera que, por su errónea decisión, Grecia se verá abocada al desastre. Ahora bien, si existe alguna posibilidad, ve y trata de revocar la decisión adoptada, a ver si logras convencer a Euribíades para que cambie de opinión y permanezca aquí [295]».

---

los *óstraka* (fragmentos de cerámica, sobre los que se escribían los nombres de las personas sospechosas de conspirar contra la democracia en las sesiones anuales que celebraba la Asamblea ateniense para decidir si era procedente condenar a algún ciudadano al ostracismo, pena de destierro político por espacio de diez años que se aplicaba si, al parecer, una persona recibía más de 6.000 votos desfavorables; cf. A. R. Hands, «Ostraka and the Law of Ostracism», *Journal Hellenic Studies* 79 [1959], págs. 69 y sigs.; D. Kagan, «The Origin and Purpose of Ostracism», *Hesperia* 30 [1961], págs. 393-401) hallados en el Cerámico no sólo confirman su existencia, sino que permiten suponer que su influencia política era notable; cf. F. J. Frost, «Themistocles and Mnesiphilus», *Historia* 20 (1971), págs. 20 y sigs.

[294] O, como sugiere R. W. Macan (*Herodotus. The seventh, eighth...*, I, pág. 444), que cuál había sido «the matter of their deliberations».

[295] Esta intervención de Mnesífilo es considerada ahistórica por parte de la crítica (cf. J. A. R. Munro, en *The Cambridge Ancient History*, IV, Cambridge, 4.ª ed., 1953 (= 1926), pág. 303, nota 1; W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 254; C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 204: «the tradition of the part played by Mnesiphilos is manifestly a spiteful invention to deprive Themistokles of the credit for his originality and insight»), teniendo en cuenta el rechazo del episodio por parte de Plutarco (*De Herodoti malignitate* 37), y los testimonios laudatorios a Temístocles (cf., *infra*, VIII 124; Tucídides, I 138), por lo que habrían sido los informadores de Heródoto quienes, por su hostilidad hacia Temístocles (cf. nota VIII 26), habrían pretendido sustraerle la gloria de la estrategia adoptada finalmente por los griegos. No obstante, y aunque ello pueda ser cierto, hay que destacar los rasgos épicos que, tanto a nivel de detalle como de estructura, presenta el episodio: la inspiración que recibe un hombre sobre lo que debe hacer en una situación difícil, intervención de carácter 'externo' (es lo que E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional...*, pág. 19, denomina «intervención

58 A Temístocles le pareció perfecta la sugerencia y, sin responder nada a sus palabras, se dirigió hacia el navío de Euribíades. Y, a su llegada, manifestó que deseaba conferenciar con él de cierto asunto de interés general. Euribíades, por su parte, le invitó a subir a bordo para que
2 dijese lo que quería. Entonces Temístocles se sentó a su lado y, haciéndolas suyas, le repitió todas las consideraciones que le había oído a Mnesífilo (a las que añadió otras muchas), hasta que, a fuerza de insistir, lo convenció para que abandonara la nave y convocase a junta a los generales [296].

---

psíquica»), debida generalmente a los dioses (cf. L. Huber, «Herodots Homerverständnis», *Synusia. Festgabe W. Schadewaldt*, Berlín, 1965, página 50, nota 54).

[296] Sobre los problemas históricos que plantea la aceptación de una nueva reunión, a altas horas de la noche, por parte del Estado Mayor griego, reunión en la que Temístocles acabará amenazando con una defección de la flota ateniense en caso de que no se combata en Salamina, cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 62, nota 1: «Quand les Grecs apprirent la prise de l' Acropole, cette nouvelle, qu'il était aisé de prévoir, n' avait pas de quoi déchaîner chez eux la panique; ils ne durent pas tenir coup sur coup deux réunions, mais une seule. Du récit donné par Hérodote des événements de Salamine, tout ce qui, jusqu' au chapitre 70, mérite d' être retenu pour l' histoire, se réduit, je crois, à ceci: à plusieurs journées de discussions stériles (VIII 49) succède, provoquée par ce qui se passait en Attique (VIII 50; 56), une réunion des stratèges, où, à la suite d' explications violentes, Thémistocle impose son avis (VIII 60-63)».

Pese a la oposición de Adimanto, Temístocles convence a los aliados para librar batalla naval en aguas de Salamina

59 El caso es que, cuando se reunieron, Temístocles, antes de que Euribíades explicara el motivo por el que había citado a los generales, comenzó a hablar largamente, dada la entidad de su demanda. Y, durante su intervención, el general corintio Adimanto [297], hijo de Ocito, exclamó: «Temístocles, en las pruebas atléticas quienes toman la salida antes de la señal son apaleados [298]». «En efecto —contestó Temístocles, excusándose—, pero quienes se quedan rezagados no se llevan la corona [299].»

60 Temístocles, en aquellos momentos, respondió al corintio en un tono sosegado, y, por lo que a Euribíades

---

[297] Cf. nota VIII 30.

[298] En los Juegos Olímpicos, los participantes que contravenían las normas (cf. A. Mousset, *Olympie et les jeux grecs*, París, 1960, página 60) eran castigados a la pena de azotes, que imponían los *helanódicas* (un colegio de nueve a diez miembros encargados de organizar y presidir los juegos, así como de proclamar a los vencedores e imponer sanciones a los infractores del reglamento) y que se encargaban de ejecutar los *rabducos,* una especie de policías, provistos de varas, que mantenían el orden (cf. Tucídides, V 50, 4; Jenofonte, *Helénicas,* III 2, 31; Pausanias, VI 2, 2). Como ocurre en la actualidad, los atletas participantes en las pruebas de velocidad debían de tener propensión a «escaparse» en la salida; ésta, entonces, era declarada nula y el culpable azotado. Adimanto se expresa en estos términos porque Temístocles toma la palabra sin que el almirante supremo, Euribíades, se la conceda.

[299] Cf. nota VIII 139. Los escritores tardíos (cf. Plutarco, *Tem.* 11; Eliano, *Hist. Var.* XIII 40; Elio Arístides, II 258) atribuyen el enfrentamiento verbal con Temístocles a Euribíades, sin duda enfatizando la enemistad entre Atenas y Esparta, que culminaría en el último tercio del siglo v a. C. La fuente de información de Heródoto demuestra, pues, una tendencia anticorintia (cf., asimismo, Plutarco, *Moralia* 185b), justificada porque, antes del estallido de la Guerra del Peloponeso, la rivalidad entre ambos Estados fue muy enconada. Cf. M. Di Marco, «Herodot VIII 59», *Museum Criticum* 13-14 (1978-79), págs. 251 y sigs.

se refiere, no volvió a repetirle nada de lo que hacía poco le había manifestado —es decir que, en cuanto zarparan de Salamina, los griegos se darían a la fuga, dispersándose—, pues, en presencia de los aliados, se le antojaba de todo punto improcedente [300] ponerse a acusarlos; así que hizo hincapié en otras consideraciones, expresándose como sigue:

α «En tus manos está en estos instantes [301] salvar a la Hélade, si me haces caso y, a fin de presentar batalla, permaneces donde estamos, en lugar de hacer que las naves pongan proa al Istmo cediendo a los argumentos de los aquí presentes. Mira, escúchame y coteja ambos planes: si trabas combate en las inmediaciones del Istmo, librarás la batalla en mar abierto, cosa que no nos conviene en absoluto, dado que contamos con navíos más pesados [302] e inferiores en número; además, aun suponiendo que, en líneas generales, nos acompañe la fortuna, causarás la perdición de Salamina, Mégara y Egina. Por otra parte, las fuerzas terrestres del enemigo avanzarán a la par que su flota, y, en consecuencia, tú personalmente los conducirás contra el Peloponeso y pondrás en peligro a toda Grecia.

β En cambio, si adoptas el plan que yo propongo, conseguirás con él todas estas ventajas: ante todo, si, con pocas naves, trabamos combate en un estrecho contra una flota numerosa y el resultado del enfrentamiento es el pre-

---

[300] Sigo la interpretación de J. E. Powell, *Lexicon Herodotus...*, página 199. Considerando *kósmon* en el sentido de «crédito», «honor» (cf. Solón, fr. 2 Diehl; Parménides, fr. 8, *D. K.* 52; Sófocles, *Áyax* 293), podría traducirse: «... no le reportaba ventaja alguna...».

[301] El discurso de Temístocles a Euribíades comienza con las mismas palabras que empleara Milcíades para dirigirse al *polemarco* Calímaco a fin de convencerlo para atacar a los persas en Maratón; cf. VI 109, 3.

[302] Cf. nota VIII 54, y W. Tarn, «The Fleet of Xerxes»..., pág. 208.

sumible, obtendremos una rotunda victoria, pues a nosotros nos beneficia librar batalla en un estrecho, en tanto que a ellos les beneficia hacerlo en mar abierto [303]. Además, se salva Salamina, a donde hemos evacuado a nuestros hijos y a nuestras mujeres. Más aún, mi plan incluye la cuestión que, precisamente, más os interesa; se trata de la siguiente: de permanecer aquí, combatirás en defensa del Peloponeso de la misma manera que si estuvieses en las inmediaciones del Istmo; por eso, si adoptas una decisión verdaderamente acertada, no conducirás al enemigo contra el Peloponeso. Pues, si realmente sucede lo que yo γ presumo y alcanzamos la victoria con nuestra flota, los bárbaros no se os presentarán en el Istmo ni progresarán más al sur del Ática: se retirarán sin orden alguno [304] y nos beneficiaremos de la salvación de Mégara, Egina y Salamina, en donde, además, según un oráculo [305], nos impondremos a nuestros adversarios. El éxito, en suma, suele sonreír por lo general a las personas que toman decisiones sensatas; en cambio, cuando las decisiones son insensatas, la divinidad tampoco suele auspiciar los planes de los hombres [306].»

---

[303] Como indica C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 207), «Herodotus has indeed realized the advantages which a battle in the narrow waters of Salamis Strait would confer on the heavier Greek ships against their more lightly-built opponents, who needed a sea-fight in the open sea to exploit to the full their superiority in speed and manoeuvre». En 480 a. C. las naves griegas eran inferiores a las persas en capacidad de maniobra. Fue la pericia que adquirieron los atenienses entre 480 y 430 a. C. (cf. Tucídides, I 49) lo que explica, por ejemplo, que, en 429, Formión, al mando de una flotilla ateniense, adoptara una táctica contraria a la sustentada aquí por Temístocles (cf. Tucídides, II 90).

[304] Pues, sin el apoyo de la flota, el ejército persa no podría recibir aprovisionamientos desde Asia, al quedar el Egeo bajo control griego.

[305] Cf., *supra*, VII 141, 4, y la interpretación de Temístocles en VII 143.

[306] Cf. nota VI 482. La intervención de Temístocles concluye con un

61 En plena intervención de Temístocles, el corintio Adimanto volvió a arremeter contra él, exigiendo que aquel apátrida guardara silencio y tratando de impedir que Euribíades sometiese a votación la propuesta de una persona cuya ciudad no existía; de hecho, insistía en que, para que pudiese manifestar su opinión, Temístocles debía representar a una ciudad (Adimanto lo injuriaba en esos términos porque Atenas había sido tomada y se hallaba en poder del enemigo).

2 En esa tesitura, Temístocles, como es natural, dirigió numerosos reproches contra Adimanto y contra los corintios, y demostró explícitamente que ellos —los atenienses— poseían una ciudad, así como un territorio, más importante que el de los corintios, en cuanto que disponían de doscientos navíos con sus dotaciones [307], de manera que ningún pueblo de Grecia podría resistirse ante ellos si lo atacaban.

62 Al tiempo que hacía esas puntualizaciones, se dirigió a Euribíades, siguiendo en el uso de la palabra, y le dijo, poniendo más énfasis [308]: «Por lo que a ti se refiere, si estás dispuesto a permanecer aquí, actuarás, precisamente

apotegma, después de haber articulado su discurso de manera antitética (Salamina/Istmo, con sus consecuencias estratégicas). Cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 185.

[307] Lo que suponía un total de cuarenta mil hombres (cf. nota VII 145; sobre la población del Ática en esta época, vid. nota VIII 210). Entre los 200 navíos citados aquí por Temístocles hay que incluir, presumiblemente, las 20 naves que Atenas había prestado a los *clerueos* de Calcis (cf. VIII 1, 2; 46, 2; nota VIII 5). La idea de que el potencial de una ciudad residía en sus habitantes, y no en sus fortificaciones, aparece ya en Esquilo, *Persas* 349, y es formulada más explícitamente por Sófocles, *Edipo Rey* 56.

[308] Más énfasis que el que había puesto en sus anteriores palabras dirigidas a Euribíades.

por hacerlo, como un buen soldado [309]; de lo contrario, ocasionarás la perdición de Grecia, pues, para nosotros, el éxito de la campaña depende de las naves; así que sigue mi consejo. Mas, si no haces lo que te digo, nosotros re- 2
cogeremos de inmediato a nuestros familiares y nos trasladaremos a Siris, en Italia [310], que nos pertenece desde hace ya mucho tiempo [311]; y, además, al decir de los oráculos [312],

---

[309] La versión que propongo es preferible a la de «un valeroso soldado» (que es la traducción de la mayoría de los críticos), ya que lo que Temístocles pretende es que Euribíades adopte la estrategia más adecuada.

[310] Ciudad emplazada a orillas del Golfo de Tarento, a unos 60 km. al N. de Turios. La precisión del lugar donde se hallaba situada dicha localidad (para Heródoto, Italia hace referencia al Golfo de Tarento y a todas las ciudades griegas allí fundadas) tiene por objeto distinguirla de otra población del mismo nombre situada en Peonia (cf. VIII 115, 3).

[311] Según la tradición, Siris había sido fundada por troyanos que escaparon a la toma de su ciudad (cf. ESTRABÓN, 264). En la primera mitad del siglo VII a. C. fue colonizada por jonios procedentes de Colofón (cf. J. BÉRARD, «Les Ioniens à Siris», *Charites. Festschrift E. Langlotz*, Munich, 1957, págs. 218 y sigs.), alcanzando gran prosperidad (cf. ARQUÍLOCO, fr. 18 DIEHL; ATENEO, 523), lo que motivó que, antes de 510 a. C. (cf. JUSTINO, XX 2), fuera conquistada por una coalición de ciudades de origen dorio emplazadas, asimismo, en el Golfo de Tarento (Metaponto, Síbaris y Crotón); en general, vid. J. PERRET, *Recherches critiques sur l' histoire de la Siritide avant 433/432*, París, 1942, págs. 128-130. Se ignoran las razones de estas pretensiones territoriales de Atenas sobre Siris, a no ser que se basaran únicamente en el origen jonio de la ciudad y en la primacía de Atenas sobre los jonios (cf. nota VIII 281).

[312] Probablemente algunas sentencias apócrifas atribuidas a Bacis (cf. nota VIII 100) o a Museo (cf. nota VII 37), pero debidas a algún *cresmólogo* (cf. nota VII 33). Pese a que R. CRAHAY, *La littérature oraculaire...*, pág. 142, consideraba que estos oráculos aquí aludidos debían de haber surgido a mediados del siglo V a. C., cuando el régimen democrático ateniense empezó a centrar su atención en Occidente (piénsese en la fundación de Turios, en 444/443, auspiciada por Pericles; cf. V. EHRENBERG, «The foundation of Thurioi», *American Journal Philology* (1948), págs. 149 y sigs.), es posible que ya Temístocles abrigara planes expansio-

debemos fundar allí una colonia. Vosotros, entretanto, al veros privados de unos aliados como nosotros, os acordaréis de mis palabras».

63 Ante estas manifestaciones de Temístocles, Euribíades cambió de opinión (a mi juicio, lo hizo sobre todo ante el temor de que los atenienses los abandonaran, si ordenaba que las naves pusiesen rumbo al Istmo, pues, sin el concurso de los atenienses, el resto de los griegos no estarían ya en condiciones de presentar batalla [313]). Se inclinó, en suma, por el plan de Temístocles: permanecer en Salamina y librar en sus aguas una batalla decisiva.

Batalla de Salamina. Antecedentes inmediatos. Los griegos se encomiendan a los dioses

64 Así que, después de tales escaramuzas verbales, los griegos que se hallaban en Salamina se dispusieron, ante la decisión de Euribíades, a presentar batalla naval en aquella zona.

Entretanto, se hizo de día y, al salir el sol, se produjo un seísmo acompañado
2 de un maremoto, por lo que decidieron elevar preces a los dioses [314] e invocar la ayuda de los Eácidas [315]. Y deci-

---

nistas en esa zona (cf. L. Piccirilli, «Temistocle *euergétes* dei Corciresi», *Annali Scuola Normale Superiore Pisa* 3 (1973), pág. 339): dos hijas suyas se llamaban Italia y Síbaris (cf. Plutarco, *Temístocles* 32, 2), tuvo intereses en Corcira (cf. Tucídides, I 136, 1; Plutarco, *Tem.* 24, 1), y mantuvo contactos con Hierón (cf. Plutarco, *Tem.* 24, 7; 25, 1); de ahí que S. Mazzarino (*Il pensiero storico classico,* Bari, 1966, I, páginas 119 y sigs.) piense que los oráculos son anteriores a la época de Salamina.

[313] Pues (incluyendo a los calcideos) la flota griega habría quedado reducida a algo menos de la mitad de sus efectivos (cf. nota VIII 254).

[314] Por el origen divino que se atribuía a los movimientos sísmicos; concretamente se consideraban obra de Posidón (cf. VII 129, 4; Jenofonte, *Helénicas,* IV 7, 4), que en los poemas homéricos es llamado *ennosígaios,* «el que sacude la tierra». Vid. H. Popp, *Die Einwirkung der Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegführung der Griechen im 5. und 4. Jahrhundert v. Chr.,* Erlangen, 1957, págs. 13-18.

dirlo y hacerlo fue todo uno: tras haber elevado preces a todos los dioses, solicitaron, desde la propia Salamina, el auxilio de Áyax y de Telamón [316], y enviaron un navío a Egina para que trajese a Éaco y a los demás Eácidas [317].

Prodigio, favorable a los helenos, acaecido en Eleusis

Y por cierto que, al decir de Diceo, hi- 65
jo de Teocides (se trataba de un exilado ateniense que se había granjeado prestigio entre los medos [318]), en aquellos momentos, cuando el Ática, que había sido abadonada por los atenienses, estaba siendo devastada por los efectivos terrestres de Jerjes, él —que se daba la circunstancia de que a la sazón se encontraba, en compañía del lacedemonio Demarato [319], en la llanura de Tría [320]—

[315] Es decir, de Éaco (hijo de Zeus y de la ninfa Egina, y primer rey de la isla del mismo nombre) y de sus hijos. Cf. Apolodoro, III 12, 6-7; Diodoro, IV 72, 1-7; y, sobre la importancia de los héroes en el mundo griego, M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...*, I, páginas 184 y sigs.; 715 y sigs.

[316] Éaco tuvo tres hijos (vid. su cuadro genealógico en G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 17): Peleo (el padre de Aquiles), Telamón y Foco, hermanastro de aquéllos. Al asesinar a Foco, Peleo y Telamón fueron desterrados de la isla de Egina por Éaco, marchando Telamón a Salamina, donde tuvo a Áyax (cf. *Ilíada*, II 557-558), y Peleo a Ftiótide, una región de Tesalia; cf. Píndaro, *Nemeas*, V 7-16; Ovidio, *Met.*, XI 266-270; Pausanias, II 29, 9-10; Higinio, *Fab.* 14.

[317] Heródoto debe de referirse a sus *xóana* (término que en Grecia designaba a las más antiguas imágenes sagradas, talladas generalmente en madera), en la creencia de que la presencia de la imagen aseguraba la presencia espiritual y la ayuda del héroe en ella representado (cf., para las estatuas de los Dióscuros que acompañaban al ejército espartano, *supra*, V 75, 2; Pausanias, IV 16, 5; 27, 1).

[318] Diceo debía de ser un importante miembro del partido de los Pisistrátidas (cf. notas VIII 271 y 325).

[319] Rey de Esparta (de 510, aproximadamente, a 491 a. C.), perteneciente a la familia de los Euripóntidas, que fue depuesto del trono por

vio que desde Eleusis avanzaba una polvareda, como si la causasen poco más o menos unos treinta mil hombres [321]. Ellos dos se preguntaban, llenos de perplejidad, quiénes podían levantar la polvareda, cuando, de repente, oyeron un griterío que a Diceo le pareció que se trataba del grito ritual que, en honor de Yaco, se entona en los misterios [322].

---

las intrigas de su colega Cleómenes I (cf., *supra,* V 61-70), exiliándose a la Corte de Jerjes (cf. VII 3), donde desempeñó el papel de *practical adviser* (cf. VII 101-104; 209; 234 y sigs.).

[320] La llanura donde se encontraba Eleusis. Heródoto alude a ella, denominándola «llanura triasia» (cf., asimismo, *infra,* IX 7 β, 2; TUCÍDIDES, I 114; II 19-21), por el demo de Tría, que se encontraba a unos 5 km. al NE. de Eleusis. Es la llanura más occidental del Ática y por ella pasaba la ruta procedente de Platea, en Beocia, que fue la que debió de seguir la columna derecha del ejército persa en su avance hacia Atenas (cf. nota VIII 175).

[321] Según V 97, 2, el número de ciudadanos atenienses a comienzos del siglo v a. C. (cf., sin embargo, nota V 489). No obstante, como no todos los atenienses estaban iniciados en las fiestas mistéricas que se celebraban en Eleusis (en las que también podían participar griegos de otros Estados), y el número a que alude Heródoto es sexagesimal, la cifra en cuestión puede tratarse de un guarismo genérico para designar a una muchedumbre (cf. nota VIII 188).

[322] Los cultos mistéricos estaban relacionados con las divinidades agrarias (en cuanto que las potencias que presiden la fertilidad aseguran a las plantas, tras su desaparición anual, un renacimiento, y el ciclo de la vegetación se sucede anualmente, se consideraba, por analogía, que las divinidades objeto de tal devoción protegían a los seres humanos después de la muerte) y se hallaban reservados para iniciados, manteniéndose sus ritos en secreto (posiblemente por la creencia primitiva en el valor mágico de los ritos y en su poder sobre las divinidades, se restringía su divulgación a personas cuya integridad moral garantizaba que no se utilizaría su conocimiento inadecuadamente). Los misterios de Eleusis (cf., en general, E. G. MYLONAS, *Eleusis and the Eleusinian Mysteries,* Princeton, 1961) estaban dedicados a Deméter, diosa de la tierra cultivada (por oposición a Gea, a quien se concebía como personificación de la tierra en sentido cosmogónico). Yaco (aunque su nombre, originariamente, es

Entonces Demarato, que no conocía los ritos que tenían 2
lugar en Eleusis, le preguntó qué era aquel murmullo que se escuchaba. Y él le respondió: «Demarato, las tropas del rey van a sufrir forzosamente un gran desastre, pues, teniendo en cuenta que el Ática se halla desierta, es de todo punto evidente que el murmullo que se escucha tiene un carácter sobrenatural: que procede de Eleusis para socorrer a los atenienses y a sus aliados. Y, desde luego, si 3
se lanza sobre el Peloponeso, el peligro acechará a la persona del rey y a su ejército de tierra; en cambio, si se encamina contra las naves que están en Salamina, el monarca correrá el riesgo de perder su flota. Esta fiesta la celebran 4
los atenienses todos los años en honor de la Madre y de la Hija [323], pudiendo iniciarse en ella todo ateniense, o cualquier otro griego, que lo desee; y el grito que oyes es la invocación que, durante dicha fiesta, dirigen a Yaco».

«Calla —contaba Diceo que replicó Demarato ante sus manifestaciones—, y no relates este episodio a nadie más, 5
pues, si esas palabras llegan a oídos del rey, de seguro que

---

la personificación de un grito ritual —*iakchê,* derivado, con geminación expresiva, del vergo *iáchō,* «gritar»— que los fieles pronunciaban durante la celebración de los misterios de Eleusis) se trataba de una divinidad menor, a quien se representaba como un niño, que encabezaba la procesión de los iniciados bailando y empuñando una antorcha; cf. ARISTÓFANES, *Ranas* 398-413; M. P. NILSSON, *Geschichte griech. Religion...,* I, págs. 559 y 664.

[323] Deméter y Perséfone. No se menciona por su nombre a las diosas por eufemismo, ya que, a causa del rapto de Perséfone por Hades (el primer testimonio que nos ha llegado de este mito es el *Himno Homérico a Deméter;* cf., en esta misma colección, *Himnos Homéricos,* trad. de A. BERNABÉ, Madrid, 1978, págs. 43 y sigs.; y A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica...,* págs. 69 y sigs.), se relacionaban con el mundo de los infiernos y con cultos escatológicos.

perderás la cabeza [324], y ni yo ni ninguna otra persona, ni una sola, podremos salvarte. Mira, guarda silencio, que de esas tropas se encargarán los dioses.»

6 Ese fue, en suma, el consejo que le dio Demarato; y, entretanto, con la polvareda, y una vez acallado el griterío, se formó una nube que se elevó al cielo y se dirigió hacia Salamina, en dirección a la flota griega. Así fue como ambos comprendieron que los contingentes navales de Jerjes iban a ser destruidos. Eso es lo que contaba Diceo [325], hijo de Teocides, poniendo por testigos a Demarato y a otras personas.

---

[324] Por el carácter ominoso que la interpretación de Diceo entrañaba para Jerjes. Como en otras ocasiones (cf., por ejemplo, VII 11, 1; 101, 3), nos encontramos con que el problema de la libertad de expresión queda restringido a contextos persas; cf. P. Hohti, «Freedom of speech in speech sections in the Histories of Herodotus», *Arctos* 8 (1974), páginas 19 y sigs.

[325] Pese a la hipótesis de P. Trautwein («Die Memorien des Dikaios», *Hermes* 25 [1890], págs. 527 y sigs.), en el sentido de que Diceo debió de haber sido una de las fuentes escritas de Heródoto para la expedición de Jerjes —y de su presunta obra procedería este pasaje—, o de D. Fehling (*Die Quellenangaben...*, pág. 135), quien, con hipercriticismo, considera que este episodio es un ejemplo flagrante de «inventiva» herodotea, esta anécdota debió de conservarse por tradición oral (este capítulo es pródigo en palabras poéticas), y quizá surgió en círculos favorables a Temístocles (si bien el que Esquilo [*Persas* 345 y sigs.], que enfatiza el papel de la intervención divina en Salamina, no lo mencione puede ser indicio de que la historia aún no se había divulgado en el año 472): los misterios de Eleusis, que no podían celebrarse ese año por la evacuación de Atenas, tienen lugar, a pesar de ello, de manera milagrosa, presagiando la derrota persa. Plutarco, *Tem.* 15, alude al prodigio (que se vio acompañado de otros) indicando que tuvo lugar el mismo día de la batalla de Salamina, pero no parece factible. La procesión que llevaba las ofrendas de Atenas a Eleusis se celebraba la noche del día 19 del mes ático de *Boedromión* (cf. *Inscriptiones Graecae,* II^{2}, Berlín, 1913, núm. 1078 = W. Dittenberger, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leip-

La flota persa llega a Falero

Por su parte, los efectivos que integraban la flota de Jerjes, tras haber constatado la derrota infligida a los lacedemonios[326], pasaron desde Traquis a Histiea, donde hicieron escala por espacio de tres días, navegaron luego a través del Euripo y, al cabo de otros tres días, llegaron a Falero[327]. En mi opinión, los 66

zig, 1924, núm. 885), por lo que la conversación entre Demarato y Diceo se habría desarrollado el día 20 de dicho mes (= 22 de septiembre de 480; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, págs. 703-704). Como, en IX 10, Heródoto alude a un eclipse de sol (que se produjo el 2 de octubre), que motivó que los griegos no hostigaran a los persas cuando, por tierra, se retiraban del Ática, la cronología de los hechos que narra el historiador puede ser establecida como sigue:

MES	DÍA	HECHO
Agosto	19	Luna llena. Último día de los Juegos Olímpicos (cf. VII 206, 2).
	28	Los persas toman las Termópilas (VII 223-225).
Septiembre	5	Los persas llegan al Ática (VIII 50).
	19	Toma de la Acrópolis (VIII 53).
	21	Sacrificio ofrecido en la Acrópolis por los Pisistrátidas (VIII 54).
	22	Prodigio en Eleusis (VIII 65).
	28	Batalla de Salamina (VIII 83 y sigs.).
Octubre	2	Eclipse parcial de sol (IX 10).

[326] Es decir, tras haber visitado las Termópilas. El historiador retoma el «diario» de la flota persa, interrumpido en VIII 25, «due —señala R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 458— to Hdt.'s method in separating the accounts of synchronous operations and completing (relatively) the story of one series before entering on that of the other».

[327] Cf. nota VIII 209.

bárbaros que invadieron Atenas por tierra y por mar no eran inferiores en número a los que llegaron hasta Sepía-
2 de [328] y las Termópilas; de hecho, voy a compensar las bajas que tuvieron a consecuencia de la tempestad, y las que sufrieron en las Termópilas y en los combates navales de Artemisio, con los contingentes que, hasta entonces, no habían acompañado todavía al monarca [329], y que eran los siguientes: los melieos, los dorios, los locros y los beocios —que, salvo los tespieos y los plateos, se unieron a los invasores con todos sus efectivos [330]—, así como los caristios, los andrios, los tenios [331] y todos los demás isleños,

---

[328] Cf. nota VII 886.

[329] Ateniéndonos al testimonio del historiador, la flota persa, antes del inicio de las operaciones, contaba con 1.327 navíos (cf. VII 89, 1; 185, 1), pero había perdido 400 con ocasión de la tempestad desencadenada en Magnesia (cf. VII 190), y 200 en las costas de Eubea (cf. VIII 13), además de las pérdidas sufridas en los enfrentamientos de Artemisio, que superaban la treintena (cf. VIII 11; 14; 16), por lo que cabría pensar que había quedado reducida a unas 600 unidades (la verdadera cifra con que debieron contar los efectivos navales de Jerjes; cf. apéndice VII al libro VII). Heródoto, para esta afirmación, debió de tener en cuenta el testimonio de Esquilo (*Persas* 337 y sigs.), que fijaba en 1.207 el número de naves persas en Salamina, y pretendió compensar las pérdidas sufridas con los contingentes navales aportados por los Estados griegos filopersas de las islas, algo aparentemente absurdo (cf., sin embargo, W. W. Tarn, «The Fleet of Xerxes»..., pág. 204, para un intento de justificación). Por lo que se refiere al ejército, Heródoto estimaba (cf. IX 32) en cincuenta mil los aliados griegos con que contó Mardonio, una cifra admisible y que podía compensar perfectamente las bajas habidas hasta entonces.

[330] Cf. VII 132, 1; y nota VII 626 (sobre los dorios de la Dóride, vid. VIII 31).

[331] Caristo era una localidad de Eubea meridional, a unos 10 km. al NW. del cabo Geresto (cf. nota VIII 37), que, tras las Guerras Médicas, fue sojuzgada por Atenas, acusada de «medismo» (cf., *infra,* IX 105; Tucídides, I 98). Andros y Tenos son dos islas de las Cícladas, respectivamente a unos 15 y 50 km. al SE. del cabo Geresto.

a excepción de los cinco Estados cuyos nombres mencioné hace poco [332], pues resulta que, cuanto más se internaba el Persa en Grecia, tanto mayor era el número de pueblos que se unían a él.

Jerjes celebra consejo con sus almirantes y, pese a la oposición de Artemisia, decide presentar batalla en Salamina

Pues bien, cuando todos los efectivos 67 persas, salvo los parios, hubieron llegado a Atenas (los parios se habían quedado apostados en Citnos esperando a ver de qué lado se decantaba la guerra [333]), es decir, cuando la flota arribó a Falero, justo entonces Jerjes en persona bajó hasta las naves al objeto de entrevistarse con sus hombres y
2 conocer la opinión de las dotaciones. A su llegada, tomó 2
asiento en un trono y, acto seguido, comparecieron, a ins-

[332] Realmente, en VIII 46, el historiador (sin contar a eubeos y eginetas) ha citado seis islas: Ceos, Naxos, Citnos, Serifos, Sifnos y Melos. La omitida en este pasaje (aunque se han propuesto otras interpretaciones) debe de ser Serifos, una isla de proverbial insignificancia (cf. Aristófanes, *Acarnienses* 542), que no figuraba, además, entre los 31 Estados griegos que combatieron contra los persas en Salamina y Platea, cuyos nombres constaban en el trípode ofrendado a Apolo Delfio en acción de gracias (cf. IX 81, y W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 323).

[333] La actitud ambigua de Paros (la más importante de las Cícladas, desde el punto de vista económico, durante el siglo v a. C.; cf. nota VI 670) debió de estar motivada por la adhesión de Naxos, y de las demás Cícladas occidentales, a la causa griega (cf. VIII 46, 2-4); de ahí que no se decidieran a luchar al lado de los persas. Por otra parte, el intento ateniense de conquistar la isla, con ocasión de la campaña dirigida por Milcíades, en el año 489 (cf. VI 132-135; y R. Develin, «Miltiades and the Parian expedition», *L'Antiquité Classique* 46 [1977], págs. 571 y sigs.), pudo ser la causa de que los parios no ayudaran a los aliados. Su comportamiento hizo que, tras Salamina, se vieran obligados a pagar una indemnización a los griegos (cf. VIII 112, 2).

tancias suyas, los tiranos [334] de los pueblos de su Imperio y los comandantes de las naves [335], que tomaron asiento con arreglo a la jerarquía que el monarca había otorgado a cada uno de ellos: primero el rey de Sidón, luego el de Tiro [336], y después los demás. Una vez sentados unos junto a otros conforme al protocolo, Jerjes encargó a Mardonio que sondease el parecer de cada uno, preguntándoles si debía presentar batalla por mar [337].

---

[334] El término, como suele ocurrir en otros pasajes de la *Historia* (cf., por ejemplo, I 86, 4; III 50, 2; VI 126, 1), no tiene sentido peyorativo, sino simplemente el de «poseedor de un poder absoluto». La palabra puede ser de origen microasiático, quizá lidio o hitita (cf. A. Heubeck, *Praegraeca*, Erlangen, 1961, págs. 68-70), y la primera vez que la encontramos atestiguada en la literatura griega (en Arquíloco, fr. 22 Diehl) aparece en un pasaje en que se habla de Lidia.

[335] Es decir, los jefes de los diferentes contingentes navales, subordinados a los almirantes persas (cf. H. Hauben, «The chief commanders of the Persian fleet in 480 B. C.», *Ancient Society* 4 [1973], págs. 23 y sigs.).

[336] Los fenicios constituían el contingente más numeroso y eficaz de la flota persa (cf. VII 96, 1; y apéndice VII al libro VII), siendo los sidonios quienes más confianza le merecían a Jerjes (cf. VII 44; 128, 2; y H. Hauben, «The king of the Sidonians and the Persian imperial fleet», *Ancient Society* 1 [1970], págs. 1 y sigs.). Sobre los reyes de Sidón y Tiro en tiempos de Jerjes, cf. nota VII 489.

[337] Heródoto está haciéndose eco del ceremonial propio de la corte persa en las audiencias (cf. I 99, 1, donde se hace remontar dicho protocolo a época meda): el rey preside la sesión desde un trono y los asistentes no pueden dirigirse a él directamente, sino a través de un «introductor de mensajes» (algo así como el secretario privado del monarca, que estaba encargado de concertar las audiencias; cf. I 120, 2; III 84, 2), cargo que aquí desempeña Mardonio. Dado que este último era uno de los seis generales del ejército de tierra (cf. VII 82), y que en el pasaje no hay la menor alusión a los almirantes de la flota persa (cf. VII 97), es posible que la historia de este consejo de guerra celebrado entre Jerjes y sus jefes navales locales provenga de una fuente de Halicarnaso (la patria de Heródoto; cf. nota I 1), si tenemos en cuenta el protagonismo que

Con ocasión de la ronda de preguntas que, comen- 68
zando por el sidonio, fue formulando Mardonio, todos se mostraron de acuerdo sobre el particular, pronunciándose por presentar batalla naval; Artemisia [338], en cambio, dijo lo que sigue: «Mardonio, díle en mi nombre al rey que α
yo, que en los enfrentamientos navales librados en las inmediaciones de Eubea [339] no me comporté cobardemente ni realicé las proezas menos importantes, manifiesto lo siguiente: 'Señor, es de justicia que te transmita mi más sincera opinión; concretamente, lo que considero más beneficioso para tus intereses. Paso, pues, a exponértelo. Reserva tus naves y no libres un combate naval, pues, por mar, nuestros enemigos son tan superiores a tus tropas como lo son los hombres a las mujeres [340]. Además, ¿por qué 2
tienes que correr a toda costa riesgos en enfrentamientos navales? ¿No eres dueño de Atenas, por cuya conquista emprendiste la expedición [341]? ¿No eres dueño, asimismo,

---

se concede a Artemisia (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 378), por lo que se utilizaría la figura de Mardonio por razones literarias y dramáticas (cf. VIII 100-101, y nota VIII 141).

[338] La tirana de Halicarnaso (cf. VII 99, y notas *ad locum*). La crítica (cf., no obstante, G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 374) considera ahistórica esta intervención de Artemisia (de la que Heródoto debió de informarse en los círculos protiránicos de su ciudad natal), que presenta la apariencia de un *vaticinium post eventum* en boca de un *Warner* (cf. H. Bischoff, «Der Warner bei Herodot», en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, págs. 302 y sigs.).

[339] Es decir, en los enfrentamientos navales de Artemisio.

[340] Una apreciación que, entre los persas, constituía la peor de las injurias (cf. IX 107). En la *Historia*, Artemisia hace gala de «*viril* arrojo» (de *andrēíē*, como dice Heródoto en VII 99, 1); de ahí que la comparación no resulte sorprendente en sus labios.

[341] Cf. VII 8 β, y nota VII 4.

del resto de Grecia[342]? Nadie te ofrece resistencia; y quienes lo han hecho han acabado tal como merecían[343].

β Y voy a decirte ahora cuál va a ser, a mi juicio, la suerte que sufrirán tus adversarios: si, en lugar de apresurarte a presentar batalla naval, mantienes tus naves aquí, cerca de la costa, alcanzarás fácilmente, Señor, los objetivos que proyectabas con tu campaña, tanto si permaneces a la expectativa como si avanzas hacia el Peloponeso[344].
2 Realmente, los griegos no están en condiciones de oponerse a ti durante mucho tiempo, de manera que lograrás dispersarlos y todos ellos huirán a sus respectivas ciudades: según tengo entendido, en esa isla[345] no cuentan con víveres, y, además, si diriges tus efectivos terrestres contra el Peloponeso, no es presumible que los griegos llegados de

---

[342] La pregunta es hiperbólicamente retórica, ya que Jerjes sólo era dueño de parte de Grecia continental, pero no del Peloponeso.

[343] Alusión a los griegos caídos en las Termópilas.

[344] En ambos casos con el ejército de tierra. La estrategia que sugiere Artemisia era, sin lugar a dudas, la más coherente: los persas podían obligar a los griegos a abandonar la posición de Salamina (y, consecuentemente, a librar batalla en mar abierto) atacando con sus fuerzas terrestres el Istmo de Corinto. O bien podían intentar bloquear Salamina por el Este y el Oeste (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 697, nota 1), aunque —y suponiendo que el bloqueo fuera factible— ello implicara dividir sus fuerzas ante un enemigo no muy inferior en número, para forzar a los griegos, por necesidades de avituallamiento (dado que parte de la población del Ática se hallaba en la isla; cf. VIII 41, 1), a presentar batalla en una zona favorable a los persas (cf. A. W. Gomme, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1937, pág. 199). El problema con que se encontraron los persas fue el de la premura de tiempo, ya que el otoño se acercaba y, por lo tanto, el avituallamiento por mar, desde Asia, de los expedicionarios peligraba.

[345] En Salamina. En el texto griego aparece un adjetivo deíctico que confiere mayor dramatismo a la intervención de Artemisia.

esa zona se queden impasibles, así que no sentirán deseos de combatir por mar delante de Atenas [346].

En cambio, si te apresuras a librar de inmediato una γ batalla naval, temo que una derrota de la flota acarree, de paso, serios perjuicios al ejército de tierra [347]. Por otra parte, Majestad, ten presente, asimismo, el siguiente extremo: las personas de valía suelen tener esclavos despreciables, y los seres despreciables suelen tenerlos de valía [348]. Por eso, como tú eres el hombre más destacado del mundo, cuentas con esclavos despreciables que pretenden figurar entre tus aliados; se trata de los egipcios, los chipriotas, los cilicios y los panfilios, gente que no sirve para nada [349]».

Mientras Artemisia le decía esto a Mardonio, todos 69 aquellos que abrigaban simpatía hacia ella se sentían ape-

---

[346] O bien, «para salvar Atenas».

[347] La reticencia de Artemisia se halla en la línea de la aserción que aparece en Esquilo (*Persas* 728: «la derrota de la flota —dice Atosa a la Sombra de Darío— causó la perdición del ejército de tierra»), lo cual parece un claro indicio (cf. A. Masaracchia, «La battaglia di Salamina in Erodoto», *Helikon* 9-10 [1969-70], págs. 72 y sigs.) de que el historiador conocía la tragedia esquílea (si bien Heródoto suele citar a sus fuentes sólo cuando las critica, limitándose, en otro caso, a tomar sus datos sin citarlas; cf. H. W. Parke, «Citation and recitation. A convention in early Greek historians», *Hermathena* 67 [1946], págs. 80 y sigs.).

[348] Al igual que ocurre con el discurso de Temístocles a Euribíades (cf. VIII 60), la intervención de Artemisia, tras haber articulado claramente las hipótesis contrapuestas, concluye con una sentencia (= *gnṓmē*).

[349] Las palabras de Artemisia son probablemente un eco de la animadversión e intrigas que debían de reinar entre los distintos caudillos de los pueblos sometidos a Jerjes en su intento por conseguir para sí mayores prebendas del monarca. Sobre los contingentes navales de los pueblos aquí citados, cf. VII 89, 2, para los egipcios; VII 90, para los chipriotas; y VII 91, para los cilicios y los panfilios (cf., además, notas VII 456 y 459).

sadumbrados por sus palabras, en la creencia de que, por orden del monarca, iba a sufrir algún castigo, dado que se oponía a que presentara batalla por mar; en cambio, quienes la detestaban y le tenían envidia, porque, de entre todos sus aliados [350], era una de las personas a las que Jerjes más estimaba, se alegraban de su intervención, segu-
2 ros de que le costaría la vida [351]. Sin embargo, cuando le transmitieron las opiniones de los asistentes, Jerjes se sintió muy complacido con la de Artemisia y, pese que ya la consideraba una mujer notable desde hacía tiempo, en aquellos momentos su aprecio por ella aumentó considerablemente. No obstante, ordenó seguir el dictamen de la mayoría [352], plenamente convencido de que en las costas de Eubea sus hombres se habían mostrado deliberadamente remisos debido a que él no había estado presente; pero esta vez lo había dispuesto todo para asistir personalmente a la batalla [353].

---

[350] Cf. nota VIII 125 (la monarquía aqueménida jamás trataba con pueblos extranjeros en condiciones de igualdad; cf. G. Walser, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 [1975], págs. 529 y sigs.), y E. Bikerman, *Remarques sur le droit des gens dans la Grèce classique*, Bruselas, 1950, pág. 107, nota 3. En Grecia el término *symmachía* indicaba, por lo general, un tratado de alianza de carácter militar acordado entre diversos Estados, por el que las partes interesadas debían socorrerse mutuamente y no declarar la guerra o firmar la paz sin consenso previo. Cf. G. Busolt, *Griechische Staatskunde*, II, Munich, 1926, págs. 1.250 y sigs.; 1.320 y sigs.; asimismo, I. Calabi, *Ricerche su i rapporti tra le poleis*, Florencia, 1953, capítulos 2 y 3.

[351] Cf. nota VII 98.

[352] Que debía de coincidir con el suyo propio. Los temores de los amigos de Artemisia permiten suponer que el monarca, antes de recabar la opinión de los integrantes de la flota, se había manifestado a favor de enfrentarse a los griegos en Salamina.

[353] Cf., *infra*, VIII 90, 4.

Primeros movimientos de la flota persa

Cuando se dio la orden de zarpar [354], 70
los persas hicieron que sus navíos pusieran proa a Salamina y, con toda tranquilidad, se alinearon en orden de batalla con arreglo a las directrices que habían recibido [355]. Ahora bien, lo avanzado del día no les permitió presentar batalla en aquellos momentos, pues la noche se les echó encima [356]; así que se prepararon para hacerlo al día siguiente.

Por su parte, un miedo cerval hizo presa en los grie- 2
gos, sobre todo en los del Peloponeso [357]. Su miedo se de-

---

[354] Es inverosímil pensar que la flota persa iniciara su maniobra de aproximación a Salamina el mismo día de su llegada a Falero (cf. nota VIII 325). Lo que ocurre es que Heródoto tiende a concentrar los hechos, eliminando los intervalos no determinantes para la acción propiamente dicha (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 206). En cualquier caso, las líneas maestras de las operaciones están claramente individualizadas por el historiador: llegada de la flota persa a Falero (lo debió de hacer el 6 de septiembre, ya que, tras los enfrentamientos de Artemisio, la flota tardó 9 días en llegar de Áfetas a Falero: los seis mencionados en VIII 66, 1; uno empleado en la travesía Áfetas-Histiea [cf. VIII 23]; otro empleado en la visita a las Termópilas [VIII 25, 3]; y un tercero en el que regresaron de las Termópilas a Histiea [*ibíd.*]), sesión del Estado Mayor de la escuadra de Jerjes, partida de las naves, ocupación de Psitalea, etc.

[355] No está en absoluto claro el movimiento de la flota a que alude el historiador. Puede tratarse de un intento, para inducir a los griegos a presentar batalla en mar abierto (con lo que los persas no habrían penetrado en el estrecho que separa Salamina de la costa del Ática), llevado a cabo en una fecha indeterminada, anterior a la del día de la batalla; o bien tenemos aquí —aunque no parece probable— la primera mención a la fase inicial de la maniobra persa correspondiente a la propia batalla de Salamina: los efectivos navales de Jerjes se despliegan a lo largo de la costa del Ática, desde Falero hasta el monte Egáleo (pero cf., *infra*, nota VIII 378), al objeto de rodear a los griegos durante la noche.

[356] Cf. nota VIII 292.

[357] Nuevamente nos encontramos, recurrentemente, con el *tópos* del miedo que experimentan los griegos (sobre todo los peloponesios, por

bía a que, apostados como estaban en Salamina, iban a combatir con sus efectivos navales en defensa del territorio de los atenienses y, en caso de resultar derrotados, se verían copados y sitiados en una isla, con lo que dejarían su patria desguarnecida [358].

Los peloponesios fortifican el Istmo de Corinto ante un posible ataque del ejército persa

71 Además, los efectivos terrestres de los bárbaros se pusieron en marcha, en el transcurso de aquella misma noche, para atacar el Peloponeso [359].

Sea como fuere, se habían adoptado todas las medidas posibles para evitar que los bárbaros pudiesen invadir la zona por tierra firme; de hecho, en cuanto tuvieron noticias de que Leónidas y sus hombres habían sucumbido en las Termópilas, los peloponesios, procedentes de sus ciudades, acudieron a toda prisa al Istmo, donde tomaron posiciones (a su frente se hallaba, en calidad de comandante en jefe, Cleómbroto [360], hi-

---

el probable origen ateniense de las fuentes de Heródoto sobre la mayoría de la campaña de Salamina) antes de la decisiva batalla que se va a librar (cf. nota VIII 94).

[358] Ante un eventual desembarco persa por mar, ya que, como se desprende del capítulo siguiente, el Peloponeso se hallaba defendido por tierra.

[359] Dado que el ejército persa no pasó de Mégara (cf., *infra,* IX 14), hay que suponer que su avance tenía como objetivo apoyar desde tierra la maniobra envolvente de la flota (cf. VIII 76), a fin de poder salvar a sus náufragos y recuperar sus navíos averiados, al tiempo que remataban al enemigo.

[360] El menor de los hijos de Anaxándridas (rey de Esparta, perteneciente a la familia de los Agíadas, de 560 a 520 a. C., aproximadamente; cf. W. G. Forrest, *A History of Sparta...,* págs. 21-22), y, por lo tanto, hermanastro de Cleómenes I (que reinó de 520 a 488), y hermano de Dorieo y de Leónidas (rey de 488 a 480, al suceder a Cleómenes). Sobre las noticias que, de los hijos de Anaxándridas, aparecen en la *Historia,* cf. V 39-48; VI 51-86; VII 204-205, 1. Cleómbroto, que fue padre de

jo de Anaxándridas y hermano de Leónidas). Al tiempo 2
que tomaban posiciones en el Istmo, bloquearon la ruta Escirónide [361] y, acto seguido, de acuerdo con la resolución a la que llegaron en un cambio de impresiones, empezaron a construir un muro a través del Istmo [362]. Y, como había muchas decenas de miles de hombres y todo el mundo trabajaba, la obra iba progresando [363]: se acarreaban piedras, ladrillos, troncos y espuertas llenas de arena [364],

---

Pausanias, el vencedor de Platea (cf. IV 81; V 32; IX 64 y 78), murió poco después del 2 de octubre de 480 (cf. IX 10).

[361] La ruta que, bordeando el golfo Sarónico, unía Atenas con Corinto, pasando por Mégara. A unos 10 km. al SW. de esta última localidad, el camino está flanqueado, por tierra, por las rocas Escironias, así llamadas porque, según la tradición (cf. Apolodoro, I 2; Higinio, *Fab.* 37; Diodoro, IV 59, 4; Pausanias, I 44, 8), en ellas se apostaba Escirón, un bandido que arrojaba a los viajeros al mar, hasta que Teseo le dio muerte. En recuerdo del bandido, el camino recibió su nombre. Cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description of Greece...*, II, pág. 547.

[362] El muro se construyó a unos 4 km. al sur del *díolkos* (la ruta terrestre que seguían los barcos, deslizándose sobre rodillos de madera, para evitar la circunnavegación del Peloponeso; cf. nota VII 162), desde Lequeo, el puerto de Corinto a orillas del golfo de su mismo nombre, hasta Cencreas, el puerto que poseía dicha ciudad en el golfo Sarónico. Su longitud era de unos 6 km., ya que no se erigió en la zona más estrecha del Istmo de Corinto (donde estaba el *díolkos)* para evitar un desembarco persa por la retaguardia (cf. Pausanias, VII 6, 7; y Ch. Kardara, «The Isthmian Wall», *Archaiologikà Análecta* 4 [1971], págs. 85 y sigs.).

[363] De hecho, los trabajos de fortificación no concluyeron hasta el año siguiente (cf. IX 7 β, 1).

[364] Las piedras para los cimientos, los ladrillos para la estructura, los troncos para las torres y empalizadas, y la arena para la argamasa. Los restos que se conservan en la actualidad (con un espesor de 2,4 m.) no deben de corresponder a la obra aquí citada, ya que el muro fue reconstruido en diversas ocasiones a partir del siglo IV a. C. (cf. Diodoro, XV 68; Pausanias, VII 6, 7; y J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, III, págs. 5-6).

y quienes habían acudido a prestar su colaboración no dejaban de trabajar ni un solo instante, ni de noche ni de día.

72 Los griegos que acudieron en masa al Istmo a prestar su colaboración eran los siguientes: los lacedemonios, todos los arcadios [365], los eleos, los corintios, los sicionios, los epidaurios, los fliasios, los trecenios y los hermioneos [366]. Éstos fueron quienes, angustiados por el peligro que corría Grecia, acudieron a prestar su colaboración (al resto de los peloponesios les traía sin cuidado [367]; y eso que los Juegos Olímpicos y las Carneas ya habían terminado [368]).

---

[365] Presumiblemente, efectivos de Tegea y Orcómeno (que, en número de mil quinientos y seiscientos hoplitas, respectivamente, tomaron parte en la batalla de Platea; cf., *infra,* IX 28), de Mantinea (que llegaron cuando la misma ya había concluido; cf. IX 77), y de otros Estados arcadios; cf. VII 202, y A. PHILIPPSON, E. KIRSTEN, *Die griechische Landschaften,* Francfort, 1956, III, págs. 200 y sigs.

[366] Los eleos eran los habitantes de Élide, región noroccidental del Peloponeso. Sobre Corinto, cf. nota III 267. Sobre Sición, Epidauro y Trecén, cf. nota VIII 6. Fliunte se hallaba a unos 25 km. al SW. de Corinto (cf. PAUSANIAS, II 12, 13). Para Hermíone, cf. nota VIII 222. Sorprende, en la lista (al margen de que no se indique el contingente de hombres que proporcionó cada pueblo), la ausencia de los megareos, que participaron en Platea con tres mil hoplitas, por lo que puede pensarse que quizá se hallaban custodiando sus costas en previsión de un ataque persa.

[367] Fundamentalmente a los argivos (pero cf. VII 152). Sorprende, sin embargo, la omisión, entre los efectivos que acudieron al Istmo, de Micenas y Tirinto, que sí tomaron parte en la campaña de Platea (cf. IX 28, 4).

[368] Cf. VII 206, y notas VII 987 y 989.

Digresión etnológica sobre el Peloponeso

Por cierto que el Peloponeso lo habi- 73
tan siete pueblos [369]. Dos de ellos, los ar-
cadios y los cinurios, son autóctonos y
se hallan establecidos en la actualidad en
la misma región que ocupaban antigua-
mente [370]. Otro pueblo, el aqueo, ha sido el único que no
ha salido del Peloponeso, aunque sí abandonó su tierra
natal para instalarse en una ajena [371]. Los otros cuatro 2
pueblos, del total de siete, son inmigrantes; se trata de los
dorios, los etolios, los dríopes y los lemnios. Los dorios
cuentan con numerosas y célebres ciudades; los etolios con
una sola: Élide; los dríopes con Hermíone y Ásine, que
se halla cerca de Cardamila, en Laconia; y los lemnios con
todos los paroreatas [372]. (Parece ser que sólo los cinurios, 3

[369] Dado que esta breve descripción etnográfica del Peloponeso interrumpe la narración de los hechos, es posible (aunque el recurso de Heródoto a las digresiones es una constante en su obra) que el capítulo sea una adición del historiador una vez concluida la *Historia* (cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 192). A diferencia de la información que aquí se nos transmite, en el «Catálogo de las naves» se alude a seis Estados en el Peloponeso (aunque la referencia es más política que étnica): argolios, aqueos, laconios, mesenios, arcadios y eleos (cf. *Ilíada*, II 559-624). Por su parte Pausanias (V 1, 1) se refiere a arcadios, aqueos, dorios, dríopes y etolios como habitantes del Peloponeso.

[370] La Cinuria es una región oriental del Peloponeso, entre la Argólide y Laconia (cf. Tucídides, IV 56, 2; V 14, 4; 41, 2). Para Heródoto los arcadios eran pelasgos (cf. I 146, 1; II 171, 3; y nota VIII 228), y los cinurios, como dice más abajo, jonios, dando a entender con ello que constituían una población predoria (cf. VII 94, y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 165).

[371] Los aqueos (cf. I 145; VII 94) residían, antes de la migración doria (cf. nota VIII 162), en Laconia y la Argólide, desde donde fueron expulsados a Acaya, región septentrional del Peloponeso que recibió de ellos su nombre (cf. Pausanias, VII 6 y sigs.).

[372] Después de la mención a Élide, Hermíone (el texto griego dice «Hermión», pero su denominación habitual es la que reflejo en la ver-

que son autóctonos, son jonios, si bien se han convertido en dorios debido a la dominación de los argivos y al paso del tiempo: se trata, concretamente, de los orneatas, unos periecos [373].)

Pues bien, las restantes ciudades de los siete pueblos en cuestión, excepción hecha de las que he enumerado [374],

---

sión) y Ásine, cabría esperar ver citados los nombres de las ciudades lemnias (PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 72, para solucionar el problema, traduce, arbitrariamente, «les lemniens [ont] toutes les villes des Paroréates»), que el historiador ya ha mencionado en IV 148, 4, por lo que es posible que el texto presente una laguna. Según la tradición (cf. PAUSANIAS, V 3, 5), una parte de los etolios (los habitantes de Etolia, región occidental de Grecia) había acompañado a los dorios en su invasión del Peloponeso. Sobre los dríopes, cf. VIII 43. Sobre la llegada de lemnios al Peloponeso, cf. IV 145, 2 y sigs.; y ED. MEYER, *Geschichte des Altertums...*, II, págs. 262 y sigs. Ciudades dorias eran Esparta, Argos, Corinto, Sición, etc. Élide era la capital de la región del mismo nombre, en el Peloponeso noroccidental. Ásine se hallaba en Mesenia, en la costa occidental del Golfo de Mesenia, «frente a Cardamila» (otra traducción que permite el texto), en Laconia, en la orilla oriental de dicho Golfo (la precisión tiene por objeto distinguirla de otra ciudad del mismo nombre situada en la Argólide, a unos 5 km. al SE. de Nauplia; cf. PAUSANIAS, II 36, 4). Sobre los paroreatas, al S. de Élide, cf. nota IV 500.

[373] Sigo la interpretación de W. W. HOW, J. WELLS (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 260), aunque el texto presenta serios problemas. Como Orneas se hallaba a unos 20 km. al NW. de Argos, es difícil admitir que en ella residieran cinurios, por lo que LEGRAND, *ad locum*, propone la corrección de Orneatas por Tireatas (es decir, los habitantes de Tirea, la localidad más importante de la Cinuria), traduciendo el pasaje de la siguiente manera: «ce sont les Thyréates et leurs voisins». Manteniendo el texto tal y como se nos ha conservado, habría que suponer que Orneas fue conquistada por Argos antes de mediados del siglo v a. C. (aunque carecemos de información al respecto) y que sus habitantes fueron reducidos a una condición similar a la de los periecos en Lacedemonia (cf. nota VI 288), pasando posteriormente a ser designados con el apelativo de «orneatas» los periecos de Argos.

[374] En VIII 72.

permanecían neutrales; y, si puedo hablar con franqueza, con su neutralidad favorecían la causa de los medos.

Descontento entre parte de la flota griega por la decisión de librar batalla en Salamina

Los griegos que se encontraban en el Istmo se habían consagrado, pues, a semejante faena dado que, en aquellos instantes, iban a jugarse el todo por el todo y no esperaban poder conseguir un brillante triunfo con la flota. 74

Por su parte, los griegos que se hallaban en Salamina, pese a tener noticias de las tareas de fortificación, estaban asustados [375], si bien no temían tanto por sus propias vidas como por la suerte del Peloponeso. El caso es que, 2
durante un cierto tiempo, los soldados se reunían entre sí y murmuraban en voz baja, extrañándose de la insensatez de Euribíades [376]. Pero, finalmente, el descontento estalló abiertamente; de ahí que tuviera lugar una asamblea en la que se habló largamente sobre el mismo tema [377]: los unos aducían que era menester zarpar con rumbo al Peloponeso [378] y afrontar riesgos para salvarlo, en lugar de que-

[375] Cf. nota VIII 94.

[376] Al haber decidido presentar batalla en Salamina. Cf. VIII 63, y nota VIII 205.

[377] Es posible que, de ser histórica, esta asamblea tumultuaria hubiera estado motivada por el despliegue del ejército persa a lo largo de la costa de la bahía de Eleusis, lo que habría inducido a parte de las tropas, o de sus generales (pues el historiador no precisa si en el inicio de la sesión intervinieron los *epibátai* o sólo los estrategos), a intentar que la batalla se librase cuanto antes. Cf. H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, 1966, págs. 271 y sigs.

[378] Según esto (dado que los griegos todavía podían retirarse), y con arreglo a la secuencia de acontecimientos que presenta Heródoto, hay que suponer que la maniobra naval persa, narrada en VIII 70, 1, había tenido como objetivo intentar que la flota griega les presentara batalla al SE. del canal de Salamina, en mar abierto. G. B. Grundy, *Great*

darse para combatir ante una región [379] que el enemigo ya había conquistado; en cambio, los atenienses, los eginetas y los megareos [380] sostenían que debían quedarse donde estaban y aprestarse a la defensa.

75 *Estratagema de Temístocles para evitar que la flota aliada se retire al Istmo*

Entonces Temístocles, en vista de que su tesis iba a ser derrotada por la de los peloponesios, salió subrepticiamente de la reunión y, una vez fuera, envió al campamento [381] de los medos a un hombre en una barca, con instrucciones precisas sobre lo que debía decir. (El nombre de ese individuo era Sicino [382], y se trataba de un criado de Temístocles; en

---

Persian War..., pág. 379, nota 1, y pág. 387 (aunque pretender establecer una cronología precisa de los hechos, a partir de las informaciones del historiador, resulta imposible), sitúa esta asamblea por la mañana del día anterior a la batalla.

[379] O «en pro de una región», ya que la preposición empleada (*pró)* puede tener tanto valor local como causal. La región, naturalmente, es el Ática.

[380] Los atenienses se oponían porque en Salamina tenían refugiada a parte de su población (cf. VIII 41, 1); los eginetas y los megareos lo hacían porque una retirada de la flota griega hacia el Istmo hubiera dejado sus países a merced de la escuadra de Jerjes.

[381] Traduzco así *es tò stratópedon,* considerando que la flota persa, tras la fallida maniobra de atraer a los griegos a mar abierto, mencionada en VIII 70, 1, había regresado a Falero. También podría traducirse por «envió a la flota de los medos», suponiendo que éstos ya habían entrado en los estrechos y se hallaban apostados junto a la costa ática, aunque esta posibilidad parece estar en desacuerdo con el hecho de que los griegos, según se desprende del capítulo precedente, todavía podían escapar de Salamina (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...,* pág. 217).

[382] Esquilo (*Persas* 355 y sigs.) alude simplemente a «un griego», mientras que Plutarco (*Temístocles* 12, 4) hace de Sicino un persa prisionero de guerra, sin duda racionalizando la facilidad con que Sicino se traslada de un bando a otro y el que no sea interrogado o arrestado. Es posible que su nombre sea frigio (cf. escolio a *Ilíada,* XVI 617; F. Jacoby, *F.*

concreto, del preceptor de sus hijos [383]. Precisamente, con posterioridad a estos acontecimientos —cuando los tespieos admitieron nuevos ciudadanos [384]—, Temístocles lo hizo ciudadano de Tespias y lo colmó de riquezas.)

Ese personaje llegó en aquellos momentos a su destino 2 en la barca y dijo lo que sigue a los generales de los bárbaros [385]: «Me ha enviado el general de los atenienses, a espaldas del resto de los griegos (pues resulta que es partidario del rey y prefiere que triunfe vuestra causa y no la

---

Gr. Hist. 156, fr. 106), y que supiera persa (cf. A. Köster, *Studien zur Geschichte des antiken Seewesen...*, pág. 110).

[383] Aunque Plutarco (*Temístocles* 32) afirma que el estadista ateniense (que nació hacia el año 528 a. C.) tuvo cinco hijos, Temístocles debió de casarse poco antes de Maratón (cf. F. J. Frost, *Plutarch's Themistocles...*, pág. 144), por lo que es posible que tenga razón Polieno (I 30, 3) al aludir a Sicino como el pedagogo de los *dos* hijos de Temístocles.

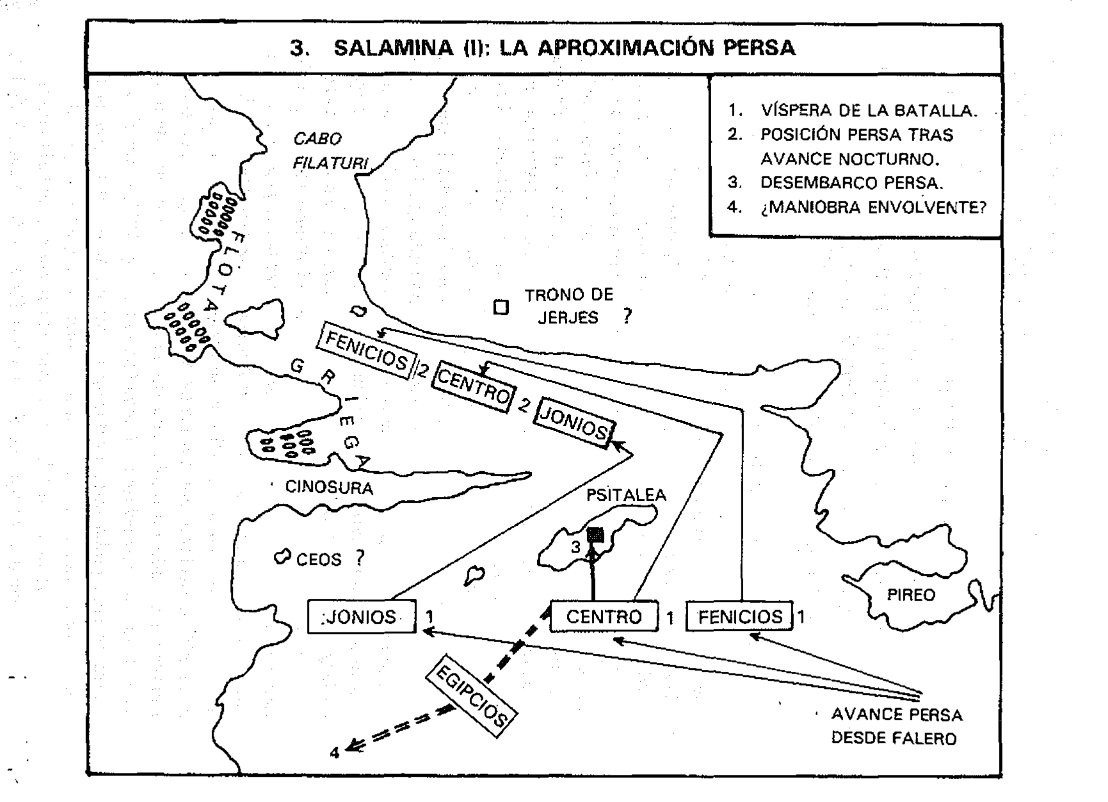
[384] Las pérdidas humanas que los tespieos sufrieron en las Termópilas (cf. VII 222), y en el transcurso de la evacuación de su ciudad (cf. IX 30), los obligaron a admitir a inmigrantes como nuevos ciudadanos. Cf. A. Podlecki, *The life of Themistocles*, Londres-Montreal, 1975, página 22, nota 23; *Inscriptiones Graecae*, I, 2.ª ed., Berlín, 1924, núm. 36; J. J. Hondius, *Supplementum Epigraphicum Graecum*, XXIII, Leiden, 1969, núm. 271.

[385] En Esquilo (*Persas* 356) es el propio Jerjes quien recibe el mensaje del emisario griego. Además de ésta, la divergencia mayor, entre los relatos del historiador y del tragediógrafo, estriba en que este último no alude a que entre los griegos existieran partidarios de los persas (las fuentes secundarias [Diodoro, XI 17, 4; Aristodemo, fr. 1, *F. Gr. Hist.* 104] carecen prácticamente de valor crítico al respecto). No hay que olvidar, sin embargo, que el propósito de Esquilo (que participó personalmente en la batalla de Salamina [cf. Ión de Quíos, fr. 7, *F. Gr. Hist.* 392], cuando contaba con unos 45 años de edad [cf. *Marmor Parium* A 48]) era muy distinto del de Heródoto al escribir *Los Persas* (tragedia que se representó en el año 472 ante una audiencia conocedora de los hechos): la obra es una pieza sobre la *hýbris* y el castigo divino (cf. H. D. F. Kitto, *Greek Tragedy*, Garden City, 1954, págs. 38 y sigs.), en la que predomina la intención dramática aunada a una exaltación patriótica.

de los helenos), para haceros saber que los griegos están aterrados y proyectan huir, así que en estos instantes tenéis la oportunidad de realizar la hazaña más importante de
3 la guerra, si impedís que escapen. De hecho, la disensión reina en sus filas y ya no os ofrecerán resistencia; es más, los veréis luchar entre sí con sus naves: vuestros partidarios se enfrentarán a vuestros enemigos [386]». Esto fue lo que les comunicó Sicino y, acto seguido, se alejó de allí.

---

[386] Pese a que la crítica, en general, considera ahistórico el mensaje de Temístocles (cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, páginas 119 y sigs.), este argumento debió de ser el que indujo a los persas a entrar en los estrechos de Salamina (el «medismo» no era considerado por los griegos tan abominable como lo sería una vez concluida la Segunda Guerra Médica; cf. J. Wolski, «ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l' époque des Guerres Médiques», *Historia* 22 [1973], págs. 3 y sigs.), y no el que la flota griega pensara huir, algo que beneficiaba a los persas, dado que, de replegarse, los helenos probablemente hubiesen tenido que presentar batalla en la bahía de Cencreas, cerca del Istmo de Corinto, una zona en la que los navíos persas habrían podido aprovechar su superior maniobrabilidad (cf. VIII 60). No obstante, también es posible que Jerjes (que llevaba más de tres semanas en Atenas), impaciente por derrotar a los griegos, y ante la imposibilidad de dividir sus fuerzas navales, dejando parte de las mismas para controlar los movimientos de la escuadra griega en Salamina y enviando el resto para apoyar a su ejército de tierra en su progresión hacia el Sur, de acuerdo con la habitual táctica operativa combinada entre el ejército y la armada persas (cf. nota VII 1094), decidiera jugarse el todo por el todo y ordenara a la flota pasar al ataque. Si ello fuera así, la historia del mensaje habría tenido un origen ateniense posterior a la batalla, para criticar a los peloponesios, o habría sido inventada por el propio Temístocles (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 403-408).


3. SALAMINA (I): LA APROXIMACIÓN PERSA
1. VÍSPERA DE LA BATALLA.
2. POSICIÓN PERSA TRAS AVANCE NOCTURNO.
3. DESEMBARCO PERSA.
4. ¿MANIOBRA ENVOLVENTE?
CABO FILATURI
FLOTA GRIEGA
TRONO DE JERJES ?
FENICIOS 2
CENTRO 2
JONIOS
CINOSURA
PSITALEA
3
CEOS ?
JONIOS 1
CENTRO 1
FENICIOS 1
PIREO
EGIPCIOS
4
AVANCE PERSA DESDE FALERO

76 *La flota persa inicia una maniobra envolvente y ocupa Psitalea*

Dado que los bárbaros consideraron fiable el mensaje, lo primero que hicieron fue desembarcar a un nutrido contingente de persas en el islote [de Psitalea], que se halla situado entre Salamina y el continente [387]. Posteriormente, al llegar la media noche, desplegaron su ala occidental en dirección a Salamina, iniciando una maniobra envolvente [388], y lo propio hi-

---

[387] Probablemente se trata de la actual isla de Lipsokutali, situada en la entrada sudoriental del Estrecho de Salamina, a unos 600 m. al E. de la costa de Salamina, y a 800 m. al W. de la costa del Ática (cf. E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes*, Klio, Beiheft XII, 1914, págs. 144-148, a partir de Estrabón, IX 1, 13-14). Según Pausanias (I 36, 2) en la isla (de unos 1500 m. de largo por 250 de ancho) desembarcaron 400 hombres (la flor y nata del ejército persa dice Esquilo, *Persas* 447 y sigs.). En general, para los serios problemas topográficos que plantea la narración de Heródoto a propósito de la batalla de Salamina, vid. W. K. Pritchett, «Toward a restudy of the battle of Salamis», *American Journal Archaeology* 63 (1959), págs. 251-262.

[388] Resulta difícil interpretar satisfactoriamente la estrategia persa de acuerdo con la narración del historiador. Suponiendo que los persas penetraran en el Estrecho desde Falero, el ala occidental sería el ala derecha persa (una vez alineados en formación de combate, frente a los griegos, a lo largo de la costa del Ática); es decir, la que, en Falero, se hallaba surta más al Oeste y que sería la primera en adentrarse en el canal de Salamina (cf. C. N. Rados, *La bataille de Salamine...*, pág. 282) hasta tomar posiciones a la altura del cabo Anfíale, en la extremidad sudoccidental del monte Egáleo. (A ello no se opone el testimonio de Esquilo, *Persas* 395, al declarar que los persas vieron a los griegos cuando éstos ya habían avanzado un trecho con sus naves, pues, en contra de lo que opina G. Busolt [*Griechische Geschichte...*, II, pág. 702], la flota griega, o parte de ella, podía estar protegida de las miradas persas por la isla de San Jorge, situada frente al cabo Anfíale, o simplemente por la zona norte de la bahía de Ambelaki.) La maniobra persa pretendería encerrar, pues, a la escuadra griega, desde el cabo Filaturi (o desde Anfíale), en la extremidad NW. del monte Egáleo, hasta Salamina, con el ala derecha, y, por la entrada sudoriental del Estrecho de Salamina, con el ala

cieron los efectivos navales apostados en las inmediaciones de Ceos y de Cinosura, bloqueando con sus naves la totalidad del Estrecho hasta Muniquia [389].

---

izquierda. No obstante, como Esquilo (*Persas* 361 y sigs.) afirma que Jerjes dispuso su flota en tres fuerzas operativas, para custodiar las salidas a mar abierto desde la bahía de Salamina, se ha pensado, a partir, además, del testimonio de Diodoro (XI 17, 1-18, 2), que el ala occidental a que alude aquí Heródoto pudo estar integrada por los efectivos egipcios de la flota persa (cf. VII 89, 3), enviados a bloquear la entrada occidental de la bahía de Eleusis (es decir, el canal de Mégara), para, así, cercar completamente a los griegos e impedir que huyeran en dirección al Istmo (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, págs. 382-383), mientras que las otras dos fuerzas operativas se habrían situado entre Salamina y Psitalea, y entre esta isla y el Ática (con lo que los persas no habrían estado alineados a lo largo de la costa ática frente a los griegos).

[389] Cinosura (la «cola de perro») es la península que, desde Salamina, penetra en el mar en dirección a la costa del Ática. La identificación de Ceos resulta muy problemática. Se ha pensado (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques...*, pág. 412, nota 2) que se trata de un topónimo alternativo para Cinosura (aunque el texto griego no permite esta identificación); que se trata de la bahía situada al S. de la península (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, págs. 58 y 60); o que, en realidad, en lugar de *Kéon* hay que leer *Kèramon*, con lo que tendríamos una referencia al cabo Céramo, en la costa del Ática, frente a Psitalea (cf. A. Wilhelm, «Zur Topographie der Schlacht bei Salamis», *Wiener S. B.* 211 [1929], págs. 29-32). Ahora bien, como el nivel actual del Mediterráneo en la zona ha subido unos 2,5 m. con respecto al existente en la Antigüedad (cf. K.J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 113, nota 1), y dado que Estrabón (IX 1, 13-14) menciona tres islas en la entrada oriental del Estrecho de Salamina, cuando hoy en día sólo emergen dos, es posible que Ceos fuera esa tercera isla. En cualquier caso, se trataba de un lugar próximo al canal oriental de Salamina. Hay que destacar que, posiblemente, la posición de Ceos y Cinosura no constituía el punto de partida de la maniobra del ala oriental persa, sino su meta, para, una vez allí, desplegarse por el Estrecho, desde Salamina al Ática (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 219: «as Herodotus uses the verb *anágō* of this movement, the ships which carried it out

2 Los movimientos de la flota persa tenían como objetivo impedir que los griegos gozasen de la menor posibilidad de huir, a fin de que, copados en Salamina, pagasen caras sus proezas de Artemisio. Y el desembarco de los persas en el islote que recibe el nombre de Psitalea lo llevaron a cabo al objeto de que, una vez iniciada la batalla, y dado que allí, sobre todo, irían a parar los hombres y los pecios (pues la isla se hallaba situada justamente en el escenario de la batalla que se iba a librar [390]), pudiesen salvar a los
3 suyos y aniquilar a los enemigos. Y estas maniobras las realizaron con sigilo, para que sus adversarios no se diesen cuenta [391]. Los persas, en definitiva, se dedicaron durante toda la noche a tales preparativos sin concederse el menor descanso.

---

cannot, as many suppose, have been at sea already outside the entrance to the straits, and from this it follows that Keos and Kynosoura must mark their position not at beginning but at the completion of the movement, the position to which they had been 'posted' in the sense that it represented not the starting-point but the final goal of their advance»). Muniquia es el promontorio situado entre el puerto del Pireo y la bahía de Falero, a unos 2 km. al E. de Psitalea.

[390] La afirmación del historiador vuelve a ser de difícil interpretación. Admitiendo la información de Diodoro (cf. nota VIII 388) sobre el envío del escuadrón naval egipcio al canal de Mégara, habría que identificar Psitalea con la isla de San Jorge, en pleno canal de Salamina (cf. N. G. L. Hammond, «The Battle of Salamis», *Journal Hellenic Studies* 76 [1956], pág. 43). Sin embargo, si nos atenemos al testimonio de Heródoto, hay que suponer que la flota persa tendría pensado empujar a los griegos con su ala derecha, apostada al N. de la isla de San Jorge, en dirección SE., para aniquilarlos a la altura de Psitalea, fuera ya del Estrecho de Salamina.

[391] Dado que la batalla se libró el 28 de septiembre de 480, la luna estaba, durante la víspera, en cuarto menguante, y no salió hasta dos horas después de la medianoche (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 702, nota 2).

Oráculo de Bacis favorable a los helenos

Y por cierto que no puedo negar la veracidad de los oráculos [392], pues, cuando reparo en casos como el siguiente [393], no pretendo tratar de discutir su claridad meridiana: 77

Mirad, cuando, tras haber saqueado la radiante Atenas,
con loca esperanza [394] *unan, mediante un puente de navíos,*
[la sagrada
playa de Ártemis, la de áurea espada, y Cinosura, a la
[que el mar baña [395],

[392] El historiador está haciendo una profesión de fe (Heródoto es un buen representante de la religiosidad tradicional; cf. II 3, 2; y M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes,* Leipzig, 1937, pág. 107), frente al escepticismo reinante en la Grecia de su época (cf. Tucídides, II 17; 54; V 26; Aristófanes, *Caballeros* 120 y sigs.; *Paz* 1060 y sigs.). Este capítulo ha sido atetizado por algunos críticos, dado que interrumpe bruscamente la narración y su lugar idóneo habría sido probablemente tras el capítulo 96 de este libro. No obstante, es propio de la narración herodotea insertar, en un momento decisivo del desarrollo de los hechos, datos que remiten al transfondo divino de los mismos (cf., por ejemplo, IX 43). Sea como fuere, nos encontramos ante un *vaticinium post eventum* referido a Salamina.

[393] O bien «en respuestas como la siguiente» (el contenido del oráculo que a continuación va a citar), si se adopta, en lugar de *prēgmata* (lectura de los manuscritos), la conjetura *rēmata* de H. Stein (*Herodotos. Buch VIII..., ad locum*).

[394] La de obtener, por parte persa, la victoria en la batalla naval.

[395] La «sagrada playa de Ártemis» (el epíteto «de áurea espada», propio más bien de Apolo [cf. *Il.*, V 509; XV 265; Hesíodo, *Trabajos* 771; *Himno a Apolo* 123; Píndaro, *Pít.*, V 104] se aplica aquí a su hermana por el contexto bélico en que aparece) debe de hacer referencia a Muniquia, donde se alzaba un templo en honor de la diosa (cf. Pausanias, I 1, 4), con lo que la grandiosa flota persa, alineada desde Cinosura hasta Muniquia es considerada como un puente de navíos que uniera Salamina con el continente.

la divina Justicia extinguirá al poderoso Kóros, hijo de
[Hýbris[396]*,*
que, ebrio de deseos, cree poder absorberlo todo[397]*.*
2 *A fe que el bronce chocará con bronce y Ares*[398] *teñirá*
[de sangre
el mar. En ese instante, traerán la libertad para la Hélade
[el hijo
de Cronos, el de penetrante mirada[399]*, y la augusta Vic-*
[toria.

---

[396] *Kóros* (= «hartazgo») es la personificación de Jerjes, mientras que *Hýbris* (= «desmesura») lo es del expansionismo persa. El concepto de *hýbris* (que, en Solón, fr. 5 Diehl, y en Teognis 153, es hija de *kóros,* en tanto que en Píndaro, *Ol.,* XIII 10, y en Esquilo, *Agamenón* 766 y sigs., nos encontramos con la misma filiación que aquí se expresa) es uno de los conceptos fundamentales de la filosofía religiosa de la época arcaica griega, que, con ciertos matices, pervive en época clásica. Como señala E. R. Dodds (*Los griegos y lo irracional...,* págs. 39 y sigs.), la doctrina de la *hýbris* es el resultado de la moralización de la creencia general en la «envidia» de los dioses (cf. nota VII 92): si la divinidad, celosa garante del orden cósmico (Zeus pasa a ser el garante de la justicia, que ya en Hesíodo [*Teogonía* 902] es concebida como hija de Zeus), actúa contra el ser humano, lo hace movida por una justa reacción, porque el hombre ha incurrido en *hýbris,* en insolencia; y toda *hýbris,* en la mentalidad arcaica, exige un castigo. Cf. J. Alsina, *Literatura griega. Contenido, problemas y métodos,* Barcelona, 1967, págs. 133 y sigs.; y, en general, E. Wolff, *Griechisches Rechtsdenken,* Francfort, vol. I, 1950.

[397] Sigo la conjetura de Düntzer, aunque el texto plantea problemas. Con arreglo a la lectura de Masaracchia (*anà pánt' epithésthai,* que no es la que presentan los manuscritos), la traducción sería: «cree poder atacar por doquiera».

[398] El dios de la guerra y, por metonimia, la batalla misma. La alusión al bronce como metal del armamento de los combatientes es de influencia épica (el oráculo está compuesto en hexámetros; cf. nota VII 671), ya que los héroes homéricos portan armas de bronce.

[399] Es decir, Zeus. Traduzco el epíteto en su segunda acepción (su sentido originario es «de profunda voz», aplicado a Zeus como señor

En casos como éste [400], y ante la tamaña claridad con que habla Bacis [401], yo, personalmente, no me atrevo a plantear objeciones a propósito de sus oráculos; y tampoco las admito en los demás.

Aristides informa a los generales griegos de la maniobra persa

Mientras tanto, entre los generales que 78 se hallaban en Salamina seguía teniendo lugar un fuerte altercado verbal [402], pues todavía no sabían que los bárbaros los estaban rodeando con sus naves; todo lo contrario, creían que continuaban en la misma posición en que los habían visto alineados de día [403].

Mientras los generales estaban discutiendo, arribó, 79 procedente de Egina, Aristides [404], hijo de Lisímaco (se tra-

---

del trueno y el rayo; cf. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque...*, pág. 387).

[400] En la traducción mantengo *es*, que secluyen la mayoría de los editores. De suprimirlo, habría que traducir de la siguiente manera: «Cuando Bacis se manifiesta en tales términos y con tamaña claridad...».

[401] Cf. nota VIII 100.

[402] Se trata de la misma asamblea citada en VIII 74, 2, que, iniciada de manera tumultuaria, debía de haberse prolongado hasta altas horas de la noche (como se desprende de la simultaneidad de la maniobra envolvente persa con la sesión), con la exclusiva presencia de los estrategos de los principales Estados aliados.

[403] Heródoto se debe de estar refiriendo a la maniobra persa mencionada en VIII 70, 1 (pero cf. nota VIII 354). Es posible que los persas, que llevaban más de 20 días en Falero, se hubieran aproximado en más de una ocasión a la entrada sudoriental del canal de Salamina para intentar atraer a los griegos a una batalla en mar abierto. En ese despliegue es en el que, probablemente, piensan los generales.

[404] Tenemos aquí la primera mención en la *Historia* a la figura de Aristides (que nació en el demo de Alopece hacia 537 a. C., y que pertenecía a una de las familias más importantes de Atenas; cf. G. Gottlieb, *Das Verhältnis der ausserherodoteischen Überlieferung zu Herodot,* Francfort, 1963, págs. 114 y sigs.), a pesar de que había combatido contra la tiranía junto al alcmeónida Clístenes, fue uno de los estrategos en

taba de un ateniense que había sido condenado al ostracismo [405] por el pueblo, pero a quien yo, por las informaciones que he recabado acerca de su conducta, considero la persona más sobresaliente e íntegra que hubo en Atenas [406]).

Maratón (cf. nota VI 559) y arconte epónimo (cf. nota VIII 263) en 489/488, coincidiendo con la caída en desgracia y muerte de Milcíades (cf. VI 136). No está claro qué es lo que podía estar haciendo Aristides en Egina. Es improbable (como pretende J. B. BURY, «Aristides at Salamis»..., págs. 414 y sigs.) que hubiese ido en la nave (que, presumiblemente, sería egineta) comisionada para traer de la isla las imágenes de los Eácidas (cf. VIII 64, 2), ya que éstas arribaron después de que lo hiciera Aristides (cf. VIII 83, 2). Tal vez la misión del estadista ateniense en Egina consistió en convencer a los eginetas para que enviasen a Salamina las naves que tenían en reserva para la defensa de sus costas (cf. nota VIII 236).

[405] Cf. nota VIII 293. Aristides fue ostraquizado en el año 483 (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 22), al oponerse a los proyectos de Temístocles de construir una poderosa flota (cf. VII 144; J. MARTIN, «Von Kleisthenes zu Ephialtes», *Chiron* 4 [1974], págs. 24 y sigs.; y E. RUSCHENBUSCH, *Athenische Innenpolitik im 5. Jh. v. Chr.*, Darmstadt, 1979, páginas 44 y sigs.), exilándose en Egina, donde habría hecho amistades, y de ahí que en esta ocasión fuera enviado para una misión de particular importancia. Pese a que en el *Decreto de Trecén* (líneas 44-47; cf. apéndice VIII al libro VII) la amnistía concedida a Aristides y a los demás ostraquizados atenienses parece datarse en agosto del año 480 (cf., asimismo, PLUTARCO, *Aristides* 8), la medida tuvo que haberse producido con anterioridad a la primavera de dicho año, ya que Aristides, una vez amnistiado, fue elegido estratego para el año ático de 480/479 (cf. J. LABARBE, *La loi navale de Thémistocle...*, págs. 87-103), y por eso pudo acaudillar la acción militar contra Psitalea (cf. VIII 95).

[406] Todas las fuentes antiguas coinciden en este rasgo, ya que Aristides era conocido con el sobrenombre de «el Justo» (cf., por ejemplo, la famosa anécdota entre Aristides y el campesino, que refiere PLUTARCO, *Arist.* 7, 7; o la contraposición entre su carácter y el de Temístocles que transmite TIMOCREONTE, fr. 1, D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1961). No obstante, como fue Aristides quien organizó la Liga delo-ática, fijando, en 476 a. C., la suma que los aliados debían satisfacer el primer año como cuota federal (cf. H. NESSELHAUF, *Untersuchungen*

Este personaje se llegó hasta el lugar donde se celebraba 2
la reunión y le pidió a Temístocles que saliese [407], a pesar de que este último no era amigo suyo, sino su peor enemigo; pero, ante la enorme gravedad de la situación, relegó al olvido sus diferencias y le pidió que saliese al objeto de entrevistarse con él, pues ya estaba enterado de que los del Peloponeso querían, a toda costa, trasladar la flota al Istmo.

Y, cuando Temístocles, atendiendo su petición, salió, 3
Aristides le dijo lo siguiente: «Nosotros debemos rivalizar en todo momento, y ahora más que nunca, sobre cuál de
los dos rendirá mayores servicios a la patria. Por eso, te 4
aseguro que lo mismo da que los peloponesios aboguen mucho o poco por zarpar de aquí; he de decirte, porque lo he visto con mis propios ojos, que, en estos instantes, aunque los corintios y el mismísimo Euribíades quieran hacerlo, no podrán abandonar Salamina, pues estamos totalmente rodeados por el enemigo [408]. Así que entra y házselo saber».

---

zur Geschichte der delisch-attischen Symmachie, Aalen, 1963 (= 1933), págs. 109-111), es posible que este encendido elogio por parte de Heródoto estuviera dirigido a acallar las insinuaciones de sus contemporáneos contra Aristides (cf. C. W. Fornara, *Herodotus. An Interpretative Essay*, Oxford, 1971, pág. 74, nota 23).

[407] Probablemente sólo los principales comandantes en jefe de los Estados aliados (en este caso Temístocles por Atenas; cf. VII 173, 2; VIII 4; 19; 61) tenían derecho a asistir a las sesiones del Estado Mayor.

[408] De las palabras de Aristides cabe deducir que su nave había llegado hasta la flota griega por el canal de Mégara, y no por la entrada oriental del Estrecho de Salamina (probablemente ante el temor de encontrarse con navíos persas en la zona). Pero ello no implica forzosamente que, en su singladura, tuviera que haberse encontrado con el pretendido escuadrón egipcio, presuntamente enviado por Jerjes (cf. nota VIII 388) para bloquear el canal de Mégara e impedir la huida de los griegos.

80 Entonces Temístocles le respondió en los siguientes términos: «Tu sugerencia es muy acertada[409] y magnífica la noticia que me has dado, pues acabas de ver con tus propios ojos lo que yo deseaba que sucediera. Has de saber que yo soy el responsable de lo que están haciendo los medos, porque, como los griegos no estaban dispuestos a presentar batalla por propia iniciativa, había que obligarlos a la fuerza. Ahora bien, dado que tú eres el portador de tan formidable noticia, comunícasela a ellos personal-
2 mente, pues, si soy yo quien la transmito, parecerá que mis palabras son una invención y no podré convencerlos, puesto que no creerán en semejante maniobra de los bárbaros; así que preséntate ante ellos y expónles personalmente la situación. Y, si, cuando lo hayas hecho, te creen, tanto mejor; pero, si no confían en tus palabras, lo mismo nos dará, pues ya no podrán escapar, si, como dices, realmente estamos rodeados por todas partes».

81 Aristides se presentó en la reunión y explicó la situación: había llegado de Egina —manifestó— y a duras penas había logrado burlar el bloqueo enemigo[410] sin que

---

La nave de Aristides pudo haber advertido simplemente la maniobra del ala occidental persa, que estaba bloqueando la salida norte del Estrecho de Salamina, quizá desde el cabo Filaturi, en el Ática (o algo más cerca del cabo Anfíale), a la costa de Salamina, una zona que tiene unos 1.400 m. de anchura (con todo, cf. G. B. Grundy, *Great Persian War...*, página 390; y G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, pág. 61).

[409] La de porfiar entre ellos en pro de la patria. (En VIII 79, 3, según la lectura que presenta Stein, también podría traducirse: «Nosotros, si alguna otra vez hemos tenido que hacerlo, debemos rivalizar ahora más que nunca sobre cuál de los dos rendirá mayores servicios a la patria».)

[410] Sigo la conjetura de Naber *(diekplôsai)*, en lugar de la que presentan los manuscritos *(ekplôsai)*, dado que se adecua mejor al contexto general de los acontecimientos. Cf. Plutarco, *Arístides* 8; y R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 485.

lo vieran, pues toda la flota griega estaba rodeada por los navíos de Jerjes; así que les aconsejaba que se preparasen a fin de repeler su ataque. Dicho esto, Aristides se retiró; pero, entonces, volvió a suscitarse una disputa verbal entre los asistentes, pues la mayoría de los generales no se creían la noticia.

Los generales seguían desconfiando cuando, capitanea- 82
do por Panecio ⟨de Tenos⟩, hijo de Sosímenes, arribó un trirreme de desertores tenios [411] que les aportó, definitivamente, toda la verdad. (Por esta acción el nombre de los tenios fue inscrito, en el trípode de Delfos, entre los de quienes derrotaron al Bárbaro [412].)

Así pues, con esa nave que se pasó a sus filas en 2
Salamina y con la de Lemnos, que ya lo había hecho en Artemisio [413], la flota griega alcanzó las trescientas ochenta unidades, pues, hasta entonces, le faltaban justamente dos navíos para redondear esa cifra [414].

---

[411] Sobre la militancia de los tenios en la flota persa tras Artemisio, cf. VIII 66, 2 (y nota VIII 331). Pese a que PLUTARCO (*Temístocles* 12, 8) habla de que el trirreme desertor era tenedio (es decir, de la isla de Ténedos, en el Egeo, a unos 20 km. al SW. del Helesponto), su información debe tratarse de un *lapsus calami* por «tenio» (el testimonio de DIODORO, XI 17, 3, sobre que los jonios enviaron nadando a un samio para que informase a los griegos de la maniobra persa, debe de ser una invención de Éforo para justificar a los jonios [el historiador era de Cime], pues éstos, en su mayoría, se batieron valientemente en Salamina; cf. VIII 85, 1). La nave de Tenos debió de poder huir sin problemas, ya que los jonios ocupaban el ala izquierda persa (cf. VIII 85); es decir, la apostada en la entrada oriental del Estrecho de Salamina.

[412] Concretamente en el séptimo anillo de la serpiente de bronce, de triple cabeza, que servía de pedestal al trípode de oro (cf. IX 81; y R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek Historical Inscriptions to the end of the fifth century B. C.*, Oxford, 1969, núm. 27).

[413] Cf. VIII 11, 3.

[414] Cf. VIII 48; y notas VIII 236 y 254.

83 *La batalla. Temístocles arenga a las dotaciones*

Al considerar verídicas las afirmaciones de los tenios, los griegos, por fin, se prepararon para combatir.

Cuando ya alboreaba el día, los generales reunieron a los soldados de la flota [415] y, en nombre de todos [416], Temístocles pronunció una vibrante alocución: todo su discurso [417] consistió en contraponer lo más noble y lo más vil que realmente puede darse en la naturaleza y en el temperamento [418] del ser

---

[415] A los *epibátai,* la infantería de marina que intervenía cuando, en el abordaje de las naves, se llegaba al combate cuerpo a cuerpo. Su importancia en la flota era capital dada la incipiente táctica naval de esta época (cf. notas VIII 4 y 52): Salamina fue una batalla en la que privó la capacidad de embestida sobre la de maniobra, algo que beneficiaba a los griegos (cf. VIII 60 α-β). Según PLUTARCO (*Temístocles* 14, 2), en cada trirreme (que, en tiempos de las Guerras Médicas, carecían de cubierta; cf. TUCÍDIDES, I 14, 3) figuraban 18 *epibátai:* 14 hoplitas y 4 arqueros (en el *Decreto de Trecén* [23-26], sin embargo, se alude a 10 hoplitas y 4 arqueros por navío; cf. apéndice VIII al libro VII, y M. JAMESON, «Provisions for Mobilization in the Decree of Themistokles», *Historia* 12 [1963], págs. 397 y sigs.). Según eso, y dado que la flota griega contaba con 380 naves, el número de *epibátai* se acercaría a los siete mil. Para los problemas que plantea el texto griego, ya que parece faltar un verbo personal, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VIII...,* pág. 78, nota 2.

[416] Del texto griego no se infiere claramente si Temístocles fue el único estratego que hizo uso de la palabra, o si cada estratego se dirigió a sus propios *epibátai,* pero el discurso más destacado fue el de Temístocles (así A. BARGUET, *Historiens Grecs I,* París, 1964, pág. 576, traduce: «l' allocution que prononça Thémistocle fut, entre toutes, excellente»).

[417] Probablemente Heródoto se limita a dar un breve resumen del contenido del discurso de Temístocles porque, aunque debía ser del dominio público, sus diferentes informadores no coincidirían al transmitirle sus términos.

[418] La diferencia se refiere, quizá, a comportamientos genéricos como especie y particulares como individuo.

humano; y, tras dar por concluida su intervención con 2
una exhortación a que, de las dos alternativas, optaran por la mejor, dio la orden de que se embarcaran. Así lo estaban haciendo las tropas cuando arribó, procedente de Egina, el trirreme que había ido a buscar a los Eácidas[419]. Los griegos, entonces, zarparon con todas sus naves; pero, mientras lo estaban haciendo, los bárbaros los atacaron de improviso[420].

[419] Cf., *supra,* VIII 64, 2. Es posible que esta nave llegara acompañada de los 12 trirremes de reserva que tenían los eginetas en su isla (cf. nota VIII 236), algo que se habría logrado gracias a las gestiones personales de Arístides en Egina (cf. nota VIII 404). Su arribada a Salamina pudo tener lugar por el canal de Mégara, todavía de noche, y el desembarco de las estatuas con las primeras luces del día. No obstante, esto último no se infiere del relato del historiador. Sea como fuere, y como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...,* pág. 198), «pretendere di tradurre il racconto di Erodoto in una descrizione della battaglia rispettosa della logica e della tecnica militare significa impigliarsi in difficoltà inestricabili».

[420] Esquilo (*Persas* 398) no coincide con Heródoto en este punto (ni en otros detalles sobre la batalla), ya que son los griegos quienes aparecen de repente ante los persas, algo que puede explicarse si consideramos que el ala derecha griega estaba protegida del ala izquierda persa por la península de Cinosura, y que, posiblemente, el ala izquierda griega lo estaba del ala derecha persa por la isla de San Jorge (o la extremidad septentrional de la bahía de Ambelaki). No obstante, cf. nota VIII 385.

84 *Maniobra griega para romper la formación enemiga*

En esa tesitura, la práctica totalidad de los griegos empezaron a ciar [421], dirigiendo las naves hacia la costa. Sin embargo, un ateniense, Aminias de Palene [422], siguió avanzando [423] y embistió a un navío enemigo; y, como su nave se quedó enganchada, sin que ambos adversarios pudieran separarse, fue entonces cuando el resto de los griegos acudió en socorro de Aminias,
2 comenzando la batalla. Así fue, según los atenienses, como se trabó el combate; no obstante, al decir de los eginetas, fue la nave que había ido a Egina a buscar a los Eácidas la que inició las hostilidades [424].

---

[421] Sin duda para conseguir, con semejante maniobra (el escoliasta a Tucídides, I 50, 5, la explica así: «ciar [literalmente 'hacer retroceder la popa'] consiste en retroceder lentamente sin que la nave gire. Al hacerlo, se rema hacia popa. Esta maniobra se efectúa para no evidenciar que la nave se da a la fuga»), que el centro de la formación persa avanzara desde la costa ática hacia Salamina. Heródoto, sin embargo, no debió de entenderlo así y, probablemente, pensaba en un acto instintivo de temor (cf. nota VIII 94).

[422] Volvemos a encontrarnos con un ejemplo de la *Prôtos Formel* (cf. nota VIII 59), otra vez a cargo de un ateniense (cf. VIII 11, 2). Palene era un *demo* (cf. nota V 330) del Ática, a unos 10 km. al NE. de Atenas. Pese a que Esquilo (*Persas* 409 y sigs.) narra el episodio sin citar el nombre del protagonista ni su demo, la tradición posterior (cf. Diodoro, XI 27, 2) lo convirtió en hermano del tragediógrafo (cosa muy improbable), prácticamente en un sosias (cf. Eliano, *Hist. Var.*, V 19) de su hermano Cinegiro, muerto en Maratón (cf., *supra*, VI 114).

[423] O, como traduce M. F. Galiano (*Heródoto...*, pág. 192), «se salió de la línea de combate».

[424] Ante esta pretensión (de hecho los eginetas recibieron el premio al valor; cf. VIII 122), caben dos interpretaciones: que los eginetas fueron los primeros en luchar con navíos de la flota persa cuando se dirigían, desde su isla a Salamina, los navíos de reserva, mientras acompañaban a la nave que transportaba las imágenes de los Eácidas, o que ocupa-

Y por cierto que también se cuenta el siguiente episodio: a los griegos se les apareció la imagen de una mujer [425] que, al dejarse ver, se puso a animarlos en un tono tal que toda la flota griega pudo oírla, aunque previamente les dirigió el siguiente reproche: «¡Desdichados! ¿Hasta cuándo [426] váis a seguir ciando?»

Bravo comportamiento de los jonios

85 El caso es que, frente a los atenienses, se hallaban alineados los fenicios, pues estos últimos ocupaban el ala próxima a Eleusis, la occidental [427], mientras que, frente a los lacedemonios, figuraban los jonios, que ocupaban el ala oriental, la próxima al Pireo [428]. Entre sus efectivos fueron realmente pocos los que, con-

---

ban, junto a los lacedemonios (cf. el capítulo siguiente y Diodoro, XI 18), el ala derecha griega. En cualquier caso, parece difícil admitir el protagonismo del navío que había traido las imágenes.

[425] La tradición debe de ser de origen ateniense. La mujer sería la diosa Atenea (que ya en el *epos* aparece como protectora de los principales guerreros griegos), aquí en su calidad de divinidad patrona de Atenas.

[426] La parénesis es tópica de la inacción ante el peligro (cf. Calino, fr. 1 Diehl).

[427] Más concretamente, ocupaban una posición al NW. del ala en la que se hallaban los jonios. Según el testimonio del historiador (aunque este punto de su relato constituye una de las mayores dificultades para explicar la táctica seguida por los persas en Salamina; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, págs. 450-457), la flota persa (presumiblemente protegida por sus fuerzas terrestres) se hallaba alineada a lo largo de la costa del Ática. (La conjetura de Löschke, al enmendar *Eleusînos* por *Salamînos* [con lo que habría que traducir «el ala próxima a Salamina»], supone que la flota de Jerjes no había entrado todavía en el Estrecho, de manera que los persas no habrían estado alineados de NW. a SE., sino de W. a E.; cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, mapa frente a pág. 249 [aunque no se indica claramente la posición de los diferentes contingentes navales].)

[428] Los atenienses, pues, ocupaban el ala izquierda de la flota griega y los lacedemonios la derecha, que era el puesto de honor (Euribíades

forme a las instrucciones de Temístocles [429], se mostraron deliberadamente remisos, ya que la mayoría no lo hizo.
2 En ese sentido, estoy en condiciones de citar los nombres de muchos *trierarcos* [430] que capturaron navíos griegos, pero voy a hacer caso omiso de todos a excepción de Teomestor, hijo de Androdamante, y de Fílaco, hijo
3 de Histieo, ambos naturales de Samos [431]. Y la razón de

---

era el almirante supremo de la escuadra) y de más responsabilidad (cf. IX 26 y sigs. a propósito de Platea) en los enfrentamientos terrestres de los ejércitos griegos (así, en Salamina tenemos una transposición de las concepciones de la lucha terrestre a la naval), ya que de su efectivo hostigamiento a la formación hoplítica enemiga dependía, por lo regular, el resultado de las batallas. No obstante, la información de Heródoto plantea dos problemas. Como los lacedemonios sólo contaban con 16 naves (cf. VIII 43), resulta una cifra demasiado exigua como para que ellos solos integraran el ala derecha, por lo que se ha supuesto que, con los lacedemonios, estaban los eginetas (cf. G. Giannelli, *La spedizione di Serse...*, pág. 68, nota 1). Vid., no obstante, nota VIII 453, para su posible situación. Por otra parte, como en Artemisio parece ser que los atenienses ocuparon el ala derecha (cf. VIII 21, 2, y nota VIII 111), R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 491, atribuía, hipercríticamente, a Temístocles la cesión del ala derecha a los lacedemonios, pese a que la batalla se libraba en aguas atenienses, ya que «Themistokles might gladly acquiesce in the inner station, which made a retreat for the Peloponnesians doubly difficult».

[429] Cf. VIII 22.

[430] El *trierarco* (compuesto bitemático de *triḗrēs*, «trirreme», y *árchein*, «mandar») era el capitán de una nave (no en el sentido institucional que el término poseía en Atenas; cf. nota VIII 90).

[431] Como se advierte, Heródoto habla expresamente de una elección, realizada por su parte, entre un cúmulo de tradiciones de origen microasiático. Y si aquí se limita (según Diodoro, XI 19, 3, los griegos perdieron 40 navíos) a citar a dos samios, ello se debe a su conocimiento de Samos y al interés que sentía por la isla, donde había estado refugiado (cf. Eusebio, *Chron.: Ol.* 78, 1), al fracasar la conspiración urdida para derrocar a Lígdamis, el tirano de la patria del historiador, Halicarnaso, y en la que su familia estuvo involucrada (cf. A. Hauvette, *Hérodote*

que los mencione sólo a ellos estriba en que, debido a esa hazaña, Teomestor se convirtió, por designación de los persas, en tirano de Samos, en tanto que Fílaco pasó a formar parte de la lista de bienhechores del monarca y fue recompensado con una extensa propiedad [432]. (Por cierto que los bienhechores del monarca reciben, en persa, la denominación de *orosángas* [433].)

Esto es, en suma, lo que ocurrió con estos dos personajes. 86

Victoria griega

No obstante, en Salamina, la mayoría de las naves persas fueron puestas fuera de combate [434], al ser destruidas unas por los atenienses y otras por los eginetas. De hecho, dado que

---

historien des guerres médiques..., pág. 13; y F. JACOBY, *s.v.* «Herodotos», *R.E.*, Supl. II, Stuttgart, 1913, cols. 220 y sigs.).

[432] Teomestor debió de ejercer la tiranía por espacio de menos de un año, ya que, en 479 a. C., Samos se liberó de la hegemonía persa (cf. IX 90 y sigs.). «Bienhechor» era un título honorífico que las ciudades griegas concedían a extranjeros que les hubieran prestado señalados servicios. En Persia, el Gran Rey mandaba inscribir en una estela los nombres de sus bienhechores, que eran recompensados oficialmente. Cf., *supra,* III 160; VI 30; *Esther,* VI 1 y sigs.; TUCÍDIDES, I 129; R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions...*, n.° 12.

[433] Según SÓFOCLES (fr. 183, S. RADT, *Tragicorum Graecorum Fragmenta,* IV, Gotinga, 1977), el término significa «guardias personales del rey» (en lo que coinciden HESIQUIO y FOCIO), a partir del persa antiguo *var,* «proteger», y *hšaya,* «rey». Sin embargo, NINFIS DE HERACLEA, un historiador del siglo III a. C., lo explica como «huéspedes reales» (cf. fr. 6, *F. Gr. Hist.* 432).

[434] Pese a que se considera que la batalla de Salamina duró toda la jornada del 28 de septiembre de 480 (es decir, unas once horas; cf. J. KEIL, «Die Schlacht bei Salamis», *Hermes* 73 [1938], págs. 329 y sigs.), Heródoto no nos presenta el desarrollo de la batalla en sus fases esenciales, limitándose a centrarse en una serie de episodios aislados que parecen pertenecer a etapas tardías de la misma, cuando los persas ya habían sido derrotados y se daban a la fuga.

los griegos combatían con disciplina y en formación, mientras que los bárbaros no habían mantenido la suya y no efectuaban con coordinación maniobra alguna [435], era inevitable que les sucediera precisamente lo que les pasó. Y eso que, sin ningún género de dudas, aquel día se superaron a sí mismos notablemente y demostraron más valor que en Eubea [436], pues todo el mundo ponía un gran interés por temor a Jerjes, ya que cada uno creía que el monarca lo iba a observar a él.

Artemisia sobrevive al acoso adversario

87 Pues bien, por lo que a los demás combatientes se refiere, no puedo precisar a ciencia cierta cómo se batió cada bárbaro o cada griego en particular [437]. Pero, con respecto a Artemisia, ocurrió un incidente que le permitió acrecentar su prestigio ante

[435] Esquilo (*Persas* 412 y sigs.), en su grandiosa versión de la batalla, también insiste en el desorden reinante en la flota persa (cito por la trad. de J. Alsina, *Esquilo. Tragedias completas*, Madrid, 1983, págs. 55-56): *El torrente de la escuadra | persa resiste, primero; | pero como en un estrecho | una multitud de barcos | se acumula, no hay manera | de prestarse mutuo auxilio, | y unos y otros se embestían | con sus émbolos de bronce | rompiendo los aparejos | de los remos. Las galeras | griegas, calculadamente, | en círculo nos hostigan; | los cascos de los bajeles | se volcaban, y la mar, | de cadáveres repleta, | y de restos de naufragio, | no era ya posible ver. | Y las riberas y escollos | de muerte se van llenando; | en fuga desordenada | marchan, remando, las naves | que forman el bando persa, | en tanto los griegos, cual | si fueran atunes u otra | redada de peces, iban | con los restos de los remos | y con pedazos de tablas | atacándolos, y a todos | el espinazo quebraban. | Por el piélago se extienden | griteríos y lamentos, | hasta que, al llegar la noche, | se nos hurta el espectáculo.*

[436] En Artemisio (cf. VIII 6-17) Jerjes no había asistido a los enfrentamientos navales (cf. VIII 69, 2).

[437] Heródoto debe de referirse a los contingentes de los diferentes Estados o pueblos. Dado que achaca a la tradición su escasez de noticias,

el rey [438]; fue el siguiente: en el preciso momento en que 2
las fuerzas del rey se hallaban en plena confusión, la nave de Artemisia se vio acosada por un navío del Ática [439]; como no podía escapar (pues delante de ella había varias naves aliadas y se daba la circunstancia de que la suya era la que se hallaba más próxima al enemigo [440]), decidió —y la medida le dio resultado— hacer lo siguiente: al verse acosada por el navío del Ática, embistió violentamente a una nave aliada, tripulada por calindeos, a bordo de la cual iba el propio rey de Calinda, Damasitimo [441]. Ahora 3
bien, yo no puedo precisar si es que había mantenido alguna polémica con él cuando todavía se hallaban en el Helesponto [442], ni tampoco si lo hizo premeditadamente, o si la nave de Calinda chocó con la suya por haberse cruzado

hay que entender que lo que había averiguado sobre el comportamiento de los jonios (cf. VIII 85, 2) era una mera lista de nombres. El caso de Artemisia era diferente, dada su condición de compatriota del historiador (cf. VII 99), por lo que sus fuentes tendrían un carácter local.

[438] Cf. VIII 69, 1.

[439] Como se dice en VIII 93, 1, el capitaneado por Aminias de Palene (cf. nota VIII 422), aunque no se trata del mismo episodio narrado en VIII 84, 1.

[440] Resulta imposible, ante el carácter del relato de Heródoto, trazarse una idea aproximada de los diferentes movimientos de la flota persa para poder explicar que una nave doria de Asia (cf. nota VII 465) fuera atacada por un navío ateniense (que, en un principio, habría figurado en el ala izquierda griega; cf. VIII 85, 1), teniendo, además, varias naves de la flota persa en su ruta de huida (cf., no obstante, R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 494, para un intento de justificación).

[441] Uno de los personajes más importantes de la flota persa (cf. VII 98). Calinda era una ciudad de la costa de Licia (cf. Estrabón, XIV 2, 2), próxima a Caria, a unos 125 km. al SE. de Halicarnaso. Licia y Caria se hallaban incluidas en la primera satrapía persa (cf., *supra*, III 90, 1; y nota III 450).

[442] Cf. VII 44, y nota VII 262.

4 casualmente en su camino. Sea como fuere, después de haberla embestido, provocando su hundimiento, Artemisia tuvo la fortuna de granjearse un doble beneficio: el *trierarco* de la nave ática, al ver que embestía a un navío bárbaro, creyó que la nave de Artemisia era griega o que estaba desertando de la flota de los bárbaros para apoyar a los griegos, por lo que mandó cambiar el rumbo y se dirigió contra otras naves.

88 Así fue como, ante todo, Artemisia pudo escapar, evitando la muerte; pero, además, resulta que el accidente que había causado le permitió acrecentar considerablemen-
2 te su prestigio ante Jerjes. Según cuentan, el monarca, que estaba contemplando la batalla[443], se fijó en que su nave había embestido a otro navío, y entonces uno de los presentes exclamó: «Señor, ¿ves lo bien que se bate Artemisia y cómo ha hundido un navío enemigo?» Jerjes —agregan— preguntó si la hazaña se debía realmente a Artemisia, a lo que los asistentes respondieron afirmativamente, pues conocían a la perfección el emblema[444] de
3 su nave y creían que el navío destruido era enemigo (a la serie de circunstancias favorables que, como he dicho, le sucedieron, se añadió el hecho de que no se salvara ningún tripulante de la nave de Calinda que pudiese acusarla). Y, según cuentan, ante esa aseveración, Jerjes manifestó: «Los

---

[443] Cf., *infra,* VIII 90, 4; y, en general, P. Green, *Xerxes at Salamis,* Nueva York, 1970.

[444] Probablemente se trataba del mascarón de proa (cf. III 37, 2; 59, 3), aunque también podía consistir en alguna enseña particular (cf. C. Torr, *Ancient Ships,* Chicago, 1964 (= Cambridge, 1895), pág. 100). En cualquier caso, no debe de ser cierta la información de Polieno (*Strategemata,* VIII 53, 1), según la cual, durante la batalla de Salamina, Artemisia cambió varias veces de enseña, usando, según le convenía, estandartes griegos o persas.

hombres se me han vuelto mujeres; y las mujeres, hombres[445]». Esto fue, según dicen, lo que comentó Jerjes.

Desorden entre las naves persas

En el transcurso de esa gesta murió el estratego Ariabignes, que era hijo de Darío y hermano de Jerjes[446]; y también encontraron la muerte otros muchos persas, medos[447] y aliados de renombre. En las filas griegas hubo, asimismo, bajas, pero fueron pocas, pues, como sabían nadar, quienes perdían sus naves, sin sucumbir en los combates cuerpo a cuerpo, alcanzaban Salamina a nado. En cambio, la mayoría de los bárbaros perecieron en el mar, dado que no sabían nadar[448].

89 (§89) — 2 (§2, beside "zaban Salamina a nado. En cambio, la mayoría de los")

Y por cierto que los bárbaros perdieron el mayor número de naves justamente cuando las de la primera línea se dieron a la fuga, pues los que ocupaban la segunda línea, en su intento por pasar adelante con sus navíos para realizar, también ellos, alguna proeza a la vista del rey,

[445] Cf. VIII 68 α, 1; y nota VIII 340.

[446] Concretamente, hermanastro de Jerjes, ya que su madre había sido una hija de Gobrias (cf. nota VII 14), la primera mujer a la que desposó Darío (cf. nota VII 15). Ariabignes (sobre la etimología de ese nombre, cf. W. Eilers, *Iranische Beamtennamen in der keilschriftlichen Überlieferung*, Berlín, 1940, pág. 122) era el almirante de las fuerzas navales jonias y carias (cf. VII 97), y no aparece citado por Esquilo (*Persas* 302-330) entre los persas que murieron en la batalla (aunque los nombres que facilita el tragediógrafo no nos son todos conocidos, y, por ejemplo, incluye entre los caídos a Farnuques, que, según Heródoto [VII 88], se había quedado en Sardes, sin participar en la campaña al frente de un tercio de los efectivos de caballería).

[447] Que figuraban en la flota de Jerjes en calidad de *epibátai* (cf. VII 96, 1; y nota VII 478).

[448] Cf. nota VI 217.

abordaron a las naves de su propia flota cuando éstas huían [449].

Calumnias de los fenicios contra los jonios

90 En medio de aquella confusión se produjo también el siguiente incidente: unos fenicios, cuyas naves habían resultado destruidas, se presentaron ante el monarca y calumniaron a los jonios, asegurándole que habían perdido sus navíos por su culpa, porque habían cometido traición [450]. Pues bien, lo que ocurrió fue que los generales jonios [451] no perdieron la vida y, en cambio, los fenicios que los calumniaban recibieron su merecido
2 do de la siguiente manera: mientras todavía se hallaban hablando del asunto, un navío samotracio [452] embistió a

[449] El testimonio de Heródoto puede entenderse de dos maneras: que las naves persas estaban alineadas en varias filas a lo largo de la costa del Ática y que, al ser derrotadas, las de la primera línea viraron de bordo y se dirigieron hacia la costa; o bien que los atenienses sobrepasaron el flanco occidental de los fenicios (quizá dando un rodeo por el canal que separa la isla de San Jorge de Salamina; cf. J. Keil, *Antike Schlachtfelder,* IV, Berlín, 1931, 105) y arrollaron a los navíos de la flota persa, empujándolos hacia el SE., en dirección a la salida oriental del Estrecho de Salamina, con lo que las naves fenicias, en su retirada, se vieron abordadas por las que integraban el centro de la formación persa (con todo, cf. nota VIII 440).

[450] La acusación de los fenicios no es retomada por ninguna fuente antigua. Probablemente estamos ante el reflejo de una sospecha generalizada entre los diversos contingentes navales de Jerjes (cf. VII 51), acrecentada por la tentativa de Temístocles de que los jonios se pasaran al bando aliado (cf. VIII 22), y que quizá se vio confirmada por algún hecho aislado acaecido durante la batalla (a ello puede estar aludiendo Heródoto en VIII 85, 1).

[451] Es decir, los generales de los diferentes Estados jonios que tomaban parte en la expedición (cf. VII 93-95; y nota VIII 336) y que se hallaban a las órdenes de Ariabignes.

[452] Samotracia es una isla del Egeo septentrional, de 180 km^2 de superficie y situada a unos 55 km. al NW. del Helesponto. Estuvo poblada

una nave ática. Esta última se estaba hundiendo cuando
he aquí que una nave egineta [453] se abalanzó sobre el navío
samotracio, echándolo a pique. Pero, como los samotra-
cios manejaban bien la jabalina, abatieron con sus dispa-
ros a los soldados que iban en la nave que los había echa-
do a pique [454], treparon a bordo y se apoderaron de la
embarcación. Este lance fue lo que salvó a los jonios, 3
pues, cuando vio la gran hazaña que habían realizado los

---

desde el Neolítico (cf., *supra,* II 51, 2), y en la Antigüedad fue célebre su culto de los Cabiros o Grandes Dioses (cf. nota II 213). Hacia el año 700 a. C. se establecieron en ella colonos samios (cf. escolio a *Ilíada,* XIII 12; PAUSANIAS, VII 4, 3), que se mezclaron con la población existente. La isla había sido conquistada por los persas en el año 493 (cf. VI 31), una vez sofocada la sublevación jonia. Los samotracios son considerados jonios por los persas dado que, en Oriente, los griegos eran conocidos con el nombre de jonios. Los judíos los denominaban *Jāwān* (cf. *Génesis,* X 2), y Darío, en la *Inscripción de Behistun,* los llama *Yauna* (cf. col. I, § 6), mientras que Atosa (cf. ESQUILO, *Persas* 178) denomina a Grecia «la tierra jonia».

[453] El que una nave egineta aparezca luchando aquí junto a un navío ateniense (además de lo que dice el historiador en VIII 91-92) permite suponer que los eginetas estaban alineados a la izquierda de los espartanos (en el ala derecha griega; cf. DIODORO, XI 19, quien, aunque sitúa erróneamente a los lacedemonios, debe de tener razón al afirmar que eginetas y megareos se hallaban a la derecha de la flota griega). Cuando los atenienses, con su maniobra envolvente sobre el flanco derecho fenicio (cf. nota VIII 449), los obligaron a huir en dirección SE., debió de producirse una aglomeración de navíos persas, al cerrar el paso los fenicios al avance del centro persa (integrado, cabe suponer, por chipriotas, cilicios, panfilios y licios; cf. DIODORO, XI 19), y ser desplazados los jonios hacia el NW. por la presión del ala derecha griega. Cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...* pág. 234.

[454] O, como traduce M. F. GALIANO (*Heródoto...,* pág. 194), «... los samotracios ... desde su nave, ya casi sumergida...». En todo caso es obvio que, cuando los samotracios atacaron a los *epibátai* eginetas, su nave aún no se había hundido.

samotracios, Jerjes, ante la enorme indignación que sentía, y en su deseo de responsabilizar a todo el mundo, se revolvió contra los fenicios y mandó que les cortaran la cabeza, para evitar que pudiesen calumniar a quienes eran más valientes cuando ellos se habían comportado cobardemente.
4 Resulta que Jerjes (que se hallaba sentado al pie del monte situado frente a Salamina y que recibe el nombre de Egáleo [455]), cuando veía que, en el transcurso de la batalla, uno de los suyos llevaba a cabo alguna hazaña, se informaba de quién la había hecho, y sus secretarios [456] anotaban el nombre del *trierarco,* el de su padre y el de su ciudad [457]. Por otra parte, la presencia del persa Ariaram-

---

[455] Pequeña cadena montañosa del Ática (su máxima altitud alcanza los 453 m.), cuyas estribaciones sudoccidentales constituyen el monte Coridalo (de 217 m. de altura), situado frente a la isla de San Jorge y la bahía de Palukia, en Salamina. La expresión que utiliza Heródoto indica que Jerjes no se encontraba en la cima propiamente dicha, sino en cualquier punto de la falda del monte que le permitiera una adecuada visión del Estrecho (cf. Esquilo, *Persas* 464-465, aunque no facilita precisiones geográficas). Tampoco es posible fijar con exactitud el lugar en el que podía hallarse Jerjes a partir del testimonio de Plutarco (*Temístocles* 13, 1), ya que sus fuentes son contradictorias: Fanodemo (fr. 24, *F. Gr. Hist.* 325) situaba la posición del monarca probablemente en la vertiente sudoriental del Coridalo (cf. N. G. L. Hammond, «The battle of Salamis»..., pág. 38; y W. K. Pritchett, *Studies in Ancient Greek Topography,* Berkeley, 1956, I, pág. 101), mientras que Acestodoro (C. Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum,* París, 1846, II, 464) lo situaba en las cercanías de la frontera entre Mégara y el Ática (cosa que parece de todo punto improbable). El monarca debía de estar sentado en un taburete de oro (cf. F. J. Frost, «A Note on Xerxes at Salamis», *Historia* 22 [1973], págs. 118 y sigs.), al que luego la tradición convirtió en un trono (cf. Demóstenes, *Contra Timócrates* 129).

[456] Cf. VII 100, 1; y nota III 662.

[457] Pese a que, como en toda sociedad clasista (cf. nota VII 2), el empleo de patronímicos es constante en las inscripciones persas (cf. nota III 313), y aparecen con profusión en las listas de origen persa que trans-

nes[458], que era amigo ⟨de los jonios⟩, también contribuyó, en cierta medida, a ese desgraciado final de los fenicios.

Los persas, en definitiva, se revolvieron contra los fenicios. 91

Huida persa

Cuando los bárbaros se dieron a la fuga, intentando replegarse con rumbo a Falero[459], los eginetas, que se habían emboscado[460] en el Estrecho, realizaron proezas dignas de mención[461], pues, mientras los atenienses aprovechaban el barullo para destruir tanto las naves que les presentaban batalla como las que pretendían escapar, los eginetas hacían lo propio con las que intentaban replegarse. Así que, cuando algún navío lograba zafarse de los atenienses, se topaba de inmediato con los eginetas.

---

mite Heródoto (cf. VII 61 y sigs.), nos encontramos aquí ante una *interpretatio graeca*, ya que el nombre completo de un ciudadano griego constaba de nombre, patronímico y demótico.

[458] El personaje es desconocido, pero debía de tratarse de un Aqueménida, ya que el primer elemento de su nombre es el adjetivo *ariya*, que significa «ario», y el mismo nombre aparece en la genealogía de Jerjes (cf. apéndice III al libro VII) como bisabuelo de Darío (cf. VII 11, 2).

[459] Que era su base naval en el Ática (cf. VIII 67, 1; y nota VIII 209).

[460] O, como sugiere J. E. Powell (*Lexicon Herodotus*..., pág. 336), «que habían resistido». La interpretación de la maniobra egineta es sumamente discutida y lo más que puede apuntarse es que, tras haberse enfrentado al ala izquierda persa, los eginetas debieron de permanecer (bien fuera siguiendo un plan preconcebido o, lo que parece más probable, debido a los avatares de la batalla) en la zona Cinosura-Psitalea-Ática, mientras el resto del ala derecha seguía acosando a sus adversarios. Cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion*..., págs. 236 y sigs.

[461] Cf., *infra*, VIII 122.

92 *Incidente entre Polícrito y Temístocles* Fue en aquellos momentos cuando se encontraron la nave de Temístocles, mientras perseguía a un navío enemigo, y la del egineta Polícrito [462], hijo de Crío, que había embestido a un navío sidonio (se trataba, precisamente, del que había capturado a la nave egineta que montaba guardia en Escíatos [463] y en la cual figuraba Píteas, hijo de Isquénoo, a quien los persas, llenos de admiración por su valor, habían mantenido a bordo a pesar de haber resultado gravemente herido [464]. La nave sidonia, que, además de su contingente de persas [465], transportaba a Píteas, pudo, en definitiva, ser apresada, por lo que este último fue rescatado, regresando así a Egina.)

2 Cuando reparó en el navío ático, Polícrito lo reconoció, al ver la enseña de la nave capitana, así que llamó a gritos a Temístocles y, aludiendo sarcásticamente a la adhesión de los eginetas hacia los medos [466], lo llenó de

---

[462] Probablemente se trataba del estratego del contingente egineta. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 502.

[463] Cf. VII 179.

[464] Cf. VII 181.

[465] Cf. nota VII 478.

[466] Los eginetas habían entregado «la tierra y el agua» (cf. nota V 65) a los persas en 491 a. C. (a comienzos del siglo v la expansión persa había creado dificultades comerciales, y por lo tanto económicas, a Egina; de ahí que la isla, superpoblada y con gran cantidad de esclavos, tuviera que llegar a un acuerdo con los persas con vistas a poder seguir desarrollando su comercio en el Mediterráneo oriental; cf. D. Hegyi, «Athens and Aigina on the eve of the battle of Marathon», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 17 [1969], págs. 171 y sigs.), por lo que los atenienses (probablemente los enemigos de los Alcmeónidas [cf. A. Robinson, «Medizing Athenian Aristocrats», *Classical World* 35 (1941), págs. 39 y sigs.], entre los que cabe incluir a Temístocles [cf. P. J. Le-

insultos. Esto es, pues, lo que Polícrito, tras haber embestido a un navío enemigo, le echó en cara a Temístocles.

Por su parte, los bárbaros cuyas naves se habían salvado dándose a la fuga arribaron a Falero, donde quedaron protegidos por su ejército de tierra.

Los griegos más destacados

En la batalla naval que nos ocupa los 93 griegos que más elogios recibieron fueron los eginetas [467], seguidos de los atenienses; y, a título individual, el egineta Polícrito y los atenienses Éumenes de Anagirunte [468] y Aminias de Palene, el personaje que, pre-

---

NARDON, «The archonship of Themistocles», *Historia* 5 (1956), págs. 401 y sigs.]) apelaron a Esparta, en su calidad de cabeza de la Liga Peloponesia, a la que pertenecía Egina (cf. J. A. O. LARSEN, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 [1933], págs. 257 y sigs.), para que tomara cartas en el asunto (pese a que la acusación de Atenas contra Egina fue de «medismo», en realidad los atenienses obraron así debido al conflicto que, desde finales del siglo VI, mantenían con los eginetas; cf., *supra*, V 82 y sigs.; y A. ANDREWES, «Athens and Aegina 510-480», *Annual British School Athens* 27 [1936-37], págs. 1 y sigs.). Cleómenes I (cf. nota V 178) se trasladó a Egina y entregó a los atenienses, como rehenes, a diez nobles eginetas, entre los que se contaba Crío, el padre de Polícrito (cf. VI 73). A todo este episodio (cf., además, VI 49-50) es al que alude aquí Polícrito.

467 Sin duda Egina (cf. VIII 122) debió ser reconocida por todos los aliados como el Estado cuyos contingentes habían tenido una actuación más destacada en Salamina (quizá por haber enviado los navíos de reserva que tenía para proteger sus costas [cf. nota VIII 419], o por reconocimiento a la ayuda que a la flota griega prestaron las imágenes de los Eácidas [cf. VIII 64, 2]). Por eso PLUTARCO (*De Herodoti malignitate* 40) criticó el escaso énfasis del historiador a este respecto (la afirmación de DIODORO, X 27, 2, relativa a que fueron los espartanos quienes más insistieron en la primacía de los eginetas, para humillar a los atenienses, puede responder a una deducción personal de Éforo, motivada por la rivalidad que existió entre Esparta y Atenas tras las Guerras Médicas).

468 Demo de la tribu Erectea (cf. nota VI 562), situado en la costa

cisamente, persiguió a Artemisia. Por cierto que, si hubiera sabido que a bordo de aquella nave iba Artemisia, no habría cejado hasta haberla apresado o hasta haber sido
2 hecho prisionero él, pues esa era la orden que habían recibido los *trierarcos* atenienses; es más, incluso se había ofrecido una recompensa de diez mil dracmas [469] para quien la capturase viva, ya que consideraban algo inadmisible que una mujer hiciera la guerra a Atenas [470]. Sea como fuere, Artemisia, como he dicho hace poco [471], logró escapar; y también se encontraban en Falero todos aquellos bárbaros cuyas naves se habían salvado.

Comportamiento de los corintios

94 Por lo que a Adimanto, el general corintio, se refiere, los atenienses aseguran que, desde el mismo momento en que las naves iniciaron la batalla, perdió la cabeza y que, presa de un pánico cerval, mandó izar velas [472], dándose a la fuga; y, cuando vieron que su nave capitana huía, los corintios hicieron lo propio.
2 Pero, al llegar, en el transcurso de su huida, a la altura

---

sudoccidental del Ática, a unos 18 km. al SE. de Atenas (cf. PAUSANIAS, I 31, 1). De Éumenes no se poseen más datos que los aquí facilitados.

[469] Algo más de 43 kg. de plata (1 dracma = 4,32 gr.). Una cifra considerable, ya que, en la Atenas de finales del siglo V, el salario de un jornalero era de una dracma diaria (cf. nota VII 699).

[470] Artemisia (aparte de la discriminación generalizada de la mujer en el mundo griego) debía de antojárseles a los atenienses como una amazona. La guerra entre éstas y Teseo formaba parte de la tradición mítica ateniense (cf. IX 27, 4; y A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...*, páginas 375 y sigs.).

[471] Cf. VIII 87.

[472] Las velas izadas eran prueba de que una nave se daba a la fuga (cf. VI 14, 2; VIII 56), ya que, durante las batallas, los trirremes abatían el mástil y las velas, y evolucionaban a golpe de remos.

del santuario de Atenea Escírade[473], en territorio salaminio, resulta que, por voluntad divina, se topó con ellos una barca (no se supo de nadie que la hubiese enviado y, además, se presentó ante los corintios cuando éstos ignoraban cualquier noticia sobre la suerte de la flota griega[474]). Y se considera que lo ocurrido tuvo un carácter sobrenatural debido a que, cuando estuvieron cerca de los navíos corintios, los de la barca dijeron lo que sigue: «Adimanto, con el cambio de rumbo que has ordenado 3
a tus naves, te has lanzado a la fuga, traicionando a los griegos; ellos, sin embargo, están ahora imponiéndose tan aplastantemente a sus adversarios como pedían en sus plegarias». Como quiera que Adimanto ponía en duda lo que decían, los desconocidos añadieron que estaban dispuestos a que se los llevara en calidad de rehenes[475] y a morir, si no era cierta la victoria de los griegos; de ahí que Adi- 4

---

[473] Se ignora la situación exacta de este templo (según Estrabón, IX 1, 9, Escírade era un antiguo topónimo para designar a la isla de Salamina, a partir del nombre de un héroe del que no poseemos dato alguno). Aunque Plutarco (*De Herodoti malignitate* 39) parece situar el templo al S. de la isla, no resulta verosímil esa ubicación (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques...*, pág. 423, nota 1; y nota VIII 477), por lo que se ha pensado en un punto de Salamina próximo a la isla de Leros (distante unos 5 km. de la bahía de Ambelaki en dirección NW.), o en la costa N. de Salamina (cf. J. A. R. Munro, «Some Observations on the Persian Wars: 2. The Campaign of Xerxes», *Journal Hellenic Studies* 22 [1902], pág. 329).

[474] El texto (considerando que en griego hay una comparación abreviada) podría traducirse también de la siguiente manera: «...y, además, en opinión de los corintios, no se parecía a ninguna de las embarcaciones que había en la flota griega».

[475] Un procedimiento habitual para garantizar el cumplimiento de lo acordado o la fidelidad de la palabra empeñada. Cf. M. Amit, «Hostages in ancient Greece», *Rivista Filologia Istruzione Classica* 98 (1970), páginas 129 y sigs.

manto diera orden de virar de bordo, reuniéndose con la flota, en compañía de los demás corintios, cuando todo había terminado. Tal es el rumor que, propalado por los atenienses, circula sobre los corintios. Estos últimos, sin embargo, se muestran en total desacuerdo; es más, consideran que en la batalla naval sus fuerzas figuraron en primera línea [476]; y el resto de Grecia corrobora su testimonio [477].

---

[476] O bien, «consideran que sus fuerzas figuraron entre las más destacadas de la batalla naval».

[477] Toda esta historia (que suscitó las iras de PLUTARCO [*De Her. malig.* 39], y que probablemente hizo que DIÓN CRISÓSTOMO [XXXVII 7] pensara en una venganza del historiador por no haber sido bien recibido en Corinto) debe de ser una invención de las fuentes atenienses de Heródoto, motivada por la hostilidad existente, con posterioridad a las Guerras Médicas, entre Atenas y Corinto (cf. TUCÍDIDES, I 60; 65; II 67; y G. E. M. DE STE. CROIX, *The origins of the Peloponnesian War*, Londres, 1972, págs. 211 y sigs.), lo que hace que la figura de Adimanto (cuyo hijo Aristeo fue un activo enemigo de Atenas al comienzo de la Guerra del Peloponeso; cf. VII 137, 3; y nota VII 656) posea rasgos negativos en la narración del historiador (cf. VIII 5, 2-3; 59; 61). No obstante, el episodio puede tener un origen cierto (aunque luego fuera alterado por los atenienses) en lo relativo a una maniobra corintia al NW. de la flota griega. Los críticos que admiten el testimonio de DIODORO, sobre el envío del contingente naval egipcio a bloquear el Estrecho de Mégara (cf. nota VIII 388), consideran que los corintios fueron enviados por el Estado Mayor griego para enfrentarse a ellos (cf. J. LABARBE, «Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque à l' Artemision et à Salamine»..., págs. 421 y sigs.). De no aceptar la versión de Diodoro, pueden considerarse dos alternativas: o bien los corintios fueron destacados a la bahía de Eleusis en previsión de una posible maniobra envolvente persa por el canal de Mégara, o bien fueron ellos quienes se enfrentaron con los egipcios al N. de la isla de San Jorge, suponiendo que esos efectivos de la flota persa hubieran sido los que, por el NW., cerraron la tenaza persa desde el Ática a Salamina (en general, cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 411-414). Sea como fuere, lo que es in-

Arístides, al frente de hoplitas atenienses, aniquila a los persas desembarcados en Psitalea

Por su parte Arístides, hijo de Lisímaco, el ateniense a quien ya aludí algo antes[478] indicando que fue un individuo sobresaliente, este personaje, insisto, en medio de ese barullo que se produjo en Salamina, hizo lo siguiente: tomó consigo a muchos de los hoplitas que habían sido apostados a lo largo de la costa de Salamina[479] —y que eran de nacionalidad ateniense—, y desembarcó con ellos en Psitalea, donde acabaron con todos los persas que había en dicho islote[480]. 95

---

dudable es la falsedad de la versión ateniense, ya que un documento confirma la opinión generalizada en Grecia sobre el comportamiento corintio (opinión que debía de compartir Heródoto): la estela de mármol que contiene el epitafio de los corintios caídos en Salamina y que fueron enterrados en la isla con la autorización expresa de Atenas (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A Selection of Greek Historical Inscriptions...*, núm. 24).

[478] Cf. VIII 79, 1.

[479] Para evitar un posible desembarco persa en la isla. El protagonismo de Arístides está motivado por su cargo de estratego, para el que había sido elegido en primavera de 480. Cf. nota VIII 405, y J. B. BURY, «Aristides at Salamis»..., pág. 418.

[480] Sorprende, en principio, la brevedad de la descripción de la acción de Arístides en Psitalea (aunque, y pese al elogio que le dedica Heródoto en VIII 79, la figura de Arístides apenas si tiene relieve en la *Historia;* cf. IX 28, 6, donde, a propósito de Platea, sólo se le menciona como jefe de los efectivos atenienses), si la comparamos con el relato de ESQUILO, *Persas* 447-464 (aunque el tragediógrafo no cita a Arístides como jefe de los atenienses que desembarcaron en Psitalea, ya que ningún griego es mencionado por su nombre en *Los Persas*): «*Cuando el dios a los griegos | hubo dado la victoria, | el mismo día, ciñendo | de armas de bronce su cuerpo, | desembarcan; ponen cerco | a todo el islote, y ellos, | no saben dónde volverse. | Hostigados largo rato | son por piedras disparadas | con las manos, y, volando | de las cuerdas de los arcos, | muchas flechas les herían. | Finalmente se lanzaron, | todos a una, sobre ellos; | les dan muerte, y, de sus cuerpos, | hacen una degollina, | desdichados, hasta que | a todos quitan la vida*» (trad.

Los griegos, vencedores, regresan a Salamina

Una vez concluida la batalla naval, los 96 griegos remolcaron hasta Salamina todos los pecios que a la sazón se encontraban todavía por aquella zona [481] y se prepararon para una nueva batalla, pues suponían que el monarca iba a volver a utilizar las naves que le quedaban.

Y por cierto que un viento de poniente, que se levantó 2 de improviso, arrastró gran cantidad de pecios hasta la zona de la costa del Ática que recibe el nombre de Colíade [482], de manera que, además de toda la serie de vaticinios pronunciados por Bacis y Museo [483] sobre dicha batalla, también se cumplió lo que, muchos años antes de la época que nos ocupa, y a propósito de los pecios allí arrastrados, manifestara Lisístrato, un adivino [484] ateniense, en

---

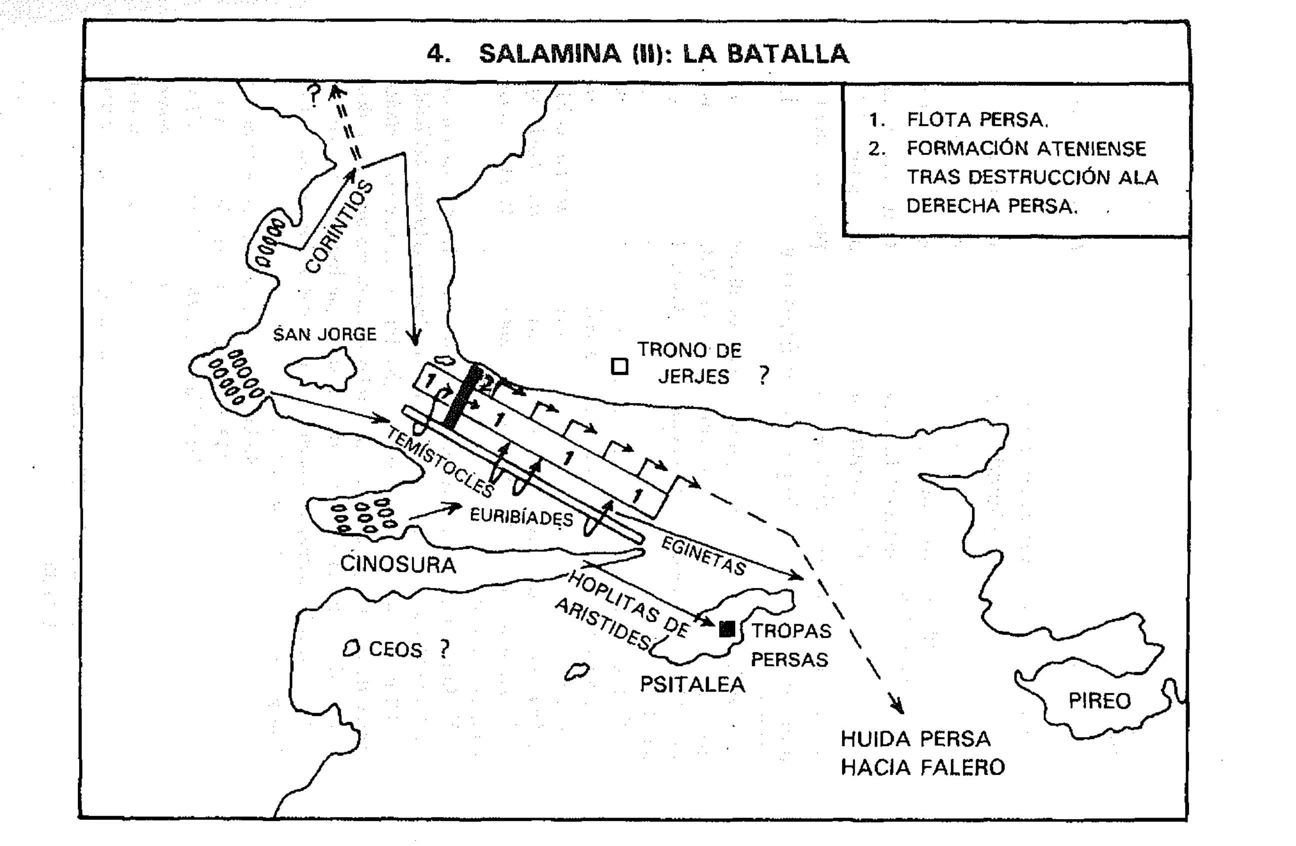
de J. Alsina, *Esquilo. Tragedias completas...*, págs. 57-58). Como se ve, la única diferencia significativa entre el relato de Heródoto y el de Esquilo estriba en que éste sitúa el desembarco una vez producida la victoria griega, mientras el historiador lo hace todavía en plena batalla. El testimonio de Plutarco (*Arístides* 19, 1-4; *Temístocles* 13, 3) no sólo data el ataque griego a la isla antes de la batalla (lo que parece improbable), sino que añade una serie de datos sumamente discutibles (probablemente tomados sin criticismo de Fanias de Ereso, fr. 25, F. Wehrli; cf. L. Bodin, «Histoire et biographie: Phanias d' Erèse», *Revue Études Grecques* 30 [1917], págs. 118 y sigs.).

[481] La zona de la batalla propiamente dicha y la situada al S. de Psitalea. Como se dice a continuación, muchos pecios habían sido arrastrados ya por el viento hasta la costa del Ática, que estaba en poder de los persas.

[482] Probablemente el actual cabo Cosmas (cf. Pausanias, I 1, 5), a unos 20 estadios (= 3,5 km.) al SE. de Falero (cf., no obstante, Estrabón, IX 1, 21, que lo sitúa en las inmediaciones del demo de Anaflisto, a unos 30 km. al SE. de Falero). El paraje es citado específicamente para justificar el cumplimiento del oráculo a que luego se alude.

[483] Cf. notas VIII 100 y VII 37.

[484] Un *cresmólogo*, nombre que recibían los adivinos que predecían


4. SALAMINA (III): LA BATALLA
1. FLOTA PERSA.
2. FORMACIÓN ATENIENSE TRAS DESTRUCCIÓN ALA DERECHA PERSA.
CORINTIOS
SAN JORGE
TRONO DE JERJES ?
TEMÍSTOCLES
EURIBÍADES
EGINETAS
CINOSURA
HOPLITAS DE ARISTIDES
TROPAS PERSAS
PSITALEA
CEOS ?
PIREO
HUIDA PERSA HACIA FALERO

un vaticinio cuyo significado había pasado inadvertido a todos los griegos[485]:

«Las mujeres de Colíade tostarán[486] con los remos».

Cosa que iba a producirse tras la retirada del monarca.

97 *Jerjes proyecta huir de Grecia*

Cuando Jerjes se percató del desastre que había sufrido[487], ante el temor de que algún jonio[488] pudiera sugerir a los griegos la idea de zarpar con rumbo al Helesponto para destruir los puentes[489], o de que se les ocurriese a estos últimos por su cuenta (con lo que se vería bloqueado en Europa y en peligro de

---

el porvenir consultando escritos, o por mediación directa de la divinidad, que los inspiraba (cf. CICERÓN, *Div.*, I 18, 34). Vid. M. P. NILSSON, *Cults, Myths, Oracles, and Politics in Ancient Greece*, Lund, 1951, páginas 130-133.

[485] Posiblemente porque ya lo consideraban cumplido en tiempos de Solón, con ocasión de la fallida tentativa de desembarco de los megareos en Colíade, durante la guerra librada entre Atenas y Mégara por la isla de Salamina, a comienzos del siglo VI a. C. (cf. PLUTARCO, *Solón* 8).

[486] Alusión a la acción de tostar los granos de cebada en parrillas antes de ser molidos (cf. PÓLUX, I 246).

[487] El historiador (cf. VIII 86, 1) no proporciona datos concretos sobre las pérdidas sufridas por la flota persa. CTESIAS (*Persiká* 26) habla de 500 navíos, mientras que DIODORO (XI 19), sin contar las unidades capturadas por los griegos, cifra en 200 las naves persas que fueron destruidas. En cualquier caso, hay que suponer que los efectivos navales de Jerjes, tras Salamina, quedaron en inferioridad numérica frente a la flota griega.

[488] Cf., *supra*, IV 137, cuando los jonios, con ocasión de la campaña de Darío contra Escitia, en 514/513 a. C. (vid., no obstante, J. M. BALCER, «The date of Darius' Scythian expedition», *Harvard Studies in Classical Philology* 76 [1972], págs. 99 y sigs., que la data en 519), a punto estuvieron de destruir el puente de barcas tendido sobre el Danubio, con lo que hubieran cortado la retirada del monarca, siendo Histieo quien los disuadió (cf. notas IV 467 y 468).

[489] Cf. VII 33-36.

muerte), empezó a proyectar la huida. Pero, como no quería revelar sus planes ni a los griegos ni a sus propias tropas, mandó que, a través del Estrecho, se intentara construir una escollera en dirección a Salamina [490], que se ensamblasen *gaulos* [491] fenicios para que sirvieran de pontón y de parapeto [492], y que se realizasen preparativos bélicos, como si fuera a librar una nueva batalla naval. En 2
vista de esta actividad del monarca, todo el mundo se hallaba plenamente convencido de que Jerjes estaba dispuesto, de todo corazón, a quedarse para proseguir la guerra.

---

[490] CTESIAS (*Persiká* 26) data los inicios de la construcción de esta escollera con anterioridad a la batalla de Salamina, indicando que las obras tuvieron que interrumpirse por la llegada a la isla, a instancias de Temístocles y Arístides, de arqueros cretenses (cf. nota VII 818), lo que obligó a los persas a librar la batalla naval. No obstante, el testimonio de Ctesias debe rechazarse, ya que es inverosímil pensar que Jerjes ordenara semejante medida antes de la batalla, cuando la flota griega podía interrumpir en todo momento las obras (a menos que supongamos que los persas idearon ese plan para obligar a los navíos griegos a presentar combate; cf. N. G. L. HAMMOND, «The Battle of Salamis»..., pág. 52). Y, una vez decidida la batalla del lado griego, era de todo punto imposible semejante proyecto. Hay que pensar, pues, que los griegos interpretaron erróneamente alguna construcción persa, que tendría una finalidad distinta de la que señala el historiador (cf. W. K. PRITCHETT, *Studies in Ancient Greek Topography* I, Berkeley, 1965, gráficos 90-91), o bien que estamos ante una tradición en la línea de otras construcciones ordenadas por Jerjes (como los puentes del Helesponto y el canal del Atos), y que para los griegos eran prueba de impía megalomanía (cf. ISÓCRATES, *Panegírico* 89; y J. A. R. MUNRO, «Some Observations on the Persian Wars: 2. The Campaign of Xerxes»..., pág. 332).

[491] Los *gaulos* (cf. escolio a III 136, 1) eran navíos mercantes. Vid. nota III 693.

[492] Como señala PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VIII*..., pág. 100, nota 2), «de ponton pour le transport des matériaux, de mur pour permettre d'interdire le passage d' un secteur du *porthmós* [i.e., del Estrecho] à l'autre».

Ninguna de esas medidas, sin embargo, logró engañar a Mardonio, pues conocía como nadie sus intenciones [493].

98 *Excurso sobre el sistema de correos empleado en Persia*

A la vez que tomaba esas medidas, Jerjes despachó a Persia un emisario para que informara a sus súbditos de su revés de entonces. Y por cierto que no hay mortal alguno que llegue a su destino antes que esos mensajeros [494]; tan eficaz es el procedimiento que han ideado los persas [495]. Con arreglo —dicen— a las jornadas de que conste la totalidad del recorrido, hay dispuestos, a intervalos regulares, igual número de caballos y de hombres, a razón de un caballo y un hombre por cada jornada de camino [496]; y ni la nieve, ni la lluvia,

---

[493] Pese a que W. Marg («Herodot über die Folgen von Salamis», *Hermes* 81 [1953], págs. 196 y sigs.) insiste en que, en la interpretación de los acontecimientos posteriores a Salamina por parte del historiador, Jerjes actúa movido por sus temores, más que por la verdadera situación de los persas, que, tras la batalla, aún contaban con grandes posibilidades de éxito, es indudable que la derrota naval era una razón lo suficientemente importante como para que el monarca regresara a Asia (aunque los críticos alemanes de primeros de siglo no lo consideraran así; cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II.1, pág. 51, II.2, págs. 61 y sigs.; Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 401): a las presumibles dificultades de aprovisionamiento que se iban a producir, al no poder los mercantes persas surcar con seguridad las aguas del Egeo, había que añadir el riesgo de que se suscitaran rebeliones en Tesalia, Macedonia o incluso en Jonia. Cf. G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 408.

[494] Jenofonte, *Ciropedia*, VIII 6, 17-18, también abunda en esta afirmación de Heródoto.

[495] Traduzco así dando a *oútō* valor anafórico. De considerarlo catafórico, la traducción sería: «el procedimiento que han ideado los persas es el siguiente».

[496] El Imperio Persa contaba con una vasta red viaria (a gran escala algo similar no volvería a darse en la Antigüedad hasta el Imperio Romano), que unía las diversas satrapías del Reino con Susa y las demás capi-

ni el calor, ni la noche les impide cubrir a toda velocidad el trayecto que a cada uno le corresponde. Una vez finali- 2
zado su recorrido, el primer correo entrega al segundo los mensajes que haya recibido, el segundo al tercero, y, de correo en correo, se va repitiendo la operación hasta completar el trayecto, igual que ocurre en Grecia con la carrera de antorchas que se celebra en honor de Hefesto [497]. (A este sistema de postas los persas lo denominan *angarḗion* [498].)

---

tales de Persia, y cuya importancia, más que comercial, era fundamentalmente militar (cf., para la descripción de la vía occidental, que conducía de Susa a Sardes, *supra,* V 52-54; y W. M. CALDER, «The Royal Road in Herodotus», *Classical Review* 39 [1925], págs. 7 y sigs.). A lo largo de las diferentes vías había postas reales, que contaban con caballerizas para los correos, y posadas, que eran caravasares accesibles a los particulares (cf. nota V 245).

[497] Divinidad que personificaba el fuego terrestre y el celeste (su culto parece proceder de Licia, región volcánica de Anatolia sudoccidental), y que, a medida que progresó la metalurgia, fue relacionada con la forja. En las festividades en su honor (al igual que ocurría con otros dioses, como Pan [cf. VI 105, 3], Bendis [cf. PLATÓN, *República* 328a], etc.) tenían lugar carreras por equipos en las que participantes de diferentes tribus realizaban una prueba de relevos, siendo el testigo una antorcha que se prendía en un altar situado en la salida, y con la que el corredor que primero llegara a la meta, donde se encontraba otro altar, lo encendía (cf. ESQUILO, *Agamenón* 312 y sigs.; LUCRECIO, II 79; PAUSANIAS, I 30, 2). Este tipo de celebración debió de originarse por la creencia en que el fuego, a fuerza de usarse, acababa perdiendo su pureza, por lo que era menester renovarlo tomándolo del altar de una divinidad relacionada con el fuego.

[498] Aunque ED. MEYER (*Geschichte des Altertums...*, III, § 39) consideraba este término como un préstamo babilonio, es posible que pueda relacionarse con el persa *agariya,* que significa «apropiado» (cf. E. BENVENISTE, *Bulletin de la Societé Linguistique de Paris* 47, págs. 32 y sigs.).

99 *Impresión causada en Susa por la derrota*

Pues bien, la llegada a Susa del primer mensaje [499], notificándoles que Jerjes era dueño de Atenas, produjo en los persas que se habían quedado en su patria una alegría tan sumamente grande que recubrieron con ramas de mirto todas las calles, quemaron sustancias aromáticas y la gente se entregó a feste-
2 jos [500] y diversiones. Pero la llegada, acto seguido, del mensaje los sumió en una consternación tal que todo el mundo se desgarró las vestiduras, y prorrumpió en gritos y lamentos interminables, echándole la culpa a Mardonio [501]. Y esa actitud de los persas no respondía tanto a su pesar por la pérdida de las naves como a su preocupación por la suerte del propio Jerjes.

---

[499] Cf. VIII 54.

[500] Sigo la conjetura de Valckenaer. De mantener la lectura de los manuscritos (*thysíēsi*), la traducción sería: «La gente se entregó a sacrificios [de acción de gracias] y...».

[501] Porque, entre los consejeros de Jerjes, había sido el principal partidario de la guerra contra Grecia (cf. nota VIII 141), que probablemente había sido exigida por el militarismo persa, descontento ante la política seguida por Jerjes en sus primeros años de reinado, más preocupado por cuestiones legislativas y religiosas que por emprender nuevas conquistas. Cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, pág. 248.

Jerjes, ante los consejos de Mardonio y Artemisia, decide retirarse dejando al primero en Grecia al frente de parte de las tropas

Este fue el estado de ánimo que reinó 100
en Persia durante todo el tiempo que medió hasta que la llegada del propio Jerjes tranquilizó a sus súbditos [502].

Entretanto Mardonio, al ver que Jerjes se sentía sumamente desolado por el resultado de la batalla naval, sospechaba que el monarca proyectaba huir de Atenas, de manera que, en su fuero interno, llegó a la conclusión de que iba a ser castigado, por haber inducido al rey a organizar una expedición contra Grecia [503], y de que más le valía arrostrar nuevos peligros, bien fuera para someter Grecia o para terminar gloriosamente su existencia, arriesgándose en aras de importantes objetivos (no obstante, se inclinaba más bien a creer que lograría someter Grecia [504]). Así pues, ante esas consideraciones, se dirigió a Jerjes en los siguientes términos [505]: «Señor, no te 2
aflijas ni en absoluto te sientas sumamente desolado por

---

[502] Dado que Jerjes permaneció un tiempo en Sardes (cf. IX 108), hay que entender que la intranquilidad de los persas duró hasta la llegada del monarca a Asia, no a Persia propiamente dicha.

[503] Cf. VII 5 y, especialmente, 9.

[504] En la *Historia*, la figura de Mardonio (que presenta rasgos negativos; cf. nota VIII 141) muestra una psicología lineal, arduamente empeñada en el sometimiento de Grecia, a diferencia de la de Jerjes, que es voluble y se halla condicionada por los avatares del momento. Cf. K. Reinhardt, «Herodots Persergeschichten», en *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, págs. 357 y sigs.

[505] Según observa A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 206), «come nel libro VII per la decisione di muovere guerra, così ora, per quella della ritirata, Erodoto ci mostra, attraverso i discorsi dei consiglieri di Serse, l' influenza delle forze esterne sulle decisioni del re. Ma, mentre nel libro VII il drammatico racconto dei capitoli iniziali (e poi di 45 sgg.) è caratterizzato dalle contraddittorie reazioni del re ai suggerimenti dei suoi diversi consiglieri, nel conflitto tra illuminazioni razionali

este suceso pasado: el desenlace definitivo de nuestra campaña no depende de unos maderos [506], sino de hombres y caballos. Además, ninguno de esos sujetos que creen haberlo conseguido ya todo va a desembarcar de sus naves para intentar oponérsete, y tampoco lo intentará nadie de este continente (quienes se opusieron a nosotros, recibie-
3 ron su merecido [507]). Por lo tanto, si lo estimas oportuno, ataquemos el Peloponeso sin pérdida de tiempo; si, por el contrario, opinas que debemos esperar, también podemos hacerlo. Sea como fuere, no te desanimes. Los griegos no tienen posibilidad alguna de evitar ser tus esclavos después de haber rendido cuentas de sus acciones presentes y pasadas. Lo mejor, por lo tanto, es que actúes como te digo. Pero, si resulta que has decidido retirarte al frente
4 de las tropas, en ese caso también tengo otro plan. Tú, Majestad, no conviertas a los persas en objeto de mofa para los griegos, pues tu situación no se ha visto en absoluto comprometida por culpa de los persas; es más, no podrías citar una sola ocasión en la que hayamos sido unos cobardes. Si lo han sido los fenicios, los egipcios, los chipriotas y los cilicios [508], el desastre de ahora no es en modo

---

e inquietanti interventi soprannaturali, qui l' immediata reazione di Serse agli avvenimenti, il suo impulso di fuga, serve univocamente come base per spiegare l' orientamento strategico decisivo per le sorti successive della guerra. Li vediamo Erodoto meditare sulle cause della guerra e sui principi primi dell' accadere storico, qui lo troviamo nell' atto di interpretare il senso di una vicenda particolare».

[506] Es decir, de las naves. Mardonio, en su condición de hombre de tierra adentro, desprecia las cuestiones navales (cf. Tucídides, IV 11, 4; Jenofonte, *Helénicas*, I 1, 24).

[507] Alusión a las Termópilas y, posiblemente, también a la toma de la Acrópolis (cf. VIII 51-53, y nota VIII 289).

[508] Un planteamiento similar al de Artemisia en VIII 68 γ (cf., además, nota VIII 349), con la única sustitución de los panfilios por los

alguno imputable a los persas. En suma, dado que los per- 5
sas no son responsables ante ti, hazme caso: si tienes pensado no permanecer en Grecia, regresa a tus dominios al frente del grueso de las tropas, que yo he de entregarte la Hélade esclavizada a condición de que pueda escoger a trescientos mil hombres de tu ejército[509]».

Considerándose libre de problemas[510], Jerjes se sintió 101
alegre y complacido al oír las palabras de Mardonio, así que le respondió que, después de haber deliberado sobre el particular[511], le haría saber por qué opción se decantaba. Y, cuando se hallaba deliberando con sus consejeros persas[512], decidió llamar también a consulta a Artemisia, dado que anteriormente[513] había sido, sin lugar a dudas,
la única en intuir lo que había que hacer. A su llegada, 2

---

fenicios (que, con ocasión de la batalla, han sufrido la cólera del monarca; cf. VIII 90), lo cual puede ser indicio del origen halicarnaseo de este pasaje, explicándose así que, entre los contingentes navales objeto de crítica, no figuren los jonios.

[509] La cifra, como siempre que Heródoto alude al ejército persa, es exagerada y refleja la impresión que dejó en los griegos la magnitud de la expedición de Jerjes. Probablemente Mardonio no se quedó en Grecia con mucho más de un tercio de las tropas; es decir, unos ochenta mil hombres, sin contar a sus aliados griegos (cf. nota VII 901, y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 267).

[510] Para la traducción, sigo la interpretación de W. Marg («Herodot über die Folgen von Salamis»..., pág. 203), en lugar de la de W. W. How, J. Wells (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 269), que sugieren «was pleased and glad [sc. Jerjes] so far as might be considering his past misfortunes».

[511] La actitud de Jerjes es meramente formal, para preservar su dignidad regia, dado que, como no había dejado de advertir Mardonio (cf. VIII 97, 2), ya había tomado una decisión irrevocable.

[512] El Consejo Real se hallaba integrado por siete miembros (cf. *Esdras,* VII 14-15; *Esther,* I 14), que asesoraban al monarca en cuestiones de particular importancia (cf., *supra,* VII 8).

[513] Cf. VIII 68.

Jerjes mandó salir a todo el mundo —tanto a los persas del Consejo como a su guardia personal [514]— y le dijo a Artemisia lo siguiente: «Mardonio me sugiere que me quede aquí y que ataque el Peloponeso, alegando que, ante mí, los persas y el ejército de tierra no son responsables de desastre alguno y que, para ellos, sería un placer poder
3 demostrarlo. Eso es, en suma, lo que me sugiere hacer. En otro caso, está personalmente dispuesto a entregarme la Hélade esclavizada a condición de poder escoger a trescientos mil hombres de mi ejército; y, en cuanto a mí, me sugiere regresar a mis dominios con el resto de las tropas.
4 Por consiguiente, y como quiera que me diste un buen consejo a propósito de la batalla naval que acaba de tener lugar, al tratar de que no la librase, aconséjame ahora qué plan debo seguir para que mi decisión sea realmente acertada».

102 Este fue el consejo que le pidió Jerjes; y, entonces, Artemisia le dijo lo siguiente: «Majestad, es difícil acertar a decirle lo más idóneo a una persona que pide un consejo [515]. No obstante, en las presentes circunstancias, consi-

[514] Pese a que esa medida del monarca podría explicarse por su deseo de no reconocer en público que una mujer había sido la única persona que había tenido razón con respecto a Salamina, y de evitar que se supiera que iba a pedirle su opinión, resulta difícil aceptar que Jerjes mandara salir al Consejo Privado ante la llegada de Artemisia. La fuente halicarnasea de Heródoto debió exaltar una entrevista entre Artemisia y Jerjes en la que éste le confió a sus hijos para que los llevara a Éfeso (cf. VIII 103).

[515] Como señala Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 104, nota 1), «à cause des événements fortuits, des caprices de la fortune (c' est à quoi fait allusion *tycheîn*), qui peuvent infirmer les prévisions les plus sages. En dépit du féminin *eípasan,* qu' Hérodote met dans la bouche d' Artémise de préférence à *eipónta* parce qu' elle est une femme, cette phrase, où ne figure ni un *toi* ni un *me,* me paraît être une constatation de portée générale, une 'sentence'».

dero que, por lo que a ti se refiere, debes regresar a tu patria y dejar aquí a Mardonio —si quiere hacerlo y se compromete a cumplir lo que ha dicho— con los soldados que desea. Pues, ante todo, si logra someter lo que, según 2
él, pretende subyugar y le sale bien el plan del que habla, el éxito, señor, te pertenece a ti, ya que lo habrán conseguido tus esclavos [516]. Pero, además, es que, si sucede lo contrario de lo que piensa Mardonio, no será ninguna catástrofe, dado que tú estarás a salvo, al igual que lo estará todo lo relativo a tu dinastía. De hecho, si tanto tú como 3
tu dinastía os encontráis a salvo, los griegos deberán arrostrar otras muchas campañas para salvarse. Y, en cuanto a Mardonio, de pasarle algo, carece de importancia: si los griegos lo vencen, su victoria será intranscendente, porque habrán matado a un esclavo tuyo. Por otra parte, tú te vas a marchar después de haber incendiado Atenas, que era el objetivo por el que organizaste la expedición [517]».

103 Como es natural, Jerjes se sintió complacido con el consejo, pues lo que le decía Artemisia coincidía plenamente con lo que él mismo pensaba (en mi opinión, aunque todo el mundo —hombres y mujeres— le hubiese aconsejado quedarse, el monarca no lo habría hecho; tan aterrorizado estaba).

Colmó, pues, de elogios a Artemisia y le ordenó que se dirigiera a Éfeso [518] con sus hijos, dado que lo habían acompañado algunos de sus bastardos [519].

---

[516] Cf. nota VIII 126. Independientemente de su rango, todos los súbditos del Imperio eran meros esclavos del rey. Cf. C. HUART, *La Perse antique*, París, 1925, págs. 88-89.

[517] Cf. VII 8 β, 2.

[518] Una de las más importantes localidades de Jonia, a orillas del Egeo, junto a la desembocadura del río Caístrio. Constituía el puerto terminal de la importante ruta occidental del Imperio, que unía Susa con

104 *Digresión sobre el eunuco Hermotimo*

Para velar por sus hijos hizo que fuera con ellos Hermotimo, que era natural de Pedasa [520] y que, ante el monarca, no figuraba entre sus eunucos de segundo rango [521]. [Por cierto que los pedaseos residen al norte de Halicarnaso. Y resulta que, en su país, se produce el siguiente fenómeno: cuando a todas las poblaciones vecinas de dicha ciudad va a ocurrirles, al cabo de cierto tiempo, algún percance, justo en ese momento a la sacerdotisa local de Atenea le crece una poblada barba, cosa que ya les ha sucedido dos veces [522].

Sardes a lo largo de casi 2.400 km. (cf. V 52 y sigs.). Artemisia se dirigió, pues, a Asia por mar. El que Jerjes lo hiciera por tierra (cf. VIII 113 y sigs.) debió de estar motivado por razones políticas: hubiera resultado impopular haber abandonado a su suerte a las tropas durante su retirada (cf. A. T. Olmstead, *History Persian Empire...*, pág. 255).

[519] Para Heródoto, la única esposa legítima de Jerjes era Amastris (cf. VII 61, 2; 114, 2), con quien tuvo tres hijos varones: Darío (cf. IX 108), Artajerjes (cf. VII 106, 1; 151) e Histaspes. Estos bastardos eran, pues, hijos de otras mujeres y debieron de ser enviados a Asia con Artemisia a causa de su corta edad.

[520] Localidad de Caria, a orillas del Golfo de Yaso, situada a unos 5 km. al N. de Halicarnaso.

[521] Lítote para poner de relieve la preeminencia de Hermotimo sobre los demás eunucos de Jerjes (cf. VIII 105, 2 *ad fin.*), utilizando una metáfora propia de los certámenes atléticos (cf. *Ilíada*, XXIII 537).

[522] Todo el texto que figura entre corchetes rectos (hasta el comienzo del capítulo 105) debe tratarse de una glosa (a partir de I 175, pasaje en el que se cuenta el mismo fenómeno), pues, como señaló H. Stein (*Herodotos. Buch VIII...*, pág. 82), hay suficientes datos para afirmar el carácter espurio del mismo: la información se adecua mejor tal y como aparece en el libro I; Estrabón, 611, al citar el fenómeno que experimentaba la sacerdotisa, afirma (igual que Heródoto en I 175) que se había producido tres veces, y no dos (la cifra aquí citada puede deberse a un *lapsus memoriae* del anotador); el estilo de este pasaje no es genuinamente herodoteo (al margen de hechos estrictamente lingüísticos, se alude

Como digo, Hermotimo era originario de Pedasa.] 105
Este individuo, que nosotros sepamos, fue, sin lugar a dudas, la persona que con mayor saña se vengó de un ultraje que había sufrido [523]. Resulta que fue capturado por el enemigo [524] y puesto a la venta, comprándolo Panionio de Quíos [525], un sujeto que se ganaba la vida con el más abominable de los oficios: solía adquirir muchachos apuestos, los castraba y los llevaba a Sardes y a Éfeso [526], don-

---

a los vecinos de los de Pedasa con el término *amphyktyôn*, que en Heródoto designa a los miembros de la anfictionía pileo-délfica; cf. II 180, 1; V 62, 2; VII 200, 2; 213, 2; 228, 4).

[523] Pese a que la venganza (el argumento predominante en esta digresión sobre Hermotimo) es un tema importante en la *Historia*, al permitir situar los diferentes niveles de causalidad presentados en la obra (cf. J. De Romilly, «La vengeance comme explication historique dans l' oeuvre d' Hérodote», *Revue Études Grecques* 84 [1971], págs. 314 y sigs.), no debe verse una alusión a Jerjes en la figura del agresor de Hermotimo (que, según eso, se identificaría con Grecia). Posiblemente nos encontramos ante una *fabula milesia* (cf. W. Aly, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1969 (= 1921), páginas 187-189).

[524] Aunque la revuelta de Jonia, que tuvo lugar entre 498 y 494 a. C., podría haber sido el momento del apresamiento de Hermotimo, el que, en VI 25, 2, Heródoto afirme que algunas ciudades de Caria se sometieron voluntariamente a los persas (cf., además, VI 20, y nota VI 87) induce a pensar en una acción de piratería (cf. Tucídides, I 5, sobre la práctica habitual de la piratería en época arcaica).

[525] Isla del Egeo oriental, de 904 km^2 de extensión, colonizada por jonios y que debía de constituir un importante centro de comercio de esclavos (cf. Tucídides, VIII 40, 2; Ateneo, 265 y sigs.).

[526] Tanto por la importancia de los mercados en ambas ciudades (sobre Sardes, la capital de Lidia, cf. nota III 456), dada su situación en la ruta real occidental (cf. V 52 y sigs.), como debido a que el templo de Cibele, en Sardes (cf. V 102, 1, y nota V 507), y el de Ártemis, en Éfeso, contaban con sacerdotes eunucos (cf. Juvenal, VIII 176; Estrabón, 641).

de los vendía a elevado precio, ya que, entre los bárbaros,
2 los eunucos, por la absoluta confianza que inspiran [527], son más caros que los esclavos dotados de sus atributos masculinos. Pues bien, entre los muchos jóvenes a quienes Panionio, dado que vivía de ese oficio, había castrado, figuraba asimismo el citado Hermotimo. Este último, sin embargo, no fue un desdichado en todas las facetas de la vida: llegó desde Sardes a la corte del rey incluido entre otros presentes y, andando el tiempo, se convirtió en el eunuco favorito de Jerjes.

106 Mientras el monarca, con ocasión de lanzar al ejército persa contra Atenas, se hallaba en Sardes [528], Hermotimo bajó, para resolver determinado asunto, a una zona de Misia [529] que ocupan los de Quíos y que recibe el nombre
2 de Atarneo [530], y allí se encontró con Panionio. Al re-

---

[527] Los eunucos desempeñaban en Persia, como lo habían hecho en Asiria (pese a que JENOFONTE, *Ciropedia,* VII 5, 58-65, atribuye a Ciro el empleo de eunucos por vez primera, su utilización debe de remontarse a época babilonia; cf. III 92, 1, y HELÁNICO, fr. 178c, *F. Gr. Hist.* 4), el papel de servidores de confianza (cf., *supra,* I 117, 5). Aunque CTESIAS (*Persiká* 5 y 9) menciona la influencia que algunos eunucos ejercieron sobre Ciro y Cambises, su preponderancia parece ser que comenzó con el reinado de Jerjes (cf., *infra,* IX 108; y E. MAASS, *Rheinisches Museum* 74 [1925], págs. 432 y sigs.).

[528] Durante el invierno de 481/480 a. C. Cf. VII 37, 1.

[529] Región sita en la zona noroccidental de Anatolia, entre Lidia y la Tróade (cf. VII 42, 1). En el texto griego se dice que Hermotimo «bajó» hasta allí pues se dirigió desde Sardes, tierra adentro, hasta la costa.

[530] A orillas del Egeo, frente a la isla de Lesbos. Se trataba de una comarca cerealista (cf. VI 28, 2; ESTRABÓN, XIII 4, 1), que ayudaría a la alimentación de los habitantes de Quíos, pues la isla contó siempre con excedente de población (cf. TUCÍDIDES, VIII 40, 2). Los quiotas se hicieron con Atarneo en tiempos de la sublevación del lidio Pactias (cf. I 160, 4), y todavía eran dueños del territorio en 398 a. C. (cf. JENOFONTE, *Helénicas,* III 2, 11).

conocerlo, se dirigió a él con palabras particularmente corteses [531]: ante todo, le enumeró la cantidad de privilegios que, gracias a él, poseía, y, acto seguido, le prometió una serie de favores que, en reciprocidad, le dispensaría, si se establecía en aquella zona con sus familiares, de ahí que Panionio aceptara gustoso su proposición, trasladando hasta allí a sus hijos y a su mujer. Pero el caso es 3
que, cuando Hermotimo lo tuvo a su merced en compañía de toda su familia, le dijo lo siguiente: «¡Mercader que te has labrado tu posición con el más abominable de los oficios que, sin lugar a dudas, hay en el mundo! A ti, o a alguno de los tuyos, ¿qué daño te hice yo?, ¿qué daño te hizo alguno de los míos [532], para que, del hombre que era, me convirtieras en una ruina? ¡Creías que tu iniquidad de entonces iba a pasar inadvertida a los dioses! Ellos son quienes, con su justo proceder, te han puesto en mis manos por la infamia que cometiste, así que no vas a quedar descontento del castigo que voy a imponerte». Tras 4
estos reproches que le dirigió, hizo que comparecieran los hijos de Panionio, que eran cuatro, y este último se vio obligado a castrar a sus propios hijos, cosa que hizo ante la coacción de que era objeto [533]. Y, una vez que lo hubo realizado, sus hijos se vieron obligados a castrarlo a él. Así fue, en definitiva, cómo la venganza, personificada en Hermotimo [534], alcanzó a Panionio.

---

[531] Literalmente, «le dijo muchas y amistosas palabras». Heródoto está sustituyendo la intensidad por la cantidad (cf. *Ilíada*, I 35, donde Crises ruega «muchas veces» a Apolo, en lugar de rogar fervientemente), un rasgo típico del estilo arcaico.

[532] O, según la lectura que presentan algunos manuscritos, «¿qué daño te hizo algún antepasado mío...?», con lo que Hermotimo estaría precisando que, por culpa de Panionio, no podía tener descendencia.

[533] Sin duda Panionio fue torturado. Cf. nota III 647.

[534] Sigo la interpretación de R. W. Macan (*Herodotus. The seventh,*

La escuadra persa zarpa de Falero

107 Después de haberle confiado sus hijos a Artemisia para que los condujera a Éfeso, Jerjes llamó a Mardonio y le ordenó que eligiese los soldados que quisiera y que procurase que sus resultados respondieran a sus palabras. Todo eso, y no más, fue lo que ocurrió durante aquel día [535].

Por la noche, los almirantes, a instancias del monarca, hicieron que sus naves abandonasen Falero para, a la máxima velocidad posible, regresar al Helesponto [536], a fin de custodiar los puentes flotantes, de manera que el rey pu-
2 diera atravesarlos. Y por cierto que, cuando, en el curso

eighth..., I, pág. 523: «vengeance in the person of Hermotimos laid hands on Panionios»), que considera que en el texto hay una hendíadis. Como observa PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 106, nota 5), «*Tísis* [i.e., la venganza] désigne ici la vindicte des dieux, qui n' ignorent pas les méfaits de Panionios; de cette vindicte divine, Hermotimos, en se vengeant pour son compte, est l' instrument humain». En general, vid. J. KROYMANN, «Götterneid und Menschenwahn. Zur Deutung des Schicksalsbegriffs im frühgriechischen Geschichtsdenken», *Saeculum* 21 (1970), págs. 166 y sigs.

535 Aparentemente se trata del mismo día en que se libró la batalla de Salamina (y así lo interpreta, por ejemplo, G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 708, nota 2), dado que el historiador no ha aludido, desde VIII 83, 1, a ninguna nueva noche. No obstante, las medidas adoptadas por Jerjes para enmascarar su retirada (cf. VIII 97), el desembarco de las dotaciones egipcias, que fueron incorporadas al ejército de tierra (cf. IX 32, 2), y las conversaciones del monarca con sus consejeros permiten suponer que entre el día de la batalla y el de la partida de la flota transcurrió mas tiempo del que se infiere del relato de Heródoto.

536 Cf. VIII 117, 1. Pese a que el historiador no indica la ruta seguida por la flota persa, es indudable que no regresaría costeando Grecia y Tracia, como hizo a la ida. Probablemente se dirigió a Asia (cf. VIII 130) por la ruta Cícladas-Icaria-Samos.

de su singladura, se encontraban cerca de Zoster [537], como quiera que en esa zona de la costa penetran en el mar unos pequeños promontorios, los bárbaros creyeron que se trataba de navíos y, durante un buen trecho, se dieron a la fuga; no obstante, al cabo de cierto tiempo, se percataron de que no eran naves, sino unos promontorios, y continuaron la travesía agrupados.

La flota griega en persecución de la persa. Campaña de los aliados en las Cícladas

Cuando, al rayar el día, los griegos 108
vieron que el ejército de tierra enemigo permanecía en sus posiciones, supusieron que la flota se encontraba también en las inmediaciones de Falero [538] y, en la creencia de que los bárbaros presentarían batalla con sus naves, se prepararon para rechazar su ataque [539]. Pero, en cuanto se enteraron de que su flota se había marchado, decidieron perseguirla sin perder un instante. Se lanzaron, pues, en persecución de la fuerza naval de Jerjes hasta Andros [540], mas, como no la avistaron, al llegar a dicha isla mantuvieron un cambio de impresiones.

---

[537] Un importante Cabo del Ática, a unos 20 km. al SE. de Falero (cf. ESTRABÓN, 398; y ED. MEYER, *s.v.* «Zoster», *R.E.*, X A, cols. 848 y sigs.). En él se alzaba un templo dedicado a Leto, Apolo y Ártemis, ya que su nombre se debía a que fue allí donde Leto, al sentir los dolores del parto en que alumbró a Apolo y Ártemis, se quitó el cinturón (en griego, *Zōstḗr*) que ceñía su ropa (cf. PAUSANIAS, I 31, 1).

[538] Allí se había retirado la flota de Jerjes tras la batalla (cf. VIII 92, 2). El ejército persa, por otra parte, permanecía apostado en la costa del Ática de acuerdo con las directrices de apoyo a la flota que había recibido (cf. nota VIII 359), pese a que el historiador entendió erróneamente su maniobra de avance hacia Mégara (cf. VIII 71, 1).

[539] Los griegos, pues, estaban lejos de imaginar que habían obtenido una victoria decisiva (cf. A. T. OLMSTEAD, *History Persian Empire...*, pág. 255).

[540] Pese a que R. W. MACAN (*Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pági-

2 Pues bien, Temístocles se mostró partidario de perseguir a la flota enemiga, pasando por las islas, para, acto seguido, poner proa rumbo al Helesponto a fin de destruir los puentes [541]. Euribíades [542], sin embargo, se opuso a su plan, alegando que, si destruían los puentes flotantes, con semejante medida le causarían a Grecia la mayor de todas
3 las desgracias [543]: si el Persa —agregó—, por hallarse bloqueado, se veía obligado a quedarse en Europa, inten-

---

na 524) considera que «it would have been quite impossible for the Greeks to leave Salamis, while the king's land-forces were in occupation of Attica, even if no visible threat of an assault upon Salamis... was in being», es indudable que la retirada de la flota persa hacía que el peligro de un posible ataque contra Salamina fuera mínimo, por lo que pudo quedar protegida con un reducido número de naves. Sobre Andros, cf. nota VIII 331.

[541] El plan de Temístocles comprendía probablemente dos objetivos diferentes que el historiador unificó en uno solo: conseguir que las islas filopersas se pasasen al bando aliado (repitiendo la estrategia adoptada por Milcíades en primavera del año 489, al atacar Paros; cf. VI 132 y sigs., y D. W. Knight, «Athenian politics 510 to 478 B. C.», *Some Studies in Athenian politics in the fifth century B. C.*, Wiesbaden, 1970, págs. 13 y sigs.), y perseguir a la flota persa para obligarla a refugiarse en sus bases de Asia Menor y así tener vía libre a fin de dirigirse al Helesponto.

[542] Pese a que Plutarco (*Temístocles* 16, 2-4; *Arístides* 9, 5) afirma que fue Arístides quien se opuso al plan de Temístocles (sin duda por el deseo del biógrafo de contraponer los caracteres de ambos personajes), resulta verosímil la intervención de Euribíades, enmarcada dentro de la tradicional política lacedemonia de no realizar campañas excesivamente lejos de su territorio (cf., *supra,* V 50, 3; Tucídides, I 70; y G. L. Huxley, *Early Sparta,* Londres, 1962, págs. 28 y sigs.), teniendo en cuenta, además, la avanzada época del año (primeros de octubre) en que se desarrollaron los hechos, que no hacía segura la navegación.

[543] Cf., en el mismo sentido, Diodoro, XI 19, 5-6; Frontino, *Strat.*, II 6, 8; Aristodemo, I 7; Nepote, *Temístocles* 5; Justino, II 13, 5; Polieno, I 30, 4; y escolio a Elio Arístides, III 615.

taría no permanecer inactivo, pues, de hacerlo, su situación no podría mejorar lo más mínimo y no se le presentaría posibilidad alguna de regresar a su patria, con lo que sus tropas morirían de hambre. En cambio, si tomaba la iniciativa y lo hacía con decisión, podría ser que toda Europa, ciudad tras ciudad y nación tras nación, abrazase su causa, unas porque, sin lugar a dudas, serían conquistadas, otras porque, antes de serlo, pactarían con él [544]; y, además, para alimentarse, las tropas dispondrían periódicamente de la cosecha anual de Grecia. Él, sin embargo, 4
estaba convencido de que el Persa, tras su derrota en la batalla naval, no se quedaría en Europa, por lo que había que dejarlo huir, hasta que, en su retirada, llegase a su patria; que, a partir de entonces —les sugirió—, la lucha se entablaría por la posesión de sus dominios [545]. Y los generales del resto de los peloponesios eran, asimismo, de dicha opinión.

Cuando Temístocles comprendió que, desde luego, no 109
iba a poder convencer a la mayoría para zarpar con rumbo al Helesponto, cambió de actitud y, dirigiéndose a los atenienses [546] (pues estos últimos eran quienes más indignados estaban con la huida de los bárbaros y se hallaban dispuestos a zarpar con rumbo al Helesponto, aunque fue-

[544] Cf. nota III 66.

[545] Esta sugerencia de Euribíades debe de tratarse de un anacronismo, ya que la idea de llevar la guerra contra los persas al propio continente asiático no empezó a cobrar cuerpo entre los griegos hasta los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Médica. Cf. A. H. Jackson, «The original purpose of the Delian League», *Historia* 18 (1969), págs. 12 y sigs.

[546] En el texto griego aparece una sola forma verbal (el participio *metabalón*) que traduzco con valor praegnante por el sentido de cambio espacial y psicológico que tiene este verbo en Heródoto (cf. VII 52, 1; VIII 22, 3; IX 6).

ra por su cuenta y riesgo, si los demás no querían hacer-
2 lo [547]), les dijo lo que sigue: «Yo, personalmente, me he
encontrado ya en muchas ocasiones (y, además, he oído
decir que semejante circunstancia se ha repetido con fre-
cuencia) con que soldados que habían resultado derrota-
dos, al verse sumidos en una situación desesperada, reanu-
daban las hostilidades y reparaban su anterior flaqueza.
Por eso, dado que nos hemos encontrado —tanto nosotros
mismos como la Hélade— con un éxito inesperado [548], al
rechazar a un cúmulo tan grande de soldados, no persiga-
3 mos a un enemigo que se da a la fuga. Pues esa hazaña
no la hemos realizado nosotros, sino los dioses y los hé-
roes [549], que veían con malos ojos [550] que una sola perso-

[547] Inmediatamente después de Salamina nos encontramos ya con las primeras discrepancias estratégicas entre atenienses y lacedemonios, al enfrentarse el deseo de sostener una guerra ofensiva, aprovechando la victoria naval conseguida gracias a la unidad de intereses de ambos Estados, a la prudente política defensiva preconizada por Esparta. En esa discrepancia está el germen de la ruptura de la alianza que comenzará a aflorar tras Mícala (c. IX 106, 3 y sigs.) y que acabará desembocando en la Guerra del Peloponeso. Cf. D. KAGAN, *The outbreak of the Peloponnesian War,* Londres, 1969, págs. 9-74; y F. SCHACHERMEYR, *Forschungen und Betrachtungen zur griechischen und römischen Geschichte* (cap. X: «Sparta und Athen nach den Perserschlachten»), Viena, 1974, págs. 139 y sigs.

[548] Literalmente, «dado que hemos encontrado un éxito inesperado: a nosotros mismos y a la Hélade» (victoriosos, se entiende). Interpreto *hēméas te autoùs kaì tḕn Helláda* como aposición a *heúrēma,* pese a que la mayoría de los críticos (cf., por ejemplo, PH. E. LEGRAND [*Hérodote. Livre VIII...,* pág. 109], que traduce «... nous, qui, par un succès inattendu, nous sommes sauvés, nous-mêmes et la Grèce») considera la expresión *heúrēma heurḗkamen* como una perífrasis verbal.

[549] Cf. nota V 204, y M. P. NILSSON, *Geschichte griech. Religion* I, Munich, 1955, págs. 184-191, y 715-719.

[550] Nuevamente nos encontramos (cf., por ej., I 28 y sigs., para la entrevista entre Solón y Creso) con la formulación del *phthónos* (= «en-

na imperara sobre Asia y Europa; una persona, impía y criminal, a la que lo mismo le daban los santuarios que las casas particulares, que quemó y derribó de sus pedestales las imágenes de los dioses [551], y que hasta hizo azotar al mar y le echó unos grilletes [552]. Así pues, como quiera 4 que, en estos instantes, nuestra situación es satisfactoria, quedémonos de momento en Grecia y ocupémonos de nosotros mismos y de nuestros familiares: que cada cual, después de haber rechazado definitivamente al Bárbaro, reconstruya su casa y se consagre con ardor a las faenas de la siembra. Y, cuando llegue la primavera, ¡hagámonos a la mar, rumbo al Helesponto y a Jonia [553]!» Esto fue 5 lo que dijo con ánimo de granjearse una deuda de gratitud ante el Persa, a fin de que, si alguna vez era víctima de

vidia») de los dioses, último estadio de la doctrina de la *hýbris*. Cf. nota VIII 396, y J. NAWRATIL, «Θεῖον ταραχῶδες», *Philologische Wochenschrift* 60 (1940), págs. 125 y sigs. Como puede observarse, en esta ocasión Temístocles insiste en la providencial intervención divina, a diferencia del discurso pronunciado antes de la batalla de Salamina (cf. VIII 60 γ), donde hacía hincapié en la capacidad humana para adoptar decisiones acertadas.

[551] Como ocurrió en Abas y en la propia Atenas (cf. VIII 33; 53, 2; ESQUILO, *Persas* 809 y sigs.). Algunos templos no fueron reconstruidos (cf. LICURGO, *Contra Leócrates* 81; PAUSANIAS, X 35, 2), pese a que, según PLUTARCO (*Pericles* 17), este estadista intentó convocar, a mediados del siglo v, un congreso panhelénico para tratar, entre otros temas, ese asunto. No obstante, hoy en día se considera que dicha medida de Pericles no es histórica; cf. C. SCHRADER, «El Decreto del Congreso y el fr. 153 de Teopompo», *Cuadernos de Investigación* I (1975), págs. 77 y sigs.

[552] Cf. VII 35, 1; y nota VII 211.

[553] Las palabras de Temistocles tienen como única finalidad (cf. el comienzo del capítulo siguiente) apaciguar a los atenienses y evitar que se rompa la unidad de la flota griega, ya que todavía no se había decidido la estrategia a seguir, por tierra, por parte de los griegos. Cf. F. MILTNER, «Das Themistokles Strategie», *Klio* 31 (1938), págs. 219 y sigs.

algún atropello por parte de los atenienses, pudiera contar con un refugio, cosa que, en efecto, llegó a producirse [554].

110 Con estas palabras Temístocles pretendía engañar a los atenienses [555]. Y el caso es que estos últimos se dejaron convencer, pues, como antaño ya tenía fama de ser una persona astuta y acababa de demostrar palpablemente su astucia y su sensatez [556], estaban dispuestos a creer a rajatabla lo que dijera.

2 En cuanto hubo persuadido a los atenienses, Temístocles, acto seguido, envió, a bordo de una embarcación, a unos hombres de su confianza (entre ellos volvía a figurar, asimismo, su criado Sicino), seguro de que, aunque fuesen sometidos a todo tipo de torturas, no revelarían lo que, personalmente, les había ordenado decir al rey. Cuando los emisarios arribaron al Ática, todos se quedaron en la embarcación salvo Sicino, que subió a ver a Jerjes y le

---

[554] Temístocles fue ostraquizado (cf. nota VIII 293) probablemente en el año 471/470 a. C. (cf. R. Lenardon, «The Chronology of Themistokles' Ostracism and Exile», *Historia* 8 [1959], págs. 23 y sigs.), por oponerse a la política filoespartana de Cimón, y acabó refugiándose en la corte persa hacia el año 465 (cf. Tucídides, I 135-138; Plutarco, *Tem.* 27 y sigs.), donde el monarca le concedió el gobierno de Magnesia del Meandro, cerca de Éfeso, y otras ciudades (cf. Nepote, *Tem.* 10, 3; Diodoro, XI 57, 7; Estrabón, XIII 1, 12; XIV 1, 10; Aristodemo 10, 6; Libanio, XV 40; Elio Arístides, II 292). En general, vid. F. J. Frost, *Plutarch's Themistocles...*, págs. 186-187, y 197 y sigs.

[555] Todas las fuentes antiguas coinciden en resaltar la astucia de Temístocles. Cf., *infra*, VIII 124; Tucídides, I 138; Plutarco, *Tem., pássim;* y F. Schachermeyr, «Das Bild des Themistokles in der antiken Geschichtsschreibung», *XII^e^ Congrès International des Sciences Historiques,* Viena, 1965, IV, págs. 81 y sigs.

[556] Con ocasión de las deliberaciones que habían precedido a la batalla de Salamina y en las que Temístocles había abogado por que la flota no se replegara rumbo al Istmo (cf. VIII 56 y sigs.).

dijo lo siguiente: «Me ha enviado Temístocles, hijo de Neocles[557], general de los atenienses y la persona más audaz y astuta de todos los aliados, para decirte que él, Temístocles de Atenas, con el deseo de hacerte un favor, ha contenido a los griegos, que deseaban perseguir tu flota y destruir los puentes del Helesponto. Así que ahora puedes ponerte en marcha con toda tranquilidad[558]». 3

Una vez transmitido este mensaje, los emisarios retornaron a su punto de partida. 111

Entretanto los griegos, después de haber renunciado a seguir persiguiendo, mar adentro, a la flota de los bárbaros y a poner proa al Helesponto para destruir los puentes, asediaron Andros[559] con ánimo de arrasarla. Resulta que 2
los andrios fueron los primeros isleños[560] que se negaron

---

[557] Cf. notas VII 2 y 694.

[558] La tradición sobre este segundo mensaje enviado por Temístocles difiere según las fuentes y, en general, no se considera histórico. Mientras que Diodoro (XI 19, 5) y Justino (II 13, 5) coinciden con Heródoto al afirmar que su portador fue Sicino (cf. nota VIII 382), Plutarco (*Tem.* 16, 5) y Polieno (I 30, 4) cuentan que el emisario fue un eunuco de Jerjes, llamado Arnaces, al que los griegos habían capturado. Además, en estos últimos autores no hay alusión alguna a una traición de Temístocles a la causa griega, ya que éste habría enviado el mensaje (desde Salamina, y no desde Andros como indica Heródoto) para conseguir la rápida retirada de Jerjes (cf., en el mismo sentido, Ctesias, fr. 13a, *F. Gr. Hist.* 688). Probablemente este segundo mensaje constituye un doblete del primero (cf. VIII 75) y pudo haber sido ideado por los adversarios políticos de Temístocles para mancillar su actuación de Salamina (cf. J. Wolski, «L' influence des guerres médiques sur la lutte politique en Grèce», *Eirene* 9 [1971], págs. 641 y sigs.), a pesar de que a él aluda Tucídides en I 137, 4.

[559] La ciudad de Andros, en la costa occidental de la isla, que tenía su mismo nombre. La flota griega desembarcaría gran parte de sus efectivos para proceder al asedio por tierra.

[560] Cf. nota VII 470.

a entregar el dinero que les fue exigido por Temístocles [561]. Es más, cuando Temístocles, a modo de consideración, adujo que los atenienses [562] se habían presentado acompañados de dos poderosas divinidades, *Persuasión* y *Coacción* [563], de manera que forzosamente debían entregarle dinero, los andrios, ante sus manifestaciones, le respondieron diciendo que, desde luego, con razón era Atenas una ciudad poderosa y próspera, teniendo en cuenta que hasta
3 gozaba de divinidades serviciales. Dado que, por su parte, carecían de tierras hasta límites verdaderamente extremos y que dos divinidades poco serviciales, *Pobreza* e *Incapacidad* [564], no abandonaban su isla, sino que residían allí per-

---

[561] Indudablemente la demanda de dinero constituía una multa, impuesta, con carácter oficial, por los aliados a los Estados que se habían alineado con los persas (cf. VIII 66, 2), a fin de utilizar las sumas recaudadas para poder pagar y mantener a las dotaciones de la flota griega. La historia que cuenta Heródoto (cf., asimismo, VIII 4, 2, y nota VIII 26) es producto de la tradición antitemistoclea existente en la Atenas de su época (cf. G. Gottlieb, *Das Verhältnis der ausserherodoteischen Überlieferung zu Herodot...*, págs. 105 y sigs.).

[562] Dado que Temístocles habla como si sólo los atenienses estuvieran asediando Andros, es posible que en el episodio tengamos un reflejo del tipo de argumentación utilizado por Atenas en su recaudación de dinero a los aliados una vez creada la Liga delo-ática (cf. Tucídides, II 69, 1; III 19; IV 50, 1; 75, 1; etc.; y A. French, «The tribute of the allies», *Historia* 21 [1972], págs. 1 y sigs.).

[563] La divinización de conceptos abstractos (cf., por ej., Semónides, fr. 7 Diehl; Esquilo, *Coéforos* 58 y sigs.; Sófocles, *Electra* 179) es típica del pensamiento teológico. La *Persuasión* (en griego, *Peithṓ)* ya aparece personificada en Hesíodo, *Trabajos* 73; *Teogonía* 349. En Plutarco [*Tem.* 21, 2], *Anankaíē* (= *Coacción*) es sustituida por *Bía,* con el mismo significado. Vid., asimismo, H. Usener, *Götternamen. Versuch einer Lehre von der religiösen Begriffsbildung,* Francfort, 3.ª ed., 1948, págs. 364 y sigs.

[564] En la actualidad Andros es una de las más fértiles y prósperas de las Cícladas, aunque parece ser que en la Antigüedad la zona oriental

manentemente, ellos —concluyeron—, como contaban con el patronazgo de esas divinidades, no le iban a entregar dinero, pues el poderío de los atenienses nunca sería superior a su propia impotencia[565]. Esta fue, en suma, la respuesta de los andrios que, al no entregar dinero, se vieron sitiados.

112 Por otra parte Temístocles, cuya codicia no conocía freno, envió, por mediación de los mismos emisarios a quienes ya utilizara para comunicarse con el rey[566], mensajes amenazadores a las demás islas[567] y les exigió dinero, indicándoles que, si no le entregaban lo que les pedía, acudiría al frente de la flota griega[568], para sitiarlas y arrasarlas. Merced a esas amenazas, reunió elevadas sumas que 2

de la isla —la más feraz— no era explotada, probablemente porque carece de puertos. Es destacable la ironía de la respuesta de los andrios que, a las divinidades atenienses, oponen una pareja divina ya consagrada en la tradición poética (cf. ALCEO, fr. 364, E. M. VOIGT, *Sappho et Alcaeus. Fragmenta,* Amsterdam, 1971). En PLUTARCO, *Tem.* 21, 2, en lugar de *Amechaníē* (= Incapacidad) aparece *Aporía,* su sinónimo en prosa.

[565] Los andrios concluyen su respuesta con la misma sentencia formulada por los tesalios en VII 172, 3.

[566] O «con los andrios», según la lectura que presentan otros manuscritos, lo que confirmaría el carácter oficial de su misión, que habría sido decidida por los aliados. Sobre la fortuna personal de Temístocles, que al parecer fue cuantiosa, cf. ELIANO, *Hist. Var.*, X 17, y J. K. DAVIES, *Athenian Propertied Families,* Oxford, 1971, pág. 20.

[567] A excepción, como es lógico, de las que habían combatido al lado de los griegos (cf. VIII 46).

[568] Heródoto presenta a Temístocles como si tuviese en sus manos el control de la flota aliada, lo que es una prueba más del carácter tendencioso de la historia. Como señala C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 241), «the authentic tradition of the events that followed the arrival of the Greeks at Andros has been contaminated in Herodotus with untrustworthy items derived ultimately from the Themistokles legend».

le entregaron los caristios y los parios [569], quienes, al tener noticias de que Andros se hallaba sitiada por haber abrazado la causa de los medos [570], y de que Temístocles era el general de mayor prestigio, se atemorizaron por todo ello y le enviaron dinero. Por cierto que no puedo precisar si realmente hubo otros isleños que le dieron dinero, pero, en mi opinión, sí que hubo otros que lo hicieron, y no
3 sólo los que he citado. Sea como fuere, el caso es que no por ello pudieron los caristios retrasar su desgracia [571]; en cambio los parios consiguieron propiciarse [572] a Temístocles con dinero y evitaron el ataque de la flota. En definitiva que Temístocles, tomando Andros como base de operaciones, obtenía dinero de los isleños a espaldas de los demás generales.

---

[569] Los habitantes de Caristo, en el S. de Eubea (cf. nota VIII 331), habían reforzado la flota persa después de los enfrentamientos navales de Artemisio (cf. VIII 66, 2). Los parios, por su parte, habían adoptado una actitud ambigua (cf. VIII 67, 1, y nota VIII 333).

[570] Que era la verdadera razón de la expedición de la flota griega a las Cícladas. Cf. H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus...*, pág. 140.

[571] Cf., *infra*, VIII 121. Probablemente los caristios no pudieron satisfacer en su totalidad la multa que les impusieron los aliados.

[572] Heródoto se expresa irónicamente, ya que el verbo que aparece en griego (*hilasámenoi)* se emplea para denotar la actitud de un hombre hacia una divinidad (cf. I 50, 1; 67, 2; etc.). Y lo hace porque, en el capítulo anterior, Temístocles había alardeado de contar con el apoyo de dos divinidades. Paros era la isla del archipiélago de las Cícladas que, en tiempos de la Liga delo-ática, pagaba el tributo más elevado (cf. B. D. Meritt, «Tribute Assessments of the Athenian Empire from 454 to 440 B. C.», *American Journal Archaeology* 29 [1925], págs. 247 y sigs.).

Mardonio decide invernar en Tesalia. Retirada de Jerjes

113 Entretanto, Jerjes y sus tropas aguardaron unos cuantos días [573], tras haber librado la batalla naval, y abandonaron el Ática, en dirección a Beocia, por el mismo camino [574]. Resulta que Mardonio había estimado oportuno acompañar al monarca, considerando, además, que aquella época del año era inadecuada para las operaciones militares, por lo que resultaba preferible invernar en Tesalia [575] para, posteriormente —a la primavera siguiente—, atacar el Peloponeso.

2 Al llegar a Tesalia fue cuando Mardonio escogió, en primer lugar, a todos los persas que reciben el nombre de «Inmortales» [576], a excepción de su jefe Hidarnes [577] (pues este último se negó a abandonar al rey); acto seguido escogió, de entre el resto de los persas, a los que iban provistos

[573] Jerjes debió de abandonar el Ática tres o cuatro días después de la batalla de Salamina; es decir, el 1 o 2 de octubre del año 480 (para la cronología, cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 452, que incluye bibliografía crítica).

[574] Es decir, por el mismo camino por el que había llegado. Sobre las rutas seguidas por el ejército persa en su avance sobre el Ática, cf. nota VIII 260.

[575] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 266), «the Attic country-side had been so devastated that it was impossible to remain there for the winter, and the main body of the army of occupation retired as far north as Thessaly and Macedonia, where supplies would be adequate; presumably garrisons of Persian and allied troops were left behind in Central Greece, at Thermopylai and other important places, including the cities of Boiotia».

[576] Las tropas de élite, integradas por persas, medos y elamitas, que sumaban diez mil hombres (cf. VII 41, 1; 83, 1). No obstante, como no son mencionados a lo largo de la campaña del año 479, se ha pensado que regresaron a Persia con Jerjes.

[577] Cf. nota VII 426.

de corazas [578] y al escuadrón de mil jinetes [579], y, a continuación, a los contingentes —tanto de infantería como de
3 caballería— medos, sacas, bactrios e indios [580]. A los efectivos de esos pueblos los eligió en su totalidad, mientras que, de entre el resto de los aliados [581], escogió a unos pocos de cada contingente: fue seleccionando a los que contaban con un buen físico y a quienes sabía positivamente que habían llevado a cabo algo destacado. (El grupo étnico que eligió con preferencia a los demás fue el de los persas [582], cuyos soldados lucían collares y brazaletes [583], y después el de los medos, cuyo número no era inferior al de los persas, aunque sí lo era su capacidad combativa.)

---

[578] Se ignora qué unidades persas eran éstas que iban provistas de corazas, ya que la conjetura de Biel, en VII 61, 1 (teniendo en cuenta el testimonio de Jenofonte, *Anábasis*, I 5, 8; 8, 6; *Ciropedia*, VII 1, 2), supondría que todos los persas iban así protegidos. Quizás se trataba de parte de los dos mil lanceros (cf. VII 40, 2; 41, 1) que constituían la guardia personal de a pie del monarca (cf. nota VII 248).

[579] Presumiblemente, uno de los dos escuadrones que constituían la guardia personal, a caballo, de Jerjes (cf. VII 40, 2; 41, 1; 55, 2-3; y nota VII 292).

[580] Sobre los medos (a destacar que en esta ocasión no se menciona a los cisios), cf. VII 62, 1; y nota VII 331. Sobre los sacas y los bactrios, cf. VII 64, y notas VII 343 y 344. Sobre los indios, cf. VII 65, y nota VII 351. Acerca de la caballería de estos pueblos, cf. VII 86.

[581] Cf. nota VIII 350.

[582] Pese a que también podría traducirse «el grupo étnico más numeroso que eligió fue el de los persas» (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 273; y A. Masaracchia, *Erodoto. Libro VIII...*, pág. 151), ello estaría en contradicción con lo que, a continuación, dice el historiador sobre los medos (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 113, nota 1).

[583] Cf., *infra*, IX 80, 2; Simónides, fr. 88 Diehl; Esquilo, *Persas* 9; Jenofonte, *Anábasis*, I 2, 27; V 8, 8.

Así, el total, incluida la caballería, ascendía a trescientos mil hombres [584].

Entretanto, mientras Mardonio llevaba a cabo la se- 114
lección de sus tropas y Jerjes se hallaba en Tesalia, a los lacedemonios les había llegado, procedente de Delfos, un oráculo [585] según el cual debían exigirle a Jerjes una satisfacción por la muerte de Leónidas y aceptar lo que el monarca les diese. Como es natural, los espartiatas despacharon a toda prisa un heraldo que, al encontrar en Tesalia al ejército, todavía al completo, se presentó ante Jerjes y
le dijo lo siguiente: «Rey de los medos [586], los lacede- 2
monios y los Heraclidas [587] de Esparta te exigen una satisfacción por una muerte, ya que mataste a su rey mientras defendía a la Hélade». Entonces Jerjes se echó a reír y, tras un largo silencio, como se daba la circunstancia de que Mardonio se hallaba a su lado, exclamó señalándolo: «¡De acuerdo! ¡Será Mardonio, aquí presente, quien les dará la satisfacción que se merecen [588]!»

---

[584] Cf. nota VIII 509.

[585] Al igual que, poco antes del comienzo de la campaña del año 480, Heródoto cita los oráculos délficos dirigidos a los atenienses (cf. VII 140-141, y nota VII 667), el segundo de los cuales les anunciaba la victoria en Salamina, ahora, cuando Mardonio pasa a ser el principal antagonista de los griegos, un nuevo oráculo va a predecir, veladamente, el destino del ejército persa. Cf. J. KIRCHBERG, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots,* Gotinga, 1965, pág. 107.

[586] Los griegos consideraban a los persas herederos del imperio de los medos, de ahí que, en la *Historia,* ambos gentilicios sean con frecuencia sinónimos (cf. I 55, 2; 56, 1; 206, 1; etc.).

[587] Es decir, los descendientes de Heracles, héroe al que pretendían remontarse los monarcas de las dos casas reinantes en Esparta (cf. VII 204; VIII 131), los Agíadas y los Euripóntidas (cf. TH. LENSCHAU, «Agiaden und Eurypontiden», *Rheinisches Museum* 88 [1939], págs. 123 y sigs.).

[588] El oráculo, que, como en otros casos similares (cf., por ej., V 92 ε, 2), debe de ser *post eventum* (cf. J. ELAYI, «Le rôle de l' oracle

115 Como es lógico [589], el heraldo se contentó con la res-
puesta y se fue. Jerjes, por su parte, dejó a Mardonio en
Tesalia y, a marchas forzadas, se dirigió personalmente ha-
cia el Helesponto, llegando al lugar por el que lo había
cruzado, al cabo de cuarenta y cinco días, al frente —por
2 así decirlo— de un ejército reducido a la nada [590]. En el

de Delphes dans le conflict gréco-perse d'après les *Histoires* d'Hérodote», *Iranica Antiqua* 14 [1979], págs. 67 y sigs.), acabará cumpliéndose al pagar Mardonio con su vida la muerte de Leónidas (cf. IX 64, 1).

[589] Obedeciendo los dictados del oráculo, que había ordenado a los lacedemonios «aceptar lo que el monarca les diese».

[590] Sin duda nos encontramos ante una exageración por parte de Heródoto (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques...*, págs. 436 y sigs.; K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, página 71), ya que, en general, los griegos estaban convencidos (con el tiempo, la magnitud del desastre persa se fue acentuando más y más, en contraste con el arrollador avance del comienzo de la campaña; cf. Justino, II 13: *ipse cum paucis Abydon contendit, ubi cum solutum pontem hibernis tempestatibus offendisset, piscatoria scapha trepidus traiecit... carens etiam omni servorum ministerio)* de que Jerjes había iniciado el regreso a Asia con el grueso de sus tropas (cf. Esquilo, *Persas* 803 y sigs.; Tucídides, I 73). La narración del historiador acerca de la retirada persa difiere sensiblemente de la de Esquilo, en *Persas* 481 y sigs., para quien el calvario del ejército persa comenzó ya en Beocia, viéndose atormentado por la sed (Heródoto, en cambio [cf. VIII 117, 2], denota que ese problema no afectó a los bárbaros), y diezmado al intentar atravesar a pie el Estrimón (vv. 495 y sigs.), que se había helado a causa de las bajas temperaturas. (Jerjes debió de llegar al Helesponto a finales de noviembre o primeros de diciembre, aunque no está claro si los 45 días a que alude Heródoto hay que computarlos a partir de la marcha del monarca de Atenas o de Tesalia; sea como fuere, esa cifra, de ser cierta, no parece responder a una retirada precipitada, y, por otra parte, es destacable que constituya exactamente la mitad del tiempo invertido por los persas para trasladarse, a la ida, del Helesponto a Atenas; cf. VIII 51, 1, y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 268, nota 5.) Estas divergencias entre el tragediógrafo y el historiador parecen probar que, en este punto, Heródoto no utilizó el testimonio de Esquilo; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 713, nota 1, para sus posibles fuentes.

curso de su avance, fuera cual fuese el lugar en que se hallaran y el pueblo con que se encontrasen, los soldados, para alimentarse, se apoderaban de sus productos agrícolas; y, si no daban con producto alguno, cogían la hierba que crece en el campo, o arrancaban la corteza o las hojas de los árboles —tanto de los frutales como de los silvestres—, y lo devoraban todo, sin dejar nada de nada, pues el hambre los obligaba a hacerlo[591]. Además, una epi- 3
demia que se declaró en el ejército, unida a la disentería[592], iba diezmando a las tropas por el camino. Jerjes también dejaba tras de sí a los soldados enfermos, ordenando a las ciudades por las que iba pasando en su retirada que los cuidaran y los alimentasen[593]: a unos los dejó en Tesalia, a otros en Siris de Peonia[594], y a otros en Macedonia.

---

[591] Dada la época del año en que se produjo la retirada, y teniendo en cuenta que sólo hacía cuatro meses que los persas habían pasado por Macedonia y Tracia (cf. nota VII 228), los problemas de avituallamiento debieron existir, aunque no en la medida en que pretende Heródoto y sin afectar a todos los efectivos que iban con Jerjes (las tropas auxiliares y los soldados rezagados serían los más perjudicados).

[592] Probablemente la bacilar, o sigelosis, que aparece sobre todo en otoño y afecta a aglomeraciones humanas que viven en condiciones de hacinamiento, suciedad e hipoalimentación. Sobre su tratamiento en la Antigüedad, cf. Celso, *De med.*, IV 22.

[593] Prueba de que la negativa opinión que tenían los griegos de la personalidad de Jerjes (cf. nota VII 216) no respondía de hecho a la verdad (vid. E. Abrahamson, «Herodotus' Portrait of Xerxes», *The Adventures of Odysseus*, San Luis, 1960, págs. 7 y sigs.). Los persas, a finales del año 480, seguían controlando toda la zona comprendida entre el Helesponto y Beocia.

[594] Siris se encontraba en la margen izquierda del valle del Estrimón, a unos 40 km. al NW. de su desembocadura. La precisión de la región en que se hallaba (sobre Peonia, cf. nota V 3) tiene por objeto distinguirla de la otra ciudad del mismo nombre emplazada en el Golfo de Tarento (cf. VIII 62, 2).

4 En Siris [595], precisamente, había dejado, cuando se dirigía contra Grecia, el carro consagrado a Zeus [596], pero, a su regreso, no pudo recuperarlo, pues los peonios [597] se lo habían entregado a los tracios, y, cuando Jerjes lo reclamó, aquellos le dijeron que las yeguas [598], mientras estaban pastando, habían sido apresadas por los tracios del Norte, que residen en las proximidades de las fuentes del Estrimón [599].

116 También en dicha zona, un tracio —el rey de los bisaltas y de la región de Crestonia [600]— cometió una acción

[595] En griego aparece un adverbio de lugar (*éntha* = «allí»), que ha de referirse, como se desprende de lo que a continuación dice el historiador, a Peonia, por lo que debe tener razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 114, nota 4), al señalar que «les manuscrits nomment Siris avant la Macédoine; mais 'Siris de Péonie'... était située au-delà de la Macédoine dans la direction de l' Hellespont (V 15); et la phrase suivante, où *éntha* designe la Péonie, enseigne qu' elle devait être nommée à la fin de l' énumération qui précède».

[596] Es decir, Ahuramazda, dios supremo de los persas, creador del mundo y dios del cielo, que fue identificado por los helenos, de acuerdo con su habitual *interpretatio graeca* de todo tipo de fenómenos sociales, con su propio dios del cielo y máxima divinidad. Sobre este carro, cf. VII 40, 4.

[597] Se trata, concretamente, de los siriopeonios (cf. V 15, 3), establecidos en el curso bajo del Estrimón y cuyo nombre derivaba de la ciudad de Siris. Cf. B. Lenk, *s.v.* «Paiones», *R.E.*, XVIII, 2 (1942), cols. 2.403 y sigs.

[598] En VII 40, 4, el historiador afirma que del carro sagrado tiraban 8 *caballos*, discrepancia que puede deberse a las distintas fuentes utilizadas para uno y otro pasaje.

[599] Río de Tracia, de unos 400 km. de longitud, que nace al pie del monte Vitosa, cerca de Sofía. Los tracios del Norte deben de ser los agrianes (cf. V 16, 1), que en realidad eran un pueblo peonio establecido al N. de Siris, no en el nacimiento del Estrimón.

[600] Bisaltia era la zona nororiental de la Calcídica, desde la margen derecha del curso bajo del Estrimón hasta Argilo, a orillas del golfo Es-

monstruosa. Ese sujeto había manifestado que, por lo que a él se refería, no iba a tolerar de buena gana el yugo de Jerjes, por lo que se encaminó, en dirección Norte, hacia el monte Ródope [601], prohibiendo, además, a sus hijos que tomaran parte en la expedición contra Grecia. Ellos, 2
sin embargo, hicieron caso omiso de su prohibición (o, simplemente, es que les apeteció asistir a la campaña en calidad de espectadores) y se unieron a la expedición del Persa. Pues bien, por ese motivo, cuando todos (eran seis) hubieron regresado sanos y salvos, su padre hizo que les sacaran los ojos.

Ese fue el castigo que recibieron sus hijos. 117

Entretanto, cuando los persas, después de haber atravesado Tracia, llegaron al Estrecho, se apresuraron a cruzar el Helesponto, rumbo a Abido [602], a bordo de sus naves [603], pues se encontraron con que los puentes flotantes ya no estaban tendidos, al haber sido destruidos por una tempestad [604]. Mientras permanecían detenidos en aquella 2
zona, contaron con más víveres que durante el viaje, pero,

---

trimónico (cf. VII 115, 1; TUCÍDIDES, II 99; LIVIO, XLV 29-30). Crestonia era la región en la que nacía el río Equidoro, a unos 60 km. al N. del golfo Termaico; es decir, en la zona noroccidental de la Calcídica (cf. VII 124). Peonia, pues, se encontraba al N. de Bisaltia y Crestonia. Pese a que Heródoto no da el nombre del monarca, conocemos acuñaciones, que se datan entre 500 y 480 a. C., de un rey de Bisaltia llamado Moses (cf. B. V. HEAD, *Historia Numorum*, Londres, 2.ª ed., 1911, pág. 179).

[601] Macizo montañoso de Tracia, limitado por los valles del Estrimón, al W., y del Hebro, al E. Probablemente el rey de los bisaltas se limitaría a remontar el curso del Estrimón.

[602] Cf. nota VII 200.

[603] La flota, pues, cumplió la misión que Jerjes le había encomendado (cf. VIII 107, 1, y nota VIII 536).

[604] Según ESQUILO, *Persas* 736, Jerjes atravesó el Helesponto por los puentes tendidos sobre el Estrecho (cf. VII 36). De hecho, hasta después

por atiborrarse sin moderación alguna, además de por cambiar de aguas [605], muchos soldados de lo que quedaba del ejército encontraron la muerte. Los demás, en unión de Jerjes, llegaron a Sardes [606].

118 Por cierto que circula también esta otra versión [607]: cuando Jerjes, a su regreso de Atenas, llegó a Eyón [608], a orillas del Estrimón, ya no continuó por tierra a partir de dicha ciudad, sino que confió sus tropas a Hidarnes, para que las condujese al Helesponto, y él se embarcó en
2 un navío fenicio [609] a fin de trasladarse a Asia. Pero, en plena travesía, lo sorprendió un fuerte viento procedente del Estrimón [610] que provocó una marejada. Y, como quiera

---

de Mícala los griegos no se enteraron de su destrucción (cf. IX 106, 4; y K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II.2, págs. 90 y sigs.).

[605] En Alcmeón de Crotón, fr. B4, *D.K.* 24, en el último tercio del siglo vi a. C., ya nos encontramos con la teoría de que las aguas pueden ser causa de enfermedades; teoría que aparece extensamente formulada en Hipócrates, *Sobre los aires, aguas y lugares* 7-9.

[606] Jerjes pemaneció allí durante la campaña del año 479 (cf. IX 3, 1; 107, 3).

[607] Puede observarse que es característico de la técnica narrativa de Heródoto (cf. K. J. Dover (ed.), *Ancient Greek Literature = Literatura en la Grecia Antigua* [trad. de F. J. Lomas], Madrid, 1986, pág. 104) presentar, sobre un mismo personaje o suceso, versiones diferentes, que se complementan u oponen según los casos. Este recurso evidencia la buena fe del historiador, que, luego, puede limitarse a dejar que el propio lector juzgue por sí mismo, o, como en este caso, utilizar las coincidencias o contradicciones para establecer una conclusión. Cf., en general, Th. Spath, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot*, Viena, 1968.

[608] En la margen izquierda de la desembocadura del Estrimón, a unos 4 km. al S. de donde, en 437/436 a. C., los atenienses fundaron Anfípolis.

[609] Cf., *supra*, VII 128, 2.

[610] Un viento de componente N.-NE. (cf. Aristóteles, *De ventis* 973b 17); el mismo tipo de viento que retuvo en Áulide a la expedición griega contra Troya capitaneada por Agamenón (cf. Esquilo, *Agamenón* 192). No obstante, y dado que no figura representado en la octogonal *Torre*

que la tempestad iba empeorando cada vez más y la nave se hallaba sobrecargada por la presencia en cubierta de muchos persas que viajaban con Jerjes, en esa tesitura el monarca fue presa del pánico y, a gritos, le preguntó al piloto si tenían alguna posibilidad de salvarse. «Señor —le res- 3
pondió el piloto—, no tenemos ninguna, a no ser que podamos desembarazarnos de esos pasajeros, que son demasiados.» Y, según cuentan, al oír esas palabras, Jerjes exclamó: «¡Persas! ¡Que cada uno de vosotros demuestre en este trance su devoción por su rey, pues, al parecer, de vosotros depende que me salve!» Esto fue lo que dijo 4
Jerjes y, entonces, los persas se prosternaron ante él [611] y se arrojaron al mar, con lo que la nave, al verse así sensiblemente aligerada, pudo arribar indemne a Asia. Y, en cuanto bajó a tierra, Jerjes hizo lo siguiente: por haber salvado la vida del rey, obsequió al piloto con una corona de oro; pero, por haber causado la muerte de numerosos persas, hizo que le cortaran la cabeza [612].

Ésta es la otra versión que circula sobre el regreso de 119
Jerjes, aunque, desde luego, para mí resulta absolutamente inverosímil, sobre todo el incidente relativo a la muerte de los persas [613], pues, si la respuesta que el piloto dio

---

de los Vientos de Atenas, es posible que sea equivalente al Bóreas (cf. nota I 16).

[611] Para este tipo de saludo entre los persas, cf. I 134, 1, y nota VII 109.

[612] Este episodio tiene probablemente un origen popular (cf. ARRIANO, VII 22, 4), ya que los motivos que en él predominan son, respectivamente, la ponderación de la devoción de los súbditos hacia el monarca y la administración de justicia por parte de este último (cf. W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle...*, pág. 87; y K. REINHARDT, «Herodots Persergeschichten»..., págs. 143 y sigs.).

[613] O, según la conjetura de Stein (⟨*ho*⟩ *állos*, en lugar de *állōs*), «tanto el episodio en general como el incidente relativo a la muerte de los persas».

a Jerjes fue realmente la que he citado, entre infinidad de opiniones que se recabasen no podría dar con una sola que no considerara que el monarca habría hecho lo siguiente: habría ordenado a los de cubierta (que eran persas; concretamente, persas de las más importantes familias) bajar a la bodega, y habría hecho que arrojasen al mar a un número de remeros (que eran fenicios) igual al de los persas [614]. Pero lo cierto es que, como acabo de indicar [615], Jerjes regresó a Asia, con el resto del ejército, por una ruta terrestre.

120 He aquí, además, una prueba concluyente: es seguro que, durante su viaje de regreso, Jerjes llegó a Abdera [616], con cuyos habitantes concertó un tratado de amistad [617], obsequiándolos con un alfanje [618] de oro y con una tiara [619] recamada con hilos del mismo metal. (Al decir de los propios abderitas —aunque, a mi juicio, sus palabras no son en absoluto dignas de crédito—, fue allí donde, por primera vez desde que huyera de Atenas con dirección

[614] La lógica que invoca el historiador (que se expresa con un largo y anacolútico período) no es lo aplastante que pretende: cambiar de remeros en plena tempestad habría privado a la nave de sus elementos motores durante un tiempo apreciable; y, además, cabe suponer que unos persas de elevada posición habrían sido incapaces de reemplazar con eficacia a una dotación entrenada y disciplinada, que podía comprender y ejecutar al instante las órdenes del piloto, que eran transmitidas a los remeros por mediación de su jefe de maniobras, el cómitre o *keleustḗs*.

[615] Cf. VIII 115-117.

[616] Ciudad emplazada en la costa de Tracia, a unos 110 km. al E. de Eyón. Cf. nota VII 534.

[617] Literalmente, «una relación de hospitalidad»; cf. notas III 209 y VII 184.

[618] Cf. nota VII 291. Un alfanje (*akinákēs*) de oro era uno de los regalos que habitualmente concedía el monarca persa (cf. CTESIAS, *Persiká* 22; JENOFONTE, *Anábasis*, I 2, 27; 8, 29).

[619] Cf. nota VII 320.

a su patria, Jerjes se soltó el cinturón [620], dado que se sentía a salvo.) Pues bien, Abdera se halla más cercana al Helesponto que el Estrimón y que Eyón, lugar, según aseguran, en el que, precisamente, se embarcó el monarca.

Los griegos se reparten el botín obtenido en Salamina. Temístocles homenajeado en Esparta

Entretanto los griegos [621], en vista de 121
que no conseguían tomar Andros, se dirigieron hacia Caristo y, tras haber devastado su territorio, regresaron a Salamina. Pues bien, lo primero que hicieron fue reservar para los dioses, entre otras primicias [622], tres trirremes fenicios, uno para consagrarlo en el Istmo (dicha nave todavía existía en mi época [623]), el otro en Sunio [624] y el tercero en la

---

[620] Es decir que Jerjes no se desvistió hasta allí, lo que supondría dos tercios de la ruta (unos 30 días, por tanto), algo que resulta inverosímil. La expresión (como en V 106, 6) hay que considerarla hiperbólica.

[621] El historiador reemprende la narración, interrumpida en VIII 113, sobre las operaciones de la flota griega.

[622] De lo que habían capturado a los persas en Salamina, se entiende. Hay que suponer, a partir de lo que cuenta Heródoto en este capítulo, que los griegos, del total del botín, seleccionaron una serie de primicias como ofrenda colectiva de todos los Estados aliados a Posidón y Áyax, mientras que las ofrendas destinadas a Delfos fueron enviadas, a título individual, por cada Estado cuando ya se había dividido el botín (a su vez, con las diferentes ofrendas individuales se modeló la estatua —que, una vez realizada, constituiría una ofrenda comunitaria— a que se alude al final del capítulo).

[623] Este primer trirreme (lo habitual era que, tras una batalla naval, los vencedores consagraran en sus santuarios proas de navíos [cf. III 59, 3; Jenofonte, *Helénicas*, II 3, 8; VIII 27, 5], ofrenda que, en este caso, posee mayores proporciones por la transcendencia de la victoria sobre la flota persa) se consagró a Posidón en su condición de dios del mar (cf. M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...*, I, págs. 444 y sigs.), elemento en el que los griegos habían obtenido la victoria. En la costa E. del Istmo de Corinto se alzaba un templo en honor de dicha divinidad (cf. VIII 123, 2; Pausanias, II 1, 7). Resulta sorprendente la observación

2 propia Salamina como ofrenda a Áyax [625]. Posteriormente se repartieron el botín y enviaron las primicias a Delfos [626] (con ellas se hizo una estatua, de doce codos de altura [627], que en la mano sostenía el espolón de una nave; y por cierto que la citada estatua se alza en el mismo lugar en que se halla la estatua de oro de Alejandro de Macedonia [628]).

122 Después de haber enviado las primicias a Delfos, los griegos, de común acuerdo, le preguntaron al dios si las primicias que había recibido eran suficientes y de su agrado. La divinidad, entonces, respondió [629] que contaba con

---

del historiador sobre la conservación de este navío cuando nada dice a propósito de los otros dos (cf. R. W. MACAN, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 548).

[624] También en honor de Posidón, ya que en el cabo Sunio (en la extremidad sudoriental del Ática), sobre la acrópolis que constituye el promontorio, había un templo consagrado a esa divinidad (cf. PAUSANIAS, II 35, 1).

[625] Probablemente como representante genérico de la ayuda que los griegos consideraban haber recibido de parte de los Eácidas (cf. VIII 64, 2, y notas *ad locum*).

[626] Hay que suponer que en este momento sólo decidieron enviar una serie de ofrendas a Delfos y que la medida (al igual que la consulta formulada a Apolo, mencionada en el capítulo siguiente) no se hizo efectiva hasta la derrota persa en Platea, cuando se consideró que Fócide se hallaba ya definitivamente a salvo de cualquier ataque.

[627] Algo más de 5,3 m. (1 codo = 0,444 m.). Según PAUSANIAS (X 15, 5), que indica que los griegos también ofrendaron en Olimpia una estatua de Zeus, se trataba de una imagen en bronce de Apolo.

[628] Es decir, una estatua ofrendada por este rey macedonio (cf. DEMÓSTENES, XII 21). Sobre Alejandro, cf. nota VIII 178. Acerca de los problemas interpretativos que plantea el que Heródoto aluda, como emplazamiento referencial del Apolo panhelénico, a la estatua (no icónica) de Alejandro I, vid. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre VIII...*, pág. 117, nota 6.

[629] Por mediación de la Pitia (cf. nota VIII 189).

ofrendas de todos los griegos, pero no de los eginetas, así que a estos últimos se las exigía por su destacada actuación en la batalla naval de Salamina [630]. Cuando los eginetas se enteraron de su respuesta, le consagraron unas estrellas de oro que, en número de tres, se alzan, sobre un mástil de bronce [631], en el ángulo [632], muy cerca de la crátera de Creso.

Tras el reparto del botín, los helenos zarparon con rum- 123
bo al Istmo a fin de adjudicar un premio al griego que, por su valor, se hubiese hecho más acreedor a él en el transcurso de la campaña que nos ocupa [633]. Cuando, a 2
su llegada, los generales depositaron sus votos sobre el altar de Posidón [634], para designar a quienes debían ocupar,

---

[630] Cf. VIII 93, 1, y nota VIII 467. Según G. Busolt, *Griechische Geschichte*..., II, pág. 716, nota 3, los sacerdotes delfios (lo que abundaría en la datación del episodio con posterioridad a Platea) debieron de haber reivindicado la importancia del apoyo de Apolo en la consecución de la victoria, alegando quizá que el dios había concedido a los eginetas algún signo propicio (del tipo como el que, posteriormente, en 405 a. C., recibieron los lacedemonios en la batalla de Egospótamos, cuando, en los extremos del mastelero de la nave de Lisandro, aparecieron los Dióscuros en forma de estrellas, sin duda una interpretación religiosa del *Fuego de Santelmo;* cf. Plutarco, *Lisandro* 12).

[631] Dos de las estrellas (las de los extremos del mastelero) representarían a los Dióscuros (cf. nota V 360; Cicerón, *Div.*, I 34, 75), mientras que la del centro, en lo alto del mástil, debía de personificar a Apolo Delfinio (epíteto de Apolo que, al dirigirse por mar a Delfos, adoptó la forma de un delfín; cf. *Himno a Apolo* 495), advocación con la que el dios era particularmente venerado en Egina.

[632] Concretamente, en el ángulo del vestíbulo del templo (es decir, la *pronaos*), lugar en el que (tras el incendio del primitivo templo de Delfos, que se declaró por causas fortuitas en el año 548 a. C.) se colocó la crátera de plata consagrada por Creso (cf. I 51, 2).

[633] Referencia exclusiva a las operaciones navales; es decir, a los enfrentamientos de Artemisio y a la batalla de Salamina.

[634] Cf. nota VIII 623. Sobre el primitivo templo dórico, construido

de entre todos ellos, los puestos primero y segundo, en esa tesitura cada general se votó a sí mismo, pues cada uno consideraba que, personalmente, había sido el más destacado, pero la mayoría coincidió al designar a Temístocles en segundo lugar [635]. De ahí que los diversos generales sólo obtuvieran un voto, mientras que, para el segundo puesto, Temístocles consiguió una amplia mayoría.

124 Pues bien, aunque, por envidia [636], los griegos no quisieron pronunciarse sobre el particular y todos ellos zarparon de regreso a sus respectivas ciudades sin haber tomado una decisión, la fama de Temístocles, no obstante, se extendió por toda la Hélade y se le consideró, sin ningún género de dudas, la persona más astuta de Grecia [637].
2 Pero, en vista de que quienes combatieron en Salamina no

---

en el siglo VI a. C., y que es al que aquí se está refiriendo el historiador, cf. J. G. FRAZER, *Pausanias' Description of Greece...*, III, pág. 11. La votación se lleva a cabo sobre el altar de la divinidad a fin de obligar a los votantes a decidir honestamente.

[635] PLUTARCO, *Temístocles* 17, 2, embelleciendo más la anécdota (y contradiciendo su criticismo formulado en *Moralia*, 871 d-e), afirma que todos votaron en segundo lugar a Temístocles (cf., asimismo, ELIO ARISTIDES, II 238; 288; III 574), lo que habría supuesto que el propio estadista ateniense se habría votado a sí mismo en segundo lugar, cosa poco probable.

[636] Habitantes de pequeños Estados, con una intensa participación política de los ciudadanos en ellos, que, en su mayoría, mantenían permanentes disputas fronterizas (piénsese, por ejemplo, en la rivalidad constante entre Argos y Esparta por la posesión de las zonas cerealistas de Tirea y Cinuria [cf. nota VII 718]; en la existente entre Atenas y Egina [cf., *supra*, V 82 y sigs.]; entre Atenas y los estados oligárquicos de Beocia [cf. V 74, 2]; entre los focenses y los tesalios [cf. VII 176, 4]; etc.), la envidia era un defecto típicamente griego (cf. las palabras de Aquémenes, en VII 236, 1, reflejo de la opinión personal de Heródoto al respecto).

[637] Cf. VIII 110, 1; nota VIII 556; y R. J. LENARDON, *The saga of Themistocles*, Londres, 1978, págs. 83 y sigs.

habían reconocido sus méritos, a pesar de haber sido el artífice de la victoria [638], sin perder un instante se presentó —al objeto de que se los reconocieran [639]— en Lacedemón [640], donde los lacedemonios le dispensaron una afable acogida y le tributaron grandes honores. En ese sentido, a Euribíades le concedieron, como premio al valor, una corona de olivo, distinción que también otorgaron a Temístocles para premiar su astucia y su habilidad, obsequiándolo, asimismo, con el carro más hermoso que había en Esparta. Y, después de haberlo colmado de elogios, 3
trescientos espartiatas de élite —concretamente quienes reciben el apelativo de «caballeros» [641]— lo escoltaron, cuan-

---

[638] Al propugnar que la batalla se librase en los estrechos de Salamina. Cf. VIII 57 y sigs.; y F. J. Frost, «Themistocles' Place in Athenian Politics», *California Studies in Classical Antiquity* 1 (1968), págs. 105 y sigs.

[639] Otra vez nos encontramos (cf. VIII 4, 2; 58; 111) con una tradición, de origen ateniense, contraria a la figura de Temístocles (vid. W. den Boer, «Themistocles in Fifth Century Historiography», *Mnemosyne* 15 [1962], págs. 225 y sigs.), al atribuir los honores que el estadista recibió en Esparta a una iniciativa personal suya. Presumiblemente Temístocles debió de trasladarse a Esparta, no antes del invierno de 480/479, a fin de intentar que los lacedemonios aceptasen su propuesta de llevar a cabo una enérgica ofensiva naval al llegar el buen tiempo, propuesta que había sido rechazada por el *navarco* Euribíades en octubre de 480 (cf. VIII 108, y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 402). La acogida que le dispensaron los espartanos parece demostrar que aceptaron su estrategia, y de ahí que Euribíades fuera sustituido, al mando de la flota, por Leotíquidas en primavera del año 479 (cf. VIII 131, 2).

[640] Cf. nota VII 19.

[641] Cf. I 67, 5 (y nota I 174); Tucídides, VI 72, 4; Jenofonte, *Const. Laced.* 4, 3; Dionisio de Halicarnaso, II 13. Si los trescientos hombres mencionados en VII 205, 2 (pero vid. nota VII 984) constituían la guardia real, tras la batalla de las Termópilas tuvo que haberse procedido en Esparta a un nuevo reclutamiento, a razón de un centenar de hombres por cada una de las tres tribus en que estaban divididos los lacedemonios.

do se marchaba, hasta la frontera con Tegea [642]. (Precisamente Temístocles ha sido, que nosotros sepamos, la única persona del mundo a la que los espartiatas han otorgado dicha escolta [643].)

125 Y por cierto que, al llegar a Atenas procedente de Lacedemonia, fue cuando Timodemo de Afidnas [644] —un enemigo suyo que, sin embargo, no era un ciudadano destacado— empezó a injuriarlo, loco de envidia, echándole en cara su viaje a Lacedemonia [645], ya que, según él, las distinciones que le habían concedido los lacedemo-

[642] Localidad de Arcadia sudoriental, a unos 45 km. al N. de Esparta.

[643] Cf., asimismo, TUCÍDIDES, I 74, 1 (con ocasión, en 432 a. C., de la intervención de los embajadores atenienses en Esparta durante la asamblea de la Liga peloponesia), quien también se hace eco de la extraordinaria acogida que tuvo Temístocles en Lacedemonia.

[644] Demo (cf. nota V 330) del Ática situado a unos 28 km. al NE. de Atenas (cf. nota VI 552). La figura del Timodemo (sin duda por la razón que a continuación indica el historiador) sólo nos es conocida por esta anécdota que pretende poner de relieve la importancia del valor personal y del origen patrio —ambos igualmente necesarios— para tener derecho a recibir honores. Cf. S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico,* I, Bari, 1966, pág. 188.

[645] DIODORO (XI 27, 3) cuenta que los atenienses se irritaron tanto con Temístocles, por los presentes que éste había recibido de los lacedemonios en un viaje emprendido con carácter privado, que lo despojaron del mando de las operaciones militares, de ahí que, en 479 a. C., sea Jantipo, el padre de Pericles (cf. nota VI 666), quien lo ejerza. No obstante el testimonio de Diodoro debe de ser producto del afán racionalista de ÉFORO (cf. F. J. FROST, *Plutarch's Themistocles...,* págs. 167-168), quien, con ese argumento, pretendía explicar el hecho de que, en el libro IX de la *Historia,* Temístocles no tenga relevancia alguna, cuando lo cierto es que, en el último libro de la obra de Heródoto, sólo son mencionados por su nombre tres atenienses (Sófanes de Decelía, en IX 74; Hermólico, en IX 105; y Jantipo, en IX 114), y es seguro que, en 478, Temístocles desempeñó importantes funciones en Atenas (cf. TUCÍDIDES, I 100-103; y A. R. BURN, *Persia and the Greeks...,* págs. 491 y sigs.).

nios las había obtenido por representar a Atenas, y no por sus méritos personales. Entonces Temístocles, como Timo- 2 demo no cesaba en sus críticas, le dijo: «Mira, eso es verdad. Si yo fuera de Belbina [646], no habría recibido tantos honores de los espartiatas; pero, aunque eres ateniense, tú tampoco, amigo mío [647]».

Ante la sublevación de Palene, Artabazo toma Olinto y asedia Potidea

Así, en suma, terminó dicho incidente. 126
Entretanto Artabazo [648], hijo de Fárnaces, que ya con anterioridad era un personaje prestigioso entre los persas y que incluso llegó a serlo todavía más a raíz de la campaña de Platea [649], había escoltado al rey hasta el Estrecho con sesenta mil hombres de las tropas que seleccionara Mardonio [650]. Pues bien, cuando el monarca se 2

[646] Un pequeño islote rocoso situado a unos 20 km. al SW. del cabo Sunio. La alusión a islotes poco conocidos para ejemplificar una humilde patria tiene ya precedentes en la lírica (cf. SOLÓN, fr. 2 DIEHL).

[647] A partir de PLATÓN, *República* 329e (a fin de que el apotegma se adecuara mejor al silogismo de Céfalo sobre la vejez), la anécdota pasó a la tradición posterior (cf. CICERÓN, *De senect.* 3, 8; PLUTARCO, *Temístocles* 18, 5; *Moralia* 185c), atribuyendo como patria del interlocutor de Temístocles la isla de Serifos (cf. R. FLACELIÈRE, «Sur quelques points obscurs dans la vie de Thémistocle», *Revue Études Anciennes* 55 [1953], págs. 5 y sigs.).

[648] El general de los contingentes caspios y corasmios en el ejército de Jerjes (cf. VII 66, 2; y nota VII 357).

[649] Cf. IX 41; 66; 89.

[650] Nos encontramos aquí con una tradición diferente de la que sirvió al historiador para narrar la retirada de Jerjes a Asia, ya que, en VIII 115, 1, indica que el monarca llegó al Helesponto acompañado de pocos efectivos. Como, además del episodio aquí narrado sobre las operaciones de Artabazo en la Calcídica, Heródoto demuestra, a lo largo del libro IX, conocer bastante bien la figura de este persa, al que dedica juicios favorables, se ha supuesto (se trata de la 'Artabazos-Quellen', a partir de H. STEIN, *Herodotos. Buch VIII...*, pág. 99) que pudo haber sido in-

encontraba en Asia, y Artabazo, de regreso a Grecia, se hallaba a la altura de Palene [651], al encontrarse con que los de Potidea [652] se habían rebelado —y en vista de que Mardonio estaba invernando por Tesalia y Macedonia, y de que todavía no lo apremiaba para que se reuniese con el resto del ejército—, consideró un deber sojuzgarlos.
3 Resulta que los potideatas, después de que el monarca hubiera sobrepasado su territorio y de que la flota persa, huyendo de Salamina, se hubiese retirado, se habían sublevado abiertamente contra los bárbaros. Y otro tanto habían hecho los demás habitantes de Palene. De ahí que Artabazo asediara Potidea.

---

formado al respecto en Dascileo, en Frigia, ya que Artabazo fue nombrado sátrapa de la satrapía del mismo nombre en el año 477 (cf. TUCÍDIDES, I 129), siendo sucedido en el cargo por sus descendientes (su nieto Fárnaces II fue sátrapa de 430 a 414 [cf. TUCÍDIDES, II 67; V 1], y su bisnieto Farnabazo II lo fue de 413 a 389 [cf. TUCÍDIDES, VIII, *pássim;* JENOFONTE, *Helénicas,* I-V, 1; *Anábasis,* VI y VII]). Como suele ocurrir cuando el historiador alude a efectivos persas, las fuerzas bajo el mando de Artabazo no serían lo numerosas que pretende Heródoto (cf. nota VIII 509; y vid., no obstante, R. W. MACAN, *Herodotus. Seventh, eighth...,* I, pág. 553).

[651] La más occidental de las tres penínsulas de la Calcídica.

[652] Potidea se hallaba emplazada en el Istmo de su mismo nombre, que unía Palene con la Calcidica. La ciudad (que había sido fundada, hacia 625 a. C., por colonos corintios) poseía una gran importancia estratégica (contaba con dos puertos; uno en el Golfo de Torone y otro en el Golfo Termaico) y su defección hubiera supuesto para los persas la pérdida de toda la península de Palene. Como señala A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro VIII...,* pág. 220), «l' interesse di Erodoto per le vicende di questa città, e di Olinto, fu certo dovuto anche al ruolo che esse giocarono nei prodromi e nello svolgimento della guerra peloponnesiaca. In particolare, la ribellione di Potidea ad Atene, nell' autunno del 433, fu una delle scintille di quella guerra» (cf. TUCÍDIDES, I 56-65; y G. E. M. DE STE. CROIX, *The origins of the Peloponnesian War...,* págs. 79 y sigs.).

Y, ante la sospecha de que los de Olinto [653] también 127
pretendían sublevarse contra el rey, asedió, asimismo, dicha ciudad. (Olinto la ocupaban botieos que habían sido expulsados del golfo Termeo por los macedonios [654].) Después de apoderarse de la plaza merced a su asedio, hizo que trasladaran a sus habitantes a un lago y que los degollasen; y, acto seguido, entregó la ciudad a las gentes de la Calcídica y nombró gobernador a Critobulo de Torone [655], siendo así como los calcideos se adueñaron de Olinto.

Tras haber conquistado Olinto, Artabazo se dedicó in- 128
tensamente a asediar Potidea; y, mientras se dedicaba afanosamente a ello, Timóxeno, el general de los escioneos [656],

---

[653] Localidad situada a unos 18 km. al NE. de Potidea, y que a comienzos del siglo VI a. C. contaba con una población no griega, como a continuación dice el historiador (cf. D. M. ROBINSON, *s.v.* «Olynth», *R.E.*, 18, 1 [1939], col. 325).

[654] Los botieos eran los habitantes de Botiea, región de Macedonia, entre los ríos Axio y Haliacmón (cf., *supra*, VII 123, 3; TUCÍDIDES, II 99). Sobre la migración mencionada por Heródoto, cf. G. SCIDRILONE, *Enciclopedia dell' Arte Antica Classica e Orientale*, V, Roma, 1963, págs. 661 y sigs. El golfo Termaico (o Termeo, como dice el historiador) se halla entre la Calcídica, al E., y Macedonia, al W., y en la actualidad ha sido parcialmente colmatado por los aluviones depositados por el río Axio.

[655] Los persas, pues, actuaron con arreglo a la política que usualmente empleaban con las ciudades que se rebelaban: colocar al frente de las mismas a un tirano de su confianza (cf., sin embargo, nota VI 207); en este caso a un griego de Torone, localidad emplazada a orillas del golfo de su mismo nombre, en la península central de la Calcídica, la de Sitonia. Las gentes de la Calcídica son los griegos establecidos en la zona, que recibió ese nombre por la abundancia de colonias de Calcis, en Eubea, que allí se fundaron a partir del siglo VIII a. C.

[656] Es decir, del contingente de tropas de Escione, ciudad situada en la costa meridional de la península de Palene, a unos 35 km. al SE. de Potidea, que habían acudido en su socorro, como se indica poco después.

llegó con él a un acuerdo para entregarle la ciudad. Yo, personalmente, no puedo precisar cómo iniciaron sus contactos (pues lo cierto es que no hay noticias al respecto [657]); no obstante, he aquí cómo concluyó el asunto: siempre que Timóxeno o Artabazo se escribían una carta que querían hacerse llegar el uno al otro, la enrollaban a lo largo de las muescas de una flecha y, tras haber cubierto la misiva con plumas, lanzaban la saeta a un lugar convenido [658].
2 Pero la traición que Timóxeno estaba cometiendo contra Potidea acabó descubriéndose. Resulta que Artabazo lanzó una flecha al lugar en cuestión, pero falló el blanco, hiriendo a un potideata en el hombro; y, como suele ocurrir en caso de guerra, alrededor del herido se congregaron numerosas personas que le extrajeron inmediatamente la flecha y, al reparar en la misiva, se la llevaron a los generales (por cierto que en Potidea se encontraban, asimismo, tropas aliadas llegadas de las demás ciudades de Palene [659]).

---

[657] Como en otras ocasiones (cf. I 49; IV 40, 2; V 9, 1; VII 60, 1; 152; IX 32, 2; 81, 2), Heródoto da pruebas de su honestidad como historiador al no pretender saber más de lo que realmente ha podido recabar personalmente o por testimonios de terceros (cf. C. Schrader, «La investigación histórica en Heródoto»..., págs. 674-675).

[658] Las flechas tenían, en el extremo del asta opuesto a la punta, unas ranuras en las que se encajaban plumas cortas (cf. Eurípides, *Orestes* 273; en este caso, pues, las plumas atravesaban la carta enrollada alrededor de la flecha, a lo largo de las ranuras, y, al tiempo que la mantenían fija, disimulaban su presencia), al objeto de orientarlas en dirección y elevación en el momento del disparo, y de conservarlas en la línea de tiro hacia el objetivo, una vez lanzadas, manteniendo su posición estabilizada en el aire, y asegurando así la percusión de la punta sobre el blanco. (No obstante, el término que traduzco por «muescas» [en griego, *glyphídes*] presenta problemas de interpretación; cf. R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, págs. 555-556.)

[659] Sobre ellas, cf. VII 123, 1, y nota VII 592.

No obstante, después de haber leído la carta y de haber 3 identificado al autor de la traición, los generales, en atención a la ciudad de Escione, decidieron no acusar abiertamente a Timóxeno de traición, para evitar que, en el futuro, los escioneos tuvieran una perenne fama de traidores.

Así fue, en definitiva, como Timóxeno se vio descu- 129 bierto.

Llevaba ya Artabazo tres meses [660] de asedio cuando se produjo una gran bajamar [661] que duró largo tiempo. Entonces los bárbaros, al ver que se había formado una marisma, empezaron a pasar por allí en dirección a Palene [662]. Pero, cuando habían cubierto dos quintas partes 2 del trayecto (con lo que aún les quedaban tres por recorrer para penetrar en Palene), los sorprendió de improviso una pleamar de una magnitud que, al decir de los lugareños [663], no se había producido hasta la fecha, aunque el fenómeno es frecuente en la zona. Pues bien, los bárbaros que no sabían nadar encontraron la muerte, y los de Potidea, que

---

[660] Es decir, todo el invierno del año 480-479 a. C.

[661] Probablemente a consecuencia de un maremoto (cf. T. Smid, «Tsunamis in Greek Literature», *Greece and Rome* 17 [1970], págs. 100 y sigs.), ya que, en la cuenca mediterránea, el fenómeno de las mareas (cf. nota VII 950) es poco perceptible, con una oscilación media de 30 cm.

[662] Potidea ocupaba la parte más estrecha del Istmo de Palene y contaba con una muralla al Norte, que la defendía de posibles ataques desde la Calcídica, y otra al Sur, que la protegía de incursiones procedentes de la península. Los persas intentaron, pues, penetrar en la ciudad por la zona de los puertos, en una maniobra parecida a la que, en 432 a. C., culminó con éxito Aristeo, el jefe de los potideatas (cf. Tucídides, I 63, 1).

[663] Con este término (cf., por ej., II 60, 3; III 12, 1; IV 81, 4) Heródoto suele referirse a los residentes griegos en zonas pobladas en su mayoría por otros pueblos (cf. W. Schmid, O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur*, I 2, Munich, 1934, pág. 557, nota 10).

los atacaron a bordo de unas embarcaciones, acabaron con
3 quienes sí sabían hacerlo. (Por cierto que, según los potideatas, la causa de la marea y del desastre de los persas se debió a que fueron precisamente esos soldados persas que perecieron por la acción del mar quienes profanaron el templo de Posidón, así como la imagen del dios que se alza en las afueras de la ciudad; y, a mi juicio, tienen razón al atribuir esa causa al episodio [664].) Artabazo, entonces, condujo a los supervivientes a Tesalia, reuniéndose con Mardonio.

Preparativos persas y griegos para proseguir la guerra: la flota persa apareja en Samos y la griega en Egina

130 Tal fue la suerte de los efectivos que habían escoltado al rey.

Por su parte los restos de la flota de Jerjes, después de haber arribado a Asia, huyendo de Salamina, y de haber trasladado al monarca y a las tropas desde el Quersoneso [665] hasta Abido, pasaron el invierno en Cime [666].

---

[664] Posidón (en corintio *Poteidân*) era el epónimo de Potidea, y la efigie del dios aparecía en sus monedas (cf. B. V. HEAD, *Historia Numorum...*, pág. 212). A esta divinidad atribuían los griegos los movimientos sísmicos (cf. nota VII 619). Para Heródoto, que pretendía explicar desde el plano divino el acontecer humano (cf. nota VIII 392), la impiedad de los persas no podía quedar sin castigo.

[665] El Quersoneso Tracio, o Helespóntico (la actual península de Gallípoli; cf. nota VII 202), a cuya orilla (concretamente en el *Heptaestadio* [cf. ESTRABÓN, XIII 5, 9], un punto de la costa situado entre Sesto y Madito [cf. nota VII 203]) conducían los dos puentes tendidos desde Abido (cf. mapa en nota VII 220).

[666] En la región microasiática de Eolia, a orillas del Golfo de Elea. Además de contar con un buen puerto natural, la ciudad se encontraba bien comunicada por tierra con Sardes, por la ruta que seguía el valle del Hermo, y era la base persa en el Egeo más próxima al Helesponto.

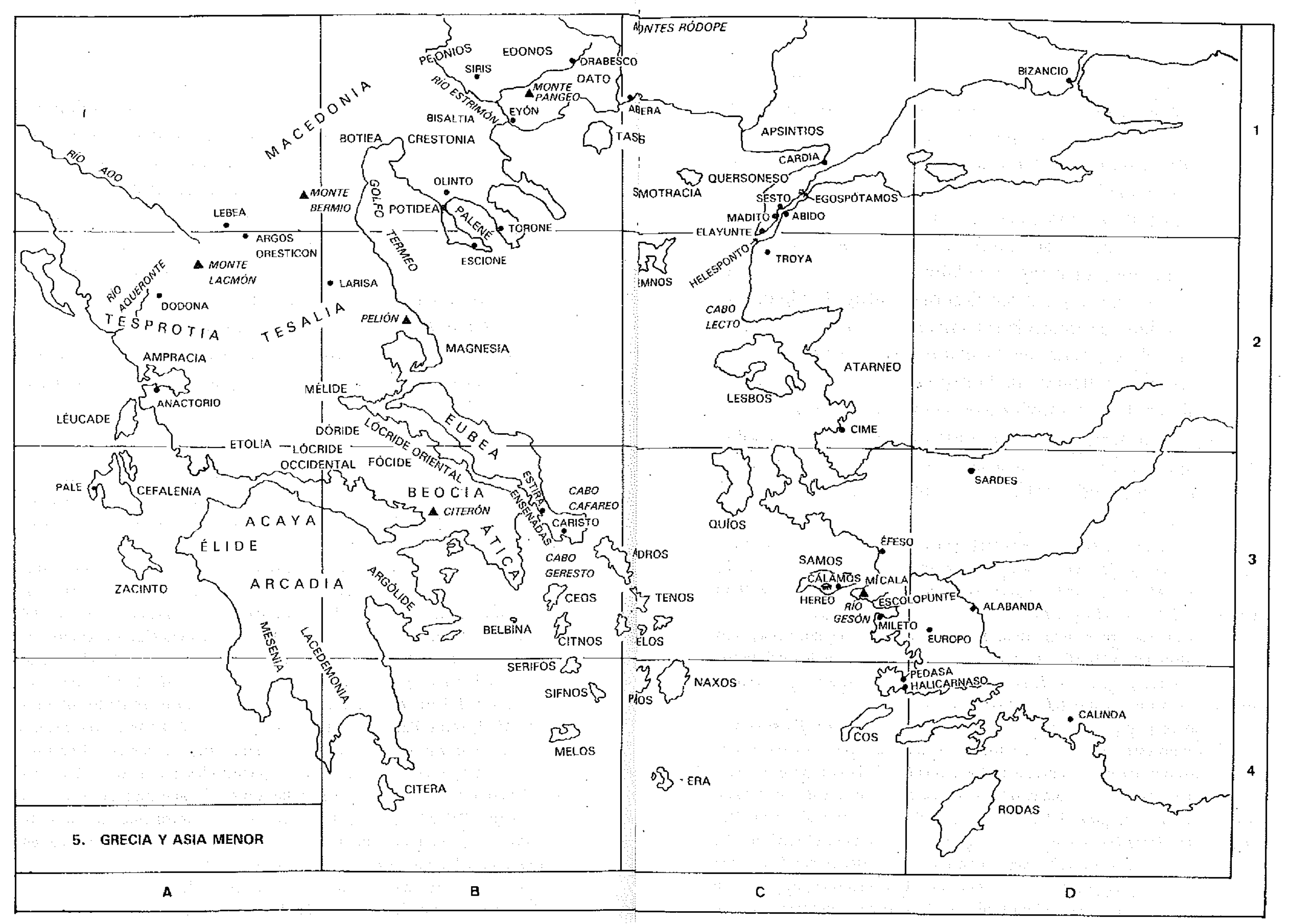
Nada más despuntar la primavera, la flota se concentró en Samos, donde también habían pasado el invierno algunas naves [667] (por cierto que la mayoría de los soldados de a bordo eran persas y medos [668]). Para comandar la 2 flota habían acudido Mardontes, hijo de Bageo, y Artaíntes, hijo de Artaqueas; y con ellos compartía, asimismo, el mando Itamitres, que era sobrino de Artaíntes y a quien este último había designado personalmente para dicho cargo [669]. Ahora bien, dado el enorme desastre que habían sufrido, renunciaron a avanzar más al Oeste (además, nadie les obligaba a hacerlo), y permanecieron en Samos custodiando Jonia con trescientos navíos, incluidos los de los jonios, para evitar que la zona se sublevase [670]. Por otra 3

[667] Según Diodoro, XI 27, las naves que invernaron en Samos fueron las fenicias. De ser ello cierto, es posible que tal medida hubiera sido ordenada explícitamente por los persas para evitar disensiones entre los fenicios y los griegos de Asia Menor, ya que sus relaciones fueron siempre poco cordiales (cf. VIII 90; y nota V 113).

[668] Cf. VII 96, 1 (aquí son omitidos los sacas), y nota VII 478. Naturalmente, persas y medos iban en calidad de *epibátai* (cf. nota VIII 447).

[669] Ante la derrota de la flota en Salamina, los persas relevaron del mando a los almirantes que hasta entonces habían ejercido ese cargo (cf. VII 97, 1). Mardontes, durante el año anterior, había sido el general de los contingentes procedentes de las islas del Golfo Pérsico (cf. VII 80, y nota VII 419), y pertenecía al importante clan persa de los *mardos* (cf. I 125, 4; sobre Bageo, cf. III 127 y sigs.; y J. V. Prasek, *Geschichte der Meder und Perser*, Gotha, 1906, I, pág. 201). Artaíntes e Itamitres debían de pertenecer al clan de los Aqueménidas (cf. nota V 130), ya que Artaqueas fue quien codirigió las obras de apertura del canal en el Atos (cf. VII 22, 2; 117), mientras que, probablemente, el padre de Itamitres —y, por tanto, hermano de Artaíntes— era el Otaspes que en 480 mandaba los contingentes «asirios» (cf. nota VII 340) en el ejército de Jerjes (cf. VII 63; y apéndice VI al libro VII).

[670] Una eventualidad que, desde 494 a. C., una vez sofocada la rebelión de la zona (cf. nota VI 196; y N. G. L. Hammond, «Studies in



5. GRECIA Y ASIA MENOR

parte, tampoco esperaban que los griegos fueran a presentarse en Jonia; al contrario, suponían que se iban a contentar con guarnecer su propio territorio, suposición motivada por el hecho de que los helenos no los habían perseguido al huir de Salamina, sino que habían regresado satisfechos a sus bases [671]. Por mar, en cualquier caso, se consideraban derrotados, pero estaban convencidos de que, por tierra, Mardonio se impondría rotundamente.

4 En suma que, mientras se hallaban en Samos, al tiempo que trazaban planes para ver si podían infligirle algún daño al enemigo, permanecían asimismo atentos a las noticias sobre el resultado de la campaña de Mardonio.

131 Entretanto, la llegada de la primavera y la presencia de Mardonio en Tesalia movilizaron nuevamente a los griegos. Por aquel entonces sus fuerzas terrestres todavía no se estaban congregando [672] cuando la flota —cuyos efectivos as-
2 cendían a ciento diez naves [673]— arribó a Egina. Su general

---

Greek Chronology», *Historia* 4 [1955], págs. 385 y sigs.), siempre preocupó a los persas (cf. G. Harris, *Ionia under Persia, 547-477 B. C.*, Evanston, 1971, págs. 168 y sigs.). Diodoro, XI 27, da, para la flota persa en 479, una cifra algo superior a las 400 unidades.

[671] Los persas, pues, ignoraban que los griegos los habían perseguido hasta Andros (cf. VIII 108, 1), y que sólo la oposición de los peloponesios había impedido que la ofensiva naval que pretendía proseguir Temístocles se llevara a cabo (cf. notas VIII 541 y 542).

[672] Sobre la movilización del ejército griego, cf., *infra*, IX 6 y sigs.

[673] Como este número, en comparación con los efectivos navales que los griegos opusieron a los persas en Salamina (cf. VIII 48), parece demasiado exiguo, la crítica alemana (cf. H. Delbrück, *Geschichte der Kriegskunst. I. Das Altertum*, 3.ª ed., Berlín, 1920, págs. 96 y sigs.; G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 717; Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 402 y sigs.) consideró que Atenas envió a Egina tan sólo una flotilla porque discrepaba, ante el peligro que para el Ática representaba la presencia de Mardonio en Tesalia, de la política tendente a la ofensiva naval que —a instancias de Temístocles— propugnaban los

y almirante supremo [674] era Leotíquidas [675] (hijo de Ménares, nieto de Hegesilao [676] y descendiente de Hipocrátidas, Leotíquidas, Anaxilao, Arquidamo, Anaxándridas, Teopompo, Nicandro, Carilao, Éunomo, Polidectas, Prítanis, Eurifonte, Procles, Aristodemo, Aristómaco, Cleodeo, Hilo y Heracles [677]), que pertenecía a la segunda familia

---

espartanos para el año 479 a. C. (cf. nota VIII 639). Lo más probable, sin embargo, es que Atenas, una vez libre de la amenaza de la flota persa, decidiera reforzar su ejército de tierra con parte de las dotaciones que habían integrado la flota en la campaña naval del año precedente.

[674] Como indica Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 149, nota 1), «il était à prévoir que les opérations auxquelles présiderait Leutychidès en comporteraient de terrestres; et, par le fait, à Mycale, la flotte ne joua aucun rôle. Il n' était donc pas hors de propos de préciser que le commandement confié à Leutychidès ne serait pas seulement celui d' un amiral (*naúarchos*), mais celui de commandant en chef [*stratēgós*] de toutes les opérations à faire». El que los lacedemonios nombraran *navarco* (cf. nota VIII 218) a uno de sus reyes es posiblemente una prueba de su interés por el eficaz desarrollo de las operaciones navales (junto al caso de Pausanias, el de Leotíquidas es el único ejemplo de ello a lo largo de todo el siglo v a. C.).

[675] Rey de Esparta, de la familia de los Euripóntidas, de 491 (cuando, con el apoyo de Cleómenes I, consiguió que se depusiera a Demarato; cf. VI 61 y sigs.; K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, I 2, págs. 179 y sigs.; II 2, págs. 190 y sigs.; J. Kroymann, *Sparta und Messenien*, Berlín, 1937, págs. 13 y sigs.), a 476 a. C. (cf. VI 72).

[676] Llamado Agis en VI 65, 1. Probablemente se trataba de un hipocorístico y su verdadero nombre (que Heródoto cita en jonio) es el que aquí aparece.

[677] Al igual que ocurre en el caso de Leónidas en VII 204, Heródoto, a pesar de que ya ha hablado con anterioridad de Leotíquidas, cita su árbol genealógico, por parte de padre (cf. nota VII 2), cuando el rey espartano va a desempeñar militarmente un activo papel. Vid. el cuadro genealógico de las dos casas reinantes en Esparta en G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, págs. 230-231. Sobre la pretensión de los monarcas espartiatas de descender de Heracles, cf. nota VIII 587.

3 real [678] (todos esos personajes, salvo los siete primeros que he enumerado tras Leotíquidas, habían sido reyes de Esparta [679]). Por su parte, al frente de los atenienses se hallaba Jantipo [680], hijo de Arifrón.

132 Cuando todas las naves estuvieron en Egina, llegaron al campamento griego unos emisarios jonios (entre quienes figuraba Heródoto, hijo de Basilides [681]), que, poco antes de los hechos que nos ocupan, ya se habían presentado en Esparta para pedirles a los lacedemonios que liberasen
2 Jonia [682]. Estos sujetos, que en un principio eran siete,

---

[678] A la de los Euripóntidas. La mayor consideración de que gozaban los Agíadas sobre aquéllos (el historiador la justifica mediante una leyenda etiológica sobre dos hermanos gemelos; cf. VI 52) debía de tener como origen la fusión de dos comunidades dorias distintas cuyos jefes siguieron ocupando sus puestos rectores (cf. PAUSANIAS, III 12, 8; 14, 2; y P. OLIVA, *Sparta and her social problems,* Praga, 1971, págs. 23-28).

[679] Pues a Teopompo (rey de Esparta —el primero conocido— a finales del siglo VIII y comienzos del VII a. C., mencionado por TIRTEO [fr. 4 DIEHL], que intervino en la primera guerra mesénica) le había sucedido su primogénito, Arquidamo, mientras que Leotíquidas descendía de su otro hijo, Anaxándridas (cf. W. W. HOW, J. WELLS, *Commentary on Herodotus...,* II, pág. 278).

[680] El padre de Pericles (cf. VI 131, 2; y nota VI 666), que había sido ostraquizado (cf. nota VIII 293) en el año 484-483 (cf. ARISTÓTELES, *Const. Atenas* 22, 6), y que, probablemente, regresó a Atenas aprovechando la amnistía que se concedió a comienzos del año 480 (cf. nota VIII 405; y J. CARCOPINO, *L' ostracisme athénien,* París, 2.ª ed., 1935, págs. 148 y sigs.).

[681] Se ignora quién era este personaje y la razón de que el historiador lo cite expresamente. Quizá lo hace porque, aun siendo quiota, era tocayo suyo y porque, como le pasó a él (cf. F. JACOBY, *s.v.* «Herodotos», *R.E...,* col. 216), tuvo que expatriarse por oponerse a un tirano.

[682] El término está aquí utilizado en sentido etnográfico y no estrictamente geográfico, aludiendo a todas las comunidades griegas de Asia Menor sometidas a los persas. Hay que observar, sin embargo, que los «emisa-

se habían conjurado para tramar la muerte de Estratis, el tirano de Quíos [683]; pero, al ser descubierta su conspiración, dado que uno de los implicados denunció el complot, fue por lo que los otros seis abandonaron subrepticiamente Quíos, dirigiéndose a Esparta; y, en aquellos precisos momentos, se trasladaron a Egina [684] para pedirles a los griegos que condujeran su flota a Jonia.

Los emisarios jonios a duras penas consiguieron que los helenos llegasen hasta Delos [685], pues toda la zona que 3
quedaba más al Este infundía pavor a los griegos, ya que no conocían aquellos parajes y creían que todos ellos se hallaban atestados de soldados enemigos; es más, en su fuero interno, consideraban que Samos se encontraba tan lejos como las Columnas de Heracles [686]. Así, se dio la

---

rios jonios» sólo debían representar a los enemigos de la tiranía (cf. nota V 113) en Quíos.

[683] Estratis ya aparece citado, en IV 138, 2 (con ocasión de la campaña de Darío contra Escitia), como tirano de Quíos (sobre la isla, cf. nota VIII 525), por lo que su gobierno (a no ser que el aquí mencionado fuera su hijo) se venía ejerciendo por espacio de más de 34 años. Como los conjurados eran al principio siete (número que suele aparecer en contextos novelescos; cf., por ej., III 70 y sigs.), D. Fehling, *Die Quellenangaben bei Herodot...*, págs. 160 y sigs., considera que Heródoto narra sólo parte de una historia, en la que se contarían los pormenores de la conjura contra Estratis.

[684] Del texto parece desprenderse que, en Esparta, los quiotas no tuvieron éxito en su petición (a no ser que los éforos les indicaran que debían plantear su demanda a Leotíquidas, como *navarco* de la flota).

[685] Isla del Egeo, en el archipiélago de las Cícladas, a unos 160 km. al E. de Egina, donde se hallaba el santuario panjonio, consagrado a Apolo, más importante del mundo griego.

[686] Es decir, el Estrecho de Gibraltar (con alusión a las montañas de Calpe [= Gibraltar] y Abila [= Ceuta]; cf. Pomponio Mela, II 6, 96 [vid., sin embargo, las diferentes explicaciones que, para el término, ofrece Estrabón en III 5, 5]). Naturalmente, estamos ante una *reductio*

circunstancia de que los bárbaros, aterrorizados como estaban, no se atrevieron a adentrarse en alta mar más al Oeste de Samos, ni los griegos, pese a las demandas de los de Quíos, más al este de Delos, de manera que el miedo se convirtió en guardián del espacio que los separaba.

133 *Mardonio, desde Tesalia, manda consultar a los oráculos*

Mientras los griegos, insisto, ponían proa a Delos, Mardonio seguía invernando por Tesalia. Y, cuando se disponía a abandonar dicha región [687], envió a los diversos oráculos a un natural de Europo [688], cuyo nombre era Mis, con la orden de que fuera a interrogar a todos aquellos oráculos que los persas po-

---

ad absurdum que seguramente refleja la opinión de la fuente quiota del historiador. Además de que Delos se halla más cerca de Quíos (de la que la separan poco más de 100 km.) que de Egina, y aunque la guerra debió interrumpir las comunicaciones por mar entre los griegos de la península helénica y los de Anatolia, los atenienses no hacía ni 20 años que habían realizado, apoyando a los jonios sublevados, una incursión contra Sardes (cf., *supra*, V 99 y sigs.), y los propios lacedemonios habían atacado Samos en tiempos de Polícrates (cf. III 47 y sigs.). Probablemente Leotíquidas no consideró oportuno atacar a los persas en sus propias bases porque no tendría plena seguridad de contar con un decidido apoyo entre los griegos de Quíos y de otros lugares.

[687] Cf. IX 1. Para otra posible interpretación del texto griego, cf. R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, pág. 567 («from headquarters there»).

[688] Probablemente nombre alternativo de Euromo, ciudad de Caria (cf. Estrabón, XIV 18, 2; Esteban de Bizancio, s.v. *Eúrōmos*), a unos 12 km. al NW. de Milasa (cf. nota V 156). Que Mis era cario se deduce del propio relato de Heródoto (cf. VIII 135, 3) y lo confirma Pausanias (IX 23, 6), al narrar la misma historia. Contamos con otros testimonios (cf. Tucídides, VIII 85, donde un cario sirve de intérprete entre el sátrapa Tisafernes y los lacedemonios) que confirman que los persas utilizaban carios (que hablaban un idioma que conocemos merced a una serie de inscripciones realizadas en un alfabeto híbrido del griego occidental

dían consultar [689]. No puedo precisar (pues lo cierto es que no hay noticias al respecto) qué es lo que quería saber de los oráculos al encargarle esa misión; pero, personalmente, creo que lo envió para que recabara informaciones sobre sus perspectivas de entonces, y no sobre otro tema.

El tal Mis, como es sabido, visitó Lebadea [690], donde 134
mediante cierta suma, convenció a un lugareño para que bajase a la gruta de Trofonio [691]; y también visitó Abas,

y del chipriota) como intérpretes entre ellos y los griegos. Cf. L. Robert, «Le Carien Mys et l' oracle du Ptoîon», *Hellenica* 8, págs. 31 y sigs.

[689] Ya que los persas no controlaban todas las zonas de Grecia en que había santuarios oraculares. Hay que destacar que el enviado de Mardonio no acudiera a Delfos a consultar el oráculo de Apolo, lo cual ha permitido suponer que esa omisión en el episodio que narra el historiador se debe a tradición délfica, posterior a la presumible visita de Mis, en un intento tendencioso por justificar la actitud de Delfos tras su inicial ambigüedad (cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote...*, pág. 291). Sobre la tolerante política de los Aqueménidas, en materia religiosa, con los países bajo su dominio, cf. apéndice II al libro VII.

[690] En Beocia occidental, a unos 35 km. al E. de Delfos (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description of Greece...*, V, págs. 196 y sigs.).

[691] Literalmente, «para que bajase hasta Trofonio». Trofonio era una divinidad ctónica pregriega, que fue asimilada por la figura de Zeus (cf. Livio, XLV 27; Pausanias, I 34, 2; Estrabón, 414) y por la de otros dioses (cf. Cicerón, *De nat. deor.*, III 22, 56), convirtiéndose entonces en un mero héroe protagonista del cuento popular del 'ladrón astuto' (cf. G. Radke, *s.v.* «Trophonios», *R.E.*, 7 A, 1 [1939], cols. 678 y sigs.), del que, en otro contexto, tenemos un buen ejemplo en la propia *Historia* (cf. II 121, y nota II 428). Las consultas que se practicaban en su oráculo consistían en una complicada serie de ritos, rodeados de pruebas que debían atemorizar a los consultores (por eso Mis se vale de un tercero), que, en lo fundamental, conocemos gracias a la experiencia personal de Pausanias (IX 39, 3 y sigs.). Para interrogar al oráculo (cosa que sólo podían hacer los hombres), el interesado debía purificarse durante varios días, permaneciendo en la capilla de *Týchē* (= la *Fortuna*, una divinidad propiciatoria) y comiendo únicamente carne procedente de animales sa-

en Fócide, a fin de interrogar al oráculo [692]. Con todo, el primer lugar que, en concreto, visitó fue Tebas, donde, a su llegada, ante todo consultó a Apolo Ismenio [693] (dicho oráculo puede consultarse, al igual que ocurre en Olimpia, mediante las entrañas de las víctimas [694]), y, acto seguido, convenció —sobornándolo— a un forastero, y no a un tebano, para que fuera a dormir al santuario de An-
2 fiarao [695]. (Ningún tebano puede solicitar predicciones en

crificados; posteriormente, bebía agua de dos fuentes consagradas, respectivamente, al Olvido y a la Memoria (para olvidar el pasado y poder recordar las predicciones que fuera a recibir); y, por último, bajaba de noche a un pozo, situado en una cueva, donde, tras reptar por un orificio, se producía la revelación. Al volver a la superficie, los sacerdotes encargados del oráculo lo sentaban en el «Trono de la Memoria», le preguntaban lo que había visto y oído (el consultor, presumiblemente, debía bajar al pozo en un estado de semiinconsciencia producido por alucinógenos), y tomaban nota de ello para, una vez interpretadas sus palabras, dictarle en versos el vaticinio (cf. Pausanias, IV 32, 5).

692 Que estaba consagrado a Apolo (cf., *supra*, I 46, 2). Pese a que, en VIII 33, el historiador ha aludido al saqueo e incendio del templo de Abas por parte de los persas, el oráculo debió de seguir funcionando.

693 Cf. nota V 271.

694 Concretamente se trataba de un procedimiento piromántico (cf. Píndaro, *Ol.*, VIII 2; Sófocles, *Edipo Rey* 21), que consistía en que las respuestas oraculares se formulaban a partir de la observación de la combustión de las vísceras de los animales sacrificados (como el texto de los manuscritos no indica nada al respecto, de ahí que se haya sugerido otra lectura [*empýroisi* = «mediante la combustión de las víctimas»]; cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre VIII...*, aparato crítico *ad locum*, y pág. 151, nota 3).

695 No debe de tratarse del que existía en Oropo (al N. del Ática, cerca de la frontera con Beocia; cf. Pausanias, I 34), sino de otro santuario situado en las cercanías de Tebas (cf. Pausanias, IX 8, 3). Anfiarao, al igual que Trofonio, debió ser primitivamente una divinidad ctónica; luego pasó a convertirse en un héroe originario de Argos que desempeñó un importante papel en la leyenda de los «Siete contra Tebas» (cf.

dicho oráculo por el siguiente motivo: Anfiarao los animó, por medio de vaticinios, a que, de dos posibles opciones —contar con él en calidad de adivino o como aliado—, escogieran la que quisiesen, renunciando a la otra. Ellos, entonces, prefirieron que fuera su aliado; de ahí que ningún tebano pueda pasar la noche en el interior del santuario [696].)

Y por cierto que, al decir de los tebanos, en aquellos 135
momentos se produjo un portento que se me antoja extraordinario: resulta que Mis de Europo, con ocasión del recorrido que estaba efectuando por todos los oráculos, se presentó también en el recinto sagrado de Apolo Ptoo [697]. (Este santuario, que recibe el nombre de «El Ptoo», pertenece a los tebanos [698] y se halla situado al norte del lago

A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica...*, págs. 144 y sigs.). La obtención de vaticinios en su templo se lograba mediante la interpretación de los sueños del consultor, que, tras haber ayunado durante un día y haber sacrificado un carnero, dormía en el interior del santuario sobre la piel del animal sacrificado (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, V, pág. 31; E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional...*, págs. 103 y sigs.). Plutarco (*Arístides* 19; *Moralia* 412), al narrar la consulta que Mardonio ordenó hacer en el santuario de Anfiarao, cuenta las cosas de diferente manera —y con más pormenores—, anticipando el fin del general persa en Platea (cf. IX 64, 2).

[696] Posiblemente esta exclusión de los tebanos como consultores del oráculo se remontaba a finales del segundo milenio, estando originariamente motivada por la diferencia de raza entre la población beocia y la prehelénica. Cf. R. W. Macan, *Herodotus. Seventh, eighth...*, I, págs. 569-570.

[697] Así llamado por encontrarse en unas terrazas artificiales construidas en la vertiente occidental del monte Ptoo, una sierra cuya máxima altura alcanza los 725 m. El santuario fue excavado por la Escuela Francesa a finales del siglo pasado (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, V, págs. 100 y sigs.).

[698] El monte Ptoo se halla a unos 15 km. al N. de Tebas.

Copaide [699], en el flanco de una montaña, muy cerca de la ciudad de Acrefia [700].)

2 Cuando este personaje, el llamado Mis, entró en dicho santuario, acompañado de tres ciudadanos designados oficialmente [701] para anotar el vaticinio que fuera a dictar el dios, he aquí que, de improviso, el sacerdote se puso
3 a profetizar en una lengua bárbara [702]. Los tebanos que acompañaban a Mis, al oír un idioma bárbaro en vez de griego, se quedaron estupefactos y no sabían qué hacer ante lo que estaba ocurriendo. Entonces Mis de Europo les arrebató de las manos la tablilla [703] que llevaban y con-

---

[699] Más concretamente, en la orilla nororiental de dicho lago, que, en la Antigüedad (y en invierno), alcanzaba los 200 Km^2 de superficie, por lo que cubría la mayor parte de la llanura occidental de Beocia (ya entonces se practicaron en él algunos trabajos de avenamiento). Fue definitivamente desecado en 1886.

[700] El templo se hallaba a unos 2,5 km. al NW. de la ciudad (cf. PAUSANIAS, IX 23, 5), que gozó de una relativa autonomía entre 550-480 y 456-446 a. C. (cf. P. GUILLOU, «Les trépieds du Ptoïon», *Revue Études Grecques* 56 [1943], págs. 360 y sigs.).

[701] Por el gobierno de Tebas. Apolo emitía sus vaticinios en «El Ptoo» a través de un sacerdote (el *prómantis* o *prophḗtēs*) que se hallaba en el interior de una cueva artificial situada un poco más abajo del templo. A diferencia de lo que ocurría en Delfos, las respuestas de ese *prómantis* no necesitaban de ulterior interpretación por parte de otros sacerdotes (cf. L. ROBERT, «Le Carien Mys et l' oracle du Ptoïon»..., págs. 28 y sigs.).

[702] El milagro, pues, consistió en que el sacerdote se expresó en cario, una lengua que, presumiblemente, no hablaría. Según PAUSANIAS (IX 23, 6), Mis interrogó al oráculo en cario, pero ese testimonio del periégeta se debe probablemente a una errónea interpretación de HERÓDOTO, VIII 133, 1, donde aparece el verbo *apopeirân* no con el significado de «poner a prueba», sino con el de «consultar». (Por su parte, PLUTARCO, *Moralia* 412-414, interpretó el prodigio como un rechazo del óraculo a mancillar la lengua griega utilizándola para dirigirse a un bárbaro.) En general, vid. G. DAUX, «Mys au Ptoïon», *Latomus* 23 (1957), págs. 157 y sigs.

[703] Cf. nota VII 1.103.

signó en ella lo que estaba diciendo el profeta, indicándoles que vaticinaba en lengua caria. Y, una vez anotada la respuesta, se fue, regresando a Tesalia.

Mardonio envía a Atenas, en calidad de embajador, a Alejandro de Macedonia para entablar negociaciones de paz

Cuando Mardonio leyó lo que, en concreto[704], decían los oráculos, envió acto seguido a Atenas, en calidad de embajador, a Alejandro de Macedonia[705], hijo de Amintas; y lo envió tanto porque con él se hallaban emparentados los persas (el persa Búbares estaba casado con Gigea[706] —hermana de Alejandro e hija de Amintas—, con la que había tenido al Amintas de Asia, que se llamaba como su abuelo materno y a quien, por cierto, el rey le había concedido el gobierno de Alabanda[707], una importante ciudad de Frigia), como 136

[704] Heródoto, como indica en VIII 133 (*ad finem*), desconocía el propósito de las consultas que Mardonio ordenó hacer a Mis. Que los oráculos hubieran aconsejado una iniciativa diplomática es una mera deducción del historiador (cf. el final de este capítulo).

[705] Cf. nota VIII 178.

[706] Acerca de las razones de ese matrimonio (que debió de celebrarse con posterioridad al año 498; cf. nota V 80), cf. V 21, 2. Sobre Búbares, vid. nota VII 148.

[707] El texto plantea problemas, ya que Alabanda se encontraba en Caria, en la margen izquierda del río Marsias, el último gran afluente del Meandro por la izquierda (cf. Estrabón, XIV 2, 22). Si Heródoto hubiera sufrido un error al hablar de la región en que se hallaba la ciudad (lo que no parece muy verosímil, ya que era natural de Halicarnaso, a unos 80 km. al SW. de Alabanda), habría que traducir, quizá, «...el rey [presumiblemente, Jerjes] le había concedido la explotación de los recursos de Alabanda...» (cf. J. E. Powell, *Lexicon Herodotus...*, s.v. *némō*), ya que esa ciudad caria era regida por un tirano nativo (cf., *supra,* VII 195). Por ello se ha propuesto (a partir de Esteban de Bizancio, s.v. *Alábastra*) la corrección de Alabanda por Alabastra, si bien no conocemos ninguna importante ciudad de ese nombre en Frigia, re-

porque Mardonio había averiguado que Alejandro era *pró-*
2 *xenos* y *evergétes*[708]. De hecho, creía que esa sería la mejor manera de ganarse a los atenienses, un pueblo que, según sus noticias, era verdaderamente[709] numeroso y valiente; además, sabía que los principales responsables de los reveses que los persas habían sufrido por mar habían
3 sido los atenienses. Así pues, si estos últimos abrazaban su causa, estaba seguro de hacerse fácilmente con el dominio del mar (cosa que, en efecto, habría sucedido[710]), y por tierra se consideraba netamente superior, por lo que, en esas condiciones, estimaba que sus fuerzas se impon-

---

gión de Anatolia occidental (tanto Tolomeo [IV 5, 59], como Plinio [V 9, 61], mencionan una Alabastra en Egipto).

[708] De los atenienses, se entiende. Se denominaba *próxeno* al individuo al que una ciudad extranjera encargaba la misión de defender sus intereses en la patria de éste, y de hospedar a sus enviados oficiales cuando se desplazaran allí, siendo, pues, una especie de cónsul (cf. VI 57, 2; Jenofonte, *Helénicas,* VI 3, 4; y F. Gschnitzer, *s.v.* «Proxenos», *R.E.*, supl. XIII, 1973, cols. 629 y sigs.). El título de *evergétes* (= «bienhechor») se otorgaba a un extranjero que hubiese prestado destacados servicios al Estado que se lo concedía (sobre la posible ocasión para que Atenas otorgara este título a Alejandro, cf. VII 173, 3). La concesión de ambas distinciones a una misma persona no era infrecuente (aunque los primeros decretos conocidos sobre el particular datan de la segunda mitad del siglo v a. C.; cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions...,* núms. 70, 80, 82, 90 y 91). Pese a todo, no es seguro que Alejandro I recibiera esos títulos, por parte de los atenienses, antes del final de la Segunda Guerra Médica; cf. B. Virgilio, «L'atteggiamento filoateniese e antipersiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno», *Commento storico al Quinto Libro delle 'Storie' di Erodoto,* Pisa, 1975, págs. 137 y sigs.

[709] Si interpretamos *âra* en sentido irónico, podría traducirse «que... era —para sorpresa suya— numeroso...». En cualquier caso, esta afirmación se halla en aparente contradicción con lo que el propio Mardonio dice en VII 5, 2 (cf., empero, su intervención ante Jerjes, en VII 9).

[710] Cf. VII 139, y nota VII 664.

drían a las de los griegos. También es posible que los oráculos le hubieran prevenido sobre el particular, aconsejándole que se procurase la alianza del pueblo ateniense; de ahí que, siguiendo su dictado, enviara a Alejandro.

Origen de los reyes de Macedonia

Y por cierto que Perdicas, el sexto 137
antepasado [711] del tal Alejandro, fue quien se apoderó del reino de Macedonia; y lo logró de la siguiente manera: tres hermanos —Gavanes, Aéropo y Perdicas—, que descendían de Témeno [712], huyeron de Argos

---

[711] El texto griego dice «el séptimo antepasado», por la tendencia de la lengua griega a la enumeración inclusoria, con los ordinales, del primero y el último de una serie (cf. VIII 139). Perdicas I fue rey de Macedonia en la primera mitad del siglo VII a. C. y, durante su reinado, los macedonios conquistaron la zona costera del golfo Termaico entre las desembocaduras de los ríos Haliacmón y Axio (cf. K. Rosen, «Die Gründung der makedonischen Herrschaft», *Chiron* 8 [1978], págs. 1 y sigs.).

[712] Uno de los hijos de Aristómaco, y por lo tanto descendiente de Heracles (cf. VIII 131, 2). Fue el Heráclida al que, tras la conquista del Peloponeso (cf. nota VI 249), le correspondió reinar en Argos. Tucídides (II 99, 3-100, 2) coincide con Heródoto respecto a esta descendencia de los reyes macedonios. En el siglo IV a. C., sin embargo (cf. Teopompo, fr. 393, *F. Gr. Hist.* 115), se consideró fundador de la monarquía macedonia al bisabuelo de Perdicas, Cárano (un hijo o hermano de Fidón de Argos; cf. nota VI 641), probablemente al objeto de que la dinastía fuera tan antigua como la de los Aqueménidas (cf. apéndice III al libro VII; y H. Kleinknecht, «Herodot und die makedonische Urgeschichte», *Hermes* 94 [1966], págs. 134 y sigs.). En el episodio que pasa a narrar Heródoto nos encontramos nuevamente (cf. IV 5, 3-4, y nota IV 18, para la historia legendaria de los escitas) con el tema folklórico de los tres hermanos, el menor de los cuales es quien consigue triunfar, representantes quizá de tres tribus emparentadas (cf. Hesiquio, s.v. *Aéropos*). Si el nombre de Gavanes está relacionado con el de los bueyes (a partir del sánscrito *gaúh* = griego *boûs*), y Aéropo con el de los caballos (en la segunda parte del compuesto), estaríamos quizá ante un reflejo de la distinción, entre los indoeuropeos, de tres clases sociales (Gavanes

a Iliria [713], desde donde pasaron a la Alta Macedonia [714]
2 y llegaron a la ciudad de Lebea [715]. En dicha localidad trabajaron a sueldo al servicio del monarca [716]: uno apacentaba caballos, el otro bueyes y Perdicas, el más joven de los tres, ganado menor [717].

---

representaría a los sacerdotes, Aéropo a los guerreros y tal vez Perdicas —cf. el parágrafo siguiente, donde el historiador cuenta que se ocupaba del ganado menor— a los pastores); cf. G. DUMÉZIL, *L'idéologie tripartie des Indo-Européens,* Bruselas, 1958, págs. 9 y sigs.

[713] Pese a que Argos del Peloponeso constituye la metrópoli de la casa real de Macedonia en todas las versiones de la leyenda (cf. ISÓCRATES, *Filipo* 32), esa conexión debe estar motivada por la similitud del nombre de la ciudad con el de la tribu macedonia de los *Argéadas,* que se había impuesto a otras tribus vecinas (cf. ESTRABÓN, 329), procedentes del alto curso del Haliacmón (la mención de esta estancia de los tres hermanos en Iliria, al NW. de Macedonia, conjugaba la leyenda con la efectiva imposición de una tribu occidental sobre todos los macedonios), donde se hallaba la ciudad de Argos Oresticon (cf. ESTEBAN DE BIZANCIO, *s.v.*), en la región de Orestíade (cf. TUCÍDIDES, II 80, 6; PAUSANIAS, VII 9, 9; y A. DASKALAKIS, «L'origine de la maison royale de Macèdonie et les légendes relatives de l'antiquité», *Archaía Makedonía,* Tesalónica, 1970, págs. 155 y sigs.).

[714] Cf. nota VII 611 (aunque, en este caso, la región así llamada sería toda la que se extiende desde las fuentes del Axio hasta las del Haliacmón).

[715] Se desconoce el emplazamiento de esta ciudad (cf., sin embargo, G. STRASBURGER, *Lexikon frühgr. Geschichte...,* pág. 256).

[716] El marco socio-político en que se desarrolla la leyenda que narra el historiador es el de la monarquía agraria (cf. ARISTÓTELES, *Política* 1285b) del tipo de la que aparece en los poemas homéricos (sobre la figura en ellos del jornalero [el *thēs,* en griego], empleo que ejercían los tres hermanos, cf. M. I. FINLEY, *The World of Odysseus = El mundo de Odiseo* [trad. de M. HERNÁNDEZ BARROSO], México, 1961, págs. 61 y sigs.). Acerca del monarca aquí aludido anónimamente, cf. el argumento de HIGINIO (*Fab.* 219) sobre el perdido *Arquelao* de EURÍPIDES; y PAUSANIAS, IX 40, 8.

[717] Es decir, ovejas y cabras, ya que el término griego hace referencia a reses gregarias.

Antiguamente, hasta las familias reales eran pobres, no sólo el pueblo; y, por eso, la mujer del rey les preparaba personalmente la comida [718]. Pues bien, siempre que ponía 3 a cocer el pan, la hogaza del jornalero más joven, la de Perdicas, se hacía espontáneamente el doble de grande [719]; y, en vista de que ese fenómeno se repetía una y otra vez, la mujer se lo contó a su marido. Al oírlo, a este último le asaltó inmediatamente la idea de que se trataba de un prodigio que presagiaba algo serio, así que llamó a sus jornaleros, ordenándoles que se marcharan de sus tierras, si bien ellos le respondieron que, antes de partir, tenían 4 derecho a cobrar su salario. Entonces el rey, al oír hablar del salario —y como quiera que un rayo de sol penetraba en la estancia por el agujero que servía de chimenea [720]—, ofuscado por alguna divinidad [721], exclamó, señalando el

[718] Sobre la simplicidad de la vida en la Grecia primitiva, cf. *Ilíada*, VI 424 (los hermanos de Andrómaca se encargan de apacentar el ganado), *Odisea*, VI 85 y sigs. (Nausícaa es la encargada de la colada de su familia), así como el juicio de TUCÍDIDES, I 2, acerca de la economía en esa época.

[719] Rasgo de dignidad real, al recibir una porción doble (cf. VI 57, 1, para los reyes de Esparta, descendientes, como en la leyenda de Perdicas, de Heracles). Sobre el carácter folklórico del motivo, cf. W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle...*, págs. 197 y sigs.

[720] Se hallaban, pues, reunidos en la estancia principal de la casa, el *mégaron*, donde se encontraba el hogar que servía para los sacrificios y que contaba en el techo con una simple abertura como salida de humos.

[721] Nos encontramos aquí con una concepción divina que puede parecer próxima a la de los poemas homéricos (cf. *Il.*, XII 254; *Od.*, XXIII 11; y vid. J. ALSINA, «Pequeña introducción a Homero», *Estudios Clásicos* 5 [1959-60], págs. 61 y sigs.; y, en general, K. DEICHGRÄBER, *Der listensinnende Trug des Gottes*, Gotinga, 1954), aunque en Heródoto los hombres suelen obtener lo que merecen —en este caso, el rey se niega a pagar el salario a sus jornaleros—, de manera que el equilibrio moral queda restablecido; cf. J. KROYMANN, «Götterneid und Menschenwahn...», págs. 166 y sigs.

rayo de sol: «¡Ese es el salario que os merecéis y que os entrego!» Como es natural, Gavanes y Aéropo, los hermanos mayores, se quedaron atónitos al oír esa respuesta; pero el benjamín, que casualmente tenía un cuchillo, le dijo lo siguiente: «Majestad, aceptamos lo que nos das». Y, con su cuchillo, trazó un círculo alrededor de la luz que el sol proyectaba en el suelo de la estancia; tras de lo cual, hizo en tres ocasiones ademán de sacar del círculo la luz del sol y de introducirla en el pliegue de su túnica [722]. Y, acto seguido, se marchó en compañía de sus hermanos.

138 Los tres hermanos, como digo, se fueron, pero un consejero [723] del rey le aclaró qué es lo que había hecho [724] y con qué propósito había cogido su remuneración el hermano más joven. Entonces el monarca, al oír la explicación, montó en cólera y envió en su persecución a unos jinetes para que los matasen. Sin embargo, en esa región hay un río [725] (al que los descendientes de esos personajes

---

[722] Perdicas coge los tres salarios (el pliegue que formaba la túnica en la cintura podía servir de bolsillo; cf., *supra*, VI 125, 3) y, al hacerlo, toma simbólicamente posesión de lo que el sol ilumina: la tierra del país, de acuerdo con la concepción irania del *švareno* (el esplendor luminoso de la majestad real), según la cual el sol es un rasgo distintivo de la realeza, y de la germánica del *Sonnenlehen*, de la posesión del sol, donde se pone al astro por testigo (cf. H. Kleinknecht, «Herodot und die makedonische Urgeschichte»..., pág. 141).

[723] Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, pág. 227), «la presenza di questi cortigiani o consiglieri stride con il carattere umile e patriarcale della scena. È una delle caratteristiche della favola il confondere diversi piani narrativi con una ingenuità che è la fonte prima del suo fascino».

[724] El monarca, se entiende, al proferir palabras inadecuadas.

[725] Aunque el historiador no lo especifica (y, por otra parte, el que un río salve a unos fugitivos es un tema recurrente en los relatos fabulosos; cf. W. Aly, *Volksmärchen...*, pág. 198), es posible que se trate del

llegados de Argos le ofrecen sacrificios por haberlos salvado) que, cuando los Teménidas [726] lo hubieron cruzado, expe- 2
rimentó una crecida tan grande que los jinetes no pudieron vadearlo. Por su parte, los tres hermanos llegaron a otra comarca de Macedonia [727] y se establecieron cerca de los jardines que, según cuentan, pertenecieron a Midas, hijo de Gordias [728], donde crecen rosas silvestres, cada una de las cuales tiene sesenta pétalos y cuya fragancia supera a la de las demás rosas [729]. (Al decir de los macedonios, 3
fue asimismo en dichos jardines donde Sileno [730] se vio

río Begorritis, que desemboca en el lago de su mismo nombre, y que fluye, de Sur a Norte, al E. de Argos Oresticon.

[726] Es decir, Perdicas y sus hermanos, que descendían de Témeno (cf. VIII 137, 1). El patronímico que aparece en griego (cf. nota VII 2) se ha formado con el sufijo jonio *-idēs,* pues ese es el dialecto en que escribe Heródoto.

[727] A la Macedónide propiamente dicha (cf. VII 127, 1), donde se hallaba la ciudad de Egas, capital de los primeros reyes macedonios.

[728] Mítico rey de Frigia (sobre la presencia de los frigios en Europa, donde habitaron en Macedonia antes de pasar a Asia Menor, cf. VII 73, y nota VII 386), que, en realidad, debía de tratarse de una divinidad relacionada con la vegetación (cf. G. Dumézil, «Le problème des Centaures», *Annales du Musée Guimet* 41 [1929], pág. 243), como parece revelar su carácter animalesco (las orejas de asno con que lo castigó Apolo por haber fallado en favor de Marsias el certamen musical que enfrentó a este último con la divinidad; cf. Higinio, *Fab.* 191, y nota VII 178), su relación legendaria con Sileno (cf. nota VIII 730), o el que se le atribuyera la propiedad de unos jardines que debían de ser famosos.

[729] Probablemente se trata de la *rosa centifolia* («la rosa de las cien hojas»), de la que existen numerosas variedades.

[730] El sátiro más anciano y más sabio, al que se representaba como un obeso lascivo y borrachín, que pasó a dar nombre genérico a todos los sátiros (cf. VII 26, 3), y que se caracterizaba por sus rasgos equinos, habilidad para la música, dotes proféticas cuando estaba embriagado y lubricidad desenfrenada (por lo que debía de haber sido, primitivamente, una divinidad del agua fecundadora [cf. latín *silanus*], y de ahí su relación

capturado. Y por cierto que, dominando los jardines, se alza una montaña, llamada Bermio, que resulta inaccesible a causa del frío [731].) Una vez dueños de esa región, los Teménidas la utilizaron como base de operaciones y conquistaron asimismo el resto de Macedonia [732].

139 Pues bien, Alejandro descendía del tal Perdicas con arreglo a la siguiente genealogía [733]: Alejandro era hijo de Amintas, que lo era, a su vez, de Álcetas. El padre de Álcetas fue Aéropo; el de este último fue Filipo; el de Filipo, Argeo; y el de éste lo fue Perdicas, el personaje que se hizo con el trono.

---

con Dioniso; cf. M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...*, I, págs. 564 y sigs.). Para el episodio al que aquí alude Heródoto (el apresamiento de Sileno, a quien los siervos de Midas encontraron borracho, llevándolo a presencia del monarca, que lo trató afablemente y por ello fue recompensado con el don que le pidió: poder convertir en oro todo lo que tocase), cf. Jenofonte, *Anábasis* I, 2, 13; Pausanias, I 4, 5 (ambos sitúan la acción en Asia Menor); Ateneo, 45c.

[731] El monte Bermio (de 1.802 m. de altura), que se alza en las proximidades de Egas, y que —de Norte a Sur— llega hasta la margen izquierda del Haliacmón, posee nieves perpetuas.

[732] Los territorios costeros entre el Haliacmón y el Axio, así como la Macedonia meridional y septentrional, en perjuicio, sobre todo, de peonios y tracios. Como es lógico, el proceso de extensión del reino de Macedonia fue paulatino, prolongándose por espacio de tres centurias y media; cf., en general, P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu' à l' evénement d' Alexandre le Grand*, París, 1960.

[733] Cf. el cuadro genealógico de los Argéadas en G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, pág. 272. Salvo los reinados de Amintas I (de 540 a 498) y de Alejandro I (de 498 a 454), desconocemos la duración de los de sus predecesores, y los cálculos son meramente conjeturales; cf. Diodoro, VII 15-17, *apud* Eusebio, *Chron.* 107-108.

Atenas rechaza la oferta de Mardonio

Tal era, en suma, la genealogía de 140
Alejandro, hijo de Amintas.

Cuando llegó a Atenas —a donde Mar- α
donio lo había enviado [734]—, Alejandro se expresó como sigue [735]: «Éste es, atenienses, el comunicado de Mardonio [736]: «Me ha llegado

---

[734] Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro VIII...*, págs. 227-228), «siamo nel momento cruciale della guerra. Sul mare, i persiani sono sulla difensiva e tutte le loro speranze sono riposte in Mardonio e nel suo esercito. Risultano chiare le linee della loro strategia. Mardonio deve tentare di staccare gli ateniesi dagli spartani: l' esperienza delle passate battaglie e la situazione attuale sottolineano la difficoltà di un attacco frontale contro i greci collegati senza il controllo del mare. Il problema è quindi di isolare Sparta, provocando la defezione di Atene. Altrove Erodoto he detto che, a suo parere, l' esito vittorioso della guerra si spiega con la volontà ateniese di non piegarsi e di proseguire la lotta fino in fondo (VII 139). Nella risposta degli ateniesi ad Alessandro, questo giudizio prende corpo e sostanza. Il disegno di Serse non è senza fondamento. Sparta è la più grande potenza terrestre greca ed è alla testa dell' alleanza: le Termopili avevano insegnato como fosse rischioso provarsi in una battaglia campale con l' esercito spartano. Nel giudicare Atene il punto debole della lega avversaria, deve aver giocato anche la conoscenza dei dissensi tra gli ateniesi, che Erodoto, ligio alle sue fonti, non illustra espressamente, ma la cui esistenza trapela (cf. IX 4 sg.). La coraggiosa decisione ateniese di respingere le offerte del re sarà ribadita (IX 7 α-β e 11, 1-2), non senza significativi e rischiosi condizionamenti, nei quali è lecito leggere tra le righe i temi di uno sviluppo storico profondamente alterato rispetto alle sue premesse».

[735] El discurso de Alejandro se halla articulado en una triple gradación, al referir el mensaje de Mardonio, en el que se halla incluido el de Jerjes, y añadir su propio comentario a la situación, con lo que se consigue un clímax creciente a medida que los personajes que hacen uso de la palabra (Jerjes —ya en Asia—, Mardonio y Alejandro) se hallan más próximos al auditorio (probablemente, la *bulé* ateniense; cf. nota V 343).

[736] Cf. nota III 215.

un mensaje del rey [737] que dice así: 'Perdono a los atenien-
2 ses todos los agravios que me han inferido. Por ello, Mardonio, ahora debes hacer lo siguiente: ante todo, devuélveles su territorio [738]; y, acto seguido, que se anexionen por su cuenta cualquier otro país que deseen [739], y que conserven su autonomía [740]. Además, si realmente están dispuestos a llegar a un acuerdo conmigo, restaura todos los santuarios que yo mandé incendiar en su patria [741]. Al haber recibido estas instrucciones, me veo en la necesi-

---

[737] Resulta poco verosímil que Jerjes, desde Asia, enviara un mensaje a Mardonio con el contenido que aquí se indica (y que simplemente forma parte del protocolo diplomático persa, con arreglo al tratamiento acordado a los pueblos sometidos al Imperio que se hubiesen sublevado y a los que se formulaban propuestas de capitulación: promesas de no tomar represalias; mantenimiento de la unidad nacional; otorgamiento de beneficios [en este caso territoriales]; mantenimiento de un gobierno indígena; libertad religiosa; etc.; cf. J. M. Cook, *The Persian Empire*, Londres, 1983, págs. 67 y sigs.). Posiblemente, antes de su partida de Grecia, Jerjes habría autorizado a Mardonio para intentar pactar con los atenienses. Sea como fuere, hay que destacar que la situación de Mardonio, durante la campaña del año 479, no resulta excesivamente coherente (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 634, nota 1), ya que tan pronto se muestra partidario de llegar a un entendimiento diplomático con los griegos (en este caso con Atenas [su aparente necesidad de plegarse a la voluntad de Jerjes tiene por objeto dar un tono más amenazador a sus palabras]), para dividirlos, como se decanta por llevar a cabo una guerra a ultranza (cf., *infra*, IX 3; 4; 41 y sigs.).

[738] Posiblemente en el sentido de una renuncia persa a la soberanía *de facto*, pues el comienzo del capítulo implica que los atenienses habían reocupado Atenas durante el invierno de 480/479 a. C.

[739] Tal vez a costa de los megareos (que formaban parte de la alianza griega antipersa; cf. VIII 1, 1; 45), ya que los tebanos eran aliados de Jerjes (cf. VII 233).

[740] Es decir, el mantenimiento del gobierno democrático (cf. nota VI 207), desechándose la idea de una reinstauración de la tiranía (cf. VII 6, 2).

[741] Cf. VIII 53, 2.

dad de cumplirlas, a no ser que por vuestra parte haya algún impedimento. Por eso os hago la siguiente conside- 3
ración: ¿por qué os obstináis actualmente en mantener contra el rey una guerra insensata? Es indudable que no váis a conseguir derrotarlo y, por otra parte, no estáis en condiciones de resistir permanentemente: habéis visto el ingente número de los efectivos de Jerjes y los éxitos que han conseguido [742]; y también estáis al corriente de las fuerzas con que cuento en estos momentos, de manera que, aun suponiendo que os impongáis a nosotros, alzándoos con la victoria —cosa que, si estáis en vuestro sano juicio, no podéis esperar en modo alguno—, acudirá otro ejército mucho más potente. Por mediros con el rey, no aspiréis, en 4
definitiva, a perder vuestra patria y a poner constantemente en juego vuestra propia existencia; todo lo contrario, firmad la paz: podéis hacerlo con todos los honores, dado que esa es la voluntad del monarca [743]. ¡Conservad vuestra libertad aliándoos con nosotros sin fraudes ni engaños [744]!»

Esto es, atenienses, lo que Mardonio me encargó que β
os dijera. Por lo que a mí se refiere [745], no voy a hablaros de la simpatía que siento por vosotros (de hecho, no sería ahora la primera prueba que tendríais de ella [746]), pero os

---

[742] Mardonio sin duda alude al triunfo persa en las Termópilas y a la toma de Atenas por Jerjes (cf., además, H. STEIN, *Herodotus. Buch VIII...*, pág. 116).

[743] Naturalmente, la paz propuesta a Atenas no se consideraría en términos de igualdad; cf. nota III 66.

[744] Una fórmula estereotipada, empleada en la terminología diplomática como cláusula a un tratado (cf. I 69, 2; IX 7 α; TUCÍDIDES, IV 118, 1; V 18; 23; 47).

[745] Alejandro pasa a hablar *propria persona*.

[746] Cf. VII 173, 3, y nota VIII 708. (El título de «Filoheleno», con que se conoció a Alejandro I, es de tradición posterior; cf. *schol.* THUCYD., A 57, 2.)

5 ruego encarecidamente que prestéis oídos a Mardonio, ya que no os veo en condiciones de luchar permanentemente contra Jerjes (realmente, si os viera capaces de ello, jamás me hubiera presentado ante vosotros con semejantes proposiciones), pues el poderío del rey es sobrehumano y, ademas,
6 más, su brazo llega a todos los rincones [747]. Si —en resumidas cuentas—, ante las ventajosas condiciones que os ofrecen los persas por su deseo de pactar con vosotros, no llegáis a un rápido acuerdo con ellos, temo por vuestra suerte, pues os encontráis, mucho más que cualquiera de vuestros aliados, en plena ruta de los invasores, y sois los únicos que en todo momento os váis a ver perjudicados por ser dueños de una tierra idónea para servir de campo
7 de batalla [748]. Así que hacedme caso, pues para vosotros es un verdadero honor que el Gran Rey [749] acceda expresamente a perdonaros sólo a vosotros, en toda Grecia, los agravios pasados y a ser vuestro amigo».

141 Esto fue lo que dijo Alejandro.

Por su parte los lacedemonios, al tener noticias de que Alejandro se había presentado en Atenas para inducir a

---

[747] Literalmente, «y su mano es sumamente larga», aludiendo al poderío del monarca (cf. ISAÍAS, LIX 1; PÓLUX, II 151; y, en otro contexto, OVIDIO, *Her.*, XVII 166). El segundo hijo de Jerjes, Artajerjes I (que reinó en Persia de 465/464 a 424), fue conocido con el epíteto de *Makrócheir* (= *Longimano*), aludiendo precisamente a ese poderío (aunque el sobrenombre fue mal comprendido por PLUTARCO [*Artajerjes* 1], que lo interpretó en el sentido de que el monarca «tenía la mano derecha más larga que la izquierda»).

[748] Ya que el propósito de Mardonio era atacar el Peloponeso y, para ello (como ya había ocurrido el año anterior), forzosamente tenía que invadir el Ática.

[749] «Rey de los países» era el título con que era denominado, en Persia, el monarca reinante (cf. A. T. OLMSTEAD, *History Persian Empire...*, págs. 121 y sig.). El adjetivo, además, está justificado en este caso porque Alejandro también era rey (aunque sometido a Jerjes).

los atenienses a pactar con el Bárbaro, se acordaron de
los oráculos [750] que predecían su expulsión —así como la
de los demás dorios— del Peloponeso a manos de los me-
dos y de los atenienses, y temieron seriamente que estos
últimos pudieran pactar con el Persa, por lo que decidie-
ron enviar embajadores de inmediato. Y el caso es que 2
se dio la circunstancia de que la audiencia concedida a Ale-
jandro y a los espartiatas fue simultánea, pues los atenien-
ses habían retardado la sesión [751], dándole largas al asun-
to, convencidos de que los lacedemonios iban a enterarse
de la llegada de un emisario, enviado por el Bárbaro, para
proponerles un acuerdo, y de que, al tener noticias de ello,
despacharían embajadores a toda prisa. La actitud de los
atenienses era, pues, premeditada, al objeto de testimo-
niarles sus intenciones a los lacedemonios.

Cuando Alejandro puso fin a su intervención, tomaron 142
la palabra los embajadores espartanos: «Los lacedemonios
—dijeron— nos han enviado para pediros que no cometáis
ningún atentado contra Grecia y que no aceptéis las pro-
posiciones que os hace el Bárbaro, ya que ello consti- 2
tuiría una enorme iniquidad y una deshonra para cual-

---

[750] Heródoto debe de estar aludiendo a los oráculos que, en 511 a. C., se había llevado Cleómenes I de la Acrópolis de Atenas (cf. V 90, 2: «oráculos que afirmaban que los atenienses iban a infligirles numerosas y graves afrentas»), pero, a no ser que, a partir de una formulación general de la potencial amenaza que para Esparta suponía Atenas, los lacedemonios extrajeran la conclusión que aquí menciona el historiador, es indudable que una alianza entre Persia y Atenas, en perjuicio de Esparta, sólo pudo considerarse factible en tiempos de la Segunda Guerra Médica.

[751] Presumiblemente la sesión de la *bulé* (sobre la organización de sus sesiones, cf. P. J. Rhodes, *The Athenian Boule,* Oxford, 1972, págs. 30 y sigs.) en la que Alejandro iba a exponer la oferta de Mardonio.

quier pueblo griego, pero, sobre todo, lo supondría —y por muchas razones— para vosotros en particular. De hecho, fuisteis vosotros quienes provocasteis esta guerra [752], cuando nosotros no la deseabamos; e, inicialmente, el conflicto, que ahora afecta también a la totalidad de Grecia,
3 se suscitó por la defensa de vuestra patria [753]. Por otra

---

[752] Al apoyar, con el envío de 20 naves (cf. V 97, 3), a los jonios en su sublevación contra los persas (cf. nota V 490), cosa que no habían hecho los lacedemonios (cf. V 49 y sigs.; y nota V 233). Pese a que el historiador afirma, en el primero de los pasajes citados, que el envío de los navíos atenienses fue «un germen de calamidades tanto para griegos como para bárbaros» (y el propio Jerjes, en VII 8 β, 2-3, acusa a los atenienses de haber sido los primeros en romper las hostilidades), en otros lugares señala la intención de los Aqueménidas de conquistar Grecia sin que haya mediado provocación suficiente (cf. III 134, 6; VII 138, 1), y en VI 94 manifiesta que la intervención de Atenas y Eretria en apoyo de los jonios fue un mero pretexto para la campaña de Darío contra Grecia. La causa remota de las Guerras Médicas hay que verla, pues (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Introduction*, París, 1966 [= 1942], págs. 229-231), en la idea aqueménida de hacerse con un imperio universal, en su ansia de ininterrumpidas conquistas fomentadas por la base teológica de la realeza persa. Cf. asimismo, F. Egermann, «Das Geschichtswerk des Herodot. Sein Plan», *Neue Jahrbücher für klassische Altertum* (1938), págs. 191-197, y 239-254, para quien la idea principal de Heródoto —y en torno a la que se agrupan todos los episodios de su obra— es la responsabilidad en la guerra del Imperio Persa, que pretendía imponerse por la fuerza.

[753] La lectura de los manuscritos *(archês)* supondría un claro anacronismo, ya que habría que traducir «se suscitó por vuestra aspiración a la hegemonía». Por ello, y si bien es cierto que en la *Historia* no faltan las alusiones anacrónicas (cf. H. French, «Topical Influences on Herodotus' Narrative»..., págs. 9 y sigs.), parece preferible aceptar la conjetura de Wesseling *(archêthen)*, que siguen todas las ediciones modernas (cf., sin embargo, K. C. Kamerbeek, *«Perì tês hymetérēs archês», Mnemosyne* 11 (1958), págs. 252 y sigs., para un intento de mantener la lectura de los manuscritos sin que las palabras del historiador supongan una referencia anacrónica).

parte [754], sería absolutamente intolerable que los atenienses, además de ser los responsables de toda esta situación, lo fuerais también de la esclavitud de Grecia, cuando en todo momento, y desde tiempos remotos, pasáis por ser los libertadores de mucha gente [755]. Así que nos solidarizamos con vuestros sufrimientos, tanto por las dos cosechas que ya habéis perdido [756], como por la ruina económica en que, desde hace ya mucho tiempo, os veis sumidos. Es más, para resarciros, los lacedemonios y sus aliados [757] 4 os prometen cuidar, mientras dure esta contienda, de la alimentación de vuestras mujeres y de todos vuestros familiares que no sean aptos para la guerra [758]. ¡Pero que no

[754] El texto es de difícil exégesis y, por ello, se han propuesto diferentes soluciones y lecturas. De acuerdo con W. W. How, J. Wells (*Commentary Herodotus...*, II, pág. 285, *apud* Matthiae y Abicht), en la traducción interpreto *aitíous* con valor praegnante.

[755] Probable alusión a las míticas guerras mantenidas por los atenienses contra los tebanos y las amazonas, y al apoyo que prestaron a los Heráclidas (cf. IX 27, 3-4), temas que acabarían convirtiéndose en unos tópicos de obligada referencia en la oratoria panegírica del siglo IV a. C. (cf. M. Nouhaud, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques...*, págs. 14 y sigs.).

[756] Teniendo en cuenta que este episodio transcurre en Atenas durante el invierno, o a comienzos de la primavera, del año 480/479 a. C., la afirmación puede entenderse referida a la cosecha del año 480 (que se había perdido por la invasión persa) y a la de 479, dado que no se habría podido sembrar durante el otoño (como pretendía Temístocles; cf. VIII 109, 4). O bien hay una alusión a las dos cosechas de 480: la de cereales y la de frutos (uva, higos y olivas).

[757] Los miembros de la Liga Peloponesia (cf. nota VIII 12; y J. A. O. Larsen, «The constitution of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 28 [1933], págs. 257 y sigs.).

[758] Como puede advertirse, lo único que prometen los espartanos (en un tono condescendiente más que de comprensión) es mantener a los refugiados atenienses, dando por descontada una nueva invasión del Áti-

os llegue a convencer Alejandro de Macedonia por mucho que matice la oferta de Mardonio! Su deber es actuar como lo está haciendo: al ser un tirano, coopera con un tirano [759]. Pero, desde luego, vosotros, si realmente estáis en vuestro sano juicio, no debéis hacer lo que os dice, pues sabéis que entre los bárbaros no rige la lealtad ni la sinceridad [760]». Esto fue lo que dijeron los embajadores espartanos.

143 Entonces los atenienses le dieron a Alejandro la siguiente respuesta [761]: «Nosotros, personalmente, ya sabemos sin ningún género de dudas que el Medo cuenta con un potencial muy superior al nuestro, así que, desde luego, huelga que nos eches en cara esa inferioridad. Pero, pese a todo, prendados como estamos de la libertad [762], nos

---

ca, pero en ningún momento ofrecen llevar sus tropas al N. del Istmo de Corinto.

[759] El término (cf. nota VIII 334) sí que tiene en este caso sentido peyorativo. Realmente, tanto Alejandro como Jerjes (a quien está representando Mardonio) eran reyes, y no tiranos, pero el historiador utiliza, indistintamente, los términos *týrannos* y *basileús* para hacer referencia a un poder caracterizado por su irresponsabilidad ante la ley y los demás miembros de una comunidad (cf. K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots...*, págs. 6-7).

[760] Esta afirmación de los lacedemonios posee una mera finalidad impresiva (y, estructuralmente, sirve para preparar la ardiente profesión de panhelenismo que manifestarán los atenienses en VIII 144, 2). Que el historiador no coincidía con ella queda claro a lo largo de su obra y, en especial, en su alabanza de la *paideía* persa (cf. I 136).

[761] La afirmación de Plutarco (*Arístides* 10), acerca de que fue este estadista ateniense el principal artífice de la respuesta a los lacedemonios y a Alejandro de Macedonia, debe de ser una mera conjetura del biógrafo a partir de la gran fama de probidad que aureoló su persona en la tradición posterior al siglo v a. C. (cf. nota VIII 406; e I. Calabi Limentani, *Rendiconti Istituto Lombardo* [1960], págs. 43 y sigs.).

[762] Libertad frente a sometimiento es el principal rasgo que, a juicio de Heródoto, separa a griegos y persas (cf. VII 135, 3, para la contesta-

defenderemos como podamos. Por eso, no trates de convencernos para llegar a un acuerdo con el Bárbaro, porque no vamos a prestarte oídos. Así pues, transmite cuanto 2
antes a Mardonio la contestación de los atenienses: 'Mientras el sol continúe recorriendo el mismo curso que sigue en la actualidad [763], jamás pactaremos con Jerjes; al contrario, confiando en el auxilio de los dioses y de los héroes, cuyos santuarios e imágenes mandó él incendiar sin respeto alguno [764], nos enfrentaremos a él para defendernos.'

Y, por lo que a ti se refiere, en lo sucesivo no te pre- 3
sentes en Atenas con proposiciones de este tipo, y no nos incites a incurrir en infamias so pretexto de prestarnos un señalado favor, pues no queremos que, en tu condición de *próxenos* y amigo [765], sufras de nosotros el menor daño [766]».

Esa fue la respuesta que le dieron a Alejandro, mien- 144
tras que a los embajadores de Esparta les dieron esta otra:

---

ción de los espartiatas Espertias y Bulis a las proposiciones de Hidarnes; y P. Hohti, «Freedom of speech in speech sections in the *Histories* of Herodotus»..., págs. 19 y sigs.).

[763] La expresión (de trágica solemnidad; cf. Sófocles, *Filoctetes* 1329-1331; Eurípides, fr. 688, A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, Hildesheim, 1964 [= Leipzig, 1889], con supl. de B. Snell) constituye un planteamiento *ex adynátou* (cf. nota V 429) que confiere a la negación siguiente un carácter absoluto.

[764] Sobre la fe griega en la protección divina, cf. VIII 109, 3, y W. Burkert, «*Theôn ópin ouk alégontes.* Götterfurcht und Leumannsches Missverständnis», *Museum Helveticum* 38 [1981], págs. 195 y sigs. Acerca de la destrucción de templos por parte de los persas, cf. nota VIII 551.

[765] Cf. nota VIII 708.

[766] Cf. VII 133, para la suerte que, según el historiador, corrieron los heraldos de Darío en 491 a. C., y IX 5, sobre el fin de Lícides y su familia por haberse mostrado partidario de aceptar las proposiciones de Mardonio.

«El que los lacedemonios temieran que pudiesemos llegar a un acuerdo con el Bárbaro era del todo humano; pero que os hayáis asustado, conociendo como conocéis la manera de pensar de los atenienses, se nos antoja a todas luces una vergüenza [767], porque no hay en toda la tierra oro suficiente, ni una comarca tan excepcional por su belleza y su fertilidad, como para que estuviesemos dispuestos, a ese precio, a abrazar la causa de los medos y a escla-
2 vizar a la Hélade [768]. De hecho, hay muchas y poderosas razones que nos impiden hacerlo aunque quisieramos. La primera y principal la constituye el incendio y la destrucción de las imágenes y los templos de los dioses, que exigen de nosotros una implacable venganza [769], en vez de pactar con el autor de tales sacrilegios; por otro lado está el mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses,

[767] Ya que los atenienses, pese a que podían haber concedido audiencia a Alejandro con bastante antelación a la llegada de los embajadores lacedemonios, habían esperado a que éstos se presentaran en Atenas para escuchar las ofertas persas (cf. VIII 141, 2). Como indica Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 160, nota 1), «du premier membre de l'antithèse au second, l'orateur passe du ton d'une maxime où les lacédémoniens sont nommés à la troisième personne, au ton d'une apostrophe où ils sont pris à partie en la personne de leurs députés».

[768] Para los atenienses (y para el propio historiador, aunque no hay que exagerar la influencia que sobre él ejercieron sus fuentes atenienses de información, que, en su época, justificaban así la posición hegemónica de su ciudad al frente de la Liga delo-ática; cf. L. Canfora, «Storici e società ateniese», *Rendiconti Istituto Lombardo* 107 [1973], págs. 1.136 y sigs.), el medismo de Atenas y la esclavización de la Hélade no podían disociarse (cf. VII 139), cuando, de hecho, fue la enérgica oposición de Atenas contra Persia la que acabó dando origen al Imperio ateniense (cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire...*, págs. 42 y sigs.).

[769] Tenemos aquí una anticipación del motivo por el que se constituyó la Liga delo-ática (cf. Tucídides, I 96).

y con usos y costumbres similares [770], cosas que, de trai-
cionarlas, supondrían un baldón para los atenienses.
Sabed, por lo tanto —si es que no lo sabíais ya de 3
antemano [771]—, que, mientras quede vivo un solo atenien-
se, jamás pactaremos con Jerjes. Desde luego, os agrade-
cemos la buena predisposición que mostráis para con nos-
otros; el que os preocupéis de la ruina económica en que
nos encontramos hasta el extremo de ofreceros a cuidar
de la alimentación de nuestros familiares. Vuestra genero- 4
sidad es abrumadora [772]; no obstante, aguantaremos como
podamos, sin suponer la menor carga para vosotros. De
momento, empero —y tal y como están las cosas—, enviad
un ejército a marchas forzadas, pues, según nuestras pre- 5
visiones, el Bárbaro no tardará en presentarse, invadiendo
nuestra patria: atacará en cuanto reciba la noticia de que
no vamos a hacer nada de lo que nos pedía. Por eso, antes
de que se presente en el Ática, tenéis una buena ocasión

---

[770] Este pasaje constituye el *locus classicus* sobre la «unidad de la Hélade», que, sin embargo, y como observa Mardonio en VII 9 β, 2, no impedía la existencia de constantes disensiones entre los diferentes Estados griegos. En la afirmación de la identidad racial y lingüística hay una probable alusión al mito que hacía descender a las estirpes griegas de los hijos de Heleno: Doro, Eolo y Juto (padre, a su vez, de Ión y Aqueo); cf. Hesíodo, fr. 9, R. Merkelbach, M. L. West, *Hesiodi Fragmenta Selecta* (apéndice a la edición oxoniense de F. Solmsen), Oxford, 1970.

[771] Hipótesis retórica que los atenienses se habían negado ya a aceptar (cf. nota VIII 767).

[772] Tiene razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre VIII...*, pág. 161, nota 1), al señalar que esta afirmación se trata de un «compliment de pure courtoisie. Ce dont les Athéniens ont un besoin pressant —ils vont le dire sans ambages— ce n'est pas un secours alimentaire, dont ils pourront se passer tant bien que mal aussi longtemps qu'ils resteront en Attique; c'est un secours militaire qui leur permette d'y rester».

para adelantaros y acudir a Beocia con socorros [773]». Ante esta respuesta de los atenienses, los embajadores espartanos regresaron a su patria.

---

[773] Para que la línea defensiva griega se estableciera al N. del Ática. Los embajadores lacedemonios no responden a la petición ateniense porque, presumiblemente, la estrategia espartana seguía previendo, por tierra, defender la línea del Istmo de Corinto; cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 279 y sigs.

LIBRO NOVENO

CALÍOPE

SINOPSIS

SEGUNDA GUERRA MÉDICA: LAS OPERACIONES MILITARES DEL AÑO 479/478 A. C. (1-122).

Los persas, desoyendo los consejos de los tebanos, toman por segunda vez Atenas (1-3).

Nuevas propuestas de paz de Mardonio a los atenienses. Lapidación del buleuta Lícides (4-5).

Desde Salamina los atenienses envían a Esparta una embajada con un ultimátum para que los lacedemonios envíen tropas (6-11).

- Los efectivos lacedemonios parten hacia el Istmo (9-11).

Informado por los argivos del avance espartano, Mardonio se repliega a Beocia (12-18).

- Atenas es incendiada de nuevo (13).
- Festín en honor de Mardonio organizado por Atagino de Tebas (16).
- Mil hoplitas focenses se unen a las fuerzas persas (17-18).

Los griegos en Beocia. Preliminares y desarrollo de la batalla de Platea (19-85).

- En una escaramuza al pie del Citerón los aliados rechazan a la caballería persa (20-24).
- Los griegos toman posiciones delante de Platea (25).
- Altercado entre atenienses y tegeatas en su pretensión de ocupar el ala izquierda (26-27).
- Formación y efectivos de los dos ejércitos (28-32).
- Adivinos y sacrificios en ambos ejércitos (33-38).
  - Excurso sobre Tisámeno (33-36).
  - Historia de Hegesístrato de Élide (37-38).
- Los persas, a instancias de los tebanos, interceptan un convoy griego en el Citerón y hostigan con su caballería al ejército aliado (39-40).

  - Mardonio resuelve librar batalla (41-43).
  - Alejandro de Macedonia informa a los atenienses de los planes de los persas (44-45).
  - Pausanias intenta intercambiar las posiciones de espartanos y atenienses en las alas (46-47).
  - Mardonio desafía a los lacedemonios (48).
  - Hostigado por la caballería, el ejército griego decide replegarse a los contrafuertes del Citerón (49-51).
  - El centro de los efectivos griegos acampa ante Platea (52).
  - El espartiata Amonfáreto se niega a abandonar su puesto, retrasando el repliegue de lacedemonios y atenienses (53-57).
  - Mardonio cruza el Asopo iniciando la batalla (58-69).
    - Lacedemonios y tegeatas se imponen a los persas. Muerte de Mardonio (60-65).
    - Huida de Artabazo (66).
    - Los atenienses derrotan a los griegos aliados de los persas (67-68).
    - Revés del resto de efectivos helenos ante la caballería tebana (69).
  - Los griegos capturan el fuerte persa (70).
  - Combatientes más destacados (71-75).
  - Noble conducta de Pausanias tras la batalla (76-79).
    - Mantineos y eleos llegan a Platea demasiado tarde (77).
  - Reparto del botín y ofrendas a los santuarios (80-81).
  - Contraste entre el lujo persa y la austeridad espartana (82).
  - Recogida y sepelio de los caídos (83-85).
- Los griegos asedian Tebas exigiendo la entrega de los filopersas (86-88).
- Regreso de Artabazo a Asia (89).
- Los samios apelan a la flota griega para que libere Jonia (90-95).
  - Historia de Evenio (93-94).
- Preliminares y desarrollo de la batalla de Mícala (96-105).
  - Ante el avance hasta Samos de la flota griega, los persas se repliegan a Mícala, varando sus naves y construyendo una fortificación (97).
  - Los griegos desembarcan en Mícala, entre las sospechas persas respecto a la lealtad de los jonios (98-99).
  - Prodigios y coincidencias acaecidos en Mícala (100-101).
  - Los helenos derrotan a los persas (102-104).
  - Combatientes más destacados (105).
- De regreso a Samos, los helenos concluyen una alianza con los griegos de las islas (106).

Los persas supervivientes llegan a Sardes (107).

Trágicos amores de Jerjes con la esposa y con la hija de su hermano Masistes (108-113).

Los atenienses asedian y toman Sesto, en el Helesponto (114-121).

Anécdota retrospectiva sobre la sabiduría de Ciro (122).

VARIANTES RESPECTO A LA EDICIÓN OXONIENSIS DE HUDE

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
7 β, 1	ἡμῖν [τὸν Πέρσην]	ἡμῖν τὸν Πέρσην (codd.)
9, 2	ἀκούσας δὲ [ταῦτα]	ἀκούσας δὲ ταῦτα
17, 2	ὁ Μαρδόνιος [ἱππέας] ἐκέλευε	ὁ Μαρδόνιος ἱππέας ἐκέλευε (Vide quae ad versionem italicam adnotavit Masaracchia)
21, 2	Μεγαρέες λέγουσι	Μεγαρέες ⟨τάδε⟩ λέγουσι (addidit Legrand coll. VIII 140, 1)
26, 7	τὸ ἕτερον κέρας ἤ περ	τὸ ἕτερον κέρας ⟨μᾶλλον⟩ ἤ περ (addidit Stein coll. IX 27, 1)
51, 2	σχιζόμενος [ὁ] ποταμός	σχιζόμενος ὁ ποταμός (Vide quae ad versionem gallicam adnotavit Legrand)
55, 1	μούνους Λακεδαιμονίων	μούνους Λακεδαιμονίους (codd. pl.)
55, 2	τοὺς ξείνους [λέγων τοὺς βαρβάρους]	τούς ξείνους λέγων τοὺς βαρβάρους (coll. III 22, 4)
55, 2	καλέων ἐκεῖνον [πρός τε]	καλέων ἐκεῖνον ⟨τραπόμενός⟩ τε πρὸς (coniecit Stein)
57, 2	ὅσον τε τέσσερα στάδια	ὅσον τε δέκα στάδια (codd. Vide quae ad versionem adnotavi)

PASAJE	TEXTO DE HUDE	LECTURA ADOPTADA
74, 1	οἱ πολέμιοι ἐκπίπτοντες	οἱ πολέμιοι ἐσπίπτοντες (coniecit Legrand)
74, 2	ἐφόρεε [ἐπίσημον] ἄγκυραν	ἐφόρεε ἐπίσημον ἄγκυραν (Vide quae ad versionem italicam adnotavit Masaracchia)
81, 2	τάλαντα	ἅρματα (coniecit Stein)
83, 2	καὶ γομφίους	καὶ ⟨τοὺς⟩ γομφίους (addidit Aldus)
84, 1	†ἐπείτε δὲ†	ἐπεί γε δὴ (coniecit Stein)
91, 1	ὁ ξεῖνος ὁ Σάμιος	[ὁ ξεῖνος] ὁ Σάμιος (seclusit Stein)
92, 2	ἀπέπλεον· μετὰ	Post ἀπέπλεον lacunam statuit Legrand
93, 3	ἀλλ' ὡς	ἀλλά κως (coniecit Stein)
98, 4	ἔπειτε ἀνενειχθέντα	ἔπειτα ἀνενειχθέντα (A B C P)
116, 3	στρατεύεσθαι Πρωτεσίλεων	στρατεύσασθαι Πρωτεσίλεων (coniecit Van Herwerden)

Los persas, desoyendo los consejos de los tebanos, toman por segunda vez Atenas

Entonces [1] Mardonio, al notificarle Alejandro, a su regreso [2], la decisión de los atenienses [3], abandonó Tesalia [4] y, a marchas forzadas, condujo su ejército contra Atenas, reclutando tropas en todas las zonas por las que iba pasando [5]. (Los caudillos tesalios [6], sin abrigar remordimiento alguno por su anterior comportamiento, apremiaban al Persa con mucha 1

---

[1] La primera frase del libro noveno *(Mardónios dé...)* se halla en correlación con la última del libro octavo *(hoi mèn...)*, lo que prueba que, entre ambos, no había solución de continuidad. Para la división de la *Historia* en libros, obra de la filología alejandrina, cf. nota VIII 1.

[2] A su regreso de Atenas, a donde Alejandro I, rey de Macedonia (cf. notas VIII 178 y 708), había sido enviado por Mardonio, en enero del año 479 a. C., a fin de intentar que Atenas pactara con los persas en condiciones ventajosas para ambas partes (cf., *supra,* VIII 140 *a,* 2, y notas *ad locum*).

[3] Su firme propósito de no aceptar la oferta de Mardonio (cf. nota VIII 768).

[4] Donde Mardonio y sus efectivos habían pasado el invierno de 480/479. Cf. VIII 113, 1, y nota VIII 575.

[5] Sin duda porque, al concluir la campaña del año 480, los diferentes contingentes de aliados griegos con que contaban los persas (cf. IX 32, 2) habían sido licenciados.

[6] Fundamentalmente los Alévadas (cf. VII 6, 2, y nota VII 31), quienes, para hacer frente a las facciones democráticas (cf. M. Sordi, *La lega tessala fino ad Alessandro Magno,* Roma, 1958, págs. 59 y sigs.), apelaron a la ayuda persa (cf. VII 130, 3; y nota VII 622). Vid., en general, H. D. Westlake, «The Medism of Thessaly», *Journal of Hellenic Studies* 56 (1936), págs. 12 y sigs.

mayor insistencia; y, en concreto, Tórax de Larisa [7], que con sus efectivos había escoltado a Jerjes en su huida [8], facilitó abiertamente a Mardonio su acceso a Grecia en aquellos momentos [9].)

2 Cuando el ejército, en el curso de su avance, llegó a Beocia, los tebanos trataron de retener a Mardonio con una serie de recomendaciones [10], indicándole que no había lugar más idóneo que aquel para que estableciese su campamento [11], e intentaron que no progresara hacia el Sur:

---

[7] El jefe del clan de los Alévadas, que había sido nombrado *tagós* (equivalente a comandante supremo de las fuerzas de caballería de la Liga tesalia), un cargo que se desempeñaba temporalmente y en el que quiso perpetuarse (cf. D. HEGYI, *Medismos. Perserfreundliche Richtungen in Griechenland, 508-479 v. u. Z.*, Budapest, 1974, págs. 48 y sigs.). Tórax aparece citado en la primera oda que conservamos de PÍNDARO (*Pítica* X 64; cf. R. W. B. BURTON, *Pindars Pythian Odes*, Oxford, 1962, págs. 1 y sigs.), que se data hacia 498 a. C. Larisa se encuentra al norte de Tesalia.

[8] Cf., *supra*, VIII 115 y sigs.

[9] La afirmación constituye una exageración retórica para subrayar la actitud propersa de los Alévadas, ya que es indudable que los persas debían controlar las Termópilas y tener establecidas guarniciones en diversas zonas de Grecia Central (cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion of Greece*, Oxford, 1963, pág. 266).

[10] Para salvaguardar los intereses de su ciudad era comprensible que los oligarcas tebanos, adversarios políticos e ideológicos de Atenas, apoyaran a Persia. Además, resulta anacrónico aplicar la noción de patriotismo panhelénico, usual después, a los primeros lustros del siglo v a. C. (cf. D. HEGYI, «Boiotien in der Epoche der griechisch-persischen Kriege», *Annales Universitatis Budapestinensis* 1 (1972), págs. 21 y sigs.; y J. WOLSKI, «*Mēdismós* et son importance en Grèce à l'époque des guerres médiques», *Historia* 22 (1973), págs. 3 y sigs.). El resto de Beocia, salvo Platea y Tespias —por diferencia de intereses con Tebas—, siguió el ejemplo de los tebanos (cf. R. J. BUCK, «The formation of the Boeotian League», *Classical Philology* 57 (1972), págs. 94 y sigs.; y, en general, C. J. DULL, *A Study of the leadership of the Boeotian League*, Madison (Wiss.), 1975).

[11] Ya que, al sur del Citerón, el aprovisionamiento persa podía verse

debía asentar allí sus reales y procurar someter toda Grecia sin librar batalla. De hecho, si entre ellos reinaba la con- 2
cordia, imponerse por la fuerza de las armas a los griegos que en las operaciones precedentes ya habían estado coligados, resultaba una empresa difícil incluso para todo el género humano [12]. «En cambio —siguieron diciendo—, si haces lo que te vamos a sugerir, controlarás sin problemas todos sus planes: envía dinero a las personas más influ- 3
yentes en sus ciudades, pues, con ello, sembrarás la discordia en Grecia; y, acto seguido, con ayuda de tus partidarios, reducirás fácilmente a quienes no abracen tu causa [13]».

Ese fue el consejo que le dieron los tebanos; sin em- 3
bargo Mardonio no les prestó oídos [14]: en su corazón ha-

comprometido. En Beocia, por otra parte, la caballería persa, en el supuesto de que Mardonio fuese atacado por los aliados, podía en principio ser utilizada con eficacia. Pero los tebanos piensan, ante todo, en una solución política para al conflicto greco-persa.

[12] Los tebanos tienen presente, sobre todo, el resultado de la batalla de Salamina. Sobre el número de aliados griegos en la campaña de 480, cf., *supra,* VIII 42 y sigs. (y nota VIII 254). La hipérbole de los tebanos alude a que resultaría dudoso que pudiera imponerse a la coalición griega un ejército mucho más numeroso que el de Mardonio (cf. nota VIII 509), para el que la crítica da unas cifras que van desde los cincuenta mil soldados de H. Delbrück (*Die Perserkriege und die Burgunderkriege,* Berlín, 1887, pág. 98), a los setenta mil de K. J. Beloch (*Griechische Geschichte,* II, 1, Estrasburgo, 1916, págs. 125 y sigs.), los cien mil de W. W. How, J. Wells (*A commentary on Herodotus,* II, Oxford, 1928, pág. 368), o los ciento veinte mil de A. Boucher («La bataille de Platées d' après Hérodote», *Revue Archéologique* 2 (1915), pág. 288).

[13] El soborno para la consecución de los objetivos políticos era frecuente en Grecia; cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks. The Defence of the West, c. 546-478 B. C.,* Londres, 1962, pág. 502. Entre las propias filas atenienses no debían faltar partidarios de Persia (cf., *infra,* nota IX 26; y, en general, D. Gillis, *Collaboration with the Persians,* Wiesbaden, 1979).

[14] Mardonio debía estar enterado de las tensiones existentes entre Atenas

bía anidado un irresistible deseo de tomar por segunda vez Atenas, motivado, en parte, por una estúpida arrogancia [15] y, en parte, porque, mediante señales transmitidas, de isla en isla, con hogueras [16], tenía pensado comunicarle al monarca, a la sazón en Sardes [17], que se había apoderado
2 de Atenas. Pero, a su llegada al Ática, tampoco en esta ocasión encontró a los atenienses; al contrario, se enteró de que la mayoría se hallaban en Salamina y a bordo de sus naves [18], de manera que ocupó la ciudad desierta.

---

y Esparta sobre la estrategia conjunta a seguir (cf. nota IX 18), y por eso decide llevar a cabo un último intento para conseguir quebrar la alianza de los Estados antipersas (o para forzarlos a luchar por tierra en un terreno favorable a sus intereses), aunque ello fuera en detrimento de los beocios, que no aprobarían la posibilidad de que Atenas pudiera llegar a un acuerdo con los persas si en el Ática se mantenía el régimen democrático. Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 272), «this policy can hardly have been acceptable to some of the states on the Persian side, notably the Boiotians, but Mardonios' situation was so critical that he could not afford to be swayed by sentimental considerations. It was obvious that the resistance of the enemy at the Isthmus lines could only be overcome if their position was turned by a landing in their rear, but to achieve this the Persians must first recover control of the sea».

[15] Sobre los rasgos negativos que, en la *Historia*, presenta la figura de Mardonio, cf. notas VIII 141 y 504.

[16] Como, al oeste de Delos, los persas no controlaban las islas del Egeo (cf. VIII 132), las señales tendrían que haberse transmitido por una ruta continental (Citerón, Eubea, Pelión, Atos) hasta Lemnos. Pero el propósito recuerda el sistema citado por Esquilo (*Agamenón* 282 y sigs.) para notificar la toma de Troya.

[17] Cf., *infra*, IX 107, 3. La presunta estancia del monarca en Sardes (en persa *Sparda*, la capital de la satrapía lidia) debía de tener como objetivo evitar, con su presencia, una eventual sublevación general de Jonia, al tiempo que, si las noticias de la derrota de Salamina causaban inestabilidad en otras zonas del Imperio, podía adoptar las medidas oportunas para reprimir cualquier intento de rebelión.

[18] Como la flota griega destacada en Delos (cf. VIII 131, 1) contaba sólo con 110 naves (cf. nota VIII 673), cabe deducir que Atenas decidió

Y por cierto que la toma de Atenas por parte del rey precedió en nueve meses [19] a la posterior invasión de Mardonio.

Nuevas propuestas de paz de Mardonio a los atenienses. Lapidación del buleuta Lícides

Una vez en Atenas, Mardonio envió a 4
Salamina a Muríquidas, un natural del Helesponto [20], con las mismas proposiciones que ya transmitiera a los atenienses Alejandro de Macedonia [21]. Y despa- 2
chó esta segunda embajada, pese a que tenía constancia de la animadversión de los atenienses, en

---

concentrar sus esfuerzos militares por tierra, desechando la idea de Temístocles (cf. VIII 108, 2) de una ofensiva naval en el Helesponto y Jonia, en el supuesto de que, al ver cortadas sus comunicaciones con Asia —con los problemas de abastecimiento que ello habría implicado—, los persas tendrían que optar por la retirada (Salamina no había liberado Atenas, pero sí que había alejado el peligro de un desembarco persa en el Peloponeso). Esta tesis de Temístocles sería apoyada en la primera mitad del año 479 por Esparta, que comprendió que, de no efectuarse una ofensiva naval, sus hoplitas estarían forzados a luchar por tierra. La estrategia de ambos Estados había, pues, cambiado (así se explicaría la entusiasta acogida de que fue objeto Temístocles en Esparta; cf. VIII 124, 2-3), y de ahí que el estadista ateniense no aparezca expresamente citado en las operaciones del año 479. Cf. R. Flacelière, «Sur quelques points obscurs de la vie de Thémistocle», *Revue Études Anciennes* 55 (1953), págs. 19 y sigs.

[19] Mardonio, por tanto (el texto griego presenta un adjetivo numeral inclusorio; cf. nota VIII 711), entró en Atenas en junio del año 479 (cf. nota VIII 325; y G. Busolt, *Griechische Geschichte,* II^{2}, Gotha, 1895, pág. 722). Ambas ocupaciones se produjeron, según eso, en el mismo año oficial ateniense (cf. nota VIII 263).

[20] Cf. nota VII 475. Quizá Muríquidas había sido un *cleruco* (cf. nota V 365) ateniense en el Quersoneso durante la dominación de Atenas en la zona (cf. VI 34 y sigs.), y por eso lo enviaba ahora Mardonio a cumplir esta misión (vid. R. W. Macan, *Herodotus. The seventh, eighth & ninth Books,* Nueva York, 1973 (= Londres, 1908), I, pág. 599).

[21] Cf. nota IX 2. Pese a que la embajada de Alejandro tuvo como

la esperanza de que renunciarían a su estúpida obstinación [22], habida cuenta de que toda el Ática había sido conquistada y se hallaba bajo su control [23]. De ahí que enviara a Muríquidas a Salamina.

Este último, a su llegada, compareció ante la *bulé* [24] y expuso lo que le había encargado Mardonio. Entonces Lícides, un miembro de la *bulé*, manifestó que, a su juicio, lo mejor era aceptar la oferta que les presentaba Muríqui-

---

destino Atenas, del texto griego podría inferirse aparentemente que Heródoto, en este pasaje, estaba pensando en Salamina. Pero tiene razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Histoires. Livre IX,* París, 1954, pág. 11, nota 1), al subrayar que «il ne faut voir dans l' emploi de *diepórthmeuse* aucune allusion à un bras de mer —le bras de mer séparant Salamine du continent—, qu' Alexandre aurait dû traverser pour accomplir sa mission; c' est en Attique, à Athènes même, avant le second exode das Athéniens, qu' il s' était présenté. Ici... le second élément n'a qu'une valeur métaphorique: c'est le préfixe qui exprime l'essentiel, l'idée d'une *transmission* par un intermédiaire».

[22] Irónicamente Heródoto hace que Mardonio impute a los atenienses un defecto capital de su propia personalidad, la *agnōmosýnē* (cf. IX 3, 1), que, como señala A. Masaracchia (*Erodoto. La sconfita dei persiani. Libro IX delle Storie,* Milán, 1978, pág. 150), «indica la mancanza di tranquillo, prudente discernimento, che si esprime in esagerata fiducia in sé stessi, in egoistica testardaggine, in vanità e faciloneria».

[23] Con lo que, para los atenienses, la victoria de Salamina —a diferencia de la tranquilidad que otorgaba a los peloponesios sobre desembarcos persas al sur del Istmo de Corinto, ya irrealizables— no había evitado la segunda invasión del Ática. Esta sensación de impotencia, y el descontento que sin duda producía en las masas atenienses, era lo que pretendía aprovechar Mardonio. Cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums,* Stuttgart, 1901, 1.ª ed., III, pág. 402.

[24] Cf. nota V 343, y M. Zambelli, «L'origine della Bule dei Cinquecento», *Miscellanea greca e romana* 4 (1975), págs. 103 y sigs. El Consejo ateniense seguía, pues, celebrando sus sesiones tras la segunda evacuación a Salamina.

das y someterla a la consideración del pueblo [25]. Esta fue, 2
en definitiva, la opinión que expresó Lícides, bien fuera porque en realidad había recibido dinero de Mardonio o, simplemente, porque la solución le parecía oportuna [26]. Los atenienses, sin embargo, montaron en cólera de inmediato —tanto los de la *bulé* como quienes se encontraban fuera, en cuanto se enteraron— y, rodeando a Lícides, lo acribillaron a pedradas [27]; al helespontio [Muríquidas], en cambio, lo dejaron marchar sano y salvo [28].

---

[25] Es decir, a la Asamblea *(ecclesía)* constituida por todos los ciudadanos y que representaba el poder soberano fundamental, interviniendo ampliamente en la gestión político-administrativa. La convocatoria y presidencia de la *ecclesía* corría a cargo de la bulé, organismo al que había que someter todas las propuestas y que confeccionaba también el orden del día (la asamblea podía exigir de la bulé que se le sometiera a consideración, en la siguiente sesión, cualquier asunto, así como proponer enmiendas o un texto nuevo a las propuestas presentadas, e incluso aprobar un proyecto estimado desfavorable por la bulé). Vid. P. J. RHODES, *The Athenian Boule,* Oxford, 1972, págs. 52 y sigs.

[26] Pese a que la fuente de información de Heródoto no sea clara sobre el particular, es muy posible que no sólo Lícides hubiera sido de esa opinión. Quizá hay que relacionar con este episodio el movimiento oligárquico a que alude PLUTARCO, *Arístides* 13, que pudo ser abortado por este político ateniense (el pasaje, no obstante, viene narrado *ad Aristidem gloriam,* y la crítica no es unánime en su datación; cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...,* págs. 525 y sigs.). En cualquier caso, y como señala ED. WILL (*Le monde Grec et l' Orient. Le V^e siècle (510-403),* París, 1972, pág. 118), «on ne saurait écarter ce complot, qui fut étouffé, mais qui révèle le trouble de certains milieux, et fournissait aux partisans de la résistance des arguments à faire valoir auprès des Spartiates, pour les inviter à se hâter». Naturalmente, los informadores del historiador, cuyo propósito estribaba en subrayar el fervor patriótico y la unidad de los atenienses en su lucha contra el invasor, mantuvieron en silencio estas disensiones internas.

[27] El incidente pasó a formar parte de la tradición panegírica ateniense en su lucha contra los persas, y aparece también en DEMÓSTENES (*Sobre la corona* 204), aunque con una cronología y una víctima diferentes,

3 Ante el tumulto que se produjo en Salamina con lo de Lícides, las mujeres de los atenienses se enteraron de lo que ocurría e, instigándose las unas a las otras y solidarizándose entre sí, se dirigieron espontáneamente a la residencia de Lícides y lapidaron tanto a su mujer como a sus hijos [29].

Desde Salamina los atenienses envían a Esparta una embajada con un ultimátum para que los lacedemonios envíen tropas

6 Y por cierto que los atenienses habían pasado a Salamina debido a lo siguiente: mientras estuvieron esperando la llegada en su auxilio de un ejército procedente del Peloponeso, permanecieron en el Ática. Pero, en vista de que los aliados actuaban con una dilación y una indolencia excesivas [30], y se decía que el invasor se encontraba ya en la mismísima Beocia, fue por lo que pusieron a salvo todas sus pertenencias y, por su parte, pasa-

---

y en Licurgo (*Contra Leócrates* 122), quien, sin dar el nombre de la víctima, cita un decreto en el que se la condenaba a muerte. No obstante, la falsedad del decreto (que puede haber tenido como objetivo la legitimación retrospectiva del linchamiento de Lícides) parece fuera de toda duda; cf. Chr. Habicht, «Falsche Urkunden zur Geschichte Athens im Zeitalter der Perserkriege», *Hermes* 89 (1961), pág. 21.

[28] Cf. nota VII 634.

[29] Cf. nota V 407, y D. C. Richter, «The position of women in classical Athens», *Classical Journal* 67 (1971), págs. 1 y sigs.

[30] Las razones del retraso peloponesio han sido diversamente interpretadas por la crítica. K. J. Beloch (*Griechische Geschichte...*, II, 1, pág. 52) y Ed. Meyer (*Geschichte des Altertums...*, III, págs. 404 y sigs.) suponían que los peloponesios se vieron sorprendidos por la rapidez del avance de Mardonio, cuando estaban aguardando a recoger la cosecha. Más verosímil resulta la hipótesis de J. A. R. Munro («Some Observations on the Persian Wars. III: The Campaign of Plataea», *Journal Hellenic Studies* 24 (1904), págs. 147 y sigs.), que apunta como motivo los problemas internos del Peloponeso, ya que Esparta podía temer la actitud ambigua de Argos —y quizá de Mantinea y Élide (cf. IX 77)—, así

ron a Salamina. Asimismo, despacharon embajadores a Lacedemón [31] para recriminarles a los lacedemonios que hubiesen consentido que el Bárbaro [32] invadiera el Ática, en lugar de unirse a sus efectivos para hacerle frente en Beocia [33], y, de paso, para recordarles todo lo que el Persa había prometido darles [34], si cambiaban de bando, y para hacerles saber que, si no acudían en socorro de Atenas,

---

como el peligro a una sublevación de hilotas, si sus tropas abandonaban Laconia. No obstante, la *vera causa* de la actitud espartana hay que suponer que respondía a la discrepancia estratégica de los Estados Mayores de Atenas y Esparta, pues, si los atenienses propugnaban, en 479, una ofensiva terrestre en Beocia, Esparta debía preferir una ofensiva naval, a fin de evitar tener que enfrentar a sus tropas con la peligrosa caballería persa (cf. H. B. WRIGHT, *The Campaign of Plataea*, New Haven, 1904, pág. 49).

[31] El nombre oficial que, junto al de Esparta, recibía la capital de Laconia. Según IDOMENEO DE LÁMPSACO (F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischer Historiker* (= *FGrHist*) 338, fr. 6), autor, a comienzos del siglo III a. C., de una 'Historia de los políticos atenienses', el jefe de la embajada ateniense fue Arístides. PLUTARCO (*Arístides* 10, 7-9), sin embargo, afirma que a este estadista se debió en realidad un decreto para el envío de la embajada (y cita los nombres de los embajadores); la información, con todo, debe de ser errónea (cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 505, nota 49).

[32] Cf. nota VII 155; y D. HEGYI, «Der Begriff *Bárbaros* bei Herodotos», *Annales Univ. Budapest.* 5-6 (1977-1978), págs. 53 y sigs.

[33] Que era lo que deseaba Mardonio. Como señala A. R. BURN (*Persia and the Greeks...*, pág. 504), «the Spartans probably really thought, selfishly perhaps but not unnaturally, that it would be the best strategy to make Mardonios' position untenable by sea-borne expeditions to the coasts or Thrace and Ionia, while the loyal Peloponnesians held the Isthmus, provisioned the displaced Athenians in accordance with their promise, and 'contained' the Medizers within... Their most deep-seated motive was an intelligible one: the desire not, if it could be avoided, to commit their limited man-power to a severe and bloody campaign».

[34] Cf. VIII 140 *a*, 1-2, y nota VIII 737.

ellos, personalmente, ya encontrarían algún medio para protegerse.

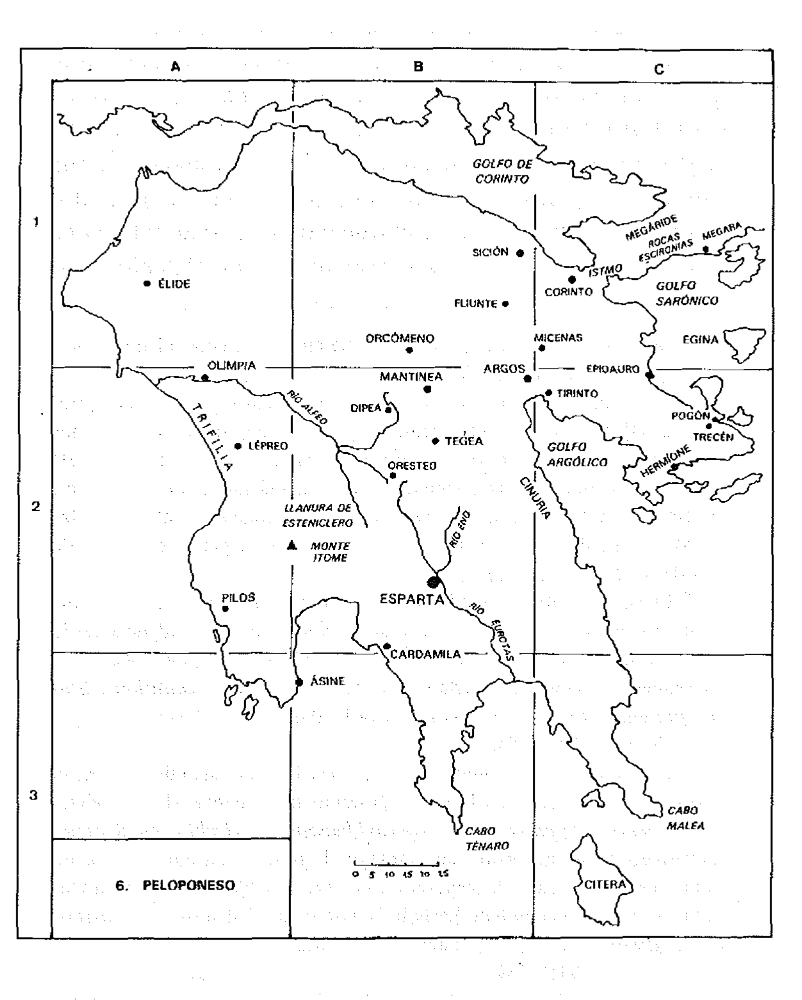
7 Resulta que, en ese preciso momento, los lacedemonios se hallaban celebrando una festividad (concretamente, festejaban las Jacintias [35]), y concedían la máxima importancia al cumplimiento de sus deberes religiosos [36]; además, su muro —el que construían en el Istmo [37]— estaba ya siendo almenado.

---

[35] Festividad predoria de carácter agrario que rememoraba el antiguo ritual de la aspersión, en el que la tierra era fertilizada mediante sangre de un adolescente sacrificado al efecto. Se celebraban anualmente en Amiclas, a unos 3 km. al sur de Esparta, por lo regular durante el mes de mayo (cf. JENOFONTE, *Helénicas,* IV 5, 1), aunque las de 479 pudieron haberse celebrado, como señala Heródoto, en junio, por la inclusión en el calendario espartano de un mes intercalar, para adecuar el calendario lunar al solar (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...,* II, pág. 722, nota 2; y C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...,* págs. 283-284). Las fiestas (que duraban tres días; cf. PAUSANIAS, III 16, 2-19, 3) estaban consagradas a Apolo y Jacinto (o Hiacinto, personificación de la vegetación), hijo del mítico rey de Esparta Amiclas, que murió accidentalmente al ser alcanzado por un disco lanzado por el dios (en su memoria, y de la sangre de Jacinto, brotó una flor roja, una variedad de lirio; no el jacinto europeo, que fue introducido en el continente por los turcos). Cf., en general, H. POPP, *Die Einwirkung von Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegführung der Griechen im 5. und 4. Jahrhundert v. Chr.,* Wurzburgo, s. a. (= Erlangen, 1957), págs. 106-113; y W. BURKERT, *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche,* Stuttgart, 1977, pág. 47.

[36] Algo muy arraigado en el carácter espartano (cf. V 63, 2). Pese a que la celebración de una festividad religiosa, como impedimento para el envío de tropas por parte de Esparta, constituye un aparente *tópos* en la *Historia* (cf. VI 106, 3 [y nota VI 531], para las *Carneas* y Maratón; y VII 206, 1, para esas mismas fiestas y la expedición de las Termópilas), otros testimonios (cf. JENOFONTE, *Helénicas,* IV 5, 11; PAUSANIAS, III 10, 1; IV 19, 4) coinciden en subrayar la devoción de los lacedemonios por las *Jacintias.*

[37] Cf., *supra,* VIII 71, 2; y nota VIII 362. Como los trabajos habían



6. PELOPONESO

Cuando los embajadores comisionados por Atenas lle-
garon a Lacedemón, acompañados de representantes de Mé-
gara y de Platea [38], comparecieron ante los éforos [39] y
a dijeron lo que sigue: «Nos han enviado los atenienses
para comunicaros que el rey de los medos [40] no sólo va
a restituirnos nuestra patria, sino que quiere convertirnos
en sus aliados en condiciones de estricta igualdad [41], sin
fraudes ni engaños [42]; y, asimismo, quiere concedernos, ade-
más del nuestro, otro país: el que elijamos personalmente.
2 Nosotros, sin embargo, por respeto a Zeus Helenio [43], y

comenzado un año antes, es posible que fueran suspendidos mientras Mardonio permaneció en Tesalia.

[38] Que también estaban interesadas en una ofensiva aliada por tierra: Mégara habría sido irremediablemente conquistada, si los peloponesios se hubieran atrincherado tras el muro del Istmo de Corinto (cf. VIII 60 *a*); Platea, por su parte, seguía siendo una fiel aliada de Atenas (cf. VI 108 [y nota VI 539], para la presencia de contingentes plateos en Maratón) y se había opuesto constantemente al avance persa (cf. VII 132, 1; VIII 1, 1; VIII 50, 2).

[39] Pues, entre otros cometidos que les correspondían, corría a su cargo la recepción de embajadores, y la convocatoria y presidencia de la *gerusia* y la *apella*. Cf. notas III 747; V 167; y A. ANDREWES, «The Government of classical Sparta», *Ancient Society and Institutions. Studies presented to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, págs. 8 y sigs.

[40] Cf. nota VIII 586.

[41] Los atenienses, en *interpretatio graeca*, habían entendido, pues, la oferta de Jerjes (cf. VIII 140 *a*, 1-2) como una alianza al uso heleno (cf. P. BONK, *Defensiv- und Offensivklauseln in griechischen Symmachieverträgen*, Bonn, 1978). Sin embargo, la monarquía aqueménida no trataba en condiciones de igualdad con otros pueblos; cf. G. WALSER, «Zum griechisch-persischen Verhältnis vor dem Hellenismus», *Historische Zeitschrift* 220 (1975), págs. 529 y sigs.

[42] Cf. nota VIII 744.

[43] La divinidad principal del panteón griego, que aquí representa los sentimientos de piedad de todo el pueblo heleno. No hay que ver en este pasaje una referencia a la advocación con que Zeus era venerado

por considerar una infamia traicionar a Grecia, no hemos accedido; al contrario, hemos rehusado aunque nos sentimos agraviados y desamparados por los griegos, y a pesar de que somos conscientes de que es más ventajoso llegar a un acuerdo con el Persa que estar en guerra con él. Con todo, no pactaremos con el enemigo por propia iniciativa [44]. ¡Tan íntegra es nuestra actitud para con los griegos!

En cambio vosotros, que en cierta ocasión [45] abrigasteis un pánico cerval ante la posibilidad de que llegásemos a un acuerdo con el Persa, tras percataros inequívocamente de nuestras intenciones (que jamás vamos a traicionar a la Hélade), y como quiera que el muro que estáis levantando a través del Istmo se halla prácticamente terminado, no prestáis ya la menor atención a los atenienses; así, pese a que convinisteis [46] con nosotros que os opondríais al Persa en Beocia, nos habéis traicionado y habéis consentido que el Bárbaro invadiera el Ática. Como es natural, en la actualidad los atenienses están indignados con vosotros, porque vuestro proceder no ha sido el adecuado. Por eso, en estos instantes, os exigen que enviéis con nosotros, sin dilación alguna, un ejército para que podamos afrontar al Bárbaro en el Ática; pues, dado que hemos perdido la oportunidad de hacerlo en Beocia, el lugar más idóneo de nues-

β

2

---

en Egina (cf. Píndaro, *Nem.* V 10; y M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion,* I, Munich, 1955, 2.ª ed., pág. 393).

[44] Los emisarios atenienses amenazan veladamente a los espartanos, al establecer un límite (la necesidad) a su anterior rechazo absoluto de las ofertas persas (cf. VIII 143, 2; y nota VIII 763).

[45] Con motivo de la visita de Alejandro de Macedonia a Atenas (cf. VIII 141, 1; 144, 1).

[46] Semejante acuerdo no había tenido lugar, ya que, tras haber oído la respuesta ateniense (cf. VIII 144, 4-5), los emisarios espartanos habían regresado a su patria.

tra patria para librar una batalla es, sin lugar a dudas, la llanura de Tría [47]».

8 El caso es que, al oír estas palabras, los éforos aplazaron su respuesta para el día siguiente; y, al llegar éste, la pospusieron para el siguiente, cosa que repitieron por espacio de diez días, aplazándola de un día para otro. (En el ínterin, todos los peloponesios, con arduo empeño, seguían construyendo el muro del Istmo, que casi tenían terminado.)

2 Ahora bien, no puedo precisar por qué motivo, a la llegada de Alejandro de Macedonia a Atenas, pusieron tanto empeño en evitar que los atenienses abrazasen la causa de los medos, y, sin embargo, en aquellos momentos no mostraron preocupación alguna, a no ser que, en realidad, se debiera a que, por tener amurallado el Istmo, consideraban que ya no necesitaban para nada a los atenienses [48];

---

[47] Cf. nota VIII 320. Inicialmente, sorprende, sin embargo, la mención a esta llanura (aunque su referencia se atiene a los principios de la táctica hoplítica citados en VII 9 *b*), ya que en ella la caballería persa habría resultado extremadamente peligrosa.

[48] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, págs. 284-285), «the tradition here followed by Herodotus, though defaced by additions designed to heighten the unfavourable impression of Sparta's behaviour in this crisis, was right on the essential points, that there was serious friction between Athens and Sparta at this time, that its causes were the failure of the Spartan leaders to mobilize their army soon enough to defend Attica and their continued reluctance to take the offensive on land... Whatever may have been the reasons for that policy, it must have been strongly resented by the Athenians, and the bitterness against Sparta in the tradition here recorded by Herodotus may well be contemporary». No hay que descartar, sin embargo, una tradición antiespartana posterior a las Guerras Médicas, que habría contribuido a enfatizar la actitud de Esparta (cf. H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 54). Vid., en general, A. French, «Topical influences on Herodotus' narrative», *Mnemosyne* 25 (1972), págs. 9 y sigs.

pues, cuando Alejandro llegó al Ática, el muro todavía no estaba erigido, sino que se hallaban trabajando en él a causa del enorme terror que sentían hacia los persas [49].

Los efectivos lacedemonios parten hacia el Istmo

Finalmente, la respuesta de los espartiatas [50] y la partida de su ejército se produjo de la siguiente manera: la víspera de la que iba a ser la última audiencia, Quíleo de Tegea [51], el extranjero más influyente en Lacedemón [52], se enteró pormenorizadamente, por mediación de los éforos, de todos los términos que aducían los atenienses. Y, al oír sus palabras, he aquí que Quíleo les dijo lo que sigue: «La situación, éforos, presenta este cariz: si los atenienses no mantienen relaciones cordiales con nosotros y se alían con el Bárbaro, aunque un poderoso muro se halle levantado a través del Istmo, el Persa cuenta con importantes vías de acceso para penetrar en el Peloponeso [53]. Por consiguiente, prestadles atención

9 (margin, beside "Finalmente, la respuesta de los espar-")
2 (margin, beside "aducían los atenienses. Y, al oír sus palabras, he aquí que")

[49] Cf. nota VIII 291.

[50] Cf. nota VIII 129.

[51] Localidad de Arcadia, a unos 45 km. al norte de Esparta. Pese a que los tegeatas —como, por lo regular, ocurría en Grecia con los Estados vecinos, cf. nota VIII 636— fueron, durante el siglo VI a. C., enconados rivales de los lacedemonios (cf. I 66-68), ya habían tomado parte en la defensa de las Termópilas con quinientos hombres (cf. VII 202), e iban a tener un destacado papel en Platea (cf. IX 62, 1; 70, 3).

[52] Según Plutarco, *De Herodoti malignitate* 41, algunos éforos mantenían vínculos de hospitalidad (cf. nota V 333) con Quíleo. Pese a que el biógrafo indica que Quíleo se encontraba por aquel entonces en Esparta de manera fortuita, es posible que su presencia en la ciudad se debiera a la convocatoria —realizada por los éforos durante el intervalo transcurrido desde la llegada de los emisarios atenienses, megareos y plateos— de una asamblea peloponesia para discutir la petición de los embajadores.

[53] Pues la flota ateniense, de aliarse con los persas, habría permitido a éstos desembarcar en el Peloponeso sin tener que asaltar el muro del Istmo.

antes de que los atenienses adopten alguna medida que entrañe una desgracia para la Hélade [54]».

10 Este fue el consejo que Quíleo brindó a los éforos, quienes de inmediato tomaron en consideración sus palabras y, sin decir nada a los embajadores llegados de las ciudades [55], hicieron partir, todavía de noche, a cinco mil espartiatas [56] (a quienes asignaron siete hilotas [57] por per-

---

[54] En la figura de Quíleo vuelve a aparecer la del *Warner* o *practical adviser,* el sabio consejero. Cf. L. Lattimore, «The wise adviser in Herodotus», *Classical Philology* 34 (1939), págs. 24 y sigs.; y, en general, A. Bischoff, *Der Warner bei Herodot,* Leipzig, 1932.

[55] No de las ciudades (salvo, quizá, en el caso de Mégara) propiamente dichas, sino comisionados por sus respectivos Estados. Es posible también que tengamos aquí una alusión a los embajadores pertenecientes a las ciudades miembros de la Liga Peloponesia, que se hallarían presentes en Esparta, convocados por los éforos, para replantear la nueva estrategia a seguir en la campaña de 479 (cf. nota IX 18) ante las presiones atenienses, el temor al peligro argivo y la ambigüedad arcadia (cf. nota IX 30). De hecho, en Platea, salvo tegeatas y orcomenios (cf. IX 28), no figuraron arcadios entre los efectivos griegos (cf. D. Lotze, «Selbstbewusstsein und Machtpolitik. Bemerkungen zur machtpolitischen Interpretation spartanischen Verhaltens in den Jahren 479-477 v. Chr.», *Klio* 52 (1970), págs. 255 y sigs.).

[56] Como indica A. R. Burn (*Persia and the Greeks...,* pág. 505), «within Sparta too, there must have been already a strong party in favour of a campaign on land; for, once the decision to march was taken, it was carried out with a will, and with an efficiency that indicates preparation well in advance». La cifra de espartiatas que entraron en campaña era considerable, si admitimos que su número total por esas fechas debía elevarse a unos ocho mil hombres (cf. VII 234, 2). Pese a que E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes,* Leipzig, 1914, pág. 64, suponía que en este contingente hay que incluir a los cinco mil periecos citados en IX 11, 3, no pueden aducirse, para rebajar el número de espartiatas, los datos que sobre el ejército lacedemonio contamos a finales del siglo v y comienzos del iv a. C., ya que las bajas que causó el terremoto del año 464 en Esparta debieron de ser considerables (cf. Plutarco, *Cimón* 16, 4-5).

sona), confiando su dirección a Pausanias [58], hijo de Cleómbroto. Lo cierto es que el mando le correspondía a Plis- 2
tarco (hijo de Leónidas), pero este último era todavía un muchacho, siendo Pausanias su tutor (era también primo suyo [59]). Resulta que Cleómbroto, padre de Pausanias e hijo de Anaxándridas, ya no se hallaba con vida: había muerto no mucho tiempo después de haber ordenado regresar del Istmo a las tropas que trabajaron en la construcción del muro. (La razón de que Cleómbroto ordenara a 3
las tropas regresar del Istmo se debió a que, mientras esta-

Aunque no hay que descartar la posibilidad de que Heródoto esté redondeando las cifras, el ejército espartano se hallaba dividido en cinco *lóchoi*, o batallones, que podían estar integrados por mil hombres cada uno (para la habitual organización del ejército lacedemonio en época posterior, cf. P. Connolly, *Los ejércitos griegos*, Madrid, 1981, págs. 30-31).

[57] Cf. nota VII 1071; y J. Ducat, «Aspects de l' hilotisme», *Ancient Society* 9 (1978), págs. 5 y sigs. Es indudable que la orden de movilización de un contingente tan elevado de hilotas tuvo que haberse producido con suficiente antelación. Dado que, en VII 229, 1, se alude a un hilota como escudero de cada hoplita espartano (a quien le llevaba la pesada armadura cuando no se hallaban en plenas operaciones militares), cabe pensar que esta leva en masa pudo responder al temor lacedemonio a dejar en su patria un número excesivo de hilotas mientras el grueso de sus tropas se hallaba fuera (al margen de que pueda ser acertada la observación de H. Stein [*Herodotos. Buch IX*, Dublín-Zurich, 1969 (= 5.ª ed., 1893), pág. 128], en el sentido de que «diesmal wurden sie in Masse aufgeboten, weil die Bewaffnungsart der Feinde gerade von diesen leichten Truppen *(psiloí)* viel erwarten liess»).

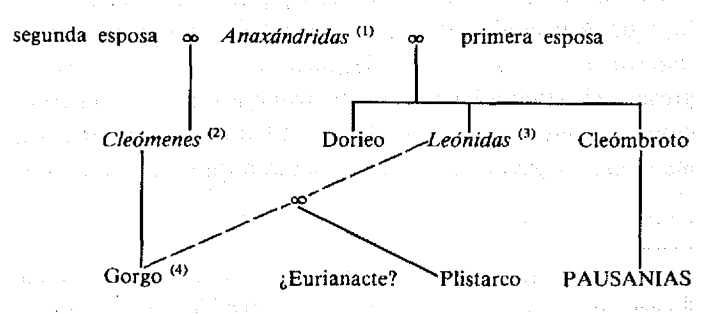
[58] Miembro de la familia de los Agíadas (cf. nota VI 245; y G. Giarizzo, «La diarchia di Sparta», *Parola del Passato* 13 (1950), págs. 192 y sigs.), que acaudilló a las tropas griegas en Platea (cf. J. F. Lazenby, «Pausanias, son of Kleombrotos», *Hermes* 103 (1975), págs. 235 y sigs.). Sobre Cleómbroto, primer tutor de Plistarco, cf. nota VIII 360.

[59] Pues Leónidas y Cleómbroto eran hermanos (el trono correspondía a Plistarco por ser hijo del primero). La genealogía es la siguiente (sobre

ba ofreciendo un sacrificio relativo a la contienda con el Persa [60], el sol se oscureció en el cielo [61].)

---

la historia de los dos matrimonios de Anaxándridas, cf., *supra,* V 39 y sigs.):



(1) Rey de Esparta de 560 a 520 a. C.
(2) Rey de Esparta de 520 a 488.
(3) Rey de Esparta de 488 a 480.
(4) Hija unigénita.

[60] Tal y como hace notar C. Hignett (*Xerxes' invasion...,* pág. 274), «it is a reasonable conjecture that the idea of a Greek offensive on land was suggested by the withdrawal of the Persian army from Attica and that the sacrifice had something to do with a plan for harassing the enemy's retreat. How far Kleombrotos seriously entertained this plan is doubtful; some have seen in the eclipse an excuse rather than the true reason for his subsequent inaction, and hold that it merely confirmed his own disinclination to advance beyond the Isthmus lines. There were, indeed, sound military reasons for such reluctance; a large proportion of the hoplite forces of the patriotic Greeks was still on board the fleet, and those serving with Kleombrotos were not yet numerous enough to risk a collision with the main Persian army».

[61] Es decir, que se produjo un eclipse de sol (que fue parcial y que, en la zona de Corinto, alcanzó su máxima intensidad a las 14 horas y 20 minutos), que tuvo lugar el 2 de octubre del año 480 (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* II, pág. 715, nota 1). La retirada, al margen de lo que cuenta Heródoto, debió llevarse a cabo por la llegada del mal tiempo, época en que las tropas griegas permanecían inactivas.

Para que compartiera con él el mando, Pausanias designó a Eurianacte, hijo de Dorieo, que pertenecía a su misma familia [62]. Pausanias y sus hombres, en definitiva, se habían puesto en campaña, abandonando Esparta.

Entretanto, al rayar el día, los embajadores, que nada 11
sabían de la partida de las tropas, comparecieron ante los éforos con el firme propósito de marcharse, también ellos, a sus respectivas ciudades. Y, una vez en su presencia, dijeron lo que sigue: «Vosotros, lacedemonios, podéis quedaros aquí, en Esparta, celebrando las Jacintias, en medio de diversiones [63], después de haber traicionado a vuestros aliados, que los atenienses, al verse agraviados por vosotros, y debido a su carencia de aliados [64], firmarán como
puedan la paz con el Persa. Y, una vez firmada —como 2
quiera que, evidentemente, nos convertiremos en aliados del rey—, figuraremos entre sus efectivos para atacar la

---

[62] Probablemente Eurianacte no era nieto de Anaxándridas, ya que, a la muerte de Cleómenes I, tendría que haberle sucedido (a no ser que, al ausentarse Dorieo de Esparta [cf. V 42 y sigs.], hubiese renunciado a los derechos que tanto él como sus descendientes tenían al trono). El Dorieo aquí mencionado sería, pues, simplemente un Heráclida (cf. nota VIII 587).

[63] Mientras que, durante el primer día de celebración de las Jacintias (cf. PAUSANIAS, III 19, 3), tenían lugar las honras fúnebres de Jacinto, por lo que el luto era la nota predominante, el segundo día de la festividad consistía en un festival gozoso consagrado a Apolo (cf. PAUSANIAS, III 16, 2), con intervenciones musicales, carreras de caballos, procesiones, etc. (no contamos con noticias de las celebraciones que tenían lugar durante el tercer día).

[64] Como observa A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 155), «il linguaggio attinge all' alta caratura dell' epica e la situazione che viene suggerita, con sintassi epica, è quella usuale del ritiro del più forte dalla guerra, per cui sarà aggravata la posizione di chi resta solo: si pensi al tema dell' ira di Meleagro e dell'ira di Achille». Cf., además, *supra*, IV 118, 2; VIII 62.

región que nos indiquen. Entonces apreciaréis las consecuencias que puede acarrearos nuestra decisión».

Ante estas manifestaciones de los embajadores, los éforos respondieron, bajo juramento, que suponían que las tropas que se dirigían contra los «extranjeros» se encontraban ya en Oresteo [65] (los lacedemonios denominaban «ex-
3 tranjeros» a los bárbaros). Los embajadores, a su vez, como no se hallaban al corriente, les pidieron explicaciones sobre lo que estaban diciendo; y, con sus preguntas, se enteraron de toda la verdad, por lo que, llenos de perplejidad, se pusieron en camino tras los pasos de las tropas sin perder un instante. Y con ellos hicieron lo propio cinco mil periecos [66] lacedemonios de élite.

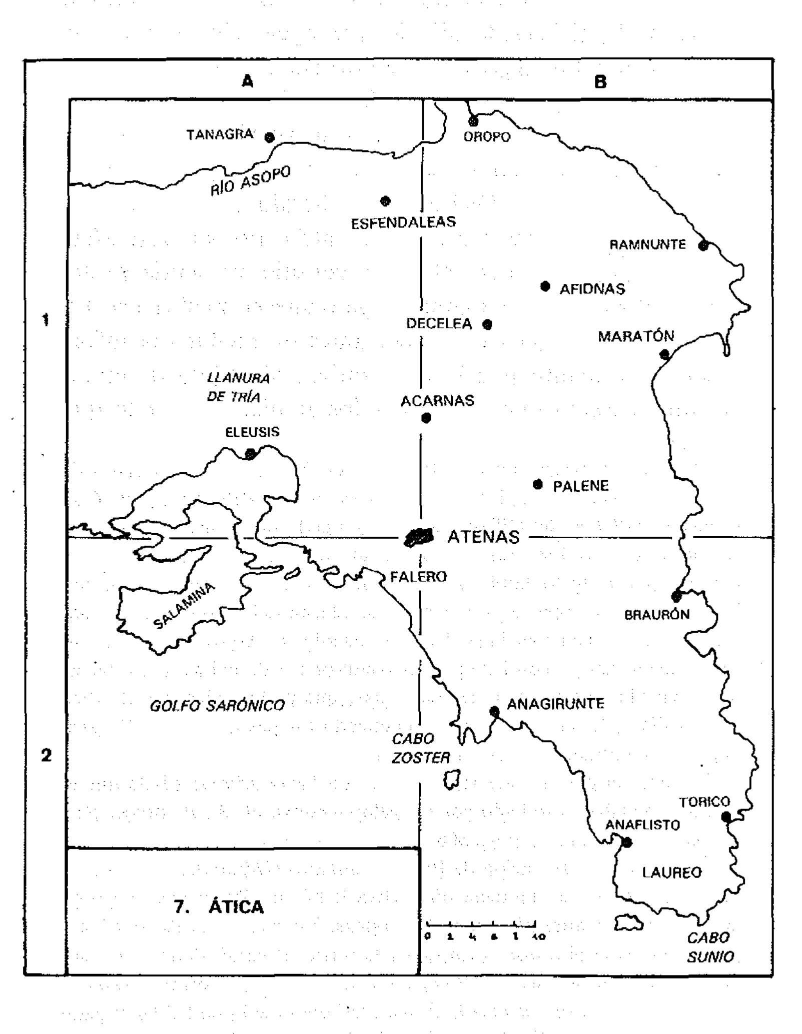
Informado por los argivos del avance espartano, Mardonio se repliega a Beocia

12 Embajadores y periecos se apresuraron, pues, a dirigirse al Istmo. Por su parte los argivos, en cuanto tuvieron conocimiento de que Pausanias y sus hombres habían salido de Esparta, enviaron al Ática, en calidad de heraldo, al mejor correo [67] que pudieron encontrar, pues, con anterioridad, le habían prometido a Mardonio impedir personalmente que

[65] Localidad de Arcadia situada a unos 40 km. al noroeste de Esparta, en la margen derecha del Alfeo (cf. Tucídides, V 64; Plutarco, *Arístides* 10; y Pausanias, VIII 3, 1, que la denomina Orestasio). Los espartanos, pues, remontaron el curso del Eurotas, en lugar de seguir el valle del Eno (el único afluente importante del Eurotas por la izquierda), para evitar avanzar por la ruta que conducía directamente a Selasia, Tegea y Mantinea, y que se hallaba próxima a la Argólide (vid. el capítulo siguiente para las razones de ello).

[66] Cf. nota VII 1087. Los efectivos totales que da Heródoto para los lacedemonios ascendían, pues, a diez mil hoplitas (cf. nota VII 389), constituyendo los hilotas fuerzas de infantería ligera.

[67] Un *hemerodromo*. Cf. nota VI 521; y Livio, XXXI 24 («hemerodromos vocant Graeci ingens die uno cursu emetientes spatium»). Argos dista de Atenas unos 120 km.


A
B
1
2
TANAGRA
OROPO
RÍO ASOPO
ESFENDALEAS
RAMNUNTE
AFIDNAS
DECELEA
MARATÓN
LLANURA
DE TRÍA
ACARNAS
ELEUSIS
PALENE
ATENAS
FALERO
SALAMINA
BRAURÓN
GOLFO SARÓNICO
ANAGIRUNTE
CABO
ZOSTER
TORICO
ANAFLISTO
LAUREO
CABO
SUNIO
0 2 4 6 8 10

7. ÁTICA

2 los espartiatas abandonaran su territorio [68]. A su llegada a Atenas [69], el heraldo dijo lo que sigue: «Mardonio, me han enviado los argivos para notificarte que la élite del ejército lacedemonio ha salido de su país, y que los argivos no están en condiciones de evitar su partida [70]. Procura, en consecuencia, tomar una resolución adecuada».

Atenas es incendiada de nuevo

13 Dicho esto, el heraldo, como es natural, regresó a su patria. Por su parte Mardonio, al oír el mensaje, no sentía ya deseo alguno de permanecer en el Ática. Lo cierto es que, antes de recibir esa información, se mantuvo a la expectativa, al objeto de conocer qué decisión iban a adoptar los atenienses, por lo que

---

[68] Pese al antiespartanismo de Argos (cf. V 49, 8; VI 76 y sigs.; IX 35, 2; y T. Kelly, «Argive foreign policy in the fifth century B. C.», *Classical Philology* 69 (1974), págs. 81 y sigs.), su actitud propersa, de ser cierta (cf. VII 148-152), no habría sido todo lo eficaz que se pretendía, ya que, si se lo hubiesen propuesto, los argivos hubieran podido impedir que las tropas espartanas se ausentaran del Peloponeso amenazando Laconia con una invasión. Un acuerdo de Argos con Mardonio simplemente habría consistido en el compromiso de avisar a los persas de la partida de las tropas lacedemonias, que podían alcanzar el Ática en tres días (cf. VI 120) y haber bloqueado los pasos del Citerón para impedir la retirada de sus adversarios.

[69] Sobre la posible ruta seguida por este *hemerodromo* (dado que el Istmo se hallaba custodiado por los peloponesios), cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 506.

[70] Pese a la observación de Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 17, nota 1: «au moment où parlera le héraut, Pausanias sera sorti de Sparte; il n'y aura plus, pour les argiens, à constater qu'ils *sont* incapables *(ou dynatoì... eisí)* d'empêcher la sortie. Il paraît donc nécessaire ou bien de remplacer *eisí* par *êsan,* ou bien —ce que je crois préférable— de supprimer *mè ouk exiénai),* el *hemerodromo* debió de habler llegado a Atenas el mismo día de su salida de Argos, cuando su patria no se encontraba, en aquellos momentos, en condiciones (que Heródoto no especifica) de evitar que los espartanos abandonaran el Peloponeso.

se abstuvo de devastar y de saquear el Ática, con la esperanza de que, a la larga, llegarían a un acuerdo con él. Pero, en vista de que no lograba convencerlos, y al co- 2
rriente ya de todo lo ocurrido, decidió replegarse antes de que Pausanias y sus hombres irrumpiesen en el Istmo; previamente, empero, ordenó incendiar Atenas [71], así como demoler y arrasar todo resto de murallas [72], de edificios y de santuarios que pudieran quedar en pie [73]. La causa de 3
su retirada estribaba en que el Ática no era apropiada para el empleo de la caballería [74] y en que, si presentaba batalla y resultaba derrotado, no había ruta de escape que no discurriera por senderos angostos [75], de manera que hasta un

---

[71] La ciudad propiamente dicha *(ásty)*, ya que la Acrópolis había sido incendiada, a instancias de Jerjes, el año anterior (cf. VIII 53, 2).

[72] Heródoto debía pensar que, como ocurría en sus días, Atenas había estado totalmente amurallada en tiempos de la expedición persa, cosa que no es del todo segura (cf. nota V 298).

[73] La afirmación es exagerada, ya que en Atenas se conservaron edificios anteriores a las Guerras Médicas (cf. Tucídides, I 89, 1; Pausanias, I 18, 1; 20, 2). Por otra parte, si el deseo de Mardonio, al conocer la partida de las tropas espartanas, era abandonar el Ática, cabe suponer que no habría hecho que sus hombres emplearan excesivo tiempo en las tareas de destrucción.

[74] Sí en la llanura de Falero (cf. V 63, 4; aunque la zona podía estar nuevamente forestada) y en la de Tría (cf. IX 7*b*, 2). Pero el principal temor de Mardonio era que los griegos se negaran a presentar batalla y ocuparan los pasos del Citerón y del Parnés, con lo que se habría visto seriamente comprometida la llegada de suministros para sus tropas. La caballería persa (los peloponesios y los atenienses carecían de ella, cf. nota VI 130) constituía su mejor fuerza operativa, habiendo heredado su empleo de los asirios; cf. J. Cassin-Scott, *The Greek and Persian Wars*, Londres, 1977, págs. 35-36.

[75] En la actualidad hay seis pasos a través de la línea Citerón-Parnés (cf. G. B. Grundy, *The Great Persian War and its Preliminaries*, Londres, 1901, págs. 445 y sigs.; S. Ufer, en J. Kromayer (ed.), *Antike Schlachtfelder*, IV, Berlín, 1924, págs. 110 y sigs.), que, de Este a Oeste,

número reducido de personas podrían bloquearlos. Decidió, por lo tanto, retirarse en dirección a Tebas y presentar batalla en las proximidades de una ciudad amiga y en una zona apropiada para el empleo de la caballería.

14 Mardonio, pues, inició el repligue; pero, cuando se hallaba ya en camino, le llegó la noticia de que otro ejército, integrado por mil lacedemonios, había llegado a Mégara en calidad de avanzadilla. Al tener conocimiento de ello, estudió la estrategia a seguir, al objeto de intentar primero [76] aniquilarlos, si es que resultaba factible. De ahí que

---

son los siguientes: 1. La ruta Atenas-Decelía, por el Parnés (monte cuya máxima altura alcanza los 1415 m.), en dirección al valle del Asopo (por esa ruta se retiró Mardonio del Ática; cf. IX 15, 1). 2. La ruta Atenas-Tebas, por el demo de File, que sube de Acarnas, en la llanura del Ática, a Fide (a 685 m. sobre el nivel del mar), atraviesa la meseta de Escurta y desciende hacia el Asopo a la altura de Escolo (cf. A. W. Gomme, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1937, págs. 22 y sigs.); según W. K. Pritchett («New Light on Plataia», *American Journal of Archaeology* 61 (1957), pág. 20), esta ruta no podía ser utilizada por un ejército numeroso con sus bagajes. 3. La ruta Eleusis-Tebas, por Eleuteras, a través del Citerón, que poseía, a su vez, tres ramales: 3.1. El actual paso de Giptocastro (el más bajo de los tres, con 649 m. de altura), ya en uso en el siglo v a. C. (cf. E. Kirsten, *s.v.* «Plataia», *Real Encyclopädie*, 20, 2, Stuttgart, 1950, col. 2292). 3.2. El actual paso de Vilia (la moderna carretera lo cruza), de 825 m. de altura, que probablemente también se usaba en el siglo v (cf. Pritchett, págs. 18-19). 3.3. El paso más occidental, entre Eleuteras y Platea (también el más alto, ya que alcanza los 900 m.), que quizá no se utilizaba en el siglo v, y que, en todo caso, si era practicable para tropas de infantería, no lo era para carros con bagajes. 4. El paso más occidental de los seis lo constituía una ruta de montaña, que bordeaba las estribaciones del Citerón, por el Oeste, desde el puerto beocio de Creusis (a orillas del Golfo de Corinto) hasta la ciudad megarea de Egostena (también en dicho golfo); esta ruta era peligrosa (cf. Jenofonte, *Helénicas*, V 4, 17), y posiblemente no se utilizaba a comienzos del siglo v a. C.

[76] Antes de dirigirse a Beocia.

volviera sobre sus pasos, dirigiendo sus tropas contra Mégara, y que la caballería, a la vanguardia, realizase correrías por la Megáride [77]. Precisamente ese fue el punto más occidental [78] de Europa que alcanzó este ejército persa.

Posteriormente a Mardonio le llegó la noticia de que 15
los griegos [79] estaban congregados en el Istmo, por lo que efectuó la retirada por la ruta de Decelea [80]. Resulta que

---

[77] PAUSANIAS (I 44, 4) afirma que arqueros persas alcanzaron las proximidades de Pagas, a orillas del Golfo de Corinto. Pero el relato de Heródoto resulta difícilmente aceptable, ya que Mardonio no debió de enviar muchos efectivos a la región de Mégara; y esos contingentes tendrían otra misión. G. B. GRUNDY (*Great Persian War...*, págs. 448 y sigs.) suponía que la incursión consistió, en realidad, en un reconocimiento, encomendado a fuerzas de caballería, para ver de descubrir los movimientos de los griegos en el Istmo, y que esa misión debió de llevarse a cabo varios días antes de la fecha en que la data Heródoto. Otra posibilidad estriba en mantener la fecha que da el historiador para la incursión (cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 292), pero considerando que el objetivo de la caballería persa era proteger la retirada de su infantería. No obstante, y como señala A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 156), «è probabile però che la tradizione presente in questo capitolo sia autonoma rispetto a quella dei capitoli precedenti. Erodoto potrebbe averla accolta nel suo racconto perché essa conteneva un cenno al punto più avanzato raggiunto dai persiani nell' invasione della Grecia».

[78] Más concretamente, el punto situado más hacia el Sudoeste, ya que el ejército persa, en su avance por Tesalia, había penetrado más al Oeste de lo que lo está la región de Mégara (el texto griego, literalmente, dice: «más lejos en dirección del sol poniente», pues, como sistema de orientación espacial, el historiador suele referirse a los vientos, la posición solar, etc.; cf. I 6, 1; 193, 2; III 98, 2; 102, 1; 114; VII 58, 2; etc.). Sobre las concepciones geográficas de Heródoto, vid. CH. VAN PAASEN, *The classical traditions of Geography*, Groningen, 1957, págs. 65 y sigs.

[79] Las fuerzas lacedemonias, a las que se fueron uniendo los demás contingentes del Peloponeso. Los atenienses se incorporaron al ejército griego en Eleusis (cf. IX 19, 2).

[80] Demo (cf. nota V 330) del Ática, a unos 22 km. al nordeste de

los *beotarcas* [81] habían hecho que acudieran los asopios [82] de las cercanías, y estos últimos lo guiaron hasta Esfenda-
2 leas [83] y, desde allí, hasta Tanagra [84]. Tras pernoctar en la citada ciudad, al día siguiente se dirigió a Escolo [85], alcanzando territorio tebano. En dicha zona, y pese a que

---

Atenas (cf. Tucídides, VII 19, 2), en la ruta Atenas-Oropo (cf. nota IX 75), que atravesaba el Parnés. La retirada de Mardonio, por la ruta oriental, debía responder a su temor a que los griegos le cortaran la retirada por los pasos occidentales, o a su explícito propósito de dejarlos expeditos para inducir a los griegos a avanzar en su persecución hasta Beocia.

[81] Los magistrados (su número era de once miembros, aunque hay testimonios que lo reducen a siete; cf. Tucídides, IV 91, 1; Jenofonte, *Helénicas,* III 4, 4; Diodoro, XV 52) que integraban el poder ejecutivo de la Liga Beocia, y que eran elegidos anualmente; cf. J. Ducat, «La confédération béotienne et l'expansion thébaine à l'époque archaïque», *Bulletin Correspondance Hellénique* 97 (1973), págs. 59 y sigs.

[82] Los habitantes del curso medio del Asopo (cf. Estrabón, 408), río de Beocia, de unos 60 km. de longitud, que nace a la altura de Leuctra y desemboca en el Golfo de Eubea, a unos 5 km. al oeste de Oropo, ya en territorio ático.

[83] Demo del Ática, a unos 10 km. al norte de Decelía, donde se bifurcaba el camino, conduciendo al Oeste hacia Tanagra (que fue el que siguieron los persas) y al Norte hacia Oropo. Cf. D. Müller, *Topographischer Bildkommentar zu den Historien Herodots, Griechenland,* Tubinga, 1987, pág. 715 (obra fundamental para todos los topónimos herodoteos relativos a lo que en la actualidad constituye Grecia).

[84] Ya en Beocia, a unos 20 km. al oeste de la desembocadura del Asopo, en cuya margen izquierda se hallaba emplazada; cf. D. W. Roller, «An historical and topographical survey of Tanagra in Boiotia», *Harvard Studies Classical Philology* 76 (1972), págs. 299 y sigs.

[85] Localidad de Beocia. Pese a que es situada por Estrabón, 408, al sur del Asopo, se hallaba en su margen izquierda (cf. J. M. Fossey, «Therapnai and Skolos in Boiotia», *Bulletin Inst. Class. Studies* 18 (1971), págs. 106 y sigs.), a unos 15 km. al oeste de Tanagra, con lo que Tebas distaba sólo 10 km. de Escolo en dirección Oeste (vid., asimismo, D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...,* págs. 577-579).

los tebanos abrazaban la causa de los medos, mandó talar los campos, no porque abrigara animadversión alguna hacia ellos, sino por absoluta necesidad: quería dotar a su campamento de un muro defensivo [86], para que, si el resultado del combate no era el que anhelaba, la obra constituyera un refugio. Su campamento, por cierto, se extendía 3
a partir de Eritras, y, pasando por Hisias, se prolongaba hasta territorio plateo, hallándose emplazado a lo largo del río Asopo [87]. No obstante, el muro propiamente dicho no se erigió con tales dimensiones: cada lado tenía como máximo unos diez estadios poco más o menos [88].

---

[86] Como indica PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 18, nota 3), «cet ouvrage, désigné d'abord par le mot imprécis *éryma,* ne serait pas une simple palissade; il comporterait une enceinte fortifiée susceptible de servir de refuge et de soutenir un siège (ch. 70): une muraille solide *(teîchos)* flanquée de tours *(pýrgoi)*; le tout en bois».

[87] El pasaje es de difícil interpretación, y controvertida la situación de las localidades mencionadas. Eritras debía de encontrarse en los contrafuertes septentrionales del Citerón, a unos 4 km. al sur del Asopo, en la ruta File-Tebas (cf. nota IX 75; y J. A. R. MUNRO, «The campaign of Plataea»..., pág. 157, con el que discrepa W. K. PRITCHETT, «New Light on Plataia»..., págs. 13 y 23). Hisias, por su parte, se hallaba, al parecer, al oeste de Eritras, en la ruta Eleuteras-Tebas (cf. PAUSANIAS, IX 1, 6), a la derecha de la salida del paso de Giptocastro (cf. nota IX 75), y a unos 5 km. al este de Platea, también en los contrafuertes septentrionales del Citerón (cf. J. G. FRAZER, *Pausanias' Description of Greece,* Nueva York, 1965 (= 1898), V, pág. 4; y PRITCHETT, pág. 23). Por otra parte, y a pesar de que del texto parece desprenderse que el ejército persa se hallaba acampado también al sur del Asopo (el fuerte se construyó en la margen izquierda del río; cf., *infra,* IX 59), es posible que la indicación de Heródoto se refiera a que la posición persa se extendía, al norte del Asopo, desde Platea, al Oeste, hasta Eritras, al Este, pero enfrente de las localidades que cita (cf. IX 19, 3; y E. KIRSTEN, *RE...*, col. 2291).

[88] Casi 1,8 km. Como apunta A. R. BURN (*Persia and the Greeks...*, pág. 511), «the area is 12 to 14 times that of a Roman camp for one

4 Mientras los bárbaros se consagraban a esa faena, Atagino [89] de Tebas, hijo de Frinón, realizó suntuosos preparativos e invitó a un banquete de hospitalidad al mismísimo Mardonio y a los cincuenta persas más importantes, que aceptaron la invitación. (El festín [90] tuvo lugar en Tebas.)

Festín en honor de Mardonio organizado por Atagino de Tebas

16 Pues bien, lo que a continuación voy a relatar lo escuché de labios de Tersandro de Orcómeno [91], un personaje que, en su ciudad, gozaba de la más alta reputación. Tersandro me contó que también él fue invitado por Atagino al festín en cuestión, así como cincuenta tebanos, sin que los convidados de ambas naciones se recostaran por separado [92]: en cada diván lo hicieron un persa y un tebano [93].

---

legion; and the Romans may have economised space better by superior orderliness. It would thus be consistent with an army of the order of magnitude of 60-70.000 men, of whom 10.000 might be cavalry... Man for man, the Persians were probably outnumbered by the great Peloponnesian-Athenian army; though the Greek light-armed with their javelins were inferior in armament to the Iranian infantry with bow and short sword, and the Persians had in their cavalry an advantage to set against the Greek advantage in armoured foot».

[89] Uno de los oligarcas tebanos que más decididamente apoyaban a Mardonio (cf. IX 86, 1; y PLUTARCO, *De Herodoti malignitate* 31).

[90] ATENEO, 148e, enumera los alimentos que se sirvieron: pastelillos dulces, pescado hervido, fritura de pescado, anchoas, salchichón, costillas con ajo y potaje de legumbres.

[91] Sobre Orcómeno, a unos 35 km. al noroeste de Tebas, cf. nota VIII 176. Tenemos aquí uno de los cuatro casos, a lo largo de la *Historia,* en que Heródoto cita el nombre de su informador (cf. II 55, 1; III 55, 2; IV 76, 6; y C. SCHRADER, «La investigación histórica en Heródoto», *Estudios en homenaje a A. Beltrán*, Zaragoza, 1986, págs. 667 y sigs.).

[92] Interpreto el verbo que aparece en el texto griego *(klînai)* con valor intransitivo, pese a que con tal valor sólo se halla documentado a partir

Una vez concluido el banquete, y mientras los asistentes 2
bebían a discreción, el persa que con él compartía el diván le preguntó, expresándose en griego, que de dónde era, a lo que Tersandro le respondió que era de Orcómeno. «Pues mira —le dijo entonces el persa—, ya que has compartido conmigo mesa y brindis, quiero dejarte un testimonio de mi perspicacia, para que, prevenido de antemano, puedas adoptar personalmente la decisión que más te con-
venga. ¿Ves a esos persas que asisten al banquete? ¿Re- 3
cuerdas al ejército que hemos dejado acampado a la orilla del río? En breve plazo comprobarás que, de entre todos ellos, los supervivientes son sólo unos cuantos [94].» Y, al tiempo que manifestaba ese comentario, el persa se desha-
cía en llanto. Entonces Tersandro, perplejo ante su afir- 4
mación, le dijo: «¿Pero es que no hay que comunicarle estas impresiones a Mardonio y a los persas que le siguen

de Jenofonte, *Memorables*, III 5, 13; y Aristóteles, *Fisiognómica* 812b 3. De poseer valor transitivo, el sujeto sería Atagino, que habría actuado como maestro de ceremonias, por lo que habría que traducir: «sin que Atagino hiciera que los convidados de ambas naciones se recostaran por separado».

[93] En Grecia era habitual que, en los banquetes, sólo dos personas ocuparan cada diván (cf. Platón, *Banquete* 175c), en tanto que en el *lectus* romano se acomodaban tres personas.

[94] Si la historia que cuenta Heródoto es cierta, el episodio es ilustrativo de la baja moral que debía reinar entre los persas. Los planes de Mardonio de ganarse a los atenienses habían fracasado y sólo quedaba la alternativa de librar una batalla en Beocia; batalla que, por los problemas de aprovisionamiento que acuciaron a los persas durante la campaña de los años 480-479, tenía que librarse cuanto antes. Quizá por ello Mardonio, en contra de la opinión de Artabazo (cf. IX 46), decidió construir el fuerte al norte del Asopo; para ver si, con la perspectiva de conseguir un importante botín, los aliados se decidían a enfrentarse a él en el lugar en que más partido podía sacar a sus contingentes de caballería: al norte del río.

en rango?» «Amigo —respondió el persa a sus palabras—, lo que por voluntad divina se ha de cumplir, no está al alcance del ser humano evitarlo [95]; de ahí que nadie quiera prestar oídos ni a quienes proclaman hechos dignos de crédito. Y, aunque esto que te digo lo sabemos muchos persas, seguimos adelante, pues somos prisioneros de lo ineluctable. Por eso, la peor angustia del mundo estriba en tener conciencia de muchas cosas pero no poder controlar ninguna [96].» Esto es lo que oí de labios de Tersandro de Orcómeno; y, a lo dicho, agregó que, de inmediato —antes

---

[95] El carácter ineluctable del destino es un tema presente constantemente en la *Historia* (cf. P. Hohti, «Über die Notwendigkeit bei Herodot», *Arctos* 9 (1975), págs. 31 y sigs.); y, pese a que en la obra de Heródoto, pugna por imponerse la tendencia a buscar en el hombre la causa de su destino, la moralización del mismo no es completa: hay ejemplos de mentalidad primitiva que resisten a la racionalización, con lo que el destino se convierte inicialmente en una fuerza premoral que se impone de manera inexorable (cf. I 8, 2; II 161, 3; III 43, 1; 65, 3; V 33, 2; etc.). Se trata de una idea profundamente arraigada en Oriente y que en el pensamiento griego aparece formulada de manera imprecisa, porque si «hasta para un dios —manifiesta la Pitia en I 91, 1— resulta imposible evitar la determinación del destino», tenemos también ejemplos en que divinidad y destino se alían (cf. III 76-77), o en que la voluntad del destino se identifica con la de la divinidad, como se evidencia en los inicios del libro VII a propósito de la decisión, finalmente adoptada por Jerjes, de atacar Grecia. Sea como fuere, es frecuente en la *Historia* que el castigo divino sustituya a la acción del hombre cuando las fuerzas del ser humano son demasiado limitadas para poder restablecer un justo equilibrio.

[96] El pensamiento presenta concomitancias con Sófocles (*Edipo Rey* 316), con quien Heródoto muestra numerosos puntos de contacto (cf. nota VII 267), aunque la dualidad teológica y humana que preside la obra del historiador (los precedentes son claramente épicos, de acuerdo con el principio de la doble motivación factual, de manera que los hechos pueden ser causados por intervención divina o actuación humana, indistinta e interactivamente) posee un estrecho parangón con Esquilo.

de que tuviera lugar la batalla de Platea—, él personalmente refirió el episodio a diversas personas [97].

Mil hoplitas focenses se unen a las fuerzas persas

Mientras Mardonio permanecía acampado en Beocia [98], todos los griegos de la zona [99] que abrazaban la causa de los medos le habían proporcionado tropas [100] y habían cooperado con él en la invasión de Atenas; los únicos que se abstuvieron de participar en la invasión fueron los focenses [101], pues, pese a que, de hecho, también ellos abrazaban con decisión la causa de los medos, no lo hacían por propia iniciativa, sino a la fuerza [102]. El caso es que, no muchos días después de 17 2

---

[97] Con lo que el episodio no podía considerarse un *vaticinium post eventum*.

[98] La frase hace referencia a la primera estancia de Mardonio en Beocia, tras abandonar Tesalia (cf. IX 2).

[99] Es decir, los habitantes de Grecia Central: beocios, locrios, melieos y tesalios (cf. IX 31, 5).

[100] Sobre su posible número, cf. IX 32, 2.

[101] Los habitantes de Fócide, en Grecia Central (cf. VIII 32, 2).

[102] El texto plantea problemas, ya que, si los focenses apoyaban a los medos por necesidad, parece una contradicción que su apoyo fuera decidido; por eso A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, págs. 23 y 159) considera incidental la frase, y traduce: «solo i focesi non vi avevano preso parte (e sì che anch'essi erano ferventi sostenitori dei persiani), non per propria volontà ma per necessità», indicando en el comentario que «l'avverbio *sphódra* [= 'con decisión'] si concilierebbe male con la spiegazione che si trattava di un atteggiamento forzato. Il motivo di questo atteggiamento va ricercato a VIII 30, dove è detto che i focesi erano nemici dei persiani per ostilità contro i tessali. La suddetta affermazione è ora precisata e corretta nel senso che i focesi sono in maggioranza filopersiani (cf. IX 31, 5): la necessità che impedisce di tradurre in atto i loro sentimenti è evidentemente la presenza degli odiati tessali nel campo di Mardonio. Ad un certo punto, però, la vicinanza minacciosa dei persiani li obbliga a mandare un contingente». Es posible, sin embargo, que estemos ante una tradición exculpatoria de los focenses por haber figura-

la llegada de Mardonio a Tebas [103], se presentaron mil hoplitas [104] focenses a las órdenes de Harmocides, uno de sus ciudadanos más prestigiosos. Y, al llegar también esos efectivos a Tebas, Mardonio les envió unos jinetes con la orden de que se acantonasen en la llanura [105] al margen
3 de los demás. Nada más hacerlo, se les aproximó toda la caballería, de ahí que, a raíz de ello, se propagara, por el campamento de los griegos [106] aliados de los medos, el rumor de que iban a acabar con los focenses a flechazos [107], rumor que también se propagó entre las filas de estos últi-
4 mos. En esa tesitura, pues, su jefe, Harmocides, los arengó en los siguientes términos: «Focenses, como, evidentemente, esos sujetos pretenden hacernos víctimas de una muerte segura (debido, presumo, a las calumnias de que

---

do entre los efectivos persas (cf. F. J. Groten, «Herodot's use of variant versions», *Phoenix* 17 (1963), págs. 79 y sigs.), y creo que tiene razón Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX*..., pág. 20, nota 4), al señalar que «leur zèle était sans doute un zèle affecté, un zèle de commande; lorsqu' Artabaze battit en retraite, il se garda bien de leur dire le vrai motif de sa marche précipitée (ch. 89); certains d' entre eux, d' ailleurs, avaient refusé de se soumettre et continuaient une guerre de guerillas (cf. 31)».

[103] A su regreso del Ática. La referencia a Tebas se realiza en sinécdoque por Beocia, como antes se ha citado Atenas por el Ática.

[104] Cf. nota VII 389.

[105] La llanura que se extiende al norte del Asopo, donde las tropas de Mardonio habían acampado (cf. nota IX 87).

[106] O «entre los efectivos griegos», que, en todo caso, debían acampar juntos.

[107] La caballería persa no efectuaba sus ataques cargando contra el enemigo, sino aproximándose a cierta distancia para acribillarlo con proyectiles y flechas (sobre la pericia de los persas en el manejo del arco, cf. nota VI 568) y, en el caso de los hoplitas griegos, intentar que la formación adversaria se desorganizase. Este tipo de táctica de ataque iba a ser capital para la suerte de la batalla de Platea (cf. nota IX 361).

somos objeto por parte de los tesalios [108]), preciso es, en estos instantes, que todos y cada uno de vosotros os comportéis en consecuencia como unos valientes; pues es preferible que terminemos nuestros días en plena acción defensiva, que dejarnos aniquilar sufriendo el más infame de los destinos. Por eso, que todos ellos —unos bárbaros [109]— se percaten de que han tramado una carnicería contra unos soldados griegos [110]».

Esta fue la arenga que les dirigió Harmocides. Por su 18
parte los jinetes persas, tras haberlos rodeado, se lanzaron contra los focenses como si pretendiesen exterminarlos, hasta el punto de que llegaron a tensar sus arcos [111] como si se dispusieran a dispararlos; e incluso es posible que alguno lo hiciese. Los focenses, sin embargo, se agruparon, en compacta formación, lo mejor que pudieron, y les hi-

---

[108] Sobre la enemistad ancestral entre tesalios y focenses, cf. VIII 27 y sigs.

[109] El término aparece aquí en sentido peyorativo (cf. nota VIII 762).

[110] Se ignora el exacto significado del episodio que narra Heródoto (cf. H. R. IMMERWAHR, *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, 1966, pág. 143, nota 184, que alude a un presunto 'cavalry motif', del que otros parangones en la *Historia* serían I 80; IV 128, 3; VI 112, 2; VII 84-87; 196; y VIII 28; vid., asimismo, A. E. WARDMAN, «Tactics and the tradition of the Persian Wars», *Historia* 9 (1959), págs. 49 y sigs.), que se configura como una *diápeira* épica, como la del canto II de la *Ilíada* (la propia arenga de Harmocides es de corte homérico [cf., por ejemplo, *Ilíada*, V 529], y la moral que en su alocución se exalta es la del guerrero homérico y el hoplita ciudadano, tal y como aparece en las elegías de Calino y Tirteo).

[111] O «llegaron a blandir sus venablos», con lo que, en el parágrafo 3 del capítulo anterior, habría que traducir *katakontieî spheas* por «iban a acabar con los focenses con sus proyectiles (cf. W. W. HOW, J. WELLS, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 294).

cieron frente por doquiera [112]. La caballería, entonces, volvió grupas, retirándose.

2 Ahora bien, no puedo precisar a ciencia cierta si los jinetes persas se acercaron para, a petición de los tesalios, exterminar a los focenses, y, temerosos de sufrir algún desastre [113], al ver que aquellos se aprestaban a la defensa, fue por lo que se retiraron, pues así se lo había ordenado Mardonio, o si este último quiso comprobar si los focenses
3 eran gente aguerrida. El caso es que, cuando la caballería se hubo retirado, Mardonio, por mediación de un heraldo [114] que les envió, les dijo lo siguiente: «No tengáis miedo, focenses, porque, al contrario de lo que había oído decir [115], habéis demostrado ser unos valientes. En adelante, arrostrad con decisión esta guerra, pues desde luego, en generosidad, no nos superaréis ni a mí ni al rey». Así terminó el asunto de los focenses.

[112] Es decir, sin dejar desprotegidos los flancos. El empleo táctico de los hoplitas consistía en avanzar en formación cerrada, a paso lento o ligero, y chocar con sus lanzas contra el adversario que cada hombre tenía enfrente, despreocupándose de los restantes, con lo que el combate se resolvía en una serie de contactos en forma de choques individuales, reemplazando los de las filas de atrás a los que caían. Aquí los focenses, seguramente inmóviles, debieron de formar dos frentes centrales de falange contrapuestos y dos laterales con menos profundidad.

[113] Porque los focenses habían mantenido la formación. Mientras que los hoplitas griegos contaban con eficaces elementos defensivos en su armadura (cf. nota VII 389), los jinetes persas (en IX 49 son considerados arqueros a caballo) iban escasamente protegidos.

[114] Para hacerles saber a los focenses que las hostilidades quedaban suspendidas. Vid., en general, D. J. Mosley, *Envoys and diplomacy in ancient Greece*, Wiesbaden, 1973.

[115] A los tesalios, sin duda.

Los griegos en Beocia. Preliminares y desarrollo de la batalla de Platea

Entretanto [116], al llegar al Istmo, los 19 lacedemonios establecieron allí su campamento. Y, al tener noticia de ello, todos aquellos peloponesios que simpatizaban con la causa más noble (pero sólo cuando advirtieron que los espartiatas entraban en campaña [117]) consideraron que era de justicia no mantenerse al margen de la expedición. Todos ellos, por consiguiente, en vista 2 de que los presagios resultaron favorables, abandonaron el Istmo, llegando a Eleusis [118]. Allí realizaron nuevos sacrificios y, como los presagios continuaban siéndoles favorables [119], prosiguieron su avance acompañados por los ate-

[116] Heródoto reanuda el relato —interrumpido en el capítulo 12— de las operaciones llevadas a cabo por los efectivos griegos en su avance hacia el Norte.

[117] Sigo la interpretación de Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 22, y nota 3), pese a que, como hace A. Barguet (*Hérodote. L'enquête,* París, 1964, pág. 611), el texto podría interpretarse en el siguiente sentido: «à cette nouvelle, le reste des Péloponnésiens qui avaient choisi le parti le plus noble, et d'autres aussi qui voyaient les spartiates passer à l'action...». No sólo hay una contraposición entre aliados y propersas (como, aparentemente, Argos), o por lo menos neutrales, sino entre espartiatas y demás peloponesios. Es posible que la fuente sea de origen lacedemonio para exaltar el decisivo papel de Esparta en la campaña de Platea.

[118] Cf. nota VIII 320.

[119] El doble sacrificio debió responder a un diferente objetivo. Como Eleusis no se encuentra en la ruta más directa entre el Istmo y Beocia (que pasa por Mégara y Eleuteras), es posible que los aliados pensaran poder enfrentarse a Mardonio en el Ática, para lo cual realizarían el primer sacrificio, que resultó favorable. El segundo perseguiría averiguar la conveniencia, o no, de proseguir adelante. Las incongruencias, por falta de información entre los efectivos griegos, que esta dualidad de planes conllevaría en apariencia, hicieron que F. Jacoby, *s.v.* «Herodotos», *RE,* supl. 2, 1913, col. 464, considerara todo el parágrafo segundo

nienses, que habían pasado al continente procedentes de
3 Salamina, reuniéndose con ellos en Eleusis [120]. Pues bien,

---

de este capítulo como una interpolación que pretendía exaltar la participación ateniense.

[120] Allí se habría prestado el llamado *Juramento de Platea,* del que tenemos noticias por los testimonios de Licurgo (*Contra Leócrates* 81, que lo sitúa en la propia región de Platea) y Diodoro (XI 29, 3, que lo sitúa en el Istmo), además de por una inscripción (que difiere en ciertos detalles de las fuentes literarias) del siglo IV a. C. (*editio princeps*: L. Robert, *Études épigraphiques et philologiques,* París, 1938, págs. 302 y sigs.), encontrada en Acarnas en el año 1932. El contenido del 'Juramento' (que en la estela se halla precedido por el 'Juramento de los Efebos') dice así (cf. M. N. Tod, *A selection of Greek Historical Inscriptions,* Oxford, 1948, II, núm. 204, líneas 22-52):

> «Juramento que prestaron los atenienses [entendiéndose que los demás aliados también lo hicieron] cuando se disponían a enfrentarse a los bárbaros: 'Lucharé hasta la muerte, sin apreciar más la vida que la libertad. No abandonaré, ni vivo ni muerto, a mi *taxíloco* o a mi *enomotarca;* y tampoco retrocederé, a menos que los *hegemones* me ordenen hacerlo. Cumpliré las instrucciones de los *estrategos,* y daré sepultura en el campo de batalla, sin dejar a ninguno insepulto, a mis camaradas que pierdan la vida. Una vez obtenida la victoria militar sobre los bárbaros, diezmaré la ciudad de Tebas, y no atacaré Atenas, Esparta, Platea ni ciudad alguna de mis aliados. Además —reine entre nosotros la paz o la guerra—, no permitiré que sean víctimas del hambre, ni los privaré de suministro de agua. Y, si me atengo al contenido del juramento, que mi patria se vea a salvo (pero que no lo esté, si lo incumplo), que mi patria no sea nunca saqueada (pero que lo sea, si lo incumplo), que mi tierra produzca frutos (pero que sea estéril, si lo incumplo), que nuestras mujeres engendren hijos parangonables a sus progenitores (pero que alumbren monstruos, si lo incumplo), y que nuestro ganado produzca ejemplares de su especie (pero monstruos, si lo incumplo)'. Tras haber prestado este juramento, cubrieron con sus escudos las víctimas sacrificadas y, al son de una trompeta, lanzaron una maldición: los juramentados incurrirían en sacrilegio si violaban sus juramentos y no se atenían a su contenido».

al llegar a Eritras [121], en Beocia, fue cuando averiguaron que los bárbaros se hallaban acampados a orillas del Asopo, por lo que, teniendo en cuenta esta circunstancia, se apostaron frente a ellos al pie del Citerón [122].

En una escaramuza al pie del Citerón los aliados rechazan a la caballería persa

Por su parte Mardonio, en vista de 20
que los griegos no bajaban a la llanura, envió contra ellos a toda la caballería [123], a cuyo frente se hallaba Masistio (a quien los griegos denominan Macistio [124]), un personaje de gran prestigio entre los persas que montaba

---

Pese a que P. Siewert (*Der Eid von Plataiai,* Munich, 1972) ha defendido su autenticidad, el llamado «Juramento de Platea» se inserta en la serie de falsificaciones de decretos, relativos a las Guerras Médicas, que surgieron en el siglo IV a. C. (cf. Chr. Habicht, «Falsche Urkunden...», págs. 1 y sigs.), entre los que se cuentan el «Decreto de Temístocles» (vid. apéndice VIII al libro VII) y —sin pruebas epigráficas— la «Paz de Calias» (vid. apéndice IX al libro VII).

[121] Cf. nota IX 87. Los griegos (aunque pudieron haberlo hecho por más rutas) debieron de penetrar en la llanura de Platea por el paso de Giptocastro (cf. nota IX 75), tras de lo cual se habrían desplazado hacia el Este, hasta alcanzar Eritras (cf. E. Vanderpool, «Roads and forths in northwestern Attica», *California Studies in Classical Antiquity* 11 (1978), págs. 227 y sigs.).

[122] La máxima altura del Citerón (la cadena montañosa que separa el Ática de Beocia) alcanza los 1.411 m. a unos 4 km. al suroeste de Platea. Al tomar posiciones en su vertiente septentrional, los griegos pretendían evitar los ataques de la caballería persa, además de controlar los pasos que conducían al Ática y por los que podían recibir suministros y refuerzos (cf., *infra,* IX 28, 2; 38, 2; 39, 2). En todo caso, resulta inverosímil que los aliados sólo conocieran la posición de Mardonio (incluido el fuerte que había ordenado construir) una vez cruzado el Citerón.

[123] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...,* pág. 299), «the Greek position on the foothills of Kithairon offered no scope for the normal tactics of the Persian cavalry, and forced them to make frontal attacks on the Greek spearmen. It is not clear what Mardonios hoped to gain by such attacks; perhaps he wished to discover by experiment what his

un caballo neseo [125] con freno de oro y, en general, bellamente enjaezado. Al lanzarse en aquellos momentos contra los griegos, los jinetes atacaron por escuadrones y, con ocasión de sus ataques, les infligieron importantes daños al tiempo que los tildaban de mujeres [126].

21 Se daba la circunstancia de que, casualmente, los megareos se encontraban apostados en el punto más vulnerable de todo el frente [127], que era por donde con mayor saña se producían las acometidas de la caballería. Pues bien, al verse en dificultades ante los ataques de los jinetes, los

---

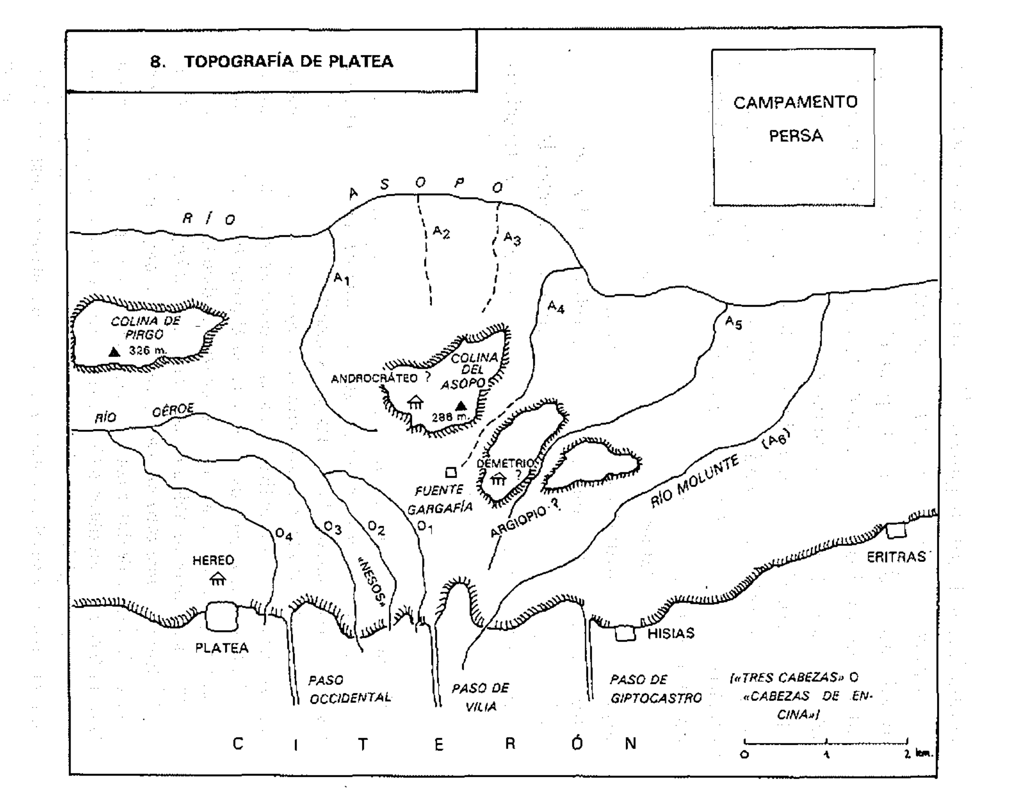
cavalry could achieve under such conditions». Con todo, del texto griego no se infiere claramente si todos los aliados habían acampado ya o si todavía estaban cruzando el paso.

[124] Por su gran estatura (cf. IX 25, 1), los griegos adaptaron su nombre persa a su superlativo *mḗkistos*, que significa «muy grande». Pese a que tanto H. Stein, *Herodotos. Buch IX...*, pág. 138, como R. W. Macan, *Herodotus... ninth...*, I, pág. 629, consideran que el historiador debe de tener presente, para este doblete antroponímico, una fuente escrita, el motivo es de clara tradición oral (cf. *Ilíada*, I 403 y sigs.; VI 402 y sigs.). Masistio había sido comandante de alarodios y saspires en 480 a. C. (cf. VII 79; y G. Strasburger, *Lexikon zur frühgriechischen Geschichte*, Zurich-Munich, 1984, págs. 278-279).

[125] Cf. nota VII 242.

[126] El peor insulto en labios de un persa (cf. IX 107, 1).

[127] Resulta imposible, a partir del testimonio de Heródoto, trazarse una idea exacta de la posición que ocupaban los griegos cuando se produjeron los primeros ataques de la caballería persa. Mientras que J. A. R. Munro, «The Campaign of Plataea»..., pág. 157, y E. Kirsten, *RE*, 20, 2, col. 2292, los sitúan en el ala izquierda de los efectivos griegos, G. B. Grundy, *Great Persian War...*, págs. 460 y sigs., y H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 54, ubican a los megareos en el centro de la formación. Lo más que se puede suponer, admitiendo que el ejército griego hubiera cruzado ya en su totalidad el paso de Giptocastro, es que los megareos ocupaban una posición menos elevada que el resto de los efectivos aliados.


8. TOPOGRAFÍA DE PLATEA
CAMPAMENTO PERSA
RÍO ASOPO
A_1
A_2
A_3
A_4
A_5
(A_6)
COLINA DE PIRGO
326 m.
COLINA DEL ASOPO
ANDROCRÁTEO ?
288 m.
RÍO OÉROE
DEMETRIO ?
FUENTE GARGAFÍA
ARGIOPIO ?
RÍO MOLUNTE
O_1
O_2
O_3
O_4
«NESOS»
HEREO
PLATEA
HISIAS
ERITRAS
PASO OCCIDENTAL
PASO DE VILIA
PASO DE GIPTOCASTRO
(«TRES CABEZAS» O «CABEZAS DE EN-CINA»)
C I T E R Ó N
0
1
2 km.

megareos despacharon a los generales griegos [128] un heral-
2 do que, a su llegada, les dijo lo siguiente: «He aquí el comunicado de los megareos [129]: 'Aliados, nosotros solos [130] no somos capaces de contener a la caballería persa defendiendo como defendemos la posición que ocupamos desde un principio. Lo cierto es que, pese a vernos en dificultades, hasta este momento hemos resistido tenaz y valerosamente; pero, si no enviáis de inmediato otros efectivos para que nos releven, tened presente que vamos a abandonar
3 nuestro puesto'». Esto fue, en definitiva, lo que les notificó el heraldo.

Entonces Pausanias sondeó a los griegos para saber si algún otro contingente se prestaba a trasladarse voluntariamente a la zona en cuestión y a relevar a los de Mégara [131]. Y, ante la negativa de los demás, fueron los atenienses quienes se ofrecieron; concretamente los trescien-

[128] Que debían haber establecido una sede permanente para su Estado Mayor, aunque también es posible que haya una exclusiva referencia a los jefes lacedemonios, Pausanias y Eurianacte.

[129] Cf. nota III 215. Como sucede en el epos, el mensaje de los megareos se articula sobre motivos tópicos, y presenta sensibles similitudes con el pronunciado por los atenienses en Esparta (cf. IX 7): voluntad de resistir, petición de ayuda y amenaza de abandono.

[130] Los efectivos de Mégara ascendían a tres mil hoplitas (cf. IX 28, 6).

[131] Estamos ante otro motivo épico, el de la *apópeira*, o comprobación de la moral de los combatientes, tal y como aparece en el canto II de la *Ilíada*. Según observa C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 300), «critics have complained that these chapters show a marked pro-Athenian bias, but the only suspicious item in them is the allegation that the Athenians alone volunteered for the post of danger when the rest of the army (presumably including the Spartans) had refused. It is more likely that Pausanias called on the Athenians for this service because they alone had a body of archers».

tos soldados de élite [132] que capitaneaba Olimpiodoro, hijo de Lampón [133].

Estos soldados fueron quienes, tras haber dispuesto que los reforzaran los arqueros [134], se comprometieron a ello y se apostaron en Eritras [135] a la vanguardia del resto de los griegos allí presentes. 22

Durante un cierto tiempo ambos adversarios estuvieron combatiendo, pero, al cabo, la batalla concluyó de la siguiente manera: con ocasión de uno de los ataques que, por escuadrones, realizaba la caballería, el caballo de Masistio, que iba a la cabeza de las tropas [136], recibió un fle-

---

[132] Se ignora el origen y operatividad de esta unidad ateniense de élite (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, páginas 294-295).

[133] Posiblemente Olimpiodoro fue el padre (entre los griegos era frecuente que un nieto recibiera el mismo nombre que su abuelo paterno) del famoso adivino Lampón (cf. Aristófanes, *Aves* 521; Plutarco, *Pericles* 6), amigo personal de Pericles y uno de los diez comisionados enviados por Atenas para fundar, en 444/443, la colonia panhelénica de Turios, por lo que cabe suponer que trató personalmente a Heródoto (cf. H. Strasburger, «Herodot und das perikleischen Athen», *Historia* 4 (1955), págs. 23 y sigs.).

[134] Que quizá fuesen ochocientos, lo que explicaría la cifra que Heródoto da, en IX 29, para el total de efectivos griegos armados a la ligera (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 360 y 408). Este cuerpo de arqueros atenienses (integrado por ciudadanos de las clases más modestas, los *thêtes* o jornaleros) se creó con posterioridad al año de la batalla de Maratón (cf. Esquilo, *Persas* 460; Plutarco, *Temístocles* 14). Sobre la actuación de los arqueros atenienses en Platea, cf. A. E. Wardman, «Tactics and the Tradition of the Persian Wars»..., páginas 49 y sigs.

[135] Esto es, en el territorio de Eritras, ya que parte del ejército griego debió dirigirse hacia el Este al salir del paso de Giptocastro.

[136] O, según traduce M. F. Galiano (*Heródoto*, Barcelona, 1951, página 202), «que se distinguía bien de los otros». Pero el *dē* que aparece posteriormente hace preferible la versión que propongo.

chazo en el flanco, y el dolor hizo que se encabritara y
2 derribase al jinete. Nada más caer Masistio, los atenienses se abalanzaron sobre él, con lo que, como es natural, se apoderaron de su caballo y a él, pese a su resistencia, lo mataron. No obstante no pudieron conseguirlo de buenas a primeras, pues iba equipado como sigue: llevaba encima una coraza con láminas de oro [137] y, sobre ella, se había puesto una túnica de color púrpura. Mientras le estuvieron dando golpes en la coraza, los atenienses no le hicieron nada; finalmente alguien acertó a comprender lo que ocurría y le hirió en un ojo, siendo entonces cuando cayó,
3 perdiendo la vida. Este episodio se desarrolló, al parecer, sin que el resto de los jinetes lo advirtiera: no repararon en la caída de Masistio del caballo ni en su muerte; y, al volver grupas, replegándose [138], no se percataron de lo que sucedía [139]. Fue al hacer alto cuando de inmediato lo echaron en falta, ya que no había nadie que les diese órdenes. Entonces, al comprender lo que había ocurrido, se

[137] Esta coraza (los soldados persas las llevaban de hierro; cf., *supra,* VII 61, 1) fue consagrada por los atenienses en el Erecteo (cf. PAUSANIAS, I 27, 1). Corazas y cotas de mallas semejantes a las aquí descritas se han encontrado en Persépolis (cf. D. B. THOMPSON, «The Persian Spoils in Athens», en *The Aegean and the Near East,* Nueva York, 1956, pág. 283).

[138] Ya que en estas maniobras estribaba la táctica de ataque de la caballería persa (cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...,* pág. 21, nota 3: «légèrement armés, montés sur des chevaux rapides (VII 196), les cavaliers perses sont... des archers à cheval, qu'une infanterie lourde était incapable de joindre s'ils ne le voulaient pas [precisamente la muerte de Masistio se debió a la intervención de los arqueros atenienses]. En face d'une troupe d'hoplites, ils fondaient sur elle à toute bride, s'arrêtaient à bonne distance pour la cribler de flèches et de javelots (ch. 49), et se retiraient prestement hors d'atteinte».).

[139] Que Masistio no regresaba con ellos.

dieron mutuos ánimos y todos espolearon sus caballos para, al menos, intentar recuperar el cadáver.

Por lo que a los atenienses se refiere, al ver que los 23
jinetes persas ya no los atacaban por escuadrones, sino todos en bloque, llamaron en su auxilio al resto del ejército. Y, mientras toda la infantería acudía en su ayuda, en el ínterin se desencadenó una encarnizada batalla alrededor
del cadáver. Pues bien, en tanto que los trescientos es- 2
tuvieron peleando solos, se vieron netamente superados y tuvieron que abandonar el cuerpo de Masistio; pero, al acudir en su ayuda el grueso del ejército, fueron entonces los jinetes quienes no pudieron ya resistir su ataque [140], por lo que no les resultó posible recuperar el cadáver; al contrario, además de a Masistio, perdieron incluso a varios de los suyos. Se alejaron, pues, a unos dos estadios [141] de distancia para considerar lo que había que hacer; y, ante la carencia de un comandante, decidieron regresar junto a Mardonio.

Al llegar la caballería al campamento, todo el ejército, 24
incluido Mardonio, guardó el más riguroso duelo por la pérdida de Masistio: los bárbaros se cortaron el pelo [142], hi-

---

[140] Si lo que dice el historiador es exacto, y todos los hoplitas aliados hicieron frente a la caballería persa, la superioridad de los griegos era notoria (al margen de que el terreno les favorecía), pues su número triplicaba ampliamente al de los jinetes. No existía, además, el peligro de un ataque inmediato de la infantería de Mardonio, ya que la posición persa se encontraba a unos 4 km. de la que debían ocupar los griegos.

[141] Algo más de 355 m.

[142] Una norma usual en el mundo antiguo en caso de duelo; cf., *supra*, II 36, 1 (y nota II 136). Pese a que el corte de las crines de los caballos era una manifestación de pesar en Tesalia (cf. EURÍPIDES, *Alcestis* 428; PLUTARCO, *Pelópidas* 34), por lo que es posible que los griegos aliados de Mardonio también tuvieran que guardar luto, estamos sin duda ante un universal del dolor frente a la muerte.

cieron lo propio con las crines de sus caballos y acémilas, y se entregaron a interminables lamentos cuyo eco se extendía por toda Beocia, pues había muerto un personaje que —después, eso sí, de Mardonio— gozaba de la más alta consideración ante los persas y ante el monarca [143]. Los bárbaros, en definitiva, honraron a su manera la muerte de Masistio.

Los griegos toman posiciones delante de Platea

25 Por su parte los griegos, como habían contenido los ataques de la caballería y, posteriormente, la habían rechazado, cobraron renovados ánimos. Y la primera medida que adoptaron fue depositar el cadáver en un carro que hicieron circular a lo largo de sus filas. (El cadáver merecía contemplarse por su estatura y su prestancia; de ahí que llegaran, incluso, a romper filas
2 para ir a contemplar a Masistio [144].) Acto seguido decidieron bajar a Platea [145], pues, en su opinión, la zona de

---

[143] Se ignora la razón de esta afirmación de Heródoto, ya que Masistio no era un aqueménida (cf. apéndice VI al libro VII), y, por ejemplo, entre los expedicionarios persas, figuraban personajes como Artabazo (cf. nota VII 357). Es posible que estemos ante una versión magnificadora de origen ateniense.

[144] El texto plantea problemas y se han propuesto diferentes soluciones (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 25, nota 1). Interpreto *taûta* con valor catafórico. De considerarlo anafórico, la traducción sería: «precisamente esa fue la razón de que tomaran esa precaución, pues los soldados rompían filas para ir a contemplar a Masistio».

[145] Los aliados abandonaron, pues, la 'primera posición' —en la que se habían enfrentado a la caballería persa— para avanzar hacia sus adversarios. Al margen de que los motivos que da Heródoto para este avance (confianza de los efectivos griegos en sus posibilidades, y necesidades de aprovisionamiento de agua) se consideran correctos, Pausanias, tras la muerte de Masistio, debió de comprender que, si no descendían de los contrafuertes del Citerón, los persas no insistirían en sus ataques. El paso a la 'segunda posición' debió responder, en definitiva, al deseo

Platea era mucho más idónea que la de Eritras para establecer en ella su campamento, sobre todo por su mayor abundancia en agua. Decidieron, pues, que había que alcanzar esa zona, llegando hasta la fuente Gargafia [146] —que se encuentra en ella—, y acampar en formación de combate; así que recogieron sus armas [147] y, bordeando 3
las estribaciones del Citerón, se dirigieron, por las inmediaciones de Hisias [148], a la región de Platea. Y, a su llega-

---

del Estado Mayor griego de inducir a Mardonio a cruzar el Asopo con su infantería para que presentara batalla.

[146] Toda la topografía del escenario de la batalla conlleva interpretaciones hipotéticas (cf., para las diversas localizaciones, W. K. PRITCHETT, «New light on Plataia»..., págs. 9 y sigs.; y D. MÜLLER, *Topographischer Bildkommentar...*, págs. 546 y sigs.). Heródoto dice (IX 51, 1; 52) que la fuente Gargafia se encontraba, respectivamente, a 10 (= 1,75 km.) de la 'Isla' del río Oéroe y a 20 estadios (= 3,5 km.) del Hereo de Platea. Pero, al margen de que no conocemos con exactitud cuál era la extensión de la ciudad en tiempos de la batalla (cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, II, 1, págs. 315, nota 2), es impensable que la caballería persa pudiera haber desalojado a los lacedemonios de la fuente (cf. IX 49, 2), si ésta se encontraba en una zona elevada. Hay que suponer, por lo tanto, que la fuente Gargafia se hallaba situada en la depresión existente entre el Citerón y la colina del Asopo (la posición conocida como *Asopos Ridge* entre la historiografía británica); cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 427-428 (y pág. 302, nota 5).

[147] Dado el pesado equipo que llevaban los hoplitas (cf. nota VII 389), éstos sólo portaban sus armas al entrar en acción. Hay que destacar que Heródoto no nos informa sobre cuánto tiempo permanecieron los griegos en la 'primera posición'.

[148] El avance griego a la 'segunda posición' no consistió, pues, en un mero descenso, sino que se desplazaron también lateralmente hacia el Oeste, lo que, posteriormente, obligó a los persas a hacer lo propio (cf. IX 31, 1). Es posible que el territorio de Platea (la Plataide) y el de Hisias (la Hisíade) se encontraran separados por el río Molunte (cf. IX 57, 2).

da, formaron por naciones [149], cerca de la fuente Gargafia y del recinto del héroe Andrócrates [150], en un terreno llano jalonado por unas colinas de escasa altura [151].

[149] Es inverosímil que, hasta entonces, los aliados no hubieran mantenido un orden con arreglo a los diferentes Estados que integraban sus efectivos, o que se hubiesen desorganizado durante el avance a esta nueva posición. «Il dettaglio narrativo —señala A. Masaracchia, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 163— serve comunque a introdurre la contesa tra tegeati e ateniesi.»

[150] Uno de los siete héroes (cf. nota V 204; y G. S. Kirk, *Myth: Its meaning and functions in ancient and other cultures* = *El mito. Su significado y funciones en las distintas culturas* [trad. española A. Pigrau], Barcelona, 1973, págs. 209 y sigs.) de quienes descendían las principales familias de Platea (cf. Plutarco, *Arístides* 11). Tucídides, III 24, 1-2, sitúa el *Androcrateo* a la derecha de la ruta Platea-Tebas, a unos 1200 m. de la primera ciudad (testimonio que acepta G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 467), con lo que se ubicaría a 1 km. al suroeste del 'Asopos Ridge', una posición que parece conformarse al orden de batalla griego en esta fase de las operaciones. Parte de la crítica, sin embargo, como el texto de Tucídides presenta problemas interpretativos (el testimonio de Plutarco, *Arístides* 11, 6-8, no posee valor independiente), prefiere situarlo en la propia colina del Asopo, donde se halla la actual iglesia de San Juan (cf. J. A. R. Munro, «The Campaign of Plataea»..., pág. 159; W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai», *Journal Hellenic Studies* 18 (1898), págs. 38 y sigs.).

[151] Como el texto griego, literalmente, dice «a través de unas colinas no elevadas y de un terreno lleno», el ejército griego debía de estar desplegado desde el 'Asopos Ridge' (una colina, cuya máxima altura alcanza los 100 m. sobre el nivel del río Asopo en la zona, situada a unos 4,5 km. al nordeste de Platea y distante, en dirección Sur, unos 3 km. del río), donde se encontraría el ala derecha, hasta la colina de Pirgos, a unos 3 km. al noroeste (por en medio de ambas colinas discurría la ruta Platea-Tebas), donde figuraría el ala izquierda, ya que, aceptando la cantidad de hoplitas que Heródoto atribuye al ejército griego (cf. IX 29, 1), su frente se extendería por lo menos a lo largo de esa distancia, y sería el centro del ejército griego el que se hallara apostado en las cercanías del Androcrateo (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 306-307, para las diversas hipótesis).

Altercado entre atenienses y tegeatas en su pretensión de ocupar el ala izquierda

Justo entonces —mientras se asignaban las diferentes posiciones— se produjo un violento altercado verbal entre tegeatas y atenienses[152], pues unos y otros, alegando recientes y antiguas gestas, se consideraban con derechos para ocupar con sus efectivos una de las alas[153]. En ese sentido, los de 26
2 Tegea aducían lo siguiente: «En todas las expediciones combinadas realizadas hasta la fecha por los peloponesios[154], tanto en tiempos pretéritos como recientes, la totalidad de los aliados nos viene considerando, absolutamente siempre, merecedores de ocupar esa posición desde aquella época en que los Heraclidas, tras la muerte de Euris-

[152] Es posible que una disputa entre tegeatas (sobre Tegea, cf. nota VI 347) y atenienses se produjera realmente por la razón que indica Heródoto, pero no en el momento en que el historiador la sitúa (de admitir su veracidad, habría que datarla en Eleusis, cuando peloponesios y atenienses unieron sus efectivos; cf. IX 19, 2). En todo caso, la digresión introducida por Heródoto (sobre su gusto por los excursos, cf. IV 30, 1), de probable origen ateniense, incide en el *tópos* de la generosidad de Atenas durante la Segunda Guerra Médica (cf. nota VIII 16), siempre dispuesta a subordinar cuestiones de prestigio a las necesidades urgentes del momento.

[153] Literalmente, «la otra ala» (con referencia a la ala izquierda), pues tegeatas y atenienses dan por supuesto que los espartanos van a figurar en el ala derecha, el puesto de más responsabilidad en los ejércitos hoplíticos (cf. nota VIII 428).

[154] La intervención de los de Tegea presupone la existencia de la Liga Peloponesia (cf. notas VIII 12 y 757), anacrónicamente, con anterioridad a la penetración doria. Sin embargo, y aunque, durante la Guerra del Peloponeso, Tegea permaneció fiel a Esparta (cf. Tucídides, V 32,4; 40, 3; 57, 2; 67, 1), sus relaciones mutuas no fueron siempre amistosas (cf., *supra,* I 66-68, para su enfrentamiento durante el siglo vi a. C.; e, *infra,* IX 35, 2, para la guerra que ambos Estados mantuvieron entre los años 473-470).

3 teo, intentaron regresar al Peloponeso [155]. La hazaña que a la sazón nos hizo acreedores a esa prerrogativa fue la siguiente: cuando, en unión de los aqueos y los jonios [156] que por aquellas fechas residían en el Peloponeso, acudimos al Istmo [157] para defenderlo, asentamos nuestros reales frente a los invasores; pues bien, según cuentan, Hilo en esa tesitura proclamó que no era necesario que ambos ejércitos corriesen el riesgo de un mutuo enfrentamiento, sino que se batiese con él, en combate singular y con arreglo a unas determinadas condiciones, el soldado peloponesio a quien estos últimos designasen como campeón entre
4 sus propios efectivos. Los peloponesios estimaron que había que aceptar la propuesta y ambos bandos formalizaron solemnemente [158] el siguiente acuerdo: si Hilo derrotaba al adalid peloponesio, los Heráclidas regresarían a la patria de sus antepasados [159]; en cambio, si Hilo era de-

---

[155] A la muerte de Heracles (quien, para intentar conseguir la inmortalidad, tuvo que ponerse a las órdenes de su primo Euristeo, rey de Micenas y de Tirinto), sus hijos (los Heraclidas, nombre que se reserva a los hijos que el héroe tuvo con Deyanira) se vieron perseguidos por Euristeo, refugiándose en la Atenas de Teseo, que los ayudó a imponerse a su tío. Al pretender, a continuación, regresar al Peloponeso, acaudillados por Hilo, el mayor de los hermanos, lo hicieron antes de la fecha dictada por un oráculo delfio e Hilo encontró la muerte a manos del rey de Tegea (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, págs. 256 y sigs.). En el mito del 'retorno de los Heraclidas' tenemos una traducción legendaria de las «invasiones» dorias (cf., sin embargo, nota VI 249).

[156] Sobre los pobladores del Peloponeso, cf. VIII 73 y notas *ad locum*. Acerca de la relación predoria entre aqueos y jonios, cf. I 145-146; y vid., en general, A. M. Snodgrass, *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.

[157] El Istmo de Corinto (cf. Pausanias, I 44, 10).

[158] Cf. nota IV 690.

[159] Es decir, al Peloponeso.

rrotado, los Heráclidas volverían con sus tropas sobre sus pasos y, por espacio de cien años [160], no intentarían retornar al Peloponeso. Pues bien, de entre todos los aliados, 5
la elección recayó en Équemo (hijo de Eéropo y nieto de Fegeo [161]), a la sazón nuestro caudillo y soberano, que se había ofrecido como voluntario y que se batió en combate singular con Hilo, dándole muerte. Merced a esa gesta, y a juicio de los peloponesios de aquella época, nos hicimos acreedores, entre otras importantes prerrogativas que continuamos disfrutando, a comandar una de las alas del ejército siempre que se organiza una expedición combinada. Desde luego, lacedemonios, con vosotros no entramos en 6
liza; al contrario, os damos a elegir el ala que prefiráis mandar, aceptando vuestra decisión [162], pero insistimos en que, al igual que en el pasado, a nosotros nos corresponde comandar la otra. Al margen de esa gesta que hemos relatado, contamos con más méritos que los atenienses para ocupar ese puesto. De hecho, espartiatas, con vosotros 7
hemos librado —y con éxito— numerosos enfrentamientos, y lo mismo hemos hecho con otros adversarios [163].

---

[160] Lo que equivalía a tres generaciones (cf. II 142, 1), tal y como había profetizado el oráculo que sucedería, pues los Heráclidas no debían retornar al Peloponeso hasta la «tercera cosecha». Sobre los problemas que la cronología de época mítica suponía para Heródoto, cf. nota VIII 229; y H. Strasburger, «Herodots Zeitrechnung», *Historia* 5 (1956), págs. 129 y sigs.; y W. den Boer, «Herodot und die Systeme der Chronologie», *Mnemosyne* 20 (1967), págs. 30 y sigs.

[161] O, según Apolodoro (I 9, 16; II 7, 3; III 9, 1) y Pausanias (VIII 5, 1), Cefeo, antiguo rey de Tegea, lo cual ha hecho pensar en un *lapsus calami* en la genealogía que facilita Heródoto (sobre la misma, cf. Píndaro, *Ol.*, X 66; Pausanias, I 44, 10; VIII 5, 1; 53, 10).

[162] Por la condición de rectora de la Liga Peloponesia que poseía Esparta (cf. nota IX 154).

[163] La ética militar de que hacen gala los tegeatas se halla inserta,

De ahí que sea justo que nosotros, y no los atenienses, ocupemos una de las alas, pues desde luego ellos no han realizado hazañas, ni recientes ni antiguas, comparables a las nuestras».

27 Eso fue lo que adujeron los tegeatas; y, ante sus manifestaciones, los atenienses respondieron como sigue [164]: «Somos conscientes de que este ejército [165] se ha movilizado para luchar contra el Bárbaro, y no para pronunciar discursos; pero, dado que el representante de Tegea ha abierto un debate [166] sobre las antiguas y recientes proezas que ambos pueblos hemos realizado a lo largo de nuestra existencia, nos vemos en la obligación de demostraros

---

como ocurre frecuentemente en la *Historia,* en la llamada «cultura de vergüenza» (cf. nota VIII 84).

[164] En Plutarco, *Arístides* 12, es este estadista ateniense (cf. notas VIII 405, 406 y 480) quien, al mando de los hoplitas de su ciudad, replica a las pretensiones de los tegeatas mediante un discurso más diplomático y desprovisto de alusiones míticas. En este pasaje de Heródoto, en cambio, tenemos un eco de las alabanzas al pasado ateniense, usuales en los discursos fúnebres pronunciados en el Cerámico, y que la oratoria del siglo IV a. C. esgrimiría constantemente (cf. Isócrates, *Panegírico* 54-70; *Panatenaico* 168 y sigs., 193 y sigs.; *Plataico* 53; Platón, *Menéxeno* 239; Pseudo Lisias, *Epitafio* 3 y sigs.; Pseudo Demóstenes, *Epitafio* 8; y, en general, M. Nouhaud, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques,* París, 1982), aunque en esta intervención ateniense las referencias a sus glorias míticas se abordan en orden inverso al cronológico: primero, la guerra contra Euristeo, que la tradición situaba en tiempos de Demofoonte, hijo de Teseo; luego, los enfrentamientos con tebanos y amazonas, que formaban parte de la leyenda de Teseo; por último, la Guerra de Troya, la gesta más antigua de todas las citadas.

[165] Interpreto el término en sentido militar, aunque también podría hacerse en su acepción forense («que esta sesión se ha convocado»), suponiendo que el Estado Mayor griego se había reunido para tratar la cuestión que enfrentaba a tegeatas y atenienses.

[166] Sigo la interpretación de Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...,* pág. 28, nota 2.

por qué nosotros, debido a nuestro permanente valor, tenemos un derecho ancestral, con preferencia a los arcadios, a figurar en puestos de privilegio. Por lo que se 2
refiere a los Heraclidas (a cuyo caudillo los tegeatas se jactan de haber dado muerte en el Istmo), cuando hasta entonces —en su intento por escapar al yugo de los de Micenas— se veían rechazados por todos los griegos a los que apelaban, nosotros fuimos los únicos que los acogimos, y pusimos fin a la arrogancia de Euristeo al derrotar en una batalla, con su concurso, a quienes a la sazón eran dueños del Peloponeso [167]. Por otra parte, cuando los ar- 3
givos que acompañaron a Polinices en su ataque a Tebas perdieron la vida y permanecían insepultos, podemos jactarnos de haber organizado una expedición contra los cadmeos y de haber recuperado los cadáveres, sepultándolos en nuestra patria: en Eleusis [168]. También nos aureola 4

[167] Fue Teseo quien acogió en Atenas a los hijos de Heracles y derrotó con ellos a Euristeo, que murió a manos de Hilo (cf. Diodoro, IV 57-58; Apolodoro, II 8), aunque la leyenda presenta variantes según los diferentes autores (cf. Eurípides, *Heraclidas* 843 y sigs.; 928 y sigs.; 1030 y sigs.; Estrabón, VIII 6, 19; Pausanias, I 44, 9; y, en general, vid. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica...*, pág. 257). Al socorrer a los Heraclidas, los atenienses habían prestado un servicio a los espartanos, ya que sus reyes se consideraban descendientes de Hilo (cf., *supra,* VII 204).

[168] Alusión al mito de los 'Siete contra Tebas', expedición que, a la muerte de Edipo, acaudilló, con apoyo argivo, su hijo Polinices para tratar de recuperar el trono de Tebas (los cadmeos son, para Heródoto, los habitantes prebeocios de la ciudad; cf., *supra,* V 57, 1; Tucídides, I 12, 3), que se negaba a entregarle su hermano Eteocles. El historiador está transmitiendo la versión ateniense del mito (en su versión más antigua, Adrasto, el monarca argivo, conseguía de los tebanos la entrega de los cadáveres, que fueron enterrados en Tebas; cf. Pausanias, I 18, 2), según la cual Adrasto consiguió el apoyo de Teseo, quien, por medios diplomáticos (cf. Isócrates, *Panatenaico* 168-171; Plutarco, *Teseo* 29, 4), o bélicos (cf. Eurípides, *Suplicantes* 634 y sigs.; Isócrates, *Panegírico* 58), logró que los tebanos devolvieran los cuerpos de los caídos, que

una triunfal gesta contra las amazonas, que, procedentes del río Termodonte, invadieron en cierta ocasión el Ática [169]; y en la Guerra de Troya no fuimos inferiores a nadie [170]. Pero la verdad es que de nada sirve tener en cuenta todo eso, pues podría ser que pueblos que en tiempos eran valerosos sean en la actualidad más bien cobardes, y pueblos que en tiempos eran cobardes sean en la actualidad más bien valientes [171]. Basta, pues, de hablar de antiguas

---

fueron sepultados en Eleusis (cf. PAUSANIAS, I 39, 2). Los *Siete contra Tebas* de ESQUILO, y la *Antígona* de SÓFOCLES, que presentan otra versión del problema de la sepultura de los asaltantes abatidos, se basan en una tradición tebana local (cf. PAUSANIAS, IX 25, 2; y W. SCHMID, O. STÄHLIN, *Geschichte der griechischen Literatur*, Munich, 1934, I, 2, pág. 215).

[169] Teseo raptó a Antíope (o Hipólita), la reina de las amazonas, un legendario pueblo de mujeres (el término puede ser armenio, significando 'mujeres luna', o iranio, equivaliendo a 'guerreros'; cf. J. POKORNY, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Berna-Munich, 1959, I, página 697), que se hallaba establecido en Capadocia (el río Termodonte desembocaba en el Mar Negro; cf., nota IV 405). Ese rapto tuvo lugar (pues la leyenda presenta variantes) mientras el monarca ateniense acompañaba a Heracles en el cumplimiento de su noveno trabajo (apoderarse del cinturón de la reina de las amazonas; cf. PLUTARCO, *Teseo* 26, 1), cuando se encontraba acompañado por su amigo el lapita Pirítoo (cf. PÍNDARO, fr. 175 SNELL [= B. SNELL, *Pindari Fragmenta*, Leipzig, 2.ª ed., 1964]), o bien lo hizo solo (cf. PLUTARCO, *ibíd.*). Las amazonas, para vengarse, invadieron el Ática, asediaron la Acrópolis (cf. ESQUILO, *Euménides* 655 y sigs.) y se vieron derrotadas en la Pnyx (las luchas entre ellas y los atenienses fueron representadas por Fidias en el escudo de la estatua de Atenea Parteno y en las metopas del Partenón, y por Micón en la *Stoá Poikílē*; cf. PAUSANIAS, I 15, 2; 17, 2).

[170] Cf. VII 161, 3.

[171] Como en la lírica (cf. H. FRÄNKEL, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums*, Munich, 1962, 3.ª ed., pág. 586), el ser humano, en la *Historia*, se siente sujeto a inestabilidad («el hombre es pura contingencia», le recuerda Solón a Creso, en I 32, 4) e impotente ante los designios divinos; de ahí que la idea de la inestabilidad del mundo se halle latente en toda la obra y, por eso, Heródoto desarrolla su investigación

gestas. Ahora bien, nosotros, aun suponiendo que no hayamos llevado a cabo ninguna otra hazaña [172] (cuando lo cierto es que, más que cualquier otro pueblo griego, hemos realizado numerosas y triunfales proezas), por la gesta de Maratón somos, empero, dignos de obtener ese privilegio, así como otros adicionales, pues a fe que fuimos los únicos griegos que nos medimos al Persa en singular batalla [173] y, en la colosal empresa que afrontamos, obtuvimos la victoria, imponiéndonos a cuarenta y seis naciones [174]. ¿No 6

(historíē) «ocupándome por igual de las pequeñas y de las grandes ciudades de los diferentes pueblos, ya que las que antaño eran grandes, en su mayoría son ahora pequeñas; y las que en mis días eran grandes, fueron antes pequeñas. En la certeza, pues, de que el bienestar humano nunca es permanente, haré mención a unas y otras por igual» (I 5, 3-4). Estamos ante una formulación de la teoría del ciclo, del ritmo natural de la existencia que oscila pendularmente (cf. Arquíloco, fr. 67a Diehl), como Creso, antes de la expedición persa contra los maságetas, advierte claramente a Ciro (cf. I 207, 2: «ten, ante todo, presente que, en el ámbito humano, existe un ciclo que, en su sucesión, no permite que siempre sean afortunadas las mismas personas»). Por eso, por ejemplo, la constante fortuna de que goza Polícrates no es propia del hombre, y su final es horrible (cf. III 125).

[172] Como bien señala Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, página 29, nota 1), «l'orateur feint d'accepter, quitte à la rejeter aussitôt, l'hypothèse que la victoire de Marathon est le seul titre des Athéniens à occuper un poste d'honneur».

[173] Igual que Équemo se batió en combate singular *(emounomáchēse)* con Hilo, así lo hicieron *(mounomachḗsantes)* los atenienses con los persas y sus súbditos. Volvemos a encontrarnos (cf. VII 10, *b* 1; y nota VII 82) con la omisión de la participación de los plateos en la batalla de Maratón, un *tópos* que sería desarrollado en el siglo IV a. C. (cf. Platón, *Menéxeno* 240c; *Leyes* 698e; Isócrates, *Panegírico* 86; y C. Schrader, «El mito de Maratón», *Cuadernos de Investigación. Historia* 7 (1981), págs. 17 y sigs.).

[174] Ese número de naciones es el que integraba el ejército de Jerjes (cf. VII 61-80), no la expedición de Datis y Artáfrenes. Los atenienses no aluden a su decisiva participación en la batalla de Salamina, pues

es, por consiguiente, de justicia que, en virtud de esa gesta sin par, ocupemos el puesto objeto del debate? No obstante, y como quiera que, en un trance como éste, no es oportuno rivalizar por un puesto, estamos decididos, lacedemonios, a obedeceros y a situarnos donde os parezca más oportuno y frente al adversario que sea, pues en cualquier posición procuraremos comportarnos con bravura. Dictadnos vuestras órdenes, que os obedeceremos».

Formación y efectivos de los dos ejércitos

28 Esta fue la respuesta que dieron los atenienses. Entonces todo el ejército lacedemonio manifestó por aclamación [175] que los atenienses contaban con más méritos que los arcadios para ocupar el ala. Así fue, en definitiva, como los atenienses ocuparon dicho puesto en detrimento de los tegeatas [176].

2 Acto seguido los griegos recién incorporados a la campaña y los que habían participado en ella desde un principio [177] se alinearon como sigue [178]: el ala derecha la ocu-

---

de lo que aquí se trata es de recordar sus hazañas por tierra (cf., no obstante, R. W. MACAN, *Herodotus...*, I, pág. 648, para una posible motivación antitemistoclea en la omisión).

[175] El método habitual de aprobar una moción entre los lacedemonios (cf. TUCÍDIDES, I 87, 2; PLUTARCO, *Licurgo* 26, 4).

[176] La verdadera razón de que los atenienses ocuparan el ala izquierda venía dada por su elevado contingente de hoplitas, el segundo en número tras los lacedemonios.

[177] La distinción que establece Heródoto debe hacer referencia a que los griegos iban recibiendo, por los pasos del Citerón, constantes refuerzos (quizá uno de los motivos que animaron a los griegos a bajar a su 'segunda posición' en Platea fue, precisamente, que su número se había visto considerablemente engrosado desde su llegada a la zona de operaciones).

[178] La relación que a continuación sigue ha suscitado serias reservas entre la crítica (cf., en general, C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, páginas 435 y sigs., que acepta el testimonio del historiador), pues, si los nombres

paban diez mil lacedemonios[179] (entre ellos, los cinco mil
que eran espartiatas contaban con una guardia de treinta
y cinco mil hilotas armados a la ligera, a razón de siete por
cada hoplita[180]). Los espartiatas, tanto para honrarlos co- 3
mo debido a su valor, optaron por que, a su lado, estuvieran
situados los tegeatas, que contaban con mil quinientos ho-

---

de los Estados que integraban la coalición griega corresponden a los que figuraban en el trípode de Delfos (cf., *infra,* IX 81, 1), no hay constancia de si los efectivos que Heródoto atribuye a cada contingente responden a cálculos personales o a datos procedentes de alguna fuente escrita (que es lo más probable). La posición de los hoplitas griegos se facilita (incluyo número de orden) de derecha a izquierda, distribuidos de la siguiente manera (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...,* págs. 523-524):

HOPLITAS ALIADOS (38.700 HOMBRES)

ALA IZQUIERDA (8.600)	CENTRO (CF. IX 52): 18.600 HOPLITAS — *Centro izquierda* (cf. IX 69): 7.300	*Centro derecha* (cf. IX 69): 11.300	ALA DERECHA (11.500)
20. Plateos (600)	11. Fliasios (1.000)	3. Corintios (5.000)	1. Lacedemonios (10.000)
21. Atenienses (8.000)	12. Hermioneos (300)	4. Potideatas (300)	2. Tegeatas (1.500)
	13. Eretrieos y Estireos (600)	5. Orcomenios de Arcadia (600)	
	14. Calcideos (400)	6. Sicionios (3.000)	
	15. Ampraciotas (500)	7. Epidaurios (800)	
	16. Leucadios y Anactorios (800)	8. Trecenios (1.000)	
	17. Paleos (200)	9. Lepreatas (200)	
	18. Eginetas (500)	10. Micénicos y Tirintios (400)	
	19. Megareos (3.000)		

[179] Los cinco mil espartiatas (cf. IX 10, 1; y nota IX 56) y los cinco mil periecos de élite (cf. IX 11, 3).

[180] De este contingente de hilotas, cinco mil eran escuderos de los hoplitas espartiatas (a razón de uno por hoplita; cf. VII 186, 2; 229, 1). Los demás debían de estar encargados de tareas auxiliares (aprovisionamiento, vigías, etc.).

plitas. Acto seguido, figuraban cinco mil corintios [181], que recibieron de Pausanias autorización para que, junto a ellos, estuvieran situados los trescientos potideatas de Palene pre-
4 sentes en Platea [182]. Inmediatamente después figuraban seiscientos arcadios de Orcómeno, seguidos de tres mil sicionios [183]. A continuación se hallaban ochocientos epidaurios, junto a quienes se alinearon mil trecenios, seguidos de doscientos lepreatas, de cuatrocientos soldados de Mi-

---

[181] Pese a que K. J. Beloch (*Griechische Geschichte...*, II, 2, páginas 75 y sigs.) consideraba excesivo el número de hoplitas corintios presentes en Platea (así como el de sicionios y megareos), porque en la segunda mitad del siglo v a. C. Corinto no podía movilizar a más de tres mil (cf. Tucídides, I 27, 2; 29, 1; V 57, 2; Jenofonte, *Helénicas*, IV 2, 17), los datos de ese período, tras la rivalidad existente con Atenas, no son aplicables al primer cuarto de la centuria. Sobre Corinto, cf. notas III 250 y 267; y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, páginas 232-233.

[182] Sobre Potidea y Palene, en la Calcídica, cf., *supra*, VIII 127 y sigs. Aunque la crítica alemana de comienzos de siglo consideraba improbable que los potideatas (unos colonos de Corinto; cf. Tucídides, I 56), al igual que los eubeos, hubieran tomado parte en la campaña, tiene razón C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 436), al señalar que «there is no reason why the Euboians or the Poteidaians should have been absent from the Greek army in 479. The Euboians had probably shaken off the Persian yoke after Salamis... and the Poteidaians, who had also revolted, had successfully thwarted Artabazos' attempt to reduce them by siege; as the Persian fleet had withdrawn from the West Aegean there was nothing to prevent the Poteidaians from sending a contingent of 300 men by sea to swell the forces of their mother-city Corinth».

[183] Los de Orcómeno, ciudad de Arcadia nororiental, fueron, con los tegeatas, los únicos arcadios (Heródoto distingue esta ciudad de la que, en Beocia, poseía el mismo nombre; cf. IX 16, 1) presentes en Platea (dado que los mantineos llegaron tarde; cf. IX 77, y nota IX 30), y ya habían tomado parte en la campaña de las Termópilas (cf. VII 202) y en la construcción del muro del Istmo (cf. VIII 72). Sobre Sición, en el Peloponeso nororiental, a unos 20 kms. al nordeste de Corinto, cf. V 67 y sigs.; y nota VIII 6.

cenas y Tirinto, y de mil de Fliunte [184]. A su lado fi-
guraban trescientos hermioneos, seguidos de seiscientos 5
soldados de Eretria y Estira, de cuatrocientos calcideos,
y de quinientos ampraciotas [185]. A continuación figuraban
ochocientos soldados de Léucade y Anactorio, seguidos de
doscientos paleos llegados de Cefalenia [186]. A continuación 6

---

[184] Para Epidauro y Trecén, cf. nota VIII 6. Ambas ciudades enviaron efectivos al Istmo, bajo Cleómbroto (cf. VIII 72), y participaron en las actividades de la flota (cf. VIII 43), destacándose los trecenios en Mícala (cf. IX 105). Lépreo se encontraba en la región de Trifilia, en el Peloponeso occidental, al sur de Élide (cf. VIII 73, 2). Micenas ya había enviado tropas a las Termópilas (cf. VII 202), prueba de su independencia —al igual que ocurría con Tirinto— por esta época; ambas ciudades fueron destruidas por Argos con posterioridad al año 468 (posiblemente aprovechando que los espartanos, en 464, estaban inmersos en la tercera guerra mesénica y en sofocar la sublevación de los hilotas; cf. VI 83, 2; Diodoro, XI 65; Pausanias, II 16, 5; 25, 8; V 23, 3; VII 25, 6; y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 325 y sigs.). Sobre Fliunte (que también había enviado tropas al Istmo el año anterior; cf. VIII 72), vid. nota VIII 366.

[185] Para Hermíone (con cuyo contingente acaba la enumeración de las fuerzas peloponesias), que había participado en la fortificación del Istmo (cf. VIII 72) y en las operaciones navales de Salamina (cf. VIII 44), vid. nota VIII 222. Sobre Eretria y Estira (que habían enviado naves a Salamina; cf. VIII 44), vid. notas VIII 238 y 6, respectivamente (que estas ciudades pudieran enviar contingentes a Platea es quizá una prueba de que los persas habían perdido, tras Salamina, el control de Eubea). Probablemente los calcideos aquí citados no eran *clerucos* atenienses (cf. nota VIII 5), pues cabe suponer que, de haberlo sido, habrían sido integrados entre los contingentes de Atenas. Ampracia, en Grecia occidental, al sureste del Epiro, al igual que Anactorio y Léucade (la capital se llamaba como la isla, que dista de la costa, al oeste de Ampracia, unos 200 m.), era una colonia de Corinto (cf. VIII 45; 47; Tucídides, I 55, 1).

[186] Pale era una localidad situada en la zona occidental de Cefalenia, isla próxima a Ítaca, en el mar Jónico (cf. Tucídides, I 27, 2). Como este gentilicio es el único, de todos los citados en este pasaje, que no aparece en el trípode délfico (cf. IX 81, 1), mientras que sí lo hacen

se alinearon quinientos eginetas, y a su lado lo hicieron tres mil megareos, seguidos de seiscientos plateos [187]. En último término, pero en una destacada posición [188], se alinearon ocho mil atenienses, que, a las órdenes de Aristides [189], hijo de Lisímaco, ocupaban el ala izquierda.

29 Estos contingentes (a excepción de los efectivos asignados a los espartiatas a razón de siete hombres por cada uno de ellos) estaban integrados por hoplitas y su número

---

los eleos (que llegarían tarde a Platea; cf. IX 77), se ha pensado que estamos ante un error de Heródoto, que habría leído paleos (en griego, ΠΑΛΕΙΟΙ) por eleos (en griego FΑΛΕΙΟΙ), que aparecerían en el trípode debido al control que ejercían sobre Olimpia. Pero es preferible suponer (pues doscientos eleos resultaría una cifra demasiado exigua) que, al igual que sucedió, por ejemplo, con Crotón (cf. VIII 47), Serifos (cf. VIII 46; 48) o los locros opuntios (cf. VII 203; 207; VIII 1-2), su nombre, dada la poca importancia de su aportación militar, no se incluyó en la ofrenda.

[187] El escaso número de hoplitas eginetas que participaron en la campaña terrestre del año 479 se debe posiblemente (teniendo en cuenta la importancia de la isla a comienzos del siglo v a. C.; cf. nota V 383, y N. G. L. Hammond, «The war between Athens and Aegina, c. 505-481 B. C.», *Historia* 4 (1955), págs. 406 y sigs.) a su masiva presencia entre los efectivos de la flota griega. Los plateos debieron de tomar parte en las operaciones con todos sus efectivos (cf. Tucídides, II 78, 3).

[188] Como, literalmente, el texto griego dice «los últimos y también los primeros», podría interpretarse la frase en sentido geográfico, referida al orden de marcha del ejército griego hacia el Noroeste desde su posición al pie del Citerón (cf. nota IX 148): los atenienses ocupaban el ala izquierda (el último lugar empezando a contar desde la derecha) y por eso avanzaban en cabeza. Ello corroboraría que el orden de la formación había sido establecido previamente.

[189] Cf. notas VIII 405, 406 y 480. Aristides, el único estratego citado al margen de Pausanias, había sido reelegido para dicho cargo en primavera del año 479 (cf. nota VIII 479), pero, a diferencia de la cantidad de detalles que, en su biografía, proporciona Plutarco sobre su actividad en ese año, ésta es la única vez que aparece mencionado por Heródoto a lo largo del libro IX.

ascendía, en total, a treinta y ocho mil setecientos hom-
bres. Tal era la suma total de hoplitas que se habían reuni-
do contra el Bárbaro. Por su parte, la cifra de soldados
armados a la ligera era la siguiente: en el contingente es-
partiata figuraban treinta y cinco mil hombres (dado que
había siete por cada hoplita), todos ellos en condiciones
de combatir; la infantería ligera del resto de los lacede- 2
monios y de los demás griegos ascendía a treinta y cuatro
mil quinientos hombres, dado que había uno por cada ho-
plita [190]. La cifra total de soldados armados a la ligera
aptos para entrar en combate [191] ascendía, pues, a sesenta
y nueve mil quinientos hombres.

Por lo tanto, el total de los efectivos griegos congre- 30
gados en Platea, contando a hoplitas y a tropas de infante-
ría ligera aptas para entrar en combate, se elevaba a ciento
ocho mil doscientos hombres; pero, con los tespieos allí
presentes, se redondeaba la cifra de ciento diez mil solda-
dos. (Resulta que los tespieos que habían salvado la vi-

---

[190] La cifra resulta errónea, ya que, descontados los cinco mil espartiatas a los que se habían asignado siete hilotas por hoplita, debería ascender a 33.700. Quizá los ochocientos soldados de infantería ligera que faltan para redondear el número facilitado por Heródoto eran los arqueros atenienses mencionados en IX 22, 1 y 60, 3 (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien des guerres médiques*, París, 1894, pág. 461). En cualquier caso, los cálculos del historiador están realizados (suponiendo que la cifra de hoplitas provenga de algún documento preciso) en función de atribuir un infante ligero a cada hoplita, cosa que no debía suceder en todos los contingentes enumerados en el capítulo anterior (cf. J. Labarbe, *La loi navale de Thémistocle*, París, 1957, págs. 188-192).

[191] Cf. nota IX 180. A lo largo de las operaciones bélicas desarrolladas en Platea, Heródoto no menciona ninguna acción llevada a cabo por la infantería ligera (y los propios espartiatas apelan a los arqueros atenienses al verse en dificultades; cf. IX 60, 3).

da [192], cuyo número ascendía a mil ochocientos [193], figuraban asimismo entre las tropas, si bien tampoco ellos disponían de armas pesadas [194].)

31 Los efectivos griegos, pues, una vez determinada su formación de combate, permanecieron acampados a orillas del Asopo [195]. Entretanto, tras celebrar los funerales de Masistio [196], los bárbaros de Mardonio, al tener conocimiento de que los griegos se hallaban en la zona de Platea [197], se presentaron, también ellos, a orillas del Asopo,

[192] En las Termópilas habían caído setecientos tespieos (cf. VII 202; 222; 226), y la ciudad había sido destruida con ocasión del avance de Jerjes, refugiándose sus habitantes en el Peloponeso (cf. VIII 50). Sobre Tespias, cf. nota VIII 258.

[193] Dadas las penalidades por las que había pasado la ciudad, no menores a las vividas por Platea, el número se considera exagerado —cuando no meramente arbitrario— por parte de la crítica (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 435).

[194] Es decir, que no contaban con *panoplias* (cf. nota III 620).

[195] Más exactamente, al sur del río. Pese a que G. B. Grundy (*Great Persian War...*, págs. 470 y sigs.) pensaba que el curso de agua aquí mencionado hace referencia al llamado 'Asopo Plateo' (un arroyo que desemboca en el río, bordeando por el oeste el 'Asopos Ridge'), con lo que los griegos, en su 'segunda posición', habrían ocupado exclusivamente la colina en cuestión, «Munro [«The Campaign of Plataea»..., página 161] and Boucher [«La bataille de Platées»..., pág. 291] must be right —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 309-310— in making the Greek line stretch westwards from the Asopos Ridge across the Plataian plain to the hill of Pyrgos beyond it, and in assuming that this hill was occupied by the Athenians on the Greek left. This defensive position was certainly more exposed that one confined to the Asopos Ridge would have been, but it was for that reason more likely to tempt Mardonios to attack, and Pausanias may have calculated that if he posted his two wings on higher ground they would be able to repel any charge by the Persian cavalry, while the centre in the plain between them would at least be protected by its own wings against a charge on either flank».

[196] Cf. IX 24.

[197] La ciudad, al igual que Tespias, había sido incendiada por los persas el año anterior (cf. VIII 50, 2).

que corre por dicha región [198]. Y, a su llegada, Mardonio, para oponerse a los griegos, les hizo adoptar la siguiente formación [199]: frente a los lacedemonios situó a los per- 2

[198] Como los persas habían acampado en la orilla septentrional del río (cf. IX 15, 3), hay que entender que lo que hicieron, al ver el desplazamiento del ejército griego desde el Citerón a la 'segunda posición', fue dirigirse hacia el Oeste bordeando el Asopo.

[199] Las divergencias que, con relación a la posición de los contingentes griegos, se observan en este capítulo respecto al 28 (y que afectan a la ubicación de tirintios y micénicos; anactorios y leucadios; y atenienses, plateos y megareos) deben responder a la(s) fuente(s) de información de Heródoto —que luego el historiador no habría coordinado— para la formación del ejército de Mardonio, una(s) fuente(s) de carácter oral, posiblemente, y quizá no demasiado autorizadas, pues, de lo contrario, serían de esperar más detalles de los que facilita acerca de los efectivos de Mardonio (nombres de los diferentes comandantes, mayor precisión numérica, etc.). La disposición de esos efectivos (aunque el paralelismo que se ofrece debe considerarse meramente orientativo), entre los que no se incluye a la caballería (posiblemente situada en las alas; la persa a la izquierda, y la de los griegos propersas a la derecha), se atiene a una distribución étnica y puede esquematizarse de la siguiente manera:

FUERZAS DE MARDONIO (INFANTERÍA)

ALIADOS GRIEGOS | SACAS* | INDIOS* | BACTRIOS* | MEDOS* | PERSAS

ALA IZQUIERDA | CENTRO IZQUIERDA | CENTRO DERECHA | ALA DERECHA

HOPLITAS GRIEGOS**

* MÁS CONTINGENTES DE FRIGIOS, MISIOS, TRACIOS, PEONIOS, ETÍOPES, EGIPCIOS, ETC.

** CF. NOTA IX 178.

sas [200]; y, como quiera que estos últimos contaban con muchos más contingentes que sus adversarios, dio mayor profundidad a sus filas, que, además, también tenían enfrente a los tegeatas. (Por cierto que Mardonio los alineó de la siguiente manera: seleccionó a los mejores elementos de las tropas persas y los situó ante los lacedemonios, mientras que frente a los tegeatas hizo que formaran las tropas menos eficaces. Y adoptó esta medida a instancias y suge-
3 rencia de los tebanos [201].) A continuación de los persas alineó a los medos [202], que tenían enfrente a los de Corinto, Potidea, Orcómeno y Sición. A continuación de los medos alineó a los bactrios [203], que tenían enfrente a los de Epidauro, Trecén, Lépreo, Tirinto, Micenas y Fliunte.
4 Después de los bactrios situó a los indios [204], que tenían enfrente a los de Hermíone, Eretria, Estira y Calcis. A continuación de los indios alineó a los sacas [205], quienes tenían enfrente a los de Ampracia, Anactorio, Léucade,
5 Pale y Egina. A continuación de los sacas alineó, ante atenienses, plateos y megareos, a los beocios, a los locros, a los melieos, a los tesalios y a los mil focenses [206] (pues lo cierto es que no todos los focenses abrazaban el partido de los medos: había algunos que, pese a verse bloqueados

---

[200] Cf. VII 61, y notas *ad locum*, para su equipo, gentilicio, etc. (no para su comandante, observación extensiva a los demás contingentes de Mardonio).

[201] Bien conocedores (cf. IX 2) de la excepcional capacidad militar y disciplina de los espartanos, que sería lo que acabaría decidiendo la suerte de la batalla (cf. nota IX 360).

[202] Cf. VII 62, 1, y notas.

[203] Cf. VII 64, 1; y nota VII 343.

[204] Cf. VII 65, y notas.

[205] Cf. VII 64, 2, y notas.

[206] Para los aliados griegos de Mardonio, cf. VII 132, 1; VIII 66,

en el Parnaso [207], cooperaban incluso con la causa de la Hélade, ya que, tomando dicha zona como base de operaciones, sometían a saqueos y pillajes a las tropas de Mardonio y a las de los griegos que lo acompañaban). Frente a los atenienses, Mardonio alineó, asimismo, a los macedonios y a las gentes que residen en las inmediaciones de Tesalia [208].

Los pueblos que he citado eran los más importantes 32
que se hallaban a las órdenes de Mardonio, siendo, además, los más conocidos y famosos. Pero en su ejército había también elementos de otros pueblos: frigios, misios, tracios, peonios [209] y otros; había también etíopes y egipcios [210] (concretamente, los egipcios que reciben el nombre de Hermotibios y Calasirios, que iban armados con dagas y que, en Egipto, constituyen la única casta guerrera [211]).
Resulta que, cuando todavía se encontraba en Falero [212], 2
Mardonio había ordenado a los egipcios que desembarcaran de las naves, donde figuraban en calidad de *epibátai* [213], ya que sus efectivos no habían integrado el ejército de tierra que llegó a Atenas con Jerjes [214].

2; y nota VII 626. Sobre los mil focenses propersas, cf. IX 17-18.

[207] Cf. nota VIII 146. Para los focenses leales a la causa griega, cf. VIII 32.

[208] Dólopes, enianes, perrebos, locros epicnemidios, magnesios y aqueos de Ftiótide (cf. VII 132, 1; y notas VII 612 y 626).

[209] Para estos contingentes y pueblos, cf., respectivamente, VII 73 (y nota VII 386); VII 74 (y nota VII 253); VII 110 (y nota VII 542); VII 113, 1 (y nota VII 551).

[210] Cf. VII 69, 1 (y nota VII 370); VII 89, 3.

[211] Cf. II 164, 2 (y nota II 584).

[212] Cf. nota VIII 209.

[213] Cf. notas VIII 4 y 415.

[214] Como señala C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 264), «after Salamis the position of the whole Persian expedition was one of extreme

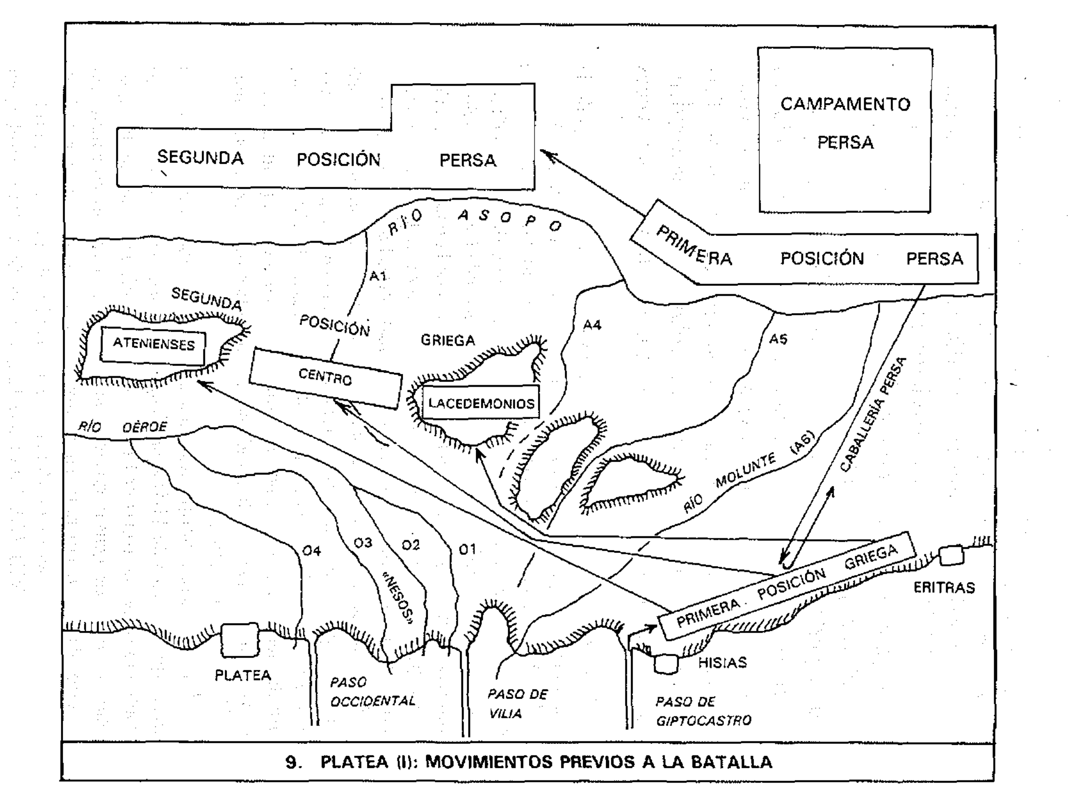
Pues bien, como ya he indicado con anterioridad [215], los bárbaros contaban con trescientos mil hombres. Por lo que a los griegos aliados de Mardonio se refiere, nadie conoce su número (pues lo cierto es que no se procedió a su recuento); pero, puestos a conjeturar, estimo que sus efectivos alcanzaban los cincuenta mil hombres [216]. Los contingentes alineados en formación de combate constituían fuerzas de infantería, ya que la caballería había sido situada aparte [217].

danger and it is clear from the events which followed that in the decisions taken on the day after the battle the Persian leaders had proceeded on the assumption that no attempt could be made to recover the command of the sea in the near future; that they had decided to disband some if not all of their fleet is shown by the disembarkation of the marines from the Egyptian ships at Phaleron and their incorporation in the land forces». Como los egipcios habían aportado 200 naves a la flota de Jerjes (cf. VII 89, 3), su número en el ejército de Mardonio (teniendo en cuenta, además, que en los enfrentamientos navales previos a su desembarco tenían que haberse producido bajas) no superaría los tres mil hombres (cf. nota VII 145). La razón de su incorporación al ejército de tierra, con preferencia a otros *epibátai*, estribaba, sin duda (y pese a las reticencias de Mardonio sobre su valor; cf. VIII 100, 4) en que iban provistos de armas pesadas (cf. VII 89, 3).

215 Vid. VIII 113, 3 (donde la caballería se incluye en el total), y nota VIII 509.

216 Como sus contingentes se oponían a los de atenienses, plateos y megareos (que contaban con 11.600 hoplitas), posiblemente hay que reducir esta cifra a la mitad (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 300).

217 Las operaciones de la caballería de Mardonio mencionadas en IX 39 y 69 permiten suponer que se hallaba situada en las alas (cf. nota IX 199).



9. PLATEA (I): MOVIMIENTOS PREVIOS A LA BATALLA

33 *Adivinos y sacrificios en ambos ejércitos. Excurso sobre Tisámeno*

El caso es que, tras haber alineado Mardonio a todos sus efectivos por naciones y por unidades, fue cuando —concretamente, al día siguiente [218]— ambos bandos ofrecieron sacrificios [219]. Por parte griega el encargado de ese menester era Tisámeno, hijo de Antíoco, pues precisamente este personaje (que era eleo y que pertenecía a la estirpe de los Yámidas [220], pero a quien los lacedemonios habían concedido su ciudadanía) figuraba, en el ejército griego, con el cargo de adivino.
2 Resulta que, en cierta ocasión en que Tisámeno formulaba en Delfos una consulta relativa a su descendencia [221], la Pitia [222] le respondió que obtendría cinco veces

[218] Es decir, un día después de que los griegos hubieran ocupado la denominada 'segunda posición', al sur del Asopo (cf. IX 25, 3).

[219] Para saber si los presagios resultaban o no favorables a fin de presentar batalla. Esta digresión sobre los adivinos de ambos ejércitos tiene por objeto justificar los ocho días de inactividad en las operaciones militares de la infantería, al tiempo que se mantiene la tensión dramática. «Ancient armies —apunta R. W. MACAN, *Herodotus...*, I, págs. 664-665— approached each other very nearly... It must often have been necessary to devise some plan for restraining the impatience of the men in such close proximity to the foe from breaking line and charging forward. The necessity for a 'sign' could obviously be utilized. In the present case, with the deep Asopos bed, not dry either, between them, a great advantage lay with the side which could induce the other to cross the stream».

[220] Cf. nota V 191.

[221] Posiblemente porque no tenía hijos. Como PAUSANIAS (III 11, 5) afirma que ún nieto de Tisámeno, llamado Hagias, desempeñaba el cargo de adivino entre las tropas de Lisandro con ocasión de la batalla de Egospótamos, hay que pensar que o bien Tisámeno tuvo descendencia con posterioridad a su consulta en Delfos, o bien que adoptó como suyo a un hijo de su hermano Hagias, mencionado al final del capítulo.

[222] Cf. nota VIII 189. Dado que la respuesta de la Pitia resulta, en apariencia, poco coherente con la pregunta formulada, puede pensarse que Heródoto ha omitido parafrasear la primera parte de la contestación

la victoria en los más importantes certámenes. Pues bien, Tisámeno, sin acertar a comprender el significado del oráculo [223], se consagró al entrenamiento atlético, en la creencia de que sus victorias las obtendría en certámenes atléticos; pero, al participar en el *pentatlo* [224], no obtuvo el triunfo en los Juegos Olímpicos por una sola prueba: la lucha (su rival fue Jerónimo de Andros [225]). Los lacedemonios, 3
por su parte, comprendieron que el vaticinio dictado a Tisámeno no se refería a certámenes atléticos, sino a enfren-

---

(donde se abordaría la cuestión de la descendencia de Tisámeno), o bien que la Pitia hace un juego de palabras entre «falto de descendencia» (en griego *ágonos*) y «certámenes» (en griego *agônes*).

[223] A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 169) apunta que «Erodoto non manca di una sottile ironia quando mostra che l'indovino spartano ha rivelato totale incapacità nell'interpretare un oracolo che lo riguardava». Heródoto es, sin embargo, un buen representante de la concepción tradicional griega en materia de religión (cf. M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes*, Berlín, 1937, página 107), y en su obra los oráculos son manifestaciones de la divinidad sobre lances decisivos del acontecer humano, respondiendo a niveles de pensamiento propios de la religión popular (cf. J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots*, Gotinga, 1965), de tal manera que la desatención del hombre hacia ellos, su errónea interpretación o la sobreestimación de las facultades humanas para interpretarlos es causa de desastres.

[224] Cf. nota VIII 138.

[225] El orden de las pruebas del pentatlo era el siguiente (cf. Eustacio, *ad Il.*, XXIII 621): salto de longitud, lanzamiento de disco, lanzamiento de jabalina, carrera de velocidad y lucha. Como Pausanias (III 11, 6) dice que Tisámeno batió a Jerónimo de Andros (sobre la isla, vid. nota VIII 331) en la carrera y el salto, hay que suponer que fue derrotado por este último en los lanzamientos, por lo que la lucha, la última prueba (cf. Jenofonte, *Helénicas*, VII 4, 29), que se celebraba al mejor de tres derribos (cf. Esquilo, *Euménides* 589 y sigs.; Eurípides, *Orestes* 434; Platón, *Fedro* 256b; *Eutidemo* 277d), era decisiva. Cf. L. Moretti, «Olympionikai», *Memor. Accad. Naz. Lincei* 8 (1957), págs. 61 y sigs.

tamientos bélicos, y, a fuerza de dinero, trataron de convencerlo para que compartiera con sus reyes, descendientes de Heracles [226], la dirección de las operaciones militares [227].
4 Entonces Tisámeno, al ver el gran interés que tenían los espartiatas en granjearse su amistad, lo comprendió todo y elevó sus pretensiones, haciéndoles saber que se prestaría a ello si lo nombraban conciudadano suyo permitiéndole participar de todos sus derechos [228], pero que, a otro pre-
5 cio, no aceptaría. En un principio, los espartiatas, al oír sus exigencias, se indignaron y renunciaron de plano a sus propósitos; pero, finalmente, ante el pánico cerval que la expedición persa que nos ocupa les infundía, fueron a buscarlo accediendo a lo que pedía. Tisámeno, sin embargo, al comprobar que los lacedemonios habían cambiado de parecer, manifestó que ya no se contentaba únicamente con sus anteriores pretensiones, sino que, además, debían nombrar espartiata a su hermano Hagias en condiciones idénticas a las suyas.

34 Con esta exigencia, y en la medida en que es posible comparar a quienes pretenden un reino con quienes solicitan ser nombrados ciudadanos, Tisámeno imitaba a Melampo [229]. En efecto, resulta que, cuando las mujeres de

---

[226] Cf. nota V 187.

[227] No para que desempeñara la jefatura del ejército, sino a fin de que cooperase con los reyes espartanos en las funciones sacerdotales (cf. VI 56) que éstos desempeñaban antes de una batalla (cf. Jenofonte, *Const. Laced.* 13).

[228] Sobre los mismos, cf. M. I. Finley, «Sparta and Spartan Society», en *Economy and Society in Ancient Greece*, Nueva York, 1982, págs. 24 y sigs.; y, en general, F. Kiechle, *Lakonien und Sparta. Untersuchungen zur ethnischen Struktur und zur politischen Entwicklung Lakoniens und Spartas bis zum Ende des archaischen Zeit*, Munich-Berlín, 1963.

[229] Un héroe originario de Pilos, en Mesenia (cf. *Odisea*, XI 285 y sigs.; XV 225 y sigs.; Apolodoro, I 9, 11 y sigs.). Fue, según la tradi-

Argos se volvieron locas [230] y los argivos quisieron contratarlo para que acudiera desde Pilos y librase a sus mujeres de su enfermedad, Melampo, por su parte, se avino a hacerlo a cambio de la mitad del reino. Los argivos se ne- 2 garon a ello y se fueron; pero, en vista de que el número de mujeres que se volvían locas aumentaba, acabaron por transigir ante las pretensiones de Melampo y regresaron dispuestos a concederle lo que pedía. Mas, al ver que los argivos habían cambiado de parecer, fue cuando Melampo aumentó sus exigencias, indicándoles que, si no le concedían, asimismo, a su hermano Biante la tercera parte del

---

ción, el primer taumaturgo, adivino y médico que existió, y el primero en erigir un templo consagrado a Dioniso (cf., *supra,* II 49, sobre la relación entre Melampo y esa divinidad). Para la traducción, sigo la conjetura de Stein, aunque se ha propuesto también mantener la lectura de los manuscritos (cf. A. Masaracchia, «Herodot. IX 34, 1», *Museum Criticum* 10-12 (1975-1977), págs. 151 y sigs.).

[230] Según el mito (cf. *escolio* a *Od.,* XV 225; Hesíodo, frs. 132 y 133, Merkelbach-West; Apolodoro, II 2, 2; Servio, *In Vergilii Buc.,* VI 48), las hijas de Preto, rey de Argos, habían ofendido a Hera, y la diosa las castigó transtornándolas (creían que eran vacas; la primitiva representación zoomórfica de la divinidad) y haciéndoles contraer una enfermedad cutánea, hasta que Melampo las sanó. En el relato de Heródoto, sin embargo, nos encontramos una contaminación del mito de Preto con el dionisíaco del rey Anaxágoras, hijo de Preto, que consiguió que Melampo curara a las mujeres argivas, a quienes Dioniso había enloquecido por negarse a tomar parte en sus ritos (cf. Diodoro, IV 68, 4; Apolodoro, I 9, 12; Pausanias, II 18, 4; Eustacio, *ad Il.* 56, 6). M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion...,* I, págs. 613 y sigs., suponía que la narración herodotea alude sólo al mito dionisíaco (dado que Preto no aparece mencionado), pero la contaminación entre ambas versiones debe de ser anterior al historiador, ya que Apolodoro (II 2, 2) atribuye a Hesíodo una versión según la cual las hijas de Preto habían sido enloquecidas por Dioniso, sin que esté demostrado que, con prioridad a este testimonio, deba preferirse el de Probo (*In Verg. Buc.,*

reino [231], no haría lo que querían. Entonces los argivos, dado el apuro en que se hallaban sumidos, también accedieron a esta demanda.

35 Paralelamente, los espartiatas, como necesitaban a Tisámeno de manera imperiosa, aceptaron todas sus pretensiones. Una vez que los espartiatas hubieron aceptado esas nuevas exigencias fue cuando Tisámeno de Élide, adquirida la condición de espartiata, les ayudó, con sus artes adivinatorias [232], a triunfar en cinco importantísimas batallas. (Precisamente su hermano y él han sido las únicas personas del mundo que consiguieron la ciudadanía espar-
2 tiata [233].) Las cinco batallas fueron las siguientes: una —fue, además, la primera—, ésta que se libró en Platea; después, la que tuvo lugar en Tegea contra los tegeatas y los argivos [234]; posteriormente, la de Dipea, librada con-

---

VI 48 = HESÍODO, fr. 131, MERKELBACH-WEST), para quien en Hesíodo la causante de la locura de las mujeres es la diosa Hera.

[231] Lo más verosímil es suponer que Melampo propuso un nuevo reparto del territorio argivo en tres partes (una para Anaxágoras, otra para su hermano Biante, y la tercera para él mismo); cf. DIODORO, IV 68; PAUSANIAS, II 18, 4; *escolio* a PÍNDARO, *Nem.*, IX 30. También se ha pensado, hipercríticamente (cf. R. W. MACAN, *Herodotus...*, I, pág. 669), que Melampo exigió para su hermano un tercio de la mitad que, en su primera demanda, dejaba en poder de Anaxágoras; es decir, un sexto del total.

[232] Interpretando acertadamente los presagios obtenidos de las víctimas antes de emprender las operaciones militares.

[233] La afirmación se circunscribe a época histórica, no a hechos míticos, cuando sí se habían producido concesiones de ciudadanía por parte de Esparta (cf., *supra*, IV 145; ARISTÓTELES, *Política*, II 9, 17). Sobre la restricción lacedemonia al otorgamiento de la ciudadanía, cf. H. MICHELL, *Sparta*, Cambridge, 1964, págs. 36 y sigs.

[234] La escueta información que facilita Heródoto en este capítulo constituye, sin embargo, un testimonio básico que revela la existencia de un amplio movimiento antiespartano en el Peloponeso, que permitiría a Ate-

tra todos los arcadios salvo los de Mantinea [235]; después, la de Istmo, en Mesenia [236]; y, finalmente, la que tuvo lugar en Tanagra contra los atenienses y los argivos [237]. La batalla de Tanagra, insisto, fue la última de las cinco.

---

nas el desarrollo de su política imperialista, en los años setenta y sesenta del siglo v a. C. (cf. J. K. Davies, *Democracy and Classical Greece = La democracia y la Grecia clásica* [trad. esp. de M. Ruiz], Madrid, 1981, págs. 47 y sigs.). La batalla de Tegea debió de tener lugar entre 473 y 470 a. C. (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 121 y sigs.), cuando Argos contaba con un gobierno democrático ante el que pudo intrigar Temístocles (cf. W. G. Forrest, «Themistokles and Argos», *Classical Quarterly* 10 (1960), págs. 221 y sigs.; y M. Wörrle, *Untersuchungen zur Verfassungsgeschichte von Argos in 5. Jahrhundert von Chr.*, Erlangen, 1964, págs. 120 y sigs.). Pese a que Esparta se alzó con la victoria, el comportamiento de los tegeatas debió de ser muy valeroso (cf. Simónides, fr. 54 Page).

[235] La batalla tuvo lugar también a finales de los años setenta del siglo v a. C. Pese a que, entre las diversas comunidades de Arcadia, había disensiones (y por eso no debieron participar en la contienda los mantineos), se nos han conservado monedas acuñadas con la leyenda *Ark(adikón)*, lo que puede ser reflejo de una estructura federal (cf., además, Estrabón, VIII 3, 2; y Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, § 285). Dipea se encontraba a unos 15 km. al noroeste de Tegea, en el valle del río Helisón, un afluente, por la derecha, del Alfeo (cf. Pausanias, III 11, 7; VIII 30, 1).

[236] Durante la tercera guerra mesénica (cf. Tucídides, I 101 y sigs.), tras el terremoto que, en 464 a. C., asoló Esparta (cf. P. Oliva, *Sparta and her social problems*, Amsterdam-Praga, 1971, págs. 152 y sigs. [hay trad. esp.]). Se ignora la situación, en Mesenia, de una localidad llamada Istmo, por lo que se ha propuesto la corrección del texto, pero su existencia viene confirmada por un pasaje de Pausanias (III 11, 8).

[237] En el año 457 a. C. (cf. Tucídides, I 107-108; y G. F. Hill, *Sources for Greek History between the Persian and Peloponnesian Wars* (nueva ed. a cargo de R. Meiggs y A. Andrewes), Oxford, 1951, página 342), para ayudar a Tebas a restaurar su hegemonía sobre las demás ciudades beocias, que se había visto afectada por las consecuencias de su política propersa en la Segunda Guerra Médica (cf., *infra*, IX 86 y

36 El tal Tisámeno (a quien los espartiatas habían llevado consigo) era, en definitiva, quien, a la sazón, servía de adivino a los griegos en la región de Platea.

Pues bien, si se mantenían a la defensiva, los presagios resultaban favorables para los helenos; pero no lo eran si cruzaban el Asopo e iniciaban las hostilidades [238].

Historia de Hegesístrato de Élide

37 Por su parte Mardonio, pese a que ansiaba pasar a la ofensiva [239], no obtenía presagios propicios; y, sin embargo, también le resultaban favorables si se mantenía a la defensiva. Resulta que Mardonio se atenía, asimismo, a ritos griegos en materia

---

sigs.; y P. Cloché, *Thèbes de Béotie,* Namur [s. a.], págs. 48 y sigs.). La victoria espartana fue pírrica, ya que pocas semanas después, en Enofita, los atenienses se impusieron a los oligarcas beocios.

[238] Pues cruzar el río suponía, para ambos bandos (cf. el comienzo del capítulo siguiente), dar ventaja al enemigo: a los griegos no les convenía aventurarse en plena llanura, y con el Asopo a su espalda, por temor a la caballería persa; y tampoco a Mardonio le interesaba llevar sus tropas hasta la falda de unas colinas, de donde los hoplitas griegos difícilmente podrían ser desalojados.

[239] La prisa que tenía Mardonio por librar batalla se debía, probablemente (al margen de que el problema de los suministros pudiera preocuparle [cf. K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 1, pág. 56], si bien en Tebas los persas tenían, al parecer, almacenadas abundantes provisiones; cf. IX 41, 2), a la constante llegada de refuerzos al bando de sus adversarios (cf. IX 38, 2) y a las preocupantes noticias relativas a una ofensiva naval griega que podía comprometer sus comunicaciones con Asia (aunque, como es habitual [cf. nota VIII 2], Heródoto no temporaliza simultáneamente las operaciones terrestres y navales). «It was obvious —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 320— that only a decisive Persian victory in Greece could avert the risk of a general revolt of the Asiatic Greeks and the consequent severance of the Persian communications by land with Europe, and that Mardonios had not much time to spare if he was to achieve a decision before the impending catastrophe in Ionia.» Además, una victoria en Platea podía haber hecho que

de sacrificios [240], y, como adivino, contaba con Hegesístrato de Élide, el más célebre de los Telíadas [241], a quien, con anterioridad a los hechos que nos ocupan, los espartiatas, debido a las numerosas injurias que habían sufrido por su culpa, habían apresado, encarcelándolo para ejecutarlo. Entonces Hegesístrato, al verse en ese trance, dado 2
que su vida corría peligro, y decidido a afrontar numerosas penalidades para evitar la muerte [242], llevó a cabo un acto para el que faltan las palabras. Como quiera que ha-

en Atenas estallara un movimiento propersa, que habría paliado las consecuencias de Salamina.

[240] La política persa —especialmente en tiempos de Darío— fue siempre prudente con la religión de los pueblos conquistados (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, pág. 57), y Mardonio parece haberse sentido particularmente atraído por el profetismo griego (cf. VIII 133; para otros casos, cf. VI 97, 2; y VII 43, 2). Entre los helenos era de rigor el sacrificio a los dioses antes de una batalla: si los presagios, obtenidos de ciertos signos de los animales sacrificados, no eran favorables, el ataque no se llevaba a cabo; cf. R. Crahay, *La littérature oraculaire chez Hérodote*, París, 1956, pág. 319.

[241] Como los Yámidas (cf. IX 33, 1), un clan de afamados adivinos originarios de Élide, en el Peloponeso noroccidental. La fama de los adivinos de esa región se debía a que sus clanes controlaban las funciones oraculares del templo de Zeus en Olimpia (cf. H. W. Parke, *The oracles of Zeus*, Oxford, 1968, págs. 174 y sigs.).

[242] El texto podría traducirse también por «...y que, antes de morir, iba a ser sometido a numerosas torturas...»; pero en el mundo griego la tortura sólo se aplicaba a los esclavos (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 304). Ahora bien, si se acepta la hipótesis de R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 673), respecto a que Heródoto fechó erróneamente la animadversión existente entre Hegesístrato y los espartanos, que habría tenido su origen en el apoyo prestado por el adivino a los persas en Platea, Hegesístrato pudo haber sido capturado por los lacedemonios tras la batalla, con lo que habría sido reducido a la condición de esclavo, y la traducción alternativa sería factible (cf., sobre el particular, P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, París, 1968).

bía sido inmovilizado en un cepo de madera guarnecido de hierro, se hizo con un cuchillo que, fuera como fuese, llegó a sus manos y, sin perder un instante, urdió, que sepamos, la acción más intrépida del mundo: midió la parte del pie que podría sacar del cepo y se lo amputó a la
3 altura del empeine. Acto seguido, dado que se hallaba custodiado por centinelas, practicó un agujero en la pared [243] y huyó en dirección a Tegea: viajaba de noche y, de día, se internaba en los bosques, donde reponía fuerzas, con lo que, en el transcurso de la tercera noche [244], llegó a Tegea, a pesar de que lo andaban buscando la totalidad de los lacedemonios, quienes, al ver en el suelo la mitad del pie, cuando a Hegesístrato no podían encontrarlo, se
4 quedaron sumamente perplejos por su audacia. Así fue como, en aquella ocasión, logró escapar de los lacedemonios, refugiándose en Tegea, que por aquella época no mantenía relaciones cordiales con estos últimos [245]. Posteriormente, cuando se hubo recuperado de la herida, se hizo fabricar, para adaptárselo al muñón, un pie de madera y se convirtió en enemigo declarado de los lacedemonios. A la postre, sin embargo, el odio que había abrigado hacia ellos no redundó en su provecho, pues cayó en sus manos en Zacinto, donde ejercía la adivinación, y lo ejecutaron [246].

---

[243] Al igual que ocurría en Atenas, las casas privadas espartanas tenían sus paredes construidas con adobes, y eran tan poco sólidas que los ladrones, en lugar de forzar las puertas, solían agujerear los muros (vid., en general, R. MARTIN, *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1974).

[244] Tegea se halla a 45 km. al norte de Esparta.

[245] Cf. nota IX 234.

[246] Acusándolo de 'medismo'; cf. J. WOLSKI, «L'influence des guerres médiques sur la lutte politique en Grèce», *Acta Conventus XI Eirene*, Varsovia, 1971, págs. 641 y sigs. Zacinto es la actual isla de Zante, a unos 20 km. de la costa noroccidental del Peloponeso.

Sea como fuere, la muerte de Hegesístrato tuvo lugar 38 con posterioridad a la batalla de Platea; en aquellos momentos, y contratado por Mardonio a un elevado precio, se encargaba de los sacrificios a orillas del Asopo con el mayor de los empeños, tanto por su odio contra los lacedemonios como por afán de lucro [247]. Y, en vista de que 2 ni los persas propiamente dichos ni los griegos que los acompañaban (que también contaban con un adivino particular: se trataba de Hipómaco de Léucade) obtenían auspicios favorables para librar batalla, y de que el número de los griegos aumentaba ante la constante afluencia de refuerzos, Timegénidas de Tebas [248], hijo de Herpis, le aconsejó a Mardonio que ordenara custodiar los pasos del Citerón [249], alegando que por allí era por donde, todos los días, afluían sin cesar los griegos, y que podría capturar a muchos.

[247] Todos los adivinos profesionales debían de recibir elevados honorarios. Heródoto, sin embargo, subraya la codicia de Hegesístrato por el carácter de sus fuentes de información, hostiles hacia el eleo. Cf. R. Flacelière, *Devins et oracles grecs=Adivinos y oráculos griegos* [trad. esp. N. Míguez], Buenos Aires, 1965, págs. 66 y sigs.

[248] El oligarca tebano que, con Atagino (cf. IX 15, 4) más apoyaba a los persas (cf. IX 86-87). Es posible que ambos ejercieran el cargo de *beotarca* (cf. nota IX 81).

[249] Cf. nota IX 75.

Los persas, a instancias de los tebanos, interceptan un convoy griego en el Citerón y hostigan con su caballería al ejército aliado

39 Ocho días habían transcurrido ya desde que ambos bandos tomaran posiciones frente a frente cuando Timegénidas le dio ese consejo a Mardonio [250]. Entonces este último, al advertir lo acertado de la sugerencia, envió a la caballería, cuando llegó la noche, a los pasos del Citerón que conducen a Platea; pasos que los beocios denominan «Tres Cabezas», y los
2 atenienses «Cabezas de Encina» [251]. La expedición de los jinetes persas no resultó estéril [252]: se apoderaron de qui-

[250] Probablemente los convoyes griegos de soldados y provisiones cruzaban el Citerón de noche, y por eso habían pasado inadvertidos varias jornadas a los vigías persas (cf., sin embargo, W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 43 y sigs., y 56 y sigs., para un análisis escéptico de esos ocho días de inactividad por ambos bandos); de ahí que Mardonio envíe a sus jinetes por la noche.

[251] Los citados pasos del Citerón hacen en realidad referencia aquí a una única ruta (cf., *supra,* VII 176, para un similar uso del plural): el paso de Giptocastro, el más oriental de los tres que atravesaban el Citerón (cf. nota IX 75), aunque se han propuesto otras identificaciones (cf. W. K. Pritchett, «New Light on Plataia»..., págs. 16 y sigs.). La diferencia de denominación en la Antigüedad debía de responder a detalles del paisaje que, en la actualidad, son imposibles de identificar (quizá en función de la perspectiva, beocia o ateniense, desde la que se contemplaran: 'Tres Cabezas', porque un *triceps Hermes* se encontrara a la salida del paso, o porque en sus inmediaciones se cruzaran los caminos que conducían a Eritras, Tebas y Platea; 'Cabezas de Encina', porque, desde el Sur y antes de alcanzar la llanura, el camino atravesaba un bosque de encinas). Cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...,* págs. 520 y sigs.

[252] Dado que los griegos se habían desplazado hacia el Noroeste, para pasar de la 'primera' a la 'segunda posición' (cf. IX 25, 2), la caballería persa flanqueó por el Este, rebasándolo, el 'Asopos Ridge', donde se hallaba apostada el ala derecha del ejército griego. Resulta, sin embargo, poco convincente que los helenos no hubieran dejado custodiados los

nientas acémilas, que estaban entrando en la llanura con víveres para el ejército enviados desde el Peloponeso [253], y de los hombres [254] que iban con los carros. Una vez dueños de ese botín, los persas se entregaron a una despiadada carnicería, sin consideración para bestia u hombre alguno [255]; y, cuando se hartaron de sembrar la muerte, se hicieron cargo del resto del convoy y lo condujeron a su campamento para entregárselo a Mardonio.

Tras este incidente ambos contendientes dejaron pasar 40
otros dos días, sin que ni unos ni otros se decidieran a iniciar las hostilidades, pues, pese a que los bárbaros avanzaban hasta el Asopo para provocar a los griegos, ningún bando lo cruzaba. Con todo, la caballería de Mardonio no dejaba de hostigar y de molestar a los griegos [256]: los tebanos, que se consagraban con decisión a la guerra por ser fervorosos partidarios de los medos, se encargaban per-

---

accesos a la llanura a través del Citerón, por lo que el historiador ha debido omitir el presumible enfrentamiento entre defensores y atacantes.

[253] La única zona que podía enviar provisiones, ya que el Ática y la Megáride habían sido devastadas por los persas (cf. IX 13; 14).

[254] Probablemente hilotas y fuerzas de infantería ligera (cf. notas IX 180 y 191).

[255] Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 172), estamos ante un «tratto di brutale crudeltà, che non trova riscontro o fondamento nel resto della narrazione. L'ovvio rinvio alla follia dell'Aiace sofocleo (*Ayax* 55-65) suggerisce che nel comportamento persiano si voglia denunciare un esempio di *vis consili expers*».

[256] La caballería de Mardonio, pues, *sí* que rebasaba el río. El relato de Heródoto, sin embargo, muestra una evidente animosidad antitebana, producto sin duda de la tendenciosidad de sus fuentes de información (en ningún momento se alude a los jinetes tesalios o macedonios, que también figuraban entre las filas persas); es, por otra parte, poco verosímil que los persas esperasen ocho días hasta ordenar a la caballería que hostigara a los griegos: la medida debió adoptarse desde que los aliados pasaron a ocupar la 'segunda posición'.

manentemente de guiar a los demás jinetes hasta que comenzaban las escaramuzas, siendo, acto seguido, los persas y los medos quienes, por su parte, entraban en acción dando muestras de su valor.

Mardonio resuelve librar batalla

41 Por espacio, en suma, de esos diez días [257] no ocurrió nada más que lo que he contado; pero, a los once días desde que ambos bandos tomaran posiciones frente a frente en Platea, como los griegos habían aumentado muy considerablemente su número [258] y Mardonio se sentía exasperado por su inactividad, fue

[257] Los ocho días mencionados en IX 39, 1, y los dos citados en IX 40, 1. A lo largo de su narración de la campaña de Platea, Heródoto parece agrupar las operaciones en períodos de diez días, con lo que se estaría ateniendo al cómputo de las 'semanas' del calendario griego (la delegación ateniense permanece diez días en Esparta: cf. IX 8; el ejército griego permanece diez días inactivo en su 'segunda posición' en Platea; el avance sobre Tebas se produce diez días después de la batalla: cf. IX 86; los tebanos se rinden tras un asedio de veinte días: cf. IX 87, 1; vid. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 726). El mes griego (que era lunar y correspondía teóricamente al intervalo entre dos lunas nuevas, aunque, de hecho, se asignaba a los doce meses del año una duración alternativa de 29 y 30 días) se dividía en tres décadas: el primer día del mes era «el día de la luna nueva», el segundo «el segundo del comienzo del mes», y así sucesivamente hasta el décimo. El día once era el primero de «mitad del mes»; y, a partir del día veinte, se contaba al revés: así, el día veintiuno era «el décimo día [o el noveno, según que el mes tuviese 29 o 30 días] antes del final del mes». Cf., en general, E. Bickerman, *Chronology of the Ancient World*, Londres, 1968, páginas 27 y sigs.

[258] Los griegos debían de haber visto engrosado su número con la llegada de diversos contingentes (que los mantineos y los eleos [cf. IX 77] llegaran tarde tiende a confirmarlo), pero, como indica R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 679), «this assertion cannot be taken to mean that the numbers given above in c. 30 had by this time been largely exceeded. Hdt. was bound in his muster-roll to give the maximal estimates,

cuando Mardonio, hijo de Gobrias, y Artabazo, hijo de Fárnaces [259] (un persa que gozaba, como pocos, de la estimación de Jerjes [260]), mantuvieron un cambio de impresiones. Y, en el curso de la entrevista, se expusieron los 2
siguientes pareceres [261]. Según Artabazo, había que levantar cuanto antes el campamento, a fin de que todas las

and the figures there given must be taken to cover the accessions here recorded».

[259] La solemnidad de la ocasión justifica el empleo de los patronímicos (cf. nota VIII 2). Sobre Gobrias, cf. nota VII 14; para Artabazo, vid. nota VII 357.

[260] Cf. nota VIII 650.

[261] Resulta poco verosímil que el Estado Mayor persa (la conferencia no se desarrolló exclusivamente entre Mardonio y Artabazo; cf. el comienzo del capítulo siguiente) se planteara en estos momentos un cambio de estrategia (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., pág. 58), resultando, además, el relato de Heródoto laudatorio para Artabazo (que viene a actuar como un *Warner;* cf. nota IX 54) y negativo para Mardonio (cf. nota VIII 504). De admitir su historicidad, cabrían dos explicaciones: que los persas, deseosos de que sus adversarios cruzaran a toda costa el Asopo, pretendieran aparentar una retirada, dejándoles como señuelo el botín que se encontraba en el fuerte construido al norte del río (cf. IX 15); o que hubieran llegado órdenes directas de Jerjes (por la amenaza de la flota griega contra Jonia, o por otros problemas que afectaban al Imperio; cf. nota III 753), para que las tropas de Mardonio terminaran la campaña lo antes posible. En cualquier caso, y como observa A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, págs. 172-173), «è poco credibile che il dissenso tra i due comandanti esplodesse appena all'undicesimo giorno. Si può pensare che la discordia tra Mardonio e Artabazo sia iniziata molto prima e che Erodoto e la sua fonte l'abbiano sintetizzata nel suo sbocco risolutore, quando non c'era più spazio per la discussione a causa dell'atteggiamento irrevocabile e autoritario assunto da Mardonio. Il risultato del drammatico contrasto è quello di isolare sinistramente la figura di Mardonio nella sua marcia tragica, solitaria e inarrestabile verso la catastrofe».

tropas se dirigieran al recinto amurallado de Tebas [262] (donde se habían introducido abundantes víveres para los hombres, así como forraje para las bestias de carga [263]), y, tranquilamente instalados, adoptar la siguiente estrategia:
3 habida cuenta de que disponían de mucho oro, tanto acuñado como sin acuñar, de abundante plata y de copas de orfebrería, había que distribuir esos tesoros, sin escatimarlos lo más mínimo, entre los griegos, sobre todo entre los griegos que más influencia poseían en sus ciudades, quienes en seguida renunciarían a su libertad [264], con lo que
4 los persas evitarían los riesgos de una batalla. La tesis de Artabazo coincidía con la de los tebanos [265], al ser sus previsiones, como las de ellos, más atinadas que las de Mardonio; la tesis de este último, en cambio, era más radical, más temeraria y absolutamente irrevocable: convencido de que su ejército era muy superior al griego [266], estaba decidido a presentar batalla lo antes posible, para impedir que se reuniesen más enemigos de los que ya había; por ello, opinaba que había que hacer caso omiso de los presagios

---

[262] Presumiblemente a fin de tomar la ciudad como base de operaciones, no para que las tropas penetrasen en su interior, donde se habrían visto hacinadas y sometidas a un asedio.

[263] Este dato se halla en contradicción con la afirmación de Alejandro en IX 45, 2, que quizá haya que entender referida a las provisiones existentes en el fuerte del Asopo (aunque la caballería persa se encargaría de mantener asegurado el aprovisionamiento). En todo caso, la cuestión de los suministros debía preocupar, a largo plazo, a los persas; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 730.

[264] Cf. notas IX 13 y 26, aunque, una vez abandonada el Ática, difícilmente los persas habrían logrado sus propósitos de soborno.

[265] Cf. IX 2.

[266] Según el testimonio de Heródoto (pero cf. nota VIII 509), en Platea había trescientos cincuenta mil hombres por parte persa (cf. VIII 100, 5; y IX 32, 2 [con nota IX 216]), frente a ciento once mil griegos (cf. IX 30).

obtenidos por Hegesístrato, sin insistir sobre el particular[267], y presentar batalla ateniéndose a la costumbre persa[268].

42 Ante esta determinación de Mardonio nadie replicó, de manera que se impuso su tesis, pues era él, y no Artabazo, quien, por decisión del monarca, tenía a su cargo el mando supremo del ejército[269]. Por consiguiente, hizo llamar a los jefes de las diversas unidades y a los generales de los griegos que integraban su ejército[270], y les preguntó si tenían conocimiento de algún oráculo, relativo a los persas, que predijera su aniquilamiento en Grecia. Y, en vista 2
de que quienes habían sido convocados guardaban silencio —unos porque no estaban al tanto de los vaticinios y otros porque, pese a estarlo, consideraban una imprudencia intervenir[271]—, fue el propio Mardonio quien hizo uso de la palabra: «Dado, pues, que vosotros no sabéis nada o no os atrevéis a hablar, seré yo —que estoy perfectamente

[267] Literalmente, «sin forzarlos» (es decir, sin forzar a los presagios a ser favorables, repitiendo los sacrificios hasta obtener el resultado apetecido).

[268] No resulta clara la costumbre persa a que alude Heródoto (quizá se refiere a que los persas no tenían por norma subordinar sus planes militares a las prácticas adivinatorias). Sea como fuere, la total ausencia de mención a la presencia de magos entre las fuerzas de Mardonio es sorprendente (cf. I 132, 3).

[269] Artabazo debía de tener a sus órdenes el centro de los efectivos persas (cf., *infra*, IX 66), sin que puedan precisarse los grupos étnicos sobre los que ejercía el mando. La autoridad suprema, sin embargo, correspondía a Mardonio. La hipótesis de R. W. MACAN (*Herodotus...*, I, pág. 683), respecto a una posible dualidad en el mando, resulta en exceso hipercrítica.

[270] Los convocados en segunda instancia fueron, pues, los jefes y oficiales, con mando sobre tropas, que no formaban parte del Estado Mayor persa.

[271] Cf. nota VIII 324.

3 informado— quien lo haga. Existe un oráculo según el cual los persas, al llegar a Grecia, deben saquear el santuario de Delfos, saqueo que ha de ocasionar la perdición de todos. Por lo tanto, como estamos enterados de esta circunstancia, no vamos a atacar dicho santuario ni intentaremos saquearlo, así que no pereceremos por ese moti-
4 vo [272]. Sentíos, pues, optimistas todos los que abrigáis sinceras simpatías hacia la causa persa, en la convicción de que vamos a imponernos a los griegos». Tras expresarse en estos términos, les ordenó, acto seguido, que adoptaran las medidas oportunas y lo dejaran todo a punto, porque, al rayar el día, se libraría la batalla [273].

43 Ahora bien, yo, personalmente [274], sé que este vaticinio —que, según Mardonio, se refería a los persas— fue

---

[272] El oráculo a que alude Mardonio debe de ser producto de una tradición que pretendía salvaguardar *post eventum* (su datación en el invierno de 480/479, con ocasión de la visita de Mis a los diferentes santuarios [cf. VIII 133 y sigs.] es meramente hipotética; cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 689, nota 3; A. Hauvette, *Hérodote historien...*, pág. 389) la reputación de Delfos respecto a las acusaciones hacia su actitud, como mínimo ambigua, con relación a la invasión persa (cf. nota VIII 182). Esta tradición es, por lo tanto, paralela a la del relato del fallido ataque persa a Delfos (cf. VIII 35-39), pero, al tiempo, independiente de aquélla, ya que Mardonio parece ignorar la pretendida incursión del año 480.

[273] Cosa que no había de producirse, lo que abona la presunción de ahistoricidad para la serie de episodios, previos a la batalla, que Heródoto inserta en su narración, mientras los griegos permanecían en la 'segunda posición': sesión del Estado Mayor persa (IX 41), alusión a un oráculo relativo a Delfos (IX 42), advertencia a los griegos de Alejandro de Macedonia (IX 44-45; pero cf. nota IX 281), fallido intercambio de posiciones en el ejército heleno (IX 46), y desafío de Mardonio a los espartanos (IX 48).

[274] Heródoto, pues, llevó a cabo una investigación sobre el asunto (cf. C. Schrader, «La investigación histórica en Heródoto»..., pág. 674),

pronunciado a propósito de los ilirios y del ejército de los enqueleos [275], y no a propósito de los persas. Sí que hace referencia, en cambio, a la batalla que nos ocupa la profecía que compusiera Bacis [276]:

A orillas del Termodonte y del Asopo, de herboso lecho, 2
la coalición griega y el clamor del bárbaro aterrado [277],
donde caerán multitud de medos armados con arcos [278],
[precipitando
su fatal destino, cuando para ellos llegue su último día.

Sé, insisto, que esta predicción —y otras de Museo [279] similares a ella— se refiere a los persas. (Por cierto que el río Termodonte corre entre Tanagra y Glisas [280].)

---

probablemente en Delfos, donde los sacerdotes habrían aplicado el vaticinio, exculpatorio y no cumplido, a una época mítica (cf. H. W. Parke, D. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle,* Londres, 1956, págs. 178 y sigs.).

[275] Una tribu que residía al sur de Iliria, en el Occidente de la península balcánica (cf. V 61, 2 [con nota V 279]; Estrabón 326). Según Apolodoro (III 5, 4), los enqueleos se hallaban en guerra con los ilirios y solicitaron a Cadmo, mítico rey de Tiro llegado a Beocia en busca de su hermana, Europa (cf. nota V 260), que los acaudillara (vid., asimismo, Pausanias, IX 5, 3), siguiendo los dictados de un oráculo (al que aquí alude Heródoto) que profetizaba su victoria, así como una incursión contra Grecia, durante la cual debían abstenerse de saquear Delfos (a ello se refiere Eurípides, *Bacantes* 1330 y sigs.; cf. la nota 85 de la traducción, de C. García Gual, de dicha obra en esta misma colección).

[276] Cf. nota VIII 100.

[277] El texto griego resulta agramatical, ya que, al citar el vaticinio (que se halla compuesto en hexámetros; cf. nota VII 671), Heródoto ha omitido el verbo, o frase verbal, regente, que lo encabezaría (algo así como «un día es menester que se enfrenten»).

[278] El arma más representativa de los persas (cf. I 136, 2).

[279] Cf. nota VII 37.

[280] Glisas se encontraba al nordeste de Tebas (cf. *Ilíada,* II 504; D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...,* págs. 493-494). El río Ter-

44 *Alejandro de Macedonia informa a los atenienses de los planes de los persas*

Tras la cuestión relativa a los oráculos y la exhortación de Mardonio, cayó la noche y los centinelas ocuparon sus puestos. Y, una vez bien entrada la noche, cuando parecía que la calma reinaba en ambos campamentos y que las tropas se hallaban sumidas en el más profundo de los sueños, justo entonces Alejandro, hijo de Amintas, el caudillo y monarca de los macedonios, se dirigió a caballo a los cuerpos de guardia atenienses al objeto de entrevistarse con sus ge-
2 nerales [281]. La mayoría de los centinelas permanecieron en

---

modonte (la precisión del historiador tiene por objeto distinguirlo del río de Capadocia del mismo nombre; cf., *supra,* IX 27, 4) cruzaba la llanura Aonia (cf. Pausanias, IX 19, 3) y desembocaba en el lago Hilice (el actual Iliki, a unos 8 km. al norte de Tebas; cf. J. G. Frazer, *Pausanias's Description...,* V, pág. 62).

[281] La visita nocturna de Alejandro al campamento ateniense tiene por objeto exaltar a la monarquía macedonia, exculpándola de la acusación de medismo. La tradición al respecto posee un origen ateniense, para justificar su nombramiento de *próxenos kaì evergétēs* (cf. nota VIII 708), que, si le fue concedido en 480 (cosa que es dudosa), pudo haber sido a instancias de Temístocles (cf. J. W. Cole, «Alexander Philhellene and Themistocles», *L'Antiquité Classique* 47 (1978), págs. 37 y sigs.). Pese a que el episodio, aparentemente, se acomoda con dificultad al papel de portavoz que Mardonio le había encargado desempeñar ante los atenienses (cf. VIII 140), y a que la crítica tiende a considerar ahistórica esta intervención del monarca macedonio (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...,* págs. 316-317), algunas de las objeciones planteadas, como la de la dificultad que Alejandro habría tenido para abandonar, sin ser visto, las líneas persas (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., pág. 43), no son muy consistentes, ya que no hay que olvidar (cf. IX 31) que los contingentes macedonios estaban apostados, en el ala derecha persa, frente a los atenienses, en el ala izquierda griega, y, por otra parte, las misiones de vigilancia en los ejércitos de la época no se desarrollaban con el rigor de tiempos posteriores. El pasaje, en suma, puede ser reflejo (aun dudando de su veracidad) de la actitud ambigua que Alejandro adoptó

sus puestos, pero unos cuantos corrieron a alertar a sus generales; y, a su llegada, les notificaron que, procedente del campamento medo, se había presentado un individuo a caballo que, sin dar ninguna otra explicación, manifestaba su deseo de entrevistarse con los generales, a quienes citaba por sus nombres [282].

Los generales, entonces, al oír esta noticia, acompaña- 45
ron de inmediato a los centinelas a los puestos de guardia.
Y, a su llegada, Alejandro les dijo lo siguiente: «Atenien-
ses, lo que os voy a decir constituye un gran secreto, por
lo que os ruego encarecidamente que no lo reveléis a nadie
más que a Pausanias, para evitar que, de paso [283], me oca-
sionéis la ruina. Desde luego no os lo comunicaría si no
sintiese una honda preocupación por la suerte de toda Gre-
cia, pues yo soy un griego de antigua estirpe [284] y no 2
desearía ver que la Hélade pierde su libertad y resulta es-
clavizada. Por eso os comunico que Mardonio y sus tropas
no consiguen obtener presagios favorables, pues, de lo con-

---

durante la Segunda Guerra Médica; cf. B. Virgilio, «L'atteggiamento filoateniese e antipersiano della Macedonia con Aminta I e Alessandro I Filelleno», *Commento storico al Quinto libro delle 'Storie' di Erodoto,* Pisa, 1975, págs. 137 y sigs.

[282] Como prueba de que los conocía personalmente. Según Plutarco (*Arístides* 15), Alejandro sólo requirió la presencia de ese general ateniense, que fue quien informó a Pausanias. De los diez estrategos atenienses (cf. nota VI 506), dos por lo menos (uno de ellos era Jantipo; cf. IX 114) se encontraban al mando de los efectivos navales (cf. IX 117). Plutarco (*Arístides* 20) cita también los nombres de Leócrates y Mirónides entre los estrategos presentes en Platea.

[283] Alejandro debía de pensar que, si los generales informaban al momento a sus tropas, éstas podían ponerse nerviosas y organizar ruidos audibles desde las posiciones persas, con lo que su regreso habría resultado comprometido, al tiempo que el factor sorpresa, ahora favorable a los griegos, se habría malogrado.

[284] Cf. V 22, y nota V 83; VIII 137-139, y notas.

trario, hace tiempo que habríais trabado combate. En estos momentos, sin embargo, ha decidido hacer caso omiso de los presagios y presentar batalla en cuanto despunte el día [285], ya que teme sobremanera —sospecho— que os reunáis más efectivos. Adoptad, en consecuencia, los preparativos pertinentes. Ahora bien, si resulta que Mardonio aplaza su ataque y no presenta batalla, continuad donde estáis,
3 pues les quedan víveres para pocos días [286]. Y, si esta guerra concluye conforme a vuestros deseos, alguien debe acordarse también de mí, para liberarme [287], ya que he llevado a cabo una empresa tan peligrosa, por mi devoción a la causa griega, con ánimo de revelaros los planes de Mardonio, a fin de evitar que los bárbaros caigan sobre vosotros cuando no esperéis su ataque todavía. Soy Alejandro de Macedonia». Tras estas palabras, Alejandro regresó a su campamento para ocupar su puesto.

Pausanias intenta intercambiar las posiciones de espartanos y atenienses en las alas

46 Por su parte, los generales atenienses se trasladaron al ala derecha e informaron a Pausanias de lo que le habían oído decir a Alejandro. Y, ante esta noticia, Pausanias, lleno de temor hacia los per-
2 sas, les dijo lo que sigue [288]: «Dado, pues, que la batalla tendrá lugar al alba, es menester que vos-

[285] Cf. nota IX 273.

[286] Cf. nota IX 263. Quizá Alejandro tenía, sin embargo, noticias de que los focenses refugiados en el Parnaso (cf. IX 31) creaban problemas a los convoyes de suministros persas procedentes de Tesalia.

[287] Macedonia se hallaba nominalmente sometida a Persia desde el año 512 a. C. Cf. P. Cloché, *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'événement d'Alexandre le Grand*, París, 1960, págs. 31 y sigs.

[288] La propuesta de Pausanias relativa a un intercambio de posiciones entre atenienses y espartanos no puede considerarse verosímil (y su historicidad ya fue criticada por Plutarco, *De Herod. malignitate* 42). 1. Estratégicamente, habría creado confusión, si no desánimo, en el resto

otros, los atenienses, os situéis frente a los persas, y que nosotros lo hagamos frente a los beocios y frente a los griegos alineados contra vosotros. La razón es la siguiente: vosotros, por haber luchado contra ellos en Maratón, conocéis a los medos y sabéis cómo es su manera de combatir; nosotros, en cambio, carecemos de esa experiencia y desconocemos todo lo relativo a esas gentes, ya que ningún espartiata se ha medido con los medos [289], pero sí que lo hemos hecho con los beocios y los tesalios [290]. Por con- 3

---

del ejército griego. 2. Tácticamente, la maniobra habría durado bastante tiempo y los persas podían haber aprovechado la ocasión para pasar al ataque (cf. A. Hauvette, *Hérodote historien...*, pág. 469). 3. El presunto miedo de los lacedemonios se halla en contra del *êthos* de que hacen gala en la *Historia* (cf., principalmente, VII 104; 226), y forma parte del *tópos* proateniense que ya aparece en la campaña de Salamina (cf. notas VIII 291 y 357). Sin duda nos encontramos ante una tradición antiespartana de origen ateniense, aunque también es posible que esa tradición deformara una maniobra que realmente tuvo lugar; en ese sentido, H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 90, pensaba que el hecho distorsionado pudo residir en el envío de los arqueros atenienses (cf. nota IX 134) al ala derecha para apoyar a los lacedemonios contra los ataques de la caballería (cf. IX 49). No obstante se han propuesto otras hipótesis (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 308).

[289] Ningún espartiata que se hallara entonces con vida, ya que todo el cuerpo expedicionario al mando de Leónidas había perecido en las Termópilas. El único lacedemonio que había sobrevivido, y que se hallaba presente en Platea, Aristodemo (cf. IX 71), no había luchado en el desfiladero con sus camaradas (cf. VII 229 y sigs.).

[290] Contra los tesalios sin demasiado éxito con anterioridad a las Guerras Médicas (cf. V 63, 3-4). No poseemos testimonios sobre enfrentamientos entre Esparta y Tebas en los años inmediatamente precedentes a la invasión persa (cf. J. A. O. Larsen, «A Study of Spartan foreign policy and the genesis of the Peloponnesian League», *Classical Philology* 27 (1932), págs. 136 y sigs.). Debe destacarse en este pasaje la omisión a los efectivos macedonios en el ala derecha persa.

siguiente, debéis recoger vuestras armas y acudir a esta ala; que nosotros nos trasladaremos al ala izquierda». Ante esta sugerencia, los atenienses manifestaron lo que sigue: «Hace tiempo ya —desde el mismo momento en que vimos que los persas se alineaban frente a vosotros— que nosotros, personalmente, tuvimos la intención de deciros justamente lo que ahora nos estáis proponiendo, mas lo cierto es que temíamos que semejante proposición no os resultara grata. Pero, dado que habéis sido vosotros quienes habéis planteado la cuestión, y como quiera que vuestras palabras nos han colmado de alegría, estamos dispuestos a hacer lo que decís [291]».

47 Habida cuenta de que la medida se les antojaba oportuna, atenienses y lacedemonios, al despuntar la aurora, procedieron a intercambiar sus posiciones. Los beocios [292], empero, al comprender lo que estaba sucediendo, previnieron a Mardonio, quien, nada más oírlo, también intentó modificar la formación de su ejército, haciendo que los persas pasaran a estar frente a los lacedemonios. Sin embargo Pausanias, al percatarse de que se estaba llevando a cabo semejante maniobra, comprendió que su estrategia no pasaba inadvertida, por lo que ordenó a los espartiatas que regresaran al ala derecha; y, paralelamente, Mardonio alineó a los persas en el ala izquierda [293].

---

[291] Según Plutarco (*Arístides* 16), los atenienses en principio se negaron a hacerlo, porque Pausanias «los llevaba de un lado para otro, como si fueran hilotas», siendo Arístides —a quien Plutarco pretende encumbrar— quien logró convencerlos.

[292] La tradición antibeocia de las fuentes de Heródoto para la campaña de Platea es constante (cf. IX 2; 15, 1; 38, 2; etc.).

[293] El desplazamiento que debían realizar atenienses y peloponesios, de una posición a otra, abarcaba un frente de 4 km. de longitud (desde la colina de Pirgo a la del Asopo), y otro tanto cabe suponer que separaba a las alas del ejército persa (cf. A. Boucher, «La Bataille de Pla-

Mardonio desafía a los lacedemonios

Una vez que unos y otros se hubieron 48 situado en sus primitivas posiciones, Mardonio envió un heraldo a los espartiatas y les dijo lo siguiente[294]: «Vosotros, lacedemonios, pasáis por ser realmente personas muy valerosas ante las gentes de esta tierra, que os

téees»..., pág. 294); de ahí los interrogantes de C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, pág. 317: «how could the two armies have had time to interchange their right and left wings twice in the morning of the twelfth day (to say nothing of the danger of such manoeuvres within sight of the enemy's army) and leave room for all the events which are supposed to have followed during the same say?»).

[294] El desafío de Mardonio a los lacedemonios constituye un apéndice antiespartano al pretendido intercambio de posiciones, citado en los dos capítulos precedentes, y es tan ahistórico como aquél. En realidad, nos encontramos ante un *tópos* épico (sobre la influencia de la épica en la *Historia,* cf. G. Steinger, *Epische Elemente im Redenstil des Herodot,* Kiel, 1957; no hay que olvidar que, estructuralmente, la obra de Heródoto constituye, en la prosa griega, el mejor ejemplo de la llamada 'composición literaria abierta', la que no opera rectilíneamente en los detalles narrativos, sino que intercala toda suerte de retardaciones en el argumento central, como ocurre en la *Ilíada;* e, intencionalmente, el historiador pretende evitar que las hazañas de las generaciones que le precedieron sean relegadas al olvido [vid. el *Proemio*], con lo que atiende a la preservación de la gloria y la fama): el del duelo al que se confía la resolución de una guerra (cf., por ejemplo, *Ilíada,* III 67 y sigs.), un motivo que, no obstante, se había mantenido en Grecia, en la moral agonal guerrera —que no perseguía el aniquilamiento del enemigo, sino el reconocimiento de su derrota—, hasta el siglo vi a. C. (cf., *supra,* I 82; V 1). Con todo, el relato del historiador (si bien todo el pasaje se halla plagado de reminiscencias épicas) podría responder a un hecho cierto y posteriormente distorsionado: el ofrecimiento de Mardonio a los griegos de suspender las hostilidades momentáneamente (para lo cual habría que suponer que la caballería persa había estado hostigando a los helenos durante todas las jornadas que éstos permanecieron en la 'segunda posición'), a condición de que las tropas aliadas cruzaran el Asopo y presentaran batalla al norte del río.

admiran porque no rehuís el combate ni abandonáis vuestro puesto: permanecéis en él para aniquilar al enemigo
2 o para perder vosotros la vida [295]. Pero, al parecer, nada de ello era cierto; de hecho, antes de que trabáramos combate y llegásemos a las manos, resulta que os hemos visto huir y abandonar vuestra posición, encomendando a los atenienses que se midieran con nosotros en vuestro lugar y alineándoos vosotros enfrente de nuestros esclavos [296].
3 Tal comportamiento no es, en modo alguno, propio de valientes; de ahí que, con vosotros, hayamos sufrido la mayor de las decepciones. Lo cierto es que esperábamos que, respondiendo a vuestra fama, nos ibais a enviar un heraldo para desafiarnos, al objeto de enfrentaros en combate singular con los persas, pero, pese a que estábamos dispuestos a aceptar el reto, nos hemos encontrado con que, lejos de proponer algo semejante, estáis más bien amedrentados. En esa tesitura, pues, y dado que no habéis
4 promovido dicho desafío, lo haremos nosotros. ¿Por qué, pues, no nos batimos, en condiciones de igualdad numérica, vosotros, en representación de los griegos (ya que os

[295] El prestigio militar de Esparta en el mundo griego era incuestionable; cf., *supra,* VII 209, 3-4; TUCÍDIDES, IV 40; y vid. R. MAISCH, F. POHLHAMMER, *Instituciones griegas,* Barcelona, 1931, págs. 31 y sigs.

[296] Cf. nota VII 63. Libertad frente a sometimiento es, esencialmente, el rasgo diferencial entre griegos y bárbaros. Eso explica que Jerjes sea el prototipo de déspota omnímodo; y la serie de atrocidades que se le atribuyen tiene por finalidad mostrar hasta qué punto sus súbditos se hallaban reducidos a la condición de meros objetos en manos del rey (cf. VII 35, 3; 39, 3; VIII 15, 1; etc.). Es, en definitiva, la libertad ejercitada en la disciplina la que justificará el triunfo final de los griegos sobre los persas, como Demarato, en su entrevista con Jerjes, expone con rotundidad (cf. VII 101-104). Vid., en general, F. EGERMANN, «Das Geschichtswerk des Herodot. Sein Plan», *Neue Jahrb. klassische Altertum,* 1938, págs. 191 y sigs.; 239 y sigs.

aureola la fama de ser los más valientes de todos), y nosotros, en representación de los bárbaros [297]? Y, si sois de la opinión de que también se batan los demás contingentes, de acuerdo; que lo hagan inmediatamente después de nosotros. Si, por el contrario, no opináis así, sino que basta con que sólo nosotros peleemos, nos batiremos a muerte. Y, de los dos bandos, el que se alce con la victoria, la obtendrá en nombre de todo su ejército».

Hostigado por la caballería, el ejército griego decide replegarse a los contrafuertes del Citerón

Tras pronunciar estas palabras, el heraldo aguardó cierto tiempo, pero, como nadie le daba la menor respuesta, retornó a su punto de partida; y, a su regreso, informó a Mardonio de lo ocurrido. Entonces este último, exultante de alegría [298] y ufano por una nimia victoria [299], lanzó a su caballería contra los griegos [300]. El ataque de los jinetes causó bajas en todo el ejército heleno con los venablos y las flechas

49 (al margen, junto a «Tras pronunciar estas palabras, el he-»); 2 (al margen, junto a «contra los griegos. El ataque de los jinetes causó bajas»)

[297] El escritor griego se traiciona, al hacer que el heraldo de Mardonio aluda a sus tropas con el apelativo de «bárbaros» (al igual que ocurre en ESQUILO, *Persas* 187 y 337).

[298] El término utilizado en griego *(perichar̂ēs)* tiene un sentido ominoso, y sirve para enfatizar las limitaciones de los proyectos humanos y para subrayar comportamientos afectados de *hýbris* (cf. nota VIII 396; y C. C. CHIASSON, «An ominous word in Herodotus», *Hermes* 111 (1983), págs. 115-116).

[299] Como señala H. STEIN (*Herodotus. Buch VI...*, pág. 203), «der Tropus findét häufig Anwendung, um etwas als inhalt- und wesenlos und nur scheinhaft existierend, als matt und unwirksam zu bezeichnen».

[300] La intervención de la caballería sustituye al amenazador ataque en masa de las tropas persas (cf. IX 42, 4; 45, 2), que no se producirá hasta el día siguiente (cf. IX 59, 1). Heródoto alude aquí a la estrategia que los persas debían haber empleado en días precedentes (cf. nota IX 294), aunque se han propuesto otras interpretaciones (cf. R. W. MACAN, *Herodotus...*, I, pág. 696).

que disparaban, ya que, al ser arqueros montados a caballo[301], resultaba difícil aproximarse a ellos[302]. Además, enturbiaron y cegaron la fuente Gargafia[303], de la que se
3 abastecían de agua todos los efectivos griegos. Realmente los únicos que se hallaban situados en las inmediaciones de la fuente eran los lacedemonios[304]; al resto de los griegos, según sus respectivas posiciones, la fuente les pillaba más o menos lejos y el Asopo más o menos cerca, pero, como se veían en la imposibilidad de acercarse al Asopo, de ahí que acudieran siempre a la fuente[305] (los jinetes y las flechas les impedían aprovisionarse de agua en el río).

50 Ante semejante problema (con el ejército privado de agua y hostigado por la caballería), los generales griegos se reunieron con Pausanias, a fin de estudiar ésta y otras cuestiones, para lo cual se trasladaron al ala derecha. Lo cierto es que, pese a que la situación era la que he descrito,

---

[301] Cf. nota IX 138; ESQUILO, *Persas* 26; JENOFONTE, *Anábasis,* III 3, 7. Entre los partos siguió vigente este tipo de ataque por parte de la caballería (cf. HORACIO, *Odas,* I 19, 11; II 13, 17; VIRGILIO, *Geórgicas,* III 31).

[302] Por lo pesadamente armados que iban los hoplitas (cf. nota III 620).

[303] Cf. nota IX 146.

[304] Pues el ala derecha griega se hallaba apostada al norte de Gargafia. Volvemos a encontrarnos con una versión antiespartana de presumible origen ateniense (cf. H. B. WRIGHT, *The Campaign of Plataea...,* pág. 63), al responsabilizar a los lacedemonios de la pérdida de la fuente, cuya importancia para el abastecimiento de agua no sería lo transcendente que pretende el historiador (cf. la nota siguiente), aparte de que, en IX 50, se indica que la falta de provisiones era más acuciante que la de agua.

[305] La afirmación es difícilmente aceptable, ya que el centro del ejército griego, así como el ala izquierda, debía de aprovisionarse de agua en el arroyo que nacía en la fuente Apotripi y desembocaba en el Asopo (el que, en el estudio topográfico de Grundy, recibe la identificación de A 1), bordeando por el Oeste el 'Asopos Ridge'.

había otro asunto que les causaba mayor preocupación: ya no poseían víveres, y sus servidores [306], que habían sido enviados al Peloponeso en busca de provisiones, se hallaban bloqueados por la caballería sin poder llegar hasta el campamento [307].

En el transcurso de sus deliberaciones, los generales 51 —si los persas dejaban pasar aquella jornada sin llevar a cabo su ataque [308]— decidieron dirigirse a «la isla» [309], que dista diez estadios del Asopo y de la fuente Gargafia [310]

---

[306] Cf. nota IX 254.

[307] La incursión de la caballería persa contra Giptocastro (cf. IX 39), posición que quizá mantuvieron en su poder los efectivos de Mardonio, obligaba a variar la estrategia adoptada por los griegos (inducir a los persas a cruzar el Asopo), que había resultado fallida. Privados de la llegada de suministros, sólo cabía pasar a la ofensiva, cruzando el río (lo que habría dado ventaja a los persas), o replegarse hacia el Sur, para mantener expeditas las comunicaciones con el Peloponeso (cf. nota IX 75), que será la decisión finalmente aprobada.

[308] El ataque general de la infantería de Mardonio, no las incursiones de la caballería persa.

[309] Una colina (o dos, según la interpretación de G. B. GRUNDY, *Great Persian War...*, pág. 484) rodeada, al pie del Citerón (a unos 400 m. al oeste del paso de Vilia; de ahí el significado de la maniobra), por dos arroyos que se unían para formar el río Oéroe. Cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 428-429, con análisis bibliográfico. En la actualidad, la topografía del lugar no responde a las indicaciones del historiador.

[310] Como el repliegue griego se realizó hacia el Sur, las distancias que facilita Heródoto son contradictorias entre sí (por eso, alternativamente, W. W. HOW, J. WELLS, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 310, sugieren, siguiendo a J. A. R. MUNRO, «The Campaign of Plataea»..., pág. 161, que el texto puede interpretarse en el sentido de que «the island is distant from the Asopus, or rather from Gargaphia, at which they were then encamped, ten stades»). La probable ubicación de 'la isla' (en griego *nêsos*) se sitúa a diez estadios (= 1,77 km.) al suroeste de Gargarfia, pero a casi 4 km. al sur del Asopo. De ahí que se haya propuesto

(en cuyas inmediaciones se encontraban a la sazón acampados [311]), y que se halla delante de la ciudad de Platea [312].
2 La razón de que, en tierra firme, pueda haber una isla es la siguiente: el río (cuyo nombre es Oéroe [313], quien, según los lugareños, era hija de Asopo), que baja de lo alto del Citerón y corre en dirección a la llanura, se divide en dos brazos, distantes entre sí unos tres estadios, que
3 posteriormente se unen en un mismo cauce [314]. A ese paraje, pues, fue al que proyectaron trasladarse, para poder disponer de agua en abundancia y para que los jinetes no

---

(cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., pág. 57) la inserción de *k'* (= 20) en el texto, detrás de *toû Asōpoû*, con lo que la traducción sería «que dista veinte estadios del Asopo y diez de la fuente Gargafia» (cf., asimismo, W. K. Pritchett, «New Light on Plataia»..., páginas 25 y sigs.). En general, vid. D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...*, pág. 550.

[311] La referencia debe entenderse aplicada al lugar en que el Estado Mayor griego estaba manteniendo la sesión (en el ala derecha), no a la totalidad del ejército aliado (cf. nota IX 151).

[312] Más concretamente, a unos 2 km. al nordeste.

[313] Río de Beocia (el actual Livadostro), que nace en los contrafuertes septentrionales del Citerón, a unos 3 km. al este de Platea, y, tras un recorrido de unos 15 km. en dirección Oeste, desemboca en el Golfo de Corinto. Oéroe no es incluida por Diodoro (IV 72, 1) entre las doce hijas del dios-río Asopo (dado que el Asopo y el Oéroe constituyen ríos de distinta procedencia, es posible que la filiación posea un origen tebano, revelador del expansionismo de Tebas con respecto a Platea).

[314] Heródoto, pues, creía (en la actualidad no sucede así) que el Oéroe dividía su curso para rodear 'la isla', y que luego ambos brazos volvían a unirse, pero los brazos del Oéroe siguen cursos independientes desde su nacimiento y sólo se unen ya en plena llanura de Platea. Por otro lado, y como resulta materialmente imposible que todo el ejército griego se congregara en un espacio de algo más de 500 m. (= 3 estadios; aunque Heródoto no indica si la distancia debe entenderse a lo ancho o a lo largo), a 'la isla' sólo habrían de dirigirse parte de los efectivos helenos (cf. nota IX 316).

les causaran bajas, como ocurría cuando se encontraban a tiro. Y decidieron replegarse justo cuando montara guardia el segundo turno de noche [315], a fin de evitar que los persas advirtieran su partida y que la caballería se lanzara tras ellos, hostigándolos. Asimismo, decidieron que, una 4
vez llegados a dicho paraje (el que —dividiéndose, repito, en dos brazos— delimita Oéroe, hija de Asopo, que procede del Citerón), enviarían, esa misma noche, a la mitad de su ejército al Citerón [316] para rescatar a aquellos servidores suyos que habían ido a por víveres, ya que se hallaban atrapados en la montaña.

El centro de los efectivos griegos acampa ante Platea

Tras tomar estas determinaciones, se 52
vieron, durante todo aquel día, en constantes apuros por el acoso de la caballería. Finalmente —cuando, una vez concluida la jornada, los jinetes hubieron suspendido sus ataques—, en plena noche, y a la hora precisa en que habían acordado retirarse, fue cuando la mayoría levantó el campamento y se puso en camino. No obs-

[315] Los griegos (a diferencia de los romanos, que lo hacían en cuatro) dividían la noche en tres turnos de guardia (cf. Pólux, I 70; J. Kromayer, G. Veith, *Schlachten-Atlas zur Antiken Kriegsgeschichte,* Leipzig, 1926, IV, 1, pág. 223). El segundo turno, por lo tanto, habría comenzado hacia las once de la noche (el amanecer se produjo entre las 4.30 y las 5 de la madrugada).

[316] Probablemente (aunque Heródoto no lo entendió así; cf. el capítulo siguiente), el repliegue griego contemplaba tres objetivos distintos al pie del Citerón: el ala derecha (y no la mitad del ejército, como aquí se dice) debería dirigirse hacia Giptocastro, para recuperar el control del paso; el ala izquierda (atenienses y plateos) habría de situarse en 'la isla', para evitar un nuevo golpe de mano de la caballería persa, esta vez contra el paso de Vilia; finalmente, los efectivos que integraban el centro del ejército se apostarían al norte de Platea, controlando el más occidental de los tres pasos del Citerón en esta zona.

tante, no tenían intención de dirigirse al lugar convenido: nada más emprender la marcha, huyeron, alegres por escapar de la caballería, en dirección a la ciudad de Platea [317]; y, en el curso de su huida, llegaron al templo de Hera, que se encuentra delante de dicha ciudad, a veinte estadios de distancia de la fuente Gargafia [318]. Y, a su llegada, acamparon [319] delante del templo.

---

[317] Pese a que el historiador no lo indica con claridad, debe tratarse de los integrantes del centro del ejército (cf. IX 28 y 69). Aunque su repliegue, desde la 'segunda' a la 'tercera posición', pudo hacerse con cierto desorden, dado que se llevó a cabo durante la noche, es indudable que no se trató de una huida, ya que no se habrían detenido en el Hereo de Platea, sino que habrían intentado retirarse por uno de los dos pasos del Citerón que continuaban expeditos (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 50 y sigs.). Probablemente Pausanias (cf. A. Boucher, «La Bataille de Platées»..., pág. 296), como los efectivos que hasta entonces habían integrado el centro debían haber sido —por la posición que ocuparon, entre el 'Asopos Ridge', a la derecha, y la colina de Pirgo, a la izquierda— los más afectados por los ataques de la caballería, ordenó una inversión de posiciones, a fin de que los atenienses y los plateos ocupasen 'la isla' (en el centro de la 'tercera posición'), y el resto de los efectivos griegos (el centro de la 'segunda posición') se apostara en el ala izquierda, en la meseta, bordeada de arroyos, en que se alzaba Platea. No obstante, cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 327, para los riesgos de esta maniobra.

[318] A algo más de 3,5 km. al Suroeste. El templo de Hera *Téleia* (= «Inmaculada»; cf. Pausanias, IX 2, 7) o *Citeronia* (cf. Plutarco, *Arístides* 11; y 18) se encontraba en el ángulo Noroeste (de ahí que, para quien procede del Norte, se halle «delante») de Platea (tanto el templo [para su historia, vid. L. Prandi, «L'Heraion di Platea e la festa dei *Daídala*», *Contributi Istituto Storia Antica* 9 (1983), págs. 82 y sigs.] como la ciudad debían hallarse en ruinas; cf., *supra*, VIII 50). Sobre la diosa, cf. W. Burkert, *Griechische Religion...*, págs. 208 y sigs.; y E. Simon, *Die Götter der Griechen*, Munich, 2.ª ed., 1980, págs. 35 y sigs.

[319] Literalmente, «depositaron las armas» (cf. nota IX 147). Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 178), «è l' atto conclusivo di un movimento di ritirata regolare e controllato, non certo di

El espartiata Amonfáreto se niega a abandonar su puesto, retrasando el repliegue de lacedemonios y atenienses

Mientras esos efectivos acampaban en 53 las inmediaciones del Hereo, Pausanias (que, al verlos abandonar el campamento, había creído que se dirigían al lugar convenido [320]) ordenó a los lacedemonios que recogiesen, asimismo, sus armas y que marchasen tras los pasos de los aliados que ya habían partido. Todos sus oficia- 2 les [321] estaban dispuestos a obedecer a Pausanias, cuando, justo entonces, Amonfáreto, hijo de Políadas, que se hallaba al frente del batallón de Pitana [322], manifestó que

---

una fuga». Vid., no obstante, Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 47, nota 2, para otra posible interpretación.

[320] Según Heródoto, a 'la isla' (cf. nota IX 309); pero vid. nota IX 316.

[321] Los *taxíarcos,* jefes de las diversas unidades que integraban el ejército espartano (aunque el término que emplea Heródoto es ateniense). Según Jenofonte (*Const. Lac.* 11, 4), nuestra principal autoridad sobre la milicia espartana por su conocimiento de primera mano, los hoplitas espartanos se hallaban organizados en compañías *(enomotías),* integradas por cuarenta hombres al mando de un *enomotarca,* que se agrupaban en unidades superiores, denominadas *pentecostos* (compuestas por dos *enomotías*), cada una con su propio jefe. Cuatro *pentecostos* integraban un *lóchos,* al mando de un *lochagós,* que, en número de cuatro, constituían una división *(móra),* al mando de un *polemarco,* siendo seis las divisiones que formaban el ejército. El problema es que Jenofonte está facilitando datos relativos al siglo IV a. C., y hay que pensar que los integrantes de las divisiones variaban en función de las levas (por ejemplo, la división destruida en la Guerra Corintia sólo contaba con seiscientos hombres; cf. Jenofonte, *Helénicas,* IV 5, 11-12), por lo que hay que suponer que, en este pasaje de Heródoto, un *lóchos* es el equivalente a las posteriores divisiones. Vid., en general, H. T. Wade Gery, «The Spartan Rhetra in Plutarch, Lycurgus VI», *Classical Quarterly* 38 (1944), págs. 117 y sigs. (reimpreso en *Essays in Greek History,* Oxford, 1958, págs. 37 y sigs.).

[322] Tucídides (I 20,3), sin citar a Heródoto —cuyo texto debía ser bien conocido de su público— manifiesta que este batallón jamás existió,

no pensaba huir ante los extranjeros [323] y que, por lo que a él se refería, no iba a deshonrar a Esparta (Amonfáreto se hallaba asombrado al ver lo que estaba sucediendo, porque no había asistido a la conferencia que había tenido
3 lugar). Por su parte, Pausanias y Eurianacte consideraban inadmisible que Amonfáreto se negara a obedecer sus órdenes, pero aún se les antojaba más inadmisible, ante la decisión que había adoptado este último [324], la idea de abandonar al batallón de Pitana, pues temían que, si lo abandonaban por atenerse a lo que habían acordado con el res-

y que mencionarlo implica negligencia en la búsqueda de la verdad. La afirmación, sin embargo, puede considerarse hipercrítica (cf., no obstante, A. W. GOMME, *A historical commentary on Thucydides,* I, Oxford, 1945, pág. 138), en el sentido de que, en su época, la denominación oficial del *lóchos* no era la que Heródoto pretende (Pitana era una de las aldeas [*kômai*] que se integraron en la posterior aglomeración de Esparta; cf., *supra,* III 55, 2; PAUSANIAS, III 16, 9). Vid., asimismo, D. H. KELLY, «Thucydides and Herodotus on the Pitanate Lochos», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 22 (1981), págs. 31 y sigs.

[323] Cf. IX 11, 2.

[324] O, según la lectura de otros manuscritos, «ante la insubordinación de este último». Resulta, sin embargo, difícil de admitir un acto de esta naturaleza en un ejército tan disciplinado como el espartano (cf. JENOFONTE, *Const. Lac.* 8), por lo que se ha supuesto (cf. W. J. WOODHOUSE, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 52 y sigs.) que, en realidad, Amonfáreto ocupaba una posición más adelantada en el 'Asopos Ridge' (de ahí, por otra parte, que no hubiera asistido a la reunión del Estado Mayor griego, del que posiblemente formaba parte), y que habría sido mantenido allí con sus hombres para proteger la retirada lacedemonia. El episodio, posteriormente, habría sido malinterpretado capciosamente por la fuente de información de Heródoto (hay que destacar que Amonfáreto es un nombre parlante que significa «el de intachable valor»; pero, pese al arrojo de que aquí hace gala, en IX 57, 1, al creer que el resto de sus compatriotas se alejaban de la posición, decidió seguir a Pausanias). Con todo, se han propuesto otras interpretaciones; cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...,* pág. 327.

to de los griegos, tanto Amonfáreto como sus hombres, al quedarse solos, resultaran aniquilados. Por esta razón 4
mantuvieron inmóviles a las tropas laconias y trataron de convencer a Amonfáreto de que no debía actuar como pretendía.

Mientras Pausanias y Eurianacte intentaban disuadir 54
a Amonfáreto, el único oficial de los efectivos lacedemonios y tegeatas que había decidido quedarse donde estaba, los atenienses hicieron lo siguiente: como conocían el carácter de los lacedemonios (unas personas que, según ellos, piensan unas cosas y dicen otras [325]), se mantuvieron inmóviles en sus puestos [326]. Y, cuando el ejército se puso 2
en marcha, enviaron a uno de sus jinetes [327] para que com-

[325] La crítica a la insinceridad de los espartanos es un *tópos* de la literatura ática en el período en que ambos Estados estuvieron abiertamente enfrentados (cf. ARISTÓFANES, *Acarnienses* 308; *Paz* 1067; EURÍPIDES, *Andrómaca* 446 y sigs.), aunque es posible que, ya desde la Segunda Guerra Médica, existieran censuras antilacedemonias en Atenas para la estrategia que Esparta había propugnado en contra de los deseos de los atenienses (una estrategia terrestre, de defensa del Istmo, en 480, y una naval al año siguiente), censuras que se habrían agudizado cuando los lacedemonios se opusieron a la reconstrucción de los muros de Atenas en 478 a. C. (cf. TUCÍDIDES, I 89 y sigs.; F. SCHACHERMEYR, «Sparta und Athen nach den Perserschlachten», en *Forschungen und Betrachtungen zur griechischen und römischen Geschichte*, Viena, 1974, págs. 139 y sigs.).

[326] Sin duda porque, para ocupar su posición en 'la isla' (cf. IX 51, 1), el centro del ejército tenía que tomar la delantera en su movimiento de repliegue hacia Platea (cf. nota IX 317), a fin de evitar que el intercambio de posiciones entre el ala izquierda (ocupada por atenienses y plateos en la 'segunda posición') y el centro causara un desbarajuste, entre sus integrantes, mayor del que debió producirse, dado que la retirada tuvo lugar de noche.

[327] Los atenienses carecían de caballería (cf. nota VI 130), por lo que sólo debían emplear jinetes para misiones específicas (como ocurría entre los lacedemonios; cf. IX 60, 1).

probara si los espartiatas se disponían a hacer lo propio o si, por el contrario, no tenían la menor intención de retirarse, en cuyo caso debía preguntarle a Pausanias lo que había que hacer [328].

55 Cuando llegó a las líneas lacedemonias, el heraldo vio que estos últimos se hallaban alineados en sus posiciones y que sus principales jefes estaban enzarzados en una discusión. Resulta que, como Eurianacte y Pausanias seguían intentando disuadir a Amonfáreto, para que no pusiera en peligro a los lacedemonios [329] si se quedaban solos allí, pero no podían convencerlo, finalmente se enzarzaron en una discusión generalizada que coincidió con la llegada a
2 su campamento del heraldo ateniense. Y, en plena discusión, Amonfáreto cogió con ambas manos una piedra y, depositándola a los pies de Pausanias, manifestó que, con aquel sufragio [330], votaba por que no se huyera ante los extranjeros (haciendo referencia a los bárbaros). Entonces

---

[328] El episodio que narra Heródoto está claramente distorsionado por el carácter de sus fuentes de información (cf. A. French, «Topical influences...» ..., págs. 9 y sigs.). Dada la situación de los atenienses en la colina de Pirgo, para ocupar el centro del ejército en la 'tercera posición' tenían que atravesar la llanura que separaba aquella colina del 'Asopos Ridge', por lo que es posible que el envío del jinete tuviera como finalidad solicitar a los espartanos que protegieran su retirada.

[329] Sigo la lectura de la mayoría de los manuscritos *(Lakedaimoníous)*, ya que Pausanias y Eurianacte lo que quieren decir es que no piensan abandonar a Amonfáreto, con lo que todo el ejército espartano correría su misma suerte (cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 179).

[330] En sus votaciones los griegos solían utilizar guijarros *(psêphoi)*, por lo que la determinación de Amonfáreto es tanto mayor cuanto lo es una piedra de considerables dimensiones (que debe coger con las dos manos) con respecto a un guijarro. La anécdota, sin embargo, es claramente apócrifa (de presumible origen ateniense), ya que los espartanos no empleaban los guijarros para votar (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 532, nota 53).

Pausanias, tachándolo de loco y de irresponsable, ‹se dirigió› al heraldo ateniense, que le estaba preguntando lo que le habían ordenado, y le mandó que informara a los suyos de la situación en que, en aquellos momentos, se encontraban los lacedemonios; asimismo, le indicó que pidiera a los atenienses que se acercasen a sus líneas y que, con respecto a la retirada, actuaran como ellos [331].

El heraldo, pues, regresó a las posiciones atenienses. 56
Y, como la aurora [332] sorprendió a los lacedemonios cuando continuaban disputando entre sí, en esa tesitura Pausanias —que seguía sin replegarse—, convencido de que Amonfáreto no se quedaría solo [333], si el resto de los lacedemonios se retiraban (como realmente sucedió [334]), dio

[331] Como el centro del ejército griego en su 'segunda posición' había estado integrado por efectivos pertenecientes a veinte Estados diferentes (cf. IX 28), su retirada tuvo que producirse con sensible lentitud. Atenienses y plateos, en el ala izquierda, y lacedemonios y tegeatas, en la derecha, debieron esperar, por consiguiente, a que el resto de las tropas hubieran completado prácticamente su maniobra de repliegue hacia Platea (cf. IX 52), para ocupar el ala izquierda en la 'tercera posición'. Ahora Pausanias indica a los atenienses que, antes del amanecer, salven la distancia existente entre la colina de Pirgo y el 'Asopos Ridge' (algo más de dos km.) y que, desde este último lugar, con el resto de los efectivos definitivamente instalados en Platea, pasen a ocupar su lugar en 'la isla', en el centro del ejército, mientras que los espartanos se dirigen hacia las estribaciones del Citerón (esto es, que realicen el repliegue al unísono), situándose nuevamente a la derecha en la 'tercera posición' (que atenienses y lacedemonios no llegarían a ocupar por el ataque de la infantería persa). Cf. P. W. Wallace, «The final battle at Plataia», *Studies in Attic epigraphy, history and topography presented to E. Vanderpool*, Princeton, 1982.

[332] Cf. nota IX 315. Se trata del amanecer del decimotercer día desde que los griegos cruzaran el paso de Giptocastro (cf. IX 19, 2); el día en que se iba a librar la batalla.

[333] Acompañado del batallón de Pitana (cf. IX 57, 1; y nota IX 322).

[334] La observación vuelve a denotar un carácter antiespartano. La

la señal de ponerse en marcha y, acompañado asimismo de los tegeatas, se llevó a todas sus demás tropas por la
2 zona de las colinas. Por su parte los atenienses, de acuerdo con las órdenes que habían recibido, tomaron una dirección distinta [335] a la de los lacedemonios: mientras que éstos, por temor a la caballería, avanzaban pegados a las lomas y a las estribaciones del Citerón, los atenienses iniciaron el descenso, en dirección a la llanura [336].
57 Entretanto Amonfáreto, que —al menos en un principio— creía que Pausanias no se atrevería, bajo ningún

---

terquedad de Amonfáreto se inserta dentro de la distinta concepción del valor en Heródoto y en la épica (al margen de otras numerosas afinidades), ya que en el historiador el heroísmo debe verse acompañado de la inteligencia (cf. M. Giraudeau, «L' héritage épique chez Hérodote», *Bulletin Association G. Budé*, París, 1984, págs. 4 y sigs.).

[335] Literalmente, «opuesta», lo que, en apariencia, indicaría que mientras que los lacedemonios se replegaban hacia el Sur, los atenienses avanzaron hacia el Norte, en dirección al Asopo (y así lo interpreta E. Kirsten, *RE...*, cols. 2295 y sigs.), cosa de todo punto imposible. La 'oposición' en las direcciones puede interpretarse, pues, referida a la 'oposición' de los terrenos por los que unos y otros avanzaron (por un terreno llano los atenienses, y por uno escarpado los lacedemonios), o simplemente —y así lo he entendido— a la diferencia de objetivos de ambos contingentes.

[336] El relato, por el carácter de las fuentes del historiador, vuelve a presentar rasgos tendenciosos, ya que, al parecer, los atenienses no sentían, como les ocurría a los lacedemonios, temor a la caballería persa. Pese a que las precisiones topográficas del repliegue griego son muy vagas, cabe suponer que, desde el extremo occidental del 'Asopos Ridge' (cf. nota IX 331), los atenienses tomaron una dirección Suroeste para, a través de la llanura existente entre aquel punto y el río Oéroe, alcanzar 'la isla'. Por su parte, los lacedemonios avanzarían en dirección Sureste (siguiendo la colina —las lomas a que se refiere Heródoto— donde se alza la actual iglesia de San Demetrio), para intentar ocupar su posición, en las estribaciones del Citerón, a la salida del paso de Vilia, en el ala derecha del ejército griego. Con todo, resulta prácticamente imposible entrar en puntualizaciones más precisas.

concepto, a abandonarlos, insistía en quedarse allí con sus hombres, negándose a dejar su puesto. Pero, cuando Pausanias y sus tropas se alejaron, en la convicción de que lo abandonaban de veras, ordenó a los integrantes de su batallón que recogieran las armas y los llevó, al paso [337], a reunirse con el grueso del ejército, que, tras distanciarse 2
unos diez estadios [338], aguardaba al batallón de Amonfáreto apostado en las proximidades del río Molunte y de un paraje que recibe el nombre de Argiopio, donde se alza, asimismo, un santuario de Deméter Eleusinia [339]. (La

---

[337] Prueba de que el repliegue de Amonfáreto y sus hombres se llevó a cabo con absoluto orden, lo que abona la hipótesis (cf. nota IX 322) de que el batallón de Pitana permaneció en el 'Asopos Ridge' durante un cierto tiempo para proteger la retirada de sus camaradas.

[338] Sigo la lectura de los manuscritos («diez estadios» = 1,77 km.), en lugar de la de Hude, que adopta la conjetura de Pingel («cuatro estadios» = 708 m.) pues se acomoda mejor a la topografía de las operaciones que a continuación van a desarrollarse.

[339] Es decir, un santuario donde se celebraban cultos mistéricos (cf. nota VIII 322). Los lugares que menciona Heródoto han de considerarse meras referencias aproximadas, y no pueden identificarse con seguridad. El río Molunte, según G. B. Grundy (*Great Persian War...*, pág. 495), es un arroyo tributario del Asopo (el que denomina A6 en su mapa), y nace en el Citerón, en las inmediaciones del paso de Vilia. Se ignora cuál es el lugar al que se refiere el topónimo Argiopio (cf. D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...*, pág. 564); y tampoco es segura la identificación del punto en que se encontraba el templo de Deméter. Plutarco (*Arístides* 11) cuenta que el oráculo de Delfos prometió la victoria a los griegos «en la llanura de Deméter Eleusinia», por lo que los aliados pensaron (el vaticinio habría sido *ex eventu*) regresar al Ática, pero el jefe del contingente de hoplitas plateos tuvo un sueño por el que comprendió que la respuesta oracular no hacía alusión a la llanura de Eleusis, sino a su propio territorio. Pese a que W. K. Pritchett («New Light on Plataia»..., págs. 27-28) ha sugerido situar este santuario en los aledaños de Hisias (algo al Oeste de la antigua ciudad, donde se encontraron dos inscripciones que hacían referencia al templo; cf. *IG* VII, 1670-1671;

razón de que el grueso del ejército se quedara aguardando tenía por finalidad poder regresar en socorro de Amonfáreto y los soldados de su batallón en el supuesto de que no abandonasen el lugar que se les había asignado, sino
3 que decidieran permanecer en él.) Apenas Amonfáreto y los suyos se reunieron con sus camaradas, toda la caballería de los bárbaros se lanzó sobre ellos, pues los jinetes persas seguían utilizando la misma táctica de costumbre [340], por lo que, al ver vacío el lugar en que se habían alineado los griegos los días precedentes, espolearon sus caballos, sin interrumpir su avance, y, nada más dar con ellos, se lanzaron sobre los lacedemonios.

---

y K. J. Beloch, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 127), el lugar propuesto habría quedado muy lejos de la posición que debían ocupar los lacedemonios. Todo lo más que se puede decir al respecto es, según señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 434, que «the only safe conclusion is that the temple was situated somewhere to the north of the rocky base of Kithairon near ground suitable for cavalry, not more than ten stades from the previous Spartan position, and possibly in the neighbourhood of the depression which lies south of the Long Ridge» (la colina donde se encuentra la capilla de San Demetrio).

[340] Cf. nota IX 138. La batalla de Platea propiamente dicha comienza, pues, con una escaramuza más de la caballería. Sólo al ver que los griegos habían abandonado sus posiciones, y, sin duda, por los informes que recibió Mardonio respecto a que el frente enemigo había dejado de ser compacto, formando grupos separados entre sí, decidieron los persas cruzar el Asopo con sus efectivos de infantería.

Mardonio cruza el Asopo iniciando la batalla

58 Cuando Mardonio se enteró de que los griegos se habían retirado al amparo de la noche y vio la posición desierta, mandó llamar a Tórax de Larisa [341] y a sus hermanos, Eurípilo y Trasidao [342], y les
dijo: «Descendientes de Alevas [343], ¿qué váis a seguir 2
diciendo al ver desiertos esos parajes? Vosotros, que sois vecinos suyos [344], afirmabais que los lacedemonios no huyen del campo de batalla, sino que, en el terreno militar, son los guerreros más poderosos de la tierra [345]; pero primero visteis que intentaban cambiar de posición [346] y ahora todos podemos ver que, la pasada noche, incluso se han dado a la fuga. Cuando debían medirse en el campo de batalla con quienes verdaderamente son los mejores guerreros del mundo [347], han demostrado que, en realidad, su valor es nulo y que destacaban entre los griegos porque
el valor de los helenos es, asimismo, nulo. Vosotros, que 3

---

[341] Cf. nota IX 7.

[342] Salvo su mención en este episodio, carecemos de otras noticias sobre estos personajes, que, en unión de Tórax, desempeñan aquí el papel de meros receptores del desprecio de Mardonio hacia los griegos (como ocurre con Demarato ante Jerjes en VII 101 y sigs.; 209; 234 y sigs.). El pasaje, presumiblemente ahistórico (las consideraciones morales se anteponen a las estratégicas), está plagado de trágica ironía y constituye una premonición anticipada del triunfo espartano, lo que prueba que, para su narración de la batalla de Platea, Heródoto consultó diversas fuentes de información.

[343] El mítico rey de Tesalia que organizó política y militarmente la región (cf. nota VII 31).

[344] Pese a que Tesalia y Laconia se hallan entre sí a más de 200 km. de distancia, para el alto dignatario de un imperio tan inmenso como el persa esa cifra debía resultar una minucia.

[345] Cf. VII 104, 4; 234; IX 53.

[346] Cf. IX 46-47.

[347] Cf. las palabras de Jerjes a Demarato, en VII 103, 4-5.

no sabíais nada de los persas, contabais con toda mi comprensión al elogiar a esos individuos, de quienes es posible que conocierais algún mérito; más sorpresa me producía, en cambio, el gran temor de Artabazo hacia los lacedemonios, temor que le llevó a proponer un plan en extremo cobarde (que teníamos que levantar el campamento y dirigirnos a la ciudad de Tebas para dejarnos sitiar [348]); plan
4 que, oportunamente, conocerá de mis labios el rey. Pero tiempo habrá en otro lugar para tratar este asunto; de momento no debemos permitir que los griegos actúen como lo están haciendo: tenemos que perseguirlos hasta que, una vez en nuestro poder, paguen todo el daño que han infligido a los persas».

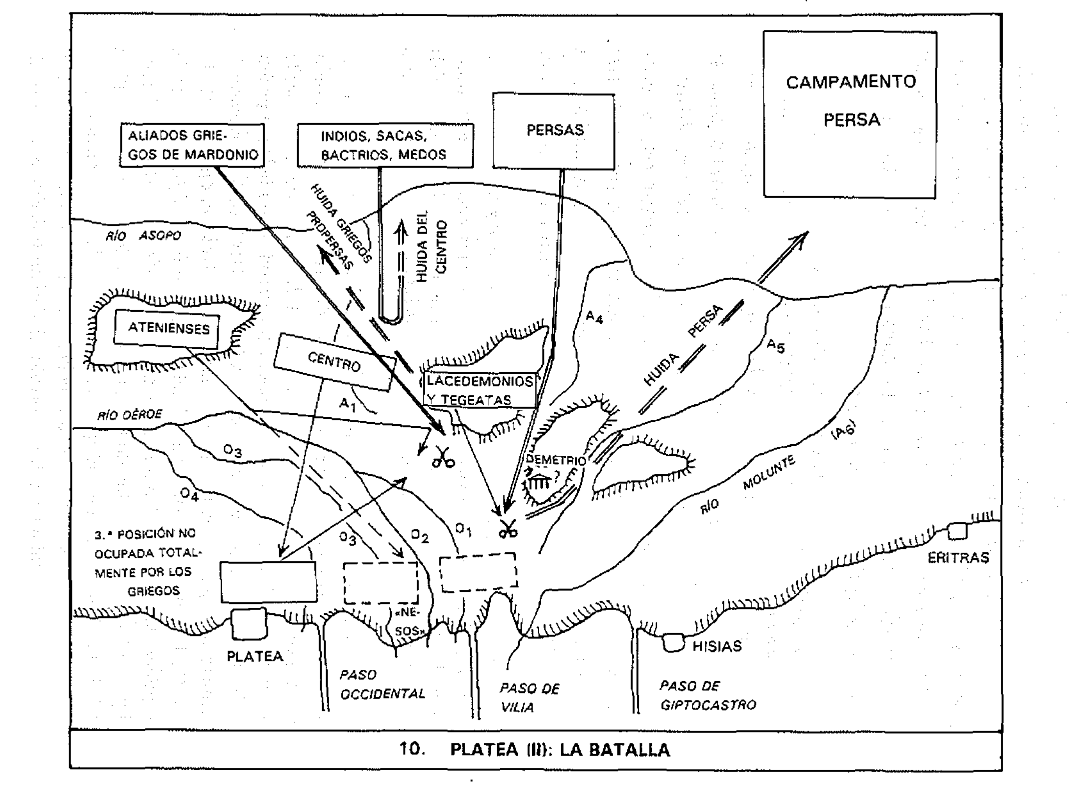
59 Dicho esto, hizo que los persas [349] cruzaran el Asopo y los condujo, a la carrera, tras las huellas de los griegos, convencido de que realmente se daban a la fuga; y lanzó a sus hombres sólo contra los lacedemonios y los tegeatas, porque las colinas le impidieron advertir que los atenienses
2 se habían dirigido a la llanura [350]. Por su parte, todos

---

[348] Cf. IX 41, 2-3, y notas *ad locum.*

[349] Tras doce días de aparente y tensa inactividad, la infantería persa entra en escena: el cruce del Asopo va a suponer jugarse el todo por el todo ante la retirada griega, que no había podido ser completada durante la noche. Al margen de las presiones a que Mardonio pudiera haber estado sometido por la situación persa en Jonia (cf. nota IX 261), es indudable que, como indica C. Hignett (*Xerxes' invasion...*, páginas 336-337), «the retreat of the Greeks offered him a last chance which would be lost for ever if they got safely back to Kithairon, and the handicap of the hilly ground south of the river might seem to him to be compensated by the fact that the Greek wings during the withdrawal had become separated from the centre and from each other and so were more vulnerable».

[350] Pese a que el 'Asopos Ridge' debía impedir a los persas poder divisar a los atenienses, dada la dirección que estos últimos había tomado



10. PLATEA (II): LA BATALLA

los jefes de las demás unidades bárbaras, al ver que los persas se habían puesto a perseguir a los griegos, mandaron enarbolar de inmediato las enseñas y, a la máxima velocidad posible, iniciaron la persecución sin orden ni concierto alguno [351]. El caso es que los bárbaros, vociferando y en tropel, se lanzaron a la carga, convencidos de que iban a aniquilar a los griegos.

Lacedemonios y tegeatas se imponen a los persas. Muerte de Mardonio

60 Entretanto Pausanias, debido al acoso de la caballería, envió un jinete [352] a los atenienses y les dijo lo que sigue: «Atenienses, ante la suprema prueba que se avecina —que la Hélade se vea libre o quede esclavizada—, nosotros, los lacedemonios, y vosotros, los atenienses, hemos sido traicionados por nuestros aliados, que, durante la pasada noche, se han dado a la
2 fuga [353]. En estos momentos, pues, resulta obvio lo que,

(cf. nota IX 336), resulta inverosímil que, disponiendo los persas de caballería, Mardonio no tuviera una información más precisa de la situación de los efectivos griegos. Como en otras ocasiones (cf. nota VIII 419), el relato del historiador no incide en detalles de estrategia y táctica militares.

[351] En contraposición a la disciplina hoplítica, a los griegos debía antojárseles embarullada la forma de ataque de las fuerzas de Mardonio. El avance de su infantería, dada la necesidad de sorprender a los lacedemonios antes de que alcanzaran la base del Citerón, pudo haberse producido en dos oleadas (y a esto haría referencia Heródoto), corriendo la primera a cargo de los persas (los mejores efectivos del ejército; cf. IX 68; 71, 1; y A. Boucher, «La Bataille de Platées»..., págs. 301 y sigs.), a quienes seguirían los contingentes que integraban el centro del ejército 'bárbaro' (cf. IX 31). Sin duda Mardonio consideraba que la victoria dependía ineludiblemente de que los espartanos fueran vencidos.

[352] Cf. nota IX 327. El relato enlaza con lo narrado en IX 57, 3: el ataque de la caballería persa previo el descubrimiento por parte de Mardonio del repliegue de las fuerzas griegas.

[353] El mensaje de Pausanias (verosímil en su petición de apoyo) aparece distorsionado para exaltar el comportamiento de los atenienses. Co-

en consecuencia, debemos hacer: auxiliarnos mutuamente para defendernos lo mejor que podamos. Pues, si la caballería se hubiera lanzado primero contra vosotros, es indudable que a nosotros y a los tegeatas, que se hallan a nuestro lado sin traicionar a la Hélade, nos correspondería socorreros. Pero, como quiera que toda ella nos ha atacado a nosotros [354], es de justicia que, en este trance, acudáis vosotros en ayuda del contingente que se ve más agobiado.
Ahora bien, si resulta que os ha sucedido algún contratiempo que os impide venir personalmente a socorrernos, 3
haced el favor de enviarnos a vuestros arqueros [355]. Bien sabemos que, en esta guerra que nos ocupa, sois vosotros quienes, con ventaja, más empeño ponéis, por lo que también [356] prestaréis oídos a esta demanda.

---

mo el triunfo en Platea se consiguió, sobre todo, merced a la disciplina espartana, al no descomponer su formación, pese al ataque de la caballería, hasta llegar al enfrentamiento cuerpo a cuerpo con la infantería persa (cf. IX 63-64), se elogia la obediencia ateniense a las directrices emanadas del Estado Mayor griego (cf. IX 51) y a la posterior indicación de Pausanias (cf. IX 55, 2). Es posible, sin embargo, que, tanto en Atenas como en Esparta, se censurara, con posterioridad a la batalla, la lentitud en el repliegue de los efectivos que, en la 'segunda posición', habían integrado el centro del ejército griego (que no había huido y permanecía apostado en los aledaños de Platea, con arreglo a las órdenes recibidas; cf. nota IX 317), lentitud que había impedido a atenienses y espartanos alcanzar sus objetivos respectivos en 'la isla' y los contrafuertes del Citerón.

[354] La afirmación no parece responder a la realidad, ya que la caballería de los griegos aliados de Mardonio debió de atacar a los atenienses (cf. IX 69, 2). Con todo, la narración de Heródoto no permite pronunciarse rotundamente sobre el particular (podría pensarse en un ataque en masa de la caballería de Mardonio, por el este del 'Asopos Ridge', para evitar que los griegos intentaran contactar con los suministros bloqueados en Giptocastro [cf. IX 50], y en un posterior desplazamiento hacia el oeste de la caballería beocia hasta encontrar a los atenienses).

[355] Cf. nota IX 134.

[356] Como ya habían hecho con la indicación lacedemonia de inter-

61 Al tener noticias de la situación de los lacedemonios, los atenienses se dispusieron a acudir en su socorro y a prestarles la máxima ayuda. Pero, cuando ya estaban en camino, los atacaron los griegos que, entre las tropas del monarca, habían sido alineados frente a ellos [357], por lo que, ante los problemas que les ocasionaba el acoso del enemigo, no pudieron ya acudir en socorro de Pausanias.
2 Así, pues, al verse aislados, los lacedemonios y los tegeatas (aquellos, incluidos los soldados armados a la ligera, sumaban cincuenta mil hombres, mientras que los tegeatas —que en ningún momento se separaron de los lacedemonios— contaban con tres mil [358]) procedieron a realizar sacrificios [359], decididos a enfrentarse a Mardonio y a las
3 tropas que tenían ante ellos. Mas, como quiera que los presagios que obtenían no eran favorables [360] y, entretan-

---

cambiar las posiciones (cf. IX 46-47; pero vid. nota IX 288) o la de dirigirse al 'Asopos Ridge' desde la colina de Pirgo (cf. IX 55, 2; y nota IX 331).

[357] En el ala derecha del ejército de Mardonio (cf. nota IX 199). Los contingentes que ahora atacan a los aliados son ya fuerzas de infantería.

[358] Heródoto se atiene a las cifras facilitadas en IX 28-30 (sin tener en cuenta las bajas producidas hasta entonces y la probable ausencia de parte de las tropas auxiliares, empleadas en otras misiones; cf. nota IX 254): cinco mil hoplitas espartiatas acompañados de treinta y cinco mil hilotas, cinco mil hoplitas periecos acompañados de otros tantos infantes ligeros, y mil quinientos hoplitas tegeatas acompañados de otros tantos infantes ligeros.

[359] Cf. nota IX 219.

[360] Posiblemente Pausanias (que consiguió mantener la disciplina de sus tropas durante las acometidas de la caballería) «manipulated the omens —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 336— so as to delay his charge until the enemy infantry were fully committed to a fight at close quarters in sufficient numbers to make speedy retreat impossible» (cf., asimismo, G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 502; H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 68).

to, muchos de ellos iban cayendo y otros muchos más resultaban heridos (pues los persas habían formado una barricada con sus escudos de mimbre y lanzaban sin parar gran cantidad de flechas [361]), en esa tesitura —debido a lo agobiados que se hallaban los espartiatas y a lo desfavorable de los presagios—, Pausanias dirigió su mirada al Hereo de Platea [362] e impetró a la diosa, rogándole que bajo ningún concepto se vieran frustradas las esperanzas de sus hombres.

Todavía estaba Pausanias formulando esta impetra- 62
ción cuando los tegeatas fueron los primeros en abandonar su puesto en la formación, dirigiéndose hacia los bárbaros [363]; e, inmediatamente después de la plegaria de Pausa-

[361] La habitual táctica de la infantería persa (cf., *infra,* IX 99, 3; 102, 2; Jenofonte, *Anábasis,* I 8, 9; II 1, 6), consistente en fijar los *guérra* (cf. VII 61, 1), los escudos aquí mencionados, en el suelo mientras sus integrantes acribillaban a flechazos al enemigo (cf. nota VI 568), que, en este caso, y por el excepcional armamento defensivo de los hoplitas griegos (cf. nota VII 389), no surtirá el efecto esperado. Dado el empleo que los persas hacían de su caballería (cf. nota IX 107), una vez que su propia infantería pasaba a la acción, su misión se reducía a apoyar a los infantes (cf. W. W. Tarn, *Hellenistic Military and Naval Developments,* Cambridge, 1930, pág. 53). Desde el momento en que la formación hoplítica se había mantenido en orden, la suerte de la batalla estaba echada.

[362] Cf. nota IX 318. Teniendo, sin embargo, en cuenta la posición en que debían de encontrarse lacedemonios y tegeatas (cf. nota IX 336), no es seguro que Pausanias tuviera el Hereo a la vista (cf. E. Kirsten, *RE...,* col. 2271). Volvemos a encontrarnos (cf., por ejemplo, VIII 77) con la habitual tendencia herodotea a insertar, en un momento decisivo del desarrollo de los hechos, datos que remiten al transfondo divino de los mismos.

[363] Pese a que A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...,* pág. 183) apunta la posibilidad de que el valor de los tegeatas aparezca subrayado en un intento de menoscabar la actuación espartana, esta iniciativa de los hoplitas de Tegea debe interpretarse favorablemente a los lacedemonios, que

nias, los lacedemonios obtuvieron, en sus sacrificios, presagios favorables. Al producirse, por fin, esta circunstancia, también los lacedemonios se dirigieron contra los persas, que soltaron sus arcos [364] y les hicieron frente.

2 Primeramente se combatió en torno a la barricada formada por los escudos; y, cuando la misma se hubo desmoronado, se libró, acto seguido, un encarnizado combate, que duró largo rato, en las inmediaciones del mismísimo templo de Deméter [365], hasta que llegaron al cuerpo a cuerpo, ya que los bárbaros agarraban las lanzas del enemigo
3 y las rompían. Los persas, pues, no eran inferiores a los griegos ni en audacia ni en empuje, pero, además de no contar con armas defensivas [366], carecían de destreza militar y, en capacidad táctica, no podían compararse a sus adversarios [367]: se lanzaban sobre los espartiatas en aco-

---

se mantuvieron en sus puestos hasta que el combate cuerpo a cuerpo se hizo inevitable (cf. nota IX 360).

[364] Presumiblemente debido a la proximidad de los hoplitas griegos, contra quienes pasarían a utilizar armas cortas y alfanjes (cf. VII 61, 1).

[365] Cf. nota IX 339. A partir del relato del historiador resulta imposible establecer con claridad las diversas fases (aparentemente dos: la lucha en torno a la empalizada de escudos y la posterior resistencia persa en las cercanías del santuario de Deméter) de la batalla librada al sureste del 'Asopos Ridge'.

[366] Fundamentalmente, alusión al *aspís* metálico del hoplita, el escudo redondo (de casi un metro de diámetro y veinte kg. de peso) que, sostenido paralelo al pecho, protegía al guerrero griego desde la barbilla a las rodillas. Espartanos y tegeatas debieron aguardar a que la infantería persa se aproximase (al igual que habían resistido los iniciales acosos de la caballería) en posición defensiva, agachados detrás de sus escudos (cf. P. Connolly, *Los ejércitos griegos...*, ilustración de la pág. 30).

[367] La afirmación debe entenderse referida a la inferior destreza individual y capacidad táctica colectiva de la infantería persa con respecto a los hoplitas griegos en combates cuerpo a cuerpo. Según Platón (*Laques* 191c), los espartanos utilizaron la misma táctica que en las Termópi-

metidas individuales, o de diez en diez (o en grupos más o menos numerosos), y resultaban aniquilados.

En la zona en que se hallaba el propio Mardonio, que 63
combatía a lomos de un caballo blanco rodeado de un cuerpo de élite —los mil persas más valerosos [368]—, fue justamente donde los persas más presionaron a sus adversarios. Lo cierto es que, mientras Mardonio estuvo vivo, sus tropas resistieron y se defendieron, derribando a muchos lacedemonios. Pero, al morir Mardonio [369] y sucumbir los 2
efectivos que lo protegían, que eran los más aguerridos del ejército, fue cuando los demás contingentes se dieron a la fuga, cediendo ante los lacedemonios. De hecho, su mayor desventaja residía en su equipo, que carecía de armas defensivas, pues combatían contra hoplitas cuando ellos iban armados a la ligera [370].

Aquel día, de acuerdo con el oráculo dictado a los 64
espartiatas [371], Mardonio expió en su persona la muerte

---

las (aparentar movimientos de retirada; cf. VII 211, 3) para atraer a los infantes persas.

[368] Probablemente el escuadrón de caballería mencionado en VIII 113, 2 (cf., asimismo, nota VIII 579). No obstante, también es posible que ese escuadrón hubiese sido incluido entre el grueso de los jinetes persas y que Mardonio hubiera tomado parte en la batalla escoltado por los mil infantes persas más aguerridos (cf. N. G. L. Hammond, *A History of Greece*, Oxford, 1959, pág. 249).

[369] La muerte de Mardonio, el héroe negativo de la campaña de 480/479 a. C. (cf. nota VIII 141), se menciona sólo de pasada y sin concederle especial atención (a diferencia, por ejemplo, del relato sobre la muerte de Masistio; cf. IX 22).

[370] Sobre la indumentaria y armamento de los persas, cf. notas VII 320-323. Los elementos defensivos de la armadura del hoplita consistían en casco, hombreras, coraza anatómica, protecciones del antebrazo, ventrera, escudo, muslera, grebas, tobilleras y protecciones del pie.

[371] Cf. VIII 114, y notas *ad locum*.

de Leónidas [372]; y Pausanias, hijo de Cleómbroto y nieto
2 de Anaxándridas (ya he citado [373], al referirme a Leónidas, los nombres de sus antepasados más lejanos, pues resulta que son los mismos para ambos personajes), obtuvo, que nosotros sepamos [374], la victoria más gloriosa de todas.

Por su parte Mardonio murió a manos de Arimnesto [375] (un individuo que en Esparta gozaba de prestigio), quien, cierto tiempo después de las Guerras Médicas —con

---

[372] Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 184), «la sorte di Mardonio somiglia a quella di Creso, che con la perdita del regno espia l'usurpazione compiuta da Gige: cf. I 91... Mentre però il problema morale della responsabilità di Creso è presentato in modo sfaccettato e sfumato, così da rendere dubbia ogni soluzione perentoria, nel caso di Mardonio si ha una netta caratterizzazione negativa, che rende naturalmente accettabile e comprensibile il processo colpa-castigo. Si conclude in tal modo la tragica vicenda di Mardonio, su cui le indicazioni di VIII 114 avevano già fatto calare una luce sinistra».

[373] Cf. VII 204.

[374] Pese a las gravísimas acusaciones que, sobre Pausanias y su posterior muerte en Esparta, existían en el mundo griego (cf. nota VIII 20), al haber traicionado a los griegos y haberse exilado en Persia (probablemente en 474 a. C., tras la caída de Bizancio en manos griegas, aunque la cronología es controvertida; cf. A. Lippold, «Pausanias von Sparta und die Perser», *Rheinisches Museum* 108 (1965), págs. 320 y sigs.), Heródoto dedica en su obra encendidos elogios al vencedor de Platea. Cf., en general, E. Kirsten, «Athener und Spartaner in der Schlacht bei Plataiai», *Rheinisches Museum* 86 (1937), págs. 50 y sigs.; y J. Wolski, «Pausanias et le problème de la politique spartiate», *Eos* 47 (1954), págs. 75 y sigs.

[375] Según Plutarco (*Arístides* 19), Arimnesto lo mató de una pedrada, con lo que se cumplía un sueño profético tenido por un lidio al que Mardonio había enviado a consultar (en la misma ocasión en que se atribuye esa misión al cario Mis, en VIII 134) el oráculo de Anfiarao. Sobre la posibilidad, harto difícil (cf. Aristodemo, *F. Gr. Hist.* 104, frs. 1, 2 y 5), de que Arimnesto no fuera espartiata, cf. R. W. Macan, *Herodotus...*, I, pág. 733.

ocasión de una guerra contra todos los mesenios [376]—, combatió al frente de trescientos hombres en Esteniclero [377], donde tanto él como sus soldados perdieron la vida [378].

Entretanto, en Platea, al darse a la fuga ante los lace- 65
demonios, los persas huyeron sin orden alguno hacia su
campamento y hacia el fuerte de madera que habían erigi-
do en territorio tebano [379]. Y por cierto que me llena de 2
perplejidad que, pese a que la batalla se desarrolló en las
inmediaciones del santuario [380] de Deméter, no se vio a
un solo persa que entrara en el sagrado recinto o que mu-
riera en su interior, sino que la mayoría de ellos cayeron
alrededor del templo, en terreno profano [381]. Por eso opi-

---

[376] La revuelta de los hilotas, conocida como «tercera guerra mesénica», que se inició en 464 a. C., tras el violento terremoto que asoló Esparta; cf. P. Oliva, *Sparta and her social problems...*, págs. 152 y sigs.

[377] La llanura mesenia situada al nordeste del monte Itome. Los trescientos soldados a las órdenes de Arimnesto debían constituir las tropas de élite puestas a disposición del monarca lacedemonio que estuviera al frente de las operaciones militares en caso de guerra (cf. Tucídides, V 72, 4; y, *supra*, VII 205, 2).

[378] Es propio de la narrativa herodotea atender al destino final de un ser humano que, por una u otra razón, haya destacado incidentalmente en su relato (cf. C. Schrader, en J. A. López Férez (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1988, pág. 512), lo que, de paso, sirve para incidir en la teoría del 'ciclo' que gobierna el acontecer histórico (cf. nota IX 171).

[379] Lo que implica que los persas cruzaron el Asopo en dirección Norte. Cf. nota IX 87.

[380] Literalmente, «el bosque sagrado», término que también puede referirse a la totalidad de un recinto sagrado aunque carezca de árboles (cf. *Ilíada*, II 506; Sófocles, *Antígona* 844). Para la traducción, sigo la interpretación de J. E. Powell, *A Lexicon to Heròdotus*, Hildesheim, 1977 (= Cambridge, 1939), pág. 16.

[381] Según G. B. Grundy, *Great Persian War...*, pág. 503, la indicación de Heródoto permitiría suponer que el templo de Deméter se encontraba en la colina en donde, en la actualidad, se alza la capilla de San

no —si puede manifestarse una opinión sobre cuestiones relativas a los dioses [382]— que la propia diosa se negó a acoger a los persas porque habían incendiado su santuario de Eleusis [383].

66 Tal fue, en suma, el resultado de esta batalla [384].

Huida de Artabazo

Por su parte Artabazo, hijo de Fárnaces, había desaprobado, ya desde un principio [385], la decisión del monarca de dejar a Mardonio en Grecia; y, posteriormente, cuando se opuso

---

Demetrio (cf., sin embargo, nota IX 339). En su huida, la infantería persa habría bordeado dicha colina y de ahí que ningún persa se hubiese refugiado en el santuario.

[382] Como buen representante de la religiosidad tradicional (cf. nota VIII 392), el historiador tiene conciencia del carácter desvalido *(amêchanos)* del ser humano ante la divinidad (es lo que se conoce como 'cultura de culpabilidad'; cf. E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational* = *Los griegos y lo irracional* [trad. esp. M. Araujo], Madrid, 1960, cap. II), por lo que no está al alcance del hombre la facultad de interpretar adecuadamente la voluntad divina (cf., *supra,* II 3, 2; Hesíodo, fr. 169 Rzach; Jenófanes, fr. 34 *DK;* Solón, fr. 16 Diehl).

[383] Heródoto no ha precisado si el incendio se produjo durante la invasión del Ática acaudillada por Jerjes, en 480 (cf. VIII 50), o si tuvo lugar en la posterior incursión comandada por Mardonio (cf. IX 14). El término que traduzco por santuario *(anáktorion)* alude, posiblemente, al *telesterion* de Eleusis, la gran sala del templo de las Grandes Diosas (Deméter y Core), donde los fieles eran iniciados en los misterios (cf. J. G. Frazer, *Pausanias' Description...*, II, pág. 510; D. Müller, *Topographischer Bildkommentar...*, págs. 644 y sigs.).

[384] Como indica Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 55, nota 2), «ce qui est raconté jusqu' ici ne forme pas un récit complet de 'la bataille de Platées'; mais l'acte principal est joué; après la mort de Mardonios et la déroute des troupes qu'il commandait, on peut tenir la victoire pour acquise». Pero que Heródoto trate independientemente el enfrentamiento entre persas y espartanos del de los demás efectivos presentes en Platea se debe, probablemente, a la diferencia de sus

a que se presentara combate, no había obtenido el menor resultado pese a sus reiteradas objeciones [386]. Por eso, como desaprobaba las medidas que tomaba Mardonio, su actitud personal fue la siguiente [387]: apenas iniciado el 2
combate, Artabazo, que sabía perfectamente [388] qué desenlace iba a tener la batalla, se puso al frente de las tropas que se hallaban a sus órdenes (tenía bajo su mando un no despreciable contingente: se elevaba a unos cuarenta mil hombres [389]) y, una vez dispuestos en perfecta formación, los instó a todos a que, con el mismo empeño que advirtiesen en él, se dirigieran estrictamente al objetivo que personalmente les señalara. Después de darles estas ins- 3
trucciones, aparentó acaudillar a sus tropas a la batalla; pero, como era él quien abría la marcha, pudo ver que los persas ya se daban a la fuga, por lo que no condujo ya a sus hombres con el mismo orden: mandó emprender la huida a marchas forzadas no en dirección al fuerte de madera o al recinto amurallado de Tebas, sino en direc-

fuentes de información, que el historiador no coordinó adecuadamente en su relato de la batalla.

[385] Es decir, inmediatamente después de Salamina (cf. VIII 115, 1).

[386] Cf. IX 41.

[387] El relato del comportamiento de Artabazo en Platea tiene carácter apologético, para conciliar su retirada con los importantes cargos que ocupó en años posteriores (cf. nota VIII 650; y C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, págs. 269-270).

[388] Pues Artabazo había asumido, ante Mardonio, el papel de *practical adviser* (cf. notas IX 54 y 261).

[389] Artabazo debía de comandar el centro del ejército persa (cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, págs. 536-537, donde se analizan las fases de la batalla y el acierto de la decisión de Artabazo al ordenar el repliegue), o parte del mismo, por lo que es meramente especulativo suponer que estos cuarenta mil hombres aquí citados constituían los supervivientes del cuerpo de sesenta mil que habían intervenido en las operaciones de la Calcídica (cf. VIII 126 y sigs.).

ción a Fócide [390], al objeto de llegar cuanto antes al Helesponto [391].

67 Esa fue, en definitiva, la dirección que tomaron dichas tropas.

Los atenienses derrotan a los griegos aliados de los persas

Mientras que el resto de los griegos que figuraban en el ejército del rey se mostraron deliberadamente remisos, los beocios combatieron durante largo tiempo contra los atenienses [392]. Lo cierto es que los tebanos que abrazaban la causa de los medos [393], lejos de mostrarse deliberadamente re-

---

[390] Al noroeste de Beocia. Cf. nota VIII 158.

[391] Dado que Artabazo acabó llegando a Bizancio, en el Bósforo (cf. IX 89, 4), el Helesponto, como en otras ocasiones (cf., por ejemplo, IV 95, 1; 138, 2; V 103, 2; VI 26, 1; 33, 1; etc.), incluye el Bósforo, la Propóntide y el Helesponto propiamente dicho. Esta designación genérica era habitual en Atenas, pues el «helespóntico» fue uno de los distritos tributarios atenienses durante la segunda mitad del siglo v a. C., y abarcaba toda la zona.

[392] Heródoto, en apariencia, sólo alude, entre los efectivos que integraban el ala derecha del ejército de Mardonio, al ataque de la caballería contra los atenienses (las trescientas bajas sufridas por los tebanos mencionados a continuación debían pertenecer a tropas montadas, ya que los aristócratas de Tebas eran quienes constituían la caballería de la ciudad) y, acto seguido (cf. IX 69, 2), contra parte del centro del ejército griego. No obstante, el que los atenienses llegaran al fuerte construido por los persas, en la orilla septentrional del Asopo, más tarde que los lacedemonios (cf. IX 70, 2), al margen de la menor distancia que tenían que salvar estos últimos para llegar hasta allí, puede justificarse por el enfrentamiento de los hoplitas griegos aliados de Mardonio con los atenienses y los plateos. Sea como fuere, el historiador, por la disparidad de sus fuentes, desarrolla las diversas fases de la batalla como si constituyeran episodios aislados. La huida del ala derecha persa, al igual que la del centro, hubo de producirse cuando los espartanos se alzaron con la victoria.

[393] La precisión viene justificada porque en Tebas había ciudadanos hostiles a los oligarcas que regían la ciudad y favorables a la causa grie-

misos, desplegaron un entusiasmo no desdeñable en la batalla, hasta el extremo de que trescientos de ellos —los más prestigiosos y valientes— cayeron aquel día a manos de los atenienses. Y, cuando también ellos se dieron a la fuga, lo hicieron en dirección a Tebas [394], sin seguir en su huida a los persas y a toda la multitud integrada por sus demás aliados [395], quienes no se batieron encarnizadamente con nadie ni llevaron a cabo nada destacado.

Ello demuestra, a mi juicio, que todo el poderío de 68
los bárbaros dependía de los persas, pues, si esos efectivos [396] se dieron aquella jornada a la fuga —antes, inclu-

---

ga. Cf. U. Cozzoli, «La Beozia durante il conflitto tra l'Ellade e la Persia», *Rivista di Filosofia* 36 (1958), págs. 264 y sigs.; y D. Hegyi, «Boiotien in der Epoche der griechisch-persischen Kriege», *Annales Universitatis Budapestinensis* 1 (1972), págs. 21 y sigs.

[394] Probablemente por la ruta Platea-Tebas, que cruzaba la llanura existente entre la colina de Pirgo y el 'Asopos Ridge'. En Diodoro (XI 32, 1-2) la victoria ateniense aparece magnificada al mencionar una improbable persecución de los atenienses a los beocios fugitivos, que habrían sido nuevamente batidos ante los muros de su ciudad.

[395] Cf. nota VII 494. De estos fugitivos hay que excluir a quienes se hallaban a las órdenes de Artabazo, sin que pueda precisarse qué grupos étnicos se refugiaron con los persas en el fuerte.

[396] Aparentemente, se alude a la 'multitud', integrada por el resto de los contingentes bárbaros (excluidas las tropas de Artabazo), mencionada al final del capítulo precedente. R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 739) consideraba, sin embargo, que el capítulo 67 puede ser una interpolación posterior del propio Heródoto, con lo que los efectivos en cuestión serían los hombres de Artabazo. Es posible que la estrategia de Mardonio, al enterarse del repliegue griego de la 'segunda' a la 'tercera posición', estuviera basada en un hostigamiento de sus dos alas de caballería a las posiciones lacedemonias y atenienses, seguida de una primera oleada de infantería (los persas contra los espartanos, y sus aliados griegos contra los atenienses), que habría de verse reforzada por una segunda oleada de infantes (las tropas de Artabazo y los contingentes aquí aludidos). No obstante, el relato de Heródoto no permite esbozar con

so, de haber trabado combate con sus adversarios—, se debió a que vieron que también los persas lo hacían.

Así, pues, todos ellos se dieron a la fuga, a excepción de la caballería, en especial la de los beocios, que prestó una importante cobertura a los fugitivos, al mantenerse en todo momento muy próxima al enemigo y proteger de los ataques griegos a sus camaradas en fuga. Sea como fuere, los vencedores perseguían a las tropas de Jerjes, hostigándolas y diezmándolas.

69 *Revés del resto de efectivos helenos ante la caballería tebana*

En plena huida de los bárbaros, el resto de los griegos —que permanecían apostados en las inmediaciones del templo de Hera [397] y que no habían tomado parte en la batalla— recibieron la noticia [398] de que se había entablado una batalla y que Pausanias y los suyos se estaban imponiendo. Al oír esto, y sin adoptar orden de combate alguno [399], el sector de los corintios [400] se dirigió a la zona de operaciones, por las estri-

claridad el desarrollo global de la batalla. Cf. H. B. Wright, *The Campaign of Plataea...*, pág. 69; y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 337, nota 6.

[397] Cf. IX 52. Se trata de los efectivos griegos que habían ocupado el centro del ejército en la 'segunda posición' y que se habían replegado, de acuerdo con las instrucciones que habían recibido (cf. notas IX 317 y 319), hasta Platea.

[398] Seguramente un mensaje enviado por Pausanias para que acudieran en apoyo de los atenienses y plateos, y de los lacedemonios y tegeatas (cf. W. J. Woodhouse, «The Greeks at Plataiai»..., págs. 50-51); mensaje que habría sido enviado cuando la victoria griega aún no se había consumado (lo que explicaría, por ejemplo, las pérdidas que sufrieron megareos y fliasios ante el ataque de la caballería beocia, que se menciona al final del capítulo).

[399] La afirmación, difícilmente aceptable, debe ser reflejo de la rapidez con que los griegos situados junto al Hereo decidieron intervenir.

[400] Posiblemente el ala derecha de lo que, en la 'segunda posición', había constituido el centro del ejército griego (cf. IX 28, 3-4): corintios,

baciones de la montaña y por las colinas, siguiendo el camino que sube directamente al santuario de Deméter, mientras que el sector de los de Mégara y Fliunte [401] lo hicieron por la llanura, siguiendo el camino menos accidentado. Cuando los de Mégara y Fliunte estuvieron cerca 2
del enemigo, los jinetes tebanos (a cuyo frente se hallaba Asopodoro [402], hijo de Timandro), que los habían divisado en su avance a marchas forzadas y sin orden alguno, espolearon sus caballos contra ellos. Y, con ocasión de su ataque, abatieron a seiscientos de ellos y a los demás los rechazaron, persiguiéndolos hasta el Citerón [403].

---

potideatas, orcomenios de Arcadia, sicionios, epidamnios, trecenios, lepreatas, micénicos y tirintios), que, en total, habían contado inicialmente con 11.300 hoplitas. Su objetivo (teniendo en cuenta la ruta que, aunque de manera imprecisa, les atribuye Heródoto: las estribaciones del Citerón) debía ser apoyar a Pausanias y los suyos, para lo cual tenían que avanzar hacia el Este.

[401] El ala izquierda del centro griego, en la 'segunda posición' (cf. IX 28, 4-6: fliasios, hermioneos, eretrieos y estireos, calcideos, ampraciotas, leucadios y anactorios, paleos, eginetas y megareos), integrada inicialmente por 7.300 hoplitas. Su objetivo debía ser apoyar a atenienses y plateos (cf. Diodoro, XI 32), para lo cual se dirigieron hacia el nordeste, cruzando el río Oéroe, por la llanura de Platea.

[402] Tal vez el padre del Heródoto que ganó la carrera de carros en los Juegos Ístmicos, en cuyo honor compuso Píndaro la *Ístmica I* (Asopodoro aparece mencionado en el verso 34), poema que se fecha hacia 458 a. C. (cf. E. L. Bundy, *Studia Pindarica*, Berkeley-Los Ángeles, 1962, cap. 2).

[403] La intervención de los hoplitas que acudieron en socorro de los atenienses debió de resultar decisiva para que éstos consiguieran imponerse a la infantería griega aliada de Mardonio, al distraer la atención de la caballería beocia (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 338).

70 Esos efectivos, en definitiva, perecieron sin pena ni gloria[404].

Los griegos capturan el fuerte persa

Entretanto, una vez refugiados en el fuerte de madera, los persas y el resto de sus tropas se apresuraron a subir a las torres antes de que llegaran los lacedemonios; y, ya en ellas, reforzaron la fortificación[405] lo mejor que pudieron, por lo que, al presentarse los lacedemonios[406], unos y otros entablaron por la posesión del fuerte una batalla bastante
2 reñida. A decir verdad, hasta que no acudieron los atenienses, los persas se defendieron con una neta superioridad sobre los lacedemonios, dado que estos últimos carecían de experiencia en expugnar fortificaciones[407]; pero,

[404] Pese a lo que dice Heródoto, la tradición relativa a los caídos durante la Segunda Guerra Médica (incluída la batalla de Platea) era muy importante en Mégara: sus restos fueron sepultados dentro de la ciudad (cf. PAUSANIAS, I 43, 3), y se atribuía a SIMÓNIDES (cf. *escolio* a TEÓCRITO, XII 27 = SIMÓNIDES, fr. 124 PAGE) un epigrama compuesto en su honor.

[405] Como señala R. W. MACAN (*Herodotus*..., I, pág. 742), «the exact nature of the operation here recorded is obscure. The time was past for 'strengthening' their wall by additional fortifications, nor would the ascent of the towers be the natural preliminary to such work. *Phrássein* [= «fortificar»] can hardly be watered down so as merely to *phylássein* [= «vigilar»], but might perhaps be translated, 'put into a posture of defence'».

[406] Aparte de llevar un equipo mucho más ligero que el de los hoplitas griegos (cf. IX 63, 2), las tropas persas pudieron refugiarse en el fuerte, antes de que llegaran los lacedemonios, debido a la cobertura que les había prestado su caballería (cf. IX 68).

[407] Como, en general, les sucedía a todos los griegos por estas fechas. La referencia a la mayor habilidad poliorcética de los atenienses (cf. TUCÍDIDES, I 102, 2) resulta anacrónica (motivada, además, porque, a mediados del siglo v a. C., Atenas se hallaba amurallada, cosa que no ocurría con Esparta), pues sólo la adquirieron con ocasión de las revueltas

al sumárseles los atenienses, fue cuando la lucha por la posesión del fuerte se tornó encarnizada, prolongándose durante largo tiempo. Finalmente, merced a su valor y tenacidad, los atenienses escalaron el muro y abrieron una brecha por la que, acto seguido, irrumpieron los griegos. Los primeros que penetraron en el fuerte fueron los te- 3
geatas [408], siendo ellos quienes saquearon la tienda de Mardonio [409], de la que, entre otras cosas, se llevaron el pesebre de sus caballos, una destacada pieza, toda de bronce. (Por cierto que los tegeatas consagraron el citado pesebre de Mardonio en el templo de Atenea Alea [410], pero el resto

---

de los aliados que tuvieron que sofocar en tiempos de la Liga Delo-ática (cf. PLUTARCO, *Pericles* 27; DIODORO, XII 28, 3). Pese a lo que opina F. JACOBY, *RE...*, col. 464, nos encontramos nuevamente ante una tradición proateniense.

[408] Probablemente Heródoto se está haciendo eco de dos tradiciones diferentes que no armonizó (de ahí la hipótesis de A. HAUVETTE, *Hérodote historien...*, pág. 481, respecto a que los atenienses hubieran actuado como zapadores y el asalto al muro hubiera corrido a cargo de los de Tegea), pues resulta poco verosímil que hubiesen sido los atenienses quienes escalaran el muro y abrieran una brecha, pero que los primeros en irrumpir en el fuerte fuesen los tegeatas (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 737), cosa que parece admisible por su saqueo de la tienda de Mardonio, de la que, por esa acción, les permitieron conservar el pesebre.

[409] Quizá era la que el año anterior había utilizado Jerjes (cf. IX 82). Según PLUTARCO (*Pericles* 13) y PAUSANIAS (I 20, 4), el Odeón, que se construyó, a instancias de Pericles, en la ladera sur de la Acrópolis (y que fue terminado en el año 443 a. C.), estaba inspirado arquitectónicamente en esta tienda.

[410] Es decir, Atenea *Protectora* (cf. L. R. FARNELL, *Cult of Greek States*, Londres, 1907, I, pág. 274; aunque en Arcadia noroccidental, a unos 35 km. de Tegea, existía una localidad denominada Alea). El templo de época de Heródoto se incendió en el año 395 a. C., siendo reconstruido con gran boato (cf. PAUSANIAS, VIII 45 y sigs.; y J. G. FRAZER, *Pausanias' Description...*, IV, págs. 425-426); aunque algunas ofrendas

de su botín lo llevaron al mismo lugar en que depositaron
4 el suyo los demás griegos.) Por su parte los bárbaros, al sucumbir la fortificación, ya no se reorganizaron y a ninguno de ellos se le ocurrió defenderse: al verse encerrados en un reducido espacio decenas y decenas de miles de
5 hombres, iban aterrados de un lado para otro. Por ello, los griegos pudieron causar tantas bajas que, de un ejército de trescientos mil hombres, ni siquiera sobrevivieron (sin contar a los cuarenta mil con los que huyó Artabazo) tres millares de soldados [411]. Durante el combate, por parte de los lacedemonios de Esparta [412] murieron, en total, noventa y un hombres; por parte de los tegeatas, dieciséis; y, por parte de los atenienses, cincuenta y dos [413].

---

se salvaron (cf., *supra,* I 66, 4; PAUSANIAS, VIII 47, 2), el pesebre aquí citado no debió figurar entre ellas.

[411] Es posible que esa fuera la cifra de supervivientes en el fuerte, «but it is not likely —señala C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 340— that all the fugitives from the left wing fled to the fort; some may have escaped with Artabazos. If the 40.000 with him were the survivors from the Persian left and centre combined, the non-European parts of Mardonios' army may have lost about 10.000 men altogether, in the battle and in the storming of the fort». La cifras que proporcionan CTESIAS (*F. Gr. Hist.* 688, fr. 13: ciento veinte mil bajas) y DIODORO (XI 32, 5: más de cien mil) son también excesivas (ESQUILO, *Persas* 818; habla de «montañas de caídos»), debido a la magnitud desmedida que los autores griegos atribuían a los efectivos persas durante la Segunda Guerra Médica (cf. notas VII 901 y VIII 509; y T. CUYLER, «480-479 B. C. A Persian perspective», *Iranica antiqua* 15 (1980), págs. 213 y sigs.).

[412] Es decir, los espartiatas, excluidos periecos e hilotas.

[413] La cifra total (ciento cincuenta y nueve hombres) es inverosímilmente baja, por lo que hay que suponer que Heródoto se está refiriendo a los griegos que murieron con ocasión de la conquista del fuerte (por eso aludiría tan sólo a espartiatas, tegetas y atenienses, sin incluir las pérdidas sufridas con anterioridad a la huida de los persas: cf. IX 61, 3; 63, 1), o bien se equivocó al leer las inscripciones en honor de los

Combatientes más destacados

Entre los bárbaros destacaron la infantería persa, la caballería de los sacas [414] y, a título individual —según cuentan [415]—, Mardonio. Entre los griegos [416], pese a que tanto los tegeatas como los atenienses se comportaron valerosamente, fueron los la- 71

caídos en Platea (cf. IX 85). CLIDEMO (*F. Gr. Hist.* 323, fr. 22, *apud* PLUTARCO, *Arístides* 19, 6) indica que fue la tribu Ayántide, una de las diez que había en Atenas (cf. nota V 312), la que sufrió las cincuenta y dos bajas (aunque el testimonio de Clidemo al respecto parece tendencioso; cf. U. VON WILAMOWITZ, *Aristoteles und Athen,* I, Berlín, 1898, pág. 286, nota 36), lo que, en términos generales, quizá representara una décima parte de las pérdidas totales de los atenienses. Los mil trescientos sesenta hoplitas griegos muertos en Platea de que habla PLUTARCO, *Arístides* 19, 5, también parecen un número excesivamente exiguo.

[414] Es decir, integrantes exclusivamente del ala izquierda de los efectivos de Mardonio, que fueron los que se enfrentaron con espartanos y tegeatas. Sobre la caballería de los sacas, cf. nota VII 438.

[415] Heródoto se está haciendo eco de una versión laudatoria de la persona del caudillo persa que, sin duda, coexistía con la más extendida que reprobaba su figura (cf. nota IX 369). Estamos, pues, ante una 'doppelte Beleuchtung' (cf. TH. SPATH, *Das Motiv der doppelten Beleuchtung bei Herodot,* Viena, 1968, pág. 95).

[416] No nos encontramos, como ocurrió tras Salamina (cf. VIII 123), con una *aristía,* o premio al valor, sino con una opinión personal del historiador, que, en general, contradice la tendenciosidad de algunas de sus fuentes de información antiespartana para la campaña de Platea (cf., por ejemplo, notas IX 288 y 324). Según PLUTARCO (*Arístides* 20, 1-3; *De Herodoti malignitate* 42), atenienses y peloponesios disputaron por el reconocimiento a su primacía, siendo zanjada la cuestión por una proposición corintia tendente a que se otorgara ese reconocimiento a los plateos (cosa dudosa, pues TUCÍDIDES, III 53-59, en el 'debate de Platea', no alude ello). Las fuentes del siglo V (como ESQUILO, *Persas* 816 y sigs.; PÍNDARO, *Pít.*, I 77) coinciden en la primacía espartana (cf., asimismo, DIODORO, XI 33, 1), mientras que la literatura ática panegírica del siglo IV a. C. tendió a minimizar su decisiva actuación (cf. PLATÓN, *Menéxeno* 240).

cedemonios quienes más se distinguieron por su arrojo
2 (realmente, y como quiera que todos ellos vencieron a sus respectivos adversarios no cuento con más elemento de juicio para afirmarlo que el hecho de que se enfrentaran a los mejores elementos del enemigo y los derrotaran).

En mi opinión, el guerrero más valiente fue, con diferencia, Aristodemo, el personaje que, por haber sido el único integrante de los trescientos lacedemonios que escapó con vida de las Termópilas, fue objeto de muestras de desprecio y deshonra [417]; y, tras él, destacaron los espar-
3 tiatas Posidonio, Filoción y Amonfáreto [418]. No obstante, cierto día en que se suscitó una discusión sobre quién de ellos había sido el más valiente, los espartiatas que tomaron parte en la batalla coincidieron en que Aristodemo, abandonando temerariamente su puesto en la formación [419], había realizado grandes proezas porque, debido a la acusación que se le imputaba, era evidente que quería perder la vida, mientras que Posidonio se había comportado vale-

---

[417] Cf., *supra,* VII 229-231.

[418] Prueba de que su pretendida insubordinación (cf. IX 53 y sigs.) no había sido tal. La aparente contradicción entre ambos pasajes debe explicarse por la disparidad de fuentes (cf. F. Jacoby, *RE...,* col. 465). El orden en que se cita a los espartiatas (el pasaje, con todo, presenta problemas textuales; cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...,* pág. 59, nota 3) ha de interpretarse en prioridad decreciente a sus méritos; por eso la tradición espartana que sigue Heródoto sólo parangonaba con Aristodemo a Posidonio.

[419] Tal vez con ocasión de la carga de los tegeatas (cf. IX 62, 1). Que un hoplita rompiera la formación ponía en grave peligro a su compañero de la izquierda, a quien protegía con su escudo. Aristodemo, pues, antepuso razones personales a conveniencias colectivas, y de ahí que su valor fuera considerado temeraria irresponsabilidad (el ideal griego de muerte gloriosa no consistía en un desprecio hacia la vida; cf. J. P. Vernant, «Der griechische Tod. Tod mit zwei Gesichtern», *Hephaistos* 3 (1981), págs. 17 y sigs.).

rosamente sin tener deseos de perder la vida, por lo que
contaba con más méritos. Ahora bien, también es posible 4
que se expresaran en esos términos por envidia [420]; sea como fuere, todos esos espartiatas que murieron en dicha batalla —y cuyo número he facilitado [421]— recibieron honores [422], salvedad hecha de Aristodemo, ya que este último, como quería perder la vida por la razón que he señalado, no los recibió.

Éstos [423] fueron los espartiatas que más gloria alcanza- 72
ron en Platea, pues Calícrates, el guerrero más apuesto [424], de los griegos de su época —no sólo de los lacedemonios propiamente dichos, sino de todo el mundo griego—, presente entre los efectivos helenos, murió sin tomar parte en la batalla. Este personaje, cuando Pausanias estaba realizando los sacrificios [425], se encontraba situado [426] en su

---

[420] Cf. nota VIII 636.

[421] Al final del capítulo precedente.

[422] Consistentes en la celebración de un funeral de carácter oficial, la erección de un monumento funerario (cf. IX 85), y la consagración de ofrendas en su honor. Cf. N. ROBERTSON, «The collective burial of fallen soldiers at Athens, Sparta and elsewhere. Ancestral custom and modern misunderstanding», *Échos Monde Classique* 28 (1983), págs. 78 y sigs.

[423] Los honores los recibieron todos los espartiatas caídos en Platea, pero los más destacados fueron los citados nominalmente en el capítulo anterior.

[424] Por lo que ya poseía una fama intrínseca. La belleza física (la concepción griega de la misma, tanto masculina como femenina, incluía una elevada estatura [cf. I 60, 4; III 1, 3; V 12, 1; VII 187, 2]; de ahí que PLUTARCO, *Arístides* 17, mencione ese rasgo de Calícrates) era parangonada, en los ideales de época arcaica (cf., por ejemplo, MIMNERMO, fr. 1 DIEHL), a las cualidades éticas, siguiendo un *tópos* ya presente en la épica (cf. *Ilíada*, II 673 y sigs.).

[425] Cf. IX 61, 2.

[426] Posiblemente, «acuclillado» (el verbo empleado en el texto griego significa «estar sentado»; cf. EURÍPIDES, *Suplicantes* 357; 664; PLUTARCO,

puesto y resultó herido de un flechazo en el costado.
2 Y, mientras sus camaradas se hallaban en plena batalla, él, que había sido evacuado de la formación, le dijo, agonizando, a Arimnesto de Platea [427] que no le importaba morir por la Hélade, sino hacerlo sin haberse empleado a fondo [428] ni haber conseguido realizar, cuando tanto ansiaba llevarla a cabo, una proeza digna de su persona [429].

73 Por parte ateniense sobresalió, según cuentan, Sófanes, hijo de Eutíquidas, originario de Decelea [430], el demo cuyos habitantes, al decir de los propios atenienses, hicieron en cierta ocasión una cosa que les reportó un perenne beneficio:
2 resulta que, cuando, en tiempos remotos [431], los hijos de Tindáreo invadieron el Ática con un numeroso

Arístides 17), para protegerse con el escudo de las flechas y jabalinas que los persas estaban arrojando (cf. IX 61, 3; 62, 1).

[427] Según PLUTARCO (*Arístides* 11), se trataba del jefe de los efectivos plateos (PAUSANIAS, IX 4, 2, añade que ya había estado al frente del contingente de Platea que combatió junto a los atenienses [cf., *supra*, VI 108] en Maratón), por lo que quizá el diálogo entre Calícrates y Arimnesto tuvo lugar en una fase posterior a la que lo sitúa Heródoto (ya que los plateos habían figurado, en la 'segunda posición', al lado de los atenienses; cf. IX 28, y PLUTARCO, *Arístides* 20). Algunos manuscritos presentan, para el nombre de este personaje, la lectura *Aeimnesto*, un plateo mencionado por TUCÍDIDES, III 52, 5, al citar a su hijo Lacón, que fue *próxeno* de Esparta en Platea. Sobre el sistema de evacuación de los heridos, cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 14.

[428] Literalmente, «porque no había empleado el brazo»; es decir, sin haber llegado al cuerpo a cuerpo.

[429] Destacar en el campo de batalla, defendiendo a su ciudad, aun a costa de la muerte, era el mejor medio para permanecer vivo en la memoria de la colectividad, y se había convertido en un lema ideológico para el ciudadano-soldado de Esparta (cf. TIRTEO, fr. 9 DIEHL; y N. LORAUX, «La 'belle mort' spartiate», *Ktêma* 2 (1977), págs. 105 y sigs.).

[430] Cf. nota IX 80.

[431] En época mítica (cf. nota IX 160).

ejército para rescatar a Helena [432] y obligaban a emigrar a la población de los demos (pues no sabían dónde estaba escondida Helena), cuentan que, en esa tesitura, los de Decelea o —según otros— el propio Décelo, indignado ante el desafuero de Teseo [433] y temeroso por la suerte de la totalidad del territorio ateniense, reveló a los Tindáridas todo el asunto y los condujo a Afidnas [434], localidad que

---

[432] Teseo, el héroe nacional ateniense, había raptado, acompañado de su amigo Pirítoo, a Helena, mientras ésta, cuando tenía entre siete y doce años (cf. HELÁNICO, *F. Gr. Hist.* 4, fr. 168b; DIODORO, IV 63, 2; APOLODORO, III 10, 7), danzaba en el templo de Ártemis Ortia en Esparta. Los hermanos de Helena, Cástor y Polideuces (= Pólux), hijos del mítico rey de Esparta Tindáreo (en realidad el padre putativo de los dos gemelos, pues el verdadero era Zeus [y de ahí que se les denominara Dióscuros]; cf. nota V 360), acudieron al Ática para rescatar a su hermana, aprovechando que Teseo se había ausentado de la región en pos de Perséfone (cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica...*, págs. 383 y sigs.). El mito (que es narrado por PLUTARCO, *Teseo* 31 y sigs., y PAUSANIAS, I 17, 5; y que ya había sido abordado por ALCMÁN, fr. 21 PAGE, y PÍNDARO, fr. 258 SNELL) posee carácter etiológico sobre el culto que recibían los Dióscuros en Atenas, y sobre el sinecismo de Atenas (cf. TUCÍDIDES, II 15) con respecto a las aldeas del Ática.

[433] La *hýbris* del héroe (cf. nota VIII 396) al haber raptado a una mujer, provocando la invasión del Ática, y al haber restringido la autonomía de los demos (cf., en general, F. BROMMER, *Theseus. Die Taten des griechischen Helden in antiker Kunst und Literatur,* Munich, 1982). Décelo (su nombre es parlante, significando posiblemente «delator»), el epónimo de Decelea (Heródoto utiliza la forma jónica del topónimo; la transcripción de la forma ática es Decelía), representaba, al igual que Títaco, mencionado poco después, el poder de los antiguos jefes de los demos. En otra variante de la leyenda (cf. PLUTARCO, *Teseo* 32, 3-4), Décelo aparece sustituido por el ateniense Academo.

[434] Donde Teseo había dejado a su madre Etra el encargo de custodiar a Helena. Afidnas, uno de los más importantes demos del Ática (cf. DEMÓSTENES, *De Cor.* 38), se encontraba a 8 km. al nordeste de Decelea. Títaco era el epónimo del demo de *Titakídai,* que debía de estar muy próximo a Afidnas.

Títaco, un natural de la zona, les entregó arteramente.
3 Por este servicio, los de Decelea siempre han gozado —y todavía lo hacen en la actualidad— de *atelía* y *proedría* [435] en Esparta; tanto es así que, incluso con ocasión de la guerra que, muchos años después de los hechos que nos ocupan, estalló entre atenienses y peloponesios, los lacedemonios, pese a saquear el resto del Ática, respetaban Decelea [436].

74 Sobre Sófanes, que era de dicho demo y que a la sazón destacó en el contingente ateniense, circulan dos versiones [437]; según una, llevaba colgada del talabarte de su coraza, sujeta mediante una cadena de bronce, un ancla de hierro que arrojaba al suelo, siempre que en plena batalla se aproximaba a sus adversarios, a fin de que éstos no

---

[435] Esto es, exención de los tributos a que un extranjero estaba sometido en una ciudad en la que permaneciera, y el privilegio a ocupar lugares de honor en las ceremonias públicas organizadas por la ciudad de que se tratase, en este caso Esparta. Ambas distinciones eran concedidas por los diferentes Estados en señal de agradecimiento a particulares o comunidades (cf., *supra,* I 54, 2). Sobre este caso concreto, cf. M. Pohlenz, *Herodot, der erste Geschichtsschreiber...,* pág. 212, nota 1.

[436] Alusión a la Guerra del Peloponeso (cf., asimismo, VI 91, 1; VII 137, 3; 233, 2), que estalló en 431 a. C. En dicho año Arquidamo devastó el Ática sin saquear Decelea (cf. Tucídides, II 23). Pese a que la acción se repitió en años posteriores (durante la llamada 'guerra arquidámica'; cf. D. Kagan, *The Archidamian War,* Ithaca-Londres, 1974), no es seguro que en este pasaje tengamos una referencia más tardía a la que aparece en VII 137, 3 (cf. nota VII 655). Vid., no obstante, Ch. W. Fornara, «Evidence for the date of Herodotus' publication», *Journal of Hellenic Studies* 91 (1971), págs. 25 y sigs.; y «Herodotus' knowledge of the Archidamian war», *Hermes* 109 (1981), págs. 149 y sigs.).

[437] H. Stein (*Herodotus. Buch IX...,* pág. 186) sugirió que las versiones que cuenta Heródoto podían circular en *escolios* (canciones que se entonaban en los banquetes y en las que los participantes no seguían un turno consecutivo, sino en zig-zag; cf., en general, R. Reitzenstein, *Epigramm und Skolion,* Giessen, 1893) en honor de Sófanes.

pudiesen, con sus acometidas, obligarlo a abandonar su puesto; y, si el enemigo se daba a la fuga, su táctica consistía en recoger el ancla y lanzarse en su persecución con ella. En esto estriba la primera versión; según la segunda 2
—que difiere de la que acabo de relatar—, lo que Sófanes llevaba era un ancla, a modo de emblema [438], en su escudo (que se mantenía constantemente en movimiento, sin un instante de reposo [439]), y no un ancla de hierro sujeta a su coraza.

Y por cierto que Sófanes consiguió, asimismo, llevar a 75
cabo otra brillante proeza cuando, durante el asedio ateniense a Egina, mató, a raíz de un desafío, a Euríbates de Argos, un personaje que había obtenido la victoria en el *pentatlo* [440]. Pero, cierto tiempo después de este episodio, resulta que el propio Sófanes (cuando comandaba con Leagro, hijo de Glaucón, las tropas atenienses) murió valientemente en Dato, a manos de los edonos, mientras peleaba por la posesión de las minas de oro [441].

---

[438] Los emblemas en los escudos que se empleaban en las batallas iban pintados (cf. I 171, 4; ESQUILO, *Siete* 375 y sigs.; EURÍPIDES, *Fenicias* 1107 y sigs.), reservándose los motivos en bronce para escudos votivos. A finales del siglo v a. C. el emblema personal fue sustituido por una letra que identificaba a la ciudad del hoplita; cf. P. CONNOLLY, *Los ejércitos griegos...*, pág. 33.

[439] Debido al ímpetu de Sófanes.

[440] La expedición argiva en socorro de Egina, y la muerte de Euríbates, el comandante argivo, se narra con más detalles en VI 92. Sobre la cronología de la guerra entre Atenas y Egina, cf. nota VI 431 (vid., asimismo, A. ANDREWES, «Athens and Aegina, 510-480 B. C.», *Annual British School Athens* 37 (1936-1937), págs. 1 y sigs.; y N. G. L. HAMMOND, «The war between Athens and Aegina, c. 505-481 B. C.», *Historia* 4 (1955), págs. 406 y sigs.). Según PAUSANIAS, I 29, 5, la victoria de Euríbates se produjo en los Juegos Nemeos (cf. T. S. BROWN, «Herodotus' views on athletics», *Ancient World* 7 (1983), págs. 17 y sigs.). Para el pentatlo, cf. notas VI 453 y IX 224.

[441] La batalla tuvo lugar en el año 465 (cf. TUCÍDIDES, I 100, 3; IV

76 *Noble conducta de Pausanias tras la batalla*

Tras la derrota que, en Platea, sufrieron los bárbaros a manos de los griegos, se presentó ante estos últimos una mujer que huía del bando enemigo. Dicha mujer, que era una concubina del persa Farándates[442], hijo de Teaspis, al tener conocimiento de que los persas habían resultado aniquilados y que la victoria correspondía a los griegos, se cubrió de oro —cosa que también hicieron sus criadas—, se atavió con las ropas más elegantes de que disponía y bajó de su *harmámaxa*[443], en-

102, 2), cuando los atenienses intentaron instalarse en la región de Dato (la zona costera de Tracia comprendida entre el Monte Pangeo [cf. nota VII 549] y el río Nesto [cf. nota VII 537]; la ciudad denominada Dato, algo al este del Pangeo, no fue fundada por los tasios hasta la década de los cincuenta del siglo IV a. C.; cf. DIODORO, XVI 3, 7; PSEUDO ESCÍLAX 68), a fin de controlar las minas del Pangeo, que se hallaban en posesión de los tasios, ante la sublevación de la isla, molesta por la política ateniense al frente de la Liga Delo-ática (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, III, págs. 198 y sigs.). TUCÍDIDES *(ll. cc.)* señala que los colonos atenienses fueron aniquilados en Drabesco, localidad situada a unos 25 km. al nordeste del Pangeo, en la margen derecha del río Angites (cf. nota VII 553), con lo que Heródoto se habría limitado a citar la región en que se produjo el desastre, mientras que Tucídides habría precisado el lugar. El hijo de Leagro, llamado Glaucón, como su abuelo, fue también estratego (cf. TUCÍDIDES, I 51, 4). Los edonos eran un pueblo tracio de la zona (cf. nota VII 542). Sobre las razones de la mención al destino postrero de Sófanes, cf. nota IX 378.

442 El comandante de los mares y los colcos en el ejército de Jerjes (cf. VII 79). Posiblemente era hermano del Sataspes que intentó la circunnavegación de África de Oeste a Este (cf. IV 43).

443 Cf. nota VII 246. La mujer se engalana profusamente tanto para salvar del pillaje la mayor cantidad posible de joyas cómo para aparecer, pese a su condición, dignamente ante Pausanias, una persona ligada a su padre como a continuación se indica (cf. S. FLORY, «Arion's leap. Brave gestures in Herodotus», *American Journal Philology* 99 (1978), págs. 411 y sigs.).

caminándose hacia los lacedemonios, que aún seguían exterminando adversarios. Y, al ver que quien dirigía todas las operaciones era Pausanias, la mujer, que conocía ya a la perfección su nombre y su patria, por haberlos oído mencionar en repetidas ocasiones, comprendió que se trataba de él y, aferrándose a sus rodillas [444], le dijo lo siguiente: «Soberano de Esparta [445], líbrame, como su- 2
plicante, de la esclavitud que aguarda a los cautivos [446]. A decir verdad, tú ya me has hecho un favor al aniquilar a estos sujetos, que no sienten respeto ni por seres divinos [447] ni por dioses. Además, soy natural de Cos [448]: soy

---

[444] En actitud de súplica (cf. *Odisea*, VI 310 y sigs.; VII 142).

[445] Pese a que Pausanias no era rey de Esparta, sino sólo regente (cf. IX 10), una extranjera, que sabía de su pertenencia a la familia real y que conocía su posición de caudillo militar, podía haberlo tomado como tal (aunque no debe descartarse un tono adulatorio en la apelación). Como señala A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX*..., pág. 191), «l'episodio della donna di Cos, con quello di Lampone (cap. 78 sg.) e quello del confronto tra le due *díaitai* (cap. 82), serve a glorificare Pausania... [cf. nota IX 374]. Questo primo episodio illustra la magnanimità, la generosità e il disinteresse del comandante spartano. Il racconto vuol significare che chi si era comportato in maniera così disinteressata non poteva essere sospettato di essere sensibile al fascino della ricchezza e del potere personale».

[446] Los prisioneros de guerra solían ser puestos a la venta. Cf. nota IX 242.

[447] Se trata de los *démones* (potencias divinas indeterminadas; cf. M. P. Nilsson, *Geschichte gr. Religion*..., I, págs. 216 y sigs.; P. Chantraine, en *La notion du divin*, Ginebra-Vandoeuvres, 1952, págs. 50 y sigs.), que aquí se identifican probablemente con los héroes (y así lo interpretan algunos traductores), a quienes, en VIII 109, 3, se asocia con los dioses como aliados de los griegos en la consecución de la victoria (cf., además, nota VIII 764). La imputación a la impiedad persa recuerda los templos que éstos destruyeron en Grecia (cf. nota VIII 551).

[448] Isla de las Espóradas meridionales, a unos 20 km. al suroeste de Halicarnaso, la patria de Heródoto (de ahí, posiblemente, el interés del

hija de Hegetóridas y nieta de Antágoras; el persa que me tenía en su poder me raptó de Cos por la fuerza». Entonces Pausanias le respondió en los siguientes términos:
3 «Tranquilízate, mujer, no sólo por tu condición de suplicante, sino, sobre todo, si resulta que estás diciendo la verdad y eres hija de Hegetóridas de Cos, que se da la circunstancia de que es con quien más estrechos vínculos de hospitalidad mantengo [449] entre quienes habitan por aquellas tierras». Dicho esto, Pausanias la confió de momento al cuidado de los éforos que se hallaban presentes [450] y, posteriormente, la hizo conducir a Egina [451], que era a donde ella quería ir.

---

historiador, además del elogio a Pausanias, en narrar este episodio, ya que la isla se hallaba, durante las Guerras Médicas, bajo la autoridad de Artemisia, la tirana de Halicarnaso; cf. VII 99). Se ha pensado (cf. C. Verrall, *Classical Review* 17 (1903), págs. 99 y sigs.) que Heródoto está transcribiendo en prosa una inscripción hexamétrica, que figuraría en un cuadro o en un bajorrelieve que la mujer habría consagrado en su patria, y que el historiador pudo haber contemplado personalmente (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, págs. 319-320).

[449] Es decir, que era un íntimo amigo (cf. notas V 333; VII 184 y 1096).

[450] En tiempos de Jenofonte (*Const. Lac.* 13, 5; *Helénicas*, II 4, 36), dos éforos acompañaban al monarca espartano encargado de las operaciones militares terrestres. Con todo, no es seguro que el control que sobre el rey ejercían los éforos a finales del siglo v fuese tan estricto en tiempos de las Guerras Médicas (cf. P. Carlier, «La vie politique à Sparte sous le règne de Cléomène I.er», *Ktêma* 2 (1977), págs. 65 y sigs.).

[451] Cf. nota V 383.

Mantineos y eleos llegan a Platea demasiado tarde

Inmediatamente después de la llegada 77
de la citada mujer, lo hicieron, una vez que todo había concluido [452], los de Mantinea. Y, cuando comprobaron que habían llegado demasiado tarde para tomar parte en la batalla, se mostraron sumamente desolados y manifestaron que merecían que alguien los castigara. Con 2
todo, al tener conocimiento de que Artabazo y sus medos [453] se estaban dando a la fuga, pretendieron perseguirlos hasta Tesalia; los lacedemonios, sin embargo, no les permitieron perseguir a los fugitivos [454], por lo que retornaron a su patria, desterrando de la misma a los jefes de su ejército. Después de los de Mantinea, llegaron los 3
eleos [455], quienes, al igual que aquellos, se marcharon de-

---

[452] Si la secuencia de acontecimientos es tal y como la relata Heródoto, es posible que los mantineos (y quizá también los eleos) no hubieran podido unirse a las fuerzas griegas en Platea por el bloqueo a que los persas habían sometido el paso de Giptocastro (cf. IX 51, 4). Al menos, los mantineos habían enviado un contingente a las Termópilas (cf. VII 202), y en la oposición posterior de Arcadia a la hegemonía espartana (cf. notas IX 234 y 235), no secundaron a los demás arcadios (cf. IX 35, 2). No obstante, también se ha pensado que tanto en Mantinea como en Élide existían grupos propersas, y de ahí la actitud ambigua de ambas comunidades (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 320).

[453] Cf. nota VIII 586.

[454] Tanto por la tradicional renuencia lacedemonia a que se organizaran expediciones con objetivos lejanos (cf. nota VIII 542; y I. Hahn, «Aspekte der spartanischen Aussenpolitik im fünften Jahrhundert», *Acta Antiqua Hungaricae* 17 (1969), págs. 285 y sigs.), como debido a que la concepción de la guerra por los espartanos era agonal; es decir, se luchaba para obtener la victoria, y no para destruir por completo al adversario (cf. W. K. Pritchett, *American Journal Archaeology* 65 (1961), pág. 20, nota 68). Al margen de ello, es probable que los mantineos no se hubiesen presentado con más de dos mil hoplitas.

[455] Pese a su retraso, su nombre figura en el trípode délfico erigido

solados; y, de regreso a su patria, también ellos desterraron a los jefes de sus tropas [456]. Todo esto es lo que cabe reseñar a propósito de los mantineos y los eleos.

78 Por cierto que en Platea, en el contingente egineta [457], se encontraba Lampón, hijo de Píteas, que era uno de los principales personajes de Egina [458]. Este sujeto, abrigando un propósito extremadamente impío, corrió a entrevistarse con Pausanias y, a su llegada, se apresuró a decirle lo si-
2 guiente: «Hijo de Cleómbroto, acabas de realizar una gesta de una magnitud y una brillantez colosales, y la divinidad [459] te ha permitido salvar a la Hélade y conseguir, que nosotros sepamos, una gloria muy superior a la de cualquier otro griego. Culmina, por consiguiente, tu hazaña, a fin de que te aureole una notoriedad mayor, si cabe, y para que, en lo sucesivo, a la hora de incurrir en actos

como exvoto por los vencedores en Platea (cf. IX 81, 1). Los eleos (que habían cooperado con los lacedemonios en la defensa del Istmo; cf. VIII 72) pudieron haber sido incluidos, a instancias de Esparta, por su control del santuario de Olimpia.

[456] Por el deshonor infligido a sus ciudades (o para evitar la suspicacia de los demás griegos ante su tardanza).

[457] Integrado inicialmente por quinientos hoplitas (cf. IX 28, 6).

[458] Lampón pertenecía a la importante familia de los Psalíquidas (cf. J. H. Finley, «Pindar and the Persian invasion», *Harvard Studies Classical Philology* 63 (1958), págs. 121 y sigs.), y tuvo dos hijos que obtuvieron la victoria en certámenes atléticos: Píteas, llamado igual que su abuelo paterno, triunfó en Nemea, en el concurso juvenil del pancracio, en el año 483 (cf. Píndaro, *Nemea* V; Baquílides XIII); su hermano Filácidas venció en el Istmo, en el pancracio, el año 478 (cf. Píndaro, *Ístmica* V y VI). El episodio que va a relatar Heródoto denota una fuente antiegineta (cf. notas VI 427 y 440), al tiempo que va a permitir contrastar un *ēthos* helénico al talante 'bárbaro' en el comportamiento con los cadáveres enemigos (cf. *Odisea,* XXII 412; Arquíloco, fr. 65 Diehl; Cratino, fr. 95 Kock). No obstante, vid. nota VII 1098.

[459] Literalmente, «una divinidad»; pero cf. nota VII 90.

incalificables contra los griegos, todos los bárbaros se abstengan de tomar la iniciativa. Como quiera que, a la muer- 3 te de Leónidas en las Termópilas, Mardonio y Jerjes ordenaron que le cortaran la cabeza y que la clavasen a un palo [460], si tú, en reciprocidad, haces lo mismo con el primero de ellos [461], serás elogiado, ante todo, por la totalidad de los espartiatas, pero también lo serás por el resto de los griegos, ya que, si mandas empalar a Mardonio, habrás vengado a Leónidas, tu tío paterno [462]». Esto fue lo que dijo Lampón en la creencia de que su sugerencia agradaría a Pausanias; pero éste le respondió en los siguientes términos:

«Extranjero egineta, agradezco tu deferencia y tu pre- 79 ocupación por mi persona, pero la idea que has propuesto no es atinada. De hecho, me has encumbrado a gran altura, haciendo lo propio con mi patria y mi hazaña, y luego me has reducido a la nada al aconsejarme que ultraje un cadáver y al pretender que, si así lo hago, mi fama se verá acrecentada: tal proceder es más bien propio de bárbaros que de griegos, y es algo que les censuramos [463].

---

[460] En el relato de la profanación del cadáver de Leónidas, en VII 238, 1, la orden emana únicamente de Jerjes. Es posible que Mardonio aparezca aquí involucrado en ella por la anécdota que se cuenta en VIII 114.

[461] El texto presenta problemas interpretativos, ya que aparece un pronombre *(tôi)* que, gramaticalmente, se refiere quizá a Leónidas (con lo que podría traducirse: «si tú, en reciprocidad, le ofreces a aquél una satisfacción»), aunque, lógicamente, pueda relacionarse con Mardonio; de ahí la conjetura de Ph. E. Legrand *(toîsi)*, que no sigo, refiriéndose tanto a Jerjes como a Mardonio («en leur rendant la pareille»), aunque concretándose la acción que propone Lampón en el segundo de ellos.

[462] Cf. nota IX 59. El texto vuelve a resultar controvertido, y se ha pensado que puede presentar una laguna (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 64, nota 2).

[463] Cf., no obstante, I 136, 1 y VII 238, 2 (la generalización está fundada en el caso aislado de Leónidas). Heródoto, por lo regular, consi-

2 Desde luego, ojalá que, si de ello depende, no cuente yo con la aprobación de los eginetas y de quienes toleran esos desafueros; a mí me basta con practicar la piedad, de obra y de palabra, con el beneplácito de los espartiatas. Y por lo que se refiere a Leónidas, a cuya venganza me instas, proclamo que ya ha sido sobradamente vengado: lo ha sido, tanto él como los demás que perecieron en las Termópilas, con el homenaje de las innumerables vidas de los aquí caídos. Tú, por tu parte, no vuelvas a darme consejo alguno; es más, debes estarme agradecido por no ser castigado.»

Reparto del botín y ofrendas a los santuarios

80 Al oír esta respuesta, Lampón se marchó. Acto seguido Pausanias lanzó un bando, para que nadie tocara el botín, y ordenó a los hilotas que reunieran las riquezas. Ellos, entonces, se dispersaron por el campamento persa y encontraron tiendas recamadas con oro y con plata, divanes con incrustaciones de oro y
2 plata, y cráteras, copas y otras vasijas de oro; también encontraron, en unos carros, sacos en cuyo interior aparecieron calderos de oro y de plata; y a los cadáveres que yacían en el suelo los despojaron de sus brazaletes, de sus collares y de sus alfanjes, que eran de oro[464], sin que se

---

deraba que la historia de los pueblos de Oriente aportaba a la civilización una contribución importante; cf. R. Rtskhiladze, «La spécificité de l'Orient dans les *Histoires* d'Hérodote», *Acta Antiqua Acad. Scient. Hungaricae* 22 (1974), págs. 487 y sigs.

[464] Probablemente, la empuñadura y la vaina, no la hoja (aunque en el 'Tesoro de Atenas' figuraba una espada de oro, que se creía que había pertenecido a Mardonio y que pesaba, según Demóstenes, *Contra Timócrates* 129, unos 2,5 kg.; cf., asimismo, D. B. Thompson, «The Persian Spoils in Athens»..., págs. 284-285). Sobre la suntuosidad de que se rodeaban los persas, cf., *supra*, VII 83, 2 (y nota VII 429), y VII 190.

prestara la menor atención a su ropa, pese a sus ricos bordados. Mientras cumplían su misión, los hilotas robaron 3 muchos objetos (pero también presentaron otros muchos: todos aquellos que no podían ocultar), que vendieron a los eginetas, por lo que ahí residió el origen de las importantes fortunas de estos últimos [465], ya que los eginetas les compraban el oro a los hilotas como si en realidad se tratara de bronce [466].

Una vez reunidas las riquezas, se procedió a reservar 81 un diezmo para el dios de Delfos [467] (con su importe se

---

[465] Esa debía ser la opinión sustentada en los círculos pericleos de la Atenas que visitó Heródoto (cf. A. French, «Topical influences on Herodotos' narrative»..., págs. 9 y sigs.), presentando a Egina como un Estado que se había enriquecido recientemente y por medios reprobables, cuando el poderío de la isla —rival de Atenas— se debía a su expansión marinera (cf. II 178, 3; IV 152, 3), lo que hizo que fuera el primer Estado griego que acuñó moneda propia (hacia 620 a. C., cosa que demuestra que su prosperidad no era reciente), creando un sistema para pesos y medidas que ejerció gran importancia en el mundo griego, pues Atenas lo adoptó para sus actividades comerciales (cf., en general, H. Winterscheidt, *Aigina. Eine Untersuchungen über seine Gesellschaft und Wirtschaft*, Colonia, 1938).

[466] Pese a que los lacedemonios vivían en un sistema económico cerrado y los capitales —que afluían a las grandes ciudades que se dedicaban al comercio, como Atenas y Siracusa— eran bastante raros en Laconia (donde sólo existía una incómoda moneda de hierro), no teniendo los particulares derecho a acumular monedas extranjeras, los hilotas no habrían efectuado una venta a tan bajo precio por ignorancia, sino por su deseo de desprenderse cuanto antes de objetos robados.

[467] Apolo. A pesar de que, en el texto griego, no se indica con claridad, es probable que se apartara un diezmo del botín para cada una de las divinidades que se citan como destinatarias de las ofrendas, lo que supondría un 30% del total. Además, esa parte destinada a los exvotos no habría consistido (como en el caso de Pausanias que se menciona al final del capítulo) en una entrega en especie a cada santuario, sino en efectivo, tras haber tasado los vencedores la totalidad del botín.

ofrendó el trípode de oro que, muy cerca del altar [468], se alza sobre la serpiente de bronce de triple cabeza [469]), así como para el dios de Olimpia (con él los griegos ofrendaron una estatua en bronce de Zeus, de diez codos de altura [470]), y para el dios del Istmo (con él se erigió una esta-

---

[468] A unos 20 m. del altar de Apolo (situado a la entrada del templo), que fue construido por los quiotas (cf. II 135, 4) por su liberación del yugo persa (aunque la fecha de su erección no se conoce con seguridad, pues pudo haber sido edificado durante la sublevación jonia o con inmediata posterioridad a la Segunda Guerra Médica). El trípode de Platea se hallaba, a mano derecha, ya al final de la *Vía Sacra* (cf. E. Bourguet, *Les ruines de Delphes,* París, 1914, págs. 160 y sigs.).

[469] El exvoto de Platea (una de las obras de arte más famosas de la Antigüedad; cf. Tucídides, I 132, 2; III 57, 2; Demóstenes, *Contra Neera* 97; Nepote, *Pausanias* 1; Diodoro, XI 33, 2; Plutarco, *De Herod. malignitate* 42; Pausanias, X 13, 5; Elio Arístides, III 290) era, en realidad, no una ofrenda por la victoria sobre Mardonio en Platea, sino sobre los persas en la Segunda Guerra Médica, ya que en él aparecen citados Estados que sólo enviaron contingentes a Salamina. Consistía en un trípode de oro (que sostenía un pebetero del mismo metal) que descansaba en una columna de bronce, formada por tres serpientes enroscadas, de 6 m. de altura. Durante la tercera guerra sagrada, librada entre los años 356-346 a. C., los focenses ocuparon Delfos y fundieron el oro (cf. Pausanias, IX 13-19). Posteriormente, la columna serpentina fue trasladada a Constantinopla por Constantino, conservándose aún de ella, en el Hipódromo de Estambul, un bloque de cinco metros y medio (faltan las cabezas de dos serpientes). En los anillos de los ofidios aparecen registrados, en alfabeto délfico, los nombres de treinta y un Estados griegos: lacedemonios, atenienses, corintios, tegeatas, sicionios, eginetas, megareos, epidaurios, orcomenios, fliasios, trecenios, hermioneos, tirintios, plateos, tespieos, micénicos, ceyos, melios, tenios, naxios, eretrieos, calcideos, estireos, eleos, potideatas, leucadios, anactorios, citnios, sifnios, ampraciotas y lepreatas. Cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century B. C.*, Oxford, 1969, núm. 27, págs. 57 y sigs.

[470] Aproximadamente 4,45 m. En la base de la estatua consagrada a Zeus figuraba una lista (la inscripción no se ha conservado) de veintisie-

tua en bronce de Posidón, de siete codos de altura [471]); hecho lo cual, se repartieron el resto del botín, tomando cada contingente la parte de concubinas de los persas, de oro, plata y demás riquezas (acémilas incluidas) que merecían [472]. Lo cierto es que no consta referencia alguna [473] 2
sobre qué recompensas se otorgaron especialmente a los griegos que destacaron en Platea, pero, en mi opinión personal, también [474] a ellos se las otorgaron. Por lo que a Pausanias se refiere, le reservaron una concesión extraordinaria [475] de mujeres, caballos, carros, camellos e igualmente de las demás riquezas.

te Estados griegos (cf. PAUSANIAS, V 23), ya que, con respecto al trípode délfico, no aparecen citados los tespieos, los eretrieos, los leucadios y los sifnios (quizá porque sus contingentes habían sido poco numerosos, aunque las diferencias de citación pueden también imputarse a un descuido del periegeta; cf. W. W. HOW, J. WELLS, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 323).

[471] Unos 3,10 m. Dado que el dios del Istmo era Posidón (cf. nota VIII 623), una divinidad marina (cf. A. LESKY, *Thalatta*, Viena, 1947, págs. 92-99), esta ofrenda (así como, presumiblemente, las otras dos) debió de realizarse por la victoria definitiva sobre los persas.

[472] El reparto pudo hacerse en función del número de hoplitas que habían integrado cada contingente (cf. DIODORO, XI 33, 1).

[473] Cf. nota VIII 657.

[474] Como ocurrió con Pausanias.

[475] Sigo la interpretación de PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 66, nota 2 (la traducción literal es «y para Pausanias fue reservado y otorgado diez de todo»), quien indica que «nous avons ici, comme au 1. IV 88, une locution, une hyperbole, proverbiale: Pausanias reçut des dons de choix, au décuple de ce qui aurait pu suffire à le récompenser, c'est-à-dire en grande abondance».

Contraste entre el lujo persa y la austeridad espartana

82 Y por cierto que, según cuentan, ocurrió también lo siguiente: al huir de Grecia, Jerjes le dejó sus enseres [476] a Mardonio. Pues bien, cuando Pausanias vio que los enseres de Mardonio se hallaban rebosantes de piezas de oro y plata, y de manteles recamados, ordenó a los panaderos y cocineros [477] que prepararan un banquete tal y como solían servírselo a Mardonio [478].
2 Y, una vez que los criados hubieron cumplido sus órdenes, Pausanias, al contemplar divanes de oro y de plata primorosamente tapizados, mesas de esos mismos metales y la soberbia suntuosidad del festín, se quedó atónito con el lujo que ante sí tenía y, para divertirse, ordenó a sus servi-
3 dores que preparasen un banquete a la laconia [479]. Una vez lista la comida, y como quiera que la diferencia era sensible, Pausanias se echó a reír y mandó llamar a los generales griegos; y, cuando estuvieron reunidos, Pausanias les dijo, haciendo hincapié en la suntuosidad de uno

---

[476] Cf. nota IX 409. La anécdota que ahora cuenta Heródoto se halla en aparente contradicción con el saqueo de la tienda de Mardonio por parte de los tegeatas (cf. IX 70, 3), por lo que posiblemente nos encontramos ante tradiciones de distinto origen.

[477] Debían de tratarse de servidores de Mardonio que no habían muerto durante la conquista del fuerte y que habrían pasado a ser propiedad de los vencedores.

[478] Sobre la exquisitez culinaria de los persas, cf. I 133, 1-2.

[479] El plato principal de las *sisitias* espartanas (las comidas que se realizaban en común y que eran obligatorias para todos los espartiatas mayores de veinte años) consistía en una 'sopa negra' (cf. Ateneo 139), compuesta por carne de cerdo guisada con sangre y condimentada con sal y vinagre. Vid., en general, A. J. Holladay, «Spartan austerity», *Classical Quarterly* 27 (1977), págs. 111 y sigs., para la frugalidad de la vida en Esparta (una austeridad con la que Heródoto simpatizaba; cf. G. L. Huxley, «Herodotos on myth and politics in early Sparta», *Proceedings Royal Irish Academy* 83 (1983), págs. 1 y sigs.).

y otro festín: «Griegos, la razón de que os haya convocado estriba en que quiero mostraros la insensatez del Medo, quien, pese a disponer de medios de vida como los que aquí véis, ha venido a nuestra patria para arrebatarnos los nuestros, que son tan míseros[480]». Esto fue, según cuentan, lo que Pausanias dijo a los generales griegos[481].

[480] Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 194), «il commento di Pausania al confronto dei due tipi di pasto si ispira a una tematica presente anche altrove, in punti cruciali delle *Storie:* quella della ricchezza e del benessere come fonti di rammollimento e debolezza, contrapposti alla miseria e al bisogno che sono invece fonti di iniziativa e di intelligenza, e quindi di potenza. A I 155, Creso consiglia Ciro di far godere ai lidi una vita agevole e molle, per impedire così che nasca in essi qualunque spirito di ribellione. Nell'ultimo capitolo delle *Storie* (IX 122), Ciro istituisce un ferreo rapporto di causa ed effetto tra il miglioramento delle condizioni di vita dei persiani (con lo stabilirse in sedi più confortevoli) e la loro inevitabile decadenza da padroni a soggetti». Cf., asimismo, H. G. Avery, «Herodotus' Picture of Cyrus», *American Journal of Philology* 93 (1972), pág. 534.

[481] El episodio polemiza con la tradición propersa de Pausanias, quien, a partir de 478 a. C., ejerció una autoridad cuasitiránica (cf., *supra,* V 32) que exasperó a los aliados, acabó intrigando con los persas, de quienes adoptó sus hábitos, y fue condenado por los espartiatas, muriendo bloqueado en un santuario en el que se había refugiado; cf. Tucídides, I 95; 128-134; y P. J. Rhodes, «Thucydides on Pausanias and Themistocles», *Historia* 19 (1970), págs. 387 y sigs.

83 *Recogida y sepelio de los caídos* Con todo [482], cierto tiempo después de los hechos que he narrado, muchos plateos encontraron también cofres [483] llenos de oro, plata y otras riquezas. Y, con posterioridad incluso a estos acontecimientos, se hizo asimismo el siguiente descubrimiento [484]:
2 cuando los cadáveres quedaron descarnados, y como quiera que los plateos estaban reuniendo los huesos en un determinado lugar, se encontró un cráneo que no poseía la menor sutura [485], sino que estaba formado por un único hueso; y también aparecieron una mandíbula —concretamente, un maxilar superior—, cuyos dientes constituían una sola pieza [486] (es decir que todos ellos, tanto los dientes propiamente dichos como las muelas, estaban formados por un único hueso), y un esqueleto humano de cinco codos de altura [487].

---

[482] La contraposición parece referirse a lo narrado en el capítulo 80, con lo que estaríamos ante una evidencia de interpolaciones en el armazón general del relato debidas al propio Heródoto (cf. C. Schrader, en J. A. López Férez, *Historia de la literatura griega...*, pág. 515).

[483] Que quizá habían sido enterrados por los hilotas (cf. IX 80, 3), con la intención de recuperarlos posteriormente; aunque también puede tratarse de exageraciones orales ante la grandiosidad de la expedición persa (cf. nota VII 901).

[484] El texto (que, hasta la frase inicial del capítulo 85, ha sido atetizado por algunos editores) presenta una serie de problemas lingüísticos y textuales que han permitido pensar en la existencia de una laguna (cf. A. Masaracchia, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 195). No obstante, sigo, en líneas generales (cf. pág. 240), la lectura de Hude.

[485] Para semejantes peculiaridades óseas en diversos personajes de la Edad Moderna, cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 324.

[486] Lo mismo indican Plinio (*Hist. Nat.*, VII 69), a propósito del hijo de Prusias, rey de Bitinia, y Plutarco (*Pirro* 3, 6), respecto a Pirro.

[487] Algo más de 2,20 m.

Pese a que, de hecho, el cadáver de Mardonio desapa- 84
reció un día después de la batalla [488], no puedo precisar
con exactitud quién fue el autor material de su desapari-
ción, si bien ya he oído decir de una serie considerable
de personas, de diversas nacionalidades, que fueron ellas
quienes enterraron a Mardonio, y conozco a muchos suje-
tos que, por este motivo, han recibido de su hijo Arton-
tes [489] importantes recompensas. No obstante, no he logrado 2
averiguar a ciencia cierta quién de ellos fue el que sustrajo
el cadáver de Mardonio y le dio sepultura, aunque circula
el rumor de que quien lo hizo fue Dionisófanes de Éfeso [490].

Sea como fuere [491], lo cierto es que Mardonio recibió 85
sepultura. Por su parte los griegos, tras haberse dividido
el botín, enterraron a sus muertos en Platea, efectuándolo

---

[488] Como indica PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 68, nota 1), «le chapitre 84 est hors de sa place, de la place que, s'il ne l'a jamais occupée, devait lui destiner Hérodote: à la suite des chapitres 78-79. Là, il compléterait l'histoire posthume de Mardonios, et s'intercalerait à son rang chronologique; la démarche précipitée de Lampon est du soir même de la bataille; la disparition du cadavre de Mardonios a été constatée dès le lendemain; ce n'est qu'un peu plus tard qu'on a procédé à la collecte régulière et au partage du butin (ch. 80-81). Le chapitre 84, où l'auteur fait état de renseignements recueillis probablement à des époques différentes et en différents lieux, put être rédigé indépendamment de ce qui l'entoure dans notre texte».

[489] Salvo esta referencia de Heródoto, no contamos con información adicional sobre este hijo de Mardonio.

[490] Resulta poco clara la presencia de un jonio entre las fuerzas de Mardonio en Platea (PAUSANIAS, IX 2, 2, indica, además, que todos los presuntos responsables de la desaparición y posterior sepelio del cadáver de Mardonio eran jonios).

[491] Sigo la conjetura (no incorporada a la edición) de Hude. Adoptando la lectura de los manuscritos *(toioútōi)*, la traducción sería: «el caso es que así recibió sepultura Mardonio», haciendo referencia a que fue enterrado clandestinamente.

cada Estado por separado. Los lacedemonios hicieron tres
fosas, sepultando en una a los *irenes*[492], entre cuyos restos
figuraban también los de Posidonio, Amonfáreto, Filoción
2 y Calícrates[493]; en una de las tumbas descansaban, pues,
los *irenes*, en otra los demás espartiatas[494], y en la tercera
los hilotas. Así fue como los lacedemonios enterraron a
sus muertos, en tanto que los tegeatas sepultaron a los su-
yos todos juntos en otra tumba[495]; y lo propio hicieron

[492] El término (que es una conjetura de Valckenaer, frente al *iréas* que transmiten los códices, y que H. Diels, *Klio* 13 (1913), pág. 314, explicaba como una versión itacista de *ēréas*, la supuesta forma laconia de *hḗrōs*, «héroe»; cf., sin embargo, R. F. Willets, «Herodotos IX 85, 1-2», *Mnemosyne* 33 (1980), págs. 272 y sigs., para otra posible lectura) designa a los jóvenes espartanos mayores de veinte años y menores de treinta, que no podían aún fundar una familia ni tomar parte en las sesiones de la *apélla*, cuyo número debía de ser importante en el ejército lacedemonio (cf. Plutarco, *Licurgo* 17, 2-3; y H. I. Marrou, «Les classes d'âge de la jeunesse spartiate», *Revue Études Anciennes* 48 (1946), págs. 216 y sigs.).

[493] No porque estos espartiatas fueran *irenes* (al menos, Amonfáreto, en su condición de comandante del batallón de Pitana [cf. IX 53, 2], es seguro que no habría pertenecido a dicho grupo), sino porque habían sido los más destacados. Como los *irenes* debían servir de ejemplo a los adolescentes de Esparta, es posible que los lacedemonios decidieran sepultarlos junto a los que más se habían distinguido en Platea, a fin de que la juventud se sintiera impelida a imitar, en el futuro, su comportamiento. Sobre Posidonio, Filoción y Calícrates, cf. IX 71-72.

[494] Quizá esta segunda tumba contenía también los restos de los hoplitas periecos (cf. IX 11, 3), a quienes Heródoto no menciona en esta relación. Cf., sin embargo, W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 325, para otra hipótesis, al considerar que «seems more likely that the first tomb contained all the Spartiates (the majority of whom may have been irens), the second the Perioeci, and the third the Helots».

[495] En época de Pausanias (IX 2, 5) sólo se conservaban tres tumbas (una de los espartanos —las tres fosas que menciona Heródoto podían

los atenienses con sus caídos [496], al igual que los de Mégara y Fliunte con las bajas que sufrieron ante los ataques
de la caballería [497]. Las tumbas de todos los Estados que 3
he citado contenían, en suma, restos humanos; en cambio, todos los demás Estados, cuyas sepulturas pueden asimismo verse hoy en día en Platea, se sintieron avergonzados por no haber tomado parte en la batalla y, según mis averiguaciones, erigieron por su cuenta túmulos vacíos pensando en las generaciones venideras [498] (por ejemplo, en Platea hay un túmulo que recibe el nombre de «tumba de los eginetas» [499], tumba que, según he oído decir, erigió, diez años después de los hechos que nos ocupan y a petición de los eginetas, Cléades de Platea, hijo de Autódico, que era *próxenos* [500] de estos últimos).

---

pertenecer a una única tumba—, otra de los atenienses, y otra común para los demás griegos), que se hallaban a la entrada de la ciudad de Platea.

[496] Pese a que Tucídides (II 34, 5) indica que, con la única excepción de Maratón, los atenienses siempre enterraban a sus caídos en su patria, es posible que semejante medida sólo hubiese tenido carácter oficial a partir del año 465/464 a. C. (cf. A. W. Gomme, *A historical commentary on Thucydides...*, II, págs. 94 y sigs.), y en el caso de Platea fueran sepultados en el escenario de la batalla (cf. N. Robertson, «The collective burial of fallen soldiers...», págs. 78 y sigs.).

[497] Cf. IX 69, 2.

[498] Para dar la apariencia de que habían estado presentes en Platea y de que habían sufrido bajas.

[499] Volvemos a encontrarnos (cf. nota IX 465) con una tradición antiegineta (enérgicamente rechazada por Plutarco, *De Herod. malignitate* 42), ya que, en Platea, combatieron quinientos hoplitas de Egina (cf. IX 28, 6). Es posible que los efectivos griegos que habían integrado el centro del ejército en la 'segunda posición' (a los que pertenecían, entre otros, megareos y fliasios) erigieran una sepultura común (recordada por Pausanias, IX 2, 5) y que luego cada Estado levantara un cenotafio por sus caídos. El historiador, pues, influido por sus fuentes, incurre, citando el ejemplo de los eginetas, en la llamada «falacia de causa común».

[500] Cf. nota VIII 708, y M. B. Wallace, «Early Greek proxenoi», *Phoenix* 24 (1970), págs. 189 y sigs.

86 *Los griegos asedian Tebas exigiendo la entrega de los filopersas*

El caso es que, en cuanto hubieron sepultado a sus muertos en Platea, los griegos mantuvieron un cambio de impresiones [501] y decidieron marchar contra Tebas, para exigirles a los tebanos la entrega de quienes habían abrazado la causa de los medos [502] (sobre todo de Timegénidas y Atagino [503], que eran los principales cabecillas), pues, si así no lo hacían, ellos no pensaban levantar el asedio de la ciudad hasta haberla destruido.
2 Una vez tomada esa resolución, y a su llegada a Tebas justo diez días [504] después de la batalla, sitiaron la plaza, instando a sus habitantes a que les entregasen a los personajes en cuestión; pero, en vista de que los tebanos se negaban [505] a entregárselos, se dedicaron a devastar su territorio y a realizar ataques contra la muralla.

---

[501] En el curso de las mismas se insertaría el *psêphisma* de Aristides (cf. PLUTARCO, *Arístides* 21, 1-2), para proseguir la lucha contra los persas; un decreto que la crítica moderna tiende a considerar apócrifo (cf. CHR. HABICHT, «Falsche Urkunden zur Geschichte Athens...», págs. 1 y sigs.

[502] Los aliados, presumiblemente, también debieron imponer a los tebanos una sanción económica; cf. VII 132, 2; G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 665 y nota; y P. A. BRUNT, «The Hellenic League against Persia», *Historia* 2 (1953), págs. 136 y sigs.

[503] Cf., respectivamente, IX 38, 2 y IX 15, 4.

[504] Como en anteriores fases de la campaña de 479 (cf. nota IX 257), Heródoto sigue agrupando las operaciones en períodos de diez días, cosa que repite al comienzo del capítulo siguiente (el asedio dura veinte días; o diez, si el referente general sigue siendo el día en que se libró la batalla de Platea).

[505] Pues en Tebas ejercía el poder una oligarquía a la que pertenecían Timegénidas y Atagino (cf. nota IX 248; TUCÍDIDES, III 62, 3; PLUTARCO, *Arístides* 18; *De Herod. malignitate* 31; PAUSANIAS, IX 6, 2), aunque en la ciudad no habían faltado partidarios de oponerse a los persas (cf. DIODORO, XI 4; U. COZZOLI, «La Beozia durante il conflitto tra l'Ellade e la Persia»..., págs. 264 y sigs.).

Y, como quiera que los sitiadores no cejaban en sus 87
saqueos, al cabo de veinte días Timegénidas les dijo a los tebanos lo siguiente: «Tebanos, dado que los griegos han tomado la decisión de no poner fin al asedio hasta haber destruido Tebas o hasta que nos hayáis puesto en sus manos, es indudable que Beocia no debe seguir sufriendo más
calamidades por nuestra causa: si lo que desean es dinero 2
y su exigencia de que les seamos entregados constituye un pretexto, démosles dinero de los fondos del Estado (pues, al abrazar la causa de los medos, no lo hicimos a título particular, sino contando con la aprobación del Estado [506]); ahora bien, si su asedio responde a que realmente nos quieren a nosotros, nos prestaremos a someternos a un proceso [507]». Los tebanos consideraron muy atinadas y oportunas sus palabras y, de inmediato, le hicieron saber a Pausanias, por medio de un heraldo, que estaban dispuestos a entregarle a las personas requeridas.

Una vez de acuerdo en estas condiciones [508], Atagino 88
huyó de la ciudad; y, aunque sus hijos fueron conducidos

---

[506] Como observa R. W. Macan (*Herodotus...*, I, pág. 774), «the juristic principle here asserted by this oligarchic traitor [pero cf. nota IX 10] is of considerable interest, viz. that the individual citizen cannot be held responsible for the common fault, the crime or error of the community, even though he himself be its author or proposer. It is a plausible maxim, which easily lends itself to sophistry; its employment shows a considerable development of political reflexion». Cf., asimismo, A. Dihle, «Herodot und die Sophistik», *Philologus* 106 (1962), págs. 207 y sigs.

[507] A fin de que su entrega no fuese incondicional. Vid., en general, F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, Santiago de Compostela, 1975, I, págs. 210 y sigs.

[508] Que posiblemente no se limitaron a la entrega de los oligarcas propersas, sino que, además de la sanción económica correspondiente, incluirían el reconocimiento por Tebas de la autonomía de las ciudades beocias (el liderazgo de Platea en la zona en los años siguientes se expli-

a presencia de Pausanias, éste los eximió de culpa, alegando que unos niños no eran en absoluto culpables de haber cooperado con los medos. Por lo que a los demás personajes que le entregaron los tebanos se refiere, creían que iban a ser sometidos a juicio y estaban plenamente seguros de conseguir su absolución a fuerza de dinero [509]. Pero, cuando los tuvo en su poder, Pausanias, sospechando que era eso lo que proyectaban hacer, licenció a la totalidad de los efectivos aliados [510] y condujo a sus prisioneros a Corinto, donde mandó ejecutarlos [511].

Esto fue lo que ocurrió en Platea y en Tebas [512].

---

caría con arreglo a ello) y la sustitución de las oligarquías por gobiernos moderados. Cf. R. J. BUCK, «The Athenian domination of Boeotia», *Classical Philology* 65 (1970), págs. 217 y sigs.; y M. AMIT, «The Boeotian confederation during the Pentekontaetia», *Rivista storia dell'Antichità* 1 (1971), págs. 49 y sigs.

[509] La venalidad se hallaba muy extendida en Grecia (cf. TUCÍDIDES, VIII 45), particularmente —dado el carácter de nuestras fuentes— entre los espartanos (cf., *supra*, III 56; VI 72; TUCÍDIDES, V 16; VIII 5; ARISTÓTELES, *Política* II 9, 1270b; PLUTARCO, *Pericles* 22), y el propio Pausanias acabaría incurriendo en ella (cf. TUCÍDIDES, I 131).

[510] Algunos efectivos (como atenienses, eginetas o megareos) pudieron haber sido licenciados una vez concluido el sitio de Tebas, pero los peloponesios se debieron dirigir al Istmo antes de regresar a sus respectivas ciudades.

[511] La acción de Pausanias habría violado, aparentemente, los términos del acuerdo con los tebanos, por lo que es posible que los prisioneros fueran juzgados en el Istmo por orden del Consejo de aliados (cf. VII 172, 1; 173, 4; 175, 1; 195), y que Pausanias se limitara a cumplir la sentencia del tribunal. No obstante, se han propuesto otras interpretaciones.

[512] Como ya es habitual (cf. nota VIII 2), Heródoto, pese a la relación existente en la Segunda Guerra Médica entre las operaciones navales y terrestres, no las temporaliza simultáneamente. Por eso, y una vez concluida la campaña de Platea, pasará a continuación (tras un seguimiento de la retirada de Artabazo, en el capítulo siguiente, por las razones apuntadas en nota VIII 650) a narrar la de Mícala.

Regreso de Artabazo a Asia

Entretanto Artabazo, hijo de Fárnaces, 89 que proseguía su huida tras abandonar Platea [513], se encontraba ya bastante lejos. Y, a su llegada a Tesalia, los habitantes de la zona [514] lo agasajaron con un banquete de bienvenida y le preguntaron por el resto del ejército, pues no sabían nada de lo acaecido en Platea.
Entonces Artabazo, al comprender que, si pretendía con- 2
tarles la pura verdad de lo ocurrido en la campaña, iba a correr el peligro —y con él sus tropas— de perder la vida (pues suponía que, al enterarse de lo sucedido, toda aquella gente lo atacaría), al tener en cuenta, insisto, estas consideraciones, que ya le indujeron a no revelar nada a
los focenses [515], les dijo a los tesalios lo que sigue: «Como 3
véis, tesalios, me apresuro a dirigirme a Tracia [516] a marchas forzadas y con arduo empeño, pues, en unión de las

[513] Cf. IX 66.

[514] El relato sobre la retirada de Artabazo se halla plagado de contradicciones e inverosimilitudes (sin duda, por el carácter de los informadores del historiador sobre el particular; cf. nota VIII 650), ya que los supervivientes de la caballería tesalia —que había combatido en Platea junto a Mardonio— debieron alcanzar la región antes que las tropas persas (y, en todo caso, la noticia del resultado de la batalla hubo de preceder al avance de Artabazo). Si, por otra parte, los tesalios aquí aludidos eran partidarios de los griegos, y no de los Alévadas (cf. VII 174; y A. Westlake, «The medism of Thessaly»..., págs. 12 y sigs.), resulta poco convincente la afable acogida que recibieron los persas.

[515] Región que había atravesado antes de alcanzar Tesalia y en la que los sentimientos filopersas no eran muy acusados; cf. IX 31, 5, y nota IX 102. Vid., asimismo, H. Schaefer, «Das Problem der griech. Nationalität», *X Congr. internaz. di scienze storiche*, Roma, 1955, páginas 719 y sigs.

[516] Artabazo aparenta que su objetivo es Tracia (y no Macedonia o la Calcídica), porque la zona se hallaba lo suficientemente lejos para que los tesalios pudieran ignorar las razones de su misión.

tropas que aquí me acompañan, se me ha enviado desde el cuartel general a cumplir cierta misión. Pero el propio Mardonio, así como su poderoso ejército, avanza tras mis pasos, por lo que podéis considerar inminente su llegada. Agasajadlo también a él y mostráos amables con su perso-
4 na, pues, si así lo hacéis, a la larga no os pesará». Dicho esto, reemprendió, sin perder un instante, la marcha con sus tropas, atravesando Tesalia y Macedonia en dirección a Tracia, con verdadera prisa y por la ruta continental más corta [517]. Finalmente, llegó a Bizancio [518] después de haber dejado tras de sí a muchos integrantes de su ejército, que, durante el trayecto, fueron diezmados por los tracios o que resultaron víctimas del hambre y la fatiga. Y, desde Bizancio, cruzó el estrecho a bordo de unas embarcaciones.

Los samios apelan a la flota griega para que libere Jonia

90 Así fue como Artabazo regresó a Asia. Y resulta que, el mismo día en que se produjo el desastre persa en Platea, tuvo también lugar el que sufrieron en Mícala [519], en Jonia. El caso es que, mientras la flota griega, que había llegado a Delos acompañada del

[517] Probablemente, desde Terme, a orillas del golfo Termeo (cf. nota VII 580), cruzaría la Calcídica, en dirección a Eyón, por la posterior Via Egnatia (una ruta que ya había sido seguida, en dirección contraria, por uno de los cuerpos de ejército de Jerjes el año anterior; cf. D. Müller, «Von Doriskos nach Therme. Der Weg des Xerxes-Heeres durch Thrakien und Ostmakedonien», *Chiron* 5 (1975), págs. 1 y sigs.).

[518] Artabazo debió dirigirse al Bósforo porque el Helesponto se hallaba bajo control ateniense (cf. IX 114). E. Obst, *Der Feldzug des Xerxes*, Leipzig, 1914, págs. 211 y sigs., justificaba la no intervención de Artabazo en Sesto, cuando la plaza estaba siendo asediada por las tropas griegas, debido a las órdenes que habría recibido de regresar cuanto antes a Asia, ante los acontecimientos levantiscos que estaban teniendo lugar en la zona de Babilonia.

[519] Promontorio (de 1255 m. de altura) de Asia Menor situado frente

lacedemonio Leotíquidas, permanecía anclada en la isla [520], se presentaron ante los aliados unos emisarios de Samos (se trataba de Lampón, hijo de Trasicles, Atenágoras, hijo de Arquestrátida, y Hegesístrato, hijo de Aristágoras [521]), que habían sido comisionados por los samios a espaldas de los persas y del tirano Teoméstor, hijo de Androdamante, a quien los persas habían nombrado tirano de Sa-

---

a la isla de Samos, de la que lo separa un canal de unos 2 km. de anchura. Sobre el sincronismo a que alude Heródoto, cf. IX 100, 2.

[520] La campaña naval del año 479 aparece narrada en la *Historia* en dos secciones separadas entre sí por más de cien capítulos. Los pormenores de la concentración naval aliada en Egina, y su avance hasta Delos, se relatan en VIII 130-132; y, como señala C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 249), «Herodotus is never at his best when describing naval operations, and was apparently not very interested in those of 479, which he perhaps felt as an anti-climax after the great seafights of the previous year». Sobre los efectivos navales con que contaban griegos y persas, cf. notas VIII 670 y 673. Leotíquidas (cf. nota VIII 675) era el *navarco* (cf. nota VIII 674, y R. SEALEY, «Die spartanische Nauarchie», *Klio* 58 [1976], págs. 335 y sigs.), siendo Jantipo (cf. nota VIII 680) uno de los estrategos del contingente ateniense, que no debía de ser muy numeroso (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, II, pág. 717; ED. MEYER, *Geschichte des Altertums...*, III, págs. 402 y sigs.).

[521] Estos personajes sólo son conocidos por su intervención en este episodio. Que Heródoto mencione los nombres y patronímicos de los integrantes de la delegación samia (cuando sólo cita, en VIII 132, a uno de los miembros de la comisión quiota que se había trasladado a Esparta y Egina con idéntico propósito al que aquí guía a los samios) puede deberse a sus estrechas relaciones con Samos, donde el historiador había estado refugiado (hacia 468/467; cf. EUSEBIO, *Chron.: Ol.* 78, 1), al fracasar la conspiración urdida para derrocar a Lígdamis, el tirano de Halicarnaso, en la que la familia del historiador debió de estar involucrada (cf. A. HAUVETTE, *Hérodote historien...*, pág. 13; F. JACOBY, *RE...*, col. 229). En general, vid. O. PESSL, *Der Samierlogos Herodots*, Graz, 1967; y B. M. MITCHELL, «Herodotus and Samos», *Journal of Hellenic Studies* 95 (1975), págs. 75 y sigs.

2 mos [522]. Cuando los samios estuvieron ante los generales, Hegesístrato pronunció un largo y prolijo [523] discurso, indicando que, sólo con verlos, los jonios se sublevarían contra los persas [524], y que los bárbaros no les iban a presentar batalla [525], pues, si se daba la circunstancia de que lo hacían, los aliados no podrían encontrar otra presa más fácil. En nombre de los dioses que les eran comunes, los instó, pues, a librar de la esclavitud a unos pueblos griegos
3 y a rechazar al Bárbaro, asegurándoles que la empresa les iba a resultar sencilla, dado que los navíos persas eran poco veleros [526] y no se hallaban en condiciones de rivalizar con los suyos. Y añadió que, si los aliados abrigaban la más mínima sospecha de que los pudieran atraer a una

---

[522] Por su destacada actuación en Salamina (cf. VIII 85, 3), con lo que hacía poco que se hallaba al frente de la isla; cf. Ed. Will, «Notes sur les régimes politiques de Samos au Ve siècle», *Revue Études Anciennes* 71 (1969), págs. 305 y sigs.

[523] En el discurso indirecto de Hegesístrato aparece, por ejemplo, seis veces un mismo pronombre *(autós)*, en diferentes casos, referido, respectivamente, a los samios, a los griegos, a los samios, a los griegos nuevamente, a los persas y otra vez a los samios.

[524] Es posible que, tras haberse negado a avanzar más allá de Delos (cf. VIII 132, 2-3), Leotíquidas recibiera garantías fidedignas de que Jonia iba a sublevarse contra los persas (cf. G. Harris, *Ionia under Persia, 547-477 B. C.*, Evanston, 1971, págs. 168 y sigs.). Pero su avance pudo responder también a una estrategia previamente decidida por los griegos, a fin de forzar a Mardonio a presentar batalla en Grecia.

[525] Los samios, dado que parte de la flota persa había invernado en su isla (cf. VIII 130, 1), debían de estar al corriente de la baja moral que reinaba entre las dotaciones (cf. VIII 130, 3).

[526] Como semejante apreciación está en contra (cf. nota VIII 54) de la afirmación de Temístocles en VIII 60 *a*, hay que suponer que la ausencia de naves fenicias en el bando persa (cf. IX 96, 1) dejaba a estos últimos en inferioridad técnica (aunque no hay que descartar una exageración 'jonia' [cf. III 46] en labios de Hegesístrato).

trampa, ellos tres estaban dispuestos a embarcarse a bordo de sus naves en calidad de rehenes [527].

Y, como el samio insistía mucho en su petición, Leo- 91
tíquidas (bien fuera porque deseara averiguarlo para obtener un presagio [528], bien fuera por una feliz casualidad de inspiración divina [529]) le preguntó: «Extranjero samio, ¿cuál es tu nombre?» Y el otro respondió: «Hegesístrato».
Entonces Leotíquidas dejó a Hegesístrato —si es que este 2
último se disponía a seguir hablando— con la palabra en la boca, y exclamó: «Acepto el augurio [530], extranjero samio. Pero, antes de volver a embarcaros, haced el favor de darnos vuestra palabra, tanto tú como quienes te acompañan en esta misión, de que los samios serán decididos aliados nuestros».

Decirlo Leotíquidas y tener lugar la ceremonia fue 92
todo uno, pues de inmediato los samios juraron lealtad a su alianza con los griegos [531].

---

[527] Cf. nota VIII 475.

[528] En la Antigüedad los antropónimos tenían, cuando se escuchaban inopinadamente, la consideración de presagios. Cf., *supra*, VI 50, 2; VII 180; TÁCITO, *Hist.*, IV 53; y, sobre todo, la anécdota que narra CICERÓN (*De Div.*, I 46) sobre Lucio Emilio Paulo, quien, antes de enfrentarse a Perseo, halló en su casa a una hija suya de corta edad abatida: «Quid est, inquit, mea Tertia? Quid tristis es?' 'Mi pater, Persa periit'. Tum ille arctius puellam complexus. 'Accipio, inquit, mea filia, omen'. Erat autem mortuus catellus eo nomine».

[529] El pasaje es importante porque revela que la etiología histórica de Heródoto no se resuelve en un sentido exclusivamente teonómico o en uno exclusivamente antroponómico (cf. A. MADDALENA, *Interpretazioni erodotee*, Padua, 1942, pág. 68).

[530] Pues Hegesístrato es un compuesto bitemático que significa «guía del ejército».

[531] Cf. nota IV 690, y R. LONIS, «La valeur du serment dans les accords internationaux en Grèce classique», *Dialogues Histoire Ancienne* 6 (1980), págs. 267 y sigs. La lealtad, por parte de los samios enemigos

2 Tras esta formalidad, los samios se hicieron a la mar... [532], dado que Leotíquidas, considerando que su nombre constituía un presagio, dispuso que Hegesístrato navegara con ellos. Los griegos, por su parte, dejaron transcurrir aquella jornada y, al día siguiente, ofrecieron un sacrificio propiciatorio [533] que, en su condición de adivino de la flota, ofició Deífono, hijo de Evenio, un natural de Apolonia (la Apolonia situada en el Golfo Jonio [534]), a cuyo padre le había sucedido el incidente que paso a relatar.

---

de los persas, debe de referirse a la campaña entonces en curso, y la inclusión efectiva en la *symmachía* (cf. nota III 193) al momento en que todos los samios hubieran alcanzado la libertad (cf. IX 106, 4).

[532] El texto debe presentar una laguna, ya que, de acuerdo con los manuscritos, hay una contradicción entre la frase «los samios se hicieron a la mar» *(hoi mèn apépleon),* que se refiere a todos los comisionados de Samos, y la frase siguiente, donde se indican las razones para que Hegesístrato se quedara con los aliados. Cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 88, nota 4, que propone incluir «salvo Hegesístrato» (aunque se han adoptado otras soluciones).

[533] Cf. nota VII 809.

[534] El mar Adriático (cf. VI 127, 2), a orillas del cual se encontraba Apolonia (la especificación tiene por objeto [cf., asimismo, Pausanias, V 22, 3] distinguirla de la ciudad del mismo nombre —en la Antigüedad, sin embargo, y por la extensión del culto a Apolo, había una veintena de localidades así denominadas— situada en Tracia, a orillas del Ponto Euxino; cf., *supra,* IV 90, 2; 93), una colonia de Corinto (cf. Tucídides, I 26) fundada al sur de Iliria en tiempos de Periandro (cf. Plutarco, *Moralia* 522), tirano que rigió Corinto entre 625 y 585 a. C. (cf. nota III 250). Apolonia, uno de los puntos terminales de la Via Egnatia en época romana (el otro era Epidamno), tuvo importancia en el comercio del ámbar (cf. nota III 589), como parece revelar el mito de las ofrendas de los hiperbóreos a Delos (cf. IV 33).

Historia de Evenio

En la citada Apolonia hay unos rebaños consagrados al sol[535] que, durante el día, pacen a orillas de un río (el que procede del monte Lacmón[536] y atraviesa la región de Apolonia, desembocando en el mar en las inmediaciones del puerto de Orico[537]), mientras que, de noche, se encargan de custodiarlos, a razón de un año por persona, individuos escogidos para tal menester, que pertenecen a las familias más distinguidas 93

[535] El sol es identificado aquí con Apolo (el patrón de Apolonia), en su condición de dios de la luz (cf. W. Burkert, *Structure and History in Greek Mythology and Ritual,* Berkeley-Los Ángeles, 1979, págs. 88 y sigs.), y el ganado (ovejas y/o cabras [cf. nota VIII 717]; seguramente en un número que se correspondería con los días del año; cf. *Odisea,* XII 127 y sigs.; *Himno a Apolo* 412) está consagrado a la divinidad por su relación con el mundo pastoril, del que derivan un serie de epítetos al efecto que se conocen de este dios (cf. Píndaro, *Pít.* IX 64; Macrobio, I 17, 45). Como señala G. Strasburger (*Lexikon frühgr. Geschichte...,* pág. 48), «die... Legende erklärt die apollinische 'Inspirationsmantik', die in Apollonia geübt wurde; die darin vorkommende heilige Schafherde, die Wölfe, die Höhle haben etwas mit der Unterwelt und dem 'Jenseits' zu tun, gehören zum uralten Typ der Geschichten vom Herdenraub». Cf., asimismo, K. Meuli, *Gesammelte Schriften,* Basilea-Stuttgart, 1975, II, págs. 660-661.

[536] Un monte (de 2.295 m. de altura) perteneciente a la cordillera del Pindo y situado a unos 170 km. al sureste de Apolonia.

[537] Localidad situada a casi 50 km. al sur de Apolonia. El río al que se refiere Heródoto (que debe de estar siguiendo un testimonio oral poco escrupuloso con la exactitud geográfica) se trata, probablemente, del Aoo (el actual Vijose), que nace en la vertiente septentrional del monte Lacmón (cf. Hecateo, *F. Gr. Hist.* 1, frs. 102B y C; Esteban de Bizancio, s.v. *Lákmōn*) y, tras un curso en dirección Noroeste, desemboca a unos diez km. al suroeste de Apolonia (pero bastante al norte de Orico, por lo que se han propuesto otras identificaciones).

de la ciudad por su posición y alcurnia [538]; pues lo cierto es que los de Apolonia, en virtud de cierto oráculo [539], conceden gran importancia a los rebaños en cuestión, que pasan la noche en una gruta situada bastante lejos de la
2 ciudad. Pues bien, allí era donde los custodiaba el tal Evenio, que aquel año había sido escogido para dicho cometido. Pero en cierta ocasión se quedó dormido cuando estaba de guardia y en la gruta penetraron unos lobos que mataron a unas sesenta cabezas de ganado. Al percatarse, Evenio guardó silencio y no se lo contó a nadie, ya que tenía la intención de comprar otros animales y reemplazar
3 a los que habían muerto. Sin embargo, como quiera que los de Apolonia no dejaron de advertir lo que había ocurrido (fuera como fuese, el caso es que se enteraron), hicieron comparecer a Evenio ante un tribunal y, por haberse quedado dormido mientras estaba de guardia, lo condenaron a perder la vista [540]. Pero, nada más haberle cau-

---

[538] Según Aristóteles (*Política* IV 3, 1290b), los ciudadanos que en Apolonia gozaban de plenos derechos políticos eran escasos, y debían descender de los antiguos fundadores de la ciudad. Como la custodia de los rebaños sagrados era un acto cultual, su desempeño constituía un privilegio reservado exclusivamente a la clase dominante, que lo ejercía por turnos.

[539] Cf. nota IX 535; J. Kirchberg, *Die Funktion der Orakel im Werke Herodots...*, págs. 37-38; y H. W. Parke, *The Oracles of Zeus...*, apéndice III, págs. 279 y sigs.

[540] Con arreglo al principio de que el castigo tenía que estar en consonancia con la falta, ya que la culpa de Evenio había residido en sus ojos, que se habían cerrado por el sueño (es un tipo de castigo bien representado en los relatos míticos, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Tiresias o Acteón, cuyas cegueras se debieron a que habían contemplado lo que no era lícito: la desnudez de Atenea el primero [cf. Ferécides, *F. Gr. Hist.* 3, fr. 92; Calímaco, *Baño de Palas* 57-133], y de Ártemis el segundo [cf. Apolodoro, III 4, 4; Higinio, *Fab.* 181; Diodoro, IV 81, 3-5; Ovidio, *Met.*, III 138-252]).

sado la ceguera a Evenio, sus rebaños dejaron de ser fecundos y la tierra tampoco les daba fruto [541]. Y las 4
respuestas oraculares que recibieron tanto en Dodona como en Delfos [542], cuando preguntaron la causa de la calamidad que les aquejaba, fueron que [543] habían cometido una injusticia al privar de la vista a Evenio, el guardián de los rebaños sagrados, pues habían sido los propios dioses quienes habían enviado a los lobos [544], de manera que

[541] La prosperidad o desgracia, por intervención divina, siempre afectaba a una comunidad en la fecundidad o esterilidad de la tierra, las mujeres (aquí omitida) y el ganado (cf. SÓFOCLES, *Edipo Rey* 25-27; ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 111); de ahí que la fórmula religiosa y tradicional de imprecación griega hiciera hincapié en esa triple faceta (cf. HESÍODO, *Trabajos* 225-247; ESQUILO, *Euménides* 916-1020).

[542] La consulta, pues, no se limitó a un solo lugar (una praxis habitual que, por ejemplo, aparece también a propósito de Creso [cf., *supra*, I 46 y sigs.] y Mardonio [cf. VIII 133 y sigs.], al enviar al cario Mis a interrogar los oráculos). El primer oráculo consultado habría sido el de Dodona, en Tesprotia (a unos 170 km. al sureste de Apolonia), la sede del más antiguo santuario oracular de Grecia (cf. II 52, 2). Sobre la coincidencia de las respuestas de Dodona y Delfos, cf. R. CRAHAY, *La littérature oraculaire chez Hérodote...*, págs. 83 y sigs., para quien estaríamos ante la reutilización, en una leyenda sacerdotal, de un relato folclórico.

[543] Sigo la lectura de Stein, adoptada por Hude, que secluye del texto una serie de términos. Según lo transmitido por los manuscritos, la traducción sería: «Y, tanto en Dodona como en Delfos, recibieron respuestas oraculares, cuando preguntaron a los profetas la causa de la calamidad que les aquejaba: estos últimos les dijeron que habían cometido...». Pero la alusión a unos profetas se halla en contradicción con lo indicado en II 55 (donde se señala que en Dodona había sacerdotisas) y VIII 36, 2 (donde en Delfos se alude a un solo profeta). Vid., no obstante, PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 90, nota 1, para una justificación del texto de los manuscritos.

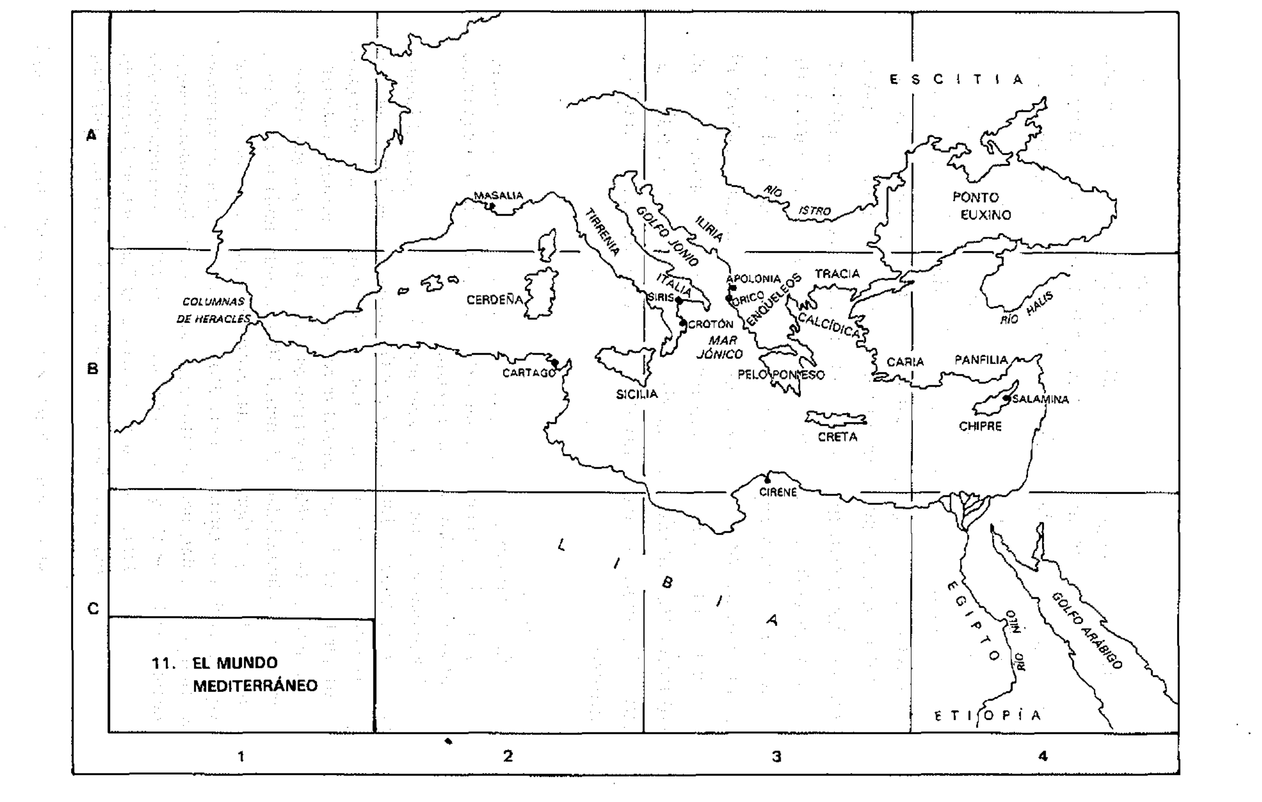
[544] Uno de los epítetos de Apolo era *lýkeios* (*lýkos* = «lobo»), que hay que relacionar con su naturaleza pastoril: Apolo habría sido para

no cejarían en su venganza hasta que los de Apolonia le dieran, por lo que le habían hecho, la indemnización que Evenio prefiriese por estimarla oportuna; y, una vez cumplidos sus deseos, los dioses, a su vez, le concederían a Evenio un don tan importante que muchas personas lo considerarían afortunado por poseerlo.

94 Estas fueron las respuestas que les dictaron los oráculos. Por su parte los de Apolonia las mantuvieron en secreto y encomendaron la resolución del asunto a ciertos conciudadanos suyos, que lo hicieron, a su entera satisfacción, como sigue. Se hallaba Evenio sentado en un banco, cuando fueron a tomar asiento a su lado y empezaron a hablar de otros temas, hasta que acabaron compadeciéndose de su desgracia. Enmascarando así el propósito de su visita, le preguntaron qué indemnización elegiría, en el caso de que los de Apolonia estuvieran dispuestos a concederle una
2 compensación por lo que le habían hecho. Entonces Evenio, que no había oído hablar de la respuesta de los oráculos, se pronunció sobre el particular, diciendo que, si se le entregaban unos campos (y citó por su nombre a los ciudadanos que, según tenía entendido, poseían las dos mejores

---

los pastores el dios que los protegía de los lobos (cf. M. P. Nilsson, *Geschichte griech. Religion...*, I, pág. 538). Como indica A. Masaracchia (*Erodoto. Libro IX...*, pág. 201), «il senso degli oracoli può essere che la divinità non volle esercitare, nel caso in questione, la sua funzione protettrice per punire gli apolloniati di una qualche colpa non specificata. Si ricordi l' Apollo omerico che scatena nel libro I dell' *Iliade* l'epidemia tra le bestie e gli uomini. La risposta però può anche significare soltanto che il dio può compiere atti incomprensibili alla mente umana, come il massacro delle sue stesse greggi, e l' uomo non può e non deve scrutarne la volontà, né pensare di interpretare con le proprie misure i fatti e gli atti della sfera religiosa: come appunto quello che riguarda le bestie sacre». Estamos, en suma, ante un ejemplo más de la religiosidad arcaica que subyace en la obra de Heródoto (cf. nota VIII 392).



11. EL MUNDO MEDITERRÁNEO

fincas que había en Apolonia [545]), además de la casa más suntuosa que, según sabía, había en la ciudad, si pasaba —insistió— a ser dueño de esas posesiones, en lo sucesivo viviría sin guardarles resentimiento, pues con la concesión
3 de esa indemnización se daría por satisfecho. Y, al expresarse él en estos términos, quienes se encontraban sentados a su lado se apresuraron a decirle: «Esa es, Evenio, la indemnización que, conforme a unos oráculos que han recibido, te satisfacen los de Apolonia por haberte dejado ciego». Ante esta manifestación, Evenio, como es natural, montó en cólera, pues, a raíz de la misma, se enteró de toda la historia y se sintió engañado [546]; pero los de Apolonia compraron a sus propietarios las posesiones que él había elegido y se las entregaron. Y, poco después, se vio súbitamente dotado de una singular capacidad de adivinación [547], hasta el extremo de que llegó incluso a hacerse famoso.

---

[545] En el territorio de Apolonia, se entiende. La entidad comarcal de una pólis griega comprendía tanto la capital propiamente dicha como las aldeas y territorios de ella dependientes.

[546] Estamos ante una mentalidad primitiva en la que priva el legalismo, el cumplimiento formal, independientemente de la intencionalidad (cf., asimismo, IV 154; 201). Con todo, en la *Historia* no faltan ejemplos en los que la mera intencionalidad se equipara al hecho consumado (cf., por ejemplo, I 124, 1; 159, 4), y otros en los que se distingue entre voluntariedad e involuntariedad (cf. nota I 104). Los apoloniatas engañan a Evenio al hacer que elija sustancial e irrevocablemente, cuando él cree que se trata de una mera hipótesis. Pero, de haber sabido de antemano la respuesta oracular, podría haber solicitado algo de imposible cumplimiento, con lo que el equilibrio cósmico no se habría restablecido. Cf. J. Kroymann, «Götterneid und Menschenwahn. Zur Deutung des Schicksalsbegriffs im frühgriechischen Geschichtsdenken», *Saeculum* 21 (1970), págs. 166 y sigs.

[547] Ese es el don prometido por Zeus y por Apolo (cf. IX 93, 4),

Así, pues, Deífono, el hijo del tal Evenio, era quien, 95
por haberlo traído los corintios [548], desempeñaba la función de adivino en la flota griega. Sin embargo, también he oído contar al respecto que Deífono ejercía su profesión por Grecia usurpando el nombre de Evenio [549], cuando no era su hijo.

Preliminares y desarrollo de la batalla de Mícala

Tras haber obtenido presagios favora- 96
bles, los griegos abandonaron Delos, arrumbando sus naves con dirección a Samos. Y, al llegar a las inmediaciones de Cálamos [550], en territorio samio, fondearon en dicho lugar, a la altura del templo de Hera [551] que allí se alza, y se prepararon para librar una batalla naval. Por su parte los persas, al tener noticias del avance griego, también hicieron que las naves que les quedaban (pues al contingente fenicio le habían permitido retirarse de la zona [552]) ganaran mar abierto en dirección al continente.

---

y por eso es una capacidad 'singular' (*émphytos* significa aquí «inherente a un individuo», y no «innato»), no un saber adquirido profesionalmente (cf. *Ilíada,* I 72; *Odisea,* XXII 347 y sigs.; PÍNDARO, *Ol.,* VI 65; CICERÓN, *Div.,* I 18).

[548] En su condición de metrópoli de Apolonia; cf. nota IX 534, y, en general, A. J. GRAHAM, *Colony and mother city in ancient Greece,* Chicago, 1983, 2.ª ed., págs. 130 y sigs.

[549] Es decir, utilizándolo como patronímico.

[550] Posiblemente junto a la desembocadura del río Imbraso, en la costa sudoriental de la isla, a unos 4 km. al oeste de la capital, Samos (cf. ALEXIS DE SAMOS, *F. Gr. Hist.* 539, fr. 1, *apud* ATENEO 572f). Desde allí hasta la extremidad occidental de Mícala (el cabo Trogilio) hay 10 km. Cf. D. MÜLLER, *Topographischer Bildkommentar...,* páginas 1030-1031).

[551] Cf. nota III 311. El Hereo se encontraba a 2 km. al oeste de Cálamos.

[552] La ausencia del contingente fenicio en la flota persa plantea uno de los mayores problemas interpretativos de las operaciones navales del

2 Resulta que, al estudiar la situación, decidieron no presentar batalla, pues lo cierto es que no consideraban a sus efectivos parejos a los del enemigo. Se iban a retirar, pues, con rumbo al continente, a fin de ponerse al amparo de sus fuerzas terrestres [553], que se encontraban en Mícala y que habían sido destacadas, a instancias de Jerjes, del grueso del ejército para vigilar Jonia [554]. Los integrantes

---

año 479, ya que, sin sus unidades (las más adiestradas y peligrosas de los efectivos de Jerjes; cf. notas VIII 54 y 336), y sin las de los egipcios (cf. IX 32), la flota persa dependía de la dudosa lealtad de los navíos de los griegos de Asia y de los de los chipriotas que habían escapado de Salamina, así como de los contingentes cilicios, panfilios, licios y carios (cf. apéndice VII al libro VII). Sin duda fue la ausencia de la flota fenicia, al margen de la importante agitación antipersa que debía reinar en Samos, lo que indujo a los almirantes persas a replegarse a Mícala (cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 252), dejando en manos de los griegos una posición tan estratégica como Samos, desde la que se podía controlar la costa jonia. En todo caso, el problema de la no presencia de los efectivos fenicios en Samos, y luego en Mícala, no ha sido satisfactoriamente explicado por la crítica moderna, y las hipótesis al respecto (que hubieran regresado a sus bases tras Salamina, por el temor que sentían a sufrir más represalias (cf. VIII 90, 3) por parte persa después de la derrota, como sugiere A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948, pág. 255 [pero cf. nota VIII 667]; o que hubiesen sido enviados a cumplir otras misiones, como patrullar las costas de Tracia y la Calcídica, para evitar sublevaciones que pusieran en peligro la situación de Mardonio en Grecia, o custodiar el Helesponto, en cuyo caso habría que justificar que no hubiesen acudido en socorro de Sesto, cuando la ciudad fue atacada por los griegos [cf. IX 114 y sigs.]) resultan poco convincentes.

[553] Los persas, en realidad, adoptan la misma estrategia que habían seguido durante la campaña del año 480 (cf. notas VII 1094 y VIII 386): la actuación conjunta de su ejército y su flota.

[554] Las fuerzas terrestres persas debieron de ser acantonadas en Jonia antes de que Jerjes abandonara Asia, en dirección a Grecia, en la primavera del año anterior. Sobre la agitación antipersa en Jonia, que se había

de dicho ejército ascendían a sesenta mil hombres y se hallaban a las órdenes de Tigranes [555], el persa que más descollaba por su apostura y físico [556]. Los jefes de la flota 3
persa habían resuelto, en definitiva, recurrir a la protección de esas tropas y, acto seguido, varar sus naves y rodearlas con una empalizada que salvaguardara los navíos y constituyese un refugio para ellos.

---

visto acrecentada por la derrota naval de Jerjes en aguas de Salamina, cf. C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 252-253; y J. Wolski, «Les Grecs et les Ioniens au temps des guerres médiques», *Eos* 58 (1969-1970), págs. 33 y sigs.

[555] El aqueménida que había estado al frente de la infantería meda (cf. VII 62, 1) y que debió de regresar a Asia con Jerjes. Volvemos a encontrarnos (cf. nota VII 422) con una cifra sexagesimal tópica al evaluar los efectivos persas (de haber contado con el número de tropas que cita Heródoto, los griegos no se habrían atrevido a librar con los persas una batalla en tierra firme). Tigranes tendría a sus órdenes unos diez mil hombres (cf. W. W. Tarn, «The Fleet of Xerxes», *Journal of Hellenic Studies* 28 (1908), pág. 228), a los que se sumarían las dotaciones de las naves.

[556] Cf. nota IX 424; y, *supra,* VII 187, 2.

97 *Ante el avance hasta Samos de la flota griega, los persas se repliegan a Mícala varando sus naves y construyendo una fortificación*

Después de haber tomado esa resolución, los persas se hicieron a la mar. Y, al llegar —una vez rebasado el templo de las Potnias [557] en Mícala— al Gesón y a Escolopunte [558] (donde se encuentra un templo, en honor de Deméter Eleusinia [559], que erigiera Filisto, hijo de Pasicles, cuando acompañó a Nileo, hijo de Codro, con ocasión de la fundación de Mileto [560]), vararon en dicho lugar sus naves y las rodearon con una empa-

---

[557] Las «soberanas», epíteto de Deméter y Perséfone (cf. Sófocles, *Edipo en Colono* 1050; Aristófanes, *Tesmoforiantes* 1149; Pausanias, IX 8, 1). Sobre ambas divinidades, cf. nota VIII 323, y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...*, págs. 115 y sigs. El templo se encontraba en la vertiente meridional del monte Mícala.

[558] El Gesón era un arroyo que desembocaba al sureste del monte Mícala (cf. Ateneo 311e; Pomponio Mela, I 17; Plinio, *Hist. Nat.*, V 31), si bien, en la actualidad, todo el golfo Latmíaco se ha visto colmatado por los aluviones del río Meandro. Escolopunte es un topónimo no identificado, que deriva de las estacas (en griego *skólopes*) que clavaron los persas alrededor de su campamento, y para el que se han propuesto diversas localizaciones (cf. J. Kromayer, *Antike Schlachtfelder...*, IV, págs. 171-172; y C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, págs. 255-256).

[559] Es decir, un santuario donde tenían lugar cultos mistéricos; cf. nota VIII 322, y, asimismo, L. Deubner, *Attische Feste*, Hildesheim, 1966 [ed. revisada por B. Doer], págs. 69 y sigs., y W. Burkert, *Griechische Religion...*, págs. 413 y sigs.

[560] Cf. I 147, 1; y nota VIII 115. Nileo (cf. también *Marmor Parium* 27), o Neleo, representa aquí las migraciones que, desde Grecia continental, tuvieron lugar hacia Asia Menor al final del período micénico (cf. F. Càssola, *La Ionia nel mondo miceneo*, Nápoles, 1957, págs. 88 y sigs.). Sobre Cadmo, cf. nota V 303. Heródoto posiblemente está siguiendo al respecto un testimonio escrito de carácter logográfico (aunque la figura de Cadmo de Mileto, y su *Fundación de Mileto*, en la que algunos críticos han pensado como fuente del pasaje, es controvertida; cf. J. Lens, en J. A. López Férez (ed.), *Historia de la literatura griega...*, pág. 262).

lizada [561], hecha de piedras y de troncos (para lo cual cortaron árboles frutales), a cuyo alrededor clavaron estacas. Y estaban preparados para sufrir un asedio [y alzarse con la victoria, pues sus preparativos contemplaban ambos objetivos].

Los griegos desembarcan en Mícala entre las sospechas persas respecto a la lealtad de los jonios

Cuando se percataron de que los bár- 98
baros se habían replegado hacia el continente, los griegos se sintieron contrariados, por considerar que el enemigo se les había escapado, y se vieron ante el dilema de saber qué hacer: si regresar a su punto de partida o poner proa al Helesponto [562]. Finalmente decidieron no hacer ni lo uno ni lo
otro, sino zarpar con rumbo al continente [563]. Se pertre- 2
charon, pues, de escalas de abordaje y de todo el material necesario para una batalla naval [564], y se hicieron a la mar con destino a Mícala. Al llegar a las inmediaciones del cam-

---

[561] Con lo cual (Diodoro, XI 34, incluye, racionalizando el dato, un profundo foso) los *epibátai* medos y persas (cf., *supra*, VIII 130, 2) se agregaron a las tropas de Tigranes.

[562] Para destruir los puentes tendidos por Jerjes (cf. VII 33-36), pues los griegos ignoraban (cf. IX 106, 4) que habían sido desmantelados por una tempestad (cf. VIII 117, 1).

[563] Estratégicamente era la decisión más acertada, ya que, de haberse retirado a Delos o de haberse dirigido al Helesponto, los aliados habrían dejado Samos —y con ello toda Jonia— nuevamente en poder de los persas, y habrían desaprovechado la oportunidad de aniquilar a la flota enemiga.

[564] Los griegos, pues, se prepararon para luchar con arreglo a la táctica tradicional que se empleaba en los enfrentamientos navales: abordar al enemigo (cf. Tucídides I 49) para que, acto seguido, la infantería de a bordo (los *epibátai;* cf. notas VIII 4 y 415) entrara en acción. La utilización de maniobras como la del *diékploos* (cf. nota VI 44) aún no se hallaba generalizada.

pamento persa, y dado que nadie parecía dispuesto a hacerles frente (vieron, además, que las naves enemigas se encontraban varadas en el interior de la fortificación y que numerosos contingentes de infantería se hallaban alineados a lo largo de la costa en orden de batalla), fue cuando, a bordo de su navío y como primera medida, Leotíquidas se puso a recorrer la orilla a la menor distancia posible y, por mediación de un heraldo, transmitió a los jonios
3 el siguiente mensaje: «Jonios, prestad atención a mis palabras todos los que podéis llegar a escucharme (pues los persas no van a entender absolutamente nada de lo que quiero encomendaros [565]): cuando trabemos batalla, todo el mundo debe tener presente, ante todo, su libertad [566] y, en segundo término, nuestra contraseña: Hera [567]. Y el

---

[565] Como señala Ph. E. Legrand (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 93, nota 2), estamos ante una «affirmation téméraire: les Ioniens n'étaient pas les seuls dans les troupes barbares à comprendre le grec. Dans son ensemble, d'ailleurs, l'épisode raconté ici manque totalement de vraisemblance; on n'a pas besoin de l'explication donnée ci-après... pour y reconnaître un doublet maladroit de VIII, ch. 22; et Leutychidès passant à bord de son vaisseau sur le front de l'armée ennemie rappelle mal à propos Xerxès passant en revue, au l. VII, ch. 100, sa propre flotte».

[566] Cf. nota VIII 762.

[567] Era usual que, con ocasión de una batalla, la contraseña utilizada por un contingente griego consistiera en el nombre de una divinidad (cf. Jenofonte, *Anábasis*, I 8, 16; VI 5, 25; VII 3, 39), que, en este caso, es el de Hera (la principal enemiga de los asiáticos ya en la *Ilíada*) porque era la gran diosa de Samos (cf. R. Tölle Kastenbein, *Herodot und Samos*, Bochum, 1976, págs. 53 y sigs.) y la flota griega había anclado frente a su templo, por lo que presumiblemente se habría encomendado a su protección. Con todo, la lectura de los manuscritos (Hebe) podría mantenerse, ya que esta diosa, que se hallaba al servicio de Hera (cf. *Ilíada*, V 720 y sigs.) y de Ares (cf. *Il.*, V 905), era hija de Zeus y de Hera (cf. Hesíodo, *Teogonía* 922 y 952), y también la esposa celeste de Heracles (cf. *Odisea*, XI 603 y sigs.), por lo que podría haber resultado particularmente apropiada para un Heráclida como Leotíquidas.

que no haya podido oírme, que se entere de lo que he dicho por quien sí me haya escuchado». (Por cierto que 4
el objetivo de este proceder de Leotíquidas era idéntico al de Temístocles en Artemisio [568]: de hecho, sus palabras pasarían inadvertidas para los bárbaros y conseguirían persuadir a los jonios, o llegarían poco después a oídos de aquellos y los inducirían a desconfiar de los griegos [569].)

Tras esta recomendación de Leotíquidas, los griegos, 99
a continuación, hicieron lo siguiente: atracaron sus naves y desembarcaron en la orilla [570]. Estaban los helenos pro-

[568] Cf., *supra,* VIII 22, 3.

[569] Es decir, de los griegos que figuraban entre sus efectivos. Lingüísticamente, todo el parágrafo cuarto de este capítulo parece una interpolación.

[570] Resulta, en apariencia, sorprendente que los persas permitieran desembarcar a los griegos, por lo que, al margen de la sospecha de que los jonios pudieran traicionarlos (cosa que no se produjo hasta que la batalla se hubo iniciado; cf. IX 103, 2), debían de tener poderosas razones para mantenerse atrincherados: en primer lugar, el número de efectivos en ambos bandos estaba probablemente equilibrado, ya que los persas no contaban con los contingentes que pretende Heródoto (cf. nota IX 555), de manera que no se sentirían numéricamente superiores como para abandonar su posición («on the Greek side —señala C. Hignett, *Xerxes' invasion...,* págs. 254-255— Leotychidas possessed no land army at all and had to improvise one from the men serving in his fleet. The nucleus would be provided by the marines [los *epibátai*], but even though these probably numbered thirty to each ship [cf. nota VIII 415] the total number of hoplites would only be 3.300. It is, however, possible that the Greek shortage of manpower had compelled some Peloponnesian states to press hoplites into service as rowers, and if these had brought their arms with them or had obtained some from Samos, they would be able to swell the total of the heavy-armed infantry»). Por otra parte, es posible que los persas pensaran recibir refuerzos de Sardes (cf. IX 107, 1). Finalmente, Leotíquidas debió desembarcar al este de la fortificación persa (cf. IX 102, 1), a bastante distancia de la misma y quizá en una zona poco adecuada en principio para ello, a fin de burlar una eventual oposición del enemigo en el momento del desembarco.

cediendo a alinearse en formación de combate, cuando los persas, que advirtieron que estos últimos se preparaban para luchar, así como que habían dirigido unas recomendaciones a los jonios [571], desarmaron a los samios ante la sospe-
2 cha de que pudieran abrazar la causa griega. Resulta que los samios habían comprado la libertad de todos los prisioneros atenienses llegados a bordo de los navíos de los bárbaros (se trataba de quienes, por haberse quedado en el Ática [572], habían sido capturados por los soldados de Jerjes), y poco después los hicieron regresar a Atenas con provisiones para el viaje [573]. (Esa era la razón principal de que inspirasen desconfianza a los persas, dado que habían
3 rescatado a quinientas personas contrarias a Jerjes.) Acto seguido, y so pretexto de que conocían la zona a la perfección, los persas encargaron a los milesios la vigilancia de los pasos que llevaban a las cumbres de Mícala; la orden, sin embargo, respondió a su deseo de que se mantuviesen

---

[571] En el texto griego (además de un zeugma y de un quiasmo) se da un *hýsteron próteron:* la sucesión cronológica de los participios aparece invertida para poner de relieve que los persas, al ver los preparativos de los griegos, se percatan de la finalidad inmediata de las recomendaciones de Leotíquidas.

[572] Quienes no habían seguido la orden general de evacuación (cf. VIII 41).

[573] Teóricamente este episodio tuvo lugar en una época del año (otoño-invierno de 480/479) poco apta para la navegación, por lo que no hay que descartar que Heródoto esté siguiendo una fuente de información samia (que son importantes para la campaña de Mícala; cf. nota IX 521, y V. La Bua, «Logos samio e storia samia in Erodoto», *Miscellanea greca e romana* 6 (1978), págs. 1 y sigs., aunque su consideración de que el origen de la *Historia* se halla en una «Historia de Samos» es discutible), y que los prisioneros atenienses fueran liberados ante la inminente llegada de la flota griega por los propios samios, que los habrían comprado como esclavos a los persas.

alejados del campamento [574]. Tales fueron las precauciones que adoptaron los persas con los jonios que, a su juicio, podían urdir una traición, si la ocasión se les presentaba; y, por lo que a ellos se refiere, agruparon sus escudos de mimbre para formar una barricada [575].

Prodigios y coincidencias acaecidos en Mícala

Pues bien, una vez concluidos sus pre- 100
parativos, los griegos se lanzaron contra los bárbaros. Y, mientras tenía lugar su avance, se extendió un rumor por todo el ejército y pudo verse un caduceo [576] que se encontraba a la orilla del mar: el rumor que recorrió las filas griegas aseguraba que los helenos se estaban imponiendo al ejército de Mardonio en una batalla librada
en Beocia. Numerosos testimonios evidencian, pues, la in- 2

---

[574] Al igual que ocurre en el caso de los samios, Heródoto debió de ser objeto de las exageraciones de la propaganda jonia a propósito de los milesios, ya que es impensable que los persas les encomendaran la misión reseñada si abrigaban sospechas sobre su lealtad: ello hubiera supuesto que sus líneas de comunicación con Sardes podían quedar cortadas. Pese a que, en VI 19-20, el historiador asegura que, tras el fin de la sublevación jonia, en otoño del año 494 (cf. N. G. L. Hammond, «Studies in Greek Chronology», *Historia* 4 (1955), págs. 385 y sigs.), toda la población de Mileto fue asesinada o esclavizada, estamos ante una exageración similar a la relativa a los eretrieos (cf. VI 101; 119), que también figuraron entre los efectivos aliados en Salamina (cf. VIII 46, 2) y Platea (cf. IX 28, 5).

[575] Con una táctica similar a la empleada en Platea (cf. IX 61, 3), aunque la batalla de Mícala no tuvo, ni mucho menos, las proporciones de aquélla: su importancia estribó en que permitió la liberación de algunas zonas de Jonia, y fue Éforo (cf. Diodoro, XI 34, 3; 36, 6) quien la magnificó.

[576] El emblema de Hermes, en su condición de mensajero divino (cf. E. Simon, *Die Götter der Griechen,* Munich, 1980, 2.ª ed., págs. 295 y sigs.).

tervención divina en el acontecer humano [577]; por ejemplo, y pese a que, en el caso que nos ocupa, el desastre persa en Platea y el que iban a sufrir en Mícala se produjeron justamente el mismo día [578], la noticia del primero de

---

[577] Cf. notas III 555 y VII 90. No obstante, el texto también podría traducirse por «numerosos testimonios evidencian, pues, la existencia de fenómenos divinos», con lo que «più che una generale proposizione di fede nell'intervento divino nelle vicende umane —indica A. MASARACCHIA, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 205—, la frase vuole modestamente essere un riconoscimento dell'origine divina di alcuni eventi (*tôn prēgmátōn* ha valore partitivo). In sostanza, sembra dire Erodoto, esistono fatti soprannaturali, anche se la maggior parte di essi sono naturali».

[578] La crítica no es unánime en la datación de la batalla de Platea, ya que se fecha a comienzos de agosto del año 479 (cf. G. BUSOLT, *Griechische Geschichte...*, pág. 725, nota 4), e incluso a mediados de septiembre (cf. A. R. BURN, *Persia and the Greeks...*, pág. 530, nota 49), si bien que el comienzo del asedio de Sesto tuviera lugar antes del inicio del otoño (cf. IX 117), que en Grecia se fechaba (aunque no hay unanimidad en los calendarios) el día 18 de septiembre, hace que resulte preferible una datación a finales del mes anterior (cf. K. J. BELOCH, *Griechische Geschichte...*, II, 2, pág. 53). Por otra parte, el sincronismo que establece Heródoto entre Platea y Mícala también se ha interpretado diversamente. Si, según ÉFORO (cf. DIODORO, XI 35, 3; POLIENO, I 33), el rumor de la victoria en Platea fue una invención de Leotíquidas para infundir moral a los aliados, G. B. GRUNDY, *Great Persian War...*, página 526, apuntó la posibilidad de que la pretendida victoria en Platea hiciese, en realidad, referencia al enfrentamiento, a la salida de Giptocastro, con la caballería capitaneada por Masistio (cf. IX 20 y sigs.). En cualquier caso, y dado que la estrategia naval de 479 había sido subordinada por los griegos a las operaciones terrestres (cf. nota IX 18), es difícil admitir que Leotíquidas decidiera atacar en Mícala sin saber que en Platea los griegos habían vencido (cf. W. ALY, *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und seinen Zeitgenossen*, Gotinga, 1921, pág. 193), por lo que esta última batalla se habría librado unos diez días antes que la de Mícala, y el sincronismo (análogo al de Salamina e Hímera; cf. VII 166) se habría establecido posteriormente (cf., asimismo, DIODORO, XI 24, 1).

ellos llegó hasta los griegos que se hallaban en este último
lugar, con lo que sus efectivos cobraron renovados ánimos
y se dispusieron a afrontar el peligro con mayor decisión.
También se produjo esta otra coincidencia: en los ale- 101
daños de ambos campos de batalla había un santuario con-
sagrado a Deméter Eleusinia; pues el caso es que, en Pla-
tea, el combate se desarrolló, como ya he indicado ante-
riormente [579], en las inmediaciones del mismísimo templo
de Deméter, y otro tanto iba a ocurrir en Mícala. Y re- 2
sulta que la noticia que les llegó, respecto a que los griegos
comandados por Pausanias se habían alzado con la victo-
ria, era cierta, dado que la batalla de Platea tuvo lugar
a primeras horas del día, mientras que la de Mícala se li-
bró por la tarde [580] (que ambas se desarrollaron justamen-
te el mismo día del mismo mes [581] quedó claro, no mucho
tiempo después, merced a las averiguaciones de los griegos
sobre el particular). Antes de que les llegase dicha noti- 3
cia, los integrantes de la flota se sentían angustiados —no
tanto por su propia suerte como por la de los griegos en
general—, ante el temor de que la Hélade sucumbiese a
manos de Mardonio [582]. Sin embargo, cuando ese porten-

---

[579] Cf. IX 57, 2; 65, 2.

[580] En Platea se combatió por la mañana debido a que los griegos no habían completado su repliegue de la 'segunda' a la 'tercera posición' (cf. nota IX 349). En Mícala se luchó por la tarde porque los aliados habían empleado las horas precedentes en trasladarse desde Samos al escenario de la batalla y en desembarcar sus efectivos.

[581] Posiblemente hay que secluir (como hace Macan) la expresión «del mismo mes» (el texto griego dice «el mismo día y el mismo mes»), ya que la coincidencia relevante es la del día, y resulta poco verosímil que la incertidumbre hubiese incluido la designación del mes.

[582] El texto griego puede interpretarse metafóricamente; cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 331: «that Mardonius might be the rock on which Hellas would make shipwreck».

toso rumor se hubo difundido entre sus filas, llevaron a cabo su ataque con una determinación y una celeridad redobladas. En definitiva que tanto los griegos como los bárbaros se entregaron de lleno a la batalla, ya que para ambos bandos se hallaba en juego el control de las islas y del Helesponto [583].

Los helenos derrotan a los persas

102 Pues bien, los atenienses y las tropas que, poco más o menos hasta la mitad de la formación, se hallaban alineadas a su lado, avanzaron por la playa y por un terreno llano [584]; por su parte, los lacedemonios y los contingentes que se hallaban alineados en sus proximidades lo hicieron por un barranco y por un terreno montañoso [585]. Y en tanto que estos últimos todavía estaban efectuando una maniobra envolvente [586], los efectivos de la otra ala ya se encontraban combatiendo.
2 A decir verdad, y mientras mantuvieron en pie su barricada de escudos, los persas se defendieron sin exteriorizar inferioridad alguna en el curso de la batalla; pero, cuando las tropas atenienses y las de sus vecinos de formación,

---

[583] Cf. nota IX 391.

[584] Dando por supuesto que los lacedemonios ocupaban, al igual que en Platea, el ala derecha (cf. nota IX 153), los griegos tuvieron que desembarcar al este del campamento persa, y de ahí que su ala izquierda avanzara por la playa (que no sería lo suficientemente ancha como para albergar a todo el frente aliado). Esta maniobra ha hecho pensar (cf. J. L. Myres, *Herodotus: Father of History*, Oxford, 1953, pág. 297) que la batalla no se libró por la tarde, pues los griegos habrían tenido el sol de cara.

[585] El barranco puede tratarse del cauce del Gesón, que serviría como foso natural de protección al campamento persa por el Este (cf., sin embargo, C. Hignett, *Xerxes' invasion...*, pág. 256).

[586] A fin de atacar la fortificación desde el Norte, mientras que el ala izquierda lo hacía por el Este.

tras haberse dado mutuos ánimos a fin de que la hazaña fuese obra suya y no de los lacedemonios [587], abordaron la empresa con renovados bríos, la situación cambió radicalmente de aspecto: forzaron la barricada de escudos y, 3
en masa, se lanzaron a la carga contra los persas, que, aunque aguantaron su embestida y estuvieron resistiendo durante bastante tiempo, acabaron por huir en dirección a la fortificación. Entonces los atenienses, en unión de los corintios, los sicionios y los trecenios (pues ese era el orden en que se hallaban alineados [588]), se lanzaron con todos sus efectivos en su persecución, irrumpiendo con ellos en la fortificación. Al ser también conquistada dicha posición, los bárbaros renunciaron a seguir haciéndoles frente y se dieron a la fuga todos ellos salvo los persas, quienes, en 4

[587] El relato de la actuación helena en la batalla de Mícala depende probablemente de testimonios atenienses (cf. A. R. Burn, *Persia and the Greeks...*, pág. 550), ya que el mérito de la acción se atribuye al ala izquierda (estilísticamente es observable que Heródoto aún no haya indicado que, junto a los atenienses, se hallaban los corintios, los sicionios y los eginetas, cosa que sólo hará cuando la primera fase de la batalla haya concluido), comandada por los atenienses pese a que éstos no debían de haber aportado un contingente naval demasiado numeroso (cf. nota VIII 673), si bien la crítica no es unánime en este punto (cf. Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient...*, pág. 121). Por otra parte (y sin descartar que las fases de la batalla respondieran a lo que cuenta el historiador), se advierte que Mícala presenta estrechas analogías con Platea: la primera fase estriba en una lucha ante la barricada de escudos de mimbre (cf. IX 62, 2, para Platea), la segunda en un combate ante la fortificación (cf. IX 70, 2), y la tercera en una lucha en su interior (cf. IX 70, 3-5); y, al igual que en Platea, sólo los persas, entre los efectivos bárbaros, se comportan con bravura (cf. IX 68; 71, 1).

[588] Presumiblemente de izquierda a derecha (según la lectura de otros manuscritos, también podría traducirse por «pues esos contingentes eran los que se hallaban alineados a su lado»). Sobre los efectivos aquí citados, cf. nota VIII 6.

grupos pequeños, continuaron combatiendo con los griegos que no dejaban de irrumpir en la fortificación. Por lo que a los generales persas se refiere, dos de ellos consiguieron escapar, en tanto que otros dos encontraron la muerte: Artaíntes e Itamitres [589], que comandaban la flota, lograron escapar, mientras que Mardontes y Tigranes [590], el jefe de los efectivos terrestres, murieron en plena batalla.

103 Todavía se hallaban luchando los persas cuando llegaron los lacedemonios y sus acompañantes, que contribuyeron a aniquilar los últimos focos de resistencia [591]. Y por cierto que, en el transcurso del enfrentamiento, los propios griegos sufrieron también numerosas bajas, sobre to-
2 do los sicionios, incluido su general Perilao [592]. Por su parte, los samios que figuraban entre los contingentes medos, y que se encontraban —aunque desarmados [593]— en su campamento, nada más ver que, en un principio, la suerte de la batalla resultaba indecisa [594], hicieron cuanto pu-

---

[589] Cf. VIII 130, 2 (y nota VIII 669).

[590] Cf. IX 96, 2 (y nota IX 555). Como Mardontes también había sido designado almirante para las operaciones del año 479 (cf. VIII 130, 2), es posible que en Mícala hubiese estado al frente de los *epibátai* medopersas (cf. R. W. MACAN, *Herodotus...*, I, pág. 804; y nota VIII 667).

[591] Como se advierte, las fuentes proatenienses de Heródoto menoscabaron sensiblemente la intervención lacedemonia en la batalla; intervención que probablemente resultó decisiva para su desenlace.

[592] La ausencia de patronímico debe explicarse porque, al no seguir testimonios peloponesios, los informadores del historiador sólo le facilitaron el nombre del único estratego (del que, por lo demás, no se poseen datos adicionales) que pereció en Mícala. Es indudable, con todo, que el ala izquierda griega, al sufrir los disparos de los arqueros persas (cf. nota IX 361), en su ataque a la barricada de escudos de mimbre, debió ser la más castigada.

[593] Cf. IX 99, 1.

[594] Pese a que parte de la crítica (cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 257, nota 5; o A. MASARACCHIA, *Erodoto. Libro IX...*, pág. 206,

dieron al objeto de ayudar a los griegos. Y, al ver que los samios habían tomado la iniciativa, fue cuando los demás jonios [595] también decidieron sublevarse contra los persas y atacar a los bárbaros.

Por otra parte, los persas, pensando en su propia 104
seguridad, habían ordenado a los milesios custodiar los senderos [596], a fin de contar —si llegaba a sucederles lo que, de hecho, les sucedió— con guías y poder ponerse a salvo en las cumbres de Mícala. Los de Mileto, pues, habían sido destacados para cumplir esa misión, tanto por la razón que he señalado como para evitar que urdiesen una traición si se hallaban presentes en el campamento. Los milesios, sin embargo, hicieron todo lo contrario de lo que les habían ordenado: al producirse la huida de los bárbaros, los condujeron por otros caminos (que justamente conducían hasta el enemigo) y acabaron siendo ellos quienes con más saña los diezmaron. Así fue, en definitiva, como por segunda vez se sublevó Jonia contra los persas [597].

---

quien traduce «come videro che la sorte della battaglia si delineava già dall'inizio a favore dei greci») interpreta el adjetivo *heteralkéa* en su acepción homérica (cf. *Ilíada,* VII 26; VIII 171; XVI 362) de «con ventaja para el otro bando», su sentido, como en VIII 11, 3, es el que reflejo en la traducción, ya que, de esta manera, se pondera positivamente la intervención samia, que no se considera mero oportunismo. A partir de Éforo, que era natural de Cime, en Asia Menor, la participación de los griegos de Asia en el triunfo heleno en Mícala pasó a ser magnificada (cf. Diodoro, XI 34-36; y J. Wells, *Studies in Herodotus,* Oxford, 1923, pág. 164).

[595] Las tripulaciones de las demás naves jonias (cf. apéndice VII al libro VII) que habían figurado en la flota persa. Cf., en general, L. Boffo, «Gli Ioni a Micale», *Rendiconti Istituto Lombardo* 111 (1977), páginas 83 y sigs.

[596] Cf. IX 99, 3 (y nota IX 574).

[597] La primera revuelta de Jonia la narra Heródoto en los libros quinto y sexto (V 28-VI 42). Para el historiador resultaba evidente la relación

105 *Combatientes más destacados* En el transcurso de esta batalla destacaron, por parte griega, los atenienses, y, entre estos últimos, lo hizo Hermólico [598], hijo de Euteno, un individuo que había practicado el *pancracio* [599]. (Por cierto que, con posterioridad a los hechos que nos ocupan —con ocasión de una guerra que hubo entre Atenas y Caristo [600]—, el tal Hermólico murió [601] combatiendo en Cirno, en territorio de Caristo, hallándose su tumba en Geres-

---

entre los sucesos de los años 499-494 y la Segunda Guerra Médica: la primera sublevación había posibilitado la primera operación naval ateniense en Jonia (cf. V 97, 3; aunque la responsabilidad moral de Persia en el estallido de la guerra no deja de ser subrayada: cf. VI 44, 1; VII 8 *a,* 1; 8 *g,* 3), mientras que la segunda iba a significar la transformación de la política naval ateniense en un objetivo imperialista que acabaría desembocando en su enfrentamiento con Esparta (cf. R. Meiggs, *The Athenian Empire,* Oxford, 1972, págs. 42 y sigs.; y, en general, G. E. M. de Ste. Croix, *The origins of the Peloponnesian War,* Londres, 1972).

[598] Un personaje que debía de ser muy popular en Atenas, pues Pausanias (I 23, 10) pudo ver en la Acrópolis una estatua a él dedicada. Sobre su padre Euteno (respecto al cual la lectura de los manuscritos es correcta), cf. E. Vanderpool, *Ostracism at Athens,* Cincinnati, 1970, págs. 245 y sigs.

[599] La especialidad atlética más dura, que consistía en una combinación de lucha y pugilato en la que, salvo introducir los dedos en los ojos o en otro orificio del rostro del adversario, se hallaba todo permitido (golpes, patadas, llaves, etc.); cf. Pausanias, III 14, 10. Para alzarse con la victoria era necesario poner fuera de combate al rival u obligarlo a abandonar. Cf. C. Durántez, *Las olimpiadas griegas,* [s.l.], 1977, págs. 274 y sigs.; y H. Bengtson, *Die Olympischen Spiele in der Antike,* Zurich-Munich, 3.ª ed., 1983, págs. 51-52.

[600] Ante la negativa de Caristo (al sur de Eubea; cf. nota VIII 331) de integrarse en la Liga Delo-ática. La guerra tuvo lugar hacia el año 472 a. C. (cf. Tucídides, I 98, 3; y G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* III, pág. 140, nota 6).

[601] Cf. nota IX 378.

to [602].) Después de los atenienses, destacaron los corintios, los trecenios y los sicionios.

De regreso a Samos los helenos concluyen una alianza con los griegos de las islas

106 Después de haber aniquilado a la mayoría de los bárbaros, bien en el transcurso de la batalla o bien con ocasión de su huida, los griegos (que, previamente, habían transportado a la playa el botín, en el que encontraron algunos cofres con tesoros) incendiaron las naves [603] y la totalidad de las fortificaciones enemigas; y, tras haber hecho pasto de las llamas las obras defensivas y los navíos, zarparon de allí. Pues bien, a su 2
llegada a Samos, los griegos mantuvieron un cambio de impresiones acerca de una posible evacuación de Jonia [604] y sobre el lugar de Grecia, que estuviera bajo su control, en el que —de abandonar la zona a los bárbaros— convenía instalar a los jonios, ya que se les antojaba imposible

[602] Cf. nota VIII 37, y D. MÜLLER, *Topographischer Bildkommentar...*, págs. 413-414. Cirno es un paraje desconocido.

[603] Aunque se ha pensado que esta destrucción no debió de afectar a los navíos de los griegos de Asia, que ahora figuraban como aliados de los helenos (cf. C. HIGNETT, *Xerxes' invasion...*, pág. 259), la inminente llegada de refuerzos persas (cf. el capítulo siguiente) pudo impedir a los griegos poner a flote las naves varadas, por lo que habrían preferido incendiarlas a que cayeran en poder del enemigo.

[604] La idea de evacuar Jonia ya la habían considerado los propios jonios con ocasión de la conquista persa de Asia Menor en el año 546 a. C. (cf. I 170), y diversas emigraciones se habían producido tanto en dicha ocasión (cf. I 164-167), como al final de la 'primera' sublevación jonia contra Persia, en 494 (cf. VI 17). No obstante, una cuestión tan importante como la de instalar a los jonios en zonas pertenecientes a Estados de la Grecia peninsular o insular habría escapado a las competencias de los almirantes de la flota: semejante decisión tendrían que haberla adoptado los *próbouloi* aliados en su conjunto, en la sesiones que mantenían en el Istmo (cf. nota VII 705).

poder montar guardia permanentemente para proteger a los jonios; y, en caso de no brindarles su protección, no abrigaban esperanza alguna de que éstos consiguieran escapar
3 indemnes a la amenaza persa [605]. En esa tesitura, los dirigentes peloponesios [606] eran partidarios de ordenar el desalojamiento de los emporios de los Estados griegos que habían abrazado la causa de los medos [607] y de entregárselos a los jonios para que se estableciesen en ellos [608]. Los

---

[605] Cf. nota VIII 545.

[606] Es decir, los jefes de los diversos contingentes navales. En apariencia (cf., sin embargo, nota IX 608), la proposición se halla en la línea espartana de no realizar campañas militares excesivamente lejos de su territorio (cf. notas VIII 542 y 545; D. Lotze, «Selbstbewusstsein und Machtpolitik...»..., págs. 255 y sigs.; y J. Wolski, «Les Grecs et les Joniens au temps des guerres médiques», *Eos* 58 (1969-1970), págs. 33 y sigs., aunque acentúa en exceso el carácter antijonio de la actitud espartana).

[607] Los pueblos de la Anfictionía pileo-délfica citados en VII 132, 1 (cf., asimismo, nota VII 626), a los que hay que añadir una serie de islas como Andros, Tenos, Paros, o localidades de Eubea como Caristo (cf. VII 95; VIII 66; 111), y quizá Estados peloponesios cuya neutralidad podía interpretarse ahora como traición (cf. VIII 73, 3), especialmente Argos (cf. VII 148 y sigs.; y Th. Kelly, «The traditional enmity between Sparta and Argos», *American Historical Review* 75 (1970), págs. 971 y sigs.), y también Acaya (cf. VII 94; VIII 73, 1). No obstante, resulta inverosímil que los Estados dorios hubiesen estado dispuestos a que los elementos jonios se vieran reforzados en la Grecia continental con la medida aquí aludida (cf. Ed. Meyer, «Herodots Geschichtswerk», en *Forschungen zur alten Geschichte*, II, Halle, 1899, pág. 217, nota 1), ya que, teóricamente, los jonios habrían pasado a controlar el comercio de los Estados cuyos emporios comerciales fueran confiscados.

[608] Como indica Ed. Will (*Le monde grec et l'Orient...*, pág. 127), «cette proposition, que la vive opposition des Athéniens aurait fait échouer, est trop peu réaliste pour avoir des chances d'être authentique: sa réalisation, qui eût sans doute peu séduit les Ioniens [aunque, al decir de Diodoro, XI 37, 1-3, en un primer momento atenienses y jonios estuvieron de acuerdo con la propuesta espartana, y, sólo cuando los jonios se estaban preparando para la evacuación, cambiaron aquellos de parecer], eût

atenienses, en cambio, se negaban en redondo a que se
evacuara Jonia y a que gente del Peloponeso determinara
la suerte de sus colonias [609]; y, ante su decidida oposición,
los peloponesios transigieron. Así fue como, a raíz de 4
entonces, los griegos admitieron en su coalición a los samios, a los quiotas, a los lesbios y a los demás isleños [610] que a la sazón cooperaban con ellos en las operaciones militares, haciéndoles jurar solemnemente que permanecerían fieles a la Liga y que no incurrirían en defección. Tras habérselo hecho jurar, los griegos zarparon a fin de destruir los puentes, pues creían que todavía los iban a encontrar tendidos [611].

---

plongé la Grèce d'Europe dans des convulsions prévisibles et peu souhaitables. On soupçonne là une tradition destinée à justifier par avance les droits athéniens à enlever l'hégémonie aux Spartiates».

[609] Estamos ante un argumento exclusivamente propagandístico (cf. nota VIII 115). Si la oposición ateniense a la propuesta espartana resulta, en apariencia, patriótica (que Jonia no fuera evacuada), en realidad es imperialista (ni Samos, ni Quíos, ni Lesbos podían considerarse colonias atenienses, pero la pretensión de Atenas a decidir la suerte de los jonios se extiende a quienes no la tenían por metrópoli). En la polémica afloran los alegatos propios de la Guerra del Peloponeso: Esparta se presenta como garante de la libertad de todos los griegos, mientras que Atenas se ampara en los derechos que le asisten por su función de guía y rectora de los griegos de Asia (cf. D. Kagan, *The outbreak of the Peloponnesian War*, Londres, 1969, págs. 9-74).

[610] Como, según Tucídides (I 89), en la toma de Sesto colaboraron aliados jonios del continente, es posible que algunos Estados continentales fueran también admitidos, aunque muchos otros siguieron en poder de Persia por espacio de varios años (cf. VI 42, y J. A. O. Larsen, «The Constitution and Original Purpose of the Delian League», *Harvard Studies* 51 (1940), págs. 175 y sigs.).

[611] Dado que el Helesponto se hallaba bajo control persa.

107 *Los persas supervivientes llegan a Sardes*

Los griegos, en definitiva, zarparon con rumbo al Helesponto. Entretanto los bárbaros que, en escaso número, habían escapado con vida, internándose en las cumbres de Mícala, estaban regresando a Sardes [612]. Y, en pleno camino, Masistes, hijo de Darío, que había sido testigo del desastre que había tenido lugar [613], dirigió numerosos insultos al general Artaíntes, diciéndole, entre otras cosas, que era peor que una mujer, por haber ejercido el mando como lo había hecho, y que merecía todo tipo de castigos, por el daño que había causado a los intereses del monarca. (Entre los persas, que a uno lo consideren peor que una mujer constituye la máxi-
2 ma injuria [614].) Entonces Artaíntes, que ya había oído demasiado, montó en cólera y desenvainó su alfanje con el propósito de atacar a Masistes y matarlo. Pero, al percatarse de que se abalanzaba contra Masistes, el halicarnaseo Jenágoras [615], hijo de Praxilao, que se encontraba jus-

---

[612] De Mícala a Sardes, por la ruta de Priene y Éfeso, había unos 150 km.

[613] En cuanto que se había topado con los supervivientes cuando, presumiblemente, acudía con socorros desde Sardes. Masistes (en persa antiguo *Mathista*, «el más grande»), que había sido uno de los generales en jefe del ejército persa en la campaña de 480 (cf. VII 82), era uno de los cuatro hijos que Atosa había dado a Darío (cf. nota VII 15), por lo que era hermano de Jerjes por parte de padre y madre.

[614] Cf. VIII 88, 3; IX 20.

[615] Lo que demuestra que, entre las tropas persas, seguían figurando griegos. Jenágoras era un súbdito de Artemisia (cf. VII 99) y, como compatriota de Heródoto, debió de ser quien, directa o indirectamente, le contó la historia sobre los fatales amoríos de Jerjes que se relatan a partir del capítulo siguiente. cf. E. Wolff, «Das Weib des Masistes», en W. Marg, *Herodot. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Munich, 1965, 2.ª ed., pág. 672, nota 2.

to detrás de Artaíntes, lo agarró por la cintura y lo levantó,
derribándolo al suelo; y, en el ínterin, los guardias de Ma-
sistes[616] intervinieron para protegerlo. Jenágoras actuó así 3
para granjearse el agradecimiento tanto del propio Masis-
tes como de Jerjes, al salvarle la vida a su hermano; y,
merced a esa acción, recibió, por concesión de monarca,
el gobierno de toda Cilicia[617]. Al margen de lo que he
contado, ningún otro incidente ocurrió durante el regreso
de los bárbaros, que acabaron llegando a Sardes. Precisa-
mente en la ciudad se encontraba el rey[618] desde el mo-
mento en que, tras el fracaso sufrido en el enfrentamiento
naval[619], arribó huyendo de Atenas.

---

[616] En su condición de aqueménida y de sátrapa de Bactria (cf. IX 113, 2), Masistes (como ocurre en la *Historia* con otros importantes personajes; cf. I 113, 3; III 128; V 33, 2) tenía derecho a contar con una guardia personal.

[617] Teóricamente habría sido nombrado sátrapa (cf. nota III 444; Heródoto, sin embargo, nunca utiliza dicho término, que no sería empleado en la historiografía griega hasta Jenofonte). No obstante, Cilicia (cf. nota III 461) estuvo regida hasta finales del siglo V a. C. por una dinastía local (cf., *supra,* I 74, 3; V 118, 2; VII 98; ESQUILO, *Persas* 326; JENOFONTE, *Anábasis,* I 2, 12-18; *Ciropedia,* VII 4, 2; DIODORO, XIV 20), cuyos príncipes, vasallos del monarca persa, eran denominados con el título de 'Siénesis'; de ahí que se haya propuesto corregir «Licia» en lugar de «Cilicia» (vid., sin embargo, R.W. MACAN, *Herodotus...,* I, página 811).

[618] Cf. VIII 117, 2. Pese a lo que indica Heródoto, también se ha pensado que Jerjes no debió permanecer en Sardes hasta septiembre del año 479 (cf. ED. MEYER, *Geschichte des Altertums...,* III, pág. 14), y que los hechos narrados a partir del capítulo siguiente habrían tenido lugar unos meses antes.

[619] Es decir, en la batalla de Salamina.

108 *Trágicos amores de Jerjes con la esposa y con la hija de su hermano Masistes*

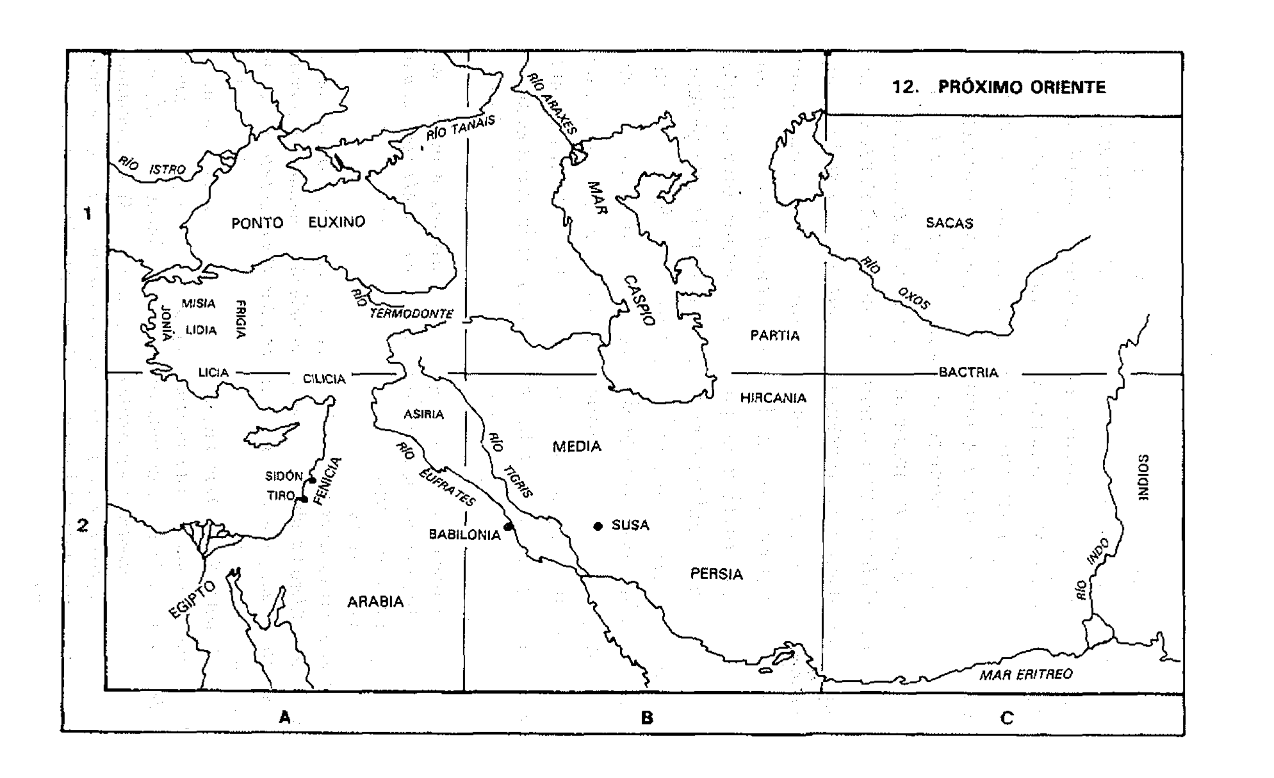
Pues bien, mientras, por aquellas fechas, residía en Sardes, Jerjes se enamoró de la mujer de Masistes, que también se encontraba en la ciudad [620]. Pero, como, pese a los mensajes que le enviaba, no conseguía seducirla y tampoco deseaba recurrir a la violencia, por consideración a su hermano Masistes (esta misma circunstancia era la que daba también fuerzas [621] a la mujer, pues tenía la certeza de que no sería objeto de violencia), en esa tesitura Jerjes cambió de táctica y urdió el matrimonio de su hijo Darío [622] con una hija de la citada mujer y de Masistes, en la creencia de que, si así lo hacía, podría conseguir a la madre con mayor facilidad.
2 Tras haber arreglado el matrimonio y cumplido las forma-

---

620 La digresión sobre la pasión desenfrenada de Jerjes, primero por la mujer de su hermano Masistes y luego por la de su hijo Darío (todo el relato constituye una intriga palaciega de harén que podía haber constituido un adecuado tema para una tragedia), aunque presenta semejanzas con la historia de la mujer de Candaules (cf. I 8 y sigs., y E. Wolff, «Das Weib des Masistes»..., págs. 668 y sigs.), podría interpretarse como una prueba más del peligro despótico que amenazó a la Hélade (cf. K. H. Waters, *Herodotos on Tyrants and Despots*, Wiesbaden, 1971, páginas 82 y sigs.).

621 Como la mujer de Masistes (su nombre no es mencionado en ningún momento) no es objeto, en la digresión, de ningún juicio moral, prefiero esta traducción a la de «contenía», que resultaría más ambigua sobre su posible culpabilidad en la pasión que Jerjes sintió hacia ella (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX*..., pág. 100, nota 4).

622 El hijo mayor de Jerjes que pereció víctima de las intrigas palaciegas que, en 465 a. C., le costaron la vida a su padre. Jerjes fue asesinado por el jefe de su guardia (el *hazarapatish;* cf. nota III 317), Artábano, quien acusó de ello a Darío, por lo que este último fue hecho ejecutar por su hermano Artajerjes I (cf. Ctesias, *F. Gr. Hist.* 688, fr. 13, 33; Diodoro, XI 69).


12. PRÓXIMO ORIENTE
RÍO ISTRO
RÍO TANAIS
RÍO ARAXES
PONTO EUXINO
MAR CASPIO
SACAS
RÍO OXOS
MISIA
JONIA
LIDIA
FRIGIA
RÍO TERMODONTE
PARTIA
LICIA
CILICIA
BACTRIA
HIRCANIA
ASIRIA
MEDIA
RÍO TIGRIS
RÍO EUFRATES
SIDÓN
TIRO
FENICIA
BABILONIA
SUSA
INDIOS
RÍO INDO
PERSIA
EGIPTO
ARABIA
MAR ERITREO
1
2
A
B
C

lidades de rigor [623], Jerjes regresó a Susa [624]. Pero, una vez allí, y nada más haber instalado en su palacio a la mujer de Darío, fue cuando desapareció su interés por la mujer de Masistes: de buenas a primeras [625] se quedó prendado de la mujer de Darío e hija de Masistes, y la hizo suya (por cierto que esa mujer se llamaba Artaínta).

109 No obstante, andando el tiempo, el asunto se descubrió de la siguiente manera: Amastris, la esposa de Jerjes, había tejido un gran manto, de vistosos colores y realmente llamativo, y se lo regaló al monarca, que se lo puso,
2 complacido, yendo a visitar a Artaínta. Y, complacido también con el proceder de la muchacha, la animó a pedir el obsequio que quisiera en pago a los favores que le había otorgado, asegurándole que obtendría todo lo que pidiese. Y, como el destino quería [626] su ruina y la de toda su familia, Artaínta replicó ante el ofrecimiento de Jerjes: «¿Me darás lo que te pida?» Entonces el monarca, creyendo que le iba a pedir cualquier otra cosa, se lo juró solemnemente; pero, una vez pronunciado el juramento, la muchacha le

---

[623] Que Heródoto no indica. Sobre sus características en Grecia, vid. J. P. Vernant, «Le mariage en Grèce archaïque», *Parola del Passato* 28 (1973), págs. 51 y sigs.

[624] Cf. nota VII 18.

[625] Sobre el carácter voluble de Jerjes, cf. nota VIII 285, así como W. Marg, «Herodot über die Folgen von Salamis», *Hermes* 81 (1953), págs. 196 y sigs.; y, en general, E. Hermes, *Die Xerxesgestalt bei Herodot*, Kiel, 1951.

[626] Cf. nota IX 95. Dado que, en el relato, no se especifica la suerte que sufrió Artaínta, el texto también podría traducirse por «y, como el destino quería la ruina de toda su familia, Artaínta...» (cf. W. W. How, J. Wells, *Commentary Herodotus...*, II, pág. 334), considerando que el *têi* que aparece en griego ha sufrido atracción, con lo que la muchacha se convierte en un instrumento funesto para los suyos más que para ella misma.

pidió resueltamente el manto. Jerjes intentó por todos los 3
medios no tener que dárselo; y ello exclusivamente por miedo a Amastris [627]: temía que su mujer, que ya sospechaba desde hacía un tiempo lo que ocurría, pudiera descubrir así su infidelidad. Estaba, pues, dispuesto a darle ciudades [628], ingentes cantidades de oro y un ejército que no mandaría nadie sino ella (un ejército es un regalo típicamente persa [629]); pero, en vista de que no lograba convencerla, le entregó el manto. De ahí que, ufana con el regalo, Artaínta lo luciera presumiendo.

Amastris, sin embargo, se enteró de que Artaínta tenía 110
en su poder el manto y comprendió lo que estaba sucediendo; pero, en lugar de abrigar rencor contra esta mujer, supuso que la culpable y la instigadora del asunto era su
madre, y decidió acabar con la esposa de Masistes. Aguar- 2
dó, pues, a que su marido Jerjes ofreciera un banquete real (dicho banquete se celebra una vez al año: el día del cumpleaños del monarca [630]; y por cierto que, en persa, el banquete en cuestión se denomina *tyktá*, que, en lengua griega, quiere decir «cumplido» [631], siendo la única oca-

---

[627] Heródoto ya ha aludido al carácter cruel de esta mujer (cf. VII 114, 2), que era hija de Ótanes, el jefe de las tropas persas en la campaña de 480 (cf. VII 61, 2).

[628] Es decir, a concederle los tributos que se recaudaran en ellas (cf. II 98, 1; Tucídides, I 138, 5; Jenofonte, *Helénicas*, III 1, 6).

[629] Posiblemente el regalo consistía en poder contar con una guardia personal (cf. Ed. Meyer, *Geschichte des Altertums...*, III, § 20).

[630] Para las fiestas de aniversario entre los persas, cf. I 133, 1; Platón, *Alc. I* 121c.

[631] Con alusión (*tyktá* corresponde al antiguo persa *tacht;* pero vid., en general, Ph. E. Legrand, *Hérodote. Introduction*, París, 1942, página 75, nota 1; y O. K. Armayor, «Herodotus' Persian Vocabulary», *Ancient World* 1 [1978], págs. 147 y sigs.) al cumplimiento de un nuevo año por parte del rey.

sión en que el rey se unge la cabeza [632] y distribuye obsequios a los persas [633]); Amastris, como digo, aguardó a ese día y le pidió a Jerjes que le regalara a la mujer de
3 Masistes [634]. Jerjes, inicialmente, se indignó, considerando una aberración la posibilidad de entregarle a la esposa de su hermano —que, además, no tenía nada que ver en el asunto en cuestión—, pues intuía la finalidad de su petición.

111 Finalmente, empero, debido a la insistencia de Amastris y a que el monarca había de atenerse a la costumbre [635] según la cual en Persia, cuando se celebra un banquete real, no se puede desairar a quien formula una petición, Jerjes accedió realmente muy a su pesar. Y, tras ordenar que le entregaran a Amastris lo que pedía, hizo lo que sigue: a su mujer la autorizó a hacer lo que quisiera [636]; y, por otra parte, mandó llamar a su hermano y
2 le dijo lo siguiente: «Masistes, tú eres hijo de Darío y hermano mío; y, además de todo eso, eres asimismo un hombre de bien [637]. Por eso, no sigas viviendo con esa mujer con quien ahora convives: para que ocupe su lugar voy

---

[632] Mientras que, habitualmente, el monarca comparecía en las ceremonias públicas cubierto con una tiara rígida (cf. VII 61, 1; JENOFONTE, *Anábasis*, II 5, 23; ARRIANO, *Anábasis*, III 25, 3), el día de su cumpleaños lo haría con la cabeza descubierta, perfumándosela con ungüentos en la ceremonia de celebración.

[633] Sobre la costumbre persa de que el monarca entregara regalos a sus invitados, cf. *Ester*, II 18; JENOFONTE, *Ciropedia*, VIII 5, 21; 7, 1; PLUTARCO, *Alejandro* 69; y vid., asimismo, ED. MEYER, *Geschichte des Altertums...*, III, § 17.

[634] En calidad de esclava, para poder disponer a su antojo de ella.

[635] La inmutabilidad de las leyes persas era proverbial (cf. *Daniel*, VI 9; 13; 16).

[636] Con lo cual la hacía única responsable de lo que le ocurriera a la mujer de Masistes (cf. *Mateo* 27, 24).

[637] Y, por lo tanto, dispuesto a cumplir las órdenes del monarca.

a entregarte a mi hija. Vive con ella y no continúes casado con tu actual esposa, pues no me parece procedente». Entonces Masistes, perplejo ante sus palabras, le dijo lo 3 siguiente: «Señor, ¿qué proposición sin sentido me estás haciendo? ¿Me ordenas que repudie a una mujer con la que tengo hijos e hijas ya crecidos (tú, precisamente, has elegido a una de ellas como esposa de tu hijo), y que resulta que es de mi completo agrado? ¿Me ordenas que repudie a esa mujer y que me case con tu hija? Yo, majestad, 4 considero un gran honor que me creas digno de tu hija, pero no voy a hacer nada de eso. Así que no me presiones insistiendo sobre el particular: para tu hija se presentará otro partido que no desmerezca de mi persona; en cuanto a mí, déjame seguir viviendo con mi esposa». Estos fueron 5 los términos de la respuesta de Masistes. Entonces Jerjes, irritado, le dijo lo siguiente: «Tú lo has querido, Masistes. Por nada del mundo te permitiría ya casarte con mi hija, pero tampoco vas a seguir viviendo más tiempo con tu mujer, para que aprendas a aceptar lo que se te ofrece». Al oír estas palabras, Masistes abandonó la sala, pero antes se limitó a decir: «Señor, que todavía no has acabado conmigo [638]».

Pero, en el ínterin, mientras Jerjes dialogaba con su 112 hermano, Amastris mandó llamar a los guardias de Jerjes e hizo mutilar de una manera horrible a la mujer de Masistes: ordenó que le cortaran los pechos —que mandó arrojar a los perros— y que le arrancaran la nariz, las orejas,

---

[638] Como estas palabras de Masistes contienen una velada amenaza (que se evidenciará en su posterior actuación), quizá hay que interpretar en el mismo sentido el comienzo de la última intervención de Jerjes, y traducir, en consecuencia, «tu suerte está echada, Masistes» (cf. Ph. E. Legrand, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 104, nota 1).

los labios y la lengua [639], enviándola luego a su casa terriblemente mutilada.

113 Entretanto Masistes, que todavía no estaba enterado de nada de lo ocurrido, pero que sospechaba que iba a sufrir alguna desgracia, se apresuró a dirigirse corriendo a su casa [640]. Y, al ver completamente desfigurada a su mujer, mantuvo de inmediato un cambio de impresiones con sus hijos y, en compañía de estos últimos y también, presumiblemente, de algunos partidarios suyos, salió para Bactria [641] a fin de sublevar dicha provincia y de causarle
2 al rey el mayor daño posible, cosa que, en mi opinión, efectivamente habría tenido lugar, si hubiera conseguido subir hasta el país de los bactrios y de los sacas [642], ya que sus habitantes sentían aprecio por él y, además, Masistes era gobernador [643] de Bactria. Jerjes, sin embargo, se informó de sus planes y envió contra él tropas que, duran-

---

[639] La amputación de miembros era un castigo típicamente persa (cf. III 69, 5; 118, 2; 154, 2; JENOFONTE, *Anábasis,* I 9, 13).

[640] Como observa A. MASARACCHIA (*Erodoto. Libro IX...,* páginas 210-211), «la scena è degna di una *rhêsis* tragica. Si ricordi nella *Medea* di Euripide il momento in cui Creonte corre dentro la stanza e si getta sui cadavere di Glauce (v. 1204 sg.)».

[641] La región del Amu Daria (*Bakhtri* era la zona del curso alto del Oxos [= Amu Daria]), en Asia Central, que constituía la duodécima satrapía persa (cf. III 92, 2), en los confines orientales del Imperio.

[642] Los sacas ocupaban la zona comprendida entre los cursos medios del Oxos y del Yaxartes (el Syr Daria), al norte del Hindukush y al noreste de Bactria y Sogdiana (cf. nota VII 344).

[643] Es decir, sátrapa (cf. nota III 444). Pese a lo que indica Heródoto, y como señala R. W. MACAN (*Herodotus...,* I, pág. 819), «Masistes and his sons would have reached Baktria long before the army collected and sent against them by Xerxes... Probably Masistes, as satrap of Baktria, did raise the province, and fell fighting at the head of the eastern levies of the empire. The gruesome story just related was an attempt to explain the cause of the revolt in terms acceptable to Hellenic romance».

te el camino, lo asesinaron en unión de sus hijos y de los efectivos que lo apoyaban.

Todo esto es lo que ocurrió a propósito de los amoríos de Jerjes y de la muerte de Masistes.

Los atenienses asedian y toman Sesto, en el Helesponto

Por su parte, los griegos que habían 114
zarpado de Mícala [644], con rumbo al Helesponto, fondearon previamente en las inmediaciones de Lecto [645], al verse obstaculizados por vientos contrarios, y, desde dicho lugar, arribaron a Abido [646], donde encontraron destruidos los puentes que pensaban que iban a hallar todavía tendidos y que constituían el principal objetivo de su llegada al Helesponto. Pues bien, mientras que los 2
peloponesios de Leotíquidas decidieron regresar a Grecia [647], los atenienses, comandados por Jantipo [648], resolvieron quedarse en la zona para atacar el Quersoneso [649]. Los pelo-

[644] Estamos ante un *lapsus calami,* pues, en IX 106, 4, Heródoto ha indicado que el punto de partida de la flota griega, en su singladura hacia el Helesponto, fue Samos.

[645] El cabo Lecto, en la extremidad Suroeste de la Tróade, constituye el punto más occidental del continente asiático (cf. Tucídides, VIII 101, 3), una zona de frecuentes vendavales (cf. Livio, XXXVII 37).

[646] En la costa asiática del Helesponto. Cf. nota VII 200.

[647] Como señala Ed. Will (*Le monde grec et l'Orient...*, págs. 127-128), «du fait de son double rôle d'***hègémôn*** de l'alliance contre les Perses et d'***hègémôn*** de la confédération péloponnésienne, Sparte est la proie d'une contradiction qu'il va lui falloir résoudre. Son hégémonie hellénique lui impose d'aller de l'avant, à moins de voir les Athéniens prendre la tête; ... son hégémonie péloponnésienne lui dicte la prudence, à moins de voir ses alliés se détacher d'elle». Es indudable que, dada su estructura social, los proyectos imperialistas debían parecer a los espartanos (que, según Tucídides, I 89, 2, regresaron a Grecia directamente desde Mícala) sumamente peligrosos (cf. nota IX 606).

[648] El padre de Pericles. Cf. nota VIII 680.

[649] La actual península de Gallípoli, donde Atenas había tenido, des-

ponesios, en definitiva, se hicieron a la vela, en tanto que los atenienses cruzaron el estrecho, desde Abido hasta el Quersoneso, y asediaron Sesto [650].

115 Al oír que los griegos se encontraban en el Helesponto, se congregaron en la mencionada ciudad, por considerar que era la plaza fuerte más segura de la región, efectivos llegados de las ciudades aledañas, entre quienes se contaba, procedente de la ciudad de Cardia [651], el persa Eobazo [652], que había hecho transportar a Sesto los cables utilizados en los puentes [653]. Esta última localidad la ocupaban

de mediados del siglo VI a. C. (cf. H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen,* Munich, 1967, págs. 66 y sigs.), importantes intereses comerciales (cf., *supra,* VI 34 y sigs.). Según Tucídides, I 89, los atenienses fueron apoyados en esta campaña por efectivos jonios y helespontios, con lo que estamos ante la primera empresa realizada por Atenas, en exclusivo beneficio suyo, contando con aliados (cf. G. Busolt, *Griechische Geschichte...,* III, pág. 40, nota 1; y H. Schaefer, *Staatsform und Politik,* Leipzig, 1932, págs. 63 y sigs.).

[650] Sesto, en la orilla europea del Helesponto (cf. nota VII 203), poseía una gran importancia estratégica para el control de la zona, por la que pasaban las importaciones de trigo desde Ucrania al Ática (cf. Tucídides, VIII 62, 3; Jenofonte, *Helénicas,* IV 8, 5). Temáticamente, la campaña griega contra Sesto (aunque, como demuestra Tucídides, I 89 y sigs., inauguraba un nuevo período de la historia de Grecia) supone, en el marco de la obra herodotea, el corolario a las Guerras Médicas, representando el definitivo alejamiento del peligro persa, al pasar el control del Helesponto a manos griegas (cf. W. Schmid, O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur...,* I, 2, pág. 596).

[651] A orillas del Golfo de Melas, en la costa septentrional del Istmo del Quersoneso (cf. VI 33, 3; VII 58, 2). Cardia se hallaba a unos 40 km. al nordeste de Sesto.

[652] No se trata del mismo personaje mencionado en IV 84 y VII 68 (cf. nota VII 367, y G. Strasburger, *Lexikon frühgr. Geschichte...,* página 313).

[653] Cf. VII 36, 3; y notas VII 224 y 225.

los eolios de la zona [654], pero con ellos también había persas y un importante número de sus demás aliados.

Por cierto que sobre esta provincia [655] ejercía la autoridad absoluta, en su condición de gobernador nombrado por Jerjes [656], el persa Artaíctes [657], un sujeto malvado e impío que incluso había engañado al monarca, cuando és- 116

[654] Los eolios no anatolios (cf. VII 95; APOLODORO, I 7, 3), que ocupaban diversas localidades de Tracia oriental (como Eno, por ejemplo; cf. VII 58, 3; TUCÍDIDES, VII 57, 4). En general, vid. M. B. SAKELLARIOU, *La migration grecque en Ionie*, Atenas, 1958.

[655] Pese a que, en la lista de las satrapías facilitada por Heródoto, en III 89 y sigs., no se alude a una provincia europea (cf., para los problemas que plantea su enumeración, notas III 443 y 450), debe de tratarse de la satrapía de Escudra, que abarcaba Tracia y Macedonia (cf. V. PAJAKOWSKI, «De Persarum provincia Skudra quid sentiendum», *Meander* 36 [1981], págs. 75 y sigs.), y que, si no aparece citada en la Inscripción de Behistun, sí que figura en la de Naqš-i-Rustam. La capital de esta satrapía (que habría pasado a formar parte del Imperio con posterioridad al año 512 a. C.; cf. nota V 1) era Sesto.

[656] La interpretación de PH. E. LEGRAND (*Hérodote. Livre IX...*, pág. 105) resulta muy sugestiva, al traducir «véritable tyran, le gouverneur institué par Xerxès de cette province était Artayctès...», y señalar, en la nota 3 de la citada pág., que «la juxtaposition de *etyránneue* et de *hýparchos Xérxeō* n'est pas une négligence de la part d'Hérodote: officiellement gouverneur désigné par Xerxès, Artayctès se comportait en tyran». No obstante, y pese a que Heródoto abomina la tiranía, cuya esencia es la irresponsabilidad ante la ley y los demás miembros de una comunidad (cf. V 78), el término 'tirano' no siempre tiene en su obra un carácter peyorativo, al designar, como aquí, al poseedor de un poder absoluto (cf. nota VIII 334, y J. LABARBE, «L'apparition de la notion de tyrannie dans la Grèce archaïque», *L'Antiquité Classique* 40 (1971), págs. 471 y sigs.), dependiendo luego del talante personal del tirano que ese poder se ejerciera más o menos negativamente; pero era natural que un gobernador persa —es decir, un sátrapa— poseyera ese poder.

[657] El comandante de los contingentes macrones y mosinecos (cf. VII 78) en el año 480. Vid. nota VII 206.

te se dirigía contra Atenas, al apoderarse en Elayunte [658]
2 de los tesoros de Protesilao [659], hijo de Ificlo. Resulta que en Elayunte, en el Quersoneso, hay, rodeada de un sagrado recinto [660], una tumba en memoria de Protesilao, donde figuraban numerosas riquezas (copas de oro y de plata, objetos de bronce, vestidos y otras ofrendas) que Artaíctes saqueó con autorización del monarca. La argumentación
3 que adujo para burlar a Jerjes fue la siguiente: «Señor, en este lugar [661] se encuentra la casa de un griego que atacó tus dominios, por lo que recibió su merecido, encontrando la muerte. Regálame la casa de ese sujeto, para que todo el mundo aprenda a no atacar tus dominios». Con esta argumentación estaba seguro de poder convencer fácilmente a Jerjes, para que le regalara la casa de un simple particular, sin que el monarca abrigara la menor sospecha respecto a sus intenciones, pues, al aducir que Protesilao

---

[658] En la extremidad meridional del Quersoneso Tracio, a orillas del Helesponto (cf. nota VII 146). Elayunte se hallaba a unos 30 km. al suroeste de Sesto.

[659] El primer griego que murió con ocasión de la Guerra de Troya (cf. nota VII 207). Su templo en Elayunte, donde se le adoraba como a una divinidad (quizá asimilado a un dios tracio de carácter orgiástico, lo que explicaría intrínsecamente el comportamiento de Artaíctes en su santuario), poseía un oráculo (cf. PAUSANIAS, I 34, 2) que era visitado sobre todo por enfermos (cf. FILÓSTRATO, *Heroico* 670), lo que justifica las abundantes ofrendas que contenía. Vid. W. BURKERT, *Homo Necans. Interpretationen altgriechischer Opferriten und Mythen*, Berlín-Nueva York, 1972.

[660] El *témenos*, término que designaba el conjunto de edificios (santuario, capillas con exvotos, a veces residencias para los sacerdotes, etc.) y tierras consagrado a una divinidad. Cf. nota III 726.

[661] En el Quersoneso. La historia de Artaíctes se configura como un ejemplo de *hýbris* (cf. nota VIII 396) que acabará siendo castigada; por eso el persa no le dice a Jerjes que la «casa de un griego» era en realidad un santuario.

había atacado los dominios del rey, tenía en cuenta el hecho de que los persas consideran que toda Asia es propiedad suya [662], concretamente del monarca de turno. Una vez satisfecha su petición, Artaíctes se llevó los tesoros desde Elayunte a Sesto, ordenando que se sembrara el recinto sagrado de Protesilao y que sirviese de lugar de pasto; y, siempre que acudía personalmente a Elayunte, mantenía en el santuario relaciones con mujeres. Pues bien, en aquellos momentos, Artaíctes se veía sitiado por los atenienses sin que hubiera adoptado medidas para hacer frente a un asedio, ya que no esperaba la llegada de los griegos: su ataque, al parecer, lo pilló desprevenido [663].

Al llegar el otoño y seguir resistiendo los sitiados [664], 117
los atenienses estaban exasperados por hallarse lejos de su patria y no poder tomar la plaza, así que les pidieron a sus generales [665] que los condujeran de regreso al Ática.

---

[662] De acuerdo con el principio de la simetría política (Protesilao es considerado un agresor por los persas debido a que había participado en la expedición contra Troya), basada en una concepción geográfica según la cual al hombre le está prohibido alterar el reparto del mundo (cf. I 4, 4; y L. Hubert, «Herodot und die politische Propaganda seiner Zeit», *Wissenschaftliche Zeitschrift Univ. Rostock* 18 (1969), págs. 317 y sigs.). Fue precisamente el sueño de los aqueménidas por hacerse con un imperio universal lo que les hizo responsables morales de la agresión contra Grecia, y de ahí que su derrota signifique la restauración del equilibrio cósmico (cf. notas VI 209; VII 63; y VIII 752).

[663] Cf. VIII 130, 3.

[664] El otoño en Grecia comenzaba oficialmente el 18 de septiembre, al ser visible Arturo en el firmamento, aunque el sitio debió prolongarse hasta el invierno (cf. Tucídides, I 89). El malestar reinante entre las filas atenienses se debía a que, por lo regular, tanto las campañas militares como la navegación se interrumpían a comienzos del otoño y no se reemprendían hasta la primavera siguiente.

[665] Cf. nota IX 282.

Estos últimos, sin embargo, se negaron a hacerlo antes de haber tomado Sesto o de que la Asamblea [666] ateniense les hubiera ordenado volver, por lo que los soldados se resignaron a su suerte.

118 Por su parte, los que permanecían asediados en la plaza se encontraban sumidos ya en una absoluta penuria, hasta el extremo de que cocían las correas de las camas [667] para comérselas. Y, cuando ni siquiera pudieron disponer de ese recurso, en esa tesitura los persas, incluidos Artaíctes y Eobazo, se dieron a la fuga, al amparo de la noche, tras descolgarse por la parte posterior de la muralla, que
2 era la zona en donde menos enemigos había [668]. Pero, al rayar el día, los quersonesitas [669], desde lo alto de las torres, hicieron saber lo ocurrido a los atenienses y les abrieron las puertas. Entonces la mayoría de los atenienses se lanzó en persecución de los persas, mientras que el resto ocupó la ciudad.

119 Pues bien, por lo que se refiere a Eobazo, que había huido a Tracia, lo capturaron los tracios apsintios [670], quie-

---

[666] Ya que la *Ecclesía* representaba el poder soberano fundamental del Estado ateniense (cf. H. T. Wade Gery, *Essays in Greek History*, Oxford, 1958, págs. 143 y sigs.). Dado el carácter oficial de la incursión ateniense contra Sesto, sus efectivos navales debieron verse incrementados (si es que no lo habían sido ya con anterioridad a Mícala; cf. nota VIII 673).

[667] Las correas de cuero sobre las que se colocaba lo que hacía las veces de colchón.

[668] Buena prueba de la escasa pericia poliorcética de los atenienses (cf. nota IX 407).

[669] Entre quienes debía haber descendientes de los colonos que Milcíades I se llevó al Quersoneso (cf. VI 36, y S. Mazzarino, «La politica coloniale ateniese sotto i Pisistratidi», *Rendiconti Istituto Lombardo* 72 [1938-1939], págs. 285 y sigs.).

[670] Un pueblo, establecido al norte del Golfo de Melas (cf. nota VI 158), que debía de ser bastante belicoso, si tenemos en cuenta las medidas

nes lo sacrificaron, de acuerdo con sus ritos, a Plistoro[671], una divinidad de su país, mientras que a los persas que lo acompañaban los asesinaron de otra manera[672]. En 2
cuanto a Artaíctes y los suyos, que habían sido los últimos en emprender la huida, se vieron alcanzados cuando se encontraban algo más allá de Egospótamos[673] y, tras defenderse durante largo tiempo, unos murieron y los otros fueron capturados vivos. A estos últimos los griegos los cargaron de cadenas y los condujeron a Sesto (entre los prisioneros figuraban también Artaíctes y su hijo, que iban igualmente encadenados).

Y, al decir de las gentes del Quersoneso[674], a uno de 120
sus guardianes, mientras se encontraba asando pescados

defensivas adoptadas por Milcíades I (cf. VI 36, 2), Pericles (cf. PLUTARCO, *Pericles* 19) o Dercílidas (cf. JENOFONTE, *Helénicas*, III 2, 8 y sigs.), para evitar sus correrías por el Quersoneso.

671 Posiblemente una divinidad guerrera (cf., *supra*, V 7, donde se alude al culto a Ares entre los tracios; y C. DANOV, «Zu den politischen und kulturellen Beziehungen zwischen Thrakern und Hellenen», *Quaderni di Storia* 2 [1975], págs. 67 y sigs.), a la que se ofrecían sacrificios humanos (no necesariamente con arreglo al ritual que narra JENOFONTE DE ÉFESO, *Efesíacas*, II 13, 2).

672 Es decir, sin que su muerte respondiera a una ceremonia cultual.

673 Una rada situada a unos 15 km. al nordeste de Sesto, en la costa europea del Helesponto (donde Lisandro batió, en el año 405, a la flota ateniense en el último enfrentamiento bélico de la Guerra del Peloponeso; cf. JENOFONTE, *Helénicas*, II 1, 18 y sigs.).

674 A diferencia del prodigio narrado en IX 100, Heródoto precisa en este pasaje sus fuentes de información para salvaguardar quizá su responsabilidad respecto a la posible incredulidad que el portento pudiera despertar entre sus contemporáneos (aunque no es seguro que el historiador sólo cite sus fuentes cuando discrepa de ellas; cf., no obstante, D. FEHLING, *Die Quellenangaben bei Herodot*, Berlín, 1971). Sobre este prodigio (ya con precedentes en *Odisea*, XII 394 y sigs.), vid. W. BURKERT, *Homo Necans...*, pág. 271.

salados, le ocurrió el siguiente prodigio: los pescados salados, que estaban puestos al fuego, empezaron a saltar y a convulsionarse como si se tratara de piezas recién cogidas.
2 Quienes se habían arremolinado a su alrededor estaban atónitos, pero Artaíctes, al ver el prodigio, llamó al soldado que se encontraba asando los pescados y le dijo: «Extranjero ateniense, no te asustes ante este prodigio, pues no se ha verificado por tu causa: Protesilao de Elayunte me está haciendo saber que, a pesar de estar muerto y hallarse momificado [675], tiene, por voluntad divina, poder para
3 castigar a quien lo ofende. Por consiguiente, estoy dispuesto en estos momentos a imponerme, a modo de rescate, el pago de las siguientes cantidades: por las riquezas que cogí del santuario, voy a abonarle al dios [676] cien talentos; y, por mi persona y la de mi hijo, entregaré a los atenienses,
4 si conservo la vida, doscientos talentos [677]». Pese a esas promesas, no logró ganarse el favor del estratego Jantipo, pues los habitantes de Elayunte, con ánimo de vengar a Protesilao, pedían la muerte de Artaíctes, y el propio estratego era de esa opinión. Lo condujeron, pues, al promontorio en que Jerjes tendiera los puentes [678] (otros, en

---

[675] El texto puede interpretarse en el sentido de que la tumba de Protesilao en Elayunte contenía una reliquia (*taricheusis* es el término que, en II 85, 2, se utiliza para designar la momificación), o bien como una prueba más de la irreverencia de Artaíctes, que considera que Protesilao está, como traduce A. Barguet (*Hérodote. L'enquête...*, pág. 653), «salé comme un poisson».

[676] Cf. notas V 204 y IX 659.

[677] Respectivamente, 2.592 y 5.184 kg. de plata.

[678] Literalmente, «al promontorio hasta el que Jerjes tendió el paso», ya que el lugar se hallaba en la orilla europea del Helesponto, si bien la construcción del doble puente debió hacerse desde ambas orillas hasta alcanzar el centro del estrecho (cf. nota VII 217); no obstante, y dada la fuerza de la corriente en el paraje (el llamado *Heptaestadio;* cf. nota

cambio, dicen que lo llevaron a la cima de la colina que domina la ciudad de Madito [679]) y lo clavaron a una tabla, dejándolo allí crucificado [680]; por lo que a su hijo se refiere, lo lapidaron en presencia de Artaíctes.

Cumplida esta misión, los atenienses zarparon con rumbo a Grecia, llevándose, entre otros objetos de valor, los cables de los puentes, a fin de consagrarlos en sus santuarios [681]. Y, en el transcurso de ese año [682], no ocurrió ya nada, al margen de lo que he contado. 121

VIII 665), los puentes no se tenderían en el lugar más avanzado de la costa europea (el promontorio aquí aludido), sino en las dos ensenadas de los lados (vid. el mapa de los puentes en nota VII 220).

[679] A unos 7 km. al suroeste de Sesto (cf. VII 33, y nota VII 203).

[680] Pese a que, en VII 33, se atribuye la crucifixión de Artaíctes (sobre ella, cf. PH. E. LEGRAND, *Hérodote. Livre IX...*, pág. 108, nota 3) a los atenienses, es posible que Jantipo lo entregara a los quersonesitas para que fueran éstos quienes lo castigaran.

[681] Los cables, con los mascarones de proa y popa de los navíos persas destruidos en Mícala (cf. IX 106, 1), fueron consagrados por los atenienses en Delfos, erigiendo para albergarlos el 'Pórtico de los atenienses' (cf. P. AMANDRY, *La Colonne des Naxiens et le Portique des Athéniens*, París, 1953, págs. 91 y sigs.).

[682] El año 479/478 (entendiendo por tal, como ocurre en Tucídides, el período comprendido entre dos primaveras, no una referencia al calendario oficial ateniense, ya que, en este último, el año nuevo comenzaba en julio). Como señala C. HIGNETT (*Xerxes' invasion...*, pág. 263), «there can be no serious doubt that he [i. e., Heródoto] intended to finish his great work at this point [incluida la anécdota que cierra la *Historia*]... It could perhaps be argued that he should either have stopped before the capture of Sestos or gone on to the capture of Byzantion, which completed the isolation of the few Persian garrisons still left in Europe, but the latter alternative would have entangled him in the sequel of Pausanias' career, while the former would have forced him to omit the final operation of the campaign of 479. By continuing his narrative beyond Mykale for a few more chapters he was able to celebrate an exploit which conferred distinction on Perikles' father and gave fresh proof of

Anécdota restrospectiva sobre la sabiduría de Ciro

122 Por cierto que Artembares [683], un antepasado del tal Artaíctes (el sujeto que fue crucificado), es quien propuso a los persas una idea que éstos hicieron suya y so-
2 metieron a la consideración de Ciro. La idea decía lo siguiente: «Dado que Zeus [684], con el derrocamiento de Astiages [685], concede la hegemonía a los persas, otorgándotela a ti, Ciro, entre todo el género humano, hay que obrar en consecuencia: como poseemos un territorio reducido y, además, abrupto [686], debemos emigrar de él y ocupar otro mejor. Hay muchos cercanos al nuestro, y otros muchos que están más alejados; sólo con que ocupemos uno, despertaremos aún [687] una mayor ad-

---

the patriotism and determination of the Athenians, and which also provided a convenient excuse for the story selected by him for his final tableau». Para un breve análisis crítico de la cuestión, vid., asimismo, A. Masaracchia, *Erodoto. La battaglia di Salamina. Libro VIII delle Storie,* Milán, 1977, págs. XXX y sigs.

[683] Pese a que en este pasaje no se especifica, es posible que Heródoto pensara que ese personaje era el medo citado, en I 114-116, a propósito de la leyenda de Ciro.

[684] Ahuramazda, identificado con Zeus en *interpretatio graeca* (cf. nota V 521).

[685] *Ichtûmegû,* el último monarca de Media, que reinó de 584 a 555 a. C. (cf., *supra,* I 123-130; nota VII 50; y J. Harmatta, «The rise of the Old Persian Empire. Cyrus the Great», *Acta Antiqua Hungaricae* 19 (1971), págs. 3 y sigs.).

[686] Una característica ya mencionada en I 71, 2, y en la que abundan otros autores antiguos (cf. Platón, *Leyes* 695a; Arriano, *Anábasis,* V 4, 5).

[687] El término griego *(pléosi)* puede interpretarse con valor neutro, como hacen la mayoría de los críticos, a partir de Stein («in mehr Stücken»), o con valor masculino (como hace A. Barguet, *Hérodote...,* página 654, quien traduce «nous serons plus considérés, et par plus de gens»), a partir de Baehr («pluribus hominibus»).

miración, pues es lógico que actúe así un pueblo que posee un imperio. Además, ¿cuándo se nos va a presentar una ocasión más propicia que ahora que precisamente imperamos sobre numerosos súbditos y sobre Asia entera?» Al 3
oír estas palabras, Ciro no mostró sorpresa ante la idea y consintió en ponerla en práctica; pero, al tiempo que daba su consentimiento, les recomendó [688] también que se prepararan para no seguir impartiendo órdenes, sino para recibirlas, pues en las regiones con clima suave —concluyó— suelen criarse hombres de idéntico carácter [689], ya que es de todo punto imposible que un mismo territorio produzca frutos maravillosos y hombres valerosos en el terreno militar. Los persas, entonces, reconocieron su error y se aleja- 4
ron de su lado convencidos por la apreciación de Ciro, así que prefirieron poseer un imperio, residiendo en un territorio improductivo, a cultivar fértiles llanuras siendo esclavos de otros [690].

---

[688] Vuelve a aparecer la recurrete temática del *practical adviser* (cf. I 27; I 28 y sigs.; IV 38; VII 10; 49, 3; VIII 57). Para este caso concreto, vid. A. Bischoff, *Der Warner bei Herodot...*, págs. 78 y sigs.

[689] Literalmente, «suelen criarse hombres suaves». Heródoto se halla en la línea de Hipócrates (*Sobre los aires, aguas y lugares* 24) respecto a la teoría de la influencia del suelo y el clima de un país sobre la constitución física y las costumbres de sus habitantes (cf. F. Heinimann, *Nomos und Physis*, Basilea, 1945, págs. 23 y sigs.; 95 y sigs.; 170 y sigs.), aunque dicha teoría debía de ser un *tópos* en las especulaciones científico-médicas de los jonios (cf. G. Lachenaud, «Connaisance du monde et représentations de l'espace dans Hérodote», *Hellenica* 32 [1980], páginas 42 y sigs.).

[690] Estructuralmente este excurso que cierra la *Historia* se explica por la propia técnica narrativa de Heródoto (cf. H. R. Immerwahr, *Form and Thought in Herodotus...*, pág. 145; y, del mismo autor, en P. E. Easterling, B. M. W. Knox (eds.), *The Cambridge History of classical Literature. I. Greek Literature*, Cambridge, 1985, pág. 428), que es muy dado a citar anécdotas tras las principales secciones del relato (como la

de Epicelo tras Maratón, en VI 117, 2-3; o la del mensaje de Demarato —si no es una interpolación—, después de la batalla de las Termópilas, en VII 239). Más discutible es su significación, y las interpretaciones propuestas no dejan de ser meras hipótesis (cf. T. Krischer, «Herodots Schlusskapitel, seine Topik und seine Quellen», *Eranos* 72 [1974], páginas 93 y sigs.). Quizá el historiador, contraponiendo pobreza y poder político —una temática frecuente en su obra; cf. I 71; VII 102, 2; VIII 26, 3; IX 82—, pretende sentar un paradigma de historia universal aplicable a la derrota persa y al rumbo que la política interestatal griega estaba expuesta a seguir. En todo caso, no hay que olvidar que la obra de Heródoto presenta rasgos composicionales arcaicos; de ahí que a un comienzo jerarquizado se contraponga un final abrupto; cf. B. A. van Groningen, *La composition littéraire archaïque grecque,* Amsterdam, 2.ª ed., 1960, pág. 70.

ÍNDICE DE NOMBRES

Para la localización de los topónimos en los respectivos mapas, los nombres geográficos y los étnicos van seguidos, tras la mención del pasaje en que aparecen, de un número que hace referencia a cada uno de los mapas (1 = *Grecia Central;* 2 = *Estrecho de Salamina;* 3 = *Salamina. I: la aproximación persa;* 4 = *Salamina. II: la batalla;* 5 = *Grecia y Asia Menor;* 6 = *Peloponeso;* 7 = *Ática;* 8 = *Topografía de Platea;* 9 = *Platea. I: movimientos previos a la batalla;* 10 = *Platea. II: la batalla;* 11 = *El mundo mediterráneo;* 12 = *Próximo Oriente),* con indicación de su situación en ellos.

En este índice de nombres se han omitido los gentilicios que designan a *griegos* y *persas* por su elevada frecuencia.

ABAS, localidad de Fócide con un santuario de Apolo: VIII 27, 4, 5; 33; 134, 1 (1 B 2).

ABDERA, ciudad de la costa egea de Tracia: VIII 120 (5 C 1).

ABDERITAS, habitantes de Abdera: VIII 120.

ABIDO, ciudad de Asia Menor, a orillas del Helesponto: VIII 117, 1; 130, 1. — IX 114, 2 (5 C 1).

ABRÓNICO, vigía griego en las Termópilas: VIII 21, 1, 2.

ACAYA, región septentrional del Peloponeso: VIII 36, 2 (5 A 3).

ACÉRATO, profeta delfio: VIII 37, 1.

ACREFIA, ciudad de Beocia: VIII 135, 1 (1 B 3).

ADIMANTO, general corintio: VIII 5, 1, 2; 59; 61, 1, 2; 94, 1, 3, 4.

Aéropo, hermano de Perdicas: VIII 137, 1, 5.
Aéropo, padre de Álcetas: VIII 139.
Áfetas, paraje de Magnesia, frente al cabo Artemisio: VIII 4, 1; 6, 1; 7, 2; 8, 2; 11, 3; 12, 1; 14, 1 (1 C 1).
Afidnas, demo del Ática: VIII 125, 1. — IX 73, 2 (7 B 1).
Aglauro, hija de Cécrope: VIII 53, 1.
Alabanda, ciudad de Frigia (pero cf. nota VIII 707): VIII 136, 1 (5 D 3).
Álcetas, padre de Amintas I de Macedonia: VIII 139.
Alcibíades, padre de Clinias: VIII 17.
Alejandro (I), rey de Macedonia (498-450 a. C.): VIII 34; 121, 2; 136, 1, 3; 137, 1; 139; 140 α, 1; 141, 1, 2; 142, 1, 4; 143, 1; 144, 1. — IX 1; 4, 1; 8, 2; 44, 1; 45, 1, 3; 46, 1.
Alevas, mítico rey de Tesalia: IX 58, 2.
Aliates, rey de Lidia (h. 605-560 a. C.), padre de Creso: VIII 35, 2.
Amastris, esposa de Jerjes: IX 109, 1, 3; 110, 1, 2; 111, 1; 112.
amazonas, míticas mujeres guerreras: IX 27, 4.
Aminias, capitán de un navío ateniense que destacó en Salamina: VIII 84, 1; 93, 1.
Amintas (I), rey de Macedonia (540-498 a. C.), padre de Alejandro I: VIII 136, 1; 139; 140 α, 1. — IX 44, 1.
Amintas, hijo de Búbares: VIII 136, 1.
Amonfáreto, oficial lacedemonio: IX 53, 2, 3, 4; 54, 1; 55, 1, 2; 56, 1; 57, 1, 2, 3; 71, 2; 85, 1.
Ampracia, región occidental de Grecia: IX 31, 4 (5 A 2).
ampraciotas, habitantes de Ampracia: VIII 45; 47. — IX 28, 5.
Anactorio, localidad de Ampracia: IX 28, 5; 31, 4 (5 A 2).
Anagirunte, demo del Ática: VIII 93, 1 (7 B 2).
Anaxándridas, rey de Esparta (h. 560-520 a. C.): VIII 71, 1. — IX 10, 2; 64, 1.
Anaxándridas, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
Anaxilao, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
andrios, habitantes de Andros: VIII 66, 2; 111, 2, 3.
Andrócrates, mítico héroe plateo: IX 25, 3.

ANDRODAMANTE, padre del tirano Teoméstor: VIII 85, 2. — IX 90, 1.

ANDROS, isla de las Cícladas: VIII 108, 1; 111, 1; 112, 2, 3; 121, 1. — IX 33, 2 (5 B-C 3).

ANFIARAO, héroe de origen argivo con un santuario oracular próximo a Tebas: VIII 134, 1, 2.

ANFICEA, localidad de Fócide: VIII 33 (1 A 2).

ANFISA, localidad de Lócride Occidental: VIII 32, 2; 36, 2 (1 A 2).

ANTÁGORAS, padre de Hegetóridas: IX 76, 2.

ANTICIRA, localidad de Mélide: VIII 21, 1 (1 A 2).

ANTIDORO, natural de Lemnos: VIII 11, 3.

ANTÍOCO, padre de Tisámeno: IX 33, 1.

APOLO, divinidad griega: VIII 33.

APOLO ISMENIO, advocación de Apolo en Tebas: VIII 134, 1.

APOLO PTOO, advocación de Apolo en su santuario del monte Ptoo, próximo a Acrefia: VIII 135, 1.

APOLONIA, ciudad de Iliria: IX 92, 2; 93, 1, 3, 4; 94, 1, 2, 3 (11 B 3).

APSINTIOS, pueblo tracio establecido al norte del Quersoneso: IX 119, 1 (5 C 1).

AQUEOS, habitantes de Acaya: VIII 73, 1.

AQUEOS, habitantes predorios del Peloponeso: IX 26, 3.

AQUERONTE, río de Tesprotia: VIII 47 (5 A 2).

ARCADIOS, habitantes de Arcadia, región central del Peloponeso: VIII 26, 1, 2; 72; 73, 1. — IX 27, 1; 28, 1, 4; 35, 2 (5 A-B 3).

AREÓPAGO, colina situada frente a la Acrópolis de Atenas: VIII 52, 1.

ARES, divinidad griega: VIII 77, 2.

ARGEO, padre de Filipo: VIII 139.

ARGIOPIO, paraje próximo a Platea: IX 57, 2 (8).

ARGIVOS, habitantes de Argos: VIII 73, 3. — IX 12, 1, 2; 27, 3; 34, 1, 2; 35, 2.

ARGOS, capital de la Argólide: VIII 137, 1; 138, 1. — IX 34, 1; 75 (6 B 2).

ARIABIGNES, almirante persa: VIII 89, 1.

ARIARAMNES, aqueménida presente en Salamina: VIII 90, 4.

ARIFRÓN, padre de Jantipo: VIII 131, 3.

ARIMNESTO, espartiata que dio muerte a Mardonio: IX 64, 2.
ARIMNESTO, guerrero plateo: IX 72, 2.
ARISTÁGORAS, padre de Hegesístrato de Samos: IX 90, 1.
ARISTIDES, general ateniense: VIII 79, 1, 3; 81; 95. — IX 28, 6.
ARISTODEMO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
ARISTODEMO, espartiata que destacó en Platea: IX 71, 2, 3, 4.
ARISTÓMACO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
ARQUESTRÁTIDA, padre de Atenágoras de Samos: IX 90, 1.
ARQUIDAMO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
ARTÁBANO, noble persa, hermano de Darío: VIII 26, 2; 54.
ARTABAZO, general persa: VIII 126, 1, 2, 3; 128, 1, 2; 129, 1, 3. — IX 41, 1, 2, 4; 42, 1; 58, 3; 66, 1, 2; 70, 5; 77, 2; 89, 1, 2; 90, 1.
ARTAÍCTES, sátrapa de Escudra: IX 116, 1, 2, 3; 118, 1; 119, 2; 120, 2, 4; 122, 1.
ARTAÍNTA, hija de Masistes: IX 108, 2; 109, 1, 2, 3; 110, 1.
ARTAÍNTES, almirante persa: VIII 130, 2. — IX 102, 4; 107, 1, 2.
ARTAQUEAS, padre de Artaíntes: VIII 130, 2.
ARTEMBARES, antepasado de Artaíctes: IX 122, 1.
ÁRTEMIS, divinidad griega: VIII 77, 1.
ARTEMISIA, tirana de Halicarnaso: VIII 68, 1; 69, 1, 2; 87, 1, 4; 88, 1, 2; 93, 1, 2; 101, 1, 2; 102, 1; 103; 107, 1.
ARTEMISIO, cabo nororiental de Eubea: VIII 2, 1; 4, 1; 5, 1; 6, 1; 8, 2, 3; 11, 3; 14, 2; 16, 1; 21, 1; 22, 1; 23, 1; 40, 1; 42, 1, 2; 43; 44, 1; 45; 46, 2, 4; 66, 2; 76, 2. — IX 98, 4 (1 C 1).
ARTONTES, hijo de Mardonio: IX 84, 1.
ASIA, una de las tres partes del mundo: VIII 109, 3; 118, 1, 4; 119; 126, 2; 130, 1; 136, 1. — IX 90, 1; 116, 3; 122, 2.
ÁSINE, localidad de Mesenia: VIII 73, 2 (6 B 3).
ASOPIOS, habitantes del curso medio del Asopo: IX 15, 1.
ASOPO, río de Beocia: IX 15, 3; 19, 3; 31, 1; 36; 38, 1; 40; 43, 2; 49, 3; 51, 1, 2, 4; 59, 1 (1 B-D 3).
ASOPODORO, comandante de la caballería tebana en Platea: IX 69, 2.

ASTIAGES, último rey de Media (584-559 a. C.): IX 122, 2.

ATAGINO, oligarca tebano filopersa: IX 15, 4; 16, 1; 86, 1; 88.

ATARNEO, comarca de Misia: VIII 106, 1 (5 C 2).

ATENÁGORAS, embajador samio: IX 90, 1.

ATENAS, capital del Ática: VIII 5, 3; 11, 2; 34; 46, 2, 3; 48; 50, 2; 51, 1; 54; 55; 56; 57, 1; 61, 1; 66, 1; 67, 1; 68 α, 2; β, 2; 77, 1; 79, 1; 93, 2; 99, 1; 100, 1; 102, 3; 106, 1; 110, 3; 111, 2; 118, 1; 120; 125, 1; 136, 1; 140 α, 1; 141, 1; 143, 3. — IX 1; 3, 1, 2; 4, 1; 6; 7, 1; 8, 2; 12, 2; 13, 2; 17, 1; 32, 2; 99, 2; 105; 107, 3; 116, 1 (7 B 2).

ATENEA, divinidad griega: VIII 55; 104.

ATENEA ALEA, advocación de Atenea en Tegea: IX 70, 3.

ATENEA ESCÍRADE, advocación de Atenea en Salamina: VIII 94, 2.

ATENEA PRONAYA, advocación de Atenea en Delfos: VIII 37, 2, 3; 39, 1, 2.

ATENIENSES, habitantes de Atenas y, en general, del Ática: VIII 1, 1, 2; 2, 2; 3, 1; 4, 2; 10, 3; 11, 3; 17; 18; 21, 2; 40, 1; 41, 1, 2, 3; 42, 2; 44, 1, 2; 51, 2; 52, 1; 53, 2; 54; 55; 61, 2; 63; 65, 1, 2, 4; 70, 2; 74, 2; 75, 2; 84, 2; 85, 1; 86; 91; 93, 1; 94, 1, 4; 109, 1, 5; 110, 1, 2, 3; 111, 2, 3; 131, 3; 136, 2; 140 α, 1; β, 1; 141, 1, 2; 142, 3; 143, 1, 2; 144, 1, 2, 5. — IX 1; 3, 2; 4, 1, 2; 5, 2, 3; 6; 7 α, 1; β, 1, 2; 8, 2; 9, 1, 2; 11, 1; 13, 1; 19, 2; 21, 3; 22, 2; 23, 1; 26, 1, 6, 7; 27, 1; 28, 1, 6; 31, 5; 35, 2; 39, 1; 44, 1; 45, 1; 46, 1, 2, 3; 47; 48, 2; 54, 1; 55, 2; 56, 1, 2; 59, 1; 60, 1; 61, 1; 67; 70, 2, 5; 71, 1; 73, 1, 3; 75; 85, 2; 99, 2; 102, 1, 2, 3; 105; 106, 3; 114, 2; 116, 3; 117; 118, 2; 120, 3; 121.

ÁTICA, región de Grecia Central: VIII 40, 1; 49, 1; 50, 1; 51, 1; 53, 1; 60 γ; 65, 1, 2; 87, 2; 96, 2; 110, 2; 113, 1; 144, 5. — IX 3, 2; 4, 2; 6; 7 β, 1, 2; 8, 2; 12, 1; 13, 1, 3; 27, 4; 73, 2, 3; 99, 2; 117 (7).

AUTÓDICO, padre de Cléades: IX 85, 2.

AUTÓNOO, héroe delfio: VIII 39, 1.

ÁYAX, mítico rey de Salamina, hijo de Telamón: VIII 64, 2; 121, 1.

BACIS, profeta legendario: VIII 20, 1, 2; 77, 2; 96, 2. — IX 43, 1.
BACTRIA, región de Asia, al NO. del Hindukush: IX 113, 1, 2 (12 C 1-2).
BACTRIOS, habitantes de Bactria: VIII 113, 2. — IX 31, 3, 4; 113, 2.
BAGEO, padre de Mardontes: VIII 130, 2.
BASILIDES, padre del quiota Heródoto: VIII 132, 1.
BELBINA, islote próximo al Ática: VIII 125, 2 (5 B 3).
BEOCIA, región de Grecia Central: VIII 34; 38; 40, 2; 44, 1; 50, 2; 113, 1; 144, 5. — IX 2, 1; 6; 7 β, 1, 2; 17, 1; 19, 3; 24; 87, 1; 100, 1 (5 B 3).
BEOCIOS, habitantes de Beocia: VIII 34; 66, 2. — IX 31, 5; 39, 1; 46, 2; 47; 67; 68.
BERMIO, monte de Macedonia: VIII 138, 3 (5 A 1).
BIANTE, hermano de Melampo: IX 34, 2.
BISALTAS, habitantes de Bisaltia, región de Tracia occidental: VIII 116, 1 (5 B 1).
BIZANCIO, ciudad emplazada en la orilla europea del Bósforo: IX 89, 4 (5 D 1).
BOTIEOS, habitantes de Botiea, comarca de Macedonia: VIII 127 (5 B 1).
BÚBARES, noble persa, cuñado de Alejandro I de Macedonia: VIII 136, 1.

CABEZAS DE ENCINA, paso del Citerón: IX 39, 1 (8).
CADMEOS, descendientes de Cadmo, antiguo nombre de los tebanos: IX 27, 3.
CAFAREO, cabo sudoriental de Eubea: VIII 7, 1 (5 B 3).
CÁLAMOS, paraje de la costa sudoriental de Samos: IX 96, 1 (5 C 3).
CALASIRIOS, casta guerrera de Egipto: IX 32, 1.
CALCIDEOS, habitantes de Calcis: VIII 1, 1; 46, 2. — IX 28, 5.
CALCIDEOS, habitantes de la Calcídica: VIII 127.
CALCÍDICA, península de Grecia septentrional: VIII 127 (11 B 3).
CALCIS, localidad de Eubea: VIII 44, 1. — IX 31, 4 (1 C 3).
CALÍADES, arconte epónimo de Atenas en 480 a. C.: VIII 51, 1.
CALÍCRATES, espartiata muerto en Platea: IX 72, 1; 85, 1.
CALINDA, ciudad de Licia: VIII 87, 2, 3; 88, 3 (5 D 4).
CALINDEOS, habitantes de Calinda: VIII 87, 2.

CARADRA, localidad de Fócide: VIII 33 (1 A 2).
CARDAMILA, localidad de Laconia: VIII 73, 2 (6 B 2).
CARDIA, ciudad del Quersoneso: IX 115 (5 C 1).
CARILAO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
CARIOS, habitantes de Caria, región sudoccidental de Asia Menor: VIII 22, 2 (11 B 3).
CARISTIOS, habitantes de Caristo: VIII 66, 2; 112, 2, 3.
CARISTO, ciudad meridional de Eubea: VIII 121, 1. — IX 105 (5 B 3).
CARNEAS, fiestas espartanas en honor de Apolo Carneo: VIII 72.
CASTALIA, fuente de Delfos: VIII 39, 1.
CÉCROPE, mítico rey de Atenas: VIII 44, 2; 53, 1.
CECRÓPIDAS, antiguo gentilicio de los atenienses: VIII 44, 2.
CEFALENIA, isla del mar Jónico: IX 28, 5 (5 A 3).
CEFISO, río de Grecia Central: VIII 33 (1 A-B 2-3).
CEOS, isla de las Cícladas: VIII 1, 1; 46, 2 (5 B 3).
CEOS, islote próximo a Salamina (pero cf. nota VIII 389): VIII 76, 1 (2 B 2).
CILICIA, región de Anatolia: IX 107, 3 (12 A 2).
CILICIOS, habitantes de Cilicia: VIII 14, 2; 68 γ; 100, 4.
CIME, ciudad eolia de Asia Meneor: VIII 130, 1 (5 C 2).
CINOSURA, península oriental de Salamina: VIII 76, 1; 77, 1 (2 B 2).
CINURIOS, habitantes de Cinuria, región oriental del Peloponeso: VIII 73, 1, 3 (6 B-C 2).
CIRNO, paraje no identificado próximo a Caristo: IX 105.
CIRO, rey de Persia (559-530 a. C.), fundador del imperio: IX 122, 1, 2, 3, 4.
CITERÓN, macizo montañoso entre el Ática y Beocia: IX 19, 3; 25, 3; 38, 2; 39, 1; 51, 2, 4; 56, 2; 69, 2 (5 B 3).
CITNOS, isla de las Cícladas: VIII 46, 4; 67, 1 (5 B 3).
CLÉADES, próxeno de Egina en Platea: IX 85, 2.
CLEODEO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
CLEÓMBROTO, padre de Pausanias: VIII 71, 1. — IX 10, 1, 2, 3; 64, 1; 78, 2.
CLINIAS, trierarco ateniense: VIII 17.
CODRO, mítico rey de Atenas: IX 97.
COLÍADE, cabo del Ática: VIII 96, 2 (2 C 2).

COLUMNAS DE HERACLES (= estrecho de Gibraltar): VIII 132, 3 (11 B 1).
COPAIDE, lago de Beocia: VIII 135, 1 (1 B-C 2-3).
CORICIO, gruta de Fócide: VIII 36, 2 (1 A 3).
CORINTIOS, habitantes de Corinto: VIII 1, 1; 21, 2; 43; 61, 2; 72; 79, 4; 94, 1, 2, 4. — IX 28, 3; 69, 1; 95; 102, 3; 105.
CORINTO, ciudad nororiental del Peloponeso: VIII 45. — IX 31, 3; 88 (6 C 1).
COS, isla de las Espóradas meridionales: IX 76, 2, 3 (5 C 4).
CRÁNAOS, antiguo gentilicio de los atenienses: VIII 44, 2.
CRESO, rey de Lidia (560-547 a. C.): VIII 35, 2; 122.
CRESTONIA, región septentrional de Macedonia: VIII 116, 1 (5 B 1).
CRÍO, padre del egineta Polícrito: VIII 92, 1.
CRISA, localidad de Fócide: VIII 32, 2 (1 A 3).
CRITOBULO, gobernador filopersa de Olinto: VIII 127.
CRONOS, divinidad griega: VIII 77, 2.
CROTONIATAS, habitantes de Crotón, ciudad de la Magna Grecia: VIII 47 (11 B 3).
CHIPRIOTAS, habitantes de Chipre, isla del Mediterráneo oriental: VIII 68; 100, 4 (11 B 4).

DAMASITIMO, tirano de Calinda: VIII 87, 2.
DARÍO (I), rey de Persia (522-486 a. C.): VIII 89, 1. — IX 107, 1; 111, 2.
DARÍO, hijo de Jerjes: IX 108, 1, 2.
DATO, comarca de Tracia: IX 75 (5 B 1).
DAULIS, localidad de Fócide: VIII 35, 1 (1 B 3).
DECELEA, demo del Ática: IX 15, 1; 73, 1, 2, 3 (7 B 1).
DÉCELO, héroe epónimo de Decelea: IX 73, 2.
DEÍFONO, adivino de Apolonia: IX 92, 2; 95.
DELFIOS, habitantes de Delfos: VIII 36, 1, 2; 37, 2; 38; 39, 1.
DELFOS, ciudad de Fócide con un famoso santuario oracular de Apolo: VIII 27, 4, 5; 35, 1, 2; 82, 1; 114, 1; 121, 2; 122. — IX 33, 2; 42, 3; 81, 1; 93, 4 (1 A 3).
DELOS, isla de las Cícladas: VIII 132, 2, 3; 133. — IX 90, 1; 96, 1 (5 C 3).
DEMARATO, rey de Esparta exilado en Persia: VIII 65, 1, 2, 4, 6.

DEMÉTER ELEUSINIA, advocación de Deméter (sobre todo en Eleusis) como divinidad de cultos mistéricos: IX 57, 2; 62, 2; 65, 2; 69, 1; 97, 1; 101, 1.

DEMÓCRITO, patriota naxio: VIII 46, 3.

DICEO, ateniense exilado en Persia: VIII 65, 1, 4, 6.

DIONISÓFANES, presunto autor del sepelio de Mardonio: IX 84, 2.

DIPEA, localidad de Arcadia: IX 35, 2 (6 B 2).

DODONA, localidad de Epiro con un santuario oracular de Zeus: IX 93, 4 (5 A 2).

DÓRIDE, región de Grecia Central: VIII 31; 32, 1; 43 (5 B 2).

DORIEO, padre de Eurianacte: IX 10, 3.

DORIOS, una de las estirpes en que estaban dividios los griegos: VIII 31; 46, 1; 66, 2; 73, 2, 3; 141, 1.

DRIMO, localidad de Fócide: VIII 33 (1 A 2).

DRÍOPES, habitantes de la Driópide: VIII 43; 46, 4; 73, 2.

DRIÓPIDE, antigua comarca de Dóride: VIII 31; 43 (1 A 2).

EÁCIDAS, hijos de Éaco (Telamón y Peleo), mítico rey de Egina: VIII 64, 2; 83, 2; 84, 2.

ÉACO, primer monarca de Egina: VIII 64, 2.

EDONOS, pueblo de Tracia: IX 75 (5 B 1).

EÉROPO, padre de Équemo: IX 26, 5.

ÉFESO, ciudad de Jonia: VIII 103; 105, 1; 107, 1. — IX 84, 2 (5 C 3).

EGÁLEO, monte del Ática: VIII 90, 4 (2 C 1).

EGINA, isla del golfo Sarónico: VIII 41, 1; 46, 1; 60 α, γ; 64, 2; 79, 1; 81; 83, 2; 84, 2; 92, 1; 131, 1; 132, 1, 2. — IX 31, 4; 75; 76, 3; 78, 1 (6 C 1).

EGINETAS, habitantes de Egina: VIII 1, 1; 46, 1, 2; 74, 2; 84, 2; 86; 91; 92, 2; 93, 1; 122. — IX 28, 6; 78, 1; 79, 2; 80, 3; 85, 2.

EGIPCIOS, habitantes de Egipto: VIII 17; 68 γ; 100, 4. — IX 32, 1, 2.

EGIPTO, país avenado por el Nilo: IX 32, 1 (11 C 4).

EGOSPÓTAMOS, rada del Quersoneso: IX 119, 2 (5 C 1).

ELATEA, localidad de Fócide: VIII 33 (1 B 2).

ELAYUNTE, ciudad del Quersoneso: IX 116, 1, 2, 3; 120, 2, 4 (5 C 1).

ELEOS, habitantes de Élide: VIII 72. — IX 77, 3.
ELEUSIS, demo del Ática: VIII 65, 1, 2; 85, 1. — IX 19, 2; 27, 4; 65, 2 (7 A 1).
ÉLIDE, región noroccidental del Peloponeso: VIII 27, 3. — IX 35, 1; 37, 1 (5 A 3).
ÉLIDE, capital de la región del mismo nombre: VIII 73, 2 (6 A 1).
ELOPIA, comarca septentrional de Eubea: VIII 23, 2 (1 B-C 1-2).
ENONE, antiguo nombre de Egina: VIII 46, 1.
ENQUELEOS, tribu establecida al Sur de Iliria: IX 43, 1 (11 B 3).
ENSENADAS, paraje de la costa sudoccidental de Eubea: VIII 13; 14, 1 (5 B 3).
EOBAZO, persa muerto en Tracia: IX 115; 118, 1; 119, 1.
EÓLIDA, localidad de Fócide: VIII 35, 1 (1 A 3).
EOLIOS, una de las estirpes en que estaban divididos los griegos: IX 115.
EPIDAURIOS, habitantes de Epidauro: VIII 1, 1; 43; 72. — IX 28, 4.
EPIDAURO, localidad de la Argólide: VIII 46, 1. — IX 31, 3 (6 C 2).
ÉQUEMO, mítico rey de Tegea: IX 26, 5.
ERECTEO, mítico rey de Atenas: VIII 44, 2; 55.
ERETRIA, ciudad de Eubea: IX 28, 5; 31, 4 (1 D 3).
ERETRIEOS, habitantes de Eretria: VIII 1, 1; 46, 2.
ERÍNEO, localidad de Dóride: VIII 43 (1 A 2).
ERITRAS, localidad de Beocia: IX 15, 3; 19, 3; 22, 1; 25, 2 (8).
EROCO, localidad de Fócide: VIII 33 (1 A 2).
ESCÍATOS, isla de las Espóradas septentrionales: VIII 7, 1; 92, 1 (1 C 1).
ESCILIAS, buzo natural de Escione: VIII 8, 1, 3.
ESCIONE, ciudad de la Calcídica: VIII 8, 1; 128, 3 (5 B 2).
ESCIONEOS, habitantes de Escione: VIII 128, 1, 3.
ESCIRÓNIDE, ruta entre Mégara y Corinto: VIII 71, 2 (6 C 1).
ESCOLO, localidad de Beocia: IX 15, 1 (1 C 3).
ESCOLOPUNTE, paraje próximo a Mícala: IX 97 (5 C 3).
ESCREO, padre de Licomedes: VIII 11, 2.
ESFENDALEAS, demo del Ática: IX 15, 1 (7 A 1).

ESPARTA, capital de Laconia: VIII 114, 2; 124, 2; 131, 3; 132, 1, 2; 144, 1. — IX 10, 3; 11, 1; 12, 1; 53, 2; 64, 2; 70, 5; 73, 3; 76, 2 (6 B 2).
ESPARTANOS, habitantes de Esparta: VIII 142, 1, 5; 144, 5.
ESPARTIATAS, habitantes de Esparta pertenecientes a la clase dominante: VIII 2, 2; 114, 1; 124, 3; 125, 2; 141, 2. — IX 9, 1; 10, 1; 12, 1; 19, 1; 26, 7; 28, 2, 3; 29, 1; 33, 4, 5; 35, 1; 36; 37, 1; 47; 48, 1; 54, 2; 61, 3; 62, 3; 64, 1; 71, 2, 3, 4; 72, 1; 78, 3; 79, 2; 85, 2.
ESTENICLERO, llanura de Mesenia: IX 64, 2 (6 A-B 2).
ESTIRA, localidad de Eubea: VIII 46, 4. — IX 28, 5; 31, 4 (5 B 3).
ESTIREOS, habitantes de Estira: VIII 1, 1.
ESTRATIS, tirano de Quíos: VIII 132, 2.
ESTRIMÓN, río de Tracia: VIII 115, 4; 118, 1, 2; 120 (5 B 1).
ETÍOPES, habitantes de Etiopía, región de África al Sur de Egipto: IX 32, 1 (11 C 4).
ETOLIOS, habitantes de Etolia, región occidental de Grecia: VIII 73, 2 (5 A 2-3).
EUBEA, isla del Egeo occidental: VIII 4, 2; 6, 1; 7, 1, 2; 8, 3; 13; 14, 1, 2; 20, 2; 68 α, 1; 69, 2; 86 (5 B 2-3).
EUBEOS, habitantes de Eubea: VIII 4, 2; 5, 3; 19, 1, 2; 20, 1.
ÉUMENES, guerrero ateniense que destacó en Salamina: VIII 93, 1.
ÉUNOMO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
EURIANACTE, general espartano en Platea: IX 10, 3; 53, 3; 54, 1; 55, 1.
EURÍBATES, caudillo argivo muerto en Egina: IX 75.
EURIBÍADES, almirante espartano en 480 a. C.: VIII 2, 2; 4, 2; 5, 1; 42, 2; 49, 1; 57, 2; 58, 1; 59; 60, 1; 61, 1; 62, 1; 63; 64, 1; 74, 1; 79, 4; 108, 2; 124, 2.
EURICLIDES, padre del *navarco* Euribíades: VIII 2, 2; 42, 2.
EURIFONTE, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
EURÍPILO, hermano de Tórax de Larisa: IX 58, 1.
EURIPO, estrecho entre Beocia y Eubea: VIII 7, 1; 15, 2; 66, 1 (1 C 3).
EURISTEO, mítico rey de Micenas: IX 26, 2; 27, 2.
EUROPA, una de las tres partes del mundo: VIII 51, 1; 97, 1; 108, 3, 4; 109, 3. — IX 14.

EUROPO, ciudad de Caria: VIII 133; 135, 1, 3 (5 D 3).
EUTENO, padre del ateniense Hermólico: IX 105.
EUTÍQUIDAS, padre de Sófanes: IX 73, 1.
EVENIO, padre de Deífono: IX 92, 2; 93, 2, 3, 4; 94, 1, 2, 3; 95.
EYÓN, ciudad de Tracia: VIII 118, 1; 120 (5 B 1).

FAÍLO, atleta y soldado natural de Crotón: VIII 47.
FALERO, antiguo puerto de Atenas: VIII 66, 1; 67, 1; 91; 92, 2; 93, 2; 107, 1; 108, 1. — IX 32, 2 (7 A 2).
FARÁNDATES, comandante persa a las órdenes de Mardonio: IX 76, 1.
FÁRNACES, padre de Artabazo: VIII 126, 1. — IX 41, 1; 66, 1; 89, 1.
FEGEO, abuelo de Équemo: IX 26, 5.
FENICIOS, habitantes de Fenicia: VIII 85, 1; 90, 1, 3, 4; 91; 100, 4; 119 (12 A 2).
FÍLACO, héroe delfio: VIII 39, 1.
FÍLACO, capitán de un navío samio: VIII 85, 2, 3.
FILAÓN, hermano del chipriota Gorgo: VIII 11, 2.
FILIPO, abuelo de Álcetas: VIII 139.
FILISTO, compañero de Nileo: IX 97.
FILOCIÓN, espartiata que destacó en Platea: IX 71, 2; 85, 1.
FLIASIOS, habitantes de Fliunte: VIII 72.
FLIUNTE, ciudad nororiental del Peloponeso: IX 28, 4; 31, 3; 69, 1, 2; 85, 2 (6 B 1).
FOCENSES, habitantes de Fócide: VIII 27, 1, 2, 3, 4; 28; 29, 1; 30, 1, 2; 31; 32, 1; 33. — IX 17, 1, 2, 3, 4; 18, 1, 2, 3; 31, 5; 89, 2.
FÓCIDE, región de Grecia Central: VIII 27, 2; 31; 32, 1, 2; 33; 35, 1; 134, 1. — IX 66, 3 (5 B 3).
FRIGIA, región de Anatolia: VIII 136, 1 (12 A 1).
FRIGIOS, habitantes de Frigia: IX 32, 1.
FRINÓN, padre de Atagino de Tebas: IX 15, 4.

GARGAFIA, fuente próxima a Platea: IX 25, 2, 3; 49, 2; 51, 1; 52 (8).
GAVANES, hermano de Perdicas: VIII 137, 1, 5.
GERESTO, cabo sudoriental de Eubea: VIII 7, 1. — IX 105 (5 B 3).

GESÓN, arroyo próximo a Mícala (5 C 3).
GIGEA, hermana de Alejandro I de Macedonia: VIII 136, 1.
GLAUCÓN, padre de Leagro: IX 75.
GLISAS, localidad de Beocia: IX 43, 2 (1 C 3).
GOBRIAS, padre de Mardonio: IX 41, 1.
GOLFO JONIO (= mar Adriático): IX 92, 2 (11 A-B 2-3).
GORDIAS, padre de Midas: VIII 138, 2.
GORGO, rey de Salamina de Chipre: VIII 11, 2.

HAGIAS, hermano de Tisámeno: IX 33, 5.
HALICARNASO, ciudad de Caria: VIII 104 (5 C 4).
HARMOCIDES, general focense: IX 17, 2, 4; 18, 1.
HEFESTO, divinidad griega: VIII 98, 2.
HEGESILAO, abuelo de Leotíquidas: VIII 131, 2.
HEGESÍSTRATO, adivino eleo: IX 37, 1, 2, 3; 38, 1; 41, 1.
HEGESÍSTRATO, embajador samio: IX 90, 1, 2; 91, 1, 2; 92, 1.
HEGETÓRIDAS, natural de Cos: IX 76, 2, 3.
HELENA, hija de Tindáreo: IX 73, 2.
HELESPONTO, estrecho entre el Egeo y la Propóntide (en la narración, a veces, zona comprendida entre el Bósforo y el Helesponto): VIII 51, 1; 87, 3; 97, 1; 107, 1; 108, 2; 109, 1, 4; 110, 3; 111, 1; 115, 1; 117, 1; 118, 1; 120. — IX 4, 1; 66, 3; 98, 1; 101, 3; 107, 1; 114, 1; 115 (5 C 1-2).
HERA, divinidad griega: IX 52; 69, 1; 96, 1; 98, 3.
HERACLES, el más famoso de los héroes griegos, luego divinizado: VIII 43; 131, 2. — IX 33, 3.
HERACLIDAS, descendientes de Heracles: VIII 114, 2. — IX 26, 2, 4; 27, 2.
HEREO, templo de Hera próximo a Platea: IX 53, 1; 61, 3 (8).
HERMÍONE, localidad de la Argólide: VIII 73, 2. — IX 31, 4 (6 C 2).
HERMIONEOS, habitantes de Hermíone: VIII 43; 72. — IX 28, 4.
HERMÓLICO, ateniense que destacó en Mícala: IX 105.
HERMOTIBIOS, casta guerrera de Egipto: IX 32, 1.
HERMOTIMO, eunuco de Jerjes: VIII 104; 105, 1, 2; 106, 1, 3, 4.

HERÓDOTO, quiota antipersa: VIII 132, 1.
HERPIS, padre de Timegénidas: IX 38, 2.
HIAMPEA, una de las rocas Fedríadas, en Delfos: VIII 39, 1 (1 A 3).
HIÁMPOLIS, localidad nororiental de Fócide: VIII 28; 33 (1 B 2).
HIDARNES, comandante de los Inmortales: VIII 113, 2; 118, 1.
HILO, hijo de Heracles: VIII 131, 2. — IX 26, 3, 4, 5.
HILOTAS, siervos de los espartiatas: IX 10, 1; 28, 2; 80, 1, 3; 85, 2.
HIPOCRÁTIDAS, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
HIPÓMACO, adivino natural de Léucade: IX 38, 2.
HISIAS, localidad de Beocia: IX 15, 3; 25, 3 (8).
HISTIEA, ciudad noroccidental de Eubea: VIII 23, 1, 2; 24, 2; 25, 3; 66, 1 (1 B 1).
HISTIEO, padre de Fílaco de Samos: VIII 85, 2.

IFICLO, padre de Protesilao: IX 116, 1.
ILIRIA, región occidental de la península balcánica: VIII 137, 1 (11 A-B 3).
ILIRIOS, habitantes de Iliria: IX 43, 1.
INDIOS, habitantes de la India: VIII 113, 2. — IX 31, 4 (12 C 2).
INMORTALES, tropas persas de élite: VIII 113, 2.
IÓN, epónimo de los jonios: VIII 44, 2.
ISLA (= NESOS), paraje próximo a Platea: IX 51, 1 (8).
ISQUÉNOO, padre del egineta Píteas: VIII 92, 1.
ISTMO (de Corinto): VIII 40, 2; 49, 2; 56; 57, 1; 60 α, β, γ; 63; 71, 1, 2; 72; 74, 1; 79, 2; 121, 1; 123, 1. — IX 7, 1; β, 1; 8, 1, 2; 9, 2; 10, 2, 3; 12, 1; 13, 2; 15, 1; 19, 1, 2; 26, 3; 27, 2; 81, 1 (6 C 1).
ISTMO, localidad no identificada de Mesenia: IX 35, 2.
ITALIA, zona meridional de la península itálica: VIII 62, 2 (11 B 3).
ITAMITRES, almirante persa en 479 a. C.: VIII 130, 2. — IX 102, 4.

JACINTIAS, festividad espartana en honor de Apolo y Jacinto: IX 7, 1; 11, 1.
JANTIPO, general ateniense, padre de Pericles: VIII 131, 3. — IX 114, 2; 120, 4.

Jenágoras, natural de Halicarnaso: IX 107, 2, 3.

Jerjes, rey de Persia (486-464 a. C.): VIII 10, 1; 15, 1; 16, 1, 2; 17; 22, 3; 24, 1, 2; 25, 2, 3; 27, 2; 34; 35, 2; 50, 2; 52, 2; 54; 65, 1, 6; 66, 1; 67, 1, 2; 69, 1, 2; 81; 86; 88, 1, 2, 3; 89, 1; 90, 3, 4; 97, 1, 2; 98, 1; 99, 1, 2; 100, 1; 101, 1, 2; 102, 1; 103; 105, 2; 107, 1; 108, 1; 110, 2; 113, 1; 114, 1, 2; 115, 1, 3, 4; 116, 1; 117, 2; 118, 1, 2, 3, 4; 119; 120; 130, 1; 140 α, 3; β, 2; 143, 2; 144, 3. —IX 1; 32, 2; 41, 1; 68; 78, 3; 82, 1; 96, 2; 99, 2; 107, 3; 108, 1, 2; 109, 1, 2, 3; 110, 2, 3; 111, 1, 5; 112; 113, 2; 116, 1, 2, 3; 120, 4.

Jerónimo, atleta de Andros: IX 33, 2.

Jonia, región costera de Asia Menor: VIII 109, 4; 130, 2, 3; 132, 1, 2. — IX 90, 1; 96, 2; 104; 106, 2, 3 (12 A 1).

jonios, una de las estirpes en que estaban divididos los griegos (con frecuencia = habitantes de Jonia): VIII 10, 2; 22, 1, 3; 44, 2; 46, 2, 3; 48; 73, 3; 85, 1; 90, 1, 3, 4; 130, 2; 132, 1, 2. — IX 26, 3; 90, 2; 98, 2, 3, 4; 99, 1, 3; 103, 2; 106, 2, 3.

Juto, padre de Ión: VIII 44, 2.

Lacedemón (= Esparta), capital de Laconia: VIII 124, 2. — IX 6; 7, 1; 9, 1.

Lacedemonia (= Laconia), región meridional del Peloponeso: VIII 125, 1 (5 A-B 3-4).

lacedemonios, habitantes de Lacedemonia: VIII 1, 1; 3, 2; 25, 1; 43; 66, 1; 72; 85, 1; 114, 1, 2; 124, 2; 125, 1; 132, 1; 141, 1, 2; 142, 1, 4; 144, 1. — IX 6; 7, 1; 11, 1, 2; 14; 19, 1; 26, 6; 27, 6; 28, 2; 29, 2; 31, 2; 33, 1, 3, 5; 37, 3, 4; 38, 1; 47; 48, 1; 49, 3; 53, 1; 54, 1; 55, 1, 2; 56, 1, 2; 57, 3; 58, 2, 3; 59, 1; 60, 1; 61, 1, 2; 62, 1; 63, 1, 2; 65, 1; 70, 1, 2, 5; 71, 1, 2; 72, 1; 73, 3; 76, 1; 77, 2; 85, 1, 2; 102, 1, 2; 103, 1.

Lacmón, monte de la cordillera del Pindo: IX 93, 1 (5 A 2).

Laconia, región meridional del Peloponeso: VIII 73, 2 (5 A-B 2-3).

Lampón, padre de Olimpiodoro: IX 21, 3.

Lampón, noble egineta: IX 78, 1, 3; 80, 1.

Lampón, embajador samio: IX 90, 1.

Larisa, ciudad de Tesalia: IX 1; 58, 1 (5 B 2).

LEAGRO, general ateniense muerto en Tracia: IX, 75.
LEBADEA, ciudad de Beocia: VIII 134, 1 (1 B 3).
LEBEA, localidad de Macedonia: VIII 137, 1 (5 A 1).
LECTO, cabo de la Tróade: IX 114, 1 (5 C 2).
LEMNIOS, habitantes de Lemnos: VIII 73, 2.
LEMNOS, isla septentrional del Egeo: VIII 11, 3 (5 C 2).
LEÓNIDAS, rey de Esparta muerto en las Termópilas: VIII 15, 2; 21, 1, 2; 71, 1; 114, 1. — IX 10, 2; 64, 1, 2; 78, 3; 79, 2.
LEOTÍQUIDAS, rey de Esparta y navarco en 479 a. C.: VIII 131, 2, 3. — IX 90, 1; 91, 1, 2; 92, 1, 2; 98, 2, 4; 99, 1; 114, 2.
LEOTÍQUIDAS, antepasado del rey espartano del mismo nombre: VIII 131, 2.
LEPREATAS, habitantes de Lépreo: IX 28, 4.
LÉPREO, localidad de Trifilia: IX 31, 3 (6 A 2).
LESBIOS, habitantes de Lesbos, isla del Egeo: IX 106, 4 (5 C 2).
LÉUCADE, isla del mar Jónico: IX 28, 5; 31, 4; 38, 2 (5 A 2).
LEUCADIOS, habitantes de Léucade: VIII 45; 47.
LICIDES, buleuta lapidado en Salamina: IX 5, 1, 2, 3.
LICOMEDES, natural de Atenas: VIII 11, 2.
LISICLES, padre de Abrónico: VIII 121, 1.
LISÍMACO, padre de Aristides: VIII 79, 1; 95. — IX 28, 6.
LISÍSTRATO, adivino ateniense: VIII 96, 2.
LOCROS OPUNTIOS, habitantes de Lócride Oriental, región de Grecia Central: VIII 1, 1; 66, 2. — IX 31, 5 (5 B 2-3).
LOCROS ÓZOLAS, habitantes de Lócride Occidental, región de Grecia Central: VIII 32, 2 (5 A-B 3).

MACEDONIA, región nororiental de Grecia: VIII 115, 3; 121, 2; 126, 2; 136, 1; 137, 1; 138, 2, 3; 142, 4. — IX 4, 1; 8, 2; 45, 3; 89, 4 (5 A-B 1).
MACEDONIOS, habitantes de Macedonia: VIII 34; 127; 138, 2. — IX 31, 5; 44, 1.
MACISTIO, nombre que los griegos daban al persa Masistio: IX 20.
MADITO, ciudad del Quersoneso: IX 120, 4 (5 C 1).
MANTINEA, localidad de Arcadia: IX 35, 2; 77, 1, 3 (6 B 2).

MANTINEOS, habitantes de Mantinea: IX 77, 3.
MARATÓN, demo del Ática en cuyas inmediaciones atenienses y plateos derrotaron a los persas: IX 27, 5; 46, 2 (7 B 1).
MARDONIO, aqueménida que acaudilló las fuerzas terrestres persas en 479 a. C.: VIII 26, 3; 67, 2; 68 α, 1; 69, 1; 97, 2; 99, 2; 100, 1; 101, 1, 2; 102, 1, 2, 3; 107, 1; 113, 1, 2; 114, 1, 2; 115, 1; 126, 1, 2; 129, 3; 130, 3, 4: 131, 1; 133; 136, 1; 140 α, 1, 2; β, 1; 142, 4; 143, 2. — IX 1; 2, 1; 3, 1, 2; 4, 1; 5, 1, 2; 12, 1, 2; 13, 1; 14; 15, 1, 4; 16, 4; 17, 1, 2; 18, 2, 3; 20; 23, 2; 24; 31, 1, 2, 5; 32, 1, 2; 33, 1; 37, 1; 38, 1, 2; 39, 1, 2; 40; 41, 1, 4; 42, 1, 2; 43, 1; 44, 1; 45, 2, 3; 47; 48, 1; 49, 1; 58, 1; 61, 2; 63, 1, 2; 64, 1, 2; 66, 1; 70, 3; 71, 1; 78, 3; 82, 1; 84, 1, 2; 85, 1; 89, 3; 100, 1; 101, 3.
MARDONTES, almirante persa en 479 a. C.: VIII 130, 2. —IX 102, 4.
MASISTES, hermano de Jerjes: IX 107, 1, 2, 3; 108, 1, 2; 110, 1, 2; 111, 2, 3, 5; 112; 113, 1, 2.
MASISTIO, comandante de la caballería persa en Platea: IX 20; 22, 1, 2, 3; 23, 2; 24; 25, 1; 31, 1.
MEDOS, pueblo de Asia (en la narración con frecuencia = persas): VIII 5, .; 30, 1, 2; 31; 34; 46, 3; 65, 1; 75, 1; 80, 1; 89, 1; 92, 2; 112, 2; 113, 2, 3; 114, 2; 130, 1; 141, 1; 144, 1. — IX 7 α, 1; 8, 2; 15, 2; 17, 1, 3; 40; 43, 2; 46, 2; 67; 77, 2; 86, 1; 87, 2; 88; 103, 2; 106, 3.
MÉGARA, capital de la Megáride: VIII 60 α, γ. — IX 7, 1; 14; 21, 3; 69, 1, 2; 85, 2 (6 C 1).
MEGAREOS, habitantes de Mégara: VIII 1, 1; 45; 74, 2. — IX 21, 1, 2; 28, 6; 31, 5.
MEGÁRIDE, región de Grecia Central: IX 14 (6 C 1).
MELAMPO, mítico adivino y médico natural de Pilos: IX 34, 1, 2.
MÉLIDE, región de Grecia Central: VIII 31 (5 A-B 2).
MELIEOS, habitantes de Mélide: VIII 43; 66, 2. — IX 31, 5.
MELIOS, habitantes de Melos: VIII 48.
MELOS, isla de las Espóradas meridionales: VIII 46, 4 (5 B 4).

MÉNARES, padre del rey espartano Leotíquidas: VIII 131, 2.
MESENIA, región sudoccidental del Peloponeso: IX 35, 2 (5 A 3-4).
MESENIOS, habitantes de Mesenia: IX 64, 2.
MÍCALA, promontorio de Asia Menor, frente a Samos: IX 90, 1; 96, 2; 97; 98, 2; 99, 3; 100, 2; 101, 1, 2; 104; 107, 1; 114, 1 (5 C 3).
MICENAS, localidad de la Argólide: IX 27, 2; 28, 4; 31, 3 (6 C 1).
MIDAS, mítico rey de Frigia: VIII 138, 2.
MILESIOS, habitantes de Mileto: IX 99, 3; 104.
MILETO, ciudad de Jonia: IX 97; 104 (5 C 3).
MIS, cario al servicio de Mardonio: VIII 133; 134, 1; 135, 1, 2, 3.
MISIA, región de Asia Menor: VIII 106, 1 (12 A 1).
MISIOS, habitantes de Misia: IX 32, 1.
MNESÍFILO, consejero de Temístocles: VIII 57, 1; 58, 2.
MOLUNTE, afluente del Asopo: IX 57, 2 (8).
MUNIQUIA, promontorio del Ática: VIII 76, 1 (2 C 2).
MURÍQUIDAS, embajador helespontio de Mardonio: IX 4, 1, 2; 5, 1, 2.
MUSEO, poeta tracio semilegendario: VIII 96, 2. — IX 43, 2.

NAXIOS, habitantes de Naxos, isla de las Cícladas: VIII 46, 3 (5 C 4).
NEOCLES, padre de Temístocles: VIII 110, 3.
NEÓN, localidad de Fócide: VIII 32, 1; 33 (1 A 2).
NICANDRO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
NILEO, mítico fundador de Mileto: IX 97.

OCITO, padre del corintio Adimanto: VIII 5, 1; 59.
OÉROE, río próximo a Platea: IX 51, 2, 4 (8).
OLIMPIA, localidad de Élide: VIII 134, 1. — IX 81, 1 (6 A 2).
OLIMPIODORO, guerrero ateniense: IX 21, 3.
OLINTO, ciudad de la Calcídica: VIII 127; 128, 1 (5 B 1).
ORCÓMENO, localidad de Beocia: VIII 34. — IX 16, 1, 2, 5 (1 B 3).
ORCÓMENO, ciudad de Arcadia: IX 28, 4; 31, 3 (6 B 1).
ORESTEO, localidad de Arcadia: IX 11, 2 (6 B 2).

ORICO, localidad de Iliria: IX 93, 1 (11 B 3).
ORNEATAS, periecos argivos (pero vid. nota VIII 373): VIII 73, 3.

PALE, ciudad de Cefalenia: IX 31, 4 (5 A 3).
PALENE, demo del Ática: VIII 84, 1; 93, 1 (7 B 1).
PALENE, península occidental de la Calcídica: VIII 126, 2, 3; 128, 2; 129, 1, 2. — IX 28, 3 (5 B 1-2).
PALEOS, habitantes de Pale: IX 28, 5.
PANECIO, natural de Tenos: VIII 82, 1.
PANFILIOS, habitantes de Panfilia, región de Anatolia: VIII 68 γ (11 B 4).
PANIONIO, comerciante de Quíos: VIII 105, 1, 2; 106, 1, 2, 4.
PANOPEA, localidad de Fócide: VIII 34; 35, 1 (1 B 3).
PARAPOTAMIO, localidad de Fócide: VIII 33; 34 (1 B 2).
PARIOS, habitantes de Paros, isla de las Cícladas: VIII 67, 1; 112, 2, 3 (5 C 4).
PARNASO, macizo montañoso de Fócide: VIII 27, 3; 32, 1; 35, 1; 36, 2; 37, 3; 39, 2. — IX 31, 5 (1 A 2).
PAROREATAS, habitantes de Trifilia, región occidental del Peloponeso: VIII 73, 2 (6 A 2).
PASICLES, padre de Filisto: IX 97.
PAUSANIAS, general lacedemonio y regente del trono espartano: VIII 3, 2. — IX 10, 1, 2, 3; 12, 1; 13, 2; 21, 3; 28, 3; 45, 1; 46, 1; 47; 50; 53, 1, 2, 3; 54, 1, 2; 55, 1, 2; 56, 1; 57, 1; 60, 1; 61, 1, 3; 62, 1; 64, 1; 69, 1; 72, 1; 76, 1, 2; 78, 1, 3; 80, 1; 81, 2; 82, 1, 2, 3; 87, 2; 88; 102, 2.
PEDASA, localidad de Caria: VIII 104; 105, 1 (5 C 4).
PEDASEOS, habitantes de Pedasa: VIII 104.
PEDIEA, localidad de Fócide: VIII 33 (1 B 2).
PELASGOS, habitantes de Grecia antes de la llegada de los helenos: VIII 44, 2.
PELIÓN, monte de Magnesia: VIII 8, 1; 12, 1, 2 (5 B 2).
PELOPONESIOS, habitantes del Peloponeso: VIII 40, 2; 44, 1; 71, 1; 72; 75, 1; 79, 4; 108, 3. — IX 8, 1; 19, 1; 26, 2, 4, 5; 73, 3; 106, 3; 114, 2.
PELOPONESO, península meridional de Grecia: VIII 31; 40, 2; 43; 44, 1; 49, 2; 50, 1, 2; 57, 1; 60 α, β; 65, 3; 68 β, 1, 2; 70, 2; 71, 1; 73, 1; 74,

1, 2; 79, 2; 100, 3; 101, 2; 113, 1; 141, 1. — IX 6; 9, 2; 26, 2, 3, 4; 27, 2; 39, 2; 50; 106, 3 (11 B 3).;
PEONIA, región de Tracia: VIII 115, 3 (5 B 1).
PEONIOS, habitantes de Peonia: VIII 115, 4. — IX 32, 1.
PERDICAS, antepasado de Alejandro I de Macedonia: VIII 137, 1, 2, 3; 139.
PERIECOS, habitantes libres de Lacedemonia de rango inferior a los espartiatas: VIII 73, 3. — IX 11, 3; 12, 1.
PERILAO, general sicionio muerto en Mícala: IX 103, 1.
PERSIA, región de Asia: VIII 98, 1; 100, 1. — IX 111, 1 (12 B 2).
PILOS, localidad de Mesenia: IX 34, 1 (6 A 2).
PINDO, localidad de Dóride (pero vid. nota VIII 223): VIII 43 (1 A 2).
PIREO, puerto de Atenas: VIII 85, 1 (2 C 2).
PISISTRÁTIDAS, descendientes de Pisístrato, tirano de Atenas: VIII 52, 2.
PITANA, aldea de Laconia (cf. nota IX 322): IX 53, 2, 3.
PÍTEAS, guerrero egineta: VIII 92, 1.
PÍTEAS, padre de Lampón de Egina: IX 78, 1.
PITIA, profetisa de Apolo en Delfos: VIII 51, 2. — IX 33, 2.
PLATEA, ciudad de Beocia: VIII 50, 2; 126, 1. — IX 7, 1; 16, 5; 25, 2, 3; 28, 3; 30; 31, 1; 35, 2; 36; 38, 1; 39, 1; 41, 1; 51, 1; 52; 61, 3; 65, 1; 72, 1, 2; 76, 1; 78, 1; 85, 1, 2; 86, 1; 88; 89, 1; 90, 1; 100, 2; 101, 1, 2 (1 C 3).
PLATEOS, habitantes de Platea: VIII 1, 1; 44, 1; 66, 2. — IX 28, 6; 31, 5; 83, 1, 2.
PLISTARCO, hijo de Leónidas: IX 10, 2.
PLISTORO, divinidad tracia: IX 119, 1.
POGÓN, puerto de Trecén: VIII 42, 1.
POLÍADAS, padre de Amonfáreto: IX 53, 2.
POLIAS vigia griego en Artemisio: VIII 21, 1.
POLÍCRITO, almirante egineta en 480 a. C.: VIII 92, 1, 2; 93, 1.
POLIDECTAS, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
POLINICES, hijo de Edipo: IX 27, 3.
POSIDÓN, divinidad griega: VIII 55; 123, 2; 129, 3. — IX 81, 1.
POSIDONIO, espartiata que des-

tacó en Platea: IX 71, 2, 3; 85, 1.
POTIDEA, ciudad de la Calcídica: VIII 126, 2, 3; 128, 1, 2; 129, 2. — IX 31, 3 (5 B 1).
POTIDEATAS, habitantes de Potidea: VIII 126, 3; 129, 3. — IX 28, 3.
POTNIAS, epíteto de Deméter y Perséfone: IX 97.
PRAXILAO, padre de Jenágoras: IX 107, 2.
PRÍTANIS, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
PROCLES, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
PROTESILAO, héroe tesalio muerte en Troya: IX 116, 1, 2, 3; 120, 2, 4.
PSITALEA, islote del estrecho de Salamina: VIII 76, 1, 2; 95 (2 B 2).
PTOO, santuario, en el monte del mismo nombre, consagrado a Apolo: VIII 135, 1 (1 C 3).

QUERSIS, padre de Gorgo: VIII 11, 2.
QUERSONESITAS, habitantes del Quersoneso Tracio: IX 118, 2.
QUERSONESO (TRACIO O HELESPÓNTICO = península de Gallípoli): VIII 130, 1. — IX 114, 2; 116, 2; 120, 1 (5 C 1).
QUÍLEO, natural de Tegea: IX 9, 1, 2; 10, 1.
QUÍOS, isla del Egeo: VIII 105, 1; 106, 1; 132, 2, 3 (5 C 3).
QUIOTAS, habitantes de Quíos: IX 106, 4.

RÓDOPE, macizo montañoso de Tracia: VIII 116, 1 (5 C 1).

SACAS, pueblo de origen escita tributario de los persas: VIII 113, 2. — IX 31, 4, 5; 71, 1; 113, 1 (12 C 1).
SALAMINA, isla del golfo Sarónico: VIII 11, 3; 40, 1, 2; 41, 1; 42, 1; 44, 1; 46, 1; 49, 1, 2; 51, 2; 56; 57, 2; 60, 1, α, β, γ; 63; 64, 1, 2; 65, 3, 6; 70, 1, 2; 74, 1; 76, 1, 2; 78; 79, 4; 82, 2; 86; 89, 1; 90, 4; 95; 96, 1; 97, 1; 121, 1; 122; 124, 2; 126, 3; 130, 1, 3. — IX 3, 2; 4, 1, 2; 5, 3; 6; 19, 2 (2 A-B 1-2).
SALAMINIOS, habitantes de Salamina, localidad de Chipre: VIII 11, 2.
SAMIOS, habitantes de Samos: IX 90, 1, 2; 91, 2; 92, 1, 2; 99, 1, 2; 103, 2; 106, 4.
SAMOS, isla del Egeo: VIII 85, 2, 3; 130, 1, 2, 4; 132, 3. — IX 90, 1; 96, 1; 106, 2 (5 C 3).
SAMOTRACIOS, habitantes de Sa-

motracia, isla septentrional del Egeo: VIII 90, 2, 3 (5 C 1).
SARDES, capital de Lidia: VIII 105, 1, 2; 106, 1; 117, 2. — IX 3, 1; 107, 1, 3; 108, 1 (5 D 3).
SEPÍADE, cabo sudoriental de Magnesia: VIII 96, 1 (1 C 1).
SERIFIOS, habitantes de Serifos: VIII 48.
SERIFOS, isla de las Cícladas: VIII 46, 4 (5 B 4).
SESTO, ciudad del Quersoneso, a orillas del Helesponto: IX 114, 2; 115; 116, 3; 117; 119, 2 (5 C 1).
SICILIA, isla del Mediterráneo: VIII 3, 1 (11 B 2-3).
SICINO, criado de Temístocles: VIII 75, 1, 3; 110, 2.
SICIÓN, ciudad nororiental del Peloponeso: IX 31, 3 (6 B 1).
SICIONIOS, habitantes de Sición: VIII 1, 1; 43; 72. — IX 28, 4; 102, 3; 103, 1; 105.
SIDÓN, ciudad de Fenicia: VIII 67, 2 (12 A 2).
SIFNIOS, habitantes de Sifnos: VIII 48.
SIFNOS, isla de las Cícladas: VIII 46, 4 (5 B 4).
SILENO, el más anciano y sabio de los sátiros: VIII 138, 3.
SIRIS, localidad meridional de Italia: VIII 62, 2 (11 B 3).
SIRIS, localidad de Peonia: VIII 115, 3, 4 (5 B 1).
SÓFANES, ateniense que destacó en Platea: IX 73, 1; 74, 1, 2; 75.
SOSÍMENES, padre de Panecio: VIII 82, 1.
SUNIO, cabo del Ática: VIII 121, 1 (7 B 2).
SUSA, capital del Imperio Persa: VIII 54; 99, 1; 108, 2 (12 B 2).

TANAGRA, localidad de Beocia: IX 15, 1; 35, 2; 43, 2 (1 C 3).
TEASPIS, padre de Farándates: IX 76, 1.
TEBANOS, habitantes de Tebas: VIII 50, 2; 135, 1, 3. — IX 2, 1; 3, 1; 15, 2; 16, 1; 31, 2; 40; 41, 4; 67; 69, 2; 86, 1, 2; 87, 1, 2; 88.
TEBAS, ciudad de Beocia: VIII 134, 1. — IX 13, 3; 15, 4; 17, 2; 27, 3; 38, 2; 41, 2; 58, 3; 66, 3; 67; 86, 1, 2; 87, 1; 88 (1 C 3).
TEGEA, ciudad de Arcadia: VIII 124, 3. — IX 9, 1; 26, 1; 27, 1; 35, 2; 37, 3, 4 (6 B 2).
TEGEATAS, habitantes de Tegea: IX 26, 1; 27, 1, 2; 28, 1, 3; 31, 2; 35, 2; 54, 1; 56, 1; 59, 1; 60, 2; 61, 2; 62, 1; 70, 3, 5; 71, 1; 85, 2.

TELAMÓN, hijo de Éaco: VIII 64, 2.
TELÍADAS, clan de adivinos eleos: IX 37, 1.
TELIAS, adivino de Élide: VIII 27, 3.
TEMÉNIDAS, descendientes de Témeno: VIII 138, 2, 3.
TÉMENO, descendiente de Heracles: VIII 137, 1.
TEMÍSTOCLES, general ateniense: VIII 4, 2; 5, 1, 3; 19, 1; 22, 1, 3; 23, 1; 57, 1; 58, 1, 2; 59; 60, 1; 61, 1, 2; 63; 75, 1; 79, 2, 3; 80, 1; 83, 1; 85, 1; 92, 1, 2; 108, 2; 109, 1; 110, 1, 2, 3; 111, 2; 112, 1, 2, 3; 123, 2; 124, 1, 2, 3; 125, 2. — IX 98, 4.
TENIOS, habitantes de Tenos: VIII 66, 2; 82, 1; 83, 1.
TENOS, isla de las Cícladas: VIII 82, 1 (5 C 3).
TEOCIDES, padre de Diceo: VIII 65, 1, 6.
TEOMÉSTOR, tirano de Samos: VIII 85, 2, 3. — IX 90, 1.
TEOPOMPO, antepasado de Leotíquidas: VIII 131, 2.
TERMEO, golfo del Egeo noroccidental: VIII 127 (5 B 1-2).
TERMODONTE, río de Anatolia: IX 27, 4 (12 A 1).
TERMODONTE, río de Beocia: IX 43, 1 (1 C 3).
TERMÓPILAS, desfiladero de Grecia Central: VIII 15, 1; 21, 1; 24, 1; 27, 1; 66, 1, 2; 71, 1. — IX 71, 2; 78, 3; 79, 2 (1 A 2).
TERSANDRO, natural de Orcómeno de Beocia: IX 16, 1, 2, 4, 5.
TESALIA, región de Grecia Central: VIII 113, 1, 2; 114, 1; 115, 1, 3; 126, 2; 129, 3; 131, 1; 133; 135, 3. — IX 1; 31, 5; 77, 2; 89, 1, 4 (5 A-B 2).
TESALIOS, habitantes de Tesalia: VIII 27, 1, 2, 3, 4; 28; 29, 1; 30, 1, 2; 31; 32, 2. — IX 1; 17, 4; 18, 2; 31, 5; 46, 2; 89, 2, 3.
TESEO; héroe ateniense: IX 73, 2.
TESPIAS, ciudad de Beocia: VIII 50, 2; 75, 1 (1 B 3).
TESPIEOS, habitantes de Tespias: VIII 25, 1; 66, 2; 75, 1. — IX 30.
TESPROTIA, región a orillas del mar Jónico: VIII 47 (5 A 2).
TESPROTOS, habitantes de Tesprotia: VIII 47.
TETRONIO, localidad de Fócide: VIII 33 (1 A 2).
TIGRANES, jefe de las fuerzas terrestres persas en Mícala: IX 96, 2; 102, 4.
TIMANDRO, padre de Asopodoro: IX 69, 2.

TIMEGÉNIDAS, oligarca tebano filopersa: IX 38, 2; 39, 1; 86, 1; 87, 1.
TIMODEMO, adversario de Temístocles: VIII 125, 1, 2.
TIMÓXENO, general de Escione: VIII 128, 1, 2, 3; 129, 1.
TINDÁREO, mítico rey de Esparta: IX 73, 2.
TINDÁRIDAS, hijos de Tindáreo (= Cástor y Polideuces): IX 73, 2.
TIRINTO, localidad de la Argólide: IX 28, 4; 31, 3 (6 C 2).
TIRO, ciudad de Fenicia: VIII 67, 2 (12 A 2).
TISÁMENO, adivino eleo: IX 33, 1, 2, 3, 4, 5; 34, 1; 35, 1; 36.
TÍTACO, mítico demarco del Ática: IX 73, 2.
TITÓREA, nombre de una de las cimas del Parnaso: VIII 32, 1 (1 A 2).
TÓRAX, jefe del clan tesalio de los Alévadas: IX 1; 58, 1.
TORONE, localidad de la Calcídica: VIII 127 (5 B 1).
TRACIA, región de Europa oriental: VIII 117, 1. — IX 89, 3, 4; 119, 1 (11 B 3).
TRACIOS, habitantes de Tracia: VIII 115, 4. — IX 32, 1; 89, 4.
TRAQUIS, comarca de Mélide: VIII 21, 1; 31; 66, 1 (1 A 2).
TRASICLES, padre de Lampón de Samos: IX 90, 1.
TRASIDAO, hermano de Tórax de Larisa: IX 58, 1.
TRECÉN, localidad de la Argólide: VIII 41, 1; 42, 1. — IX 31, 3 (6 A 2).
TRECENIOS, habitantes de Trecén: VIII 1, 2; 43; 72. — IX 28, 4; 102, 3; 105.
TRES CABEZAS, paso del Citerón: IX 39, 1 (8).
TRÍA, llanura del Ática: VIII 65, 1. — IX 7 β, 2 (2 B 1).
TRITANTECMES, uno de los seis generales en jefe del ejército de Jerjes: VIII 26, 2; 27, 1.
TRITEA, localidad de Fócide: VIII 33 (1 B 2).
TROFONIO, divinidad ctónica pregriega: VIII 134, 1.
TROYA, ciudad de Asia Menor: IX 27, 4 (5 C 2).

YACO, divinidad mistérica, personificación de un grito ritual: VIII 65, 1, 4.
YÁMIDAS, estirpe de adivinos eleos: IX 33, 1.

ZACINTO, isla del mar Jónico: IX 37, 4 (5 A 3).
ZEUS (por sincretismo religioso = Ahuramazda, principal di-

vinidad irania): VIII 115, 4. — IX 122, 2.
ZEUS, principal divinidad del panteón griego: IX 81, 1.
ZEUS HELENIO, advocación pangriega de Zeus: IX 7 α, 2.
ZÓSTER, cabo del Ática: VIII 107, 2 (7 B 2).

ÍNDICE GENERAL

Págs.

LIBRO OCTAVO: *Urania* 7

Sinopsis 9
Variantes repecto a la edición oxoniensis de Hude 13
[Texto] 15

LIBRO NOVENO: *Calíope* 239

Sinopsis 241
Variantes respecto a la edición oxoniensis de Hude 245
[Texto] 247

ÍNDICE DE NOMBRES 449